

PLÁTICAS MORALES

PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO,

PARA USO

DE LOS SEÑORES CURAS Y DEMÁS MINISTROS

QUE ANUNCIAN LA PALABRA DIVINA.

POR

D. RAMON LASTIESAS,

Cura Párroco de la villa de Aranda de Moncayo,
en el arzobispado y provincia de Zaragoza.

TOMO VI.



Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA

LIBRERIA RELIGIOSA
Avenida, 20.
BARCELONA.

BLO RIERA,

1863.

Advertencia.

Habiendo el autor de las *Pláticas* contenidas en este tomo hecho presente á la Direccion de la LIBRERÍA su deseo de que estas vean la luz pública con la Portada especial, Dedicatoria y Prólogo, que reputa de necesidad imprescindible, cuyas tres cosas las acompañaban al hacer entrega del original, como y tambien que se indique, que dichas *Pláticas* son originales, y no entresacadas de otros autores, como otras de que consta la Coleccion; se cree en el deber de consignarlo en esta segunda edicion, corregida de los yerros de imprenta por el mismo autor, protestando, que si las suprimió en la edicion primera, no fue con ánimo de rebajarle el mérito que tiene, sino efecto del plan de publicacion préviamente establecido. En obsequio, pues, á la generosidad y desinterés con que el digno Párroco de Aranda de Moncayo ofreció sus trabajos literarios á la LIBRERÍA para que figurasen con el tiempo en la seccion correspondiente para uso de los señores Curas y demás ministros que anuncian la palabra divina, hacemos gustosos esta declaracion para reparar en lo posible el disgusto que pudo haberle causado no verlas continuadas en la edicion primera.

DEDICATORIA

Á LA

GLORIOSÍSIMA Y SIEMPRE VÍRGEN MARÍA DEL PILAR,
REINA DE CIELO Y TIERRA, EN SU ANGÉLICA Y APOSTÓLICA CAPILLA
DE LA CIUDAD DE ZARAGOZA.

Dulcísima Señora y Madre mía:

Nacido yo en un pueblo, donde ejercitásteis vuestro maternal cariño, y milagrosas piedades con el venerable *Martin Climente*, quien os labró ermita, que se convirtió muy luego en iglesia y convento de Padres Mercenarios, dedicado todo á vuestro nombre, venerando allí vuestra santísima Imágen, en aquel cuadro que en esa ciudad caminó prodigiosamente sin mojarse como dos palmos sobre las aguas del rio Ebro, desde el puente de Piedra hasta el de Tablas, y retrocediendo como veinte pasos en la misma forma, tomando allí vuelo, se trasplantó á uno de los balcones del Palacio arzobispal, como dice vuestro historiador Amada; criado desde que apuntó en mí el entendimiento, hasta mi sacerdotal ordenacion, en esa ciudad donde se venera el santo Pilar y gloriosa Imágen, prendas ambas que, viniendo Vos desde Jerusalem en carne mortal, dejásteis á Santiago, para que colocadas en el local que hoy se ven, fuesen veneradas por los fieles hasta la consumacion de los siglos, nació y creció conmigo, por decirlo así, tan afectuosa devocion para con Vos, que siempre os he tenido por la dadora de cuantas gracias he disfrutado, dispensándome favores repetidos, y no pequeños.

Muchos de ellos me precisaron á celebrar mi primera misa en esas sacratísimas aras de vuestra santa Capilla, pidiéndoos en ella fervorosamente el acierto para el recto desempeño del ministerio parroquial, que iba á ejercer. Aquellos, y otros nuevos, me precisan ahora á ofreceros y dedicaros el pequeño obsequio

de esta obra, suplicándoos rendidamente que, acogéndola con benignidad, hagais el que, oídos por los fieles los discursos que contiene, renuncien ~~para siempre las culpas~~, y desviándose de las sendas de la iniquidad, practiquen el bien hasta la muerte, para que así no sea malograda en ellos la redención de Jesús, vuestro santísimo Hijo. Y por lo que á mí toca, fundado en el afecto que os profeso, y muy principalmente en vuestra tierna y admirable misericordia, confío en que jamás me desampararéis, procurando alcanzarme el don especialísimo de vivir y morir en gracia, para que con ella pueda conseguir la gloria, y disfrutando en el cielo la vision beatífica, á una con los Ángeles y Santos, os tribute cánticos de alabanza sempiterna. Así os lo suplico humildemente, reputándome el mas indigno de vuestros devotos.

RAMON LASTIESAS.

PRÓLOGO.

No puede negarse, ni yo he desconocido jamás, el mérito distinguido que generalmente acompaña á las obras de predicacion, que circulan entre nosotros. Este concepto me retrajo hasta el presente de formar para la prensa discursos predicables, creyendo muy fundadamente lo imposible que me seria, no digo imitar, sí es que ni aun seguir de léjos, á escritores que contemplaba aventajados en este particular, mayormente contando yo en él con escasas dotes y cortos conocimientos, por haberme dedicado siempre, en fuerza de una inclinacion natural, á la lectura y estudio de otras materias que, aunque muy propias é interesantes á un eclesiástico, ninguna afinidad tienen con la predicacion. Sin embargo, los que en pueblos están al frente de parroquias saben muy bien que no todo discurso es acomodado para predicarlo en ellas; porque en obras aun de mucho mérito hay algunos de un raciocinio tan subido, y finura de lenguaje, que estaria fuera del alcance de sus feligreses. En otros se inculcan y rebaten máximas perniciosas, de que no tienen la mas mínima noticia, ni conviene que la tengan; y aun en muchos se prueban los asuntos de tal manera, que si quiere un cura predicarlos, es forzoso que invierta no pequeño trabajo en hacer variaciones considerables en muchos periodos, á causa de que lo que contienen no atañe á su feligresía. Tanto por salvar en un cuerpo estos inconvenientes, como por las repetidas instancias de un compañero de iglesia, y ahora de ministerio, á quien gustaba la forma de mis dis-

cursos, el que, hasta que me vió resuelto, nunca cesó de empenarme á la composicion de una obra de pláticas morales para todos los domingos del año, acometí por fin esta empresa satisfaciendo sus deseos, y con la esperanza de llenar asimismo los de aquellos párrocos que fueran de su gusto.

Al efectuar mi empeño, he llevado siempre la mira de que los exordios, siendo propios de cada Dominica, estuvieran redactados con tal arte, que, omitiendo el breve paréntesis que en cada uno acostumbro á poner, quedasen generales por decirlo así; de modo, que el exordio, ó por mejor decir la plática de una Dominica, con la ligera supresion indicada, pudiera predicarse en cualquiera otro domingo. Esta es una gran ventaja para el que teniendo aprendida una plática, por motivos poderosos ocurrentes no puede predicarla en el dia que se propuso, lo que podrá hacerlo en descanso suyo, estando en esta forma, el dia festivo mas próximo. Tambien he tenido presente, al arreglarlos de este modo, que hay asuntos tratados en unas Dominicas, que un cura podrá reputar mas necesario predicarlos en otras, porque sabe fijamente, ó preve con bastante fundamento, que habrá en las últimas mayor concurso. Hablo de aquellas parroquias en que hay mas de una misa. En semejantes casos tributará un servicio á Dios, y hará un gran bien á sus feligreses, de elegir en la obra la que crea mas conducente, y predicarla en el dia que guste, sin la precision de trabajar un nuevo exordio, omitiendo tan solo el paréntesis, como llevo dicho, predicándola en distinta Dominica.

He procurado asimismo que las pláticas fueran regulares en extension, no tan cortas que dejasen ayunos á los oyentes, ni tampoco tan largas que les produjesen fastidio. Es muy difícil en este particular acertar á la vez con el gusto

de oyentes y predicadores. Aun me temo que algunos de estos opinen el que me inclino mas al último que al primero de los extremos indicados. Si así les pareciere, esto nada impide para que cada párroco, graduando las necesidades y gusto de sus feligreses, regule sus pláticas del modo que crea mas acomodado, y de parecerle difusa alguna de las mias, el que omita lo que mejor pueda suprimirse, por ser menos interesante ; que aun haciendo esto, confio el que podrá continuar hasta el fin, sin otro trabajo ni variacion ulterior.

En lo relativo á su composicion, aislado en un extremo de la diócesis, sin proporcion acomodada para consultar á hombres inteligentes en la materia, sin acopio de libros de este género que pudieran sugerirme ideas las mas propias en cada asunto, y sin abrigar yo en este ramo superiores conocimientos, claro es que no puedo decir cosas grandes. En lo único que acaso haya acertado tal vez sea en desenvolver las ideas de un modo y en un lenguaje inteligible á los moradores de los pueblos, indicando y reprendiendo los vicios que mayormente reinan en ellos, y, sobre todo, procurando hablar á las almas, mas que á los oídos. Son ya bastantes los años que llevo de Cura párroco rural, y esto me constituye en posicion superior á la de aquellos que, por haber siempre vivido en ciudades, no están tan al corriente de lo que son villas, pueblos y aldeas.

En las pláticas uso de textos latinos con bastante economía, bien que siempre cortos, en gracia de los que así gustan practicarlos. En obsequio de los mismos, pongo tambien de vez en cuando al pié de las páginas alguno que otro literal ; no con el objeto de comprobar exactamente lo que digo, pues si así fuera, pudiera ponerlos todos textuales, por haber tenido cuidado de oíjarlos por mí mismo con escrupulo-

sidad, sino solamente aquellos que me han parecido mas breves, usuales ó terminantes, por si les acomodare alegar alguno de ellos en el cuerpo ; y otros que he gustado estampar, para que se vea en qué términos está el original.

De todos modos, no desconozco que los muy ejercitados en el púlpito encontrarán en estos mis discursos algunos defectos, hijos unos de mi ignorancia, y otros de inadvertencia, á causa de la precipitacion con que he compuesto la obra, con el agregado de repelidas interrupciones en la formacion de cada plática, provenientes del ministerio parroquial que ejerzo en esta villa bastante crecida, cuyo oneroso peso gravita solo sobre mí. Los defectos en que por ambas causas haya incurrido, prometo reconocerlos con humildad, si caritativamente me los advierten. Mucho mas sentiria el qué mi obra comprendiese algun error contra la fe, ó la sana moral, el que desde luego detesto, y tan pronto como cualquiera, y mayormente la Iglesia católica, á cuyo infalible juicio me someto con el mayor rendimiento, me lo designe, estoy y estaré pronto en todo tiempo á retractarme.

Me resta advertir, que en cuanto al modo que uso de terminar las pláticas con *Actos de contricion*, por mas que no lo veamos en las obras predicables que en estos tiempos han visto la luz pública ; este método, que con tanto fruto de las almas siguieron hombres esclarecidos en ciencia y en virtud, y que hoy solo se usa en los sermones de Mision, de Adviento y de Cuaresma, me parece muy conveniente y aun necesario en todo discurso predicable, mayormente en los morales y doctrinales que desempeñan los señores párrocos todos los dias festivos en cumplimiento de su obligacion. Porque, ¿ qué cosa mas necesaria que echar mano de un instrumento poderoso para desatar á los pecadores de los lazos de

Satanás, moverlos á la detestacion de sus culpas, excitarlos y enardecerlos en el amor de Dios? Hé aquí, pues, lo que se consigue terminando las pláticas del modo que insinúo. Este método, que yo he usado constantemente (y á lo que creo con algun fruto) desde que empecé á desempeñar el ministerio parroquial, quisiera ver introducido y practicado igualmente por todos los demás que anuncian la palabra divina, animándome la confianza de que experimentarían muy luego las ventajas que produce.

Sin embargo, aunque buena, como cosa nueva en tales discursos, no me entrego de lleno á creer de que todos la abracen. Si yo hubiera abrigado un presentimiento de que esta práctica habia de ser adoptada generalmente, los hubiera hecho propios, y en relacion al asunto que les precede en cada una de las pláticas, enlazándolos ingeniosamente antes de terminarlas, como comunmente lo ejecuto yo cuando predico asunto moral ; pero no acompañándome la confianza necesaria de que todos lo hubieran de ejecutar así, reputé por mas conveniente el terminar definitivamente los discursos, y á seguida el formar un *Acto de contricion* comun, en la forma que lo uso yo cuando la plática es doctrinal. Así creí satisfacer á los que no quisieren usarlo, y tambien á los que adoptasen este método ; con la ventaja de que, haciéndolos generales, pudiesen elegir para cualquiera Dominica aquel que mejor les acomodare.

En la forma que los presento ofrecen la proporcion de poderse decir, ora se predique en el púlpito, ora en el altar, bien sean las pláticas morales, bien doctrinales, teniendo presentes las advertencias que aquí indico en notas al decir : *Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña, por las culpas con que tantas veces hemos ofendido á Dios, arrojémo-*

nos todos contritos y humillados ¹ *á los piés de esta* ² *tremenda Majestad que veneramos en este* ³ *sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos, y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon : Dulcísimo Señor, etc., etc., dándose golpes de pecho, desde que principia á decir, que me pesa el haber pecado, hasta la conclusion del Acto.*

Hé aquí un método sencillo, y muy acomodado, que proporciona la ventaja, no solo de avivar la distraccion y somnolencia de algunos oyentes, sí es que, lo que es mas, de excitarlos, como ya he dicho, á que renuncien y detesten los pecados, y á enardecerlos asimismo en el amor de Dios.

Este Señor haga el que todos los predicadores sean tan celosos y solícitos de la salvacion de las almas, que las introduzcan en el cielo, y ellos logren tambien allí el premio que tiene prometido á los obreros laboriosos del campo de su Iglesia. Amen.

¹ Aquí se convierte el predicador de cara al tabernáculo, donde se halla el Señor sacramentado, y se arrodillan los oyentes.

² Si se predica en el altar, y en el mismo, ó en otro próximo se halla el Señor expuesto ó reservado, se dirá la palabra *esta*. Si se predica en el púlpito, y el Señor se halla algo lejano, se dirá *esa*. Empero si no se viera el tabernáculo por hallarse en alguna capilla, que no pueda divisarse, se podrá decir: *á los piés de nuestro divino Redentor, diciéndole todos, etc.*

³ Se dirá en *este*, ó en *ese*, segun lo dicho en el número anterior.

COLECCION DE PLÁTICAS DOMINICALES.

TERCER AÑO.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE ADVIENTO.

El juicio universal.

*Tunc videbunt Filium hominis venientem in
nube, cum potestate magna et majestate.
(Luc. xxi, 27).*

Entonces verán venir al Hijo del Hombre en
una nube, con gran poder y majestad.

Una verdad anunciada desde el principio del mundo, creida y confesada por los Patriarcas, anunciada por los Profetas, predicada por los Apóstoles y hasta por nuestro divino Redentor Jesús, no puede menos de ser importantísima y necesaria. Tal es, fieles míos, la verdad del juicio universal, uno de los artículos de nuestra fe, que (hoy) propone la Iglesia á nuestra consideracion. Con efecto: es tan importante y necesaria la memoria y meditacion de este juicio, en que han de comparecer al fin de los tiempos cuantos nacidos hubo en el mundo para ser juzgados en pública asamblea, que siempre se ha considerado como imprescindible, para que pudiera criarse, fomentarse y robustecerse en nuestros corazones la planta del temor de Dios. Porque ¿quién no temerá al saber y contemplar que ha de llegar un día en que el Señor á vista y en presencia de

los Angeles, de los hombres y de los demonios, ha de poner en una fina y delicada balanza todos sus pensamientos por veloces que hayan sido, y por mas ocultos que los haya reservado en su interior, todos sus deseos, sus palabras, y todas sus obras? ¿Que ha de pesar con la mayor delicadeza y escriptosidad las buenas y las malas, y despues de haber examinado y visto á qué parte tiende su inclinacion, ha de pronunciar una sentencia definitiva, irrevocable, y que seguidamente y de lleno ha de producir sus efectos?

Un santo tan grande como san Cirilo, patriarca de Alejandría, se estremecia todo al representarse este dia tan tremendo, lo respetable del tribunal, la soberania é incorruptibilidad del Juez, y la sentencia terrible é irrevocable que habia de fallar, exclamando: ¡Ah infeliz de mí! ¡verdaderamente infeliz! que siento mi conciencia que me reprende, y todas las sagradas Escrituras que claman: Mira los abominables y vergonzosos delitos que tú has cometido. ¡Oh Dios mio! concluia, vuestras obras son sin acepcion de personas, vuestros juicios son justos, vuestros caminos rectos, vuestras intenciones impenetrables¹. Y vosotros, fieles mios, ¿no os estremeceis con mas justísima razon, al meditar que en este dia tan tremendo os ha de pasar por el crisol de su rigurosa justicia, y segun arrojen vuestros procedimientos, os ha de destinar, sea á que lo acompañeis en la gloria para siempre, sea á que los demonios os atormenten en cuerpo y alma en el infierno por toda una eternidad? ¡Ay, fieles! ¿os habeis contemplado siempre tan buenos, inocentes y justificados desde que la luz de la razon alumbró vuestro entendimiento hasta de ahora, que sea esta la causa de que no se os represente á vuestra imaginacion este cuadro con aquellos lineamentos oscuros que tanta impresion de terror ha producido en la de otros? ¡Ay! ¡Ojalá que vuestras almas no se hubieran despojado jamás de la vestidura de la inocencia! ¡ojalá hubiera sido siempre y fuera en la actualidad vuestra vida un ejemplar el mas perfecto del Evangelio! Empero aunque así fuese, debírais siempre temer, porque no podíais estar asegurados de salir bendecidos en el juicio universal. Incierto como es el fin de la vida, ¿quién sabe los tropiezos espantosos y caídas funestas que pudiérais dar aun, hasta aquel último momento en que el alma se separe de vuestro cuerpo? Mas á juzgar experimentalmente por la debilidad de nuestra naturaleza, por su propension al pecado, y por lo poco que se cultivan las virtudes, mas me

¹ Orat. de exitu animi, et de secund. advent.

inclino á creer que si no temeis al juicio será mas efecto de inconsideracion, que consecuencia de la pureza de vuestra vida. Para excitar, pues, en vosotros aquel saludable temor que tuvieron hasta los Santos, y el que hizo que alcanzasen la corona de la inmortalidad, voy á presentar á vuestra vista *el juicio universal* con los vivos colores con que lo delinean las sagradas Escrituras; para que al ver el aparato del tribunal, la severidad del Juez, la confesion de los reos, el clamor de los acusadores, y la sentencia definitiva, produzcan en vosotros un temor tan arraigado, que os preserve de toda culpa, teniendo la dicha de morir en gracia. Mientras lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

Es una verdad constante y de fe, que á seguida que una persona muere es juzgada y sentenciada su alma por Dios nuestro Señor; el que teniendo presentes circunstanciadamente todas sus acciones, palabras y pensamientos, en vista de la bondad ó malicia que arrojan, la prefija su futuro destino, para siempre feliz, ó para siempre desdichado; de salvacion gloriosa, ó de desventurada condenacion. Pero este juicio es individual, secreto, reservado y oculto; por manera que solo pasa entre Dios y el alma. *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem judicium*¹. Mas el testimonio de la misma fe nos evidencia también que en el último dia de los tiempos se ha de celebrar otro general y público á la faz de todo el universo, en el que han de comparecer y ser juzgados en cuerpo y en alma cuantos hombres y mujeres, niños y niñas hubo en el mundo. Esta sentencia general será una confirmacion solemne de la que á cada uno se dió inmediatamente despues de su muerte. La soberana majestad de Dios quiso que el universo vea públicamente en este dia las ciertas y justísimas razones que tuvo para premiar á los buenos, y en que se fundó la integridad y severidad de su divina justicia para castigar á los malos, no habiendo querido aprovecharse de los infinitos méritos de su santísima pasion, vilipendiando las gracias de los Sacramentos que instituyó para su bien, menospreciando tantos auxilios como les proporcionó, burlándose de su bondad, desestimando sus misericordias, no haciendo caso de su justicia, y conculcando su preciosísima sangre derramada para su remedio.

Al llegar, pues, el universo á su final decreto, todos sus seres se dispondrán á cumplir las órdenes de su supremo Criador, y á ejecutarlas con la mayor exactitud, tan pronto como les sean signifi-

¹ Hebr. ix, 27.

cadadas. Ofrecida la señal, hé aquí que se desquiciará toda la máquina del orbe. El mar, que cuando está borrascoso causa tanto horror, como saben los que lo han experimentado en sus navegaciones, encrespará de tal forma sus olas, que agitándose con violencia, producirán sus bramidos en las gentes un estremecimiento convulsivo. El sol, que tanto alegra al mundo con su hermosa luz, y que tanto brilla con sus luminosos rayos, se eclipsará de modo, que dejará á la tierra en una lóbrega y espantosa oscuridad, sin disposicion para poder dar ni un paso. La luna, que, aunque en menor escala, tambien nos presta con su claridad servicios eminentes, teñida en sangre inspirará un miedo horroroso. Las estrellas, desprendiéndose del cielo y chocando unas con otras, caerán al suelo hechas pedazos, estremeciéndose con el estrépito las mas firmes columnas del firmamento. La tierra toda se bamboleará agitada de espantosos terremotos. Por último, un fuego sobremanera devorador se encenderá de repente hasta en las extremidades de la tierra, y abrasará á los habitantes de todas las provincias y reinos de todas las ciudades y pueblos, sin que haya cortijo, venta, choza, huerta, monte, ni viviente alguno que pueda libertarse de ser pábulo de las llamas en aquel incendio tan espantoso y voraz: los cielos y la tierra arrojarán violentos torbellinos de fuego, oyéndose por todas partes un general desplome de edificios, rugidos espantosos de animales, y lo que será todavía mas sensible, un clamoreo triste de voces humanas, gritos formidables, lamentos desconsolados, ayes lastimosos, congojas aflictivas, y agonías de muerte de unos y otros, de hombres y de mujeres, de ancianos y de niños, quedando prontamente reducido á cenizas todo cuanto contiene el universo, en aquella hora tan trastornado y confuso. No me admiro, pues, segun esto, de que el profeta Sofonías llamase á este dia, dia de cólera y de venganza, de tribulacion y angustia, de calamidad y miseria, de tinieblas y oscuridad, de nubes y tempestades, de horror y de desesperacion ¹.

Pulverizado ya todo, y convertidas en ceniza las personas que vivian al principiarse esta revolucion tan extraordinaria, esta catástrofe tan espantosa, se oirá distintamente desde el centro de la tierra, y desde los mas profundos senos del mar, el sonido espantoso, como dice san Pablo, de una trompeta ² que tocará un Ángel, y formando su eco una voz ³ clara, fuerte é imperiosa, articulará, en sentir de

¹ Sophon. i, 15. — ² *Canet enim tuba.* (I Cor. xv, 52). — ³ *In voce Archangeli.* (I Thes. iv, 15).

san Jerónimo, estas palabras : *Surgite mortui, venite ad judicium*. Levantaos, muertos, venid á juicio. Seguidamente á esta voz nuestras almas se unirán por virtud divina con estos nuestros propios cuerpos. Así vivos resucitados saldremos del sepulcro, é iremos á comparecer al local destinado para el juicio *. No os persuadais que esta comparecencia ha de ser muy tardía, atendida la extension de la tierra, y las distancias de los lugares. Dios nuestro Señor no depende de tiempos ni de países : un momento le basta para lo que gusta : todos los vivientes se le presentarán sumisos, y con mayor presteza que nosotros abrimos y cerramos los ojos al presente : su comparecencia será tan rápida como las exhalaciones caen á la tierra, y su puntualidad será tan exacta y admirable como lo exige su querer.

Ya rasgándose el empíreo, divisaremos el sacrosanto árbol de la cruz ¹, en que por nosotros fue muerto el Redentor ; los nueve coros de Ángeles haciendo la corte, y en medio de ellos á Jesucristo, soberano Juez de los hombres, que revestido de esplendor y majestad, vendrá precisamente á ostentar del modo mas visible su grandeza, su justicia é infinito poder. Se sentará en un solio magnífico, majestuoso y brillante sobremanera. Su aspecto será tan imponente, tan nueva y admirable su majestad y soberanía, que hasta los mismos Ángeles y Arcángeles, los Tronos y las Potestades, y cuantos ministros celestiales le acompañen estarán temblando embargados de respeto, de timidez y asombro. Ordenará á estos, que con la mas rigurosa escrupulosidad segreguen los malos de entre los buenos, colocando á estos á la parte de su derecha, y á aquellos á la de su izquierda. ¡Qué orden esta tan pavorosa, fieles míos! Aunque os figureis el terror y afliccion que le inspira el cuento de una fila larga al que es comprendido en ella, en que de tres ó de cinco se saca uno para fusilarlo ; aunque traigais á vuestra imaginacion la pena tan angustiosa que infunde el relato ó la audicion de una sentencia, que se teme ser de muerte, al que se le ha formado una causa por delitos cometidos, sabed que todo esto es una vislumbre, es como nada, respecto de la impresion angustiosa que motivará un mandamiento tan expreso. Al efectuarse, ¡qué enajenacion tan exorbitante de alegría producirá esta segregacion en unos, al paso que

* Advertidamente no he querido decir, que compareceremos en el valle de Josafat para ser juzgados, como se ha entendido hasta de aquí aquello del profeta Joel, cap. iii, v. 2 y 12, por lo que dice el abate Bergier, en su Diccionario de teología, en las palabras *Josafat*, y *Juicio final*.

¹ Matth. xxiv, 30.

en otros será un dogal que principiará ya á ahogar sus gargantas! Felices y afortunados los primeros; infelices y desgraciados los segundos. ¡Ay! ¿á qué lado te colocarán á tí, cristiano que me oyes? ¿Á la derecha ó á la izquierda? ¿Con los escogidos ó con los réprobos? ¿Presintiendo la gloria de tu eterna felicidad, ó enfurecido de rabia por el presagio de tu condenacion?

¡Qué temblor tan horrible se apoderará en este instante de todos cuantos hayan sido colocados á la izquierda del soberano Juez! Un mal monarca, ¡qué sentimiento no concebirá por no haber imitado en su vida, y en el gobierno de sus pueblos, á los Fernandos, Luisés y Canutos! ¡Una reina, el no haber seguido los pasos de las Eleonas, Isabeles y Clotildes! ¡Cuánto no daría un casado del estado llano, el que se le permitiese volver al mundo para imitar á los Eustaquios, Isidros y Conrados! ¡Las mujeres enlazadas en matrimonio, para gobernar su vida como lo hicieron las Mónicas, las Marías de la Cabeza y las Juanas de Aza! ¡Los solteros para imitar á los Lambertos, Roques y Casimiro! ¡Las doncellas para modelar sus pensamientos y acciones á la pauta de las Martas, Engracias é Ineses! ¡y las extraviadas para corregirse y abrazarse hasta la muerte con las rigurosas penitencias de las Marías Magdalenas, Egipcíacas y Pelagias! Sí: bien seguro es, que á permitirles otros períodos de tiempo en que, como viadores, pudieran merecer, no se apartarian jamás de los preceptos y aun consejos del Evangelio; pero este tiempo ya pasó: no es posible volver otra vez á la vida: es forzoso permanecer en la posicion en que cada uno se halla.

Aunque no hubiera mas indicios que el ver el lugar que cada cual ocupará, serian bastantes para saber quiénes han de ser bendecidos á virtud de sus buenas obras, y quiénes condenados en fuerza de los torcidos pasos y mala conducta que observaron en este mundo; pero esto lo aclararán mas y mas los libros de la vida, que se abrirán sin detencion, y cuyos asientos, escritos y anotaciones con la mayor minuciosidad y el mejor orden darán testimonio evidente de quién fue cada cual. Por manera que, como dice san Agustin, no habrá obra, palabra ni pensamiento que allí no se revele y manifieste de lleno ¹. Estos escritos manifestarán á la clara luz la santidad de los justos. ¡Qué momento este para ellos tan placentero y satisfactorio, al certificar aquellos asientos que su vida se conformó con la de Jesucristo, observando estrictamente su divina ley, habiendo

¹ Lib. XX de Civit. c. 14.

llevado una vida continuada de tribulaciones, sufrida toda con la mayor paciencia y resignacion, mortificando su cuerpo sin cesar, abatiendo las rebeliones de la carne, crucificándola con sus vicios y concupiscencias, habiendo expiado sus faltas, haciendo de ellos mismos una hostia viva, santa y agradable á Dios! ¡ Pero qué momento este, por el contrario, tan acerbo para los pecadores, cuando en él vean descubierto el secreto de sus conciencias expuesto á la presencia de cielo y tierra, y aparezcan distinta y profundamente grabados con la mayor minuciosidad, como en caracteres indelebles, todos los desórdenes que cometieron en su mala vida!

¡ Ah, qué amarga reprension sufrirán aquí los malos cristianos, cuando el soberano Juez los precise á poner los ojos en aquella cruz, que tan dolorosa fue para él, tan saludable para el mundo, cuyo infinito precio de la víctima en la misma sacrificada ellos vilipendiaron con el mayor desprecio y ultraje! ¿ Qué disculpa podrán presentarle, cuando este Señor les haga ostension patente de sus divinas llagas, exigiéndoles cuenta de su sangre preciosa y sacratísima derramada por su salvacion? ¿ Con cuánto enojo no los reconvendrá por haber abusado de sus dones, no haciendo caso de sus divinos mandamientos, cuya observancia los hubiera conducido infaliblemente á la vida eterna? Les reprochará los desvelos, las fatigas y padecimientos que sufrió por abrirles la puerta del cielo, cerrada por el pecado de Adán su primer progenitor, las repetidas instancias que en todo tiempo les hizo para que se esforzaran á entrar por ella, para que no perdieran la pingüe herencia de sus celestiales riquezas, y el menosprecio con que le correspondieron, desoyendo sus voces, resistiendo sus inspiraciones, y mofándose de sus cuidados. De aquí el aborrecimiento que les concebirá, odiándolos como ellos le odiaron, disponiéndose para derramar sobre ellos todo el cáliz de su amargura, de su indignacion y encendido furor.

No pudiendo estos negar tales reconvenciones de un Dios, por ser ciertísimas, las confirmará cada uno de ellos en particular con la mas explicita confesion. Al recordar un pecador la sagrada pila bautismal donde todo entero se consagró á su Dios, los santos templos que fueron testigos de sus promesas y ratificaciones hechas en los confesonarios, la sacrosanta mesa del altar y el tabernáculo, que con la participacion del cuerpo de Jesús le produjeron tantas y tan estimables gracias, correspondiendo á ellas tan malamente; al ofrecérsele á su memoria aquella casa donde vivió, y en la que cometió murmuraciones tan trascendentales, calumnias tan atroces, palabras

tan soeces, blasfemias tan horribles, y deshonestidades tan feas, no podrá menos de decir : si ejerceis conmigo inexorablemente vuestro rigor, justo sois, Señor, y recta vuestra justicia : *Justus es Domine, et rectum judicium tuum* ¹.

No puedo desconocer, que eligiéndome con preferencia á otros infinitos, á tener conocimiento de vuestra santísima ley, y á vivir en el seno de vuestra Iglesia, participé de las gracias de vuestros santos Sacramentos, de las que abusé : ocasiones infinitas en que me pusieron patentes vuestros divinos preceptos, y los desprecié. A mí se me dijo, que me apartase de toda culpa grave á las que estaba tan inclinado, porque un solo pecado mortal bastaba para condenarme, si tenia la desgracia de morir en él sin confesarme, acompañándome un sentimiento profundo y doloroso. Sabiendo esto, cometí no uno solo, sino infinitos, sin reparar cuán ofensivos eran á vuestra soberana Majestad. Yo experimenté tales remordimientos en mi conciencia, que me traian inquieto hasta desvelarme en el sueño profundo en que yacia. Supe que habia de llegar este día, esta hora, este momento, en el que con el mayor rigor me habíais de juzgar ; pero yo en vez de aplacaros me esforcé en irritaros mas y mas. Culpable soy, justísimo Juez, lo reconozco á la clara luz ; yo mismo lo confieso ante la faz de este tan terrible espectáculo : nada tengo que oponer : si ejerceis conmigo el rigor de vuestra justicia, lo merezco con razon : *Justus es Domine, et rectum judicium tuum*. Justo sois, Señor (dirán aquí todos los pecadores á una voz), justo sois, Señor, y recta vuestra justicia ; pero ahora imploramos con el mayor fervor vuestra soberana misericordia.

Apenas hayan pronunciado sus labios esta última palabra, cuando verán con sentimiento levantarse contra ellos un tropel de acusadores, solicitando del soberano Juez el castigo que merecen. ¿Cómo misericordia? clamarán desde luego los Ángeles custodios : justicia es la que pedimos nosotros, gran Dios ; esos infames no hicieron caso de nuestra asistencia y proteccion, despreciaron nuestra ayuda y menospreciaron vuestra gracia. El dispensarles y usar ahora con ellos de misericordia, seria rebajar vuestro nombre y vilipendiar vuestra causa. *Exurge Deus, judica causam tuam* ². Los Santos clamarán : Justicia, Señor : esos insolentes se rieron de nuestra piedad, hicieron burla de nuestra virtud, ridiculizaron nuestros ayunos, tuvieron por locura nuestra penitencia, y hasta se mofaron de

¹ Psalm. cxviii, 137. — ² Psalm. lxxiii, 22.

nuestra muerte ¹. Los paganos clamarán : Justicia , justo Juez : esos ingratos malograron vuestra revelacion , vilipendiaron el Evangelio , hollaron vuestros soberanos preceptos , desestimaron los consejos de vuestros confesores y predicadores , é inutilizaron las luces de la fe . ¡ Ah ! si nosotros las hubiéramos tenido ! *Exurge Deus*. Los demonios clamarán : Justicia , Señor : esos hombres y mujeres cometieron pecados sin número , y á nosotros por uno solo nos condenásteis . Justicia . *Exurge Deus*.

Como aquella no será hora destinada para que el Señor emplee su misericordia , sino para ejercitar su justicia con equidad y rigor , premiando á unos y castigando á otros , segun merezcan las buenas ó malas obras que ejecutaron , dirigiendo Jesucristo su divino rostro hácia la mano derecha donde estarán colocados los justos , les dirá con el mayor cariño y afectuosidad : *Venite benedicti Patris mei , possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi* ². Venid , benditos de mi Padre , á poseer el reino que se os está preparado desde el principio del mundo . Venid á mí vosotros que habeis trabajado por mi honor , y os habeis fatigado en mi servicio , que yo os hago participantes de mi gloria . Yo coronaré ahora vuestras fatigas y privaciones , haciendo que seais felices para siempre , contemplando vuestra alma la verdad por esencia , y gozándose vuestro cuerpo en el soberano Bien . Ahora os entraré en mi reino que es eterno é inamisible : reino donde se encuentra una paz perfecta , y la abundancia de todos los bienes , sin mezcla de mal alguno . *Possidete paratum vobis regnum*. En este reino encontraréis cuanto podeis apetecer : resplandeceréis tan hermosos como el sol ; en la velocidad , fortaleza y libertad seréis semejantes á los Ángeles : vuestra vida será inmutable por toda la eternidad : mi sabiduria infinita os descubrirá todos mis secretos : en el poder participaréis de mi divina omnipotencia : allí hallaréis conciertos melodiosos , honores supremos , riquezas inauditas , un júbilo plenísimo , un descanso sin fin , y un gozo sempiterno . Yo seré para vosotros cuanto podais apetecer y amar . *Venite*. ¡ Oh Jesús , mi Dios , mi Redentor y mi Juez , quién fuera tan feliz que oyese de vuestros divinos labios esta sentencia !

¡ Empero de cuán diferente modo les hablará á los malos , situados á su izquierda ! Convirtiéndose hácia ellos con un semblante severo , furioso y encendido , les dirá : *Discedite à me maledicti in ignem æternum , qui paratus est diabolo , et angelis ejus* ³. Apartaos de

¹ Sap. v, 3, 4. — ² Matth. xxv, 34. — ³ Matth. xxv, 41.

mí, malditos, id al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus secuaces. Malditos en el cuerpo, malditos en el alma, por vuestro bien y salvacion eterna fue coronada de espinas esta mi cabeza, abierto este mi costado, taladrados estos mis piés y manos, derramada mi sangre hasta ser sacrificado en ese madero; pero todo lo habeis despreciado sin cuidaros de vuestra salvacion, y sin estimar el cielo que os abria: pues id, malditos, al fuego eterno: *Discedite à me maledicti in ignem æternum*. Yo no estoy obligado á daros satisfaccion explicándoos lo que es aquel fuego á que os destino; pero para que empeteis á padecer desde este mismo momento, no creais que es semejante al que conocisteis en la tierra, que ardiendo se minora y acaba: este fuego, encendido por el soplo de mi soberanía, ha de arder eternamente; y sin consumiros vosotros, jamás ha de perder ni un punto de su actividad ni de su fuerza: ya sabeis que mis entrañas hasta de aquí han sido siempre de misericordia; pero ya que vosotros os burlásteis en el mundo de mi benignidad y mansedumbre, ahora veréis á qué lugar os ha conducido vuestro desprecio; ahora experimentaréis que aquel fuego os consumirá de tal suerte, que siempre reservará en vosotros que consumir: os atormentará de tal forma, que siempre renovará en vosotros los tormentos: os abrasará de tal modo, que siempre hallará en que quemaros: y vosotros seréis tan infelices que me gozaré en vuestros tristes clamores; me reiré de vuestras lástimas, empezando desde este instante á complacerme en vuestra eterna perdicion. Así lo reclama mi ley, y lo exigen los rigurosos derechos de mi justicia: el abismo será vuestra habitacion: los demonios vuestros compañeros. Id, malditos, id al fuego eterno: al infierno para siempre: para siempre. *In ignem æternum*.

Dicho esto se remontará el justo Juez, asociado de los Ángeles y predestinados, hácia el empireo, en el que entrarán á gozar para siempre de una gloria inefable: y al propio tiempo la tierra se tragará á todos los réprobos, cayendo estos en el infierno, para padecer y penar allí por toda una eternidad: por mientras Dios fuere Dios, que lo será por los siglos de los siglos.

Por lo que á nosotros toca, fieles míos, asombrados de lo que pasará en este día tan tremendo del juicio, temámosle antes que llegue, para no temerle en su día sin remedio y sin consuelo. Tengamos siempre presente cuán recto y severo es el Juez que nos ha de juzgar; cuán estrecha la cuenta que nos ha de pedir, y cuán terrible y ejecutiva la sentencia que ha de pronunciar contra nosotros,

si desde ahora no nos enmendamos entrando en la consideracion de un negocio que tanto nos importa. Salgamos por lo tanto del abismo de nuestros pecados ; pulvericemos con los rigores de la penitencia todos los desórdenes de nuestra vida pasada : seamos dóciles y puntuales en la observancia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Frecuentemos los santos sacramentos de Confesion y Comunión. Obrando así podremos esperar el oír de la boca del Salvador la sentencia de bendicion que nos haga felices y bienaventurados por una eternidad de eternidades. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña, por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los pies de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, y digámosle cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Jesús, Dios omnipotente, mi Señor, mi Padre y Redentor mio amabilísimo, como Juez supremo que sois de los vivos y de los muertos, he de comparecer infaliblemente en vuestra presencia para ser juzgado. ¿Y qué sentencia puedo esperar de vuestro tremendo y justo tribunal, cuando tantas veces os he despreciado y ofendido con un número infinito de pecados? ¿Qué disculpa os podré dar de mis extravíos y de mis yerros tan enormes como voluntarios? ¿Qué excusa me valdrá en un juicio donde todo será severidad y justicia? ¿Qué sentencia han de escuchar estos mis oídos, y sentir esta mi alma atribulada y confundida?

¡Ah, soberano Juez, qué sentencia de condenacion me teneis guardada si no arreglo mi vida de muy diferente modo que hasta de aquí! No lo desconozco esto, mi amable Redentor. Pero sabiendo teneis comprometida vuestra palabra en dar la sentencia de bendicion al pecador que se enmienda y de veras se arrepiente, compungido del dolor mas penetrante, digo que *me pesa el haber pecado* : que *me pesa millares de veces el haberos ofendido* ; misericordia, Señor : misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE ADVIENTO.

*Es grande la misericordia de Dios, en esperar, y perdonar al pecador,
tan pronto como de veras se convierte.*

Cæci vident, claudî ambulant. (Matth. xi, 5).

Los ciegos ven, los cojos andan.

El Señor nos eligió á nosotros sin méritos ningunos de nuestra parte, para que constituyéramos su pueblo estimadísimo, dispensándonos beneficios superiores todavía á los que confirió en otro tiempo á los israelitas. Él nos visitó en persona, nos predicó por sí mismo su divina palabra, nos dejó en depósito la doctrina que aportó del cielo, y obró á favor nuestro portentos sin número de la mayor utilidad, y de la mas estupenda admiracion. Á él acudian los ciegos, dice el Evangelio (de hoy), y les conferia la vista; se le presentaban los cojos, y les restituia el uso expedito de sus miembros impedidos hasta entonces; á él concurrían los leprosos, y quedaban al momento limpios; los sordos recobraban el oido, y los muertos alcanzaban la vida.

¡Felices criaturas que tuvieron la dicha de que el mismo Salvador en persona ejerciera con ellas un acto tan brillante de su poder y misericordia! Y felices tambien nosotros, que cada dia estamos experimentando unos beneficios tan grandes, como los que acabo de expresar. Incurriendo como incurrimos frecuentemente en culpas graves, quedamos todavía mas ciegos, tullidos, leprosos, sordos, y muertos en la vida de la gracia, que los que refiere el Evangelio. El no sepultarnos, pues, inmediatamente en los senos del abismo, antes bien, el sostenernos con vida á pesar de nuestros delitos, y el convidarnos instantemente con su gracia, y el derecho á la vida eterna, hé aquí tambien milagros no pequeños; portentos no de inferior orden á los ya enunciados; y si estos no llaman como aquellos tanto la admiracion de muchos, bien podré decir con san Agustin en asunto semejante, que como cosas que acaecen frecuen-

temente, se envilecen por repetirse cada día : *Assiduitate viluerunt* ¹. A fuerza de ver cotidianamente estos soberanos procedimientos, su entendimiento se acostumbra á mirarlos con indiferencia. Yo quisiera, fieles mios, que ellos y todos vosotros os pusiérais detenidamente á reflexionar sobre unos milagros que hacen detener el curso de la justicia divina, para que no descargue el furor de su ira sobre unas personas que vilmente le han ultrajado, y que por lo tanto segun la presente providencia, haciéndose odiosas á la majestad del Señor, y enemigas suyas, merecian que seguidamente experimentasen sin contemplacion alguna el castigo que les está marcado, que estoy bien persuadido de que á muy luego brillarian en los ojos de vuestro entendimiento los portentosos resplandores de una admiracion asombrosa. Sí : de ningun modo se os podria ocultar el interés sumo que la misericordia del Señor forma á beneficio del triste pecador, y el esfuerzo que emplea para detener los rayos de ira lanzados contra él. Ella es la que obliga á Dios á que no nos castigue inmediatamente á la ejecucion de las ofensas que le irrogamos, á que nos espere, y aun á que él mismo nos proporcione los medios conducentes para lograr nuestra felicidad ². El Omnipotente nos hizo sus hijos por la gracia, y herederos legítimos de todas sus riquezas ³; pero ingratos á beneficios de tanta monta, perdemos por nuestras indignidades unos derechos tan nobles : nuestros enormes pecados provocan su indignacion, y desde luego seríamos víctimas del furor de Dios, si no fuera por su soberana misericordia. Ella es la que hace el que nos sufra y espere con indecible paciencia, y por mas que nuestra alma sea una viña infructuosa, el que nos aguarde por uno, dos y mas años, para ver si damos algun fruto, ó nos ponemos en disposicion de que pueda perdonarnos y concedernos sus bienes. Ella es la que hace que el Señor nos reciba con los brazos abiertos, tan pronto como nos reconocemos y volvemos á él; que nos perdone con prontitud y sin resentimiento todas nuestras culpas, y que nos adorne con los ricos é inestimables dones de su gracia. Y esto es lo que me he propuesto haceros ver esta mañana, manifestándoos para consuelo de todos, que *es grande la misericordia de Dios en esperar y perdonar al pecador, tan pronto como de veras se convierte*. Mientras lo demuestro con el favor divino, estad atentos.

Es por cierto bien digna de lástima la conducta del cristiano, que

¹ Tract. XXIV in Joan. — ² Isai. xxx, 18. — ³ I Petr. i, 3.

teniendo un exacto conocimiento de lo que él es en sí, y de lo que es su Criador, de la gravedad que en sí encierra un pecado mortal, y lo mucho que con él le ofende, se atreve á ejecutarlo. Él sabe que cometiendo una culpa grave se ocasiona un daño perniciosísimo, se labra su ruina, abriendo en su alma llagas incurables, despojándola de los derechos de la vida, y lo que es mas irrogando con ella un desacato, y una ofensa tan grande á Dios nuestro Señor, que es infinita, y por lo tanto merecedora de unos castigos eternos. Al contemplar, pues, un cristiano una ruina tan trascendental como con la culpa se ha acarreado, al reflexionar la desventura en que ha sido sumergido, y lo agraviado que tiene á Dios, ¿cómo podrá permanecer insensible á unas calamidades tan tristes? ¿Cómo todo consternado no se deshará en fuentes de lágrimas al ver perdido por el pecado el único bien que pudiera suavizar sus trabajos, aliviar sus penas, y consolarle en las aflicciones? Constituido en un estado tan miserable, bien puede llorar, porque no puede acometer empresas que no se conviertan en su propio daño: no puede dar paso en que no tropiece y encuentre su ruina. Ofendido como tiene á su Dios y Redentor, habiéndolo echado con ignominia de su corazon donde antes formaba sus delicias, recreándolo con alegrías indecibles, ya está privado de la luz que le alumbraba, de la fortaleza que lo sostenia, de la sabiduría que guiaba sus aciertos, y de la vida que mantenía su existencia: por eso dice san Ambrosio, que el cuerpo del pecador es un túmulo feo, horrible, que exhala una insufrible fetidez, en el que yace su alma sin movimiento ni espíritu¹. Tiene nombre de vida, sí; pero está realmente muerta, segun lo que dijo san Juan al Obispo de Sardis. *Nomen habes quod vivas, et mortuus es*².

De aquí resulta, que como con la culpa grave es Dios tan vilmente ultrajado por el hombre, se ve por ella impulsado á emplear los rigores de su severidad. Siempre que el hombre peca mortalmente, se prepara el Señor para castigarle segun exigen los derechos de su justicia. Y ciertamente que á verificarlo así con el azote de su terrible indignacion y segun merece su crimen, pocos momentos disfrutaria de vida, arrojándolo á la estancia de las tinieblas, para que en aquella espantosa habitacion empiese su pena con los tormentos que tiene allí preparados, para castigo de los insolentes, que no repararon en ofender á su divina Majestad, y en agra-

¹ Ambr. lib. II de Coíniet Abel, c. 6. — ² Apoc. III, 4.

dar al demonio. Este infortunio le proviniere repentina é infaliblemente si no se le interpusiese sin tardanza la divina misericordia, que compadeciéndose del miserable pecador, esperanzando con el tiempo su salvacion, mediante un verdadero reconocimiento, una confesion dolorosa y una constante penitencia, le recuerda su venida al mundo con el objeto no de llamar los justos, sino los pecadores, y no para castigar sus maldades, sino para librarlos de ellas ¹, templando así aquella enojada justicia, y desarmándola del lleno de indignacion que estaba pronta á descargar sobre el miserable delincuente, que tuvo el arrojé de despreciar á quien siempre debia servir, y de ofender á quien siempre debia venerar.

Cuánta verdad es, segun esto, lo que nos dice el profeta Isaías, de que el Señor es todo bondad y misericordia: *Quoniam multus est ad ignoscendum* ². Sí, fieles míos. Que el que pronuncia palabras soeces y tiene una lengua maldiciente y blasfema no experimente sin demora el castigo de Senaquerib; que el que es descomedido ó desalento para con sus padres, para con sus superiores ó para con los ancianos, no tenga al punto un fin tan desastroso como el que tuvieron los jóvenes que hicieron burla del profeta Eliaeo; que el deshonesto, cuando está cometiendo el pecado torpe, no se quede allí muerto repentinamente como Onan, juntamente con su amiga; que al murmurador, cuando ensaña su lengua contra su prójimo, no le acaezca en el momento el castigo de Coré, Datan y Abiron, que por un pecado semejante fueron tragados vivos por la tierra; en una palabra, que no nos convirtamos todos en estatuas de sal como la mujer de Lot, cuando volvemos criminalmente la vista á los placeres mundanos, volviendo la espalda á los caminos de la virtud, todo esto lo debemos á la misericordia del Señor. ¡Tristes y desgraciados de nosotros, si inmediatamente despues del pecado hubiera entrado á obrar el rigor de la divina justicia! Bien cierto es, que léjos de hallarnos al presente en este santo lugar, nos halláramos en otro bien diferente, donde nos atormentaria un fuego abrasador é interminable, si la misericordia de Dios no se hubiera manifestado grande con nosotros, esperanzando nuestro sincero arrepentimiento.

Desearo el Señor, y en gran manera solícito porque no dilatemos por mas tiempo un arrepentimiento verdadero como lo hemos hecho hasta de aquí, oid los amorosos llamamientos que nos hace en

¹ Luc. ix, 58. — ² Isai. lv, 7.

sus santas Escrituras. Pecador (dice Dios á cada uno de nosotros) ; pecador , tú sabes muy bien las promesas que me tienes hechas desde el dia en que te reengendraron con las aguas de mi sagrado bautismo : me has prometido mil veces observar exactamente mi ley, odiando las alegrías pecaminosas del mundo ; pero léjos de cumplir lo prometido , te has gozado en ofenderme con delitos graves y culpas vergonzosas, por las cuales merecias que yó te hubiése arrojado á los calabozos del infierno ; pero no te espantes, ni aun te aflijas : por mas que tu alma haya sido, y sea todavía una sentina de vicios abominables, y de maldades horrendas, yo te amo con un tierno y especial cariño. El demonio por su infernal deseo de tu perdicion eterna emplea todos sus conatos, y hace los mayores esfuerzos porque no lo dejes ; pero mira que este que te se vende por amigo te pierde infelizmente : huye, pues, de su compañía, detesta sus máximas, odia sus consejos, despídelo para siempre. No desprecies como en otras ocasiones mis paternales avisos ; mira que son de un Dios que te crió, que vertió su sangre por tí, que te quiere, y desea á todo trance salvarte. Si abriendo los ojos de tu entendimiento vieras cuán corrompido está tu corazon , si te pusieras á contemplar las inmundicias tan feas y abominables con que lo tienes manchado, tú mismo te horrorizarías ; empero no por esto te intimides, no te persuadas ni te contemples por eso despedido de mi presencia ; es mayor de lo que tú puedas figurarte el atributo de mi misericordia ; y esta es la que me inclina á hablarte ahora con amor, como lo he hecho siempre hasta de aquí : no te hagas sordo al presente á mis voces, como lo has hecho en otras ocasiones ; mira que de esto no reporto yo provecho alguno : no busco mi utilidad, solo quiero tu interés. A otros muchos pecadores les hablé con este lenguaje, y se aprovecharon de tal modo, que saliendo resueltamente del cieno de sus vicios, caminaron despues constantemente por las sendas de la virtud, y así pudieron salvarse. Imita, pues, su ejemplo ; aprovecha esta ocasion. Si así lo haces, si abandonadas las culpas dejas de ofenderme , si detestas tus crímenes, si haces una confesion pronta, verdadera y dolorosa, si mortificas tus apetitos, si te abrazas con la penitencia, y me diriges los afectos de un corazon humillado, contrito y arrepentido, cuenta con la seguridad de un cumplido perdon.

Estos ofrecimientos, fieles míos, no son como los de los hombres. Dios nuestro Señor siempre y en todo tiempo los ha cumplido. Las sagradas Letras nos presentan un sinnúmero de pecadores, á quie-

nes Dios indulgenció por un efecto de su gran misericordia , tan pronto como se reconocieron , confesaron sus pecados , y se arrepintieron de veras. Ved á un Manasés. Aquel impío que sedujo á Judá , y á los moradores de Jerusalem , y los precisó á cometer las mas horribles abominaciones : este impío, digo , que sobre unos crímenes tan perversos derramó la sangre inocente de los siervos de Dios (mandando entre ellos aserrar por medio al profeta Isafas porque reprendia sus desórdenes), con tanto exceso, dice la sagrada Escritura , que rebosaba de ella la ciudad de Jerusalem , preso que fue , y conducido cautivo á Babilonia , bien amarrado de grillos y esposas, viéndose en un estado tan miserable , reconociendo que por sus culpas Dios lo habia castigado de aquella suerte , abrió los ojos de su alma , y tocado de un vivo arrepentimiento confesó sus pecados, los detestó de todas veras , se convirtió al Señor , y este lo admitió inmediatamente en su amistad ¹.

Ved á un David , quien prendado de la hermosura de Betsabé la primera vez que por casualidad la vió, concibió un crimen detestable en su corazon , pues deseó pecar con ella. Tomó muy pronto averiguaciones sobre quién era aquella mujer tan hermosa que habia visto : supo que estaba casada con un tal Urías , oficial de su ejército de los mas valerosos, fieles y adictos á su persona. Esta noticia debia haberle contenido ; pero atropellando la pasion con estas consideraciones , como rey que era , manda comparecer ante él á Betsabé : abusa de su persona cometiendo con ella un adulterio ; y llevando sus miras criminales mas adelante , queriendo casarse con la misma , y no pudiéndolo esto realizar por estar enlazada en matrimonio , intenta deshacerse de su marido , empleando para ello un medio de los mas viles y mas infames. Le pone al infeliz inocente una carta cerrada en su mano , para que se la presente cuanto antes en persona á Joab , general de su ejército, como asunto interesante al real servicio. En ella le decia , que interesaba á su Real persona , el que el portador de aquella carta á todo trance muriera ; por lo que , en la primera batalla ó escaramuza que tuvo el ejército con los amonitas , lo colocó el general en el punto mas arriesgado , donde si no se le asistia era inevitable su muerte ; y efectivamente allí pereció víctima de su valor, de su disciplina y fidelidad. David satisfizo así sus deseos , tanto en cometer el adulterio , como en la muerte de Urías , y en casarse despues con su mujer. Ya veis , fieles

¹ IV Reg. xxi; II Par. xxxiii.

mios, que estos fueron pecados gravísimos; sin embargo advertido David un año despues por el profeta Natan, conoció lo mal que habia obrado; se arrepintió de corazon, lloraba despues inconsolable estos crímenes dia y noche, porque conocia que á no llorarlos amargamente se condenaria: hizo, pues, una confesion pública de sus pecados, y una penitencia rigurosa hasta el fin de su vida: en vista de esto el Señor le perdonó, é hizo que tuviese la muerte de los justos ¹.

Ya sabeis tambien que la Samaritana fue una mujer escandalosa; la Magdalena una pública pecadora, y que un san Dimas empleó su vida en robar, y ser un salteador de caminos; empero, sin embargo de esto, reconocidas estas personas una vez, arrepentidas de sus delitos, llorosas de sus enormes pecados, pidieron á Dios eficazmente el perdon de todos ellos, le suplicaron ardientemente su amistad y su gracia, y el Señor se la concedió sin detencion, á la manera que á toda hora está dispuesto á concedérmola á nosotros, si de veras nos arrepentimos y nos convertimos á su divina Majestad.

Habeis oido los comprobantes de personas, que á pesar de sus muchos y grandes crímenes se salvaron mediante un verdadero arrepentimiento; pero os podria citar tambien otros muchos, poniendo á la cabeza de ellos á un Saul, rey de Israel, que no alcanzaron el perdon, porque su arrepentimiento fue veleidoso, inconstante, de *quiero y no quiero* ². Conocian á las veces su mal obrar; formaban á ocasiones resolucion de no volver á ofender á Dios, de nunca mas pecar; pero eran como nosotros, que á las veces concebimos odio al pecado, pero luego volvemos á él si la pasion nos aprieta, si la tentacion nos insta, ó las ocasiones se nos presentan. Bien dijeron, *pequé, Señor, tened misericordia de mí*; pero eran como nosotros, que decimos esto muchas veces, mas sin dejar la amistad el que se encuentra enredado en ella, sin deponer el odio el que desea mal á su prójimo, sin reparar el daño el que en un juicio atropelló con la santidad de Dios jurando en falso, sin restituir el que motivó perjuicio, y sin penitenciarse el que blasfemó del santo nombre del Señor. En una palabra, sin formar resolucion constante, firme y eficaz de dejar los vicios, detestarlos para siempre, y no volver jamás á cometerlos. Ved aquí por qué á estos no les alcanzó la misericordia del Señor: ved aquí por qué se perdieron; así como nosotros nos perderemos tambien infelizmente, si no variamos de conducta,

¹ II Reg. XI, XII. — ² Prov. XIII, 4.

si no nos convertimos á Dios de todas veras, si no tratamos resueltamente de salir del cieno de los vicios, con firme resolucion de no volver á reincidir.

Ea, pues, pecador, seas quien fueres, á estos ejemplares abre los ojos de tu consideracion, antes que veas por experiencia propia el desengaño : levántate del infeliz estado de la culpa en que vives y has vivido, si no quieres parar en un abismo. Oye la voz de Dios. Ahora que tienes tiempo, ocasion, salud y oportunidad, ahora que Dios te llama con ternura, que te busca con fineza, que te ruega con amor, y quiere perdonarte por su gran misericordia, ríndete á un llamamiento tan dulce; acepta invitacion tan cariñosa, tan digna de ser apreciada y agradecida. No dilates tu reconocimiento y enmienda ni aun por un solo momento. No te portes en adelante como lo has hecho hasta de aquí, pecando, confesándote todos los años, volviendo de nuevo á pecar, y repitiendo así por toda tu vida los pecados á las confesiones; que esto, te diré como le dijo Samuel á Saul, es un modo de obrar muy necio ¹, esperanzando siempre en las entrañas paternas y bondadosas del Señor; mejor diré abusando de su misericordia, creyendo erradamente que así podrias continuar hasta el fin de tu vida. Analiza bien estos tus procedimientos: reflexiona con detencion esta tu marcha, y hallarás que el Señor no solo la desaprobaba, si es que promete castigarla con rigor, como lo dice por su profeta Jeremías ². Aunque infinita la misericordia de Dios, no debes descansar tan ciegamente en la confianza de que siempre la has de hallar igual, segun y por el tiempo que á tí te acomode. Son muchas las veces que huyendo tú del Señor, él te ha buscado con ansia: provocando su ira, te ha esperado con sufrimiento: siéndole rebelde, te ha sufrido con paciencia: entregándote por esclavo á Satanás, te ha convidado con su libertad; y arrojando tú saetas contra el cielo, te ha remitido lluvias incesantes de beneficencias piadosas: mas por lo mismo debes temer el que cansado de tus culpas y rebeldías se agote para tí la fuente de sus misericordias, si no te conviertes de veras, y propones con una resolucion firme el dejar los vicios para siempre. Esto es lo que debes hacer; y mientras no lo hagas, podrá sí sufrirte la misericordia del Señor por algun tiempo; pero viviendo en mal estado, nunca pronunciará el decreto de tu perdon: antes bien todos cuantos actos de piedad y clemencia haya ejercido contigo, serán en su dia docu-

¹ I Reg. xiii, 13. — ² Jerem. v, 9.

mentos fehacientes para castigarte é imponerte un aumento de pena y de tormentos indecibles. Conviértete, pues, de todas veras por la cuenta que te trae. Sal de esas sendas de perdicion ¹, y verás como tendrás la dicha de participar de todo el lleno de las misericordias del Señor, oyendo como articulan sus divinos labios la palabra terminante de que te son perdonados todos tus pecados. Ya sabes que todo lo alcanza y todo cede al imperio de su voz, la calentura obstinada, la ceguedad de nacimiento, la inveterada parálisis, y la opresion del demonio. Dirigiéndote, pues, su palabra tendiente á perdonarte, ya no necesitas de mas requisitos para reputarte por salvo; porque la virtud de su palabra es tan soberana y eficaz, que salva al hombre sin trabajo, así como extendió los cielos y crió todas las cosas como si nada hiciera. Cuando el Centurion pidió la salud milagrosa de su criado, no solicitó que Jesucristo se personase ante él, ni le aplicase sus manos, sino solamente que dijese una palabra ². Pronunciad, Señor, le dijo, una sola palabra, que esto bastará para que huya de él la dolencia que le aflige. En esta palabra estriba la salud y el bien de las criaturas. Con una palabra dió vida á Lázaro, salud al paralítico, contricion á la Magdalena, vista al ciego. Su palabra destierra las enfermedades, pone terror al infierno, todo lo puede, todo lo vence, todo lo vivifica. Concíliate, pues, la seguridad de esta divina palabra con una conversion sincera, con la enmienda de tu vida, y la reforma total de tus costumbres. Persevera así constante y fiel hasta la muerte, y cuenta con toda seguridad de que el Señor por sí mismo te ha de conferir la corona de la vida eterna ³, que te haga bienaventurado por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que le hemos ofendido en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, y digámosle cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Amable, dulce y benéfico Redentor. Vos sois mi Dios, mi Criador, mi Salvador, y mi único bien. Y yo que me atrevo á hablaros ¿quién soy? Soy criatura de vuestras manos sí; pero criatura ingrata, que á beneficios os he correspondido con ingratitudes; á favores con disgustos, y á gracias con repetidos pecados. Yo confie-

¹ Ezech. XVIII, 30; Zach. I, 4. — ² Matth. VIII, 8.

³ *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.* (Apoc. II, 10).

so, Señor, que me he dejado arrastrar de las vanidades del mundo, y de los placeres mentirosos de mis apetitos y pasiones. He pecado contra el cielo y contra Vos : ya no soy digno de llamarme hijo vuestro. Pero falto de méritos ¿á quién recurriré para que me ampare , sino á Vos , que sois la alegría de los Santos , el contento de los justos y el refugio de los pecadores ?

A Vos , pues , me dirijo de todas veras , Dios de mi corazon y de mi alma. Venid , pues , Vos , á mí : convertidme , y criad en mí un nuevo corazon : un corazon que os ame ; un corazon enteramente ocupado en vuestra bondad y hermosura ; un corazon , en fin , que aborrezca todo lo que es contrario á vuestra santa y divina ley. Y si para esto es preciso que yo antes confiese sinceramente y deteste todas mis culpas pasadas , satisfaré ahora estas dos obligaciones : aquí públicamente digo para mi mayor confusion , que en todo el mundo no hay otro mas pecador que yo , ni es posible que se halle quien habiendo recibido tantos beneficios de vuestra mano , os haya correspondido con tantas ingratitudes y tantas ofensas ; pero ya las detesto : ya las abomino para siempre , diciendo con el corazon rasgado de dolor , que me pesa el haber pecado : que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO.

Cuáles son los deberes de un cristiano.

Et confessus est, et non negavit. (Joan. 1, 20).

Y confesó la verdad, y no la negó.

El Cristianismo es un sol divino que resplandece y alumbra con brillantes rayos, hermosa luz y apacible claridad á los que viven bajo el curso de su influencia. Es un palacio que el mismo Omnipotente edificó, fundándolo en cimientos sólidos de eterna duracion. Es un sagrado propiciatorio donde el Señor vive gustoso, tiene sus delicias, y donde se complace en comunicar íntimamente con sus criaturas. En él nos da sus leyes, su doctrina, sus Sacramentos, y las ceremonias para su culto. En él tiene depositada nuestro adorable Redentor aquella sangre preciosísima que derramó por nuestra salud, la que, como una fuente caudalosa, soberana y divina, mana de continuo raudales abundantes, indecibles é infinitos de misericordia. Esta sagrada fuente refrigera y sacia la sed del eclesiástico, del religioso metido en el claustro, del casado, del solitario y del que vive en el bullicio del mundo. En el Cristianismo tiene guardada la medicina universal para curar todas las enfermedades, por graves y desahuciadas que sean en opinion de los hombres, siendo su virtud tan poderosa y eficaz que todo lo sana. Él es el tabernáculo donde el Señor tiene encerradas sus divinas luces, sostenido y afianzado por su divina palabra. En él tiene depositada la verdadera doctrina, y es el órgano infalible de su soberana voluntad. Él es en fin la casa de Dios, y el que no viva dentro de su recinto no puede salvarse. Felices, pues, todos los que han sido elegidos por el Señor para vivir bajo el techo de esta celestial habitacion.

Vosotros, fieles míos, ¿gozais de esta dicha soberana y tan inefable que no se puede celebrar suficientemente con palabras? ¿Qué decís á esta pregunta que os hago yo, á la manera que los fariseos le hicieron otra semejante á san Juan Bautista, como vemos (hoy

en el Evangelio? No abrigo duda alguna, en que así como el Precursor confesó la verdad, *et confessus est, et non negavit*, la confesaréis todos vosotros igualmente, respondiéndome á una voz que por un privilegio especialísimo del Señor habeis sido llamados al Cristianismo para morar en esta su santa casa, asistidos siempre de su proteccion soberana, por cuya razon os llamais y sois efectivamente cristianos. Siendo esto así, grande es vuestra dignidad, y tan grande que en la tierra ya no se puede lograr otra mayor, ni aun equivalente. Estais, pues, en el camino verdadero y seguro por donde se llega á conseguir la bienaventuranza eterna. Empero para su logro, es indispensable seguir constantemente este camino, regularizando los pasos segun ordena el Señor en su santo Evangelio. De suerte, que su santa doctrina debe ser la regla á que debeis de conformar vuestras acciones sin separaros de lo que os prescribe y sin desviaros de la línea que os marca. Por una dignacion inefable de Señor, gozais la dicha de profesar la creencia del verdadero Dios; de tener conocimiento de sus divinos preceptos y consejos; pero habiendo sido ensalzados á gloria tan encumbrada, y elegidos para ser sus verdaderos hijos, es forzoso ser dóciles á su voz, imitar sus ejemplos y seguir en un todo los ordenamientos que prescribe en el Evangelio, sin quebrantarlos en ocasion alguna. Este es el mejor modo de acreditar el nombre y profesion que tiene uno de cristiano; y es tan indispensable el requisito de conformar nuestra conducta en pensamientos, palabras y obras, á lo que el Señor nos manda, que sin él nunca podríamos ser eternamente felices. No os persuadais que con sola la vocacion al Cristianismo, y con solo el nombre de cristianos que os acompaña teneis asegurada vuestra salvacion: para lograrla, es además absolutamente preciso llenar la voluntad de Dios en los preceptos que tiene impuestos. Esto os lo demostraré ahora, haciéndoos ver cuáles son los deberes de un cristiano. Mientras lo hago con el favor divino, estad atentos.

El mundo, fieles míos, se compone de diversas naciones. Entre estas, hay unas que todavía yacen en la infidelidad, sin gozar la dicha de tener conocimiento del verdadero Dios y del Cristianismo que él trajo y estableció en la tierra. Otras hay tambien, que aunque ilustradas de este conocimiento, lo profesan tan desfigurado, ora por el cisma, ora por la herejía, que ellas mismas se apartan voluntariamente de aquella brillante luz que Jesucristo aportó al mundo para iluminarnos á todos; y envueltas en sombras de oscuridad no pueden conseguir con esta marcha aquel fin para que Dios nos crió, que fue

para conocerle , amarle y servirle en esta vida , y despues verle y gozarle en la otra. Mas no por éso creais que estas dos clases de naciones solas componen el universo en su totalidad ; porque hay además algunas tan privilegiadas por el cielo , que en ellas no tienen cabida ni la infidelidad , ni la herejía , ni el cisma. Tal es esta nacion en que vivimos nosotros , la que iluminada por María santísima nuestra Señora y dulce Madre, cuando viniendo en carne mortal á Zaragoza en Aragon, desterró las sombras de la idolatría , y trasplantó á esta tierra, desde Jerusalem, la rica planta del Cristianismo que cultivada por nuestro patron Santiago , desde luego dió frutos copiosos y exquisitos. Desde entonces , ni la herejía arriana, ni las máximas de Mahoma , ni el Protestantismo, han podido aclimatarse por mas esfuerzos que han hecho en varias épocas en este suelo tan privilegiado.

El nacer, pues , en un país tan luminoso , tan libre de errores, en un país donde se profesa con tanta limpieza el Cristianismo sin temor de que los pensamientos orgullosos de hombres miserables nos lo hayan desfigurado, ¿no es un privilegio especialísimo que el cielo nos dispensó? Si , fieles mios. Mucho antes de la creacion del mundo desde la eternidad nos tuvo presentes á nosotros en su entendimiento el Omnipotente , y en el libro de sus profundos y adorables decretos dejó asentado que su voluntad era el que naciéramos cierto dia en este país , donde se profesa la religion sacrosanta de Jesús sin mezcla de error alguno , para que tan pronto como abriéramos los ojos á la luz de este mundo, fuéramos inmediatamente lavados con las aguas saludables del sagrado Bautismo ; y con la recepcion de este santo Sacramento , al propio tiempo que quedáramos limpios del pecado original con que todos nacemos manchados por la culpa de nuestro primer padre Adan , nos confiriera su gracia santificante, nos diera entrada en la posesion de su Iglesia, quedáramos enumerados en la lista de sus hijos , marcando nuestra alma con una señal distintiva y honorifica cual es el carácter, que siempre nos acompañase, sin poderse borrar jamás de nosotros ni en vida ni en muerte : que nos infundiera las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo , concediéndonos además las gracias competentes para poder con ellos alcanzar la bienaventuranza eterna. El nacer y el hallarnos al presente en el centro del Cristianismo todo ha sido obra del Señor, ejerciendo con nosotros un acto como este tan visible y sobresaliente de su divina misericordia. Si : él nos ha constituido ovejas de su rebaño, domésticos de su santa casa , hi-

jos de su sagrada familia : nos ha puesto en el camino seguro de la verdad ; nos ha admitido á la utilizacion de sus gracias , dándonos parte en sus celestiales riquezas.

Empero no nos debemos parar aquí , persuadidos de que solo con haber sido llamados al Cristianismo tenemos ya bastante para el logro de la eterna felicidad. Aun nos resta mucho que andar , como le dijo el Ángel al profeta Elías : *Grandis enim tibi restat via* ¹. Cier- to es que nos hallamos en el camino de la verdad y de la salva- cion ; pero Dios exige de nosotros además el que caminemos cons- tantemente estos senderos ejecutando lo que nos manda con sumision y prontitud , con voluntariedad y con gusto , sin desvío alguno , ni quebranto de sus órdenes soberanas. Siendo cristianos , esto es , dis- cípulos de Jesucristo , profesores de su fe y de su sagrada doctrina , de aquella doctrina que tanto se esmeró en predicarnos y tan costo- sos sacrificios le costó el radicarla en la tierra , debemos estar gozo- sos con esta dicha ; pero invirtiendo siempre una solicitud la mas vigilante , esmerada y cuidadosa en orden á cumplirla con la mayor exactitud en todo lo que ella nos manda , y en todo lo que nos pro- hibe. Seguidores de esta doctrina que el Señor nos prefijó en su santo Evangelio , debemos llenar cumplidamente y con gusto esta regla santísima que se dignó conferirnos. Allí tenemos designado el origen de todos nuestros deberes y marcada la regla única de nues- tra conducta. Esta regla enseña al hombre el fin para que fue cria- do , cuál sea la verdadera felicidad que debe terminar sus deseos , y los medios que lo han de llevar á su dichosa posesion. Ella es santa en los pensamientos que nos sugiere , en los deseos que nos inspira , y en las obras que nos ordena. Esta regla es la que deben practicar hombres y mujeres , jóvenes y ancianos , sacerdotes y seglares , si quieren tener parte en el reino de la vida. La observancia ó que- branto de esta regla , es la que decide de la predestinacion ó repro- bacion de toda persona. La que la observa con puntualidad asegura su eterna salud ; pero la que la traspasa gravemente se expone á perderse para siempre. Observándola puede reputarse un cristiano por dichoso en este mundo , gozará aun en él una quietud y satis- faccion envidiable , como dice el Salmista : *Pax multa diligentibus legem tuam* ² , y sobre todo puede prometerse con seguridad en el otro el logro de una bienaventuranza eterna. Teniendo siempre el cristiano presentes las santas máximas que prescribe esta regla evan-

¹ III Reg. xix, 7. — ² Psalm. cxviii, 165.

gética y poniéndolas en ejecucion, levanta sólidamente el edificio que le ha de poner á cubierto de una eterna ruina.

Siendo cristiano, que quiere decir discípulo de Jesucristo, debe saber y seguir en un todo su santísima ley é imitar sus virtudes. Elegido por el Señor á ser uno de los individuos de su estimadísimo pueblo, y vivir en su mismo palacio participando de la ilustracion de sus profundos misterios, oyendo las saludables instrucciones de su divina palabra, recibiendo sus Sacramentos, aproximándose á sus sacratísimas aras, tomando asiento en su propia mesa y alimentando su espíritu con su preciosísimo cuerpo y sangre, hallándose distinguido con tan eminentes prerogativas, fuerza es que tenga presente de continuo la Religion santa que ha abrazado; la regla evangélica que profesa y que ha prometido seguir en su bautismo sin desviarse de ella: que su pensamiento lo tenga fijo en la doctrina, en los misterios y en la vida de nuestro soberano Maestro y adorable Redentor, prefiriendo su amor á lo que mayormente aprecie en este mundo: mas que á sus padres, mas que al marido, á la mujer, á los hijos, y aun á sí propio: anteponiendo su servicio á todas las cosas terrenas; pronto á privarse de cuantos gustos le pueda ofrecer el mundo por mas placenteros que se los imagine; determinado á perder sus bienes por colosal que se contemple su fortuna; á romper con sus amigos por íntimos que sean; á abandonar á sus parientes por muy estrechos que fueren por la sangre, y aun á sacrificar su misma vida exhalando el último aliento en un cadalso ó en las tormentas de un martirio el mas penoso si fuere menester, antes que dejar y abandonar á nuestro divino Redentor, ofendiéndole con alguna culpa grave. Debe renunciar con el afecto todos los bienes terrenos, siendo señora de su corazon la pobreza de espíritu. Debe cargarse con la cruz de nuestro adorable Redentor; seguir sus pasos por el camino del Calvario, que es el de la mortificacion, humildad y paciencia, crucificando la carne con todos sus apetitos, viviendo como transeunte en este mundo.

« Sí, fieles mios: siendo como somos cristianos, nos es forzoso á todos seguir con fidelidad y constancia las huellas de nuestro soberano Redentor Jesús, y seguir paso á paso el camino que él mismo nos trazó para ser eternamente felices. El camino que conduce á esta felicidad, en expresion del mismo Señor, es un camino estrecho, espinoso y lleno de abatimientos, de privaciones y de penalidades: *Arcta via est quæ ducit ad vitam* ¹. Camino cerrado al amor propio

¹ Matth. vii, 14.

y á los sentidos, en que se ahogan las pasiones, nacen los padecimientos, y se despoja el hombre viejo de sus malos hábitos. Camino en el que se abate el alma hasta su nada; en el que tiene el cristiano que cargarse con una cruz muy pesada, y con la que tiene que trepar por entre breñas y riscos para llegar á la cima del monte santo de la gloria, reprimido el orgullo del entendimiento, refrenado el desorden del corazón, anonadados todos los deseos de la concupiscencia, y abatido el afán orgulloso del interés: siendo devoto, caritativo, humilde y paciente: modesto en el traje, frugal en la comida, moderado en sus ideas, puro en sus pensamientos, comedido en sus palabras y perseverante con fervor en la ejecución de buenas obras.

Siendo como somos cristianos, nos debemos negar á la impiedad, como decia el apóstol san Pablo, y á los deseos terrenos, viviendo en este siglo sóbria, justa y piadosamente ¹; considerándonos en este mundo como peregrinos que debemos seguir constantemente las jornadas hasta llegar al término para que hemos sido criados, reputándonos jornaleros destinados á cultivar la viña de nuestra alma, sin perder de vista que si permanecemos ociosos, ó trabajamos en su cultivo con repugnancia, con desidia, ó flojedad, se nos ha de exigir una cuenta rigurosa: contemplándonos como soldados conducidos y hallados en el campo de batalla, donde es preciso vencer nuestras pasiones y postrar á nuestros enemigos bajo la pena de morir con ignominia y sin remedio. Este es el camino que debemos seguir, como antes os decia: este es el desierto que como otros israelitas tenemos que correr para entrar en la tierra de promision. Si en él se encuentran mares que atravesar, es forzoso pasarlos sin quedar sumergidos en el golfo de sus aguas; si se encuentran montes de cimas elevadas, es indispensable treparlos; y si en la travesía de este desierto salen enemigos al encuentro, es absolutamente preciso aprestar las armas, manejarlas con destreza y con tino, combatirlos y vencerlos. En una palabra: considerándonos humildes siervos de Jesucristo para cumplir puntualmente y con la mayor exactitud cuanto nos manda en su santo Evangelio. Este es el deber de todo cristiano. Este es el camino que debe seguir constantemente sin desvío alguno si quiere llegar salvo al término feliz de su carrera.

¡Ay fides mios! ¡qué error seria el vuestro si os persuadiérais que

¹ Tit. II, 12.

por otras diferentes sendas se camina con seguridad al cielo ! Me condoleria en gran manera y con un sentimiento el mas amargo, si alguno de vosotros creyera que pudiera ser verdadero cristiano y discípulo fiel de Jesucristo, adoptando el sistema de conciencia que á él se le antojase, siguiendo la moral mas acomodada que le pareciere, interpretando la ley divina á medida de su gusto, viviendo con un desórden licencioso de costumbres, declarándose partidario de las máximas perniciosas del mundo, acriminador de todo lo que refrena los sentidos, profesor del amor propio, de la profanidad, de las diversiones, alegrías y placeres criminales. Estas máximas son enteramente contrarias al Evangelio. Son doctrinas que reprueba altamente Jesucristo, y caminos que conducen infaliblemente y en derechura á un desgraciado y eterno precipicio. Viviendo de este modo, feligrés mio, serias cristiano en solo el nombre; pero no en la realidad. El Señor te manda que te esfuerces en entrar por la puerta angosta, porque es la única por donde se entra al reino de la vida ¹. Si pasas tus dias en una continua disipacion de costumbres, si vives relajadamente, bien alcanzo que te desagradará esta verdad eterna que te anuncio; pero deber es de mi ministerio el predicar la doctrina de Jesús segun se halla en el Evangelio. Sé muy bien que la verdad es amarga para muchos. Al rey Acab, por oirla del profeta Miqueas, le ofendió tanto, que lo mandó encarcelar, y que no se le diese mas que pan y agua ². Por la misma razon su esposa Jezabel persiguió de muerte al profeta Elías, y lo hubiera hecho menudos trozos si lo hubiera aprehendido ³. La misma suerte le hubiera cabido con el impío y perverso Ocozias, si no hubiera hecho el Profeta que bajase fuego del cielo y abrasase por dos veces al capitan y soldados que destacó aquel Rey en dos distintas ocasiones para prenderle ⁴. Cuando á presencia de Joaquin, rey de Judá, empezó á leer el secretario Judi aquel libro que dictado por Jeremías escribió su amanuense Baruc, en el que se hallaba la verdad desnuda, amenazando á él y á todos sus vasallos con las penas mas terribles si no se enmendaban, y se convertian á Dios de todas veras, inquieto, desazonado y colérico sobremanera aquel Rey, cuando aun no habia leído el encargado dos hojas, sacando un cortaplumas, hizo con él añicos aquel escrito y lo arrojó al brasero, donde se hallaba calentando por ser tiempo de invierno ⁵. Pero ¿qué quieres? cristiano que me oyes: las obligaciones de nuestro minis-

¹ Luc. XIII, 24. — ² III Reg. XII, 27. — ³ III Reg. XIX, 2.

⁴ IV Reg. I, 10, 12. — ⁵ Jerem. XXXVI.

terio son tan absolutas é imperiosas que , léjos de prescribirnos la amalgama con la mentira , ó un acomodamiento placentero al gusto respectivo de nuestros oyentes, nos ordenan mas bien el que anunciemos la verdad , corriendo si es menester todo linaje de peligros, hasta sufrir la muerte si fuere necesario : *Usque ad mortem certa pro veritate* ¹. Primero es la causa de Dios que la contemplacion de los hombres.

Mas haciéndoos justicia , yo sé que no todos vosotros sois seguidores de esta moral relajada y perniciosa , por estar imbuidos y profundamente certificados de que un camino como este guia á la perdicion ; antes bien os contemplo penetrados como debeis de estarlo de la doctrina evangélica , tanto en los preceptos como en los consejos , que es la que debe regular vuestras costumbres , y tambien que sois observantes de ella en su mayor parte. Pero ¿ qué pensais ? ¿ Que obrando de este modo teneis ya asegurado el logro de aquel fin dichoso que garantiza el Cristianismo ? No : no os podeis prometerlo mientras no observeis siempre y por siempre la doctrina evangélica , por lo que respecta á los preceptos que contiene en su omnimoda totalidad. Su observancia nos obliga á todos gravemente bajo la pena de eterna condenacion. Ninguno ha podido , ni podrá salvarse jamás , sin cumplirlos todos. El quebrantar de lleno uno solo de ellos le basta á una persona para incurrir en la indignacion divina , y correr un riesgo inminente de condenarse si no tiene la dicha de confesar su grave infraccion con el mayor sentimiento, y de satisfacer á Dios la ofensa irrogada con una áspera penitencia. De poco os aprovechará , dice el apóstol Santiago, el que tengais presente la ley de Dios y os esmereis en observarla en lo relativo á algunos de sus preceptos ; porque si no los cumplís todos exactamente ; uno solo que quebranteis de lleno , ya os habeis hecho reos de culpa grave , y á buena cuenta es lo mismo que si los hubiérais infringido todos ; puesto que la infraccion de aquel que habeis quebrantado os constituye objetos de la ira de Dios y reos de eterna condenacion ².

¿ Qué explicacion mas clara os puedo yo dar acerca de esto, que la que acaba de daros este glorioso Apóstol ? ¿ Ni qué mejor exhortacion tampoco, para que os mantengais firmes siempre y observadores exactos de todos los preceptos de la ley divina sin quebrantar ninguno de ellos ? Y sabiendo esto , ¿ cómo tantos y tantas los

¹ Cyril. lib. VI in Joan. — ² Jacob. II, 10.

quebrantan con frecuencia y con descaro, blasfemando unos, lujuriando otros, estos vengándose de su prójimo, aquellos defraudando, y á esta manera otros varios quebrantando diversos mandamientos? Los que viven mal, os diré con san Agustín, y esto no obstante se llaman cristianos, irrogan una injuria á Cristo de quien se deriva el nombre con que se pretenden honrar: *Qui male vivunt, et christiani vocantur, injuriam Christo faciunt* ¹. Si teneis á gran gloria como la debeis de tener de vivir en el Cristianismo y de profesar el Evangelio, debeis obrar siempre en su conformidad, mediante la obligacion que teneis de ajustar á él todos vuestros pensamientos, palabras y obras ². Preciándoos y con razon de una dignidad tan distinguida y honrosa, es preciso odiar y no cometer jamás la iniquidad, porque la condena el Evangelio mismo que constituye vuestra gloria. Ciertamente que no hay título de que mas pueda gloriarse uno que el de cristiano, por ser esta la mayor y mas encumbrada dignidad del hombre; pero tambien lo es que si no quiere deshonrarlo y que algun dia le sirva de mayor condenacion, es preciso que se esfuerce en decorar este título tan excelente con la práctica de buenas obras, con la fuga del pecado, con el ejercicio de las virtudes: en una palabra, con la observancia cumplida de los preceptos divinos. Si quierdes tener entrada en el reino de la vida, le dijo nuestro divino Redentor á un jóven que le preguntó qué es lo que habia de hacer para conseguir el cielo, si piensas tener parte en mi feliz bienaventuranza, guarda los mandamientos: *Si autem vis ad vitam ingredi, serva mandata* ³. Estas son las gradas por donde se sube al cielo; en su observancia estriba la eterna felicidad: hé aquí el camino para llegar al término, para conseguir el fin: hé aquí lo que debes hacer para alcanzar el premio de la vida eterna.

En vista de esto, fieles míos, os diré con el apóstol san Pablo: vivid bien advertidos, siempre con prevencion y con cautela, caminando constantemente por estos senderos, obrando así como prudentes y no como necios ⁴. No seais de aquellos de quienes dice el mismo, que con la boca confiesan conocer á Dios, pero le niegan con las obras ⁵. No seais de aquellos fatuos que eligieron las tinieblas en competencia de la luz ⁶. Ni tampoco os asemejéis á aquellos de quienes habla Baruc, los cuales por su estolidez vinieron á morir infelizmente ⁷. Considerad mas bien los caminos de vuestra vida pasada, y viendo que los mas fueron errados, enderezad vuestros

¹ Aug. tract. L in Joan. — ² Psalm. LVII, 2. — ³ Matth. XIX, 17.

⁴ Ephes. V, 15, 16. — ⁵ Tit. I, 16. — ⁶ Joan. III, 19. — ⁷ Baruch, III, 23.

pasos como David hacía el cumplimiento exacto de la ley divina ¹. Repasad detenida y escrupulosamente delante de Dios como Ezequías todos vuestros procedimientos, desde que apuntó en vosotros el uso de la razón, con la mayor amargura de vuestro espíritu ². Y hallando que en muchas ocasiones os desviásteis de la regla evangélica, sentid de todas veras vuestros extravíos, y convirtiéndoos de corazón obrad siempre en adelante con la mas escrupulosa rectitud ³. Que si así lo haceis, podeis prometeros que el Señor os mantenga siempre en gracia, y ella os proporcionará las delicias eternas de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por haber vivido mal en el Cristianismo, cometiendo ofensas infinitas contra Dios; arrojámonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazón:

Dulcísimo Señor: el Cristianismo es una cosa tan grande, que sin él es imposible conseguir la salvación eterna; pero no pueden alcanzarla sus profesores con solo creer: necesitan además el bien obrar. Yo he creído sin género de duda alguna todas las verdades que teneis reveladas; pero ¿he cumplido igualmente todos los preceptos que me teneis impuestos? ¿los he observado al tenor de vuestra santísima voluntad?

¡Ah mi amable Redentor! cuán sensible me es el recuerdo de lo mal hecho, y cuán bochornoso el tener que decir, que al paso que tenía conocimiento exacto de vuestra sacrosanta ley, la he infringido quebrantando los preceptos que comprende, según lo exigian los depravados apetitos de mis pasiones! ¿Pudiera darse en otro ni mas ingratitud ni mayor infamia? Y ¿qué podía esperar satisfaciendo de lleno mis hediondos apetitos? ¡Oh funesto error de mi entendimiento! ¡oh extravío enorme de mi perversa voluntad! ¡oh errores! ¡oh extravíos! ¡oh culpas que me colocaron en el borde de un eterno abismo, constituyéndome en el lastimoso estado de perdersos á Vos para siempre! Venid ahora, lágrimas y dolorosos afectos, venid, acompañadme á regar los piés sacratísimos de un Dios tan bueno á quien ofendí; de un Dios tan amable á quien desprecié; de un Dios que vertió su misma sangre por mí, y á quien ultrajé del modo mas villano é inaudito. Yo rompí vuestra ley, sí. Rómpase,

¹ Psalm. cxviii, 59. — ² Isai. xxxviii, 15. — ³ Tob. xiii, 8.

pues , ahora de sentimiento mi corazon cuando digo de todas veras que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA CUARTA DE ADVIENTO.

Cuán necesaria nos es la virtud de la penitencia.

Prædicans baptismum penitentia. (Luc. III, 3).

Predicando el bautismo de penitencia.

Felices fuéramos todos si conserváramos hasta la muerte la gracia que recibimos en el Sacramento de la regeneracion, cuando fuimos bañados con sus aguas saludables. Aquella pura y angelical inocencia que en aquel momento adquirimos, y que la Iglesia nos significa cubriéndonos con una blanca vestidura, nos introdujera con paso franco en el palacio de la gloria, para reinar allí con Jesucristo por toda la eternidad. Pero ¡cuán poco dura en nosotros por lo común! A muy luego que abrimos los ojos á la luz del mundo, embelesados con los placenteros encantos que este nos ofrece, arrastrados de sus seductores halagos, y ansiosos de las aparentes dulzuras con que nos convida, incurriendo en culpas graves, perdiendo lastimosamente aquella gracia divina, nos despojamos de la blanca vestidura de la inocencia, y nos cubrimos con el negro ropaje del pecado, precisando á Dios á que desde aquella hora nos cierre las puertas del cielo. De santos que éramos, venimos á ser pecadores, cayendo de la cumbre mas elevada á lo profundo del mayor abatimiento.

No pudiendo, pues, ya desde la ejecucion de la primera culpa mortal, abrirnos las puertas de la feliz estancia de la gloria con la llave de la inocencia á causa de haberla perdido, no nos queda otro recurso que valernos para ello de la llave de la penitencia; puesto que la fe nos dicta no haber mas que estas dos llaves, ni reconocerse mas que estos dos medios para ingresar en aquella feliz mansion. Sí: necesario es el que todo pecador delese sus culpas con sinceridad, las llore con toda su alma, se convierta á Dios con todo su corazon, se excite al mas vivo dolor con lágrimas de la mayor amargura, corrigiendo el desarreglo de sus costumbres, reprimiendo

los ímpetus de la carne , domando la rebeldía de sus pasiones , renunciando á sus malos hábitos , poniendo en práctica los medios de desarraigarlos , y haciendo actos de amor de Dios frecuentemente. No solo esto ; sí es que es forzoso además el que expie la pena de sus culpas con una mortificacion exterior , con penosas austeridades , con maceraciones rígidas , orando , ayunando , dando limosna , y haciendo cuanto bajo la idea de oracion , limosna y ayuno se comprende. Ved aquí la penitencia á que nos obliga el desórden y el reato del pecado. Si hubo ocasion en que nos arrojamós á la ejecucion de la culpa , en que cursamos los caminos de la iniquidad , teniendo en tan poca consideracion los preceptos impuestos por el Señor , que tuvimos la villanía de quebrantarlos en materia grave , forzoso nos es el que expiemos estos desvíos y transgresiones , mortificando nuestro ouerpo y nuestras pasiones , humittando á la presencia de Dios nuestro corazon con los ayunos y austeridades compatibles con nuestro estado , para satisfacer de este modo las ofensas irrogadas al Señor. Esta penitencia es la que el Precursor de Jesucristo predicaba por toda la region del Jordan , segun vemos (hoy) en el Evangelio. La voz del Bautista , fieles mios , subsiste todavia entre nosotros , viva , sonora y eficaz. La penitencia que predicaba no quedó suprimida con el advenimiento del Salvador , antes bien fue robustecida mas y mas por su divina boca , anunciada por él de nuevo con eficacia , y de tanta necesidad segun su palabra , que sin ella , léjos de poder conseguir el cielo , es indefectible nuestra eterna perdicion. Habiendo con nuestras culpas irritado á Dios sobremanera , despreciado su omnipotencia y ultrajado su bondad , no nos queda otro recurso para desarmar su brazo vengador , mitigar el rigor de su justicia y aplacar el fuego de su ira , que el abrazarnos con la penitencia. El ejercicio de esta virtud es absolutamente indispensable para hacernos gratos á Dios. Separados del Señor por el pecado que tanto odia , es deber necesario advertir nuestro miserable estado , reconocer nuestros yerros , y llorarlos con amargura y quebranto , para que en fuerza de nuestra contricion y austeridades nos podamos salvar. Con estas ligeras indicaciones podeis ya conocer *cuán necesaria nos es la virtud de la penitencia*. Esto es lo que os voy á demostrar ahora con mas extension. Mientras lo hago con el favor de Dios , estad atentos.

La penitencia como virtud , segun san Jerónimo y san Gregorio , no es otra cosa que un sentimiento profundo y amargo , en fuerza del cual se lloran los pecados cometidos , y llorándolos no se vuelven á

cometer ¹. Un dolor que se sintió en lo interior por haber ofendido á Dios con el pecado, detestándolo de todas veras, y que reconociendo el hombre lo que debe á la justicia divina, se esmera en cuanto puede en satisfacerla para obtener el perdón. Ved aquí lo que es penitencia; y desde luego podeis vosotros mismos conocer la suma necesidad de esta virtud. ¿Puede el hombre por ventura salvarse metido en el cieno de sus vicios, sin odiar el pecado, y sin expiarlo con rigor en sí mismo? No, porque como el pecado no es otra cosa que un desvío del Bien sumo que hace el hombre en su corazón, entregándose de lleno á las cosas criadas con desprecio y vilipendio de su Criador, no puede adquirir nuevamente por completo su justificación, ni captarse el aprecio del Señor, si no renuncia en su corazón el amor de lo terreno, y se entrega á Dios sin reserva alguna con perpétua donación: si no entra en el orden de sus obligaciones, detestando sus desordenados procedimientos, sus rebeldías anteriores, y el menosprecio formal que hizo de su Dios, mortificándose con penalidades, castigando su cuerpo con rigor, para aplacar á quien tan infamemente ofendió.

Sí, fieles míos: la virtud de la penitencia ha sido necesaria, dice el concilio de Trento ², en todos tiempos para conseguir la gracia y la justificación á todos aquellos que se mancharon con algún pecado mortal, y aun á los que pedían ser lavados por el sacramento del Bautismo. Siempre ha sido necesario que el pecador renunciase su malicia y que se enmendase, detestando con un santo aborrecimiento, y un sincero dolor de corazón, la ofensa que habia cometido contra Dios.

El hombre por el pecado cometió un grande desacato contra su divina Majestad, irrogándole una ofensa enorme; así es que mientras no se duela interiormente, y procure satisfacer en cuanto le sea posible esta ofensa, siempre le es deudor de ella: deuda que no le será condonada, mientras no dé al Señor cuanto dió al pecado: mientras no llore su culpa, y la expie con asperezas, llantos y gemidos, que es lo que constituye la penitencia. Así pudo reconciliarse con Dios nuestro primer padre Adán, despues de aquel pecado que lo excluyó del paraíso de delicias, que le acarreó tantas miserias á él y á toda su posteridad, y por el que se habia concitado los enojos

¹ *Vera est pœnitentia, jugiter fletibus commissa diluere, et abluta non iterare.* (Hier. in Psalm. cxviii). *Præterita mala plangere, et plangenda iterum non committere.* (Greg. Mag. hom. XXXIV in Evang.).

² Conc. Trid. sess. XIV, cap. 1.

de Dios. Y los ninivitas ¿cómo alcanzaron el perdón de sus pecados? Proporcionando á estos el rigor de la penitencia. Grandes habian sido los crímenes de los habitantes de aquella ciudad populosa, es verdad ; pero tambien lo es que todos se entregaron al ayuno sin contemplacion ni excepcion alguna , maceraron su carne con cilicios , con todo género de penalidades y asperezas ; haciendo, en fin, una penitencia tan general , como habian sido sus desórdenes ; y tan rigurosa , como se requería para aplacar á Dios , y satisfacer los ultrajes y ofensas con las que tanto lo habian irritado.

No porque nuestro divino Redentor viniese al mundo á predicar una ley nueva, ley toda de dulzura y de amor , os persuadais que la penitencia de que hablamos haya podido sufrir acaso alguna supresion total, ó alguna parcial modificacion , no : Jesucristo empezó el anuncio de su celestial doctrina, predicando esta misma penitencia. Empezó Jesús , dice el evangelista san Mateo ¹ , á predicar y decir, haced penitencia. En el fervor y en el curso de su carrera dijo á todos, si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis ². Y aun despues de resucitado la tuvo muy presente , cuando apareciéndose á sus discípulos congregados en Jerusalem, se les recordó de un modo muy especial ³, lo que cumplieron estos con la mayor exactitud, y en la misma forma que se lo habian oido predicar á su divino Maestro. La Iglesia heredera del espíritu del Señor, tan infalible cuando nos propone reglas de costumbres, como cuando define sobre los puntos de nuestra creencia , siempre inculcó á los fieles esta saludable doctrina, y con especialidad cuando congregada en el concilio de Trento se explicó en estos términos, que bien meditados son capaces de hacernos temblar. Toda la vida del cristiano (dijo) debe ser una penitencia perpétua ⁴.

¡ Ay fieles, qué palabras estas ! ¡ cuán distraídos nos traen las cosas del mundo de lo que debiéramos tener siempre presente, como indispensable para alcanzar el cielo ! ¡ Cuán errados viven los que esperan conseguirlo viviendo engolfados en los pasatiempos mundanos sin hacerse la mas mínima violencia , sin sufrir la mas pequeña penalidad , ideando falsamente su logro , no por el camino que el santo Evangelio les marca y les prescribe , sino por el que les designa su capricho, su fantasía, el mundo y el amor propio, sin otra mortificacion , ni mas asperezas ni austeridades ! En prueba de esto, hay algunas personas que no saben hablar sin proferir una seguida

¹ Matth. iv , 17. — ² Luc. xiii , 5. — ³ Luc. xxiv , 47.

⁴ Conc. Trid. sess. XIV , doctrina de Sacram. Extremæ Uctionis.

de palabras indecentes , con las que manchan su alma y escandalizan á su prójimo. Otras , que por una injuria que se les hizo, sea por ignorancia , sea por malicia , no solo se enfadan en aquel momento en que la recibieron , que esto seria mas disimulable atendido lo débil de nuestra naturaleza, sino que conservan contra el que se la irrogó un odio encarnizado por largos años , y aun tal vez hasta la muerte ; siendo lo mas sorprendente que , permaneciendo en este mismo rencor se presentan con alta cara en el confesonario ; siendo así que Nuestro Señor Jesucristo previene que , á quien no deponga de todo corazon su enemistad , no se le absuelva de ningun modo. Hay sujetos que aunque es cierto ganan el pan con el sudor de su rostro, viven sin embargo tan ocupados en sus quehaceres ó faenas de mundo, que exceptuando la misa que oyen en domingo , pasan aquel dia y aun el resto de la semana sin pensar ya mas en Dios , ni en la salvacion de su alma , sin hacer la mas mínima obra buena. Hay quienes pasan su vida cometiendo pecados sin número contra la virtud de la castidad , en conversaciones peligrosas , en cuentos poco decentes , en canciones de poco decoro , en pensamientos y en acciones deshonestas. En fin , hay muchísimos que ven transcurrir las Cuaresmas , y aun los años enteros , sin tomarse el trabajo de ayunar como lo tienen de precepto en los dias en que la Iglesia así lo ordena , juzgando que las excusas que alegan ante los hombres serán de gran valía delante de Dios , ó por lo menos que serán bastantes , como solemos decir , para taparle los ojos , y salir justificados en su reclísimo tribunal. Todos estos que acabo de referir , y otros muchos que omito , creen , no sé con qué fundamento , que con una vida como esta conseguirán el cielo indudablemente ; y cuando se les reconviene , sea en la predicacion , sea en el confesonario , y se les exhorta á una vida mas mortificada y austera , diciéndoles que es un error el suponer que han de conseguir la gloria con una vida tan distraida y disipada , juzgan que estas verdades evangélicas son hijas de la nimiedad , rareza , ó rigidez del confesor ó predicador , y que no es tan necesario como se pondera el rigor de la penitencia.

¿No? Pues ¿qué interpretacion podrán hacer estas personas de aquella sentencia del Tridentino , que os he referido poco há ? ¿Su sentido es por ventura muy diferente de lo que suena en lo literal? ¿Pueden encontrar en ella cohonestada su disipacion , ó autorizada su vida mal empleada en el mundo? No, fieles mios : por mas vueltas que le dén , buscando en ella lo que apetecen , no encontrarán mas que una condenacion expresa de su flojedad , de sus desórde-

nes y de su poca mortificación. Su sentido es tan óbvio como sus palabras. Examinadlas bien, y hallaréis que quieren decir, que en el hecho de ser cristianos, todos estamos obligados á hacer penitencia; y una penitencia tan continuada y perseverante, que ha de principiar con la vida y no ha de acabar sino con la muerte. Aquí no hay excepcion ni privilegio alguno. Los moradores de la corte, de las ciudades y de los pueblos, el monarca y el vasallo, el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, el sacerdote y el secular, todos, todos estamos obligados á hacer penitencia. No transcurre dia alguno en nuestra vida, en que no cometamos faltas: no hay dia en que no corramos peligro; y que por lo tanto no necesitemos los socorros de la divina misericordia, los que podrémos alcanzar mediante la penitencia. En ella encuentra abrigo y patrocinio la maldad reconocida; las culpas se pulverizan á golpes de la mortificación, y hasta las virtudes se marchitan sin el riego de las lágrimas. La Iglesia no se cansa de repetir que la penitencia es el camino para la gloria celestial. Esta verdad no es por cierto del gusto de los mundanos; pero ni su repugnancia ni sus ilusiones podrán desvirtuar las verdades del Evangelio. Sus pasiones poco mortificadas, su amor propio, su tibieza y su relajacion rehuyen las penidades. Muy bien hallados en el goce de los placeres mundanos, desoyen su voz y se niegan á emprender una carrera que les parece estar toda sembrada de espinas, sin género alguno de consuelo. ¡Ay qué equivocacion fuera, fieles míos, el suponer que puede llegarse al logro de la felicidad eterna, sin adoptar la verdadera senda que á ella conduce! ¡Qué error el creer alcanzar aquella felicidad (no siendo inocentes), contentándonos con una leve penitencia por un número tan excesivo de culpas como hemos cometido! ¡Qué ilusión, en fin, fuera tan perjudicial, si alguno de vosotros se persuadiera que no debe haber proporcion entre la ofensa y la satisfaccion, entre el pecado y la pena que se merece!

Los pecadores que en todos tiempos se convirtieron á Dios de todas veras, siempre procuraron aplacarle por medio de una satisfaccion rigurosa, penitenciándose sin cesar con todo género de penidades, desde que se reconocieron, hasta que dejaron de existir. Testigo un san Pedro, que por el pecado que cometió negando á Jesucristo, pasó el resto de su vida en un amargo llanto y en una mortificación continuada. Testigo la Magdalena, que por sus antiguos devaneos pasó los últimos treinta años de su vida en una espantosa soledad, sin otro alimento que raíces silvestres, sin mas

ajares que los instrumentos de su penitencia, y sin mas lenitivos que sus gemidos y sus lágrimas, juzgándose incapaz de poder jamás expiar sus pecados suficientemente, aunque ya los tenía indulgenciados por el amor sin límites que le profesó al Salvador.

Si me quisiérais decir que el fervor penitente de estas dos personas pudo nacer del trato y comunicacion íntima que tuvieron en este mundo con nuestro divino Redentor, os podré citar otros muchos que no le vieron con sus ojos corporales, y que siendo menos pecadores que nosotros, ciñeron sus cuerpos con ásperos cilicios; que no tomaron otro alimento que las raíces del campo, sin mas cama que el duro suelo, ni mas objeto que mirar que la imagen del Crucificado, sin que fuese jamás censurado de nimio este rigor. Menos pecadores que nosotros eran los Pablos, los Antonios, los Hilariones y Jerónimos, y se metieron para pasar su vida, que fue larga, en unas cavernas profundas, mas propias para servir de sepulcros á los cadáveres, ó de albergue á las bestias feroces, que de habitacion á los hombres. Menos pecadores que nosotros eran los Simones Estilitas, y se condenaron á vivir siempre al raso, sufriendo extremados padecimientos, ocasionados por los elementos y estaciones, en la punta de una columna de cuarenta codos de altura. Menos pecadores que nosotros eran, y mejor cuna reconocian los Franciscos de Borja, los Carlos Borromeos, los Pedros de Alcántara y las Teresas de Jesús, y á pesar de esto, mortificaban su cuerpo con penosas vigiliass, con ayunos continuados, con ásperos cilicios, con manojos de ortigas, con disciplinas de hierro, y ¿cuántas veces desnudos se echaron otros, como los Benitos, en las mismas zarzas y espinos?

Si estos tan bellos ejemplares no os impulsan á abrazar inmediatamente la penitencia, sirvaos de estímulo lo que padeció nuestro divino Redentor. Él es el ejemplar que debeis tener siempre presente, para que sufraís penalidades. Él es el espejo en que os debeis mirar sin intermision para arreglar vuestra vida, y modelar vuestras acciones. ¿Qué no padeció este Señor por todos nosotros? Fatigado en la publicacion penosa de su ley, preso al fin como un criminal, atropellado como un malhechor, azotado inhumanamente, escupido con ignominia, abofeteado sin compasion, coronado de espinas, abrumado con el pesado leño de la cruz, clavado en ella sin piedad, y muerto lastimosamente entre tormentos incomprensibles, reputado como el mas malo del mundo, calificándolo peor aun que

los dos facinerosos que murieron á su lado por ladrones y salteadores de caminos.

Sí : esto y mucho mas padeció por nosotros : esto hizo por aplacar el enojo de su eterno Padre , airado por nuestras culpas : esto por satisfacer la injuria y desacato del hombre : esto por congraciarnos con la Divinidad tan vilmente ofendida : esto hizo para borrar culpas ajenas. ¿ Y nosotros nada hemos de hacer para expiar las propias ? ¡ Ah si bien supiéramos lo que es un solo pecado mortal ! ¡ Si comprendiéramos á fondo la injuria tan ofensiva que con él se irroga á Dios , y el estado tan miserable en que constituye á la alma , entonces sí que llegaríamos á alcanzar que el haber pecado , no digo innumerables veces como lo hemos hecho nosotros , sino una sola es suficiente motivo para llorar por toda la vida , pasándola esta en gemidos amargos , en continuos ayunos , en frecuentes disciplinas , y en penosas austeridades ! Y porque vuestro entendimiento no alcance tan soberana luz , ¿ habeis de continuar mano sobre mano , sin practicar lo que la fe os dice que hagais para expiar vuestros delitos , reconciliaros con Dios , y poner en estado de gracia á vuestras almas ? No , fieles mios , no : os diré con el apóstol san Pablo : Los miembros que os sirvieron para la iniquidad , haced que contribuyan para vuestra santificacion. A una vida pasada entre gustos criminales , haced que la subsiga sin dilacion una vida de privaciones , penitente y austera. Tiempo es ya de conocer nuestros yerros , de abominar nuestras culpas , y borrarlas del libro de nuestra vida con austeridades. Tiempo es ya de que vivamos persuadidos de que los rigores de la penitencia nos son tan necesarios para la vida del alma , como los manjares terrenos para el sostenimiento del cuerpo : que nos son indispensables para aplacar á Dios , desarmar su brazo vengador , expiar nuestras culpas , y libertarnos del castigo eterno de la otra vida : que nos son absolutamente precisos , para hacer nuestro corazon digna morada del Señor , asiento de la divina gracia , prenda segura de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña , por tantas ofensas como hemos cometido contra Dios , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad , que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas íntimos sentimientos , y digámosle cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : Vos me criásteis sacándome del profundo abis-

mo de la nada , colocándome en el número de las criaturas , dándome la existencia que tengo , para que alabase vuestra mano tan benéfica , y siguiese sin resistencia alguna los pasos de vuestra santísima voluntad , sin aficionarme al pecado , antes bien odiándolo como que deshereda del cielo , hace al hombre enemigo vuestro , y con su ejecucion queda sentenciado al infierno para siempre jamás. ¿ Y yo he sido fiel constantemente á vuestro querer ?

¡ Ay mi dulce Jesús ! ¿ quién podrá sondear el fondo de malicia é ingrata correspondencia que abriga mi corazon ? ¡ Cuán descuidado he sido en la observancia de vuestra divina ley ! ¡ Cuán inconstante en mis propósitos ! ¡ Cuán deseoso de satisfacer mis pasiones , dando gusto á mis hediondos apetitos ! ¡ Oh maldad la mia la mas enorme ! ¡ Oh ceguedad y rebeldía la mas lastimosa ! Yo confieso , Señor , que mi vida toda ha sido tinieblas , desvíos criminales y pecados continuos ; pero ya recurro á esconderme en vuestras llagas : así me lavaré en vuestra sangre , y esta purificará y consumirá todas mis maldades. ¿ Me negaréis , Dios mio , este favor , cuando lo habeis concedido de buen grado á cuantos pecadores se tendieron á vuestros piés arrepentidos ? No : no cabe esto en vuestra infinita bondad. Bien penetrado , pues , de la misericordia que os acompaña , solicito de Vos el perdon de todas las culpas , llorándolas en mi interior con amargura y quebranto , diciéndoos con el corazon rasgado de dolor , *que me pesa el haber pecado , que me pesa millares de veces el haberos ofendido* : misericordia , Señor : misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE NATIVIDAD.

Lo fácil y dulce que es la observancia de la ley de Dios.

Et ut perfecterent omnia secundum legem Domini. (Luc. II, 39).

Y luego que cumplieron todas las cosas que mandaba la ley del Señor,

Si nosotros, fieles míos, fuéramos tan exactos en el cumplimiento de la ley de Dios, como lo fueron José y María, según dice el Evangelio (de hoy), otra sería nuestra dicha, y muy diferente el estado de nuestra conciencia. Cumpliendo á beneficio de la gracia del Señor su santa y divina ley, viviríamos siendo objetos dignos de su agrado, y experimentaríamos en nuestro interior una satisfacción y dulzura extraordinaria, de que no puede participar aquel que embelesado con los ficticios placeres del mundo sigue sus preceptos, adopta sus locuras, y se desborda en disoluciones. Porque, ¿qué paz, qué dulzura puede hallar un cristiano, aunque esté lleno de intereses, si no se ocupa mas que en acrecentar su caudal, en vivir desordenadamente, teniendo en olvido y menosprecio la ley de Dios? ¿Puede haber por ventura quietud, contento y satisfacción, cuando él mismo conoce que le falta lo mas interesante, que es el don tan estimable de la gracia que podría alcanzar, cumpliendo exactamente con lo que le prescribe la ley? Aunque brille con una grande exterioridad, por mas que esté saciado abundantemente su apetito, siempre le falta lo mas importante que cumplir, lo mas provechoso que llenar, que es la observancia de la ley divina. Este vacío lo tendrá pobre en medio de sus riquezas, indigente aunque nade en la abundancia, inquieto en su interior, y en zozobra su conciencia, sin que basten todos sus bienes á sosegarla.

Si de aquí pasamos á aquellos que sin querer reprimir sus pasiones, sin huir de los peligros se engolfan en desórdenes carnales, por cuyo motivo aprisionados con la cadena de sus malos hábitos

viven en una cruel y vergonzosa esclavitud, ¿pueden hallar satisfacción completa en los placeres voluptuosos, viviendo tan apartados de la ley de Dios, que tan expresamente los prohíbe? ¿La hallará el vengativo en sacrificar á su contrario, el defraudador en el robo de las propiedades ajenas, y el mentiroso en el perjuicio que con su falsedad motivó á su prójimo? No, fieles míos: ni los bienes, ni los placeres, ni cuanto el mundo califica de bueno y placentero pueden proporcionar otra cosa que temores y sobresaltos, mediando el quebrantamiento de la ley de Dios. A su infracción acompaña siempre inherente la turbación y la inquietud. El sosiego, la tranquilidad y la alegría solo se encuentran en el cumplimiento de la ley divina. La paz interior y la dulzura son su patrimonio inseparable.

Siendo esto así, ¿cómo viven todos los infractores de esta ley sacrosanta, sin procurar á todo trance observarla con puntualidad, puesto que proporciona una paz envidiable, una tranquilidad suma, un sosiego tan placentero, y una dulzura que tanto consuela? ¿Es acaso porque esta ley sea tan dura que se contemple insostenible? ¿tan difícil que no se pueda cumplir, tan espinosa que no se pueda llenar, ó tan desabrida que no pueda producir un consuelo que satisfaga y una dulzura que saboree? El reputarlo así seria un error que solo puede caber en una persona ciega con el amor del mundo y abismada en sus pasiones. Con el fin, pues, de presentar un patente desengaño á cuantos opinen de este modo, y llevado del sumo aprecio que á todos os profeso, os voy á hacer ver, por si alguno de vosotros es seguidor de tan errada opinion, *lo fácil y dulce que es la observancia de la ley de Dios*. Mientras lo demuestro con el favor divino, estad atentos.

Seria, fieles míos, una impiedad el suponer que Dios en la ley que nos impuso, y que profesamos por dicha muestra, nos manda cosas que nos son imposibles de observar. Esto seria reprochar al Señor un vacío en su sabiduría, un error en su voluntad, y un crimen en su justicia, queriendo imponernos una ley cuyo cumplimiento estaba muy lejos de nuestros alcances; y siendo imposible absolutamente de llenar, esto no obstante, contemplándonos culpables nos impusiese castigos severos por no observarla. Esto seria querer desmentir á nuestro divino Redentor, quien nos dice y asegura ser suave el yugo de su santísima ley, y su carga muy ligera¹. Es verdad que no nos es dable complimentar esta ley sacrosanta y divina

¹ *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.* (Matth. xI, 30).

con solas nuestras fuerzas naturales , como querian los Pelagianos ; pero nos es posible y aun fácil su observancia con los auxilios de la divina gracia , que Dios , por los méritos de su santísimo Hijo la concede muy pronto y liberal , con el fin de facilitarnos el cumplimiento de todo cuanto él mismo nos ordena. Ved aquí por qué decia el apóstol san Pablo que todo lo podia en aquel que lo confortaba ¹.

No hay duda en que si fijamos la consideracion en esta ley divina , y examinamos detenidamente uno por uno todos sus preceptos , tanto los afirmativos como los negativos , quiero decir , tanto aquellos en que nos manda hacer una cosa , como los en que nos prohíbe hacer otra , no hay duda , digo , que en unos y en otros encontramos cierta dificultad en su observancia. Corrompida y estragada nuestra naturaleza por el pecado , propensa por sí misma mas bien á lo malo que á lo bueno , siente en sí , con bastante sentimiento , unas inclinaciones que léjos de andar en conformidad con la observancia de la ley de Dios , las encuentra harto repugnantes , difíciles de avenirse ; pero no se han de medir estas dos cosas por sí solas. Nunca podríamos hallar en nuestra naturaleza , segun el estado en que se halla , una conformidad exacta , y una ajustada conciliacion con la práctica de la ley divina. Los frutos que esta produce se hallan á tan sublime altura , que no los puede alcanzar aquella con sus propios esfuerzos. Conociendo esto con su profunda sabiduría Dios nuestro Señor , le facilita al hombre su gracia , y con ella puede llegar al exacto cumplimiento de la ley. Por eso , atendiendo á este poderoso auxilio que nos habia de conferir , dijo al tiempo de su promulgacion que en ella nada nos imponia que no pudiéramos cumplir ; nada que fuera superior á nuestras fuerzas afianzadas en su apoyo ². Sostenidos , pues , nuestros esfuerzos naturales en este celestial auxilio , ¿ qué no pueden emprender y ejecutar ? Los ápices mas pequeños de la ley divina pueden llenarse exactamente con este sobrehumano favor. No hay precepto que no pueda cumplirse. Todo se facilita con un auxilio tan poderoso. Por esta razon decia el Discípulo amado del Señor , que léjos de ser los preceptos de la ley pesados é insoportables , eran en extremo llevaderos ³. Dios no manda imposibles , decia san Agustin , y despues de él el santo concilio de Trento , sino que cuando manda , nos advierte que hagamos lo que podamos , y le supli-

¹ *Omnia possum in eo , qui me confortat.* (Philip. iv , 13).

² *Mandatum hoc , quod ego præcipio tibi hodie , non supra te est.* (Deut. xxx , 11).

³ *Mandata ejus gravia non sunt.* (I Joan. v , 3).

quemos lo que por nosotros mismos no podemos, y nos ayudará á lo que no lleguen nuestros alcances ¹.

Por cierto que entregada nuestra naturaleza á su nativo esfuerzo, muy poco de bueno pudiera hacer; pero ayudada con la asistencia de la gracia de Dios, no hay cosa en la ley á que no pueda alcanzar. ¿Qué puede hacer por sí sola una vara que se ha cortado del tronco de un árbol, ni para qué puede ser útil sino para el fuego? Es verdad; pero contempladla en manos de Moisés, con la virtud que Dios, como omnipotente que es, la comunicó, y la veréis muy luego obrar asombrosas maravillas en el cielo, en la tierra, en el aire y en el mar. ¿Qué podía hacer el manto ó capa de un Elías? Una ropa de ningún precio, raída de andar por los suelos, poco podía hacer por sí sola; pero con la virtud de Dios comunica á Eliseo un espíritu tan parecido al de su maestro, que le hace portentoso en obrar milagros, y llena el mundo de su fama. Así tenemos igualmente en el Evangelio, que un poco de barro, en fuerza de la virtud que le comunicaron las manos de nuestro adorable Redentor, causó un efecto tan contrario á su natural disposición, que curó repentinamente é hizo que alcanzaran vista los ojos de un ciego de nacimiento. A esta manera nuestra naturaleza que nada bueno puede obrar ni producir por sí, todo lo puede en el cumplimiento de la divina ley con el auxilio del Señor. Con dificultad suma hubieran podido los israelitas asaltar la ciudad de Jericó, por la obstinada resistencia que presentaban sus moradores bien atrincherados en la fortaleza y elevación de sus muros; pero favorecidos del auxilio de Dios, con solo rodearla siete veces en otros tantos días diferentes, tocando las trompetas, se desplomaron las murallas, facilitándoles así el ingreso y la conquista de la ciudad.

Aquellos que perdida la inocencia bautismal se entregaron á la infracción frecuente de algún precepto de esta ley divina, aquellos que arrastrados del vano placer de sus apetitos no han procurado jamás reprimir y sofocar sus pasiones, aquellos que á pesar de los latidos de su conciencia y de los consejos comunicados por los ministros del Señor viven envueltos en el lodazal de sus vicios, sin haberse jamás esforzado á salir resueltamente de un estado tan ruinoso para sus almas, procurando observar lo que Dios manda en su ley siempre adorable, juzgarán á no dudarlo ser muy duro su cumplimiento; pero si se resolviesen á hacer de ello la experiencia, no

¹ Aug. lib. XLIII de nat. et grat.; Concil. Trident. sess. VI, cap. 11.

de un modo veloz y firme y verdadero, quedarian desengañados de lo fácil que es cumplir la ley de Dios, y la dulzura ó gozo interior que experimentan las almas con su observancia.

Una mujer acostumbrada á averiguar faltas ajenas para despues complacerse en referirlas á otras por medio de murmuraciones, si trata de corregirse como debe, encontrará al paracer dificultades para vencer esa mala costumbre, pero serán solo aparentes. Empiece por no salir tanto de casa, por vivir mas retirada, por no estarse en la calle ó en las casas de otras mujeres acostumbradas á murmurar, refrene paulatinamente su lengua, compadézcase de las debilidades del prójimo; y haciendo esto de su parte, Dios le ayudará con la suya y triunfará indudablemente del pecado de la murmuracion.

Una persona acostumbrada á pronunciar palabras soeces y escandalosas, que con sumo encarecimiento encargaba san Pablo que no las pronunciasen los cristianos ⁴, si quiere no precipitarse en el abismo de una eterna perdicion, debe desde luego reprimirse, cautelar su lengua, no pronunciar palabra alguna mala con conocimiento; y cuando con advertencia ó sin ella la ha proferido, impóngase á sí misma la penitencia de rezar un Padre nuestro y una Ave Maria. Segun donde esté, ó el paraje donde se halle, bese el suelo con humildad, delante su corazon á Dios, pídele sus auxilios con fervor, y no dude que practicando esto de su parte, en union con la asistencia divina, vencerá esta mala costumbre, quedando gozosísima en adelante, de pasar sin echar palabras malas.

Un deshonesto; uno que se deleita con pensamientos torpes, que se complace en tener tocamientos feos, en frecuentar amistades pefigrosas, en tener tratos y comunicaciones carnales, si quiere no quebrantar la ley de Dios en el sexto mandamiento, si quiere salvarse, que es lo que mayormente le interesa, debe suplicar ardentemente los auxilios de Dios, formar resolucion firme de no ofenderle en semejante materia tan detestable á sus divinos ojos, principie á mortificarse á sí mismo, procure refrenar sus inclinaciones depravadas, reprima sus apetitos, baya de las ocasiones, absténgase de comunicar con la persona á quien tiene aficion: ruegue á la santísima Virgen, que es madre de la pureza, le alcance la virtud de la castidad, rece algunos Credos de rodillas con los brazos en cruz, confiéscase todos los meses, medite quantas veces pueda por algun rato, y especialmente por las noches, los Novisimos; considere que puede morir,

⁴ *Nunc optem deponere... impetui carnisque de ore vestro.* (Colos. iii, 8).

y tal vez de repente, aquella misma noche; que Dios lo juzgará sin detencion y con arreglo á su justicia y á su santísima ley, le destinará á los calabozos del infierno para que allí arda para siempre en compañía de los demonios. Empiece de todas veras á poner en ejecucion estas prevenciones y preservativos: á lo primero tal vez se le presentará un monte de dificultades; pero no dude que si adopta estos remedios vencerá sus pasiones, y vencidas estas, le será mas dulce sin comparacion alguna la vida buena y continente, que una vida estragada, encenagada en la deshonestidad.

En fin, hay personas que acostumbradas por el pecado á vivir en desgracia de Dios, rehusan el salir de un estado tan triste por no confesarse, como si el tribunal del sacramento de la Penitencia fuera á la manera de los tribunales del crimen, en los que el decir la verdad, el confesar un delito, es para imponer el castigo que le corresponde de presidio, destierro ó muerte. El tribunal de la confesion, fieles míos, es muy diferente. En él, el confesar los pecados es para conseguir el perdon de todos ellos, mediante un verdadero dolor y arrepentimiento. Es para quedar uno limpio, justificado, y adornar á su alma de aquella gracia que la hace amiga de Dios y heredera del cielo. Resuélvase, pues, de una vez estas personas á orillar la pereza que les acompaña; alejen de sí todo temor, determinense con una resolucion firme á romper las cadenas que por tanto tiempo las tienen amarradas á la culpa, conozcan de una vez que esto es lo que las impide la observancia de la ley de Dios: hagan un exámen exacto de todos sus malos pensamientos, palabras y obras: efectúen á seguida una confesion íntegra, verdadera y dolorosa; adopten cuanto el confesor les previene y el Señor ordena, y verán con la mayor alegría de su corazón cuán fácil y dulce es la observancia de su santísima ley.

Al gran Padre de la Iglesia mi amado san Agustín, cuando se habia amarrado con las cadenas de sus pasiones, ciego en sus vicios y encenagado en placeres voluptuosos, le parecia impracticable la ley divina que tan severa y explícitamente los prohíbe; y al saber la continencia de san Ambrosio, le parecia Ángel mas bien que hombre; pero era de este sentir cuando aun no conocia las dulzuras de una vida arreglada al Evangelio y las fuerzas que dispensa Dios con su gracia á los que siguen su doctrina y observan su santísima ley. Se resolvió de todas veras á practicarla, y fue por la línea que le querais considerar el asombro de su siglo y la admiracion de todos los venideros.

¿Qué transformacion tan asombrosa no experimenta aquel, que ayudado del auxilio de la gracia, rompiendo de veras los grillos de sus vicios, sigue sin desvío los caminos de la ley de Dios? ¿De qué bienes y dulces consuelos no ve muy luego inundado su interior? Descendiendo toda la Trinidad beatísima sienta en él su trono, haciéndole su habitacion agradable y objeto digno de sus delicias. Bañado su corazon con el rocío de tantas riquezas y dulzuras, lleno su entendimiento de luces sobrenaturales, su voluntad encendida en un amor divino, sus pasiones negadas á los placeres del mundo, su alma, en fin, percibiendo mil gustos deliciosos que yo no soy capaz de explicaros, ni son fáciles de concebir por quien no los haya experimentado. El que puntualmente observa la ley halla en Dios que se la impuso un padre amoroso y benéfico que atiende cuidadosamente á su conservacion y defensa: un amigo fiel é inseparable que lo acompaña á todas partes, y lo defiende en cuantos peligros se le ofrecen: un médico bondadoso y científico que cura todas sus dolencias, y un provisor el mas diligente que vela en su custodia y ordena á su mayor bien los trabajos y enfermedades que le suceden.

¡Ah! *Si scires donum Dei*¹. Si vosotros, fieles mios, cuantos no llenais el cumplimiento de la ley divina, conociéseis á fondo estos dones de Dios tan inefables, ¿cómo fuera posible que tributárais mayores consideraciones, y rindiérais mas pronta obediencia á las órdenes del demonio, que á las de nuestro soberano Legislador? El príncipe de las tinieblas le pide al sensual que infame su conducta, manche su honor, denigre su reputacion, perjudique su salud y viva expuesto continuamente á mil funestas consecuencias. Al vengativo le pide que viva en una inquietud incesante, en un desabrimiento forzoso, en una agitacion amarga de conciencia, sin permitirle el que transcurra momento alguno, tanto de dia como de noche, en que no se le represente á su memoria el horror y el castigo de la venganza, si la llega á ejecutar. Al ambicioso le exige solicitud costosa, afanes sin cuento, desvelos incesantes, humillaciones bajas, desprecios vergonzosos; y á pesar de exigencias tan duras, todo se lleva adelante, todo se cumple, con todo se atropella. A una jóven enredada en una torpe amistad, le dice que la continúe, porque si la deja se verá bien pronto abandonada. A un hombre interesado le sugiere la idea de que trabaje los dias de fiesta y emplee tambien sus caballerías, porque de no hacerlo así, se minorarán sus intereses, y vendrá por úl-

¹ Joan. iv, 10.

timo á una suma pobreza. Al logrero le persuade que si restituye lo mal ganado, ya puede disponerse para ir de puerta en puerta pidiendo una limosna. Al mundano, en fin, que si se resuelve á cumplir la ley divina en todos sus preceptos, se verá triste y hecho el ridículo de las gentes. Así engaña este enemigo de nuestras almas: así tiene embaucadas á miles de personas, sin que estas se resuelvan á observar puntualmente la ley de Dios, que es la que únicamente puede labrar nuestra felicidad presente y venidera.

¿Y qué? ¿se ha de seguir siempre en este error, sin abrir los ojos á lo que Dios nos dice y nos manda ejecutar, prometiéndonos hacernos dichosos para siempre? No, fieles míos, no así: esto sería desconocer nuestros mas ventajosos intereses, tanto por lo que respecta á los de este mundo como á los del otro. La observancia cumplida de la ley santísima de Dios proporciona infaliblemente no solo una felicidad eterna en la otra vida, si es que, aun en esta, produce consuelos de gran monta, una paz interior la mas placentera, una quietud la mas dulce, y una satisfaccion indecible. Los que de vosotros no hayais nunca percibido estas dulces consolaciones, á causa de hallaros abismados en alguna culpa, ciegos en algun vicio detestable, dirigíos á los que ya lo han experimentado; preguntad á los justos, y oiréis como prorumpen en estas expresiones: ¡Cuán profunda, saludable y grata paz concedeis, Dios mío, á los que atentos á vuestra soberana ley tienen siempre sus ojos fijos en ella para amarla y cumplirla con exactitud ¹! ¡Cuán grande es la abundancia de vuestra divina dulzura, de esa dulzura inexplicable que reservais y difandís á los que os temen ²! Ninguna dureza hay en el cumplimiento de vuestra ley sacrosanta; pero aunque la hubiera, ¿qué comparacion podria tener con los satisfactorios consuelos de que llenais abundantemente las almas ³?

Estos son los sentimientos de que se hallan poseidos y en que prorumpen los justos. Vosotros, pecadores, no convendréis en ello; mas esto ninguna sorpresa me causará, sabiendo que es hasta imposible el que de ello os persuadais, mientras seais esclavos de vuestras pasiones. Empero romped esos lazos que os ligan al pecado, renunciad á esos malos hábitos que os dominan, y recibiréis el desengaño de cuán cierto es lo que os anuncio. Si hasta de aquí habeis concretado vuestro rendimiento y obediencia al orgullo, á la vanidad, á la codicia de los bienes de este mundo, á la depravacion de malos pen-

¹ Psalm. cxviii, 165. — ² Psalm. xxx, 20. — ³ Psalm. xciii, 19.

samientos, al desarreglo de palabras soeces ó escandalosas, al amor de los placeres prohibidos, á los resentimientos y á los deseos de venganza, refundid todas vuestras miras desde hoy en adelante al cumplimiento de la ley divina, como Dios lo manda: veréis cuán fácil es su observancia, mediante la asistencia particular con que el Señor os asistirá. Divorciaos con el mundo apartándoos de la comunicacion de aquellas personas, cuyo trato, comercio ó conversaciones os pueden servir de causa de ruina; dad de mano inmediatamente á toda amistad que pueda ser impedimento á vuestra salvacion. Si continuais siendo del mundo y de sus placeres, os diré como Jesu-
cristo decia á los judíos, moriréis infelizmente en medio de la ejecucion de vuestras malas obras ¹. Romped de una vez resueltamente los lazos que os tienen aprisionados á la culpa. Salid de las tinieblas del pecado, abrid los ojos de vuestro entendimiento, y sacudid esa ceguera voluntaria, pero profunda, en que os hallais, y veréis desde luego trocada vuestra suerte, cambiado el mal en bien, sucediéndose inmediatamente á la turbacion de vuestra conciencia una inexplicable tranquilidad, y á los remordimientos una santa dulzura. Entregaos de todas veras á Dios, refundid en él todas vuestras esperanzas: concretad todos vuestros esfuerzos en llenar sus órdenes soberanas, y en cumplir su santísima ley con exactitud. Este es el bien mayor que os podeis proporcionar, no tan solo por lo que respecta al mejor bienestar en este mundo, así es que muy principalmente por lo que atañe al eterno del otro, en el cual os proporcionará una felicidad dichosa por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos ocupa por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, y digámosle cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor, mi Soberano y Redentor adorable: ¡qué criatura tan rebelde he sido siempre hasta de aquí, despreciando vuestra santísima ley, quebrantando vuestros divinos preceptos, desoyendo vuestra amorosa voz, y resistiendo á vuestra gracia! Y ¿cómo, Señor, habeis tenido paciencia para tolerar mis ingratitudes, sufrir mis rebeldías y aguantar mis insolencias?

¡Ah, dulce y amoroso Jesús, cuán señalada es vuestra bondad ó

¹ Joane VIII, 23, 24.

inefable vuestra clemencia, en llamar, convidar y atraer á quien tan ingratamente os ofendió! La suave fuerza de vuestro divino amor, haciéndome una dulce y venturosa violencia, ha arrastrado ya mi corazón. Tomad, pues, desde luego posesion de él, que nadie tiene mas derecho á sus afectos. Os he ofendido, mi Dios, no una sino repetidas veces; pero detesto ya mi ceguedad y mi locura. Aborrezco todas mis culpas, no solo por el horror que me causan ni por los castigos que por ellas merezco, sino por ser ofensas contra Vos, diciendo de todas veras que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor; misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA PRIMERA DESPUES DE EPIFANÍA.

La santificacion de los dias festivos consiste en oír misa entera, y en no trabajar en ellos.

Ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi. (Luc. II, 42).

Subiendo ellos á Jerusalem á la santificacion del día de fiesta segun lo acostumbraban.

Dios es el Señor absoluto de cuanto hay y puede imaginarse en los cielos y en la tierra, porque él fue quien con su soberana omnipotencia sacó todas las cosas de la nada: por esta razon no solo ejerce su poder y autoridad sobre las cosas que son, sino tambien sobre las que no son. Como el poder y señorío de este gran Dios es infinito, le es privativamente reservado, y se extiende del ser al no ser: llama las cosas que son, como si no fuesen, y luego obedecen al imperio de su voz. Dirigió su palabra á la nada, mandándola como el único que tiene potestad sobre ella; obedeció esta á su voz, é inmediatamente se hizo cuanto quiso: así es que no hay criatura alguna que en cuanto tiene ser, no dependa de él. El cielo, la tierra, las criaturas espirituales y corporales, todo está sujeto á su dominio. Ostentóse Dios autor de la naturaleza, obrando en ella lo que quiso, y del modo que le acomodó, reservándose el poder absoluto sobre todo lo criado, para obrar en él segun los adorables designios de su infinita sabiduría.

Este gran Dios, de quien dice el sagrado texto, tuya es, Señor, la magnificencia, el poder, la gloria y la victoria, á tí se debe alabanza porque tuyas son todas las cosas en el cielo y en la tierra ¹, cuando hizo la publicacion de su santísima ley á los israelitas en el monte Sínai con un aparato extraordinario de majestad y de terror, al llegar al anuncio del tercero de sus mandamientos, lo hizo en tér-

¹ 1 Par. XXIX, 11.

minos muy especiales, queriendo que para cumplir con él se aplicaran las tres potencias del alma; la memoria, el entendimiento y la voluntad. Acuérdate siempre, pueblo mio (le dijo), acuérdate de santificar el día del sábado: *Memento ut diem sabbati sanctifices* ¹. A los hebreos les mandó Dios, como acabais de oír, que santificasen santa y religiosamente el sábado, que declaraba día festivo, en razón á que en este día descansó de la creacion de cielo y tierra, y de cuantas cosas comprenden esta y aquel; las que es cierto pudo hacer en un instante; pero gustó hacerlas en seis días, y descansar en el séptimo, para enseñar á los hombres con su ejemplo á que el trabajo debe ser su ocupacion en seis días de la semana, sobreseyendo en el séptimo, en memoria del descanso del Señor, dedicándolo á su obsequio, servicio y empleo de las obras de su agrado.

El hombre en razón á que todo lo debe á Dios su Criador, incessantemente debia servirle con palabras y con obras, con su alma y con su cuerpo, con su corazon y potencias; y aunque no seria servicio excesivo por mas que lo hiciera de día y de noche sin intermision alguna, sin embargo teniendo en cuenta su divina Majestad las ocupaciones que al hombre le son absolutamente indispensables para proporcionarse lo necesario para la vida, no le mandó, cuando promulgó esta ley á los israelitas, que á todas horas y á todos los momentos se ejercitase en obras señaladas de su servicio, sino que le prefijó para ello un día á la semana que fue el sábado, y tambien dispuso que su estimada nacion celebrase otros días de fiesta, para que no olvidara sucesos grandiosos acaecidos en ella ².

Jesucristo nuestro divino Redentor ratificó esta ley promulgada á los israelitas, atendiendo á que los preceptos que comprende, siendo naturales, son de todos tiempos, y obligan á todas las personas. Al establecimiento de su Iglesia, sí que esta hizo variacion en el día. El Señor la concedió esta facultad, y la de marcarnos asimismo las reglas para caminar con acierto en la santificacion de los días de fiesta, en la forma apetecida y del agrado de Dios. Esto lo veréis ahora demostrado claramente, haciéndoos ver que *la santificacion de los días festivos consiste en oír misa entera, y en no trabajar en ellos*. Ved aquí dos importantes obligaciones, muy sabidas sí, pero en parte muy olvidadas. Por lo tanto, y en vista de la santificacion de la festividad de la Pascua, que hicieron en Jerusalem nuestro Redentor Jesús, su Madre santísima y san José, segun nos dice el Evangelio

¹ Exod. xx, 8. — ² Exod. xiii; Levit. xxiii; Deut. xii, etc.

(de hoy), voy á hablaros de ellas con brevedad y sencillez. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

El sábado y los demás dias festivos que celebraba la nacion judaica, como el de Pascua, el de Pentecostes, el de los Tabernáculos, el de la Expiacion y otros varios, como figurativos que eran, debian forzosamente cesar al advenimiento del Salvador al mundo, así como cesó todo lo figurativo y ceremonial de la ley antigua; y atendiendo á que en la nueva acaecieron sucesos portentosos en domingo, sucedió este por disposicion de la Iglesia al sábado de los hebreos, y á las otras fiestas que solemnizaban, las que hoy vemos que se celebran además del domingo instituidas en honor de Nuestro Señor Jesucristo, de su santísima Madre y de los Santos. Una distincion tan especial con que Dios quiso privilegiar el dia de domingo desde el principio del mundo hasta la venida del Redentor, y muy principalmente desde la encarnacion del Hijo de Dios, merecia que la Iglesia la tuviese en cuenta, y que eligiese este dia, para que le tributásemos en él el culto que le es debido, y para que en él reconociéramos sus beneficios. En domingo se encarnó el Verbo divino. En domingo fue su nacimiento: en tal dia fue adorado por los Reyes magos, y tambien fue bautizado en el Jordan por san Juan Bautista. El primer milagro que efectuó en la carrera pública de su vida convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná, á que estuvo convidado y personalmente asistió, fue en domingo. Como tambien el otro de sustentar á cinco mil hombres en el desierto con solos cinco panes y dos peces. Aquel triunfo tan glorioso con que entró Jesucristo en Jerusalem recibéndolo sus habitantes con demostraciones de tanto júbilo, con alfombras en el suelo, y ramos en las manos, sucedió en domingo. Tambien acaeció en tal dia su triunfante y gloriosa resurreccion, su ingreso á puertas cerradas en el aposento donde estaban los Apóstoles, y cuando les dió la potestad de perdonar pecados; é igualmente cuando envió á sus discípulos á predicar el Evangelio por todo el mundo. En domingo fue cuando bajó el Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre los Apóstoles; y aun en domingo opina san Agustin que se celebrará el juicio universal. En vista de esto, nada extrañaréis que un dia tan señalado, en el que se han efectuado prodigios tan asombrosos, lo haya elegido la Iglesia, y quiera su divina Majestad que nosotros lo consagremos todo entero á su servicio.

Este dia, pues, así como los demás que en el discurso del año nos designa la Iglesia como festivos, tenemos todos los Cristianos

obligacion de santificarlos con la audicion de misa entera. Hay fiestas generales que se observan en todas las partes del mundo cristiano, y otras que solo son particulares de un reino, de un obispado, de una ciudad ó de un pueblo. Hay dias tambien de media fiesta, y son aquellos en que la Iglesia se contenta con ordenar solo á los fieles la audicion de la misa; pero tanto en estos como en aquellos tienen la estrechísima obligacion de oirla entera, esto es, desde el principio hasta el fin del último Evangelio, todos los cristianos que han llegado á la edad de la discrecion, y se hallan en el local en que se celebra la festividad. Dejar una parte notable ó principal de la misa será pecado mortal, y el dejar alguna parte leve será pecado venial. No se cumple con el precepto si no se forma intencion de oirla, si no se oye con devocion y consideracion, si se está en ella, no como criaturas racionales, sino como estatuas; sin ofrecer á Dios aquel angusto sacrificio reconociendo los innumerables beneficios que por él nos vienen, pidiéndole perdon por tantas ingratitudes y ofensas con que pérfidamente se le corresponde: ó estando voluntariamente distraidos, ó pensando en negocios temporales, en cosas mundanas aunque estas no sean malas. El santo sacrificio de la misa es el acto mas grandioso, el mas santo de nuestra sagrada Religion, el mas agradable al eterno Padre, y el que le da el mas perfecto honor; por manera que ni los espíritus angélicos pueden ofrecerle en el cielo cosa mas excelente que lo que nosotros le ofrecemos en el ara del altar. Por lo tanto, para presenciarlo, debe acudirse al templo con oportunidad y con tiempo: debe oírse con atencion, y no marcharse hasta que definitivamente se haya terminado.

En las fiestas enteras, además de la audicion de la misa, se requiere tambien para su santificacion y exacta observancia la cesacion del trabajo, á fin de que los fieles se empleen sin estorbo ni impedimento en las cosas pertenecientes al culto divino. El Señor quiso que en protestacion de ser él solo nuestro verdadero Dios, despues de haber empleado todos los dias de hacienda en procurar lo necesario para la conservacion de la vida humana, y en beneficio de nuestras temporalidades, empleásemos el dia festivo en la cesacion de toda obra servil, y en actos de fe y de religion, postrándonos con humilde rendimiento ante su soberana presencia, tributándole frecuentes acciones de gracias por tantos y tan indecibles beneficios como nos dispensa; ocupando estos dias festivos en procurarnos provechos ventajosos para el alma, así como todo nuestro interés se concreta en los dias de hacienda en acopiar lo necesario y

útil para el cuerpo. No trabajaréis, dijo el Señor, en el día de fiesta, ni vosotros, ni vuestros hijos é hijas, ni vuestros criados ni criadas, ni los animales que teneis para vuestro servicio, ni aun el forastero que se halle en vuestras casas ¹. No : no quiero que os enredeis con el trabajo corporal, para que así esteis mas desembarazados en la santificacion de los dias festivos, dedicados á la protestacion de mi culto soberano. Mi voluntad es que no hagais en ellos obra servil alguna. *Omne opus servile non facietis in eo* ². Yo tengo derecho á mandaros esto, y vosotros obligacion de obedecerme sin tergiversacion ni excusa la mas mínima en lo que os ordeno. ¡Qué precepto este, fieles mios, tan formal y tan expresivo!

Las obras serviles que aquí prohíbe el Señor son aquellas que pertenecen al cuerpo, y que por lo comun son desempeñadas por los siervos, criados ó dependientes, aunque á las veces las hacen tambien los amos : tales son arar, cavar, segar, acarrear, trillar, etc. ; y los oficios de sastres, zapateros, alpargateros, carpinteros, albañiles, tejedores y otros. A estos es preciso añadir, por estar igualmente prohibidos, los oficios ó funciones propias de mujeres, como coser, hacer media, hilar, devanar, torcer, cerner, amasar, cocer, lavar y otros semejantes. Así es que el que se ocupare, mandare ó consintiere el que debe impedirlo que se hagan tales ejercicios de labor en los dias de fiesta, incurrirá en la indignacion de Dios cometiendo un pecado mortal, á no ser que le excuse la parvidad de materia ; y esto aunque tales trabajos los haga una persona reservadamente, ó en oculto, sin que nadie la vea, ni motive escándalo, porque el decir lo contrario lo tiene ya condenado la Silla pontificia ³. Tambien es cierto que si una mujer se pusiese á coser, ó á hacer media en la puerta de la calle, ó un hombre á cavar por un breve rato en un paraje expuesto á la publicidad, y esto motivare escándalo al prójimo, viéndolos cuantos pasaren por allí, é ignorando si el trabajo en que se ocupaban era por mucho ó por poco tiempo, tambien es cierto, digo, que cometerian un pecado mortal.

Si la necesidad precisase á trabajar algun dia festivo ; oida misa, puede esto hacerse lícitamente ó sin pecado, con tal que sea con la licencia necesaria. Esta si hay tiempo debe impetrarse del vicario general, y cuando la urgencia no permita recurrir á él, nos hallamos los curas párrocos ó tenientes con facultades para concederla. Como la cesacion del trabajo en los dias festivos está ordenada en la

¹ Exod. xx, 10. — ² Levit. xxiii, 7. — ³ Inocenc. XI en la propos. 2.^a

ley divina , obliga á todos : á unos para observarla , y á otros para hacer que se cumpla con exactitud ; esta última obligacion tienen los obispos en sus diócesis , los párrocos en sus feligresías , los gobernadores políticos en sus provincias , los ayuntamientos en sus respectivos pueblos , los padres y las madres para con sus hijos , y los amos y las dueñas respecto de sus dependientes. Con tantas veras quiso el Señor que se observase en la ley antigua la cesacion del trabajo , que impuso pena de la vida al que se ocupase en él , y mandó que fuese apedreado un pobre jóven por haber escandalizado al pueblo , trayendo un fajo de serojas ó ramullas un dia de fiesta ¹. Aunque en la ley nueva , ley toda de dulzura en que vivimos nosotros , no se castiga la infraccion de este precepto con tanto rigor , es muy justo que las autoridades dediquen una vigilancia esmerada , y se hagan temer para evitar escándalos , y sean bien santificados los dias festivos consagrados al culto del Señor.

Esta cesacion del trabajo en los dias de fiesta no está mandada por Dios para que los pasemos en ociosidad ; no, fieles mios. El cristiano si ha de conformarse con la intencion de Jesucristo nuestro soberano legislador , y de la santa Iglesia nuestra madre , debe entregarse en ellos á las obras de religion , de piedad y de misericordia. Si : desde la mañana debe elevar su corazon á Dios pidiéndole humildemente que reciba sus afectos , y acepte cuantos ejercicios de virtud praticare en aquel dia con su divino auxilio. Si por desgracia se hallare en culpa mortal , no omita de ningun modo el llegarse á los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía ; y aunque no se halle en pecado , procure hacerlo en las principales festividades , en aquellas que mayormente solemniza la Iglesia. Asista indefectiblemente á la misa mayor. Jamás se salga cuando va á predicar el ministro del Señor. Debe oir la palabra divina con el mayor respeto y consideracion. Asistir al oficio divino si lo hubiere , ó á aquella hora que se celebrare en la parroquial , como Tercia y Visperas. No faltar nunca al santo Rosario , porque es indicio de muy poca religiosidad el estarse confabulando en casa , en las calles , paseando ó jugando , como lo hacen algunos , mientras se reza en la iglesia en estos dias el santo Rosario. Las autoridades cumplirán con el deber sagrado que les incumbe muy de cerca , de prohibir con rigor y no permitir los juegos , los bailes , ni otros entretenimientos públicos aunque sean muy decentes , á los jóvenes , durante la celebracion de

¹ Num. xv, 35.

los divinos oficios. Por último advierto que el cristiano debe abstenerse en todos los dias, pero muy principalmente en los festivos, de toda especie de pecado y de toda diversion criminal; porque en todos tiempos y en todas las ocasiones está prohibido lo que es contrario á la ley santa de Dios; pero muy principalmente en los dias de fiesta. Estos deben emplearse de lleno en obras de religion, de piedad y de virtud.

Fieles mios: si los dias de labor los pasarais sin ofensa de Dios en vuestros quehaceres, y los dias de fiesta en las obras de santificacion que él manda, y os llevo ya enunciadas, ¡cuán gratos seriais al Señor, y cuán aceptable vuestra vida á sus divinos ojos! Pero ¡cuánto siento que para algunos de los que me oís puedan mas las persuasiones del diablo que las órdenes de Dios! Ya sabeis que aquel espíritu maligno se atrevió hasta á acometer al mismo Jesucristo, cuando se hallaba en el desierto, diciéndole: *Dic ut lapides isti panes fiant* ¹. Ya hace cuarenta dias que te hallas en esta áspera y tétrica soledad, entregado á la abstinencia y al ayuno: ya has podido ver como en todo este tiempo Dios no te ha provisto de alimento: aquí no tienes mas que piedras: careces hasta de un bocado de pan: mira, pues, por tu vida: busca medios para sustentarte, y deja de una vez un camino tan espinoso y desamparado como el que has emprendido. ¡Ay! este es el lenguaje de su malicia con que te habla á tí, mi feligrés, cuando llegando un dia festivo, á fin de que quebrantes la ley de Dios que te prohíbe el trabajo, te dice muy por la mañana: Buen hombre, ¿qué conseguirás hoy con estar (en el pueblo) ocioso todo el dia? Mas te valdrá ir haciendo los beneficios que sabes necesitan tus tierras: lo que hagas y adelantes, eso te hallarás: las casas no prosperan estando la gente sin hacer nada. Esto que te digo, es lo que te conviene. A un menestral le persuade que puesto que tiene un oficio mecánico que puede desempeñar de puertas adentro, que lo haga los dias de fiesta, que así no le faltará la comida, ó podrá sostenerse con mas decencia. Al marido que un dia clásico quisiera confesarse y recibir la Comunión, orar en la iglesia; estar en misa mayor, é intervenir en cuantos ejercicios de religion se practican en el templo, ir al Rosario, ocuparse en la instruccion del catecismo, ó en la lectura de un libro espiritual, le dice el demonio como á Job por boca de su mujer: *Adhuc tu permanes in simplicitate tua* ²? ¿Hasta cuándo has de ser infeliz y simple? ¿Qué?

¹ Matth. iv, 3. — ² Job, ii, 9.

¿ Con eso comeremos en lo venidero ? ¿ Así acomodaremos bien á nuestros hijos ? No : no seas lonto : lo que nos importa es hincar el hombro al trabajo : desémpaña ese quehacer que sabes está pendiente : así podremos salir adelante. Al joven licencioso le sugiere que el día de fiesta es un día acomodado para pasarlo en el juego, en el baile y en toda clase de disoluciones. Al apasionado le imbaye que no encontrará en día de hacienda proporción mas acomodada para ver y tratar criminalmente con aquella persona á quien tiene esmerada afición. Y sin mas, hé aquí que el labrador trabaja el día festivo en el campo, el oficial en su casa ; el marido cambia la gracia de los santos Sacramentos por un vil interés ; el joven profana los días sagrados con el desarreglo de sus costumbres , y el apasionado vende la felicidad eterna por una complacencia temporal. Y hé aquí como en la mayor parte consigue su objeto el astuto engañador, el enemigo común de nuestras almas, que es : el que se ofenda gravemente á Dios quebrantando el día festivo, unos con el trabajo, otros con sus excesos, debiendo todos santificarlo con pensamientos buenos , con palabras de edificación y con la rectitud de sus obras. Quedando satisfechos de los malos ejercicios en que se han ocupado ¹ ; pero vacíos de obras buenas , en culpa mortal , y hechos un objeto digno del desprecio é indignación de Dios.

Cuando os veis , fieles míos, tentados por el demonio, combatidos de la avaricia por engrandeceros , ó de la desconfianza por no caer en pobreza ; ¿ por qué no resistís á estas tentaciones ? Sí : contestadle como le contestó nuestro Redentor Jesús , *non in solo pane vivit homo* ². Satanás, ya conozco tus engaños. ¿ Qué ? ¿ Con solo tener intereses , con que no le falte el pan , ya es el hombre feliz por eso ? No : no debe cifrar en esto su felicidad : su dicha sí que será completa cuando esté bien con Dios ; cuando observe puntualmente sus preceptos : por lo tanto hoy no quiero quebrantar el en que me prohíbe el trabajo : este día lo quiero dedicar al culto de Dios y á la santificación de mi alma. *Vade Satana* : largo de mí , Satanás. Los apasionados ó licenciosos respondedle con aquella verdadera sentencia de Jesucristo : *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, anime vero sue detrimentum patiatur* ³ ? ¿ Qué puedo esperar de Dios , si el fruto que para mi alma acopiare con la cesación del trabajo y la práctica de buenas obras de por la mañana , lo pierdo todo por la tarde con mis desarreglos ? ¿ Y de qué me servirán to-

¹ *Lætantur, cum male fecerint.* (Prov. II, 14). — ² Matth. IV, 4.

³ Matth. XVI, 26.

das las complacencias que pudiere tener y alcanzar, si con esto pierdo mi alma? No : no quiero perderla ; aspiro á mi salvacion : *Vade Satana* : retírate de mí , Satanás ; nada quiero contigo. Sí : esto es lo que unos y otros debeis responder, cuando os tiene el enemigo para no observar la santificacion de los dias festivos. El profeta Jeremías vaticinó que las personas, las familias y los pueblos que los santifiquen como el Señor quiere , se verán colmados con abundancia de fortunas y de bendiciones ; pero si los quebrantan y profanan temerariamente , los llenará de trabajos y calamidades , de tal forma , que no puedan librarse de ellas ¹. Muchas de estas tribulaciones estamos experimentando todos los años , fieles míos , si bien lo reparais. Para librarnos , pues , de ellas , y de otras muchas con que el Señor nos puede afligir , observemos las fiestas con tanta fidelidad , que merezcamos algun dia que nos premie con la corona de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es nuestro pesar por tantas ofensas con que hemos agraviado á Dios en el curso de nuestra vida , con la infraccion de este y otros preceptos , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad , que veneramos en este sagrario presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si cada cristiano debe vivir de tal modo en cuanto está de su parte , que sirva de ejemplo de virtud á todos los demás , adoptando vuestros consejos y poniendo en ejecucion pronta y perfecta todos vuestros preceptos , ¿ cómo he escandalizado á mi prójimo , y he infringido vuestros mandamientos , haciéndolos menudos trozos , conculcándolos con el mayor desprecio , y ofendiéndoos con el mayor descaro ?

¡ Ay mi amable Redentor ! ¿ cómo habeis tenido paciencia para sufrir mis desprecios y villanías ? ¡ Oh bondad de un Dios siempre benéfico ! ¡ oh entrañas de un Padre el mas amoroso ! Sí : tal es vuestra misericordia , que sobre no haberme castigado con mil infiernos como justamente merecia , aun me estais convidando con las dulzuras amorosas de vuestra benignidad . ¿ Y despreciaré una ocasion como esta tan favorable ? No , Dios mio : oigo ya sumiso vuestras voces : defiero gustoso á vuestra palabra : me acojo desde luego agradecido al asilo de vuestra proteccion é indulgencia , porque si esto no hago ahora , ¿ quién me garantiza otro momento como este

¹ Jerem. xvii, 21 , 27.

tan ventajoso ? ¡ Oh momento importantísimo ! yo no te dejo pasar sin asirme á la tabla de mi salvacion. ¿ No sois Vos , Señor , el refugio de los perdidos , el consuelo de los atribulados , y la única esperanza de los pecadores ? Pues yo en vista de esto , me aliento á esperar el perdon mediante la contricion que me acompaña. Ojalá que con ella me se partiese el corazon de pena y de sentimiento ; pero cuando esto no logre , por lo frio que ha estado mi pecho hasta de aquí en vuestro divino amor , digo de todas veras que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE EPIFANÍA.

Las disposiciones con que debe recibirse el Matrimonio , y cómo deben vivir los que lo hayan recibido.

*Vocatus est autem et Jesus, et discipuli ejus,
ad nuptias. (Joan. II, 2).*

Convidaron tambien á Jesús y á sus discípulos á las bodas.

Gran satisfaccion es para un cristiano el saber que no hay condicion ni estado en la tierra en que no pueda agradar á Dios, cumpliendo con las obligaciones que le van anejas. En cuantos cargos, oficios y estados hay en el mundo, en todos se halla una forma de vida que Dios prescribió al hombre, muy acomodada y conveniente para el servicio de su soberana Majestad, la que puede desempeñar si quiere con la mayor exactitud. Es cierto que unos estados son mas acomodados que otros para el servicio de Dios, por estar menos expuestos al peligro de las ocasiones y al riesgo de ofenderle; pero en todos puede el hombre dar pruebas concluyentes del amor que profesa al Señor, de su puntual fidelidad y exacta correspondencia, y de este modo congraciarse por sus buenas obras la aceptacion divina. Esta felicidad puede alcanzar una persona que esté aglomerada de fincas y envuelta de dineros, otra que vaya vestida de andrajos por hallarse en una suma pobreza, la que esté libre de cuidados de mundo, y tambien aquella que esté implicada cotidianamente en los negocios de una casa llena de hijos, por estar enlazada con el vínculo del matrimonio. Ved aquí un consuelo para los que se sienten inclinados á adoptar el estado matrimonial, y para los que ya se hallan en él, el saber que no obstante hallarse en medio del mundo con la solicitud que exige el sostenimiento de una casa y los cuidados de la familia, pueden en aquel estado ser aceptos á Dios. El casado, cierto es que no puede entregarse al Señor de lleno con una absoluta libertad, porque le es indispensable, segun la doctrina de san Pablo, dar una gran parte de sus cuidados y aun de su

corazon á su mujer, otra no menor á los hijos, y otra á los negocios domésticos ¹; pero sin embargo de esto, no separándose del camino de la decencia segun le ordena la religion que profesa, podrá llegar seguramente al término de una eterna dicha. Si consultais las historias sagradas veréis que muchas personas, ya hombres, ya mujeres, estando ligadas con el vínculo del matrimonio, campean por su santidad entre los mayores héroes de la Religion. Aunque el estado virginal es por mil títulos superior al conyugal, no fueron menos perfectas muchas personas casadas que las mas aventajadas en el estado virginal. De suerte que todo casado puede llegar á conseguir un grado no pequeño de santidad, siempre y quando, como dice el Apóstol, conforme sus sentimientos á los de la Religion, con tal que el amor de Dios sea el móvil de todas sus acciones, y guarde al propio tiempo la castidad, no buscando como los animales la satisfaccion de sus sentidos, sino el cumplimiento moderado de los deseos de la naturaleza, y de los deberes santos de su union. *Salvabitur autem per filiorum generationem, si permanserit in fide, et dilectione, et sanctificatione cum sobrietate* ².

La excelencia del matrimonio segun se halla en la ley de gracia es grande, como dice el apóstol san Pablo en su carta á los de Éfeso ³; y efectivamente su grandeza está demostrada por su antigüedad, atendiendo á que el mismo Dios lo instituyó como contrato natural, tan pronto como formó á nuestros primeros padres Adán y Eva en el estado feliz de la inocencia; aprobándolo Jesucristo nuestro Señor, quando se dignó nacer de una Virgen purísima, no libre sino desposada con el santísimo san José: recibiendo mayor perfeccion quando lo elevó á la dignidad de Sacramento, haciéndole uno de los siete de su santa Iglesia; y quando convidado á unas bodas que se celebraron en Caná asistió á ellas de buen grado con su santísima Madre y algunos de sus discípulos, como (hoy) nos dice el Evangelio. Con este motive, pues, os hablaré ahora de él; y para ofrecer á vuestra consideracion un cuadro acomodado de este santo Sacramento, trataré de las disposiciones con que debe recibirse el Matrimonio, y como deben vivir los que lo hayan recibido. Ved aquí un asunto interesante para solteros y casados. Solo es menester que mientras des-
empeñare mi intento con el favor de Dios, esteis con atencion.

Así como un caminante sin guia, de noche, en un país fragoso y

¹ 1 Cor. vii, 32. — ² 1 Tim. ii, 15. — ³ Ephes. v, 32.

desconocido con variedad de sendas y estas encontradas , no podria llegar felizmente al término de su viaje , hasta que llegado el dia le iluminase este con su claridad , porque de querer continuar su marcha en medio de una densa lóbreguez se exponia á errar la ruta , á dar fuertes caidas , y correr repetidos riesgos ; así tambien uno que camina á ciegas propendiendo por abrazar el matrimonio , se expone á equivocarse en la verdadera senda que le conviene seguir , á caer y proporcionarse la ruina de su alma , si el Señor no lo ilumina con su soberana luz , para que acierte en la eleccion de un estado que lleva consigo tantos cuidados y afanes. Siempre ha contemplado nuestra madre la Iglesia este alumbramiento ó ilustracion del cielo como absolutamente precisa para el acierto en la eleccion del matrimonio , así como para abrazar otro cualquier estado.

Los mundanos , aquellos que miran únicamente el matrimonio como el medio para satisfacer de lleno sus deseos carnales , se persuaden que una persona que intenta abrazar el estado sacerdotal ó religioso , como que tiene que ligarse nuevamente por medio de una promesa especial y solemne con que se consagra á Dios para ser toda suya ; como va á abrazar respectivamente un estado que se adelanta á todos en perfeccion , que les aventaja en dignidad , les excede en sus circunstancias , y cuyas consecuencias podrian ser fatales , entrando en él sin tener bien probada su voluntad y sus fuerzas , se persuaden , digo , de que es preciso tengan vocacion significada por el cielo ; pero no creen que esta diligencia sea igualmente precisa para abrazar el estado matrimonial ; mas este , fieles mios , es un error digno de la mayor lástima ; puesto que el asunto mas grave , el de mayor importancia para una persona es el de su salvacion , y esta se arriesga lo mismo en el matrimonio que en cualquier otro estado , cuando se ha abrazado sin consultarlo antes con Dios , y sin que le conste acerca de él su santísima voluntad. Pues qué , ¿ es tan llano el estado del matrimonio que con solo emprenderlo guia (sin mas) , conduce , y trasplanta á los que lo adoptan á la posesion de una bienaventuranza feliz ? No : no es tan llano este camino como se piensa : está sujeto á muchos engaños , sus cargas son muy pesadas , y sus cuidados tan varios y de tal naturaleza , que es menester toda la ayuda del Señor para sobrellevarlo con felicidad y sin riesgo de la eterna salvacion. Sí : necesidad tienen los que intentan contraer matrimonio de arrojarle á los piés de Nuestro Señor Jesucristo , y allí suplicarle fervorosamente que les signi-

fique su santísima voluntad, diciéndole como el Profeta rey : *Notam fac mihi viam, in qua ambulem* ¹. Mi Redentor y mi Dios; aquí me teneis postrado y rendido á vuestros santísimos piés, incierto del camino que debo adoptar y seguir : mis naturales inclinaciones me dictan que abrace el estado del matrimonio ; pero sé muy bien que esto no es bastante : yo sé que en adoptarlo por mi propension, sin contar con vuestro divino beneplácito, me expongo indefectiblemente á errar : yo el acierto busco : este solo quiero, y sé que no lo puedo lograr, si Vos no me dais á entender vuestra voluntad soberana : manifestádmela, pues, por lo tanto, que así no daré paso en que no acierte : *Notam fac mihi viam, in qua ambulem*. Sí, Dios mio : aquí me teneis como á san Pablo suplicándoos de todas veras me digais qué es lo que debo hacer : *Domine, quid me vis facere* ²? Sí : aquí me teneis como á Samuel, animado de la mas sana intencion, con deseo de agradaros, y poner en ejecucion pronta y perfecta todo cuanto me digais : *Loquere Domine, quia audit servus tuus* ³. Hecho esto, redoblando las oraciones, practicando buenas obras, consultando el parecer de los padres, y haciendo una confesion circunstanciada, en que al confesor le manifieste los senos de su conciencia, su propension, las tentaciones que experimenta, las disposiciones del alma y movimientos del corazon, encargándole que acrisolando su interior con el mayor detenimiento le dicte su dictámen, hallará por boca de su ministro significada la voluntad de Dios.

De aquí pasará á designar la persona que pueda satisfacer sus intenciones cristianas. Esta eleccion requiere tambien mucho aplomo, mucha circunspeccion, porque es muy importante. No debe gobernarse por solas las apariencias : muchas veces un exterior brillante deslumbra : ni tampoco por los haberes, porque estos aunque se conserven son de ningun valor, cuando en el matrimonio falta la union de los genios y el concierto en las voluntades. En lo que debe fijar principalmente la atencion es, en que la persona á que dirige sus miras se halle instruida en santas obligaciones, que sea temerosa de Dios é inclinada á la práctica de las virtudes. El mundo tiene en muy poca consideracion esta tan bella cualidad, fijando tan solo su aprecio en los intereses, y aun en otras cosas mas despreciables : por eso ¡cuántas veces, despues de contraido el enlace, á muy luego uno de los consortes maldice, y el otro llora, acibarando aquella vida maridable una continua amargura y una incesante

¹ Psalm. cxlii, 8. — ² Act. ix, 6. — ³ IV Reg. iii, 9.

penalidad! Este es, dice san Juan Crisóstomo, el motivo de tantos casamientos desgraciados como hay en el mundo: no se fija la consideracion en las cualidades cristianas, que son las únicas que pudieran hacer felices los matrimonios, sino en la hermosura y en la hacienda, sucediéndoles lo que á Lot cuando eligió para su morada la tierra de Sodoma. Deslumbrado este Patriarca por las apariencias encantadoras de aquel país, fijó solo su consideracion en su exterior hermosura y frondosidad, por la que parecia un paraíso: pero no hizo reparo en que sus habitantes eran hombres malvados, de perversas y corrompidas costumbres. De aquí le provinieron innumerables desgracias, fue acometido de poderosos enemigos, le cautivaron y robaron todos sus bienes, hasta verse por último precisado á abandonarlo todo, saliendo precipitadamente de su casa con su mujer y sus hijas ¹. Búsquese en las personas fe, religion y virtud. Búsquese en ellas riquezas de fidelidad, hermosura de alma, y nobleza de costumbres, que como estas se hallen, desde luego puede augurarse para lo venidero un feliz matrimonio.

Es asimismo requisito indispensable, que entre los que intentan contraerlo no medie ningun impedimento; porque si esto fuera, no serian personas legítimas y hábiles para ello. Aunque estos impedimentos son muchos, sin embargo solo quiero fijar ahora mi consideracion en el parentesco de consanguinidad ó afinidad. Si los que intentan enlazarse matrimonialmente fueren consanguíneos ó afines dentro ambos del cuarto grado, no pueden casarse sin dispensa de Su Santidad: y si lo efectuaren por callar el impedimento con conocimiento y malicia, el matrimonio seria nulo: no serian verdaderos consortes mientras vivieran juntos, sino coneubenarios, cometiendo tantos pecados mortales cuantas fueran las veces que comunicaren carnalmente. Si esto no lo saben con certeza, pero tienen algun fundamento ó sospecha, tienen estrechísima obligacion de hacérselo saber al cura ó teniente, para que lo averigüe con vista de los libros parroquiales. Lo mismo deben hacer los que oyen anunciar las moniciones: para esto se publican; por manera que pecarán mortalmente si no lo hicieren. Encargo sobremanera esta obligacion; porque á las veces pueden comunicar noticias por las cuales se averigüe el parentesco, que sin ellas nunca tal vez pudiera averiguarlo un cura, por mas instruido que fuese en este particular. No todas las partidas de los ascendientes de algunos obran en los libros de

¹ Genes. xix, 17.

una misma parroquia ; y si faltan dos ó mas, porque nacieron ó casaron en otras diferentes, muy poco ó nada podrá adelantar el cura, no arrojando la suficiente luz las partidas que las subsigan ; y acaso lo podrá evidenciar con las noticias que se le sugieran. *

Como el sacramento del Matrimonio es el canal por donde Dios comunica sus gracias á los que á él se llegan con disposiciones cristianas, por eso es menester que les acompañe una recta y santa intencion á los que lo han de recibir, y no sea con el objeto de satisfacer las pasiones, desterrando á Dios de su corazon y de su espíritu, dando rienda á sus apetitos y complaciéndose como los brutos animales que carecen de razon : bien que puede mirarse el matrimonio como un remedio de la debilidad, cuando no se siente uno con fortaleza bastante para una continencia perpétua, y tambien con el de tener hijos que sean de utilidad á la patria, de ornamento á la santa Iglesia, que sirvan y por sus buenas obras sean agradables á Dios en esta vida, para que puedan en la otra verle y gozarle por toda una eternidad. Somos hijos de santos, decia el jóven Tobías á Sara su esposa, y así no debemos casarnos como los infieles que no conocen á Dios ¹.

Contraído el matrimonio con las disposiciones que acabais de oir, deben los casados amarse mutuamente, guardarse fidelidad, y tolerarse con paciencia. El matrimonio, dice el Apóstol, es un Sacramento grande en Jesucristo y en su Iglesia, porque representa la union que estrecha á ambos en un amor mútuo y casto. Siendo ambos una misma carne, debe haber entre ellos un solo corazon, unos mismos deseos y una sola voluntad. El amor suaviza todos los trabajos ; y como son tantos y de tanta variedad los que se ofrecen en el matrimonio, se harian intolerables si faltase el amor entre los consortes. El amor que debe mediar entre ellos no solo ha de ser interior, sino afectuoso ; que se manifieste por obras exteriores : no ha de ser solo de palabra, sino de obra y de toda verdad, como dice san Juan ². No debe ser carnal, sino puro, recto, honesto, santo, guiado únicamente por la gloria de Dios, y tan constante que dure hasta la muerte. Ni debe tampoco pasar de lo lícito ; porque el marido, por complacer á su mujer, no ha de hacer jamás cosa que sea ofensiva á Dios, ni tampoco la mujer ha de pedir nunca á su marido lo que no puede hacer en buena conciencia. Este amor desordenado es el que precipitó á Adán ; el que ocasionó su ruina, y el que motivó á

¹ Tob. viii, 8. — ² I Joan. iii, 18.

todo el linaje humano una tan sensible desgracia, que tendrá que lloverla hasta el último día de los tiempos.

Al amor es correlativa la fidelidad. Quien ama á su mujer, dijo muy bien el apóstol san Pablo, se ama á sí mismo ¹: por consiguiénte, así como el que se ama á sí propio desea que sean respetados sus derechos, así tambien el que estima á otra persona por sí mismo sabe respetar religiosamente los ajenos. Es la voluntad de Dios que el varon casado pague el débito á su mujer, y la mujer á su marido. La mujer, dice san Pablo, no tiene potestad sobre su cuerpo, sino su marido, y el marido no tiene potestad sobre el suyo, sino su mujer: por lo que no debe defraudarse el uno al otro, á no ser por consentimiento voluntario de entrambos para darse á la oracion, y esto con limitacion de tiempo, no sea que los engañe el enemigo á pretexto de mayor bien ². Los casados han de ser tan fieles en el uso de su cuerpo, que seria crimen en cualquiera de los dos la mas mínima cesion que de él hicieran á otra persona diferente, solicitando de ella, ó permitiéndole un uso impropio, acciones indecorosas ó actos detestables. La sagrada Escritura celebra la castidad y fortaleza de aquel José hijo de Jacob, que hallándose al servicio de Putifar en el Egipto, mirándolo su dueño con un mal deseo, le solicitó una y muchas veces estando ausente su marido; á lo que él siempre se negó firmemente, ya por no ser infiel á su amo que tanta confianza habia hecho de él, ya tambien por no pecar contra Dios. Admiramos, sí, verdaderamente la castidad y resolucion de este jóven; pero tambien vemos y detestamos el perverso intento de esta mala mujer en querer ser infiel á su marido, y ofender á Dios ³. Léjos de ser las mujeres tan poco temerosas del Señor como esta mujer de Putifar que vendan su fidelidad, deben imitar en un todo á la casta Susana, que primero quiso correr el riesgo de morir en un cadalso, antes que consentir en ser infiel á lo que en el vínculo del matrimonio habia prometido á Dios y á su marido Joaquin, cuando aquellos dos jueces de su nacion la solicitaron torpemente.

La misma fiel correspondencia deben guardar los consortes en cuanto á los haberes ó existencias que hubiere en la casa. Así es que el uno de ellos no ha de disipar, mientras que el otro se ocupa en recoger con la mayor solicitud. Es menester no perder nunca de vista las necesidades que ocurren en las casas, el pago de contri-

¹ Ephes. v, 28. — ² I Cor. vii, 5. — ³ Genes. xxxix per tot.

buciones, los gastos que proporciona la familia, y la manutencion de los hijos. No puede menos de haber discordias en el matrimonio cuando el uno de los consortes es económico, y el otro gastador: cuando el uno cifra su atencion en conservar, y el otro se complace en malversar en el juego y en otros vicios igualmente reprehensibles. Es preciso que los dos trabajen de concierto, con unanimidad, con un solo pensamiento y voluntad, en los adelantos de la casa y en bien de la familia segun Dios.

Sobre esto es preciso que ambos se toleren caritativa y pacientemente. Raro, muy raro será el matrimonio en el que de vez en cuando no se susciten algunas desavenencias. Estas deben de sofocarse cuanto antes con prudencia. A las veces le cabrá á una mujer un marido de un genio fuerte, que ó por su natural, ó por haberle sucedido algun disgusto ó pérdida, echará de su boca torrentes de incomodidad, á la manera que una tempestad arroja torrentes furiosos de agua; en tales casos deberá seguir el ejemplo de santa Mónica, á quien habiéndole cabido un marido de genio violento, siempre procuró ganar su corazon con una santa vida, y templar su ferocidad con la paciencia, sin contestarle jamás la mas mínima palabra ofensiva, sin resistirle en nada cuando lo veia furioso; así consiguió por último el gozo indecible, no solo de verle mudado en un buen marido, sino lo que es mas, de gentil que era, en un buen cristiano. Tenemos tan buen fiador de esta noticia, que quien nos la refiere es su mismo hijo san Agustin ¹. No es por esto decir que no lo ha de amonestar, corregir y aun reprender; pero ha de ser (calmado que sea) con cariño y respeto, y nunca con altercados ruidosos, con voces estrepitosas, con gritos descompasados, ni mucho menos con injuriosas maldiciones como comunmente sucede, porque así nada adelantará. La lengua descompasada de una mujer, los ímpetus de su natural soberbio, ó una obstinada terquedad, llegan á veces á angustiar á un buen marido, como le sucedió á Job con la suya ²; ¿y cuántas veces tambien compelen á un hombre á desearse la muerte, como le sucedió al anciano Tobías ³?

Por último: por mas que alguno de los casados sea díscolo, licencioso, tenga algun vicio, ó haya incurrido en algun defecto capaz de deshonorarlo, nunca deberá el otro publicar sus faltas, antes bien procure corregirlas con prudencia, y siempre disimularlas con cristiana caridad; sea lo que fuere es consorte suyo, y la nota odio-

¹ Lib. IX Conf. — ² Job, II, 10. — ³ Tob. II, 22; III, 6.

sa que recaiga sobre el vicioso á los ojos de la vecindad, no puede satisfacerle mucho al morigerado ; puesto que es hueso de sus huesos, y carne de su carne. Ni la mujer contra su marido, ni el marido contra su mujer usarán jamás de ninguna infamia. Permanente tiene un negro borron, y no se lo quitará mientras haya mundo la taimada Dálila, por haber entregado á Sanson su marido en manos de sus mismos enemigos por un vil interés, de que se siguió el que lo escarnecieran con mil vituperios, usaran con él de la crueldad de sacarle los ojos, hacerle arrastrar un ruego como á las caballerías, y por último á proporcionarse la muerte temporal ¹.

Aquí teneis los documentos que me ha parecido conveniente daros en este dia acerca del matrimonio. Este es un asunto que atañe á muchos muy de cerca. Por lo tanto, ni los que intentan casarse, ni los que os hallais ya casados, olvideis jamás una doctrina tan interesante á unos y á otros. El matrimonio es un Sacramento grande, como ya os dije con el apóstol san Pablo. Felices los unos si lo contraeis con las disposiciones que os indiqué, y felices tambien los otros si os gobernais en él sin separaros del régimen que os llevo ya enunciado : que si así lo haceis, yo os prometo, y estoy seguro de no engañarme en mis prenuncios, que seréis felices en la vida, felices en la muerte, y mas felices todavía en la gloria, que os deseo á todos con las mayores veras de mi corazon. Amen.

Y para manifestar ahora el sentimiento que nos acompaña, por tantas y tan graves ofensas como hemos cometido contra Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, y digámosle cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si nuestra obediencia debe ser ciega en cumplir vuestras órdenes, ¿cómo he sido tan rebelde á ellas, que léjos de obedecerlas y ponerlas en ejecucion las he menospreciado, siguiendo mas bien los deseos de mis pasiones, los antojos de mi voluntad, y el blanco de mis depravados apetitos?

¡ Ah mi amable Redentor ! ¡ cuánto debo á vuestra bondad y clemencia ! En todos los momentos de mi vida no habeis cesado de dispensarme favores especiales ; pero yo, ingrato como el que mas, os he correspondido con amarguras, disgustos y ofensas. Mucho siento ahora el haberlas cometido. Quisiera borrarlas con lágrimas en el corazon, al ver que Vos siempre grande y piadoso estais aun aho-

¹ Judic. xvi.

ra mismo llamando á las puertas de mi alma. Entrad, bendito del Señor; ¿por qué estais afuera? Yo sé que vuestra conversacion no tiene amargura, que vuestra permanencia en mi interior, léjos de engendrar tédio, me proporcionará alegría y un gozo excesivo; vuestro ingreso y estancia purificará mis imperfecciones, deshará las vanidades de que mi alma está encaprichada, y reducirá á polvo todas mis culpas pasadas. Si para alcanzar esta gracia quereis que dé públicamente muestras de arrepentimiento, mi alma, mi cuerpo, mi corazon y mi lengua, elevando su voz con esfuerzo, con una humildad profunda, con un rubor extremado, y con un sincero dolor de todas las culpas cometidas contra Vos, concurren unánimes, y me ayudan á decir que me pesa el haber pecado, que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor; misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE EPIFANÍA.

Las condiciones ó circunstancias que deben acompañar al santo sacramento de la Penitencia, son cinco segun el Catecismo, á saber : examen, dolor, propósito, confesion y satisfaccion.

Vade, ostende te sacerdoti. (Matth. viii, 4).

Marcha, preséntate al sacerdote.

A la manera que la ley antigua ordenaba la presentacion de los leprosos ante el sacerdote sujetándolos á su discernimiento, y evidenciancia el Evangelio (de hoy) en la curacion milagrosa que hizo el Redentor con uno que padecia esta enfermedad ; así tambien la ley nueva exige y manda en fuerza del precepto del Señor, el que cuantos se hallen inficionados con la lepra del pecado, se personen ante el sacerdote, para que en virtud de la confesion que hagan ante él, declare se hallan ya nuevamente admitidos á la familiaridad y estimacion de Dios, que por sus crímenes habian perdido. A ella está obligado como pecador el monarca y el vasallo, el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el eclesiástico y el secular. ¿Qué mas? Hasta al mismo Sumo Pontífice, cabeza de la Iglesia y dispensador supremo de todos sus tesoros, le es indispensable recurrir á ella, porque como hombre que es, aunque constituido en la cima del pontificado, está sujeto á las enfermedades del alma ¹. La ley es universal : á nadie exceptúa. Ella está fundada en el Evangelio, sostenida por la tradicion constante de todos los siglos. Ley que ha subsistido contra todos los embates de la herejía y oposiciones del error, no como una invencion humana, sino como una ley divina, que reconoce su origen en el mismo Jesucristo.

Este Señor, rico siempre en misericordias, como dice san Pablo ², quiso instituir el santo sacramento de la Penitencia que vulgarmente

¹ *Omnis... Pontifex ex hominibus assumptus... circumdatus est infirmitate. (Hebr. v, 2).*

² *Deus autem, qui dives est in misericordia. (Ephes. ii, 4).*

se apellida con el nombre de confesion , para que pudiéramos alcanzar el perdon de todos los pecados cometidos despues del Bautismo. Compadecido de nuestra debilidad y miseria, quiso instituir la confesion , para que en ella como en otra piscina de Jerusalem sanásemos de todas las enfermedades del alma ; para que afianzados en ella como en otra tabla en los naufragios del mar proceloso de este mundo, libertándonos del abismo de las culpas, arribáramos con felicidad al puerto de la gracia ; y para que funcionando las veces de otra llave maestra , pudiéramos abrir con ella las puertas del cielo. En este nuevo rescate de nuestras almas , perdidas segunda vez por los pecados cometidos despues del Bautismo , brilla sobremanera la distinguida estimacion con que siempre las ha mirado el Señor. En la confesion dejó nuestro Redentor Jesús depositada su preciosísima sangre, para que esta nos purificase de las inmundicias del pecado : allí cae copiosamente sobre las cabezas de todos cuantos se confiesan humillados y contritos : allí queda limpio el corazon , el alma justificada, y rotos los grillos con que la tenia aprisionada el demonio. Allí se hace menudos trozos la escritura de deudas que nos condenaba ¹, y se nos entrega el privilegio de herederos del cielo : la gracia es general : cuantas veces quiera una persona arrepentida salir del cautiverio en que la tiene Satanás por el pecado, allí está la sangre del Redentor para redimirla nuevamente : puede recibir este incomparable favor de dia y de noche, segun quiera ó tenga necesidad ; á todas horas y en todos los parajes ; en el templo y en la cárcel ; por la mañana y por la tarde ; en los viajes y en la cama ; bien se halle rendida á la fuerza de una grave indisposicion, bien goce de la mas perfecta salud. Dios no pudo hacer mas á beneficio del hombre caido : solo resta que este se llegue como debe á un tan admirable Sacramento ; esto es, acompañado de los requisitos que se exigen como indispensables , para participar de los efectos de su institucion. Yo os hablaré ahora de este punto, manifestándoos que *las condiciones ó circunstancias que deben acompañar al santo sacramento de la Penitencia son cinco, segun el Catecismo, á saber : Exámen, dolor, propósito, confesion y satisfaccion* : las que os voy á explicar con el favor de Dios. Mientras lo hiciere, estad atentos.

El *exámen*, que es la primera condicion ó circunstancia, no es otra cosa que una investigacion diligente, minuciosa, atenta y circunstan-

¹ *Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contra-
tium nobis.* (Colos. II, 14).

ciada que el pecador debe hacer en los senos de su conciencia, para averiguar con exactitud y distincion las culpas que ha cometido en ofensa de Dios nuestro Señor, por pensamiento, palabra, obra y omision. En él debe ocuparse el tiempo necesario, mas ó menos, porque en cuanto á esto no puede darse regla fija : la capacidad y la memoria no están repartidas á igual nivel en las personas ; son tan varias como los sujetos ; por lo tanto, cada uno debe atender al estado que tiene, á los empleos que desempeña, los oficios que ejerce, los vicios que le dominan, y el tiempo que ha transcurrido desde la última confesion buena que hizo : y en vista de esto, regular con prudencia, y tomarse el tiempo que necesita. Para ello convendrá que invoque primeramente las luces del Espíritu Santo, suplicándole con eficacia que ilumine su entendimiento y memoria, á fin de que se le patentice su interior, y pueda conocer y recordar todas las transgresiones que ha hecho en los preceptos de Dios y de la Iglesia. Dios mio (debe decirle como David), las culpas que he cometido me tienen tan ofuscado, que no viendo en mí mas que tinieblas, me contemplo impotente para descubrir y diferenciar mis malos procedimientos, si Vos no os dignais asistirme é ilustrarme con vuestra luz soberana : enviádmela, pues, dulcísimo Señor, para que con ella pueda encontrar y distinguir todo cuanto en mí os desagrade : *Deus meus, illumina tenebras meas* ¹. Hecho esto, mediante la asistencia divina, y aplicando bien toda su consideracion en el escrutinio de su conciencia, podrá numerar los pecados, ajustar sus precisas circunstancias, verificar la calidad de las culpas, y llegar por consiguiente con el proceso de sus crímenes bien formado á aquel santo tribunal.

Reconocido el número de las culpas, su gravedad y circunstancias, debe el pecador dolerse de ellas, porque si esto no hiciera, de nada le aprovecharia el tiempo que empleó en su descubrimiento : esto seria reconocer el mal que le aquejaba, y no querer aplicarle el competente remedio. El *dolor* es un sentimiento profundo y una pena en el alma de haber ofendido á Dios. Tan necesario é indispensable es este sentimiento en el alma de un pecador que se confiesa, que sin él no alcanzará jamás el perdón de sus pecados. Lances pueden ocurrir en que el hombre puede alcanzar su justificacion, y por consiguiente salvarse, faltando el exámen y la integridad de la confesion ; pero nunca sin esta pena, sin este sentimiento de ha-

¹ Psalm. xvii, 29.

ber ofendido á Dios. Hay dolor de atricion y de contricion. Quien se duele de haber ofendido á Dios, por ser tan bueno y tan digno de ser amado, tiene un dolor perfecto, un dolor de contricion ; pero si la causa de su dolor lo motiva la pérdida de la gracia y de la gloria, la fealdad del pecado, ó el temor de que el Señor lo pueda arrojar al infierno, tiene un dolor imperfecto, que es el dolor de atricion. Ambos son actos de la virtud de la penitencia ; pero este, aunque mira ó debe mirar á Dios como origen de toda justicia con algun principio de amor, tiene el pecador en él algun interés ; y así este no justifica si no va unido con el Sacramento de que hablamos. No así el de contricion, este es mas desinteresado, y como incluye la caridad perfecta porque el motivo del dolor es solo el haber ofendido á Dios, por ser tan digno de ser amado sobre todas las cosas, justifica por sí solo, bien que con intencion y deseo expreso ó tácito de confesarse.

Al dolor de las culpas se sigue el *propósito* de la enmienda. Tanto la contricion como la atricion encierran esencialmente este propósito ; el cual no es otra cosa que una resolucion decidida de no volver á pecar. Este propósito ha de tener tres calidades. Ha de ser firme : esto es, ha de estar el alma determinada á no rendirse mas á la culpa, por cuantos intereses, gustos y conveniencias hay en el mundo. Esta firmeza ha de ser tan constante, que aunque le amenazaran al pecador con cuantos tormentos dieron á los Mártires, aunque ya tuviera á su vista prevenidas las piedras, las parrillas, las hogueras, los peines de hierro, las calderas de plomo derretido, las ollas de aceite hirviendo, y le conminaran que con estos tormentos le iban cruelmente á martirizar si no cometia el pecado, debe antes pasar por todos ellos, primero que cometerlo. Ha de ser universal. Quiere decir, que el penitente no ha de proponer el dejar uno ú otro pecado, sino todos cuantos ha cometido contra Dios. Así es que careciera de propósito verdadero aquel que resolviese no mancharse ya mas con la lujuria, pero no á desechar de su ánimo el rencor ó la venganza : aquel que se resolviese á perdonar, pero no á restituir. Para que el propósito sea verdadero, es forzoso se extienda á toda especie de pecado. Debe ser por último eficaz ; esto es, que ponga en ejecucion aquello mismo que promete. El que intenta y desea lograr un fin, necesariamente debe poner los medios para conseguirlo : á la manera que un enfermo, si quiere sanar, ha de tomar las medicinas. Segun esto, deberá huir de las ocasiones, retirarse de la casa en que sabe hay peligro para su alma, no tra-

tar á la persona con quien pecó , ó á quien le tiene aficion desordenada ; arrojar de su domicilio la ocasion que fue causa de su ruina , desprenderse de la mala costumbre en reincidencias de pecados , restituir sin demora en cuanto pudiere ; debiendo ser por último este propósito perpétuo , esto es , para siempre , por toda la vida .

La *confesion* es una acusacion sacramental que el pecador hace á los piés del sacerdote , manifestándole todas sus culpas para alcanzar el perdon de ellas , mediante la absolucion . Esta acusacion la ha de hacer de todos los pecados mortales que cometió despues de la última confesion bien hecha ; sean de obra , de palabra , de pensamiento consentido , ó entretenido voluntariamente , de deseo y omision , confesando los ciertos como ciertos , los dudosos como dudosos , y todos por sus especies y número determinado ; y cuando este no pueda prefijarse , diciendo *poco mas ó menos* ; manifestando tambien la costumbre de pecar , y la ocasion próxima en que se hallare . Esta confesion la ha de hacer el penitente con la mayor exactitud posible ; con tanta sencillez , que nada desfigure , sin aumentar los pecados ni disminuirlos ; y con aquella sinceridad que los manifestaria al mismo Dios , que los conoce como son en sí ; con tanta humildad y modestia , que no trate de justificar los excesos ó imputarlos á otros , sino como delincuente que conoce y siente la gravedad y el peso enorme de sus delitos ; manifestándolos al confesor , no como quien refiere una historia sin rubor ni confusion , sino compungidamente . Con tanta integridad , que nada oculte ; por manera , que si deja de decir por temor ó por vergüenza algun pecado mortal cierto ó dudoso , la confesion será sacrilega , y no se le perdonará ninguno de los pecados que confesó : y con tanta prudencia , que en ella nada mezcle que sea extraño al objeto , explicándose en términos honestos y precisos , orillando impertinencias , cuentos y enredos . De este modo la confesion que haga el penitente será agradable á Dios , y llave preciosa del paraíso , con la que podrá abrirse aquellas puertas de la gloria , que tenia cerradas con los hierros de sus culpas .

Llegamos ya á la última circunstancia que es la *satisfaccion* , ó sea lo que entendeis vosotros por *cumplir la penitencia* . Esta puede ser satisfactoria y medicinal . La primera se impone para dar satisfaccion á Dios por los pecados que se han cometido y manifestado en la confesion : la segunda se dirige , como remedio de prevencion , á preservar al penitente de las recaidas . La satisfactoria puede ser en orden á Dios , y en orden al prójimo . La relativa á Dios es el cum-

plimiento de aquella penitencia impuesta en la confesion por los pecados que se han manifestado, como cuando el confesor manda ayunar algunos dias, rezar tantas partes de Rosario, ú oir tantas misas. La respectiva al prójimo consiste en satisfacer segun ordena el confesor lo que al prójimo se le debe ó se le ha hurtado; en repararle los daños que se le han hecho en sus huertas, viñas, campos, casas y ganados; en devolverle la fama y honra que se le quitó; y en cumplir con los legados, misas y obras pias de los difuntos. La medicinal atañe á la persona del mismo penitente; y se la impone el confesor con la mira de que pueda precaver los pecados futuros, como que no entre en tal casa que frecuentaba y era la causa de la ruina de su alma; que no hable con tal persona, con la que estaba enredado en tratos ilícitos; ó que se abstenga de tal juego, que lo arruinaba temporal y espiritualmente; y así de otras. La penitencia ha de cumplirse cuando el confesor lo determine; y si no prefiija tiempo, debe cumplirse lo antes que sea posible. Quien no la cumple, peca mortalmente. Quien cumple una parte y omite otra, ó el que la dilata sin fundado motivo, peca grave ó levemente segun la calidad ó cantidad de la penitencia, y descuido del penitente.

Aquí teneis, fieles mios, el espejo en que os habeis de mirar con detenimiento cuando os llegueis al santo sacramento de la Penitencia. Estas son las circunstancias que deben acompañar á vuestra confesion para que os sea fructuosa. El no hacerlo así seria confesarse, pero no alcanzar el perdon de los pecados. Segun esto, ¿qué diremos de aquellos que tratando de acercarse al Sacramento no dedican mas tiempo para hacer el exámen que como unos cuatro minutos, la víspera del dia en que se han de confesar, por lo comun de noche cuando se echan en la cama rindiéndolos muy luego el sueño; otros que no deputan mas tiempo que el breve intervalo que puestos en la iglesia ha de transcurrir, hasta llegar á los piés del confesor, con frecuentes distracciones en el templo y en su mente; y otros, en fin, que sin dedicar tiempo alguno se persuaden recordar todas sus culpas cuando estén ya en el confesonario? ¡Ay fieles, qué lástima, y qué error este tan perjudicial para sus almas! ¡Qué semejantes me parecen todos estos á Jonás, en la rebeldía del precepto que le impuso el Señor! Mandó Dios á este Profeta que fuese á Ninive, capital del imperio de los asirios, para anunciar á aquella gran ciudad que el Señor queria destruirla por sus maldades: pero ¿qué os parece que hizo? En vez de obedecer y ponerse á meditar el punto de su predicacion, huyó embarcándose en Jope para

la ciudad de Tarso en Cilicia. A muy luego por su causa suscitó Dios en el mar una tormenta terrible, y al paso que por el horror que infundia se pusieron á temblar los marineros, Jonás se hallaba en el navío tendido muy á la larga, durmiendo con un profundo sueño, como si con él nada fuera; hasta que el capitan lo despertó de mal aire, con el fin de que se pudiese en oracion como ellos, para que Dios los libertase de aquel peligro ¹.

Tienen todos los penitentes, y con especialidad los que hemos enunciado, obligacion precisa mandada por Dios, de dedicar mas tiempo que el que ellos emplean para pensar bien sus pecados, á fin de que ninguno se les quede por advertir; recordándolos todos para confesarlos, y así puedan asegurar la salvacion de su alma; pero ellos, rebeldes como Jonás, en vez de llenar cumplidamente este precepto, se echan á dormir á sueño suelto rebelándose á sus órdenes, llegándose temerariamente al confesonario sin detenida prevencion, sin poder confesarse bien por su culpa, y por consiguiente con inminente riesgo de su salvacion eterna.

Hay quienes llegan al santo sacramento de la Penitencia sin dolerse como deben de la ofensa tan horrible que irrogaron á Dios con el pecado. Acalorada su imaginacion con calentura mas fuerte y mas ardiente todavía que la que tenia postrada en una cama, sin muestras de levantarse, á la suegra de san Pedro, cuando la curó repentinamente Nuestro Señor Jesucristo ², los tiene postrados en el lecho de un profundo letargo: no advierten el yerro tan trascendental que cometen, cuando piensan alcanzar el perdón de sus pecados en el Sacramento y conseguir su salvacion obrando de un modo como este, que á nadie ha salvado ni puede salvar. Esta su presuncion merece ser comparada á la de Nabucodonosor y á la de Holofernes. Enviado este por aquel con poderosos ejércitos, para que arrojase todos los dioses de la tierra, hasta que él solo fuese venerado en toda ella, cuando Aquior jefe de los amonitas nombró con elogio á su presencia al Dios de Israel, en vez de tributar á este el homenaje de su respeto y postracion, trató á Aquior con desabrimiento, crueldad y orgullo, diciéndole: *Yo te haré ver que no hay mas Dios que Nabucodonosor* ³. No hay otro Dios que él. Sí: tal es la soberbia de aquellos penitentes, que debiendo creer es forzoso presentar á Dios el holocausto de un corazon humillado, contrito, quebrantado de dolor; que esto es lo que recibe con placer y aceptacion: que es lo

¹ Jonæ, I, 1-6. — ² *Socrus autem Simonis tenebatur magnis febribus.* (Luc. IV, 38). — ³ *Judith, III, 13; VI, 2.*

único que mueve al Señor á perdonar, y á dar vida y salvacion á las almas ; entran y salen indolentes del confesonario, no queriendo rendir á Dios este tan debido tributo, contemplándose como superiores al mismo Dios, á la manera de Nabucodonosor y Holofernes, llenos de un fuerte orgullo y una vana confianza. No : no alcanzarán el perdón, mientras no les traspase el corazon una espada de pesar. A todos los pecadores nos es preciso regar con lágrimas de dolor nuestro pecho, para quedar convertido en un altar, de donde suban al Señor los olores mas deleitables. A todos nos debe entristecer la horrible imágen de nuestras culpas, y á todos nos debe oprimir el dolor intensísimo de haber ofendido á un Señor infinitamente digno de ser amado.

Si de aquí pasamos al propósito, ¿qué calidades tiene el que forman algunos penitentes? ¿Es firme, universal y eficaz? Doloroso es decirlo ; pero la verdad no teme el aparecer en público. Semejantes son algunos en sus propósitos á los que formaba Faraon cuando precisado por las amenazas y avisos de Dios, intimados por Moisés para que diese libertad al pueblo de Israel, que lo tenia esclavizado en el Egipto, respondía siempre: sí : *Dimittam populum* ¹. Mañana lo dejaré en libertad. El día bien llegaba ; pero no la hora ni el momento en que lo resolviese de veras, y lo pusiese en ejecucion. Esto es puntualmente lo que acontece en estos penitentes. Le quitan á Faraon las palabras de la boca, respondiendo, sí : *Dimittam*. Mañana dejaré la amistad, el trato injusto, la blasfemia, el rencor. Jamás dicen que no quieren enmendarse, sino que se convertirán en lo sucesivo, desde mañana en adelante ; pero llega el día de mañana, el otro y el otro, transcurren los días, los meses y los años, y siempre los mismos : siempre enredados en sus pasiones, enlodados en el cieno de los mismos pecados, no siendo propósitos los que formaron en sus confesiones, sino veleidades y nada mas. ¡ Ay ciega indolencia, triste infelicidad ! Roguemos á Dios por estos pecadores, á fin de que les abra los ojos del entendimiento, para que conociendo el inminente riesgo que corren las vidas de sus almas, detesten sus culpas en sus confesiones ; para que no sean sumergidos en el infierno, como le sucedió á Faraon, formando un verdadero propósito que les dure hasta la muerte de no volver á cometerlas.

Y en la confesion ¿qué es lo que comunmente sucede? Hay quien confiesa sus culpas á tono de quien refiere, en vez de hacerlo como

¹ Exod. VIII, 8.

quien se acusa : mas bien haciendo el papel de historiador , que contemplándose reo de la Majestad divina. Unos se confiesan con dureza : otros con sequedad ; y hay tambien quien calla algunos pecados por embarazo y rubor. El respeto á tan venerable tribunal le llena de temor ; y la vergüenza en descubrir sus propias miserias le embaraza el uso libre de la lengua. A todos estos , condolido de su desgracia , me dirijo como Josué á Acan , diciéndoles las mismas palabras , y amonestándoles en los propios términos que lo hizo aquel con este , para estimularlo á que confesase si era cierto , como lo fue , de que habia hecho un robo sacrilego en la toma de Jericó. *Fili mi , da gloriam Domino Deo Israel , et confitere , atque indica mihi quid feceris , ne abscondas* ¹. Cristiano de mi corazon , tú , que vista la frialdad con que te confiesas reputas como una nonada un cúmulo de pecados horrorosos , advierte que ellos merecen mil infiernos : no es cosa de menos : por lo tanto , confiésalos con minuciosidad , con enternecimiento y compuncion. Feligrés de mi alma , que el rubor te impide el manifestar las culpas conforme las has cometido , *da gloriam Domino* , alaba y glorifica á nuestro Redentor Jesús que tuvo la inefable bondad , para bien tuyo y el de todos , de instituir la confesion para que en ella recibiésemos el perdon cumplido de todos nuestros delitos , por mas atroces y vergonzosos que fuesen , pero con la condicion de confesarlos todos , sin callar ninguno por vergüenza : por lo tanto , ¿ no es bien sensible que en donde pudieras hallar la vida , encuentres la seguridad de una eterna muerte ? *Fili mi... confitere... ne abscondas* : confiéstate , hijo mio : no celes ningun pecado : manifiéstalos todos al confesor : véncete , aunque sean tus pecados los mas horrorosos : aunque hayas pecado con tus padres y hermanos : aunque hayas cometido sodomías ó bestialidades : aunque seas un hereje ó un impio : aunque hubieras tenido tratos ó amancebamientos con el mismo demonio. *Fili mi... confitere... ne abscondas*. Por las culpas que callas por vergüenza , está tu alma llena de lepra y fealdad ; y por la presente justicia , sentenciada á un infierno horroroso. Si cambias de sistema , si te confiesas bien , se pondrá hermosísima como un Ángel ; pero si continúas con tu marcha de ocultacion , puedes temer con fundados motivos el que se ejecute en tí la sentencia de condenacion eterna. Mira , pues , lo que haces : yo te digo en esto lo que te conviene : hazlo , y te salvarás. *Ne abscondas*.

¹ Josue , vii , 19.

Por último, el resistirse á admitir la penitencia, ó no cumplirla en la forma que ordena el confesor, como algunos hacen, ¿qué indica? ¡Ah, cuán poco conocida tienen la gravedad del pecado y la ofensa tan grande irrogada á un Dios infinito! Si esto exactamente lo conocieran, sabrían que basta haber pecado una sola vez para llorar hasta la muerte. Bien lo conocia esto David, que lloró toda su vida el pecado que cometió en un momento: lloró todos los dias de su vida, como si en cada uno de ellos lo hubiera repetido. Esto es lo que han hecho siempre y en todo tiempo los verdaderos penitentes; y esto es lo que debemos hacer todos nosotros, como pecadores desalentos y envejecidos en las culpas. De otro modo, sobre ser personas llenas de maldad y de malicia, seríamos unos necios, como lo dice la sagrada Escritura que lo era Nabal Carmelo ¹. Jamás cesemos en la expiacion de nuestras culpas. Esto será lo que impulse á Dios nuestro Señor á que retire de nosotros los castigos de su justicia: esto será lo que nos exima de los horrores de un infierno, y lo que nos proporcione una felicidad sin fin en los palacios eternos de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña, por tantos pecados como hemos cometido contra Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, en lo interior de nuestra alma, bien compungido nuestro corazon:

¡Dulce y amable Jesús, mi Dios, mi vida y todo mi bien! Despues de haber criado mi alma, la redimísteis en el Calvario dándoos á Vos mismo por rescate, pasmándose los cielos y la tierra por una accion tan heroica, inaudita y admirable. No obstante esta fineza, he pecado una y muchas veces despues de recibido el Bautismo, y aun repetidas veces el sacramento de la Penitencia, que es lo mismo que arrojar la inmundicia del pecado sobre vuestra sangre misma sacrosanta.

¡Ah mi Dios y mi Señor! ¡cuántas y cuántas veces he vendido mi alma al demonio por un deleite momentáneo, por una criatura ridícula, por capricho y por pasion, sin contemplar que os ofendia! ¡cuántas prostituido mi corazon os he ultrajado con negras y repetidas ofensas! Pero ya dócil ahora á vuestras inspiraciones, agradecido á vuestros auxilios, os pido con el mayor encarecimiento, que

¹ 1 Reg. xxv, 3, 25.

si es preciso me saqueis, Dios mio, arrastrando de la culpa y de la ocasion ; arrastrando digo y por fuerza , aunque sea en pedazos , si no me aparto de otro modo : esto es lo que deseo no por mi interés , sí es que por vuestro divino amor ; yo detesto todos mis crímenes , no tan solo porque me pierden , sino porque os ofenden sobremanera , diciendo de todas veras que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE EPIFANÍA.

El uso que debe hacerse de las tribulaciones.

Domine, salva nos, perimus. (Matth. VIII, 25).

Señor, salvadnos, que vamos á perecer.

En la navegacion de esta vida experimenta el hombre tales tormentas y contratiempos, que fueran capaces de sumergirlo en lo profundo del abismo, si confiando presuntuosamente en sus fuerzas, no se acogiera á la seguridad que ofrece la asistencia del Señor. Sobre ser débil por naturaleza, tiene tres enemigos su alma, con los que siempre tiene que estar en lucha abierta y encarnizada. El mundo es un mar turbulento que agita al hombre sin cesar. Las tribulaciones que le acontecen, á no contemplarlas como enviadas por Dios, y tolerarlas con resignacion, le robarian la quietud del ánimo, lo desviarían del camino de la salud eterna, le hicieran perder el don precioso de la gracia, y sacudiendo con violentos embates la nave de su conciencia, pudieran ocasionarle su perdicion. ¿Qué hará, pues, cuando se vea agitado del infortunio, de la tribulacion, de la angustia, de la pérdida de sus intereses, de la enfermedad, y de tantos otros trabajos como acontecen en la vida? En el Evangelio (de hoy) tiene designada la marcha que debe seguir. Los Apóstoles le pueden servir de guia. Yendo estos embarcados con Jesucristo por la mar, se suscitó una tempestad tan furiosa, que se contemplaron perdidos: sus esfuerzos no eran bastantes á contrarestar la impetuosidad de las olas: la nave iba á sumergirse sin remedio: constituidos en tal aprieto apelaron al Remediador universal, que se hallaba allí descansando con un dulce sueño: recurrieron, digo, á Jesucristo, dirigiéndole sus ruegos en términos breves, pero eficaces: Señor (le dijeron), salvadnos, que perecemos. Esto solo bastó para que el Señor mandando con imperio á los vientos y á la mar, hiciese que cesando en su inquietud, calmasen repentinamente todas sus furias.

Quando el cristiano se ve combatido con alguna tribulacion, debe

recurrir con una gran confianza á este divino Salvador, invocándole fervorosamente de lo íntimo de su corazón, para que le conceda el mejor uso del infortunio que lo aqueja. En él encontrará el lenitivo de sus aflicciones : porque ó bien hará el Señor que cese la tribulación que le molesta, ó bien se la dulcificará de tal suerte, que en su sufrimiento halle una dulzura que lo consuele, y se le haga muy suave y llevadera. Unas aflicciones nos las remite Dios en castigo de nuestras culpas : otras para prueba de nuestra fidelidad ; pero tanto unas como otras debemos sufrirlas con paciencia, adorando siempre y bendiciendo la mano que nos las envía. De él depende nuestro alivio. Si nuestro corazón se dirige al dador de todos los bienes, en súplica de que se cumpla en nosotros su santísima voluntad, no habrá aflicción tan desesperada ni infortunio tan duro, en que no procure el Señor conferirnos el socorro proporcionado y el mas conveniente. Siempre que nuestra vista se dirija y se fije con seguridad en aquel punto, sometiendo nuestra voluntad al querer de Dios, seguro es que nos dispensará toda su ayuda, para que se suavicen todas las tribulaciones que nos asalten, de tal forma que nos sean muy llevaderas, y sobre todo saludables para nuestra alma ; sintiendo en ellas los influjos de su amor y paternal beneficencia. De esto os voy á hablar esta mañana, haciéndoos ver *el uso que debe hacerse de las tribulaciones*. Os suplico que mientras lo manifestare con el favor de Dios, me presteis vuestra atención.

Triste es la condicion del hombre en este mundo. Su vida, dice el santo Job, está llena de miserias, de defectos, de penalidades y tribulaciones. Por mas que se halle en la cumbre del poder y del honor, en la cima de una opulencia asombrosa, y su entendimiento abrigue el conocimiento de todas las ciencias, no está exento de trabajos : la calamidad es tan general que á todos comprende. *Repletur multis miseriis*¹. Bien podeis contemplar á un hombre en el apogeo de su engrandecimiento, á otro envuelto de numerosos placeres, á este envanecido con su saber, á aquel blasonando de su noble pro- sapia, que á unos y á otros, si estais en observacion atenta, los veréis agitados de inquietudes, acibarados sus gustos con amarguras, turbada su ciencia con sobresaltos, rebajado su orgullo con abatimientos, y molestados sus dias con frecuentes enfermedades. La vida del hombre no parece ser otra cosa que una muerte anticipada. Desde aquel triste momento en que nuestro primer padre Adán infrin-

¹ Job, xiv, 1.

gió el precepto tan sagrado que le impuso Dios en el paraíso, tomó la muerte posesion del hombre, enviando sobre él sus precursores, la enfermedad, el dolor, la pena, la amargura y la tribulacion, de modo que por aquella desobediencia quedó hecho un depósito de infelicitades, siendo aquella culpa un fecundo y funesto manantial de aflicciones y trabajos. Aumentada despues la malicia del hombre y añadiendo pecados sobre pecados, fueron creciendo tambien sucesivamente con rápidos progresos sus desgracias. Sí: toda nuestra vida no es mas que un tejido de tribulaciones y un cúmulo de miserias. *Repletur multis miseriis*. Esta herencia se nos transmite por generacion. Este patrimonio nos acompaña desde nuestro nacimiento hasta la muerte.

Mas ¿quién lo creyera? Este acervo de miserias y de tribulaciones que nos acompaña sin cesar es un talento que, bien negociado, podemos con él acarrearlos la estimacion de Dios. Es un tesoro escondido, con el que podemos comprar, por decirlo así, la gloria celestial. Todo consiste en saber negociar con él. El hombre es un delincuente ante Dios de innumerables desatenciones y delitos: por esta razon el Señor le depara en la carrera de su vida, y lo entrega á varias penalidades, hasta el momento en que le sobreviene la muerte, justo estipendio del pecado. *Stipendia peccati mors* ¹. Una verdad como esta, capaz de entristecernos y desconsolarnos, nos la dulcifica nuestra sagrada Religion cuando nos enseña que cuantas tribulaciones nos ocurran en la vida, al paso que son castigos de la justicia de Dios, son tambien efectos de la divina misericordia, las que recibíéndolas de buen grado y sufriendolas con paciencia y buena conformidad, pueden elevarnos á una altura muy agradable á los ojos del Señor. Sí: la Religion nos dice que las tribulaciones no son siempre efectos del enojo de Dios, antes lo son muchas veces prueba evidente del amor que profesa á los mortales. ¿Cuántas veces ha sucedido y sucede que el Señor trata con dureza y amargura á siervos suyos, atribulándolos con la pérdida de la hacienda, con el quebranto de la salud, permitiendo los tiros envenenados de la calumnia, padeciendo con ellos notablemente su honra, para probar su sufrimiento, para que den testimonio de su resignada humillacion, y concederles el premio á medida de su fidelidad?

Esto se vió verificado en un Job, servidor fiel y constante de su divina Majestad. Atropelladamente vinieron á descargar sobre él un

¹ Rom. vi, 23.

número tal de tribulaciones, cual no sufrió jamás otra criatura. En un solo día perdió muchos bienes y toda su familia, el fuego del cielo abrasó la mayor parte de sus ganados, los ladrones le robaron lo demás, un viento impetuoso aplanó la casa donde estaban sus hijos quedando sepultados en sus ruinas. Despues se vió cubierto de llagas y de podre, hasta llegar al extremo de tener que raerse la materia con un casco de teja, tendido en un muladar, y en un estado como este tan digno de lástima, ultrajado y escarnecido de su propia mujer y de sus amigos. ¡Qué pérdidas estas, fieles mios, qué enfermedades, qué desprecios, qué tribulaciones! Empero en este combate se estrecha mayormente con Dios, le sacrifica su corazon, canta sus divinas alabanzas y bendice sus misericordias. Emplea Tobías su vida en oraciones, limosnas y obras de piedad, especialmente dando sepultura á los difuntos, y luego se concita contra él Senaquerib hasta mandar quitarle la vida. Continúa este justo constantemente unos ejercicios tan piadosos, y cuando parece debia prometerse las recompensas del Señor, un poco de estiércol que cae en sus ojos lo deja ciego. En el antiguo José se observa una série funesta de persecuciones y molestias: le odian sus hermanos, intentan matarle, lo venden por último, su dueña le imputa un crimen vergonzoso y horrendo, por cuyo motivo lo ponen en la cárcel con exposicion de su vida. ¿Veis aquí tribulacion sobre tribulacion? Sí: pero advertid igualmente que esta es la conducta que Dios observa con sus amigos, como lo eran Job, Tobías y José. ¿Qué os diré de un san Pablo? Fueron tantas y tan diversas las tribulaciones que le molestaron, que miraba su vida con tedio y la muerte como ganancia. Además de las incesantes fatigas de su ministerio apostólico, que no le permitian descansar un solo momento, sufrió cárceles, azotes, heridas, naufragios, atropellos y continuos peligros de muerte. Las tribulaciones le asaltaban en poblado y en desierto, en la tierra y en el mar, en los pueblos y en las ciudades. Y ¿qué uso hacia el Apóstol de las gentes de este tropel de infortunios? ¡Ah! él se gloriaba en ellos; porque sabia muy bien que la tribulacion prueba la paciencia; esta descubre nuestra fidelidad; la fidelidad nos radica en la esperanza, y la esperanza mueve la beneficencia de Dios á derramar en nuestros corazones su caridad.

Ved aquí, fieles mios, cuán probadas fueron estas almas justas, y cuán admirables á los ojos de Dios: no precisamente por las tribulaciones que les aquejaron, sino por el buen uso que hicieron de ellas. Nosotros no creamos que con solo padecer está conseguido el

agrado del Señor, no : es necesario además de esto, dice el Príncipe de los Apóstoles, padecer como cristianos, y glorificar á Dios en todas nuestras penas y aflicciones ¹. Al experimentar alguna tribulacion de tantas como acontecen en el mundo, cuando nos veamos motejados por la satírica murmuracion, ajados por una negra calumnia, combatidos por una persecucion injusta, privados de nuestros bienes por el robo ó el atropello, talados nuestros frutos por el granizo, postrados en una cama á la violencia de una grave enfermedad, no fijemos precisamente la consideracion en estos trabajos : esto seria hacer lo que el pueblo de Israel cuando recibia los golpes con que le castigaba el Señor por sus negras ingratitudes y reiteradas rebeldías, que se volvia contra el azote que lo vejaba, sin atender mas bien á la mano que lo dirigia ². Como todas las tribulaciones nos afligen por ordenacion de Dios; como él es el que dispone ó permite todas nuestras desgracias, es forzoso reconocer la mano omnipotente que las remite, acudiendo á este Señor en todo acontecimiento ó circunstancia triste, conformando nuestra voluntad con la suya, humillados rendidamente á su soberanía ³. Toda persona atribulada debe abrir los ojos de la fe; y contemplar que ó Dios descarga sus golpes sobre ella en pena de sus enormes crímenes, ó tal vez para probarla con la afliccion; pretendiendo acaso alcanzar con el rigor de las tribulaciones lo que no pudo conseguir por medio de amorosos avisos y llamamientos tiernos.

¿ Cuántas veces sucede que un hombre es tan duro de corazón, que jamás socorre á los pobres con una limosna, porque no sabe lo que es el tener hambre, y metido en una empresa ó negociacion pierde en un día, por disponerlo Dios así, toda su fortuna, sin conocer hasta entonces lo que es padecer necesidades? ¿ Cuántas una joven idólatra de su hermosura se complace en ser un lazo en que se enrede la juventud, y jamás le ocurre el bendecir á Dios por aquella cualidad que la concedió, hasta que un mal grano por ordenacion divina le quita de su cara todos los lineamentos primeros y se los cambia en otros de fealdad? ¿ Cuántas veces un pueblo entero vive desviado de la senda de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, implicados sus vecinos en el uso de malas palabras, en el quebranto de la santificacion de los dias festivos, en la odiosidad de unos contra otros, en la ejecucion de continuos escándalos, en el desprecio de la Religion, sin abrir los ojos para advertir su mala

¹ I Petr. iv, 15, 16. — ² Isai. ix, 13. — ³ I Petr. v, 6.

conducta y procurar agradar á Dios, hasta que este Señor omnipotente, cansado ya de sus abominaciones, les envia una enfermedad ó sequía, ó bien dando orden á los vientos y á las tempestades para que impeliendo una mala nube les arrase con una piedra horrorosa cuantos frutos contienen sus huertas y sus campos? Sí: entonces es cuando todos sus moradores reconociendo la mano de Dios que los hiere con dureza levantan sus ojos al cielo, su corazon á lo alto y sus ruegos á la Divinidad, para que se apiade de su miseria, prometiendo su enmienda para en adelante, detestando todos sus desvíos pasados, y rogándole con el mayor fervor les dé el consuelo que necesitan en aquella terrible tribulacion; conociendo bien á las claras que en su mano está la muerte y la vida; que él es quien reparte la prosperidad y la pobreza; el que envia ó permite la tribulacion, y el que cuando quiere la desvanece.

Por último: la salud es un grande beneficio que Dios concede al hombre y que no está obligado á darle: para muchos es un don del que abusan en extremo: la salud para ellos está llena de peligros, inclinándolos á las diversiones, al goce de los apetitos de la concupiscencia y á la satisfaccion de sus pasiones brutales; en vez de hacer servir los miembros de su cuerpo para su propia santificacion, los emplean en ofender á Dios. La salud mas completa en algunos no es para ellos otra cosa que una calentura ardorosa que los enciende y devora, y una especie de locura que les hace cometer los mayores excesos. Constituidos en este estado, no se acuerdan de Dios mas que para agraviarle: no piensan en la salvacion de su alma; yacen dormidos para todo lo bueno en un profundo letargo. Bien podia el Señor arrojar precipitadamente en el infierno á estos malos servidores; pero como mas inclinado á la misericordia que á la justicia, ¿qué hace? Les avisa con la remision de una tribulacion, les envia una enfermedad privándolos de la salud de que tan indignamente abusaron, reduciéndolos á una postracion triste, á una suma debilidad, y entonces es cuando advierten lo criminales que fueron en haber empleado y hecho servir la sanidad de su cuerpo y la robustez de sus miembros en desagradar al Señor; debiendo emplearlo todo en ejecutar buenas obras, en penitenciar sus culpas y en adelantar en el camino de la virtud, que es el que conduce al cielo. Postrados en una cama, entonces es cuando conocen la soberanía de Dios; entonces es cuando dicen en el corazon á imitacion de Job: Esta enfermedad que padezco, estos dolores que me mortifican, estas penas que me afligen, esta tribulacion que me ha venido, ha sido

por disposicion de Dios : él ha hecho en mí lo que tuvo á bien él hacer ; bendito sea su nombre para siempre. *Sicut Domino placuit, ita factum est : sit nomen Domini benedictum* ¹. Entonces bien compungidos y conformados con la voluntad de Dios, dicen á la manera del sacerdote Helí : Ahora conozco el orgullo que me dominaba, la vanidad de que estaba poseido, lo mal que obraba en mis acciones, el poco caso que hacia de las cosas santas, y el menosprecio de todo cuanto me interesaba para alcanzar el cielo : sea bien venida esta tribulacion ; ella me ha abierto los ojos para que considere lo poco que valgo, y que no soy mas que miseria. ¡ Ah Dios mio ! Vos me la habeis enviado : yo la acepto como un don precioso : haced de mí lo que sea de vuestro gusto. *Dominus est : quod bonum est in oculis suis faciat* ².

Esto es, fieles míos, lo que hace Dios para despertar á las almas dormidas en el sueño del olvido y de la perdicion ; y esto es lo que hacen las personas que conocen que Dios les envia ó permite las tribulaciones que les suceden ; ó por lo menos esto es lo que deben hacer. El no recibir con buena aceptacion los trabajos, no conformar nuestra voluntad con la del Señor en nuestros padecimientos, lamentarse de su dureza, no sobrellevarlos con paciencia hasta el fin, seria hacer un uso pésimo, que en vez de producirnos los consuelos mas sensibles ; nos abrumarian mas y mas perdiendo el mérito de alcanzar el cielo. Nuestra tolerancia debe ser sufrida, la resignacion íntegra y la paciencia completa. ¿ De qué le serviria á un cristiano el llevar con suma incomodidad su pobreza, ó sufrir pacientemente por algun tiempo la enfermedad de que se hallare combatido, si no la toleraba con resignacion hasta su término ? ¿ Qué esperanza podria tener de conseguir el cielo por el camino de las tribulaciones, si este viaje lo hiciese con desazon, quejándose amargamente de sus penalidades, mirándolas como carga fejudá, insupportable, que no merecia él, ó indigna de la bondad de Dios ? Portándose de este modo, ya podia figurarse que en sus oidos resonaban aquellas tan terribles palabras que escribió la mano del Señor contra el rey Baltasar en la pared del salon, frente á donde se hallaba cenando : *Appensus es in stalera, et inventus es minus habens* ³. He pesado en la balanza de mi soberano juicio todos tus padecimientos ; la pobreza que has experimentado, la calumnia que has sufrido, las murmuraciones de que has sido blanco, y las enfermedades

¹ Job, 1, 21. — ² I Reg. III, 18. — ³ Dan. v, 27.

que te han postrado en una cama ; todo lo he tenido en cuenta ; pero como nada se puede ocultar á mis divinos ojos , he visto tambien que en tu pobreza has tenido ratos de irritacion : en las murmuraciones y calumnias deseos de venganza : en las enfermedades poca conformidad en mi querer ; y en todas tus tribulaciones ninguna resignacion á mi santísima voluntad : por lo tanto te encuentro falto de mérito para que ingreses en la posesion de mi gloria. En mi reino no entra nadie que no haya pasado por el crisol de muchas tribulaciones , y estas sufridas todas con la mayor paciencia. Yo padecí tambien para tomar posesion de él ¹. El que haya allí de acompañarme , debe seguir mis dolorosas y sufridas huellas. Tú no lo has hecho de este modo : *Appensus es in statera, et inventus es minus habens*. Pues no hay gloria para tí.

Ved el paradero ó el fin del mal uso de las tribulaciones. Este es un campo dilatado, donde se puede perder y ganar mucho. Trabajando bien en él podréis coger abundancia de frutos. Ordenad, pues, reclamente todas vuestras obras. ¿Qué importa, fieles míos, el ser pobres, despreciados, perseguidos, y experimentar enfermedades, si estos trabajos con todas sus amarguras, tolerándolos con paciencia y considerándolos como enviados por Dios, nos conducen seguramente al descanso dichoso, á la morada de la felicidad eterna, á la posesion de una gloria inmortal? Vengan, pues, sobre nosotros trabajos, puesto que sabemos que este es el camino que guia á la feliz bienaventuranza, á que debemos aspirar con todos los deseos de nuestro corazon. Esta se nos da de aumento por la infinita misericordia de nuestro Dios ; ya que habiéndole ofendido infinitas veces, en lugar de remunerarnos con el paraíso, merecíamos que sin mas consideracion nos arrojase repentinamente á los infiernos. Vengan sobre nosotros el mar con sus furiosas olas, los montes con todo su enorme peso, las calumnias mas atroces con toda su infamia, las enfermedades mas agudas con todos sus dolores, y hasta la muerte misma con todo su horror. Suframós todas estas tribulaciones con paciencia, con resignacion y exacta conformidad con la voluntad de Dios. Este será el mejor uso que podamos hacer de ellas. Supliquémosle al Señor que nos lastime en este mundo, disponiendo á su voluntad de nuestras vidas y haciendas, con tal que saquemos ganancia para la eternidad ; así nos podemos prometer que apiadado de nuestra débil naturaleza nos conforte en las tribulaciones, y su-

¹ Luc. xxiv, 46.

fríendolas pacientemente y con agradecimiento nos alcancen una corona en el cielo. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por tantas ofensas como hemos cometido **contra Dios** en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este **sagrario**, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole bien compungido nuestro corazon :

¡Dulcísimo Señor, mi Redentor y mi Dios! me veo sobrecogido de un justo temblor cuando vuelvo los ojos á mi vida pasada, porque al examinarla con **detencion** y exactitud, no hallo en ella sino una **série** continuada de culpas; siendo mi vida toda delincuente, lo ha sido por lo tanto de condenacion. ¿Y no ha de servir la consideracion de un estado tan triste y lastimoso para romper por lo menos la rebeldía de mi corazon? La desgracia en que he incurrido por mis ofensas ¿no ha de excitar en mí el mas vivo arrepentimiento? El horror de los castigos **eternos** ¿no me ha de retraer del pecado?

Sí, dulce Jesús mio. Ya vuelvo sobre mí. **Ingrato** y por tantas veces rebelde, ya retiro los piés del camino del infierno que seguia y á donde me iba á precipitar. Así evitaré los castigos que he merecido, y podré recobrar nuevamente los bienes de la gracia que perdí, y de los que merecia ser privado por toda la eternidad. ¡Oh bienes perdidos! ¡oh culpas ejecutadas! ¡Quién pudiera borrarlas ahora con lágrimas de sangre! Pero ya que esto no consiga, las lloraré por lo menos con lágrimas de amargura y del mas profundo sentimiento, diciendo con el corazon rasgado de dolor, que *me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido*: misericordia, Señor: misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE EPIFANÍA.

La gravedad del escándalo, y los castigos de los escandalosos.

Domine, nonne bonum semen seminasti in agro tuo? Unde ergo habet zizania? Et ait illis: Inimicus homo hoc fecit. (Matth. XIII, 27, 28).

Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Cómo es, pues, que tiene zizaña? Y les respondió: Esto lo hizo el hombre enemigo.

Cuando llegada la plenitud de los tiempos apareció en la tierra nuestro adorable Redentor en cumplimiento de la mision de su eterno Padre, se dejó ver en ella como una luz brillantísima que venia á iluminar al mundo todo, y á desterrar de él las tinieblas en que se hallaban envueltos los mortales. El hombre habia perdido la luz en el paraíso terrenal, cayendo en las oscuras tinieblas del error por la desobediencia y rebeldía que mostró contra Dios, quebrantando con desprecio y ultraje el precepto único que le impuso. Desde entonces andaba ciego, vacilante y confuso sin saber dirigir sus pasos, y cayendo en cada uno en lamentables precipicios: apareció esta luz soberana, y en fuerza de su claridad pudieron ya distinguir sus ojos los peligros de sus errores. Apareció enseñando el camino seguro para la vida eterna, libre de tropiezos y allanados todos los escollos en que pudieran caer los vivientes. Apareció anunciando la verdad, como que era el Maestro prometido al mundo para que le enseñase la ciencia de lo alto: porque siendo como era Hijo de Dios, habitando en el seno de su eterno Padre, comunicando en sus mas íntimos secretos, solo él podia ser testigo de las verdades eternas. Los hombres nada podian saber de estas verdades tan sublimes á no enseñárselas él. Esta doctrina celestial es la que vino á anunciar: esta la que inoculó en el mundo á fuerza de desvelos é incesantes fatigas. Él fue el divino labrador ó sea el Padre de familias de que nos habla el Evangelio (de hoy), que sembró la buena simiente de su doctrina en el campo del universo, para que produjese el precioso grano de la perfeccion.

Pero, ¿quién pudiera persuadirse, fieles mios, de que hubiera quien intentara apagar esta luz tan soberana que brilla á nuestra vista con resplandores brillantes, desviar del camino recto, desvirtuar esta doctrina, y sembrar zizaña en el campo de este Padre de familias? ¡Ojalá no fuera así! Pero lo sensible es, que no falta quien haciendo las veces del demonio se esfuerza en inutilizar la venida del Salvador al mundo, sus continuos desvelos, su ferviente predicacion y redencion copiosa. Este es el *hombre enemigo* que dice el Evangelio (de este día), *inimicus homo*: este es el escandaloso, que no contento con cerrar él los ojos á la divina luz, abandonar el camino que le trazó el Salvador, no hacer caso de la celestial doctrina que le anunció por su boca, se adelanta á propagar en otros estos malos sentimientos, esforzándose en sembrar en el campo de la Iglesia esta mala zizaña, y complaciéndose en robar y perder las almas que Jesucristo redimió con su preciosísima sangre, y que por lo mismo aprecia sobremanera. Veamos, pues, si podemos atajar este mal, contener á este *hombre enemigo* y á cuantos le imiten, haciéndoles ver á todos *la gravedad del escándalo y los castigos de los escandalosos*. Esto es lo que me he propuesto demostraros esta mañana. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

¡Cuán digna de lástima es la marcha de todo pecador que, como otro hijo pródigo que abandonó la casa de su padre, se aparta de Dios por los pecados con que le ofende! ¡Cuán digna de llorarse es esta su infelicidad y miseria si bien lo contemplamos! Separado de Dios, ¿á quién recurrirá para que le ampare y favorezca? Huyendo de la luz, ¿quién es el que le alumbra? Apartado del camino de la vida y de la salvacion, ¿cómo piensa vivir y no perecer? ¿Quién no llorará la desventura de este infeliz al verlo abandonar á Dios, de quien podia esperar el completo de todos los bienes terrenos y celestiales, y emprender con plena deliberacion y advertencia una senda llena toda de desvíos, de asperezas y que conduce á la perdicion? ¿Al verlo despreciar aquella fuente de aguas vivas, claras y saludables, y contemplarlo bebiendo con afan en un depósito de aguas detenidas, turbias y dañosas? ¿Al verlo alejado de la amistad de Dios, como si en ella no pudiera encontrar alegría, quietud ni bien alguno, entablando familiaridad con el demonio, como si este pudiera darle y constituirlo en altura mas dichosa? ¿Dejando un bien seguro de positivas utilidades, y abrazar el aparente de la vanidad y la nada? Privado este infeliz de la luz de la gracia divina que le alumbraba, camina en sus desórdenes sin concierto y sin reparo, arrojándose

como Jonás en un piélago de desdichas, sin advertir ni menos conocer cuál será el fin de su carrera. Sí : esta es la infelicidad que le acompaña á todo pecador que ofende á Dios gravemente ; pero es todavía mayor la del escandaloso que no contento con hallarse en estado tal de perdicion, gusta y se adelanta á inocular sus falsas ideas en el entendimiento de otras personas ; se esfuerza en corromper sus corazones, en que se pierdan sus almas, procurando arruinarlas con sus palabras, con sus obras ú omisiones, semejante á Lucifer, el que tan luego como fue criado concibió el arrogante pensamiento de ensalzarse hasta el mismo trono del Omnipotente, y aun igualarse con él, arrastrando al consentimiento de este pecado infame á un número considerable de espíritus celestiales con el escándalo que les dió. Penetrando el pecado en todos los senos del corazon del escandaloso, empapado en malicia, no se satisface con la ruina de su alma ; quiere arruinar otras á la manera del demonio, que ya que perdió su dicha, y por su propia culpa se labró la condenacion eterna, todo su conato lo refunde en tener compañeros de su perdicion, en arrastrar almas al infierno para que sean compañeras de sus infelicidades y tormentos. Ofendiendo á Dios mortalmente el pecador, se hizo á sí mismo un daño de inmensa consideracion y trascendencia ; se traspasó con una espada cruel, y abrió en su alma con sus propias manos llagas incurables ; pero no contento con esto el escandaloso, se arroja con una asombrosa temeridad á comunicar este infortunio á su prójimo, traspasándole su alma con la espada de su escándalo para que entre á morar en el estado desdichado de la culpa, arrancándola de la morada de la vida.

Sí, fieles mios : esto es lo que hacen todos los escandalosos cuando no satisfechos con vivir en un estado de perdicion propia, se adelantan á transfundir su malicia y el veneno de su maldad en el corazon de otras personas por medio del escándalo que las dan. Este es aquel pecado del que nos dan una idea triste las santas Escrituras. Este del que se lamentó con ayes lastimosos nuestro soberano Jesús. ¿ Quién no se estremecerá con todos sus miembros al oir hablar á Jesucristo en un tono tan sentido de este infame pecado ? ¡ Ay del mundo por causa de sus escándalos, dijo y repite cotidianamente ! *Vae mundo à scandalis* ¹ ! ¡ Ay del mundo ! porque siempre hay personas en él que no contentas con ofenderme en secreto, como si yo no penetrara los senos mas ocultos del abismo, como si no re-

¹ *Math. xviii, 7.*

gistrara todos los siglos con una sola mirada, como si no me fueran patentes á la clara luz las conciencias de todos los vivientes, como si á mi me pudieran ocultar la accion menos importante, la mas mínima palabra ó el mas ligero pensamiento, como si no me fueran enormemente ofensivas estas culpas, se ven tan inclinadas al mal y á tal grado llega su malicia, que no solo me agravian con los pecados que cometen á solas y en secreto, sí es que se adelantan á cometerlos hasta en público, y delante de otros á quienes dan escándalo: *Necesse est enim ut veniant scandala*. Yo bien veo que considerado el estado en que se halla hoy dia el mundo, atendido el desórden que en él reina, rotos los diques de la obediencia á mi santísima ley, generalizado el mal por toda la tierra, abatida la virtud y triunfante el vicio, desbordadas las pasiones y los pecados sin freno, estando el mundo, en una palabra, tan corrompido como está, es consecuencia forzosa que en él ocurran escándalos de toda especie y no pequeños; pero ¡infeliz y desdichado de aquel que los ejecutare! *Verumtamen vix homini illi per quem scandalum venit!* ¡Cuánto mejor le fuera no haber nacido! Mucho mas ventajoso le seria, el que atándosele una rueda de molino al cuello, se le echase al fondo del mar en este estado, que escandalizar al mas mínimo de los fieles; para que de este modo, ni vivo ni muerto fuese ya visto de ninguno de los mortales. Así él sobo pereciera; lo que con sus escándalos hace que perezcan tambien otras almas, por las que bajé del cielo á la tierra, y por quienes derramé en una cruz mi preciosísima sangre, á fin de que pudieran conseguir su eterna salvacion.

Así habla, fieles mios, Jesucristo en el Evangelio, sin que nos deba causar admiracion de que el Salvador prorumpiese en lamentaciones tan tristes hablando de este pecado; porque es tan enorme su gravedad, que el ingenio humano no puede representarla con dignos colores, ni mucho menos apear su trascendencia. Para llegar á fondear esta en su totalidad, es forzoso esperar al último dia de los tiempos, en que ilustradas nuestras conciencias por virtud divina, conocerémos lo que es este pecado, el fondo de su malicia, sus ramificaciones, sus fatales consecuencias y su inmenso reato. Todo él es un fuego abrasador y horroroso que causa incendios inextinguibles. Y á la verdad, ¿cuántas veces sucede que una palabra maliciosa, á manera de una chispa enciende el corazon del que la oye: de este se comunica á otro; de este á aquel, y así sucesivamente, hasta que levanta en la vecindad un incendio tremendo que todo lo consume? Una conversacion deshonesta ¿qué estragos no puede

causar en las almas sencillas é inocentes? ¿Cuántas de estas servirán á Dios por muchos años, y aun hasta el fin de su vida, á no ser por un escandaloso que descaradamente y con mano osada arrancó el velo á su inocencia, y con su conversacion infiltró en sus corazones un mortífero veneno que ocasionó la perdicion de sus cuerpos y de sus almas? Sí: las conversaciones escandalosas como tan malas corrompen las buenas costumbres, dice el Apóstol: *Corrumpunt bonos mores colloquia mala* ¹. Y si esto hacen las palabras, ¿qué serán las acciones? ¿Quién podrá explicar de un modo digno la infamia de los perversos escandalosos, cuando con sus acciones arrojan el proyectil de la gangrena en el corazon de otras personas, para que ella las corroa, las devore, y perezcan infelizmente? Si Jeremías se lamentaba con un sumo desconsuelo, con gemidos tristes y ayes lastimosos, de que una gente vil y despreciable se hubiera apoderado de Jerusalem, y sentado en ella el trono de su imperio, si lloraba inconsolable al ver que aquella ciudad santa, elegida por Dios con preferencia, donde habia colocado su templo, su ley, sus sacrificios y sacerdotes, viniese á caer en la dura esclavitud de unos reyes bárbaros, idólatras y esclavos del demonio, ¿cuánto mas digna de lágrimas debe ser para nosotros la desgraciada suerte de una alma, que siendo la ciudad santa edificada por las mismas manos del Omnipotente, su templo escogido, mas honrado y distinguido con los dones de su infinita liberalidad que el de Jerusalem, venga á caer en la esclavitud del demonio, padre de la ignominia y príncipe del abismo, y esto por el escándalo que le dió una persona? ¿Qué persona es, pues, esta tan infame y tan diabólica, que en vez de cuidar de la vida espiritual del prójimo como el Señor nos lo encarga á todos ², en fuerza de que todos formamos un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, se complace en labrarle su ruina?

¡Cuán sensible es, fieles mios, el que no se forme el conveniente reparo en ocasionar estas ruinas espirituales! Hay personas que no quitarian nada á nadie aunque se murieran de hambre, y estas mismas tendrán á gala en una concurrencia de robar á Dios el honor, su majestad y soberanía, hablando mal de sus divinos atributos, vilipendiando la Religion y mofándose con descaro de lo mas santo, escandalizando así á todos los concurrentes. Habrá quien sea cuidadoso de la observancia de los dias festivos, y este mismo se arrojará con la mayor serenidad á mentir y jurar en falso, interrogado

¹ I Cor. xv, 33. — ² Eccli. xvii, 12.

legítimamente por un juez, escandalizando á todos cuantos saben de cierto que no dijo la verdad, con el horror que infunde una culpa que para decorarla se atreve el falsario á reclamar é interponer á Dios por testigo de lo que dice. Habrá quien no juraria en falso aunque le importara la vida, y este mismo no formará reparo en vivir enredado en una amistad pública, ó en un concubinato con el que escandalice á todos los habitantes de... un pueblo. Habrá escandalosos que repararian muy mucho en atropellar á un niño ó una niña que se hallasen todavía en la edad pueril; y tendrán muy poco inconveniente en pronunciar á su presencia palabras maliciosas que tiendan á abrir en ellos la malicia, ó lo que es algo peor, á ejecutar á su vista acciones indecorosas; ó precisarlos á que las cometan; abriendo en sus corazones la puerta al pecado mortal, y constituirlos así en un tan miserable estado en que pueden perecer eternamente. Habrá un jóven que, amante de sus amigos, no le daria á un compañero suyo una puñalada por muy grande que fuese la ofensa ó el perjuicio que le hiciese; y este mismo no formará reparo en llevarlo á un local donde se hallan otros jóvenes ocupados y aun ciegos en el juego, los que á la menor jugada arrojan porvidas al santísimo nombre de Dios, al de su santísima Madre y de los Santos, blasfemando á cada paso, prostituyendo y renegando hasta de la sacrosanta fe que profesaron en el bautismo. No queriendo darle una puñalada, menos le quitaria la vida; y este, que se guardaria tanto de ello, importunándole lo conducirá sin inconveniente y con el mayor gusto á una casa de perdicion para que allí se despoje de la estola de la divina gracia con que iba adornado, y perezca su alma con un pecado torpe, que ambos cometen con persona de otro sexo, sirviéndole aquel de guia, de maestro y autor de la muerte de su alma.

Si entre vosotros hay quienes opinen y obren de este modo, ¿qué error es este, fieles mios, tan craso y tan nocivo el que os acompaña: *O insensati, quis vos fascinavit* ¹? os diré como les decia el Apóstol san Pablo á los de Galacia. Insensatos é infelices, ¿quién os ha enseñado esta doctrina? ¿Dónde habeis aprendido como saludable este modo de proceder, profesando una regla tan santa y tan completa en todas sus partes como es el Cristianismo? Pues qué, ¿importan por ventura mas los gustos y los intereses de la tierra que los del cielo? ¿Os basta observar un mandamiento y conculcar con

¹ Galat. III, 1.

desprecio todos los otros? La pérdida de las temporalidades ¿importa mas que la de los bienes y riquezas del empíreo? La aniquilacion del cuerpo ¿es mas sensible en vuestro juicio, que la muerte que ocasiona vuestro escándalo en muchas, y aunque solo sea en una alma? ¡Ay Dios mio, qué equivocacion tan fatal fuera la vuestra si así os lo persuadiérais! La preciosidad de una sola alma supera á todo lo terreno por mucho que se le suponga; aventaja á todo lo corporal por muy interesante que se crea, y excede en precio y en la estimacion de Dios á todas las temporalidades de este mundo. Si no dais crédito á mi palabra, os ruego que deis crédito á la de Jesucristo. Mas ¿qué es lo que digo? Obligacion teneis de creerlo; puesto que, por un efecto de su divina misericordia, haceis profesion de su doctrina. Oid, pues, lo que nos dice por san Mateo: *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua*¹? ¿De qué sirve todo lo mas rico y precioso que hay en el mundo para la riqueza y preciosidad de una sola alma? Bien podeis concebir allá en vuestra imaginacion todo cuanto halague vuestros deseos por su hermosura y valor, que todo es feo y despreciable respecto de los quilates de mérito que lleva consigo una alma. Así es (continúa hablando el Salvador) que la pérdida de cuanto hay en el mundo no tiene la mas mínima comparacion con la pérdida de una alma. Bien puede hallarse una persona en medio de la posesion pacífica y el goce de cuanto contiene todo el universo. ¿Veis que haciendo esta suposicion, no puede ya en la tierra llegar á mayor dicha? Pues, ved aquí á esta persona que será la mas infeliz si por desgracia llega á perder su alma: no habrá cosa que pueda sustituir su pérdida, porque no hay nada que la pueda recompensar. La ruina de su alma seria la mayor de las desdichas. Esta fuera la mayor infelicidad que le pudiera acontecer y que jamás podria reparar.

Tanto vale tu alma, cristiano que me oyes; y tanta es la estimacion de la de tu prójimo. ¿En dónde hallarás un equivalente que te indemnice de la pérdida de tu propia alma, y con qué satisfacerás la ruina de la ajena? Si tú no podrás corresponder adecuadamente por la tuya, ¿cómo corresponderás por la de tu prójimo? ¡Ah, qué castigos tan terribles te aguardan por tan horribles crímenes! Bien lo significó esto el Salvador cuando lamentándose del escandaloso,

¹ Matth. xvi, 26.

dijo, como ya oíste, que mejor le fuera el ser arrojado al mar con un raejo de molino atado al cuello. Mucho mas lo declaró, por manera que lo vemos prácticamente demostrado en aquella misteriosa parábola que tambien fue objeto de su predicacion, de aquel hombre desatento que entró en el convite real sin vestido decente, roto y desaseado, al que viéndole el rey de este modo con escándalo de los demás convidados, mandó que lo atasen sin detencion de piés y manos, y en esta postura tan penosa, que lo arrojasen á la estancia de las tinieblas exteriores; para que así aquel hombre escandaloso no fuese visto jamás de viviente alguno ¹. San Pablo, intérprete el mas fiel de los sentimientos y doctrina de Jesús, teniendo noticia de ciertos escandalosos que habia en la cristiandad de Corinto, no vaciló en decir que interesaba muy mucho sacarlos de la compañía de los fieles, y aun de esta vida, para que con su mal ejemplo no pervirtiesen á los demás ². Y á sucederte á tí, cristiano, cosa igual por tus escándalos, ¿te figuras tú que quedará Dios enteramente satisfecho, de modo que ahí termine tu solvencia? No, infeliz, no: aun te resta que padecer y expiar mas y mas; lo que te voy á hacer ver, aunque con bastante sentimiento mio, nada menos que con palabras del mismo Dios.

Segun esto, hombre ó mujer, jóven ó anciano, amo ó criado, rico ó indigente, tú que tan corroído y depravado tienes el corazon, que difundes ó has difundido la maldad en otras personas no satisfecho todavía con el daño que te motivabas á tí propio con el pecado, que tu objeto ha sido el arruinar á otras almas sin bastarte el perder la tuya, y sin que te haya detenido la alta estimacion en que las tiene el Señor, á quien tanto costó el redimir las despues de haberlas criado, ¿qué loco furor se ha apoderado de tu corazon, que así desprecias y tienes tan en poco una joya que tanto vale, una prenda que el Autor de la vida dió la suya propia porque no se perdiera? ¡Ay infeliz, ya puedes empezar á temblar con todos tus miembros con muy fundados motivos, al saber que el Señor te ha de pedir estrecha cuenta de la perdicion de las almas á quienes escandalizaste, separándolas del camino de su eterna salvacion: *Sanguinem ejus de manu tua requiram* ³. Si por tus escándalos se pierde una alma de las que redimí, dice el Señor por su profeta Ezequiel, tú eres el responsable de su perdicion; á tí te la exigiré con el mayor rigor. ¿Has perdido, escandaloso, una alma con tus malas doctrinas,

¹ Matth. xxii, 13. — ² I Cor. v, 5. — ³ Ezech. iii, 18.

con canciones deshonestas , con cuentos lascivos ó con indecentes torpezas? Pues la pagarás con la tuya : *Sanguinem ejus de manu tua requiram*. Asimismo , si has sido causa para que se hayan condenado no una sola , sino muchas , si has sido tan disoluto , que has tenido placer en invalidar el fruto de mi pasion , si has tenido complacencia en que desviándose de mi santísima ley perdieran mi divina gracia , y confirmadas por tí en el pecado cayeran en los infiernos , tú debieras pagar allí con la condenacion de tantas almas tuyas cuantas fueron las que escandalizaste y perdiste ; pero en atencion á que no tienes mas que una sola , condenada esta , haré que los demonios la atormenten en proporción al mal que hayas ocasionado con tus escándalos ; si por tu culpa se condenaron dos almas , las penas y tormentos que experimente la tuya en el infierno serán como dos : si han sido ocho , como ocho ; y si ciento , como ciento. Así lo quisiste , así te sucederá. Te sirvió de una satisfaccion , tuviste una alegría interior en medio del horror de tus desórdenes en que otros á virtud de tus escándalos cayeran lastimosamente en aquellos profundos calabozos para ser infelices para siempre , tú lo serás tambien por una eternidad ; aunque con una grandísima diferencia , y es , que las penas que tú padezcas allí , han de ser equivalentes á las que experimenten juntas las de todos aquellos que por tu causa se condenaron. Mi ley exige que la medida de la pena ha de corresponder á la condicion de la culpa : *Quantum glorificavit se et in deliciis fuit , tantum date illi tormentum et luctum* ¹.

¿ Quién no se estremece al ruido de este trueno y á la fulminacion de este tan tremendo rayo despedido con violencia por la boca del mismo Dios? ¿ Quién habrá que no entre en seria reflexion acerca de la monstruosidad de este pecado , y de tan funestas consecuencias como ocasiona ? ¿ Quién será tan descuidado que no procure evitar en adelante toda palabra , toda accion que pueda escandalizar á otros ? ¿ Quién no velará para no ser jamás motivo de la ruina espiritual de sus almas ? Sí , fieles míos : abramos de una vez los ojos de la consideracion. El que por desgracia le haya dado á su prójimo ocasion de caida y escándalo , encaminándolo al mal por depravados consejos , palabras ó acciones contrarias á la ley santísima de Dios , procure esforzarse en lo sucesivo con todo esmero , que su conducta le sirva de un ejemplo edificante , reparando en cuanto pueda las quiebras que en sus almas haya ocasionado. Pro-

¹ Apoc. XVIII, 7.

curemos todos dar ejemplos de virtud , siendo en todo tiempo y lugar buen olor de Jesucristo. Reine en todos nosotros la verdadera enmienda de nuestros pecados , el sincero arrepentimiento y el ansioso deseo de conseguir nuestra salvacion , que es lo que principalmente nos interesa : estas son las sendas que debemos emprender y continuar constantemente , para llegar algun dia al término feliz y dichoso de esta carrera , que consiste en el logro de la bienaventuranza eterna , que ojalá todos consigamos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es nuestro pesar , por tantas culpas como hemos cometido contra Dios en el curso de nuestra vida pasada , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos , y digámosle cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si un cristiano debe vivir en la tierra como los Ángeles en el cielo, ¿por qué no he llevado yo constantemente hasta de aquí una marcha angélica , inocente en todo y exenta de todo crimen ? ¿Cómo en vez de caminar así , he sido tan imprudente é inconsiderado, que no he hallado contento sino en los vicios, y ciego en ellos he cometido indignidades y ofensas sin número contra mi Dios ?

¡ Ah , mi amable Redentor ! ¡ Qué carrera hasta hoy la de mi vida ! ¡ qué cadena tan eslabonada de desórdenes , de yerros y de pecados ! ¿ Cómo, Dios mio, habeis tenido paciencia para sufrirme ? ¿ Qué es lo que os ha detenido para no arrojarme á los infiernos ? ¿ Y qué no deberé yo hacer ahora , para agradecer y desagraviaros de tantas ofensas cometidas contra Vos , tan graves, tan vergonzosas y de tanta trascendencia ? Derramaré , Señor, un torrente de lágrimas de dia , de noche y á todas horas : no admitiré descanso en mi dolor, y así procuraré satisfacer y aplacar el enojo de mi Salvador, tan desapiadadamente agraviado. Pero aunque lllore mis culpas , que bien amargamente merecen ser lloradas , ¿ cómo satisfaré á Vos , dulce Jesús, el agravio que con ellas os hice ? Esto es lo que ahora parte mi corazon y rasga mis entrañas de sentimiento. Esto es lo que me fuerza á detestar al presente todas mis culpas , por ser ofensas contra Vos ; diciendo de todas veras , *que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido* : misericordia , Señor : misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEXTA DESPUES DE EPIFANÍA.

La excelencia de la gracia , y la infelicidad que se acarrea el que la pierde.

Quod quidem minimum est omnibus seminibus : cum autem creverit , majus est omnibus olivibus , et fit arbor. (Matth. XIII, 32).

Este grano (*el de mostaza*) á la verdad es el menor de todas las semillas ; pero despues que crece es mayor que todas las legumbres , y se hace un árbol.

Dios hizo en tiempo todas las cosas de la nada , y en expresion de la sagrada Escritura , todo cuanto fue criado por él salió con una bondad y perfeccion completa ¹. Así es que aun transcurriendo tantos siglos desde entonces hasta el dia de hoy , tendiendo la vista por el mundo no podemos menos de quedar sorprendidos al ver la hermosura , variedad y perfecciones que en él se advierten. Si levantamos nuestra vista al cielo , en él vemos una brillante hermosura , una vasta anchurosidad y una magnificencia que sorprende . ¡ Qué fábrica tan sólida ! ¡ Qué variedad de astros tan hermosa y admirable ! Si de allí bajamos la vista á la tierra , ¿ qué no dirémos de tantos seres como contiene ? ¿ Qué admiracion no causa la multitud de especies y la infinidad de individuos que en ella se descubren ? ¿ Y qué si la tendemos á aquella inmensidad de aguas reunidas que el mar ofrece á nuestra vista ? Todo es grande , magnífico , conservando su primera integridad y belleza. Tambien se encuentra morador en la tierra el hombre , el que igualmente fue criado por Dios en un principio á su imágen y semejanza ; le formó el cuerpo de un poco de barro , le crió el alma de la nada ; unió estas dos sustancias de una manera incomprendible , y así quedó hecho ; pero le dió un ser superior á todo cuanto hay debajo de los cielos , lo hizo diferente de las piedras con la vida , de las plantas con el sentido , y de los animales con el alma

¹ *Viditque Deus cuncta quæ fecerat , et erant valde bona. (Genes. I, 31).*

racional. Grabó en él su imágen, por la que aventajaba en dignidad y nobleza al cielo, al sol y á las estrellas. Le dotó de potencias tan excelentes que con ellas se igualaba con los Ángeles. Al propio tiempo que lo formaba, infundia y grababa en su alma la gracia, la adornaba con las virtudes y dones del Espíritu Santo, declarándola con derecho á la consecucion de la vida eterna. Empero este hombre tan feliz cayó, como sabeis, de una altura tan dichosa por su transgresion al precepto que le impuso Dios en el paraíso terrenal, y desde aquel instante, perdiendo la amistad del Señor, perdió la justicia original, la inocencia, las virtudes, los dones del Espíritu Santo, y cuantas gracias habia recibido de su mano.

Herederos nosotros de este pecado de origen, como descendientes de aquel, seríamos eternamente infelices á vivir y morir sin poderlos limpiar de este pecado; pero no permitiéndole al Señor las entrañas de su bondad el que yacíáramos en un estado tan triste, nos deparó un medio para volver á su amistad, y fue su divina gracia, con la que revestidos pudiéramos ser objetos de su agrado, cuando por nuestro nacimiento lo éramos de su enojo é indignacion¹. Así se pudo salvar el primer hombre, y así nos podrémos nosotros salvar igualmente, cuando á no ser por este incomprensible beneficio que el Señor nos dispensa, era inevitable nuestra ruina eterna. Ved aquí, pues, como el hombre á la manera de otro grano de mostaza, de que habla el Evangelio (de hoy), no obstante ser semilla tan menuda, y al parecer tan despreciable, llega á una grande altura y sublimidad por medio de este divino don. Yo os haré ver ahora *la excelencia de la gracia, y la infelicidad que se acarrea el que la pierde*. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Seria por cierto muy desgraciado el hombre, si arrojado á este mundo estuviese concretado en todo el curso de su vida á caminar este terreno sin guía que lo dirigiese, y sin ayuda alguna que lo confortase. Aunque iluminado su entendimiento en el centro de la religion católica con las luces de la fe, atendida la fuerza de las pasiones que incesantemente lo atacan, seria víctima de sus embates, si un poder divino no le sostuviese con el apoyo de su asistencia. Este apoyo es la gracia de Dios, que sobre ennoblecerle al entrar en su carrera, se cuida muy particularmente de asistirle siempre con ella, y que si el hombre no la abandona, no se desdeña de acompañarle en todas las edades, en todos los tiempos y estaciones, y aun de con-

¹ *Eramus natura filii iræ.* (Ephes. II, 3).

solarle hasta en las agonías de la muerte. La bondad de Dios se ha mostrado tan afectuosa para con nosotros como acreditan los testimonios de su gracia ; don precioso y celestial por el que el Señor se une con nosotros , y nos reporta un cúmulo de tesoros infinitos en valor. Solo el hombre entre todas las criaturas ha sido el objelo privilegiado de las admirables larguezas del Señor en la dispensacion de los dones de su divina gracia. A todas las criaturas las sacó de la nada dándoles la vida y proporcionando el sustento necesario para su conservacion : el hombre , así como todos los demás seres vivientes, recibe de su mano benéfica estos mismos beneficios generales ; pero fue su divina voluntad dispensarle con ventaja á todos los demás seres, uno mas especial, particularísimo, que lo hermosease sobre todas las criaturas , dándole el honroso distintivo de su gracia , que junto con ennoblecerle, lo embriagase de un torrente de dulzuras , haciéndole participante en esta vida de las delicias eternas ; quedándose sorprendidos hasta los mismos Ángeles, al contemplar estos una inclinacion tan marcada por parte de Dios para con el hombre ; al ver á este vestido de una ropa celestial que le hace un objelo de honor muy distinguido y de una grandeza suma : de suerte que no cesan de admirar se dignase vestirle de ella aquel mismo Señor de majestad tan alta , que los cielos le sirven de escabel para sus piés.

Bien sabeis la proteccion que el Omnipotente dispensó en todo tiempo á su escogido pueblo de Israel , y tendréis tambien noticia de aquella asistencia tan especial con que le favoreció en la peregrinacion del desierto hasta llegar á la tierra de promision. Desde su partida del monte Sínai, en cuyos alrededores habian permanecido un año ; concluido el tabernáculo con todo lo que lo acompañaba , y publicadas que fueron las leyes de Dios, recibida la órden de marchar de aquel punto y andar mas adelante por el desierto, una nube formada por el Señor les hacia sombra por el dia cuando caminaban para defenderlos de los ardores del sol , y una columna de fuego los alumbraba de noche ¹. En verdad que fue este un grande beneficio, un privilegio especial, y una proteccion tan visible y admirable, que asombra á quien detenidamente contempla la grandeza de Dios y la pequeñez de las criaturas , la liberalidad de aquel y la ruindad de estas ; pero esta singularidad nunca podrá compararse con el beneficio que el Señor nos dispensa á cada uno de nosotros derramándonos su gracia , que en la peregrinacion de esta vida nos protege, nos

¹ Exod. xiii, 21.

ilumina y conduce rectamente al término de nuestra carrera , que es la bienaventuranza eterna ; siendo tanta la fidelidad y constancia de este don celestial , que mientras nosotros no lo rehusamos , ó lo echamos de nosotros mismos , queriéndolo perder voluntariamente , él nos acompaña de dia y de noche , sea que gocemos de buena salud , sea que estemos enfermos : él no nos deja ni en invierno ni en verano ; nos acompaña en nuestra niñez , en la puericia , en la virilidad y en la vejez. Mas ¿ qué digo ? Aun pasa mas adelante : acompaña al hombre hasta que cierra los ojos á la luz de este mundo ; é inseparable de su alma , no la deja en la nueva region en que esta ha entrado : le asiste y funciona las veces de fiador en el juicio de Dios , y no terminan sus oficios hasta que la ve ya asentada en los palacios de la gloria , asociada de los espíritus angélicos y de los bienaventurados , destinada á tributar loores incesantes á su Dios por toda la eternidad. La gracia encierra cuanto hay mas comunicativo en la bondad del Señor , mas tierno en su misericordia , mas afectuoso en su amor , y mas estimable en sus larguezas. El que la posee , está estrechado con Dios con una íntima familiaridad , contrayendo con él un parentesco muy inmediato , porque es una admirable participacion de la misma naturaleza de Dios , como dice el apóstol san Pedro ¹.

Cuando un hombre llega á conseguir en la tierra un favor completo que le dispensa un poderoso , que siendo ó sin ser pariente le profesa cordialidad afectuosa , que lo socorre en sus necesidades , que le favorece en sus empresas , y lo eleva á superior esfera , ya se contempla por feliz , su alma rebosa de alegría , agradece sumamente los beneficios de su protector y la posicion en que lo ha colocado su poder ó su influencia , le hace descansar enteramente gozoso. Pero ¿ qué tienen que ver las amistades del mundo , los valimientos terrenos , ni aun los vínculos mas inmediatos de parentesco , cuya dicha no pasa de la sangre , de la tierra y del sepulcro , con la gracia de Dios ? Esta sola es gracia , porque ella sola diviniza al hombre , por decirlo así , haciéndole en un todo agradable á Dios , y descansando en él como en su propia morada. Si ella pudiera verse , y un monarca de la tierra , por poderoso que me lo querais suponer , la alcanzase á distinguir en un vasallo ó morador de su nacion , aunque fuese el mas infeliz de ella , bajaria de la eminencia de su trono , se quitaria su corona , le rendiria su cetro , y lleno de admiracion se

¹ II Petr. I, 4.

postraria á sus piés con la mayor humildad y abatimiento ; porque lo que en este mundo se admira como mas hermoso , es feo en su comparacion , despreciable lo mas rico , y de ninguna estimacion lo que tanto se apetece. Aun diré mas , y me acompañará siempre el sentimiento de quedarme cierto , que cuanta admiración , variedad y hermosura encierra el sol , la luna y las estrellas , es una fealdad cotejado con el menor grado de la gracia de Dios. El que la posee puede decir que no vive entre tinieblas , sino iluminado con hermosos resplandores ; que no arrastra una vida mortal y llena de miserias , sino que ya disfruta una dicha colmada de riquezas y de virtudes , no una existencia perecedera , sino una vida interminable , portadora de una felicidad eterna. Siendo la gracia superior á toda la naturaleza criada , constituye al que la posee en una esfera sobrenatural , y aun lo hace participante de un ser divino. Por eso dice el angélico Doctor que la gracia es tal por su excelencia , que deifica y endiosa al alma ; de suerte que ella viene á tener por gracia lo que Dios tiene por naturaleza ¹.

Avivad aquí , fieles míos , avivad vuestro entendimiento contemplando quién es aquel Señor de cuya naturaleza participa la alma que está en gracia. Él es aquel Dios que sacó por su voluntad todas las cosas de la nada : aquel á quien sirven todas las jerarquías angélicas , y ante cuya presencia están embargadas de respeto , de temor y estremecimiento : de aquel cuyo ser es la plenitud de la vida y de la bondad , y la perfeccion acabada de la hermosura y grandeza : de aquel Señor, en fin , que todo lo llena , todo lo vivifica , lo mantiene , lo perfecciona , lo domina y recrea. ¡ Bendito y precioso don que hace participar al hombre , aun en la tierra , de lo que constituye toda la felicidad que hay en el cielo , que tanto lo enriquece y lo eleva á un grado de altura tan soberana , que por participar de la Divinidad lo hace un Dios en este mundo ! Si los cristianos todos se penetrasen como debieran de una dicha tan feliz , si reparasen en cualidades que tanto ensalzan y divinizan las criaturas , procurarían ansiosamente decorar siempre su vida con una limpieza , cual es la de la gracia , mas cándida que los cielos , mas pura que los Ángeles , mas santa que las virtudes , y mas fervorosa y ardiente que los Serafines.

Si quereis mas pruebas que acrediten su mérito , su valor , su excelencia , y por consiguiente la alta estimacion en que la debemos

¹ 1, 2, quæst. 112, art. 1.

apreciar, no teneis mas que reparar á la calificación que de ella hizo, el Hijo del eterno Padre ; pues impelido de su aprecio , y á fin de que pudiéramos llegar á la altura tan divinizada á que ella nos ensalzaria , bajó de lo alto del empíreo á lo mas bajo de la tierra , vistiéndose del hábito humilde de siervo en un rincon de Nazaret , sufriendo en este mundo trabajos incesantes , penas continuas , sudores congojosos de sangre , afrentas vergonzosas , ignominias sin cuento , tormentos insufribles , ayunando cuarenta dias sin entrar nada en su boca , sufriendo mas de cinco mil azotes que acardenalaron lastimosamente su cuerpo , taladrada inhumanamente su cabeza con una corona de setenta y dos espinas , crucificado con la mayor afrenta entre dos infames malhechores , hasta espirar por último con agudos dolores en una cruz. ¿ Pudo hacer Dios mas por nosotros , á fin de que llegáramos á conseguir la gracia , con la que alcanzáramos el cielo ? ¿ Pudiera haber hecho Dios mas , aunque en ello le hubiera ido á su Majestad soberana su misma existencia , por decirlo así , y su propia divinidad ? Tanto es , católicos , lo que hizo el Señor para que alcanzáramos la gracia. ¿ Y esta consideracion no ha de inclinar á los hombres á estimarla con preferencia á cuanto hay en este mundo ? ¿ Puede haber cristiano que no muera de pena de solo imaginar que puede estar alguna vez sin ella ? ¿ Qué fascinacion preocupa los entendimientos de tantos que viven descuidados sin tratar de poseer un bien tan estimable ? ¿ Cómo puede caber el que tantos y tantas pasen su vida sabiendo que están sin gracia , trabajando en sus respectivos oficios sin zozobra , jugando con desahogo , comiendo con reposo , durmiendo con tranquilidad , expuestos al peligro de una muerte imprevista y repentina , con la que bajen sus almas inmediatamente al infierno ; pues morir una persona sin hallarse su alma en gracia y condenarse es todo uno ? ¿ Habrá entre vosotros , en vista de esto , quien no se afane por conseguir esta prenda de la gracia que diviniza , y evite con la mayor solicitud el pecado que produce la condenacion eterna ? ¡ Ay , fieles de mi corazon ! Certificados de que el pecado y la gracia , como incompatibles y que mutuamente se excluyen , no pueden hallarse en una misma persona ; que la gracia se ausenta del alma del hombre y de la mujer , tan pronto como ellos cometen un pecado mortal ; que este produce efectos enteramente contrarios y bien funestos por cierto , de suerte que si la gracia ilumina , el pecado ciega ; si aquella fortalece , este aniquila y acaba ; si la gracia vivifica , el pecado ocasiona la muerte ; si la gracia eleva al alma á un ser divinizado y de segura salvacion ,

y el pecado la constituye en un estado diabólico sentenciada á una condenacion eterna, debeis evitar y huir de este mónstruo como huiríais de la presencia de un dragon por miedo de que os devorase tan pronto como echase su vista sobre vosotros : *Quasi à facie colubri fuge peccata* ¹. Fijad atentamente vuestra consideracion en los admirables efectos que produce la gracia, y las funestas consecuencias que ocasiona el pecado. ¡Qué diferencia de aquellos á estas ! ¡Qué dicha la de aquel que posee y retiene constantemente aquel don sobrenatural ! Y ¡qué infelicidad la del que se abraza con la culpa, y se saborea con el gusto de este manjar del infierno !

¿Te penetras bien de lo que digo, pecador, seas quien fueres ? ¿Alcanzas la ruina que te labras cuando cambias la gracia por el pecado ; llegas á comprender que cometes el mayor yerro que puedes ejecutar, cuando cambias lo bueno por lo malo, lo mejor por lo peor, lo eterno por lo temporal, la perpetuidad de la gloria por la caducidad de la tierra, la felicidad del cielo por los horrores interminables del infierno ? Todos nos admiramos, y tú mismo te admirarás al saber el cambio tan disparatado que hizo Esaú, el primer hijo del patriarca Isaac, con Jacob su hermano y segundo hijo, transmitiendo á este su primogenitura por un solo potaje de lentejas, vendiendo de esta suerte un rico mayorazgo por una cosa de tan pequeño precio, sacrificando así sin zozobra á su pasion un bien tan estimable, que apreció menos que el gusto de satisfacerla : por manera que dice la sagrada Escritura, que *se fué sin darle mucha pena el haber vendido su derecho de primogenito* ². Pues ¿no haces tú lo mismo vendiendo el rico patrimonio de la gracia por un gusto vil ó momentáneo que te proporciona el pecado ?

Nos admira la estupidez de los indios en el descubrimiento de las Américas, cuando permutaban el oro por un pequeño vidrio, cuando preferian una pequeña cuenta de cristal á las preciosidades de su terreno ; mas ¿qué otra cosa haces tú, infeliz pecador, cuando permutas un bienestar dichoso por un pésimo malestar, cuando cambias la rica preciosidad de la gracia por la vileza y hediondez del pecado ? ¿No eres tú sin comparacion alguna mas estúpido, mas insensato que los indios, cuando por un placer pasajero, por un vil interés cambias y vendes el cielo por el infierno, la gloria por penas eternas, y la compañía de Dios, de María santísima, de los Ángeles y Santos, por la compañía de los demonios ? Aunque sea tarde, mira,

¹ Eccli. xxi, 2.

² *Et abiit : parvipendens quod primogenita vendidisset.* (Genes. xxv, 34).

desgraciado , el paso falso que das ; asegúrate ahora para en adelante , mira que el yerro es grande ; tu vida muy frágil , la muerte segura é inevitable , el juicio ciertísimo , tu salvacion ó condenacion eterna , indefectible. Teniendo bien presentes estas circunstancias , medita , resuelve y elige. Pero ¿ qué ? ¿ Puede haber dudas en la eleccion ? No : adopta siempre lo cierto , lo seguro , y labrarás tu felicidad eterna : conserva en tu alma la gracia desde el punto en que Dios te haya concedido este don tan precioso é inefable , y si la has perdido alguna vez por algun pecado mortal que hayas cometido , contempla que has perdido todos los reinos y riquezas de Dios , los dones del Espíritu Santo y todas las virtudes ; que has perdido la vida de tu alma , tanto mas estimable que la del cuerpo , cuanto va de un rico diamante al barro súcio , de la preciosidad del oro á la inmundicia del estiércol. Derrama lágrimas copiosas por una pérdida que te hace verdaderamente infeliz. Procura á todo trance recobrar el tesoro que perdiste ; que si con ansia lo buscas y lo quieres , Dios te ayudará para su recobro. Por un exceso de bondad te concederá nuevamente esta gracia que habias perdido , y contemplando con detenimiento cuán infinito es su valor , cuán gratas las dulzuras que ocasiona en este mundo , y cuán inmensas las ventajas que proporciona en el otro , en tu vida te deshagas de ella. Por mas que sean muchos los escollos y peligros de que te veas rodeado , si conoces que en ellos puedes perder la gracia , puesto que sabes que no hay cosa de mas alta estimacion , invierte una suma diligencia en no experimentar un desliz en que tropezando nuevamente derrames su precioso licor. Inteligenciado de que es muy fácil el pegársete el polvo de este mundo corrompido ; de que las pasiones alborotadas te inclinen á la maldad , y que las tentaciones del comun enemigo te impulsen á que la pierdas , procura estar advertido para presentar una fuerte y obstinada resistencia á fin de repeler cuanto sea tendiente á que pierdas esta gracia divina ; porque perdiéndola incurririas nuevamente en un grave pecado , y no hay cosa que te pudiera labrar infelicidad mayor , al paso que de mantenerte siempre en ella , serás feliz en este mundo y mucho mas feliz en el otro.

Y aquí quiero , fieles mios , por último , que jóvenes y ancianos , hombres y mujeres , sea de la clase que fuéreis , recargueis muy principalmente vuestra consideracion. Quiero suponer que algunos de vosotros lleveis en este mundo una vida trabajosa , quebradiza ó llena de achaques á causa de una delicada complexion , que en pocos años venga á produciros la muerte ; pero si procurais siempre vi-

vir en gracia , si esta prenda os acompaña de continuo hasta la ocasion en que el alma se separe de vuestro cuerpo , labraréis vuestra eterna felicidad , porque vuestra morada será la gloria para siempre. Podréis acaso hacer algun viaje en el que asaltándoos algun asesino, os quite los dineros y aun la vida ; pero mientras los que hayan adquirido esta noticia deploren este triste suceso, vuestra alma cantará alegremente en el cielo bendiciones eternas. En fin , os puede suceder en lo venidero, que os echeis alguna noche sanos y buenos en vuestra cama, y el que á la mañana os encuentren muertos en ella ; pero si teneis la dicha de conservaros en gracia hasta el instante último que termine vuestra existencia , mientras los parientes lloren este al parecer infortunado acaecimiento , vosotros bendeciréis vuestra dicha , y mientras vuestro cuerpo sea metido en una sepultura , vuestra feliz y dichosa alma subiendo al empíreo , asociada de todos los Ángeles y bienaventurados , será coronada de la santísima Trinidad.

Segun esto, decidme ahora todos : ¿ qué cosa de cuantas hay en el mundo es mas apreciable , de mas valía , ni que pueda producir mayores ni mas sólidos bienes ? ¿ Qué es lo que puede compararse con esta divina gracia que ilustra nuestro entendimiento , aleja del alma toda turbacion , la habilita para cumplir con prontitud y con gusto los deberes todos de la Religion , las obligaciones propias del estado de cada uno, y aun la hace presentir en esta vida una porcion de las felicidades de la otra ? ¿ qué son sin ella las riquezas mas colosales y las dignidades mas encumbradas ? ¿ qué son los honores y el poder ? ¿ qué la salud , el talento y demás bienes de la naturaleza ? Nada son estas cosas , nada absolutamente ; porque donde falta la gracia no hay quietud , no hay satisfaccion en el corazon ; le falta al alma el requisito mas indispensable para vivir contenta y afianzada en el sostenimiento de su Dios. Al paso que la persona que posee este don tan precioso, por mas que sobre ella grave un cúmulo de las mayores desgracias , en medio de sus privaciones se contemplará que todo lo posee ; y á pesar de todos sus males , se reputará por la mas feliz ; como objeto privilegiado del Señor á quien tiene muy presente , á quien estima y á quien tiene reservado principalmente en la otra vida un premio que no tiene comparacion con todos los trabajos de este mundo , aunque todos se reunieran sobre un mismo sujeto. Esforcémonos , pues , todos en ser amantísimos de esta divina gracia ; en conservarla en nuestra alma hasta el fin de nuestra vida , para que exhalando el último aliento en su com-

pañía y posesion , nos proporcione el premio de la vida eterna , que consiste en ver á Dios cara á cara por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora el profundo pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida y con las que hemos ofendido á Dios , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, **presente á nuestros mas íntimos sentimientos**, diciéndole cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : Vos amásteis voluntariamente á mi alma , de tal suerte que como á esposa vuestra la unísteis á Vos con los vínculos estrechos de la gracia , y atrajísteis con innumerables dones para que correspondiese con amor. ¿ Y yo he agradecido como debia este beneficio ? ¿ he correspondido constantemente á vuestro amor ardiente y afectuoso ?

¡ Ah mi amable Redentor ! grande ha sido mi ingratitud , inaudita mi vileza , y horrenda mi monstruosidad cuando á favores os he correspondido con disgustos , y á gracias tan especiales con repetidos pecados. ¿ Cómo no me avergonzaban mis malos procedimientos ? ¿ cómo no temia las amenazas del cielo ? ¡ Oh tristes años en los que viví separado de Vos ! ¡ Quién sino Vos hubiera sufrido mi osadía , tolerado mi ingratitud y dejado sin pronto y ejemplar castigo mi temeridad ! ¡ Oh bondad inefable de mi Dios ! ¡ oh paciencia extremada de mi Redentor ! ¡ oh amor inextinguible de mi amado Jesús ! Este amor, Señor, es el que me rinde ahora á vuestras plantas para solicitar de Vos arrepentido mi remedio , ansioso de satisfacer todo lo pasado , y con una confianza firme de que vuestra divina gracia no me ha de faltar jamás en lo venidero. Si los gemidos de un pecador atribulado conmueven vuestras entrañas , en vista del dolor que al presente atraviesa mi corazon , reducid á polvo todas mis iniquidades , y abrasadme en vuestro divino amor : esto es lo que reclamo de todas veras , cuando digo partida mi alma de sentimiento : que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor ; misericordia y gracia para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

La obligacion que tiene todo pecador de corresponder á los llamamientos de Dios.

Simile est regnum cælorum homini patrifamilias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam. (Matth. xx, 1).

El reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que sale muy de mañana á buscar obreros que trabajen en su viña.

Es Dios tan benéfico para con los pecadores, que léjos de gustar permanezcan abismados en sus culpas, se esmera ansiosamente en procurarles por diferentes medios el que salgan de un estado que los constituye próximos á perecer por toda una eternidad. ¡Quién lo creyera! El sentimiento que á ellos debería acompañarles por hallarse en posesion tan miserable, le acompaña al Señor movido de sus entrañas piadosas, condolido de sus miserias. Con este motivo para sacarlos del infeliz estado en que yacen, los llama en distintas ocasiones y á diferentes horas, como otro padre de familias de que nos habla (hoy) el Evangelio, para que vayan á trabajar á su viña, á fin de merecer así el jornal en fuerza de su sudor. Los excita á que dejando los caminos torcidos de la culpa, traten de emprender los senderos llanos y deliciosos de la virtud. Los llama de diferentes maneras, para que reconociéndose de lleno, se esfuercen á salir del abismo del pecado, y se adornen nuevamente con la preciosidad de su gracia, prometiéndoles con toda seguridad su indefectible asistencia. Unas veces, viendo á los pecadores rebelados contra él, y bien hallados al parecer en el golfo de sus desórdenes, abusando de la salud y de los bienes que graciosamente les dió, los llama al reconocimiento, enviándoles infortunios y trabajos que los debiliten, y les hagan reconocer la miseria humana y la justicia divina. Otras los llama regalándoles con sus dones, estimulándolos con el buen ejemplo de su prójimo, atribulándolos con dolencias, miserias

y todo género de angustias, humillándolos con desprecios y amenazándolos con eternos castigos. De todas estas ingeniosidades se vale Dios para sacar al pecador del cieno de la culpa, sentido de verlo entregado como un vil esclavo al poder de las tinieblas, á las veces sin recuerdo de su Criador, de su Redentor y de su Juez.

¿Quién alcanzará la profunda sabiduría y beneficencia esmerada con que ordena, dispone y socorre á los pecadores con todo lo que conduce al bien de sus almas? Cuando por sus enormes maldades merecian de que los sepultase inmediatamente en los abismos, fija en ellos por el contrario compasivamente sus divinos ojos, con la mira de hacerlos agradables en su presencia, colmándolos de beneficios y de gracias. Como Padre que es de las misericordias y Dios de toda consolacion, léjos de tener asco á las inmundicias de sus iniquidades, se esmera en llamarlos amorosamente, y en dedicar á beneficio de su salvacion eterna todos sus paternales desvelos, agotando su sabiduría para conducirlos como ovejas perdidas y descarriadas al redil de su divina gracia; debiendo ser esto para todos los que perdimos la inocencia bautismal un consuelo que nos enajene, nos aliente, enfervorice y llene de alegría. Con muchísima razon, pues, convida el Profeta á los justos y aun á los Ángeles para que se alegren en el Señor y engrandezcan sus piedades ¹. Pecadores, exclama lleno de entusiasmo el apóstol san Pablo; pecadores, cobrad buen ánimo al saber que nuestro divino Redentor vino al mundo con el objeto de llamar á las almas perdidas por sus crímenes, como me llamé á mí, á fin de que llegue un dia en que nos salvemos ². En verdad que si esto debe consolarnos, tambien es cierto que debemos corresponder á estas finezas del Señor, no malogrando su venida y una solicitud tan esmerada. Por lo tanto, os voy á hacer ver ahora *la obligacion que tiene todo pecador de corresponder á los llamamientos de Dios*. Mientras lo demuestro con la asistencia divina, estad atentos.

¡Cuán admirable es la bondad y misericordia del Señor para con nosotros! No contento con haber criado en beneficio nuestro el sol, la luna, las estrellas, y tantos astros luminosos como ruedan en esa bóveda del cielo, con un concierto arreglado y una armonía portentosa, que jamás se separan ni un punto de la línea que en un principio les demarcó, siendo en todo tiempo elocuentes pregoneros de su grandeza y de su gloria; no contento con haber criado tanta

¹ Psalm. xxxii, 1. — ² 1 Tim. i, 15.

multitud de criaturas en la tierra, con tanta hermosura en los prados y en los campos, tanta diversidad de plantas, tanta belleza y fragancia en las flores, gusto exquisito en los frutos, vistositad en las aves, variedad en las fuentes, impetuosidad en los rios y latitud prodigiosa en los mares; no contento con haber producido Dios este conjunto de cosas, este aparato portentoso del universo para el hombre, constituyéndolo dueño absoluto de él; no satisfecho, digo, con todo esto, se ofreció el mismo Hijo de Dios á venir al mundo en persona, y redimarnos de la esclavitud del demonio en cuyo poder nos hallábamos, por la culpa de nuestro primer padre que todos heredamos, como descendientes suyos por línea recta, cuya mision verificó, iluminando nuestro entendimiento, instruyéndonos con su celestial doctrina, santificándonos con los santos Sacramentos que instituyó, derramando por último su preciosísima sangre, y muriendo en el patíbulo de la cruz. Parece que aquí debian terminar todos sus oficios; mas no: subido que fue á los cielos por su propia virtud, contemplando que dejado el hombre á merced de su albedrío, podia perder la hermosura de la gracia una y muchas veces, determinó en el consejo de su sabiduría llamar al hombre de varios modos, á fin de que obedeciendo este al imperio de su voz, y bien penetrado del objeto de sus llamamientos, que no tienen otra tendencia que el que se salve, se estimulase á practicar lo bueno.

Efectivamente: contemplando al hombre perdido por la culpa, le enseña y aun lo estimula con vehementes impulsos, á que emprenda el camino de su salvacion: siendo enemigo suyo por el pecado, le ofrece generosamente su amistad: huyendo de su presencia como otro Adán despues de haberse rebelado contra Dios, lo busca con esmerada solicitud: procurando su enojo, lo compadece: siéndole protervo, lo sufre pacientemente: sentido de verle entregado á Satanás, y de que este lo tenga esclavizado, le ofrece su libertad: arrojando saetas malignas contra el cielo, le despide lluvia copiosa de misericordia. ¿Y no es cosa que sorprende el contemplar al hombre obrando con tanta iniquidad, irrogándose por el pecado la muerte de su alma, y ver al Señor que emplea á beneficio suyo los mayores desvelos en proporcionarle la vida de la gracia? ¿El que caminando por sus culpas á ser enumerado en la sociedad de los condenados, detenga Dios sus pasos, y quiera llevarlo y darle asiento en los palacios de la gloria? ¿Siendo una alma infiel la que le ha ofendido gravemente y quizá en repetidas ocasiones, y la que por lo mismo debiera instar con esfuerzo y llorar con amargura, supli-

cando con dolor la indulgencia, sea Dios por el contrario quien se adelante hácia ella aceleradamente, la llame con instancia y con amor, la ruegue con ahinco, y la convide con el perdon cumplido de todas sus iniquidades? Si bien se medita, hasta á los mismos cielos causa una sorprendente admiracion el que el pecador haciéndole á Dios una guerra cruda con sus culpas, y siendo aquel quien le debiera pedir á este la reconciliacion, la paz, su amistad y su gracia, sea el Señor apiadado quien lo convide con ellas, llamándole una y otra vez, de dia y de noche, ayer y hoy, ya de este modo, ya del otro. ¡Admirable dignacion que nunca podrémos aprear, ni mucho menos agradecer!

¡ Cuántas veces, pecador, ha sido tu corazon testigo presencial y experimentado de estas bondades y llamamientos de Dios, tan amorosos, tan repetidos y eficaces! Si pudiera oir á todos los prevaricadores de la ley, no dudo me dirian haber sido llamados á la observancia de ella, unas veces leyendo un libro espiritual, otras presenciando una muerte repentina, ó sabiendo el fallecimiento infeliz y desastroso de un amigo : un dia oyendo las verdades y reflexiones salidas de la boca de un predicador ; otro, heridos de las palabras y exhortaciones que les encaminó un confesor, que como otras flechas les traspasaron el corazon : ayer, ofreciéndoles el Señor á su recuerdo el bello ejemplo de una persona que extraviada y caminando en algun tiempo por las sendas de la iniquidad, la ven correr ahora á pasos agigantados por los senderos de la virtud ; hoy, recordándoles el rigor con que ha castigado á quien cerró sus oidos por no querer hacer caso de sus divinas voces : por la mañana, halagándoles con la dulzura de su gracia, y con las inefables delicias de su gloria : por la tarde, representándoles con vivos colores la fealdad que encierra el pecado con todas sus fatales consecuencias ; por la noche, despertándolos la incertidumbre de su salvacion, y el inminente riesgo de condenarse para siempre : y por último, en todos los tiempos, en todos los dias, y á todas las horas, reprendiéndoles con el dictámen de su conciencia.

Este juicio del entendimiento que discierne entre el bien y el mal, y que Dios ha colocado en lo interior del hombre, para que como otro maestro le enseñe la honestidad ó malicia de las acciones, y que no puede desconocer ni desentenderse de él, aunque se retire á la mas apartada y tétrica soledad ; y por mas que cierre sus oidos : esta conciencia que á todos nos acompaña, es tambien otra voz de Dio , que no deja descansar en ningun tiempo al pecador, y que

desempeñando las funciones de una persona herida con el puñal de sus iniquidades, clama venganza contra él : como testigo presencial de sus malos procedimientos, le acusa con claridad y energía : como fiscal, pide en su dictámen el riguroso castigo ; y como un juez el mas versado en el derecho de las leyes divinas, lo declara reo, y sentenciado á penas eternas. Pero en medio de estos tristes clamores, hace brillar á sus ojos una luz que lo ilumina y que le presenta á las claras la enormidad de sus yerros : funcionando las veces de interesado en su mayor bien, le aconseja los medios de poderse librar de la esclavitud en que se halla, y respirar el aire sano de la mas segura libertad, que lo tranquilice en esta vida, y lo haga para siempre feliz en la otra. En una palabra, la indecible bondad de nuestro Dios nos ofusca afanadamente, nos llama en ocasiones repetidas, nos ofrece su gracia con generosidad, nos representa la dulzura que encierra, y de tal modo nos dirige sus voces, que las sentimos en todos los parajes, nos siguen á todas partes, penetrando á todas horas por las puertas de nuestro corazon. Estos avisos, estas reconvenciones ; estos recuerdos no son efectos naturales ni casualidades, no : estas son inspiraciones de lo alto, voces celestiales ; llamamientos divinos á que debemos corresponder inmediatamente, porque de ellos puede pender nada menos que nuestra salvacion ; así como nuestra condenacion eterna, si los malogramos no dándonos por entendidos. Sí, pecador : yo soy, dice Dios, el que te llama con esta diversidad de medios, para despertarte del sueño en que yaces aletargado, y prestarte un conocimiento que te ilumine, te convierta y te salve. *Ego sum qui loquor tecum* ¹. Sí, cristianos : Dios, Dios es el que os llama en esta tan variada multitud de ocasiones y circunstancias : él es el origen de aquella perturbacion que sentís cuando estais en su desgracia : el sobresalto que os infunde la contemplacion de la muerte, las luces que como otros relámpagos os hacen ver, en la oscuridad del pecado, que caminais en derechura en medio de vuestros desórdenes á un precipicio cierto, no son mas que llamamientos de Dios para sacaros del vicio y atraeros á la virtud, por manera que, si bien lo reparais, las mas célebres conversiones no reconocieron otro origen.

Iba la Samaritana todos los dias á sacar agua del aljibe de la ciudad de Sicar, metrópoli de la provincia de Samaria donde vivia : uno de ellos encuentra inopinadamente á Jesucristo, que fatigado

¹ Joan. iv, 26.

del cansancio del camino, le pide por favor un poco de agua. Ella, desdenándose de tratar con el Señor, por haber nacido en la Judea (pues no se podian ver samaritanos y judíos), se niega á hacerle un tan corto obsequio: replica el Salvador, y fijando su consideracion en lo que le dice, del desprecio pasa á la indiferencia, de la indiferencia á la curiosidad, de la curiosidad á la admiracion, y finalmente convencida de la razon se inmuta de suerte, que dejando allí mismo los cántaros vacíos, se dirige á su casa convertida de veras y santificada en un todo.

Santa María Egipciaca, tan derramada por muchos años en su juventud, que llegaba su disolucion hasta convidar á los hombres á pecar con ella, debió su conversion al ver que por mas esfuerzos que hacia, estando sana, no podia entrar en una ocasion en la iglesia de Jerusalem, en la que se celebraba una gran fiesta á la Exaltacion de la santa Cruz, estando las puertas abiertas de par en par. Se pone á leer san Agustin, cuando aun estaba encenagado en los vicios, uno de los capítulos de la carta que san Pablo escribió á los romanos, y allí encuentra el desengaño, que le determina á dejar las delicias y vanidades del mundo. Pide san Ignacio de Loyola cuando, aun militar y pecador, estaba enfermo de la herida que recibió en las piernas de una bala rasa, defendiendo la ciudad y castillo de Pamplona en el sitio puesto por los franceses, pide, digo, un libro de novelas con que entretenerse en la cama vana é inútilmente, y Dios le proporciona un libro en cuyas hojas encuentra el mas provechoso desengaño. San Francisco de Borja no debió á otra cosa su reconocimiento, sino al ver el semblante enteramente desfigurado y horroroso de la difunta reina Isabel á quien servia. San Pedro Gonzalez Telmo debió el cambio de su vida al desprecio y risotadas de aquellos que viéndolo pasear un dia de Navidad con su caballo ricamente enjaezado, escandalizando á todos con su tren, con su traje y con sus libres miradas, se burlaron sobremanera de él cuando lo vieron caer de su caballo, precisamente en un lodazal donde se cubrió todo de barro. Santa Margarita de Cortona debió asimismo su conversion al ver muerto á su cortejo; y san Nicolás de Tolentino llegó tambien á una santidad elevada, á causa de haber oido un sermón acerca *del desprecio del mundo*.

Si estos Santos, fieles míos, que os he nombrado, y otros muchos que podria referir, no hubieran graduado como llamamiento especial de Dios sino por casualidad lo que respectivamente les aconteció á cada uno; si la Egipciaca hubiera atribuido á hechizo el no

poder entrar en el templo aquel día, siendo así que andaba con expedición y con garbo; si Agustín hubiera reputado por contingencia el tropezar con aquel capítulo de la carta paulina que leyó; si Ignacio hubiera creído que había sido casualidad el coger un libro por otro; si Francisco de Borja hubiera contemplado como natural, el que un cuerpo difunto quede desfigurado y aun horroroso; si Telmo hubiera tenido por cosa corriente el reirse unos cuando quedan chasqueados otros; si Margarita de Cortona hubiera reputado por harto común el que unos mueren sin pensarlo y aun tan repentinamente, que no pueden recibir Sacramento alguno; finalmente, si Nicolás de Tolentino hubiera juzgado por ordinario el oír á los predicadores esforzándose á que se desestime el mundo con todo lo que él ofrece, y se aspire á la gloria que abraza todos los verdaderos bienes y felicidades que no podemos nosotros imaginar; si todos estos hubieran tenido estos diversos acontecimientos por casuales ó contingentes, tal vez no los viéramos hoy día en los altares; pero se penetraron de que Dios por este medio los llamaba (como efectivamente fue así) á que mejorasen de costumbres; y que malogrando aquella ocasion, tal vez no verian otra, y hé aquí que correspondiendo de lleno á su respectivo llamamiento, enmendaron desde aquel mismo instante su vida, y caminando de virtud en virtud, no pararon hasta conseguir un asiento muy distinguido en el cielo.

Vosotros, fieles míos, ¿no habeis oído jamás la voz de Dios, ni sentido llamamiento alguno suyo en el curso de vuestra vida? ¡Ah! cuántas veces, pecador, cuántas veces ha llegado á tu corazón, y llamándote te ha dicho: ¿Cómo vives envuelto en el fango cenagoso del pecado, y no aspiras á gustar las delicias de la virtud? ¿Cómo en tanto tiempo como há que te busco y te llamo amorosamente y con eficacia, haces el sordo y el desentendido, sin darme muestras del mas mínimo agradecimiento? ¿Cómo no miras con el mayor interés por la salvacion de tu alma? ¿Hasta cuándo has de arrastrar esa cadena tan pesada de tus culpas? ¿Hasta cuándo has de tener cerrados los ojos de tu entendimiento para no ver lo que tanto te conviene? ¿Hasta cuándo ha de durar esa vida tan poco religiosa y estragada que llevas? ¿Qué? ¿así piensas seguir? Contempla que la vida pasa como una sombra y se disipa como el humo; guarda no te sorprenda la muerte; considera que me tienes ofendido y sumamente enojado; no olvides que corres un inminente riesgo de condenarte para siempre, y arder por eternidades en los infiernos. Si gustas decir la verdad, confesarás que tales han sido los llama-

mientos de Dios para contigo; pero tú hasta de aquí todos los has menospreciado. Te has portado para con tu Dios como aquellos que convidados por un hombre rico á una espléndida cena de que habla el Evangelio ¹, ninguno quiso asistir á ella, alegando cada uno diferentes excusas y frívolos pretextos; ó mas bien, te has portado como la ingrata Jerusalem, sin querer corresponder de ningun modo á tantos y tan variados llamamientos, como la hizo nuestro adorable Redentor Jesús ².

¿Qué puedes, pues, esperar, si en lo venidero te portas con igual y tan negra ingratitud, sino que el Señor te abandone para siempre, irritado de que no hayas correspondido á tantas pulsaciones como ha hecho en tu corazón su divina bondad? Porque el Señor te haya mirado hasta de aquí con tan benignos ojos, no debes deducir el que te mirará en adelante tan propiciamente, antes bien se puede temer el que no emplee ya su voz en llamarte en lo sucesivo, visto que le acredita la experiencia que son infructuosos tales medios para sanarte de las enfermedades espirituales que padeces. ¿Y no sería una lástima el que te perdieras para siempre, por no aprovechar coyunturas como las que te proporciona el Señor, para que salgas resueltamente del lodazal de tus vicios? Mas ya que tantas hayas despreciado corresponde por tu bien á esta que al presente te ofrece el Señor. Ahora mismo te llama su piedad, diciéndote á las puertas de tu corazón: Deja esa torpe amistad: da de mano á esos tocamientos inmundos; abandona ese trato injusto que te precipita miserablemente en el abismo: apartate de esas malas compañías que son la causa de tu eterna perdición: rompe de una vez esa comunicación escandalosa, mira que infaliblemente te condena: resuélvete por último á buscar tu remedio en las aguas de una buena confesión, que es el único medio para lograr el cielo. Esto es lo que te habla al corazón; y á mí, aunque ministro indigno suyo, me encarga te diga, que si no accedes y enmiendas tu vida, te abandonará al impulso de tus desarregladas pasiones; para que tú mismo, ya que lo quieres, te precipites en los infiernos; al paso que si te das por entendido y abominas todos tus pecados, te dará en recompensa el logro de la bienaventuranza.

Pues ¿qué haces? Mira que Dios quiere ser servido prontamente. A aquel joven á quien Jesucristo llamó para que lo siguiera, segun dice san Mateo ³, ni aun le dió tiempo para detenerse en acompañar

¹ Luc. XIV. — ² Matth. XXII, 37. — ³ Matth. VII, 22.
9*

el entierro de su padre que lo tenia difunto en casa. Despierta, pues, de una vez de ese sueño profundo en que yaces dormido: *Surge qui dormis*: Jesucristo es quien te llama: levántate sin detencion: abre los ojos de tu entendimiento, que él te iluminará para que veas el infortunio que te rodea, la perdicion eterna que ibas á acarrear-te, y la felicidad con que te convida, y á que desde este momento debes de aspirar. *Surge qui dormis... et illuminabit te Christus* ¹. Hasta de aquí has vivido como abismado en tus vicios, ciego en un todo, por manera que no has visto la certidumbre de la muerte, ni el rigor del juicio, ni la esperanza de la gloria, ni el castigo que te esperaba en el infierno. Gritando á tus oidos la voz de Dios, no la has escuchado; llamándote el Señor con amor y con esfuerzo, no le has querido responder. Y qué, ¿te parece á tí, que si te llama á que mejores de vida, es porque tema que le vas á quitar algun grado de felicidad; ó por el contrario que si obras bien, se la vas.á aumentar? *Si peccaveris quid ei nocebis? Porro si juste egeris, quid donabis ei* ²? ¡Ay! no depende Dios ni de tí, ni de nadie: tan feliz será si te pierdes, como antes de criar el mundo: si te llama es compadecido de tu desgracia; no porque le puedas quitar ni añadir un grado de la plenitud de gloria que posee. Pues mas te interesa á tí el compadecerte de tí mismo, y sentir tu rebeldia é ingratitud. Obedece sin dilacion á Dios, y practica á todo trance lo que te manda. Dile como Samuel: *Loquere Domine, quia audit servus tuus* ³. Señor, abandonado al exceso de mis pasiones, he desatendido vuestros llamamientos; ahora lo conozco movido del impulso de vuestra divina gracia: bien podeis al presente dirigirme vuestra palabra, que estoy dispuesto á oirla con respeto, y á practicar cuanto me ordenéis, sin quebrantar en lo mas mínimo en lo venidero vuestros ordenamientos. Si así lo haces, puedes esperar que en recompensa te dará un asienfo distinguido en las moradas felices de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar de que nos hallamos poseidos, por tantas indignidades como hemos cometido contra Dios, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presenté á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: si el recuerdo de un servicio que me haya he-

¹ Ephes. v, 14. — ² Job, xxxv, 6, 7. — ³ I Reg. iii, 10.

cho un amigo, acrecienta mi amistad para con él, al repasar en mi memoria los beneficios y sobre todo las gracias especiales que he recibido de Vos, la consideracion de los peligros de que me habeis sacado ¿cuánto no me debe abrasar de nuevo en vuestro divino amor? Estas consideraciones ¿no debieran en todo tiempo como ahora enardecerme y tenerme ligado á Vos, de tal suerte que nunca nunca os diera el menor disgusto?

¡ Ah, mi amable Redentor! así debiera haber sido para ser agradable á Vos; y aun así mi correspondencia fuera muy ténue, desproporcionada y poco equivalente. Pero ¡ah! que desleal á tanto amor atropellé con todos los fueros de la razon, portándome como el hijo mas ingrato para con el Padre mas benéfico, ofendiéndoos á cada paso, cometiendo pecados continuos, vergonzosos, y los mas horribles. ¡Qué locura y desatino el mio! ¡Qué ceguedad y rebeldía tan deplorable! ¿Es posible que para mí hayan podido mas los atractivos del mundo, que las dulzuras que en Vos hay encerradas? ¡Ojalá que así no hubiera sido! Pero siendo del todo cierto, lleno al presente de confusion, pegado mi rostro con la tierra, declarando mi injusticia, reclamo vuestras antiguas misericordias, y con la esperanza de participar de ellas si detesto todas mis culpas, ya las abomino por ser ofensas contra Vos, diciendo con el corazon rasgado de dolor: que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

La excelencia de la divina palabra, el modo con que se debe oír, y la obligacion que tenemos todos de practicarla.

Est autem hæc parabola: semen est verbum Dei. (Luc. VIII, 11).

Esto es lo que significa la parábola: la semilla es la palabra de Dios.

Jesucristo, nuestro adorable Redentor, mostrándose verdadero y sapientísimo Maestro, en el discurso de su santa vida instruyó á todos en el conocimiento de su celestial doctrina, de manera tan admirable y acomodada, que con los ilustrados usaba el lenguaje de los sábios, declarando los misterios mas profundos con sabiduría tan elevada y celestial, que excitaba la admiracion y el asombro de los maestros de Israel; y con la gente vulgar é ignorante usaba de un lenguaje sencillo, sazónándolo las mas de las veces (por reputarlo así necesario) con símiles, parábolas y ejemplos. El Evangelio está lleno de estos símbolos, tomándolos el Señor de las cosas mas comunes conocidas hasta de los mas rudos, haciendo de este modo inteligible y sumamente amable la verdad. La parábola de la viña, la del padre del hijo pródigo, el pescador que tiende sus redes, el grano de mostaza, la levadura que es conocida hasta de la mujer mas sencilla y de la mas humilde criada, son símbolos y explicaciones claras que ponen el asunto al alcance de todos. En la parábola del buen pastor, que dejando en la seguridad de su redil las noventa y nueve ovejas va por los montes y despoblados en solicitud de una que se le habia perdido y descarriado, manifiesta así el anhelo y la ansiedad que le acompaña, para buscar y salvar las almas que se hallaban por sus pecados en estado de perdicion ¹. Predicando acerca de la necesidad de socorrer al prójimo necesitado, hace ver en el

¹ Luc. XIX, 10.

rico avariento ¹, el castigo del que no se condole de los clamores del pobre; y en el miserable Lázaro, la recompensa de la paciencia y conformidad en sus adorables disposiciones. Enseñando la necesidad de una continua vigilancia acerca de la salvacion, y de estar dispuestos á toda hora para el trance del juicio, manifiesta con el ejemplo de las cinco vírgenes discretas, las dichas consecuencias de esta preparacion; y en el de las cinco fatuas, el desgraciado fin de los que viven descuidados en este negocio tan importante ². Con estas figuras presentaba á la vista lo que sus palabras decian al oido.

Los símiles hacen visibles á los ojos del entendimiento las mas altas verdades, amplifican notablemente los asuntos y aclaran la oscuridad de los discursos; de tal forma, que nada dejan que entender, nada por desear. Lo mismo digo de las parábolas. Ellas ilustran el entendimiento, coadyuvan á la memoria, y enardecen á la voluntad. Por eso era tan frecuente el uso de estas y de aquellos en la continua predicacion de Jesucristo. Valiéndose de tales medios, se hizo inteligible á todos, tanto á sábios como á ignorantes. Esto mismo hizo con la parábola del sembrador, de que (hoy) nos habla el Evangelio: en la que estuvo tan expresivo, que no hay necesidad alguna de ocuparse en investigar su inteligencia ó interpretar su verdadero sentido, puesto que el mismo Señor se dignó explicarla, diciendo que el grano ó semilla era la palabra divina: aquella palabra que procediendo de la boca del mismo Dios, tomándola de allí los predicadores nos la anuncian como es en sí, para que con su audicion aprendamos lo que debemos creer, esperar, obrar y recibir. Ya, pues, que el Salvador dió una tal explicacion, razon será tambien que yo me ocupe en este dia en haceros ver *la excelencia de la divina palabra, el modo con que se debe oír, y la obligacion que tenemos todos de practicarla*. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

El santo rey David, aquel grande hombre cortado á la medida del corazon de Dios ³, que sabia medir justamente las distancias que hay de las criaturas al Omnipotente; que veia á su pueblo, al que él pertenecia, escogido por el Señor entre todas las naciones del universo, para ser el objeto de su cariño y llevarlo en su regazo con tan particular cordialidad como una madre lleva al hijo de sus entrañas, repasando en su imaginacion los señalados portentos que verificó á beneficio de él, y los favores tan particulares que le habia dispensado, no tenia expresion bastante para agradecerlos. Entre

¹ Luc. XXI, 49. — ² Math. XXV. — ³ Act. XIII, 22.

ellos, contaba como uno de los mas señalados y especiales el de la divina palabra ¹. Unos y otros le empeñaban justamente á bendecir y alabar á Dios en todo tiempo y ocasion ². Esta divina palabra, que el Señor se cuidó muy particularmente de comunicar á su pueblo estimadísimo de Israel por medio de los Profetas, nos la dirigió á nosotros en persona, como dice el apóstol san Pablo, el mismo Hijo del eterno Padre; y como este habia de subir como subió triunfante y glorioso á los cielos, á fin de que no quedáramos desconsolados y sin alimento en el alma, nos dió apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores que nos la comunicasen ³.

Con efecto: con su palabra formó Dios en el principio de los tiempos cuanto vemos en la vasta extension del universo, reformándolo en virtud de la misma por medio de sus Profetas en la continuacion de los siglos, hasta la aparicion de Nuestro Señor Jesucristo. Venido el Redentor al mundo, esparció la preciosa semilla de su palabra en el templo y en las calles; en las ciudades y en los desiertos; en los pueblos y en los montes; á los letrados y á los ignorantes; á los nobles y á los plebeyos; á los ricos y á los pobres; á los buenos y á los malos; obrando con ella tales portentos, que resucitaba los muertos, daba vista á los ciegos, expedicion en los miembros á los tullidos, y curaba de repente toda especie de enfermedades. Tenia la poderosa virtud de cambiar los corazones; de romper las rocas; desmenuzar las piedras; de fertilizar la tierra mas estéril; amenizar el terreno mas árido y escabroso, y hacer que el mas horrible desierto se transformase en un rico, vistoso y ameno paraíso. Sembrada tambien esta semilla en el mundo por sus enviados, produjo nuevas plantas en todo él, transformándolo enteramente. Transportada mas allá de los mares, ha esparcido la luz brillantísima del Evangelio; formando en uno y otro polo, de animales, hombres con inteligencia; de paganos, cristianos ejemplares; de corazones abandonados, almas perfectas; y de pecadores los mas perdidos, Santos eminentes.

Dios la ha comunicado tal virtud, que ella enseña é instruye; corrige y reprende; ilustra y santifica. Ella nos imbuye de aquellas importantes verdades que nos guian á Dios, como á nuestro primer principio, y único, esencial y necesarísimo fin de nuestras almas y de todas sus operaciones: nos muestra los motivos que tenemos para aborrecer la culpa, y para que amemos las verdaderas virtudes: nos propone los medios para evitar los males incomprensibles de una

¹ Psalm. CXLVII, 19. — ² Psalm. XXXIII, 1. — ³ Ephes. IV, 11.

ruina irreparable, y para asegurar los bienes indecibles de la eterna felicidad. Es una antorcha que nos alumbra, para que no tropece-
mos y caigamos en medio de la oscuridad que arrojan las tinieblas
en que andamos ¹. Es un fuego abrasador y terrible que consume
la escoria de la iniquidad que hay en nosotros, y un mazo que des-
menuza y reduce á polvo nuestra empedernida dureza ². Es un fa-
nal que nos ilumina en la peligrosa navegacion del mar proceloso
de este mundo para arribar felizmente la nave de nuestra alma al
puerto de la bienaventuranza eterna. Ella es viva y eficaz; por ma-
nera, que dice el Apóstol que es mas penetrante que un espadin
de dos cortes ³. Por esta razon socava los entendimientos, enardece
las voluntades, se introduce en lo mas recóndito de las almas, y tras-
pasa de parte á parte los corazones. Ella ilumina á los ciegos, con-
fiere sabiduría á los ignorantes, compunge á los pecadores y enfer-
voriza á los justos. Ella, en fin, tiene un poder asombroso, de suerte
que lleva consigo la omnipotencia ⁴.

Esta divina palabra, á quien acompaña tan poderosa virtud, es la
que la Iglesia nuestra madre, solícita sobremanera de nuestra salva-
cion, se esmera en comunicarnos por medio de sus ministros. Esta es
la que despues de bien aprendida, nos comunican desde los altares y
desde los púlpitos por medio de exhortos, pláticas ó sermones. Esta
es la que nos hacen saber los predicadores que son los ministros del
Evangelio, los canales por donde se nos transmite esta agua tan
saludable para el riego de nuestras almas, los órganos por donde
se nos comunica la voz imperiosa del Excelso. Ellos son sus envia-
dos, que nos presentan las resoluciones del Todopoderoso. Ellos son
sus embajadores, por cuyo medio se explica el mismo Dios, nos pu-
blica su santísima ley, nos noticia sus determinaciones, y nos de-
clara su santísima voluntad. Ellos en fin son los que, funcionando
las veces del Señor, nos proponen la verdad santa, comunicándo-
nosla con sencillez y claridad, alentando al justo, reprendiendo al
pecador y avisándole de su perdicion ⁵. Hijo del hombre (dijo Dios
á Ezequiel, y en su persona á todos los predicadores), hijo del hom-
bre, yo te he elegido para celador de la casa de Israel; oírás las pa-
labras de mi boca, y las anunciarás á nombre mio ⁶. De aquí nace la
obligacion que les incumbe de esparcir la semilla de la divina pa-
labra en los oidos de todos, sin reserva, sin limitacion ni respetos;
procurando ilustrar los entendimientos, rendir las voluntades y con-

¹ Psalm. cxviii, 105. — ² Jerem. xxiii, 29. — ³ Hebr. iv, 12.

⁴ Sap. xviii, 15. — ⁵ II Cor. v, 20. — ⁶ Ezech. iii, 17.

quistar los corazones ; dispensando este manjar divino, tan sazonado y con tanta oportunidad, que aprovecha con fruto al sustento y perfeccion de las almas.

Como la divina palabra es un don soberano que nos remite el cielo, debemos agradecerlo con el mas profundo reconocimiento, acudir con prontitud á donde quiera que sepamos que se reparte ; permaneciendo, mientras se anuncia, con sumo respeto, encendiéndonos en vivos deseos de ejecutar lo que en ella se nos diga. Esta es la obligacion que tenemos los eclesiásticos y los seglares ; los grandes y los pequeños ; los amos y los criados ; los ricos y los pobres ; los hombres y las mujeres. Esta palabra con todos habla ; á todos tiene que dar enseñanzas é imponer deberes. Todas las edades, sexos y condiciones tienen que aprender en ella, y adoptar los dictámenes preceptivos que les prescriba. Por eso nos exhorta David á todos á que nos acerquemos á la misma, como luz divina que es, la única que puede disipar nuestras tinieblas y dirigir nuestros pasos para el acierto ¹. Como su distintivo es la *doctrina y la verdad*, á la manera del lema que estaba escrito en la lámina que con cadenas de oro pendia de los hombros del gran sacerdote ², tenemos la seguridad de que escuchándola oímos la verdadera y conveniente instruccion, adaptada á nuestra edad, á nuestro respectivo estado y á la condicion en que cada uno se halla ; y que á no aduñerarla el que nos la anuncia, siempre lleva el carácter de verídica, como procedente del mismo Dios, que ni puede engañarse ni engañarnos.

El eclesiástico oirá en ella los ordenamientos que se le prescriben para ejercitar debidamente su sagrado ministerio ; la instruccion que debe acompañarle ; el retiro que debe observar ; la pureza angélica que debe tener ; el buen ejemplo que debe transmitir, y la perfeccion á que debe siempre aspirar. El monarca la moderacion con que debe regir á sus súbditos ; el amor con que debe gobernarlos, y las consideraciones que deben acompañarle al ejercer el uso de su dominio ; y los vasallos á contenerse en los debidos límites de una humilde y resignada subordinacion. Los padres oirán el modo racional y cristiano con que deben educar sus hijos y gobernar su familia ; y los hijos aprenderán tambien en ella el deber que les incumbe, de amar, obedecer, reverenciar y socorrer á los padres. El juez oirá la forma en que debe administrar justicia sin doblegarse al influjo, á los empeños, sin obrar con prevencion, parcialidad ni per accepta-

¹ Psalm. xxxiii, 6. — ² Levit. viii, 2.

cion de personas; y los litigantes á defender sanamente sus pertenencias, sin cohechos, testigos falsos ni documentos fingidos. Los amos oirán que no deben mandar á sus criados con desprecio, fiereza ó insolencia, sino con la mayor dulzura; y los criados que deben ser custodios fieles de los bienes de sus amos, obedientes á sus órdenes, y resignados en el trabajo que les prescriban. Los ricos oirán que no deben poner su corazon en las riquezas, sino socorrer con ellas á los pobres á quienes deben mirar como hermanos; y los pobres á servir y agradecer á los ricos el socorro que les prodigan, y la paciencia que deben tener en sus necesidades. El comerciante escuchará la buena fe que debe siempre acompañarle en sus negocios; qué medios le son lícitos en sus tratos, y cuáles reprobados por la ley de Dios. El marido aprenderá el modo conveniente de portarse con su mujer, y esta con su marido. El justo aprenderá á no perder el tesoro de la gracia que posee, y el pecador la infelicidad en que se halla, por haberse entregado á los desórdenes de la culpa. En fin, en la palabra divina oirá toda persona cuáles han de ser sus obligaciones para con Dios y para con el prójimo; cuáles han de ser sus pensamientos, sus palabras y sus obras, atendida la diversidad de materias, segun los estados y diversidad de obligaciones.

Esta palabra anunciada por este ó el otro predicador, con mas ó menos talentos, con mas ó menos dotes para el púlpito, siempre es palabra divina, y por lo tanto merece el que por oirla se orille toda pereza, se avive la flojedad, enardeciendo el corazon para escuchar la publicacion de su anuncio, seguros de que siempre nos ha de instruir y encaminar por los senderos que guian á la salvacion. Reparad la solioitod que acompañaba á las turbas para seguir á nuestro divino Redentor, y oir las palabras de vida eterna que procedian de su boca. Salian de sus casas con precipitacion, dejando los quehaceres, las diversiones, el almuerzo, la comida si se hallaban en ella; le seguian sin que les sirviera nada de embarazo, se contemplaban felices en disfrutar de su presencia, quedaban gozosas cuando les predicaba, dando gracias por haberlas reservado para aquella época feliz, de oir de su boca la doctrina celestial que les anunciaba; y tan absortas se hallaban en el goce de estas dichas, que ni aun procuraban proveerse de alimento cuando el Salvador determinaba marchar de un punto á otro, recorriendo los pueblos y las ciudades. Veces hubo en que el Señor se vió precisado á hacer milagros para sostener y alimentar á tanta gente como le seguia, no temiendo

manjar alguno que llegarse á la boca. Bien sabido es aquel portento que nos refieren los cuatro Evangelistas de haber dado de comer á cinco mil hombres, sin contar ni los niños ni las mujeres, con solos dos peces y cinco panes que bendijo y multiplicó de tal suerte, que después de haber quedado todos satisfechos, aun se llenaron con el sobrante doce cestos ¹. Esto mismo debeis hacer vosotros, fieles mios, al saber que hay plática ó sermón, puesto que no hay otra diferencia de Jesucristo á nosotros que en la persona, no en la doctrina.

Desde el principio de ella hasta el fin de su anuncio habeis de estar con sumo silencio, atencion grande y sumo respeto. Si un monarca con quien os personárais os hablara, procuraríais estar atentos sobremanera, con una arreglada compostura y con una respetuosidad profunda, para informaros circunstanciadamente de cuanto os dijese y os ordenara. No solo estas, sino mayores consideraciones debeis todavía de observar quando Dios habla con vosotros, dirigiéndoos su palabra por boca del ministro que predica; porque al alcance de todos está la infinita distancia que media de un hombre, por mas grande que sea, al Omnipotente; de una criatura al Criador. Quisiera, pues, que en esta parte guardárais tanta atencion y respetuosidad como guardaron los del pueblo de Israel en Babilonia, al predicarles Baruc lo que Dios prevenia en el libro de la ley; que prestando con sus oidos y corazon una atencion suma, una gran modestia, se compungieron de tal suerte, que llegaron hasta derramar lágrimas, á entregarse al ayuno, á la oracion y á la penitencia ². ¿Con qué atencion, silencio y respeto no oyeron tambien los israelitas vueltos de la cautividad la palabra de Dios, que les anunció con buena pronunciacion, con una voz clara y con vigorosa energia por espacio de siete dias continuos el sacerdote Esdras desde el púl-pito que para el efecto se levantó? Atentos y silenciosos grandes y pequeños, ricos y pobres, amos y criados, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, todos se penetraron de su contenido, quedando tan compungidos que no podian contener su llanto, y resueltos á practicar cuanto en ella se les ordenaba ³.

Este es el mejor modo de oir la palabra divina, penetrarse de lo que previene y practicar lo que prescribe. La palabra de Dios anunciada y puesta en ejecucion, fieles mios, es capaz de moralizar y santificar no digo á un pueblo, á una ciudad, á un reino, sino al mundo todo. Bien convencido de estos efectos Josafat rey de Judá,

¹ Matth. xiv; Marc. vi; Luc. ix; Joan. vi. — ² Baruch, i, 5.

³ II Esdr. viii.

eligió sacerdotes y levitas que envió de misioneros, con algunos de los principales señores de su corte, á todas las ciudades de su reino, para instruir á sus moradores en los preceptos de la ley, hacerles entender lo que Dios mandaba, y exhortándolos á ejecutarlo todo en la forma que disponia, para apartar de sí la ira de Dios, hacerse dignos de este modo de sus infinitas misericordias, y alcanzar la felicidad de los justos ¹. La Iglesia nuestra madre está bien penetrada de estos mismos sentimientos, y por lo tanto nos impone bajo penas muy severas á cuantos nos hallamos al frente de las parroquias la obligacion estrechísima de anunciar con frecuencia esta palabra divina; y tambien manda é inculca á los fieles el deber que les incumbe de oirla, y hacer lo que ella ordena, para alcanzar así el logro del cielo. De aquí es que el Redentor califica de bienaventurados á los que no solo oyen la palabra divina, sino que practican lo que ella ordena ². La verdadera señal que caracteriza á las ovejas del Señor es no solo oír su divina palabra, y admirar el celo con que se nos proponen las verdades santas, sino en ser dóciles y ejecutar sus saludables preceptos ³. ¿De qué le serviría á un doliente postrado en una cama á impulsos de una enfermedad aguda y peligrosa el oír de boca de un facultativo que habia una medicina sumamente útil para el recobro de su salud, si no se resolvía á tomarla? ¿De qué le aprovecharia el tener noticia de su origen, saber la virtud admirable de su naturaleza, y los maravillosos efectos que habia producido en una multitud de enfermos, no determinándose él nunca á participar de su virtud intrínseca y natural? Aunque prorumpiese en continuos elogios y colmase de bendiciones á Dios, autor de la naturaleza que la produjo, bendijese la mano que la arrancó y la del que la trajo á su casa, nada conseguiria con esto mientras no se la aplicase llevado del deseo de su curacion y completa mejoría. Del mismo modo, pues, fieles míos, mientras nosotros no nos resolvamos de todas veras á aplicarnos las medicinas instituidas por Dios como eficaces, y que nos propinan los predicadores para curar radicalmente las dolencias que experimenta nuestra alma, enfermos como nos hallamos todos con la calentura de nuestros vicios, de nuestras pasiones y apetitos, no curaremos jamás nuestras enfermedades, nunca nos veremos libres de indisposiciones, y esto por mas que nos prescriban estas medicinas oradores tan grandes como san Juan Crisóstomo, ó misioneros tan fervorosos como san Francisco Javier.

¹ II Par. xvii, 7, 8, 9. — ² Luc. xi, 28. — ³ Joan. x, 27.

Ninguna comparacion tienen cuantos oradores y misioneros ha habido en el mundo con nuestro divino Redentor; y sin embargo de que muchas veces predicó á los judíos la ciencia que trajo del cielo, que repetidamente los instruyó en los misterios de su venida al mundo, desenvolviéndoles su doctrina, prometiéndoles con ella vida y salvacion, muchísimos de ellos por no adoptar sus máximas anunciadas se quedaron tan frios y malos como eran antes; y tan perdidos como nosotros nos perderemos, si solo nos contentamos con aplicar el oído á lo que se nos predica, y no procuramos seriamente poner en ejecucion lo que se nos prescribe, para que nos podamos salvar. ¿Qué mas? Los habitantes de la ciudad de Nazaret se habian quejado mucho de Jesucristo, porque no habia hecho en su patria alguno de los portentosos milagros con que habia llenado de asombro á la Judea: se les presenta al fin el Salvador, dulce, amoroso, benéfico, y en disposicion de hacer por ellos cuanto podian apeteer; y al instante que le ven con el libro de las santas Escrituras en la mano, empiezan á oír sus palabras y la explicacion que daba á los textos que leia, quedaron tan admirados, que se creeria haberle rendido ya sus corazones: todos cuantos asistieron á la sinagoga fijaron en él atentamente sus ojos, con demostraciones de pavor y afectos de reconocimiento, dando á sus palabras el alto grado de respeto y estimacion que merecia una cosa que ellos mismos conocian ser del cielo; pero como no trataron de hacer la aplicacion de la doctrina que les habia predicado, no quisieron abrir los ojos á la luz, ni hubo medio para que se rindieran á la verdad, antes bien se irritaron por la libertad con que les predicó; se quedaron en un grado de perdicion mucho peor que en el que anteriormente se hallaban ¹.

¿Cuántos del pueblo cristiano, fieles míos, parecidos á los nazareos, oyen de boca de los predicadores lo que Dios manda que se ejecute si se quiere conseguir el cielo, y esto no obstante se contentan con solo oírlo, sin ponerlo en ejecucion? ¿cuántos oyen la grandeza de los bienes que tiene el Señor reservados en la gloria para los que fielmente le sirvan en esta vida, sin que sea capaz este recuerdo de entibiarles la aficion á los placeres de la tierra, ni arrancarles un suspiro por los bienes del cielo? ¿cuántos oyen la desventura de aquel rico gloton que ardia en las llamas del infierno por no haber socorrido las necesidades del pobre Lázaro, llenándose de horror y de admiracion, sin que por eso sean mas misericordiosos

¹ Luc. iv, 16-30.

con los pobres? ¿cuántos oyen que sus costumbres deben conformarse con las reglas que prescribe el Evangelio, evitar los pecados que él condena y oponerse á cuanto inclina á su desobediencia, y no lo hacen? Resuena frecuentemente en los altares y en los púlpitos la palabra de Dios, de que los blasfemos, los vengativos, los deshonestos, los fornicarios, los adúlteros, los codiciosos, los usureros, los sacrílegos, como perversos pecadores están muy distantes de alcanzar el cielo, siguiendo la inmundicia de sus vicios, y hallándose envueltos en la asquerosidad del pecado; y esto no obstante siempre abundan las blasfemias, no se amortiguan los odios, no cesan las torpezas, siempre sigue el afán sin límites de acrecentar intereses terrenos y contentibles, continúan las usuras, pululan los sacrilegios, y no se pone coto á tantos y tan variados desmanes, vicios y pecados como detesta la santidad de Dios. A pesar de tantas amonestaciones, advertencias, exhortos, pláticas y sermones cómo se dirigen, siempre vemos que se antepone lo temporal á lo eterno, los gustos de la carne á los intereses del espíritu, y los bienes aparentes de esta vida á los eternos y verdaderos de la otra.

¿Cómo pensais vosotros que llegaron á florecer tan distinguidamente los cristianos de los primitivos siglos de la Iglesia? ¿cómo á subir á la cumbre de la santidad tanta multitud de confesores y vírgenes ilustres, como nos ofrecen aquellos felices tiempos, y otros, aunque no en tan abundante número, como nos presentan los anales eclesiásticos en los siglos siguientes hasta nuestros días? No de otro modo, fieles míos, que esmerándose en oír la predicación de la palabra de Dios; en escucharla con suma atención, y en practicar sus preceptos y consejos con presteza y con la mayor exactitud. La palabra de Dios siempre es una misma, porque no sufre modificaciones ni permite variedad alguna; los mismos maravillosos efectos, pues, que produjo en tantos producirá en vosotros, siempre que de todas veras os determinéis á ponerla en práctica. Hacedlo, pues, así, sin excusa y sin detenimiento. Salid de una vez del abismo de la culpa; retiraos de la confusa Babilonia del gran mundo; dejad las ocasiones del pecado; romped las fuertes ligaduras de la pasión, de la mala costumbre y de los respetos humanos; resolveos á buscar el reino de Dios y su justicia, en la oración, en la frecuencia de Sacramentos, y en el ejercicio de las virtudes, que estas os proporcionarán la gracia, prenda segura de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido, arrojémonos todos contritos y humi-

llados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor, pontífice sumo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, mas excelso que el cielo : por unos servicios y obsequios momentáneos nos prometísteis una gloria eterna. ¿Y hay entre nosotros quien se niegue á una servidumbre tan razonable, y á la rendicion de homenajes tan justos?

Sí, mi amable Redentor. Yo soy uno de los siervos infieles, que, léjos de someterme con gusto á Vos, me he rebelado frecuentemente : y en vez de practicar vuestros mandatos, mas bien me he adherido á complacer mis caprichos, á satisfacer mis apetitos y pasiones, ofendiéndoos con una série continua de pecados. ¿Por qué, Señor, no me quitásteis la vida antes que os ofendiese? ¿Y por qué despues me la conservásteis si os habia de volver á injuriar una y muchas veces? ¿Cómo no respetaba vuestra bondad tan amable? ¿cómo no temia vuestra justicia tan rigurosa? ¡Oh inconsideracion, oh temeridad la mia ! Pero ¡oh amor inmenso de Vos, dulce Jesús, que no obstante todas mis indignidades, me llamais todavía amorosamente para perdonarme ! ¿Para perdonarme, Señor y Padre mio? ¡Ah ! yo confieso que no merezco esta gracia, porque he sido y soy un infame traidor, que he rehuido vuestra amistad. Mis iniquidades, Señor, me confunden, y mis culpas me acobardan. Empero sois Padre de misericordia, y vuestro gusto es ejercitarla con todos los pecadores arrepentidos : lo que siendo así, compungido del dolor mas penetrante, digo que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE QUINCUGÉSIMA.

Las diversiones que se practican en el Carnaval son pecaminosas, y por lo tanto indignas de un cristiano.

Cæcus quidam sedebat secus viam. (Luc. xviii, 35).
Estaba un ciego sentado en el camino.

Si el cristiano contemplase tan detenidamente como debe, que Dios nuestro Señor le ha concedido una alma racional criada á su imágen y semejanza capaz de sus celestiales riquezas ; que por un beneficio especialísimo que nunca podrá suficientemente agradecer, hizo el que perteneciese á un pueblo que estima todavía mas que al de Israel, haciendo que naciese en el seno de aquella Iglesia que el mismo Jesucristo estableció á fuerza de penalidades, trabajos y milagros ; que constituido en ella adquiriese una ilustracion completa acerca de los divinos misterios, de cuyo conocimiento yacen privados muchos individuos esparcidos por el mundo ; si meditara como debe que en el centro de esta Iglesia tiene Sacramentos que hermoseen su alma y fortalezcan su debilidad ; medicamentos curativos y eficaces para sanar de cuantas dolencias se vea combatido su espíritu ; maestros abundantes que lo instruyan en los deberes que debe ejecutar ; si en fin reflexionara atentamente la posicion en que se halla, el alto fin de su destino, y la bienaventuranza para que fue criado ; en verdad que enajenado de alegría por hallarse en el goce de derechos tan excelentes, procuraria corresponder á las bondades del Omnipotente que tan liberal se mostró para con él, y cuidar de no desviarse ni un punto de aquella linea que le demarcó, para que así pudiera conseguir el cielo, cumpliendo en un todo su santísima voluntad.

Hay cristianos con efecto que agradecen cordialmente los beneficios que acabo de expresar, y no cesan en cuanto está de su parte el bendecir á quien tan cariñosamente los miró desde la eternidad. Los hay, quienes remontándose con la debida consideracion de hi-

jos de Dios, de tal modo imitan á su Padre celestial en el ejercicio de las virtudes, que mas parecen ya moradores del cielo que de la tierra, y se hacen acreedores á que se les tribute aquel elogio del Salmista : *Sois unos dioses, y os portais como hijos del Excelso* ¹. Empero hay otros por el contrario que orillando tales recuerdos, y menospreciando tan inefables beneficios, abatiendo cuerpo y alma á las cosas de la tierra, apenas hacen accion que no sepa á la bajeza de hijos de Adan. Estos no pierden coyuntura que se les ofrezca de satisfacer sus pasiones, andan tras los placeres ilícitos, y ciegos en el amor del mundo no desperdician ocasion que se les presente para entregarse de lleno á saciar sus depravados apetitos, á seguir las corruptelas y usos viciosos, y dedicarse enteramente á las diversiones por mas que abriguen, ó en ellas se crucen ofensas repetidas contra Dios. Semejantes al ciego de que (hoy) habla el Evangelio, como privados de la vista y de la claridad de la luz, metidos de asiento en la confusa Babilonia, aturridos con el tropel del mundo, no distinguen á Jesús ; y bien hallados en su ceguedad, no reparan en entregarse á todo género de desórdenes. A poco que repareis, veréis delineados en esta descripcion á los que en estos dias se entregan con exceso á las diversiones licenciosas, de las cuales me he propuesto hablar esta mañana. Yo procuraré haceros ver que *las diversiones que se practican en el Carnaval son pecaminosas, y por lo tanto indignas de un cristiano*. Puedè ser que no os agrade lo que os tengo que decir en este punto ; pero si he de satisfacer al cargo que la Iglesia me ha confiado, me es forzoso combatir los desórdenes y las culpas donde quiera que las encuentre. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

La ley evangélica, que por dicha nuestra profesamos, no es tan rígida que nos obligue á todos indistintamente á retirarnos de todo trato ó comunicacion con el mundo : no es tampoco tan austera, que nos precise á un ayuno riguroso y continuo por todo el año ; ni tampoco tan inconsiderada, que nos mande emprender un género de vida extraordinaria ; sino que su sabiduría y prudencia son tales, que queriéndonos salvar á todos (principal designio de sus miras), haciéndose cargo de la variedad de circunstancias en que cada uno se halla, deseando llevarnos á la perfeccion cristiana, é instruirnos en la sólida piedad, se cuida muy bien de guiarnos por un camino suave, fácil y muy acomodado segun la diversidad de personas,

¹ *Dii estis, et filii Excelsi.* (Psalm. LXXXI, 6).

edades, sexos y condiciones, cosa que motiva una sorprendente admiracion á quien detenidamente lo contempla.

A los que forzosamente se ven obligados á vivir en medio del mundo no les obliga á que estén siempre en una contemplacion elevada é incesante, en una oracion continua, en un recogimiento perpétuo ; antes bien les ordena, juntamente con el servicio de Dios, el que ejerciten algun empleo ó desempeñen algun oficio para conservar el rango de su casa, ó para sostener su familia ; y atendido á que un incesante trabajo pudiera gastar demasiado, ó derruir enteramente su naturaleza, á la manera que correria exposicion de romperse un arco flechero que siempre estuviera tirante, les permite para su alivio el descanso, los desahogos y recreaciones, con tal que no se opongan á lo que esta ley evangélica prescribe. Es cosa muy razonable el que una persona agobiada con el peso de un penoso trabajo corporal, cansada de una infinidad de negocios sérios, y fatigada con el desempeño de sus respectivas obligaciones, dé algun respiro y esparcimiento á su ánimo, alivie su cansancio, y con los divertimientos y recreaciones recobre las fuerzas corporales debilitadas con el trabajo anterior. ¿Qué mas? Hasta los maestros mas eminentes de la vida espiritual reputan como necesarios estos recreos y desahogos para la quietud y recreacion del espíritu, y aun para la conservacion de la vida. El apartarse algunos ratos del rigor con que se maceran los hombres de espíritu, y suspender aquella atencion en que viven ocupados dándose por algunos momentos al descanso de una recreacion y al alivio de un desahogo, puede convenirles muy mucho para emplearse despues mejor en la contemplacion, y entregarse á ella con mas viveza y mas de lleno. El gozar por algunos instantes de un aire libre, el pasear, entretenerse con algunos en una conversacion honesta, el ocuparse alguna que otra vez en el juego, en la caza, tañer de vez en cuando algun instrumento, cantar alguna cancion sencilla, sin mas que por recrear el ánimo, esto no lo prohíbe la ley divina, y lo permiten hasta los hombres mas fervorosos de espíritu : por manera que san Francisco de Sales imputa y califica de vicio el rigor de aquellos directores que no quieren tomar para sí, ni permiten que otros tomen ninguna recreacion honesta ¹. Es verdad que las recreaciones tanto para que se use bien de ellas, como para que no resulte viciosidad, deben ir reguladas con la prudencia comun, procurando sobre todo el no fi-

¹ San Francisco de Sales, en su *Introduccion á la vida devota*, parte III, cap. 31, segun la trad. de D. Sebast. Fernandez.

jar en ellas el corazon ; porque en este caso por mas honestas que fueran resultarian viciosas.

Ahora bien : las recreaciones que se usan en el tiempo de Carnaval en que estamos , ¿ las podremos calificar de desahogos inocentes del ánimo , de recreaciones sencillas , tomadas sin otro objeto que para aliviar el cuerpo de un penoso trabajo , de una larga série de variadas ocupaciones , ó aplicadas para espaciar inocentemente el espíritu , recargado con el servicio continuo de Dios ? ¡ Ojalá fuera así ! que en este caso no seria yo quien las condenara ; antes bien me veria precisado á tributarles con respeto el homenaje de mi aprobacion , por no incurrir en la nota de censor severo y director vicioso , como antes os decia con el dulce y siempre grande san Francisco de Sales ; pero al ver , fieles mios , que las recreaciones usadas en estos dias en el centro del Cristianismo son generalmente licenciosas , poco honestas , y que llevan por distintivo , ó cuando menos que les son inherentes las ofensas de Dios , no puedo menos de calificarlas de pecaminosas é indignas de un cristiano.

Apenas llegan estos dias , cuando el mercader cierra su tienda , el labrador abandona el arado , el carpintero deja por no pocas horas del dia las sierras y cepillos , el sastre sus agujas , los zapateros sus tesnas , el albañil sus llanas y pozales , y las mujeres la rueca , la media ó la costura. ¿ Y á qué fin el que cada uno arrincone los instrumentos de su oficio , suspendiendo su peculiar ocupacion y cesando en sus respectivas obligaciones ? ¿ A qué fin proceder todos tan apresurados en el sobreseimiento de sus quehaceres y labores ? Unos corren exhalados y con ciega precipitacion á vestirse de un traje desfigurado y ridiculo , y salir á la calle excitando la risa , la gritería , ó tal vez el escándalo de los espectadores ; y los otros para salir de casa á recrear la vista , y llenar el ánimo de ideas vanas , inmodestas y maliciosas , con la variedad de figuras que se les presentan á sus ojos.

Ya tenemos aquí , pues , unas personas desocupadas y ociosas , persuadidas con engaño que su estado , su empleo , su oficio , su edad , y sobre todo el tiempo de Carnaval en que se hallan , les dan licencia , y les atribuyen un derecho franco y absoluto para no usar de modestia en sus vestidos , moderacion en sus palabras , recogimiento en su vista , compostura en sus pasos , regularidad en sus acciones , ni guardar regla prudente en su conducta. Ya tenemos aquí unas personas olvidadas de Dios , entregadas con todas sus potencias y sentidos al contento que les produzca la diversion , al gusto

que les proporcione el placer, al saboreo que perciban del escándalo, y á la satisfaccion que les acarreen las alegrías de mundo. Personas que echando á un lado la solitud de su alma, y dejando como cerrados en casa los cuidados de su salvacion, constituyen al presente toda su felicidad en procurarse cuantos gustos imaginables puedan lograr; sin que nada les importe el que se hallen prohibidos por la ley de Dios, condenados por los santos Padres y anatematizados por los Concilios.

En estos dias vemos alejada la sensatez y cordura de los hombres mas maduros; vemos caer del semblante de las doncellas hasta aquí mas recatadas el velo de la vergüenza; las viudas se desprenden de la modestia; los jóvenes orillan el temor, la subordinacion y el respeto; y hasta vemos perder la gravedad á los ancianos. ¡Quién lo creyera! hasta las personas de mayor edad á quienes sus años y sus canas les están recordando la cercana y pronta habitacion en el sepulcro, quedan privadas de entendimiento; y como si hubieran perdido repentinamente el juicio, se entregan á las disoluciones y á todo género de locuras. *Video*, podré yo decir con san Juan Crisóstomo, *video non juvenes tantum, sed et senes insanire*¹. Sí, señores: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, grandes y pequeños, todos se dedican con furor á las alegrías de mundo, al embelesamiento de los placeres, al derrámen de la vista, al desórden de las palabras, á la inhonestidad de las acciones y al goce de las delicias mundanas. Infatuados con las chanzas, absortos con los chistes, embriagados con el gracejo de los equívocos, llenos de entusiasmo con la variedad de vestidos, diversidad de trajes, multitud de caricaturas, y tanta diferencia de gestos risueños y acciones chocantes, quedan extasiados contemplándose como ascendidos á region superior, como transportados á una esfera mucho mas alta que enteramente les satisface.

¿Y que os parece á vosotros que no puede haber recreo sin alejar la sensatez, sin que se pierda la racionalidad, sin apagar las luces del buen sentido y sin un pleno abandono á las extravagancias de una furiosa alegría? ¿que no puede haber recreacion deleitable sin que sean desordenadas las acciones, sin que en las conversaciones medien chocarrerías y chistes picantes, sin que haya lubricidad en las palabras y en los gestos, sin que el hombre se finja mujer y la mujer hombre? ¿sin que se inventen trajes que manifiesten ridi-

¹ Joan. Chrysost. in hom. LXXVII super Joan.

culez, indiquen extravagancia y respiren torpeza? ¿que no pueda haber diversion ni contento satisfactorio, si no se menosprecia la ley santa del Señor, si no se ahoga la razon, si no se conculcan las reglas de la modestia, si no se orilla la decencia, y si no se posterga el decoro? ¿ó por ventura llega vuestra obcecacion á tal grado, que creais de que no hay mal en estas cosas atendido el tiempo que corremos? ¡Ay, fieles míos! deponed juicios tan errados; puesto que es constante que hay recreaciones sencillas y honestas, y que así deben de ser para que no resulten viciosas como ya llevo dicho anteriormente. Además de que san Pablo expresamente dice, que os debeis guardar muy mucho de las extravagancias que se usan en estos dias en las acostumbradas diversiones, porque comprenden intrínsecamente desórden, relajacion, malicia y crimen¹; lo que siendo así, debeis absteneros de todas ellas para no labraros sin pensarlo vuestra eterna condenacion. *Ab omni specie mala abstinete vos*².

Hasta de aquí ya habréis podido observar que no he salido todavía de las calles y de los parajes públicos, donde el descaro siempre procede aun con algo de consideracion y timidez, y la licencia se contempla como trabada con la publicidad; pero si entramos en las casas y en los puestos retirados, y fijamos la atencion en aquellas reuniones nocturnas, iluminadas las mas de las veces con sola la luz de un... candil, ¿qué diremos? ¡Ah, fieles míos! aquí ya cambia de representacion la escena. Aquí ya parece que el manto de la noche, la poca claridad que para todo el local suministra la luz, la mas íntima familiaridad que reina, el mútuo encuentro de unos y otros, la intercalacion de hombres entre mujeres, el tropel, la confusion, la algazara; todo este conjunto de cosas les parece á los concurrentes que les confiere un salvoconducto para decir y ejecutar cuanto de chocante, desvergonzado é inmoral les sugiera su imaginacion; que los autoriza para alejar de ellos todo remordimiento, y tener una gloria en manifestar á las claras todo género de desenvoltura, de disolucion y libertinaje, aplaudiendo los vicios, canonicando la criminalidad de las acciones mas indecentes, y aprobando los desórdenes mas clásicos, usando manejas lascivas, juegos peligrosos y satisfacciones desvergonzadas, ejecutándolas sin reparo, sin rubor, con satisfaccion, y lo que es mas á su parecer sin que les remuerda la conciencia.

¿De dónde puede nacer, quién puede sugerir sino el enemigo co-

¹ Ephes. v, 3, 4. — ² I Thes. v, 22.

mun de nuestras almas unas licencias tan depravadas que se alimentan mas que de la inmodestia, de la liviandad, y de un total desarreglo de costumbres, cohonestando la fealdad de estos excesos con el especioso artificio de juegos ingeniosos y bailes ordinarios, comunes al tiempo en que nos hallamos? Sí, señores; yo en él encuentro el origen de esa invencion de chascos, de esa prolacion de chanzonetas con que unos y otros, hombres y mujeres, se dicen y corresponden en tales ocasiones; ¿y cuántas huyendo del conurso á pretexto de una persecucion fingida á una estancia separada y oscura, sueltan allí desenfrenadamente la rienda libre al furor de las pasiones, cometiendo lo que la decencia, y mas que todo, este lugar santo me impide el decir? ¿Y qué añadiré de los bailes, sin los cuales se diria que no habia habido Carnaval? En estos dias no hay noche sin baile, ni baile sin disolucion, hasta las doce ó la una por lo menos. Los bailes, fieles mios, en la forma que se ejecutan en este tiempo en que las pasiones están mayormente desencadenadas y desenfrenados los apetitos; los bailes celebrados en estos dias en que las jóvenes se presentan ataviadas con el mayor esmero que pueden en su clase, en que reina la desenvoltura de los movimientos, en que los sentidos se espacian á sus ancluras, en que infunde deleite la suavidad y dulzura de la música, extasia el incentivo de las canciones picantes y lascivas, en que circulan las miradas libres, y encienden los encuentros estudiados entre personas de diferente sexo con todo el restante conjunto de ocurrencias que se ofrecen en ellos; los bailes, digo, que se celebran en esta forma, cualquiera razon calmada los calificará de malos y ofensivos á Dios sobremanera. Si damos un paso mas y nos fijamos en aquel lance bastante corriente, en que apagándose la luz por casualidad ó mejor dicho por malicia, ó de intento, nace una confusion y se origina un desorden fácil de describir, sí, pero que yo rehuyo el circunstanciar, porque aun de solo recordarlo se mancha la imaginacion, no hay lengua por elocuente que me la queráis suponer que sea capaz de enumerar la infinidad de pecados que se originan y se cometen.

Esto es lo que realmente acontece. ¿Y os persuadiréis vosotros que porque las leyes politicas del reino permitan en estos dias los divertimientos, quedan ya por eso autorizadas las ofensas contra Dios? ¿Qué errado juicio seria el vuestro si así pensárais! Suponed para vuestro mayor convencimiento, que unos cuantos enmascarados robaran á uno ó mas vecinos, ó se pronunciaran contra el se-

berano, ó que sus gestiones tendieran á derribar la forma de gobierno que hoy nos rige; ¿las leyes no reputarian estos procedimientos como criminales? ¿no tratarian de castigarlos con rigor? Sí, señores, y con justísima razon. Pues, á este mismo modo, aunque la ley evangélica permite las diversiones, no autoriza los delitos, antes bien acrimina los pecados y toda ofensa contra Dios; y el que así se porte, no olvide que tarde que temprano será castigado con rigor por el Señor que á todos nos ha de juzgar. A un enmascarado le parece que la careta ó solo su disfraz le da un título para beber hasta el exceso, para entregarse á la gula con demasia, para ofender á un vecino con chanzas pesadas, para detener y aun maltratar á un pasajero, y para tocar licenciosamente á toda clase de mujeres. Y ¿que es esto lícito? ¿Se ha de perder la moralidad que tanto debe brillar en un pueblo culto y cristiano sobre todo? ¿Se han de desterrar de aquí las máximas de la Religion pura que heredásteis de vuestros padres con la sangre, y cuyo beneficio os confirió Dios por su divina gracia? No, fieles mios, no: ni yo puedo dejar de acriminar estos excesos, ni vosotros podeis menos de reconocer el desórden que encierran, y por lo tanto la obligacion que teneis, no solo de absteneros de ellos, sino de odiarlos con un santo enojo, desterrándolos para siempre, y no volviéndolos á ejecutar jamás. Si no conociérais la fealdad y malicia que abrigan, mucho me temeria de vosotros, porque sé por san Bernardo que *el enfermo que no conoce su mal, está en el mayor peligro*¹. Si conocido todo esto no tratárais de evitarlo, se aumentaria mas y mas mi temor, al ver que os era indiferente el salvaros ó condenaros.

Empero deseosos como estais de conseguir el cielo, es preciso que guardéis moderacion, y que la modestia resplandezca en todas vuestras operaciones. Convencidos de que cuantas extravagancias se practican en este tiempo llevan consigo la ilicitud, no las useis jamás: destiérrense de un pueblo cristiano estos usos emanados del paganismo: desaparezca de vosotros para siempre todo disfraz ridículo ó indecente: no os ocupeis nunca en esos divertimientos chocarreros, en esos bailes nocturnos y en esas licencias que hasta de aquí se han usado de dia y de noche: léjos de vosotros los cuentos deshonestos, los juegos de manos, las palabras libres, las canciones licenciosas y cuanto desdiga de la ley santa que profesamos. Todo cristiano, cuya vida debe ser ejemplar y santa, ha de detestar los vicios y aborre-

¹ *Æger sese non sentiens, periculosius laborat.* (Bern. I de Consid. c. 1).

cerlos mas que á la muerte, y mas aun que al mismo infierno. Todo cristiano, para vivir conforme á la santidad de su nombre, ha de mirar necesariamente con el mayor horror todo lo que es pecado, debiendo aborrecerlo con mayor odiosidad que Absalon el atentado de Amnon, Sanson la iniquidad de los filisteos, y la irreligiosidad de los hebreos el insigne Matatías. Sin perder jamás de vista que si Dios nos llamó á la vida cristiana fue, no para que nos entreguemos licenciosamente á los deseos de nuestros depravados apetitos y al desfogue de las pasiones, alimentando á estas y á aquellos con los excesos criminales de estos dias, cuya variedad os he particularizado; no para complacernos con la inmundicia de los vicios, sino para refundir todos nuestros esfuerzos en practicar obras buenas que nos puedan salvar. *Non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem*, dice el apóstol san Pablo ¹. Contemplemos que no tardará mucho en venir para nosotros aquella noche tenebrosa y temible del fin de nuestra existencia en que ninguno podrá trabajar ya para adquirir su salvacion ², porque ella terminará el tiempo de merecer ³. Reflexionemos que dentro de pocos dias nos hallaremos á las puertas de la eternidad para caer en manos de Dios vivo que nos juzgará con el mayor rigor, teniendo en cuenta todos nuestros pensamientos, palabras y obras, reconviniéndonos por las locuras del Carnaval, por el malogro del tiempo, y sobre todo, por tantos crímenes tan ofensivos á sus divinos ojos, cometidos en estos dias, fallando por último la sentencia de nuestra eterna condenacion. Estos pensamientos son los que continuamente nos deben de acompañar. Ellos son los que nos deben impulsar á obrar siempre bien, caminando sin el menor desvío en el curso de nuestra vida, y adelantando cada dia mas en la práctica de las virtudes, para merecer con ellas el logro de un asiento distinguido en las moradas felices de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña, por tantas ofensas como hasta de aquí hemos cometido tan desagradables á los divinos ojos, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: si un cristiano debe vivir como discípulo vuestro practicando lo que hicisteis y enseñasteis; si su obligacion par-

¹ I Thes. iv, 7. — ² *Venit nox, quando nemo potest operari.* (Joan. ix, 4).

³ *Tempus non erit amplius.* (Apoc. x, 6).

tiular es la de velar todos los dias y todas las horas sobre sí mismo, caminando siempre á la perfeccion ; ¿dónde ha estado mi juicio hasta de aquí cuando léjos de proceder en esta forma, me he inclinado mas bien á prostituirme en la licencia de los vicios con ultraje de vuestra Majestad siempre adorable?

¡Ah, mi amable Redentor! cuánto siento ahora el haber corrido hasta de aquí en el desenfreno de mis pasiones! ¿Podia acaso esperar que mi relajacion me proporcionase un durable bienestar? ¡Oh presuncion lastimosa! ¡oh yerro el mas clásico y el mas enorme! Dejar á Vos por seguir el mundo, amar la vanidad y desestimar lo precioso del cielo; correr tras los vicios y despreciar las virtudes, seguir al demonio y abandonaros á Vos. ¡Ah Padre amorosísimo de mi alma! Dios supremo y adorable, piélago de perfeccion y de felicidad, aquí teneis rendido ya á vuestras plantas á quien no ha sido hasta de aquí mas que un hijo desnaturalizado, un cristiano rebelde, y un hombre perdido y abandonado. Pero puesto que abro ya los ojos á la luz, iluminad la vista de mi entendimiento; guiad mis vacilantes pasos; sostenedme en la carrera de este mundo; enardecedme en vuestro amor; quebrantad este mi corazon de piedra: partid por último esta mi alma de sentimiento cuando digo de todas veras que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

La vigilancia suma que nos debe de acompañar en cuantas tentaciones nos sugiera el enemigo.

Ductus est Jesus in desertum à Spiritu, ut tentaretur à diabolo. (Matth. iv, 1).

Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu Santo, para ser allí tentado por el diablo.

¿Quién pudiera, fieles míos, persuadirse, á no decirlo el Evangelio (de este día), que el demonio enemigo cruel de nuestras almas fuese tan osado, que llegase su temerario atrevimiento hasta tentar á nuestro divino y adorable Redentor? Enorgullecido el enemigo común de nuestras almas con el poder que ejercía en la tierra hasta la venida de Jesucristo, creyó sin duda sacar de él el partido que acostumbraba con otros. Lleno de soberbia al contemplarse en el mundo como señor que lo pasea libremente, sin que haya nadie que detenga sus pasos; como todos los vivientes le temían quedando atemorizados al sonido de su voz, á la manera que quedaban des-pavoridos los israelitas al oír las amenazas del gigante Goliat¹; como la experiencia le demostraba que hablando él todos callaban, que sus preceptos eran obedecidos, y que su culto estaba difundido extensamente en la tierra; como para él el hierro era como una débil paja, el bronce como un leño podrido, y las piedras que le arrojaban se ablandaban como la estopa, no habiendo tampoco saca ni lanza que lo pudiese herir; en una palabra, como en la tierra no había poder para resistirle, se atrevió hasta acometer á nuestro dulce Jesús; pero en él quedaron embotados sus tiros, desvanecidas todas sus astucias, deshechos todos sus planes, aniquilada su fuerza, y destruido su poder.

Es ciertísimo que el demonio nunca hubiera podido tentar al Salvador, si este no lo hubiese querido permitir: en lo que convino, á

¹ I Reg. xiv, 24.

la manera que después permitió el que los escribas y fariseos lo acusasen y escarneciesen ; que el ingrato Judas le vendiese ; que Pilatos lo condenase, y que los verdugos por último, después de haberle atormentado de mil modos, le quitasen la vida en una cruz. En esta licencia que el Señor dió al demonio para que le tentase, vemos resaltado su divino poder ; pues allí encontró el espíritu maligno su deshonra, su confusión y vencimiento ; suministrándonos en esta ruina del enemigo enseñanza la mas instructiva para conocer sus ardidés, oponernos á sus embates, y resistir sus malignas sugestiones : ofreciéndonos asimismo un ejemplo el mas luminoso para vencerle en cuantas tentaciones solicite nuestra caída. Es verdad que en Jesucristo, como que no sólo era hombre, sino Dios al propio tiempo, espejo de la inocencia, origen de la justicia, y fuente de toda la gracia y santidad, no pudo introducir en él las especies malignas de la tentación, al paso que en nosotros como que nacemos hijos de ira, y reina en nuestra naturaleza el desorden de las concupiscencias, nos tienta ya por medio de objetos provocativos que presenta á nuestra vista, al oído y al tacto, ya también excitando interiormente especies que acaloran nuestra imaginación, perturban el entendimiento y alteran la sangre ; naciendo de aquí rebelión en las pasiones, desorden en los apetitos, y una multitud de pensamientos, palabras y acciones pecaminosas. Mas no por esto nos debemos acobardar, teniendo un valedor tan poderoso como es Jesucristo, ó sea su divina gracia que nunca nos faltará, haciendo nosotros lo que esté de nuestra parte. Es muy varia y continua la guerra de tentaciones que nos presenta en la vida este enemigo cruel ; pero á nosotros nos incumbe el vivir siempre vigilantes, para que conociendo su malicia, no consiga de nosotros sus depravados intentos. Advirtiéndole sus tentaciones, y no accediendo á sus deseos, no caeremos en la culpa, consiguiendo así de él una completa victoria. Este es el ejemplo que nos dió nuestro divino Redentor, y el que debemos imitar y seguir en un todo. Para el efecto, os voy á demostrar ahora *la vigilancia suma que nos debe de acompañar en cuantas tentaciones nos sugiera el enemigo*. Mientras lo hago con el favor de Dios, estan atentos.

Job, aquel hombre extraordinario que hizo brillar tanto sus heroicas virtudes en medio de un pueblo gentil, y que fue suscitado por Dios para presentarlo como modelo de paciencia á los siglos venideros, aleccionado por la experiencia de un sinnúmero de tentaciones con que le combatió el espíritu maligno, afligido con el grave peso

de tribulaciones las mas duras , no vaciló en asegurar que la vida del hombre en este mundo no era otra cosa en realidad que una guerra continuada. *Militia est vita hominis super terram* ¹. A la manera que invadido y ocupado un país por numerosos ejércitos enemigos no se goza tranquilidad en las casas , quietud en los pueblos , seguridad en las ciudades , ni aun descanso en las fortalezas , porque el furor enemigo todo lo invade , nada respeta , con todo se atreve , allanando las casas , incendiando los pueblos , bombardeando las ciudades , y hostilizando sin cesar los castillos ; del mismo modo el hombre no puede alcanzar reposo en esta vida , estando rodeado de enemigos declarados que no cesan de hostilizarle en la soledad y en la compañía , en casa y en el monte , en poblado y en desierto ; sin respetar su estado , su edad , su sexo , ni su condicion por mas elevada que sea.

Bien penetrado tambien el Sábio de la poca quietud que se alcanza en esta vida , lleno de compasion á favor de los vivientes , deseoso de aliviar sus penas , dándoles instrucciones para que vivan prevenidos , exclama : Viadores , cuantos caminais las sendas trabajosas que guian á la inmortalidad , no esteis en la persuasion de que habeis de gozar en este mundo un reposo tranquilo y constante : la ignorancia de lo que os ha de suceder pudiera perjudicaros muchísimo , así como un errado dictámen que pudiérais concebir nacido de vuestra inexperiencia : por lo tanto os advierto que no faltan enemigos que os hostilizarán de continuo ; por lo que , vivid en una suma vigilancia , preparados y siempre alerta , pues no os faltarán muchas , variadas y continuas tentaciones : el demonio os tentará con sus malignas astucias ; el mundo con sus malos ejemplos , y la carne con sus perversas inclinaciones. Esto es lo que os sucederá ; no echeis en olvido estos consejos , y estoy seguro de que si tratais de servir á Dios , me los habeis de agradecer. *Fili accedens ad servitutem Dei... præpara animam tuam ad tentationem* ².

Con efecto : el hombre tan pronto como es arrojado á la morada de la tierra y abre los ojos del entendimiento , se encuentra rodeado de una multitud de lazos y expuesto á cada instante al precipicio de mil peligros. Nosotros , fieles mios , podríamos lamentarnos amarga y sentidamente , si esta plaga nos combatiese únicamente á nosotros , por ser su origen muy reciente , no conocido en tiempos pasados , ó porque reinase tan solo en el punto en que nos hallamos , á la ma-

¹ Job, vii, 1. — ² Eccli. ii, 1.

nera de ciertas enfermedades locales ; pero no : esta calamidad es tan antigua , que data desde el principio del mundo ; y tan universal , que todos gimen bajo su peso , sin que nadie quede exento de sus formidables embates.

Criados por Dios nuestros primeros padres Adan y Eva en un estado perfecto de inocencia y santidad , los colocó en un jardín delicioso , que la Escritura llama paraíso terrenal. Constituidos en este estado y lugar , ¿quién se persuadiría que habian de experimentar allí tentacion la mas mínima ? Pues , sí , señores : el demonio que por su soberbia habia caido ya al infierno , envidioso de su dicha , los tentó con el perverso fin de hacerlos infelices como él era ; tentó á Eva primeramente : esta tentó á su marido Adan , y ambos cayeron en la tentacion , comiendo del fruto que Dios les habia prohibido bajo penas muy severas , que experimentaron muy luego , que las sintieron hasta la muerte , y que el mundo todo llorará hasta el día último de los siglos. El patriarca José fue tentado por la mujer misma de Putifar , ministro y general de los ejércitos de Faraon rey de Egipto , dueña á quien servia. El pacientísimo Job encontró en su propia mujer y en sus mejores amigos fuertes y continuas tentaciones. Tamar , hija del rey David , princesa de singular hermosura , fue tentada por su hermano Amnon. El piadoso Tobías , por sus mas próximos parientes. La casta Susana , por los jueces mas caracterizados de su nacion. ¿Qué mas ? San Pablo , aquel apóstol que tanto habia trabajado por la gloria de Dios , y que habia sido arrebatado hasta el tercer cielo , donde adquirió una perfecta inteligencia en los misterios mas profundos ; este glorioso Santo , que tuvo tantas y tan inesfables revelaciones , se vió atacado de la tentacion de aquel vicio que hasta en su nombre respira indecencia. Veréis tambien á los Antonios combatidos de tentaciones , hasta en las mas tristes soledades del Egipto. A los Jerónimos , en las cuevas santificadas de Belen. A los Benitos , en los desiertos mas tristes de Sublago ; y á las Magdalenas de Pazzis , y á otras mil vírgenes , en los claustros de la religion.

El enemigo de nuestras almas no respeta personas , tentando á estas hasta en los lugares mas santos. Con el fin de lograr su objeto , que es la perdicion de ellas , examina el temperamento ó complexion de cada una : se hace cargo de su genio , se impone en los gustos á que propende ; y se entera de las inclinaciones que le dominan para combatirla por aquella parte que sea mas acomodada á recibir sus dañados influjos. A la manera que un astuto cazador agota to-

dos los esfuerzos de su ingenio para inventar y tender redes cubiertas con sagacidad, colocándolas con mucho artificio para coger en ellas á los incantos pajarillos; del mismo modo el enemigo de nuestras almas no perdona artificio, medio, ocasion ni diligencia, para prendernos en las redes de las tentaciones que nos tiende.

Atendida, pues, su artificiosa sagacidad, es forzoso que vivamos siempre con cautela, con prevencion, y con la mayor vigilancia. Bien penetrados de lo miserable que es la condicion de nuestra naturaleza, de lo frágiles que somos, y tan débiles, que un soplo es bastante para inficionarnos, que un ligero viento nos puede bambolear; que una palabra, un pensamiento, un deseo es suficiente para derribarnos; contemplando asimismo que no hay accion sin lazo, pasiones sin tropiezo, ni pasos sin peligros, debemos siempre estar en una suma vigilancia acerca de nuestra conducta y procedimientos, rechazando las sugeriones del enemigo en el mismo instante en que nos las dirija, por mas insignificantes que aparezcan, por solapadas que sean, y por mas dulces que nos las presente en la dorada copa de su sagacidad y malicia; nunca olvidando que abrasada nuestra naturaleza en el fuego de la concupiscencia y del error, por el pecado original en que nacemos, quedó como una yesca que prende á la menor impresion del fuego. Es un fósforo que, compuesto de ingredientes combustibles los mas activos, á la mas ligera colision se enciende, abrasa y consume. Una chispa de los dones que Naaman ofreció al profeta Eliseo, y que este no quiso recibir de ningun modo, saltó al corazon de su criado Giezi, encendiendo en él el fuego de una mortal codicia; pero bien pronto se vió plagado de una lepra que cubrió todo su cuerpo ¹. Inflamada la pasion de David por sola una mirada que desde su galería despidió á una hermosa mujer llamada Betsabé, se vió su corazon bien pronto feamente manchado con el detestable pecado del adulterio. Del ungüento que derramó la Magdalena en los piés de Nuestro Señor Jesucristo saltó una centellá al corazon de Judas que levantó en su interior un horroroso incendio de codicia, de traicion, de vileza y de abandono. Muy acertadamente dijo el apóstol Santiago, que un ligero chispazo es capaz de abrasar y reducir á cenizas un bosque, por muy grande que sea. *Ecce quantus ignis quam magnam silvam incendit* ².

¡Qué vigilantes, pues, no deberémos vivir, y con cuán esmerada

¹ IV Reg. v. — ² Jacob. iii, 5.

solicitud para repeler pronto toda sugestion que el enemigo nos sugiera , por mas insignificante que sea ! Insignificante era , y muy mucho para las riquezas y haberes que tenia el rey Acab , la pequeña viña del pobrecito Nabot ; pero el demonio le introdujo en su corazon un deseo ardiente de poseerla , y aumentarla á los jardines de su palacio. No pudiéndola adquirir como apetecia , se iba encendiendo en él mas y mas la pasion de poseerla , hasta que inflamada , y estallando estrepitosamente como la pólvora , atropelló con todos los fueros de la razon , de la justicia y de la equidad que tanto debe distinguir á la soberanía real , quitándole la viña á aquel infeliz , y con ella juntamente la vida ¹. ¿ Cuántas veces por falta de vigilancia una sola palabra , un ligero pensamiento , un deseo , una accion insignificante promueve en el corazon del hombre una agitacion violenta , que viene á terminar con el infortunio de los mayores excesos ? ¿ Qué cristiano habrá , pues , que teniendo precision de andar por un camino sembrado todo de espinas , no procure llevar siempre sus piés cubiertos de un calzado que no le puedan penetrar ? ¿ Quién , siendo paja , no vivirá temeroso de quemarse habitando en la region del fuego ? ¿ Quién seria tan estúpido que no previniese sus armas , sabiendo que habia de cruzar pasos donde pudiera estar emboscado su enemigo ? ¿ Y quién , os diré por último con Jesucristo , sabiendo , ó teniendo fundados motivos para creer de que habian de venir ladrones , y asaltar su casa á una hora determinada , no la pasaria vigilante y prevenido , para que no pudieran alentar contra su vida ó sus intereses ² ? Pues aquello que procuraríamos evitar , y esto último que procuraríamos hacer , consultando por el bien de nuestro cuerpo ó de nuestros intereses terrenos , debemos hacer mucho mejor á beneficio de nuestra alma y de los bienes del cielo ; viviendo siempre vigilantes , para que el enemigo no nos robe las riquezas de la gracia , ó nos precipite con sus tentaciones á lo que expresamente tenemos prohibido por la ley de Dios.

¿ A cuántos no ha precipitado por falta de esta vigilancia ? ¿ Cuántos no lloraron la amargura de los manjares que les alargó , suministrándoselos bajo la apariencia de un cebo dulce , quedando prendados en el anzuelo que envuelto en él les escondió ? ¡ Ay fieles míos ! muchos , muchísimos fueron víctimas de sus astucias por falta de cautela y vigilancia , entregándose sencillamente y con el mayor candor al dolo de sus palabras , á la creencia de sus promesas , al in-

¹ III Reg. xxi. — ² Matth. xxiv , 43.

centivo de sus halagos, y á la falaz dulzura de sus persuasiones. Unos quedaron asidos en los lazos que les preparó bajo las apariencias de una necesidad, ó de adelantar en sus intereses, para que quebrantaran la observancia de los dias festivos, siendo así que están destinados por Dios para la cesacion del trabajo corporal y la práctica de obras de religion y piedad. Otros se entregaron de lleno á la codicia y al endurecimiento de sus entrañas para con los pobres, como aquel rico gloton que no se compadecia de las miserias del pobre Lázaro. A estos les sugirió un robo ó una defraudacion disimulada para salir de los apuros urgentes que los apremiaban. A aquellos los precipitó en las deshonestidades mas vergonzosas, en los tocamientos mas feos y en los adulterios mas detestables, halagándolos con la idea de un placer delicioso, y con el goce de una hermosura robadora de las atenciones de todos, capaz de satisfacerlos, enajenarlos, y de hacerlos felices. Siempre artificioso en sus marchas, segun la variedad de pecados que quiere se cometan, presenta con sagacidad á los que tienta ejemplos de otros pecadores que los cometieron igualmente, y se salvaron. A los defraudadores les ofrece á su imaginacion el ejemplo del buen Ladron que, á pesar de sus robos y atropellos en que se ejercitó durante su vida, por último lo llevó Jesucristo al cielo á reinar juntamente con él. A los adúlteros les ofrece la memoria de David, que incurrió igualmente en ese pecado y que tambien se salvó. A los de una vida estragada y licenciosa les recuerda los extravíos, las torpezas y excesos del hijo pródigo, el que por último fue amorosamente recibido por su padre. Aduce el ejemplo de Manasés, del Publicano, de la Magdalena. Les dice que el Omnipotente es tan amante de sus criaturas, que no quiere que perezcan en su pecado, sí es que por el contrario el que vivan, y que por último se salven. Les persuade que ocultándose de la vista de los hombres, no hay quien pueda ser testigo de sus culpas ni echárselas en cara; y que al fin se alcanza un cumplido perdon, manifestando al confesor los pecados que se cometan, por muchos y grandes que sean.

¿Qué os parece de tales ardidés? Valiéndose de estas y otras mil astucias ha engañado á infinitos, los cuales lloran, y llorarán para siempre su caída fatal debida á su candidez y poca cautela. La desgracia de unos debe servir, fieles míos, de escarmiento para otros. Por lo tanto, debeis de abrir los ojos del entendimiento para advertir el veneno que propina con esta taza dorada. Segun lo que suenan estas palabras suyas, son dulces; pero deteneos en su contemplacion, y ad-

vertiréis que producen frutos amargos. Presentan, sí, una cara halagüeña donde está delineado el bien; pero él, malicioso siempre, no da vuelta al cuadro para ver en el reverso los horrores del mal, y la infelicidad que se acarrea el que se abalanza á ejecutarlo. Muy sensible seria el que os alucinara haciéndoos esclavos de la culpa, por no alcanzar la doblez que abriga sus engañosas palabras. ¿No seria el mayor desacierto el fiaros de un impostor que no desea mas que engañaros, y anda solícito procurando vuestra ruina y vuestra eterna perdicion? Él dice á todos que les dará gustos cumplidos, vida larga, y por último un dichoso fin, cuando no procura mas que esclavizarlos y hacerlos reos de una muerte fatal. Él, para incitaros á pecar, os presentará como á muchos el ejemplo de David, el del Publicano, y el del malhechor crucificado con Jesucristo; pero tendrá mucho cuidado en no recordaros la numerosa multitud de adúlteros, publicanos, ladrones y deshonestos que han sido condenados rigurosamente por la justicia de Dios. No os traerá á la memoria el espantoso castigo que hizo con Onan por un pecado torpe que cometió, quitándole la vida en el mismo acto en que lo hizo. No os recordará el terrible estrago que ejecutó el Señor en las ciudades de Sodoma y de Gomorra por los pecados nefandos que cometian sus habitantes, y que á vosotros os puede castigar del mismo modo si cometeis algun pecado.

Él instiga, tienta y persuade á que en ciertas ocasiones se defraude al prójimo; á que no se oiga misa, y á que se trabaje algun dia de fiesta, porque esto quedará impune y sin saberse; á que se talen los frutos ó las mieses de un vecino á quien se tiene envidia, ó se mira con aversion, porque haciéndolo esto de noche, nadie tendrá noticia; á que se ejecute un pecado feo, porque allí no hay mas testigos que las paredes que no hablan; á que se cometa una fornicacion ó adulterio, por ser en ocasion en que duermen con sueño profundo los convecinos, sin que ninguno se aperciba de lo que se hace; ó siendo fuera de poblado, porque no hay persona en los alrededores que lo pueda ver; ó por ser á una hora en que no hay mas testigos que las tinieblas con su oscuridad, y á lo sumo las estrellas con su escasa luz, las cuales no lo publicarán. Él os aconsejará á vosotros como á los demás, que obreis del mismo modo, constituidos en iguales circunstancias, os tentará á que os abalanceis á cometer el pecado, porque con las referidas seguridades ha de quedar oculto, y que alcanzaréis el perdon con solo manifestarlo á un confesor, quien nada puede decir ni hablar de él. Pero ¿os dirá lo

que comunmente sucede despues de haber cometido un delito quebrantando la ley de Dios? ¡Ah! eso no entra en el compuesto de sus planes de artificio y engaño. No os dirá seguramente lo que debeis de saber; y es, que Dios hace muchísimas veces el que por unos medios raros é impensados lleguen á saberse las culpas y delitos que muchos cometen estando confiados en que nadie podrá tener la mas mínima noticia de ellos: unas, para que les causen vergüenza y confusion; y otras, para que expien justamente sus iniquidades. Moisés creia, cuando mató á un egipcio, que nadie lo habia visto ni que se podria rastrear el ejecutor de este homicidio, y queriendo pacificar el dia siguiente á dos parientes suyos que reñian acalorados, uno de ellos le echó en cara la muerte que habia hecho el dia anterior, diciéndole: Qué, ¿quieres matarme á mí, como ayer mataste al egipcio ¹? Saul juzgaba que estaba solo y seguro en una cueva, y David lo estaba observando y veia con cuatrocientos soldados ². Tambien creian los setenta ancianos que ofrecian y quemaban incienso á unos insectos viles, que nadie los podia ver por la mucha densidad de humo que allí habia, y el profeta Ezequiel los estaba viendo distintamente muy de cerca, disponiéndolo Dios así, por la rendija de una pared ³.

Y en fin, fieles mios, aunque ciertas culpas ó delitos pudieran quedar ocultos sin saberse entre los hombres, ¿cómo se podrán ocultar de la vista perspicaz del Señor, cuyos ojos son mas resplandecientes que el sol, como dice el Sábio, y siempre están viendo no solo los procedimientos de los hombres, sino que oye sus palabras, y alcanza hasta los pensamientos mas secretos de su corazon, registrando asimismo los profundos del abismo ⁴? El enemigo halaga con la idea de que cometidas las culpas, está todo hecho con decir las en la confesion; pero no añade lo que jamás debeis olvidar: que tan pronto como se ejecutan cubren de vergüenza á todos; y muchos tienen tal repugnancia en confesarlas, que por no hacer revelacion de ellas en aquel santo tribunal, permiten durante su vida cometer infinitos sacrilegios, y el que bajen sus almas al infierno, callándolas aun en el trance terrible de la muerte. Si: esto es lo que debia decir el enemigo si quisiera pasar por verídico é ingénuo; pero siendo el inventor del engaño, el padre de la mentira, mal podrá hallarse en sus labios la verdad. A nuestros primeros padres les dijo en el paraíso: Bien podeis comer sin miedo de esa fruta vedada,

¹ Exod. II, 14. — ² I Reg. XXIV, 4. — ³ Ezech. VIII. — ⁴ Eccli. XXIII, 28.

bien : no os detenga reparo alguno : yo sé y os participo que tan pronto como la comais , quedaréis endiosados , y no moriréis. Todo el mundo sabe y experimenta las resultas originadas de dar crédito á la falacia de estas palabras. Vosotros , fieles mios , no creais nunca á este vuestro enemigo tan declarado y doloso. *Non credas inimico tuo in æternum* ¹. Quedaréis siempre engañados y perdidos , si dando crédito á lo que os diga ejecutais lo que os propone. Jamás prometió nada bueno ni puede prometerlo. En este supuesto nunca esteis desprevenidos , vivid en una continua vigilancia , haciendo que á esta acompañe tambien la oracion , como nos dice nuestro divino Redentor : *Vigilate et orate , ut non intretis in tentationem* ². Sazonad estas viandas con el ayuno , con la fuga de los peligros , con la mortificacion de los sentidos. Si así lo haceis , el Señor os asistirá con su divina gracia , para que no sucumbais á los embates del enemigo ; para que os mantengais siempre siendo de su agrado , y para que al fin consigais el premio que tiene prometido al que pelea en las tentaciones y consigue la victoria , que es la posesion de la bienaventuranza eterna. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole todos y cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si para ser verdaderamente de Vos debemos ser vuestros sin division , ¿cómo es que me he dividido yo entre Vos y el mundo ? ó por mejor decir , me he entregado de lleno á los devaneos mundanos sin acordarme ni hacer nada por Vos ? ¿Qué felicidad conceptuaba yo que me podian proporcionar las cosas terrenas , las disoluciones , los devaneos y la fealdad del pecado , separado de Vos que comprendéis toda la dulzura imaginable , que sois la bondad infinita y el amor inmenso ?

¡ Ah mi amable Redentor ! ¿Y no habia de llegar la hora en que despejado mi entendimiento de las tinieblas de la culpa en que he vivido ofuscado hasta de aquí , con una detestacion de todo lo mal hecho anhele por Vos y nada quiera sino agradaros ? Sí , Dios mio : ya llegó la hora en que deseo unirme á Vos ; y si Vos me estrechais en esta union , ¿quién será capaz de separarme de vuestro amor ?

¹ Eccli. xii , 10. — ² Matth. xxvi , 41.

¿la tribulacion , la angustia , la hambre , la desnudez , el peligro , la persecucion , ó la espada ? ¿Me separará el mundo con todos sus atractivos , la carne con todas sus pasiones , ó el demonio con las tentaciones que acostumbra ? No : no haya miedo que sucumba al rigor mas vehemente , que cualquiera sugestion pretenda hacerme caer en el pecado , si Vos me ayudais y sosteneis. Recibid el sacrificio de mis deseos , que aunque tardío , con tal que sea verdadero , sé que no lo despreciaréis. No lo puedo manifestar de otro modo , que con el sentimiento que me acompaña por tantas culpas cometidas contra Vos , diciendo con el corazon rasgado de dolor : que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

El mundo no puede dar verdadera felicidad , porque esta solo se halla en el cielo.

Bonum est nos hic esse. (Matth. xvii, 4).

Bien nos hallamos aqui.

Es admirable la necedad de aquellos que , ciegos con el amor del mundo , embelesados con sus fugaces encantos y bien hallados en el goce de sus placeres , reputan esta vida como acomodada para satisfacerles ; y conformándose con sus máximas , se contemplan bien hallados en ella , diciendo lo mismo que dijo san Pedro cuando vió á Jesucristo transfigurado en el Tabor , segun el Evangelio (de hoy) : *Bonum est nos hic esse*. Ofuscados con el falso brillo del mundo , ya les parece la tierra mejor que el país de promision que el Señor ofreció á los israelitas ; y así como algunos de estos menospreciando las dulces promesas de Dios , y haciendo poco caso de aquella tierra prometida , tan abundante y deliciosa que manaba leche y miel , suspiraban aun por el país de Egipto , donde se hallaban esclavizados y se les hacia trabajar á fuerza de fatigas , por tan solo el placer grosero de una triste comida mal condimentada , que sacándola de las ollas se les repartia ; así tambien aquellos por un efímero bienestar que les suministren unas riquezas inconstantes y perecederas , por un acrecentamiento que hayan conseguido en su patrimonio , por un gusto momentáneo que les depare el placer , por un encumbrado asiento que les haya proporcionado la fortuna , ó por una pasajera satisfaccion que les ofrezca la suerte , menosprecian la gloria que Dios tiene prometida y reservada en la otra vida ; no anhelan como debian por su consecucion , y espantados de temores aparentes como los israelitas , rehuyen el caminar con fe , con valor y constancia por el camino que conduce á la posesion de la gloria celestial ; se contemplan bien hallados en medio de un mundo engañoso , que los tiene esclavizados en el Egipto del pecado , que les hace traba-

jar en su servicio con pena y con amargura; siendo tanta su ceguedad, que atados con las cadenas de sus vicios, abismados en sus desórdenes, anteponen esta vida á aquella mil veces mas feliz que el Señor tiene ofrecida y que reserva en los palacios de la bienaventuranza eterna; no bastando para desimpresionarlos de su error la consideracion de que no nos ha sacado de la nada para vivir siempre en este mundo, sino para que empleando bien el tiempo de nuestros dias, ocupándolo en el servicio de Dios suspiremos por el logro de la gloria celestial.

Si reparaban bien en que el mundo es un injusto; que es falso y cruel; que léjos de satisfacer á nadie, á todos engaña, hiere y ultraja; que en medio de sus contentos pone frecuentemente lágrimas en nuestros ojos, cubre el corazon de heridas y atraviesa el alma con saetas, no vivirían tan ciegos en su amor. Si reflexionaran su inconstancia, que hoy halaga y mañana desdeña; que hoy se vende por amigo, y mañana usa de traicion; que hoy nos ofrece licor en una taza dorada, y mañana nos alarga una bebida compuesta de hiel y vinagre: en una palabra, si contemplaran lo falso que es en sus alegrías, en sus promesas y en sus máximas; lo poco que satisface en sus glorias, en sus bienes y en sus placeres; que en vez de dispensar felicidades, no da mas que vanidad, dejando siempre vacío el corazon en lugar de la aficion que le profesan, le odiarian como merece ser odiado, convirtiendo sus ojos á aquel lugar del empyreo en que hay alegría perpétua, gozo cumplido y gloria verdadera. Quedaréis desengañados de lo que acabo de indicar, haciendo ver ahora, que *el mundo no puede dar verdadera felicidad, porque esta solo se halla en el cielo*. Mientras esto lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

Los mundanos, tan pronto como abren los ojos á la luz del mundo, andan afanados buscando en él equivocadamente lo que no tiene. Unos caminan ansiosos por el logro de las riquezas, creyendo hallar en ellas no solo cuanto sufrague para cubrir las necesidades de la vida, sino una quietud placentera que los haga dichosos, sin que nada les deje que desear. Otros corren solícitos tras los placeres y diversiones, creyendo que tan pronto como las consigan, han alcanzado ya cuanto se puede lograr, reputándose por felices mientras vivan en la tierra. Hay quien vive exhalado por la consecucion de posicion mas elevada, conceptuando que al llegar á aquella altura quedarán satisfechos sus deseos. Hay quien pasa su vida enterrado vivo en su gabinete, hablando siempre con los muertos, manejando

continuamente libros y papeles , creyendo alcanzar con el estudio adquirido á fuerza de vigiliass un caudal de ciencia que le haga brillar sobre los demás , obtener los mejores empleos , las mas altas dignidades ; persuadiéndose que al llegar á altura tan elevada , esta satisfará de lleno sus ansiedades , y tranquilizará su corazon sin que nada le deje que apetecer. En fin , todos corren presurosos la carrera de su vida por subir un escalon mas , creyendo que allí está la verdadera felicidad ; pero es tan engañosa la figura de este mundo , que á nadie satisface y á todos deja burlados. Hasta de aquí , siempre ha sido esta su constante marcha , y no será otra hasta su fin. Nunca se vió quien quedase saciado con lo que pretendia y llegó á alcanzar. Un numeroso tropel de nuevos deseos turba la quietud del hombre , le roba el descanso , y como no hay cosa en el mundo que le pueda contentar plenamente , siempre queda ansioso su corazon , y jamás se halla satisfecho , aunque sea tan afortunado que alcance á nadar en un mar de tesoros , aunque se revuelque en el fango de los placeres , y aunque su saber sea reputado como el mas sobresaliente. Se acostumbra muy luego á lo que tiene : tan pronto como lo disfruta lo mira con desden é indiferencia ; y cuando erradamente creia que con su consecucion adquiriria una completa felicidad , se encuentra defraudado causándole seguidamente un enojoso fastidio.

Ved á un Alejandro , de quien dice la sagrada Escritura que á su presencia enmudeció toda la tierra ¹ , como emprende la conquista de todo el mundo , creyendo ser feliz á proporcion que adelante en esta empresa , y cuando hubo logrado el objeto de sus deseos , se encontró mas descontento y menos saciado que antes de poseer una de sus partes. ¿Quién no reputaria tambien á Aman por el mas dichoso de los persas , constituido inmediato al trono del rey Asuero , hecho superintendente de todas las riquezas del reino , dueño de la privanza del Soberano , árbitro de su voluntad y distribuidor de todas las gracias que se dispensaban en una monarquía que constaba nada menos que de ciento veinte y siete provincias ? Con todo , ¿este hombre está enteramente satisfecho ? ¿ha llegado á conseguir una felicidad que lo sacie y lo haga dichoso en la tierra ? No , fieles mios , no , responde él mismo : ni la privanza del príncipe , ni el respeto de los grandes , ni el rendimiento de los pueblos llenan mi ansiedad : en medio de las riquezas me contemplo pobre : nadando en

¹ *Siluit terra in conspectu ejus.* (I Mach. 1, 3).

abundancia me reputo necesitado ; y á pesar de una dominacion tan vasta como ejerzo , de una obediencia ciega con que me obedecen los vasallos de mi rey , y de estar disfrutando de las delicias de la corte , me encuentro inquieto y sumamente disgustado , porque Mar- doqueo no me protesta el rendimiento que los demás. Así es que todo lo miro como si nada tuviera. *Et cum hæc omnia habeam , nihil me habere puto* ¹. En fin , si quereis ver qué alcanzan los literatos con sus estudios y producciones , los poderosos con sus fábricas y soberbios edificios , emprendiendo sus obras afanados tras el lucimiento , ansiosos de celebridad , procurando hacer su nombre famoso en el mundo , recordad la empresa que acometieron en Babilonia aquellos que arrastrados con el deseo vano de legar nombradía á los siglos venideros , creyendo que su fama los haria felices , intentaron hacer una torre que llegase hasta el cielo. *Venite... celebremus nomen nostrum* ². Emprendieron la obra con el mayor ardimiento ; pero bien pronto vieron confundidos sus planes , humillada su soberbia , y precisados á desistir , llegaron á conocer la miseria del hombre y á experimentar sentimiento en aquello mismo que les parecia los habia de cubrir de gloria y llenar de felicidad.

Las riquezas , las dignidades , los altos destinos , el crédito ó fama y los placeres del mundo , léjos de llenar al hombre completamente , no motivan en él otro efecto que irritar de nuevo su apetito , y abrir en él un vacío cada vez mas espantoso. Su corazon es tan voraz , que no se sacia , ni aun mitiga su hambre con un alimento tan ténue. ¡ Cuántos de vosotros , fieles míos , cualquiera que sea la línea en que os halleis , habréis experimentado este vacío que llevan consigo los intereses terrenos ! A un labrador le parece , que si pudiera lograr ó hacerse con tierra de buena calidad para una yunta mas , ya se contemplaba por feliz en esta vida , y que no aspiraria á otra cosa. Un peon de campo , un artesano , ó cualquiera otro que carece absolutamente de haberes , se persuade que si llegara á alcanzar cuatrocientos duros , cubriria todas sus necesidades , desaparecerian de él todas las aflicciones , y quedaria su corazon satisfecho para siempre reputándose por feliz desde aquella hora ; y si llegan á conseguir lo que tanto apetecian , ¿ qué sucede ? Entonces anhelan por acrecentar sus intereses , por aumentar el caudal , por constituirse en posicion mas elevada , y figurar (en el pueblo) , (en la ciudad) , en el teatro del mundo. El logro de los bienes terrenos no

¹ Esther, v, 13. — ² Genes. xi, 4.

hace en todos otra cosa que avivar el deseo de tener mas ; encender la pasion de engrandecerse : cuanto mas se mejora su fortuna , mas se enardece su ansiedad. Este deseo de ningun modo mejor lo podemos comparar que á una sed insaciable y continua que tiene al hombre suspirando por refrigerarse á beneficio del agua , que mitigue la sequedad que lo mortifica y apague el ardor que experimenta. Por mas que los avaros multipliquen sus intereses , que los ambiciosos logren las dignidades , empleos ó destinos por que ansian , y por mas que los sensuales lisonjeen sus sentidos con placeres , deleites y todo género de diversiones , nunca quedarán satisfechos. Por mas que beban á grandes tragos el agua de la tierra , siempre quedarán sedientos , por no bastar cuanto el mundo tiene y les proporciona para saciar su apetito y apagar la sed que los devora. Despues de haber conseguido cuanto creian podia satisfacerles , se encontrarán con un vacío inmenso , por no ser cuanto hay en el mundo otra cosa que sombra , humo y vanidad , como dijo despues de haberlo experimentado el sábio Salomon.

Este Monarca de Israel , muy rico , sábio y poderoso , se propuso quilatar los bienes del mundo , para convencerse si realmente contenian la felicidad que en ellos buscaban con tanta ansia los mortales. Para el efecto hizo palacios soberbios de admirable arquitectura ; jardines muy espaciosos , los que adornó de plantas diferentes y muy variadas , de flores las mas vistosas , y de frutos los mas exquisitos. Tenia para su servicio una multitud de criados. Los tesoros de oro y plata con que contaba eran abundantísimos ; por manera , que dice los juntó en montones , como si fueran piedras y ladrillos ¹ : resultando ser el hombre mas rico que ha tenido el mundo ; y tan poderoso , que toda la tierra estaba sujeta á su imperio ; rindiéndole vasallaje los reyes , desde el rio Eufrates hasta los términos de Egipto y Filistea. Contaba para su recreo con innumerables músicos , que se ocupaban en agradarle con sus instrumentos y armoniosos conciertos. Tenia en sus cocheras mil cuatrocientas carrozas : en sus caballerizas cuarenta mil caballos para yuntas , y doce mil de regalo. El trono Real donde se sentaba era tan rico y hermoso , cual no se vió jamás en toda la redondez de la tierra. Toda la vajilla de su casa era de oro puro. La plata se reputaba en su palacio de ninguna estimacion , como se tendria al plomo en los palacios de los reyes de nuestros dias. Los mayores principes se contemplaban dichosos con

¹ III Reg. x, 27.

solo verle, y atribuian á gran gloria el recibir de él algun mensaje. Tenia hasta setecientas mujeres que gozaban el nombre de reinas, y trescientas concubinas; la mayor parte de unas y otras, extranjer-
ras. Y para que no creais que le faltó algo de lo que ofrece el mundo, él mismo dice que se entregó á todos los placeres que hay en él ¹.

¿ En dónde encontraréis , fieles mios, un hombre semejante á este ? ¿ Quién puede compararse con él ? Y á no decirlo la misma sagrada Escritura, ¿ no se atribuyera á fábula mucho de lo que de él se cuenta, así como de una gloria tan asombrosa como se dice acompañó á su cetro Real ? Seguramente que pareciera una paradoja , si el Espíritu Santo no afirmase con su divino oráculo ser todo ciertísimo , y de una verdad infalible. ¿ En dónde encontraremos , pues, un hombre que le iguale ? Vosotros ¿ qué lugar ocuparéis en su comparacion ? Por mas honores , riquezas y gustos que alcanceis , os encontraréis siempre muy atrás parangonados con él. Y bien , ¿ qué juicio os parece que formó de todo cuanto os he referido que poseia y disfrutaba á medida de su deseo ? Aquí quiero que fijeis muy principalmente vuestra consideracion. Habiendo , dice , convertido mis ojos á todas las obras que habian hecho mis manos , á la grandeza que tuve y á los deleites que disfruté y en que me complací, no encontré en todas las cosas sino vanidad y afliccion de espíritu ².

¿ Qué desengaño quereis mas cumplido que este , que os ponga de manifesto la inconstancia , la futilidad y el desprecio que ofrece todo lo mundano, por mas precioso y lisonjero que parezca ? ¿ Y qué mejor ejemplo que nos presente á la vista , que cuanto el mundo encierra nada tiene de subsistente , nada de dichoso , y que es preciso buscar en otro paraje la felicidad que tanto apeteceemos, por la que vivimos desvelados y que buscamos con tanta ansia ? Sí , fieles mios : mientras no dirijamos á otra parte nuestra vista ; mientras no la levantemos mas alta todavía ; mientras no busquemos los bienes imperecederos que Dios tiene depositados en la gloria celestial , buscaremos infructuosamente nuestra quietud y felicidad , y despues de habernos fatigado por la adquisicion de prendas tan amables, jamás daremos con su hallazgo. Esta es una de las razones por que se dice que el hombre ha sido hecho á imágen y semejanza de Dios ; porque como el Señor no puede saciarse sino con sus mismas infinitas

¹ *Dixi ego in corde meo : Vadam, et affluam deliciis, et fruar bonis. — Omnia quæ desideraverunt oculi mei, non negavi eis : nec prohibui cor meum quin omni voluptate frueretur. (Eccles. 11, 1, 10). — ² Eccles. 1, 14.*

perfecciones ; así nada puede saciar al hombre sino el Bien infinito. « Para Vos nos hicísteis, Dios mio, decia tiernamente el grande san « Agustin ; para Vos nos hicísteis, y nuestro corazon estará inquieto « hasta llegar á poseeros ¹. »

Segun esto, ¡ ah con qué equivocacion y con qué poco fruto caminamos en este mundo buscando con ansia nuestra felicidad ! Nuestro corazon , inquieto de continuo y siempre agitado, no puede conseguir un bien sin codiciar otro ; y este flujo y reflujo incesante de deseos nos debe persuadir y convencer de que solo los bienes del cielo , solo la gloria celestial , ó sea la posesion de Dios, es lo único que puede satisfacer nuestros ansiosos deseos. Bien podeis , fieles mios, traer á la memoria todos los pasos de vuestra vida , todos los divertimientos de la juventud , en los que creísteis gozar de placeres satisfactorios ; ¿ hallásteis por ventura uno siquiera que llenase vuestro corazon de tal suerte que nada os dejase que apetecer ? ¿ No experimentásteis aun en aquellos mismos instantes que os entregábais mas de lleno á dar contento á vuestras pasiones , que no quedábais saciados sino á medias , y que para satisfacer plenamente vuestros deseos os faltaba todavía el goce y la posesion de una cosa que no podíais encontrar ? Esta es, pues, la bienaventuranza eterna ; la gloria celestial ; el goce de la vision intuitiva y clara de Dios ; pero no la alcanzaréis nunca ejecutando los vicios , sino practicando las virtudes.

Por lo tanto, abrid de una vez los ojos de vuestra alma , visto ya el desengaño mas convincente. Penetraos de una vez de la utilidad de vuestros propios y verdaderos intereses. Entended bien el amor que á vosotros mismos os habeis de profesar : andad tras la consecucion de los bienes del cielo , y despreciad los de la tierra que son viles, falsos, inconstantes y vanos. ¿ Hasta cuándo, os diré con el real Profeta , hasta cuándo, ó hijos de los hombres, habeis de amar la vanidad ? ¿ Hasta cuándo habeis de estar ciegos para no distinguir lo que realmente os perjudica, y lo que verdaderamente os conviene ? ¿ Hasta cuándo ha de durar en vosotros una tan crasa y reprehensible estupidez , que os impida el correr de todas veras aquel camino que guia derechamente al logro del reino de la inmortalidad y de la gloria ? Basta ya de equivocaciones y extravíos : seguid la senda que guia al cielo : suspirad ansiosamente por la gloria. Practicad obras buenas para alcanzarla. Allí hallaréis lo que jamás po-

¹ Aug. lib. I Conf. c. 1. — ² Psalm. iv, 3.

dréis encontrar en este mundo : allí gozaréis bienes que os satisfarán de lleno sin temor de perderlos jamás : tendréis alegría sin tristeza , salud sin dolor , vida sin muerte , y luz sin oscuridad . Ninguna cosa podrá turbar la paz y alegría que se disfrutará en aquel reino feliz , y el gozo será del todo completo , como prometió á sus discípulos nuestro divino Redentor : *Ut gaudium vestrum sit plenum* ¹.

Animado de esta consideracion el apóstol san Pablo , despreciaba todas las cosas de la tierra mirándolas como estiércol ; y corria con santa apresuracion por el logro de este goce celestial , prometido por el Señor ². Este glorioso incentivo obligó á los héroes de la Religion á emprender los caminos de la virtud , y á caminar constantemente por ellos , sin que el demonio , el mundo , ni la carne con todas sus astucias , con todas las riquezas , ni con todos los halagos , pudieran alcanzar de ellos el menor desvío en su marcha emprendida para el cielo . Unos venden sus cuantiosos bienes y los reparten á los pobres , pisotean las galas , menosprecian los honores y aborrecen los deleites . Otros entregan con la mayor voluntariedad sus cuerpos á los tiranos , para que los atormenten segun les dicte su barbaridad ó fiera , y ofrecen con gusto sus cuellos al alfanje de los verdugos . Estos se sepultan vivos en cuevas horrorosas , sitas en tétricas soledades . Aquellos siempre están mortificando su carne con rígidos ayunos , con cilicios de rallo y con disciplinas de hierro ; corriendo todos por tan ásperos caminos con mas apresuracion que el avaro tras el dinero , el sensual en pos de los deleites , y el ambicioso en seguimiento de los honores . Oyen la voz de Dios que les promete el gozo de dulzuras inexplicables y eternas en el cielo ; fijan su vista en él , y hé aquí que á fuerza de trabajos , de persecuciones , de penitencias y martirios conquistan la ciudad santa , aquella celestial Jerusalem , para tener la satisfaccion de reinar en ella para siempre con Jesucristo .

Nosotros , fieles mios , sigamos las huellas de estos dichosos héroes , que supieron llegar sin desvío al monte santo de la gloria ; empezando por menospreciar todo lo temporal , fijando la consideracion en solo lo eterno : emprendamos de todas veras las sendas de la virtud para no dejarlas jamás ; y puesto que perdimos tantas veces la gracia con repetidos pecados , entreguemos nuestro cuerpo á la mortificacion ; abracemos la penitencia , para que esta con su eficacia pulverice la escoria y limpie la inmundicia que hay en nosotros , producida por tantas imperfecciones , y por tan feas culpas

¹ Joan. xvi, 24. — ² Philip. iii, 8.

con que hemos ofendido al Señor. Obremos en esta forma por nuestro bien ; seguros de que si así lo hacemos, tendremos algun día la dicha de alcanzar aquella gloria que hace la felicidad de todos los bienaventurados en el cielo. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña , por tantas indignidades con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si la presente vida con todo cuanto la acompaña para nuestro uso debe ser como lo es una posada para un caminante , y no como casa que ha de morar siempre en ella , ¿ cómo es que posponiendo la patria celestial á que debia aspirar, tenga fijada toda mi consideracion en lo terreno como si nunca hubiera de tener fin ; y como si el mundo y cuanto frívolo contiene , pudiera llenar mis deseos y colmarme de una eterna felicidad ? ¿ Quién podia adoptar un sistema tan contrario á la fe, y aun á la sana razon , de elegir lo transitorio por lo perpétuo, la infelicidad por la dicha ? ¿ Quién el amar los placeres y menospreciar la virtud , desestimar la gracia y hallar solo contento en la ejecucion del pecado ?

¡ Ah mi amable Redentor ! Solo podia caber en mí un trastorno de ideas tan criminal en odiar lo bueno é inclinarme á lo malo. Solo en mí , que conociendo lo sumo de la bondad á quien con mis culpas ofendo, sigo con gusto la bandería del demonio, cuando sé que me guia derechamente al infierno. ¿ Y he de ser tan estúpido , tan infame y cruel , que quiera perder mi salvacion , desagradaros con mis ofensas , y aun crucificaros nuevamente con ellas ? ¿ Es posible que mas haya de poder en mí el incentivo de la pasion , que la fuerza de la razon ? ¿ Qué lágrimas no debieran ser ahora las mias para llorar tal desacuerdo ? Lágrimas de sangre no fueran bastantes para expiar unos delitos tan atroces como he cometido , y desagraviaros de unas ofensas que tanto os han maltratado. ¡ Ojalá que cuantos poros hay en mi cuerpo se convirtieran en rios caudalosos de ellas ! pero mientras esto no alcanzo , las lloro con lágrimas de contricion por ser ofensas contra Vos ; diciendo, partida mi alma del mas acerbó sentimiento , que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor ; misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

El reincidente provoca de tal suerte la ira de Dios, que se expone á que lo castigue y pierda para siempre.

Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus. (Luc. XI, 26).

Y resulta que lo último de aquel hombre es mucho peor que lo primero.

Al paso que Dios nuestro Señor manifiesta del modo mas ostensible los quilates y efectos de su divina misericordia para con sus criaturas sacándolas á todas de la nada, haciendo que unas jamás pierdan la inocencia y santidad que recibieron en el santo sacramento del Bautismo, y reparando en otras las quiebras que por desgracia se ocasionaron con la primera culpa que cometieron, tambien manifiesta igualmente su enojo, y encendido en ira ejerce los rigores de su justicia mas de una vez con los que habiendo salido de la inmundicia y horrores del pecado por los misericordiosos esfuerzos de su divina gracia, olvidándose muy luego de su Libertador le vuelven á ofender otra vez, cometiendo el mismo pecado cuyo perdon habian conseguido, ú otros diferentes; y esto es lo que se llama en la vida de la gracia, reincidir ó volver á caer nuevamente. Como la reincidencia en las culpas es una nueva provocacion ó sea un desprecio y ultraje que se hace á Dios, irrita sumamente su enojo, y dispone su brazo omnipotente esgrimiendo la espada de su justicia, para castigar al que se porta con él de un modo tan villano y desatento. De aquí dedujo el glorioso san Bernardo, que aunque siempre debe vivir el hombre con temor y sobresalto, nunca debe ser mayor, que cuando el Señor por un exceso de su bondad y compasiva misericordia lo ha sacado de la dura y funesta esclavitud de la culpa. Nunca, dice, deberá desprenderse del temor. Este deberá acompañarle cuando esté en gracia para no perderla; cuando esté en pecado, no sea que venga sobre él la ira del cielo; pero mucho mas deberá temer el reincidir en la culpa, despues que tuvo la buena

suerte de salir de ella ; porque no hay cosa que mas ofenda á Dios, y ninguna pone su salvacion en mayor peligro ¹.

Si el que peca gravemente una vez queda esclavo del pecado, como dice nuestro divino Redentor : *Qui facit peccatum, servus est peccati* ², sujeto al imperio del demonio, amarrado con cadenas tan fuertes, que solo el poder de Dios puede romperlas, y darle la libertad, ¿qué esperanza fundada podrá tener de que Dios lo liberte, cuando él, conocida la dureza de esta esclavitud por la primera vez que pecó, vuelve una, dos ó mas veces, á constituirse por su gusto en un estado tan lastimoso ? A cada pecado que reitere, se irá agravando mas y mas su desgracia, dificultándose los medios de salir de ella, y aumentándose los peligros de condenarse. Con su reincidencia aumenta una herida á la herida anterior, quedando el alma doblemente debilitada y menos hábil para ejecutar obras buenas que con el auxilio divino pudieran serle muy saludables. El pecado, aunque perdonado, deja en el alma cierta debilidad é inclinacion al mal que ocasiona prontamente una nueva caída, si se descuida oponerse á ella ; siendo esta nueva caída mucho mas peligrosa que la primera, como (hoy) dice en el Evangelio nuestro divino Redentor : *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus*. Esta recaída es de tanto peligro, que constituye al que la da en un estado bien lastimoso ; de tal forma, que pierde lo mas apreciable que hay en él ; se somete á la mas dura esclavitud ; acarreándose tal infortunio que lo pone en el borde de un eterno precipicio. Sí, fieles míos. *El reincidente provoca de tal suerte la ira de Dios, que se expone á que lo castigue y pierda para siempre*. Ved aquí el punto de que me ha parecido conveniente hablaros esta mañana. Mientras lo demuestro con el favor divino, estad atentos.

Como el hombre que comete un pecado mortal pierde inmediatamente la amistad de Dios, la gracia que era el adorno, la hermosura y la vida de su alma, y con ella las virtudes, los dones, los merecimientos y los derechos al reino de los cielos, debe por su bien procurar reconciliarse sin demora la mas mínima con el Señor, y hacerse con los bienes que perdió, en fuerza de la grave ofensa que le hizo. Para el efecto, y para curar su alma, debe correr sin pérdida de momento á lavarse de su inmundicia en las aguas de la confesion, así como para curar de sus indisposiciones corporales lo hacian los dolientes, impedidos y toda clase de enfermos en la piscina

¹ *Quia recidere pejus est, quam cadere; invalescente periculo, invalescat et metus.* (Bern. serm. LIV in Cant.). — ² Joan. VIII, 34.

de Jerusalem. Seria una grandísima necedad y correria su salvacion un riesgo inminente , si lo quisiera diferir para mas adelante , ó sea para la época del cumplimiento pascual , porque él no es dueño para disponer del tiempo venidero en que confia ; le pueden faltar aquellos dias , y si esto le sucediera sin evacuar la indicada diligencia , ya estaba perdido para siempre , en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo , á no tener la dicha de formar antes de morir un acto de contricion perfecta , cosa que es muy difícil. Por mas salud que se tenga , por mas robustez que se disfrute , y por edad juvenil que acompañe , nunca debe de haber en este punto dilaciones ; porque podia venir la muerte pronto y sin sentirse , como acostumbra , y con ella la eterna perdicion. Como no hay quien pueda al hombre asegurarle lo que le ha de suceder , obrando como debe con temor y con temblor acerca de la vida de su alma ya en este mundo ya en el otro , debe correr con interesada apresuracion á lograr cuanto antes lo que mayormente le interesa. Una persona que cayendo de una eminente altura se lastima todo su cuerpo , dislocándose uno ó mas miembros , no deja que pasen dias y dias para su curacion , sino que inmediatamente llama al fisico para que la aplique los remedios convenientes y enderece el desvío de los huesos , asegurando cuanto antes la parte dislocada. A este mismo modo , pues , el pecador debe sin dilacion la mas minima adoptar y aplicarse los medios que sabe , y que Dios compadecido de su mal le deparó para su bien ; para limpiarse de las feas manchas que contrajo en el vestido de su espíritu ; para sanar ó por mejor decir vivificar su alma , cuya muerte le ocasionó con el pecado ; y resucitar tambien los méritos anteriores , que con él yacian sepultados y sin virtud alguna.

De no hacerlo así , y permanecer estacionado en la culpa , dilatando el perdon que de ella pudiera alcanzar , por dias , meses , ó quizá un año , afianzado en su juventud , en su robustez ó en su ninguna novedad , muy fundadamente puede temer el castigo divino , porque perdida la amistad con el Señor , ya no merece que este lo mire con ojos de misericordia ; antes bien , irritado como lo tiene por la iniquidad que cometió , vive muy expuesto á que trate de deshacerse de él ; puesto que se le declaró enemigo , concluyendo con su ruina la série de las ofensas con que pudiera agraviarle en lo venidero. Este modo de obrar por parte del Señor aunque severo y terrible , seria muy justo ; y como tal lo ejecuta con rigor con muchos pecadores , haciendo que perezcan en el golfo de su maldad y prevaricacion , y que caigan al golpe de su ira en lo profundo del

abismo cuando menos lo esperaban : á la manera que caen , dice la sagrada Escritura , los peces impensadamente en las redes ó en el anzuelo , y las aves en los lazos ó á la violencia de un tiro que les dispara el cazador. *Nescit homo finem suum : sed sicut pisces capiuntur hamo, et sicut aves laqueo comprehenduntur, sic capiuntur homines in tempore malo*¹. Ignorante de su fin , debe aprovechar con esmero el tiempo presente , no sea que se encuentre cuando menos juzgue en la oscuridad de aquella noche , en que aunque quiera , ya nada podrá hacer para su bien. *Venit nox , quando nemo potest operari*².

Practicada la diligencia de su reconciliacion con Dios , curado y hecho limpio en la piscina de la confesion , vuelto á la vida de la gracia , recordando con amargura y dolor el estado tan infeliz en que lo habia constituido desgraciadamente aquel pecado que cometi6 , y el que acab6 en 61 todas sus antiguas obras , sus virtudes , sus m6ritos y su justicia³ ; al recordar con tristeza que antes de cometer el pecado era su alma un campo deleitable , en donde reinaba con Dios la felicidad y la abundancia ; que era un jardin delicioso , en donde se recreaba la vista del Se6or con las flores odor6feras de las virtudes y con los frutos de sus buenas obras ; al tener presente su antigua fertilidad , su hermosura , su riqueza , y que despues con el pecado todo fue en ella horror , desolacion , aridez y pobreza , ya que por la divina dignacion pudo reparar sus p6rdidas , recobrase de su mal estado y volver á la amistad de Dios , debe cuidar muy much6 de no reincidir 6 volver á cometer las mismas culpas 6 otras diferentes. No satisfecho con haber arrancado de su corazon radicalmente el venenoso 6rbor del pecado , y haber puesto en su lugar la planta saludable de la gracia , debe esforzarse en conservarla á todo trance , viva , verde y vigorosa. Para el efecto , debe procurar consumir con actos contrarios todas las pasiones , exterminando vivamente los afectos 6 inclinaciones torcidas y desordenadas ; 6 como se explica el Ap6stol , despoj6ndose del hombre antiguo con todos sus actos⁴ y sus malos h6bitos ; no content6ndose con una salud aparente , sino verdadera ; no con un recobro ef6mero , sino estable ; no con prop6sitos fingidos , sino duraderos y eficaces. Esto es asegurar la vida de la gracia ; de lo contrario es exponerse á caer en nuevas dolencias ; y el no curar bien de una indisposicion , es pasar una vida muy penosa. Vida infeliz y de trabajo es la de aquellos que no gozan salud cumplida ; por manera , que causa l6stima el verlos hoy

¹ Eccles. ix, 12. — ² Joan. ix, 4. — ³ Ezech. xviii, 24.

⁴ *Expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis.* (Colos. iii, 9).

buenos , mañana malos ; un día andando por su pié , el otro en la cama enfermos ; ya cayendo , ya levantando. Nunca debe echar en olvido lo mucho que le costó el recobrar la buena salud de su alma , y el inminente riesgo que corrió de no poderla recobrar despues de haberla perdido ; de tal suerte , que si Dios por un efecto de su divina misericordia no se hubiera compadecido de él , alargándole piadosamente la mano de su benignidad , para que se levantase de la postracion de la culpa en que se hallaba , siempre hubiera estado tendido en ella , y en esta forma hubiera permanecido hasta la muerte.

Mas de ningun modo debe inferir , que así como en esta primera ocasion mirándolo con ojos compasivos se apiadó de él , para darle la vida de la gracia , se la dará igualmente si vuelve á reincidir , porque así como el pecar tiene sus grados , así tambien tiene los suyos la misericordia del Señor. Tres veces aguantó que los de Damasco le ofendieran con pecados abominables ; pero ya declaró por su profeta Amós que no sufriria la cuarta , porque hasta allí llegaba su misericordia , pero que no se extendia á mas ¹. Aun no se extendió á tanto con los ángeles prevaricadores ; pues bien sabeis que al primer pecado que cometieron , no hubo misericordia para ellos , arrojándolos á lo profundo de los infiernos , sin ofrecerles ya medio ni modo alguno para salir de aquel abismo de penas. A nuestros primeros padres Adan y Eva , al primer pecado los arrojó del paraíso terrenal ; bien que compadecido de su infortunio les deparó medio conveniente para expiar su culpa y conseguir su salvacion. La misma compasion amorosa ejerce con nosotros , pues nos dejó remedios para salir del abismo del pecado si por desgracia incurriéramos en él ; pero el que hizo uso ya de estas medicinas para limpiar á su alma de la lepra de la culpa con que la tenia manchada ; el que se levantó despues de haber caído ; el que se curó del pecado que una vez cometió , debe cuidarse muy mucho de no volver á cometerlo ; porque entonces se podria decir de él lo mismo que el profeta Elías decia del rey Acab , que era un hombre vendido al pecado ². Y el que se vende por su voluntad y por solo su gusto á la servidumbre de una penosa esclavitud ¿qué merece? Este no merece otra cosa sino que se le deje arrastrar la pesada cadena que se ha cargado por su querer ; y que así viva y muera , puesto que él se lo quiso. No merece en verdad ser redimido , ya que le pareció preferible la esclavitud.

¹ Amos, I, 3. — ² III Reg. XXI, 23.

vitut á la libertad , las tinieblas á la luz , el pecado á la gracia , y la muerte á la vida.

Esto es , pues , lo que puntualmente le puede acontecer al que de nuevo vuelve á incurrir en aquella ofensa ú ofensas de Dios que habia cometido anteriormente. Puede ser que el Señor compadecido de él tuviese á bien el tolerarle una culpa , y haga el que no se extienda su misericordia á la segunda que cometa ; y tan pronto como la ejecute , le dé el castigo que se merece. Acaso le permitirá que por dos ó mas veces caiga y se levante ; pero tal vez su divina misericordia termine allí sus funciones , y entre con aquel pecador á entenderse su rigurosa justicia , ejecutando con él un castigo espantoso y eterno. En prueba de esto , oid lo que nuestro soberano Redentor Jesús dijo al paralítico de la piscina de Jerusalem. Treinta y ocho años hacia que este se encontraba baldado sin poderse valer ni jugar sus miembros. Estaba á la mira de poderse bañar allí con la esperanza de curarse ; porque el enfermo , el doliente y el impedido que tenia la suerte de entrar el primero en aquellas aguas , á seguida que el Ángel las movia , se mejoraba de repente ; pero baldado como se hallaba , era muy tardo para llegar el primero y disfrutar un tan gran beneficio. Llega Jesucristo allí : le tiende una mirada de compasion : le dirige su palabra indagando de él si queria curar ; y conocida su voluntad sin someterlo á la observancia del baño , le dice : Pues toma tu cama , y echa á andar. Así lo hizo el paralítico con admiracion y asombro de todos. Yo no sabré deciros si este paralítico experimentaba este tan grande trabajo por tantos años , á resultas de castigo que Dios hiciese con él por algun pecado que ejecutó , porque esto no lo expresa el Evangelio , aunque parece indicarlo : lo que sí dice , que hallándolo Jesús á muy luego en el templo , le dirigió estas palabras : Mira : ya has curado ; pero mucho te encargo que en adelante no cometas ya pecado alguno , no sea que te sobrevenga otra cosa mucho peor que la parálisis que has experimentado hasta de aquí ¹.

Como la reincidencia agranda notablemente la gravedad de la culpa , la malicia , ingratitud y rebeldia del pecador , volviendo otra vez como el perro á tragarse la inmundicia y la asquerosidad del vómito del pecado ; cuando á manera de los animales inmundos vuelve á mancharse en el lodazal de las culpas , da á entender bien claramente que estando pesaroso de haberse reconciliado con Dios ,

¹ Joan. v, 14.

estaba con deseos de declararle una guerra abierta : que estando sentido de militar en el ejército de Cristo, desierta de él, pasándose con gusto á militar bajo las banderas de Satanás : que habiendo vuelto á adornar su alma con los primores de la gracia, estaba muy arrepentido de ello ; y por lo tanto, que le es mas grato el volver á la fealdad de la culpa. Si : esto es lo que el reincidente da á entender bien á las claras. Pues , cristiano de mi alma ; si los hombres tanto se indignan contra aquel que reincide ó vuelve á ofenderles perdiéndoles el respeto, murmurando de su conducta, calumniándolos, robándoles el honor, perjudicándoles en sus intereses ó maltratándolos en sus personas, ¿ cuánto mas se indignará Dios nuestro Señor cuando se le reiteran las ofensas , y se le lastima con unos procedimientos criminales que en un principio perdonó ? ¿ y cuánto no se deberá temer que descargue todo el furor de su ira con los que así obran con ultraje de su alta majestad ? Esto es lo que se temia el Sábio con gravísimo fundamento ; y por lo mismo levantando su voz para advertir á los mortales del riesgo que corrian , si volvian á reproducir sus culpas , ultrajando de nuevo al Omnipotente , les decia : *Fili peccasti? non adjicias iterum* ¹. Si habeis tenido la desgracia de pecar, y por un efecto de la misericordia del Señor habeis alcanzado un perdon cumplido de la culpa cometida , no volvais de ningún modo á reiterarla , porque debeis temer con fundados motivos que léjos de perdonaros como la primera vez , os castigue con el mayor rigor vista vuestra ingratitud y rebeldía , y así os quedeis perdidos , malograda vuestra eterna salvacion.

Con efecto : el Señor no puede menos de irritarse sobremanera con los reincidentes , al ver el desprecio que hacen de su bondad, y el nuevo ultraje con que atrozmente le ofenden : ¿ y cómo persuadirse que esto lo deje sin castigo ? No es creible el que pueda tolerar siempre con sufrimiento el círculo ofensivo y burlesco en que andan los reincidentes con irrisión de la Majestad suprema. Un dia implorando la indulgencia, y al siguiente despreciando ingratamente su amistad y su gracia. Un dia protestando con la mayor solemnidad un humilde rendimiento, y al otro quebrantando la protesta con la mayor frescura. Un dia prometerle serle fieles, y al otro mostrarse pérfidos. En una ocasion asegurarle con juramento, como san Pedro, que no le negarán con sus malas obras, y á muy luego ofenderle de un modo el mas imprudente, temerario y escandaloso. En

¹ Eccli. xxi, 1.

un tiempo ofrecerle el sacrificio de un corazon al parecer contrito, y en otro sacrificarlo á las criaturas por satisfacer una pasion. Por la mañana alabar á Dios en el templo, y por la tarde ultrajar su santísimo nombre con las blasfemias mas horribles. Manifestar en una ocasion una modestia cristiana, y á muy luego mancharse con la asquerosidad de la impureza. Por la mañana llegándose al confesonario y recibiendo la sagrada comunión, y á muy luego entregándose á todo género de excesos y disoluciones.

¡Ay fieles mios, cuánto debeis temer de que encontreis cerradas las puertas de la misericordia de Dios, y aun el que os castigue con la mayor severidad, si por desgracia sois del número de los que se mantienen en un círculo continuo de caidas y recaidas! Porque si tal es vuestra debilidad, que como árboles sin raíz caeis de nuevo en la culpa al primer viento de una tentacion ligera ¹; si tan delicados y flojos que al menor incentivo injurioso á Dios os ablandais al pecado como la cera al fuego ²; si tan inconstantes y sujetos á las pasiones, que á su menor influjo os disipais en los vicios como el polvo en el aire ³, ¿qué extrañaréis que el Señor os castigue de tal suerte, que quedeis eternamente perdidos?

¡Quién pudiera, fieles mios, imprimir en vuestros corazones y en vuestra conducta la marcha y los sentimientos del patriarca Job! Todo me combate, Dios de mi corazon, decia, para que me aparte de vuestro conocimiento, de vuestro amor, y de la gratitud que siempre me debe de acompañar por el número indecible de beneficios que me estais de continuo dispensando. Me veo instado fuertemente á que me separe de mi inocencia; á que rompa el temor que vuestra Majestad me inspira, y me entregue á la inmundicia del pecado; pero anteviendo el horror y fealdad de las culpas, la injuria que con ellas se hace á vuestra Majestad soberana, las terribles penas con que me podeis severamente castigar, y el fin desastroso que puedo justamente temer, ni me separo ni me separaré jamás del camino de la rectitud. *Donec deficiam, non recedam ab innocentia mea* ⁴. Por mas difíciles que me parezcan vuestros preceptos, severas vuestras órdenes, y rigurosa vuestra santísima ley, jamás me separaré de lo que me teneis mandado: aquí estoy pronto á sacrificarlo todo á vuestra gloria, á obedeceros con sumision hasta morir en vuestra obediencia. Mis obras, mis palabras y mis pensamientos todos han de ser tendientes á vuestro honor; por mas que

¹ Joan. viii, 13. — ² Psalm. lxxvii, 3. — ³ Psalm. i, 4. — ⁴ Job, xxvii, 5.

el infierno se conjure contra mí ; por mas que el demonio me tienta, que la carne me combata , y que el mundo procure arrastrarme con sus halagos y promesas á que me entregue al placer del pecado, esto no lo haré jamás : no lo cambio yo por la dulzura de vuestra divina gracia ; y puesto que habeis tenido la dignacion de conferírmela , con ella pienso bajar al sepulcro. *Justificationem meam, quam cæpi tenere, non deseram* ¹.

Estos sentimientos quisiera yo , fieles mios, que abrigárais todos y cada uno de vosotros. ¡ Ah ! qué dicha fuera la vuestra , si adornados por Dios una vez con la hermosura de su divina gracia, bien escarmentados de lo pasado jamás la volviérais á perder, huyendo de los vicios y pecados con tanta apresuracion y espanto , como se huye de la ponzoñosa mordedura de una víbora ² ! Si este temor os acompañase cuando os veis incitados á pecar , ¿ quién de vosotros seria el que recayera en la culpa ? ¿ Quién volviera á mancharse en el cenagoso lodazal de los vicios ? Si evitárais las ocasiones , si os alejárais de los peligros , si huyérais del pecado con tanta presteza y eficacia como huyó el jóven Tobías del pez que le embistió para devorarlo, y el rey David de las hostilidades de Saul ; si dejárais las deshonestidades tan de veras como la Magdalena , los tratos y contratos ilícitos como Mateo ; si os desprendiérais con entero desapropio de vuestros muchos ó pocos intereses para seguir é imitar á Jesucristo como lo hicieron los Apóstoles , sin que incentivo alguno pudiera separaros de su compañía , de su amistad y de su gracia, seguramente que os mantuviérais firmes, sin dar aquellas caidas y recaidas que tan frecuentemente vemos dar á muchos de los que caminan los senderos del Cristianismo.

¿ Quién de vosotros seria tan necio que con un pleno conocimiento comiese de aquello que podia ocasionarle la muerte corporal ? ¿ quién beberia de una fuente sabiendo que contenia aguas envenenadas, que tan pronto como las pasara de la boca, le habian de inficionar de tal suerte que lo dejaran sin vida en el momento ? Esto bien se puede asegurar que no lo haríais , por mas hambre y sed que padeciérais , temerosos de la ruina que ocasionaríais á vuestro cuerpo. ¿ Y seréis tan insensatos que no procureis evitar las reincidencias de las culpas graves, sabiendo que infaliblemente han de producir la ruina de vuestra alma, y ofender á Dios de un modo tan villano y tan infame ? No, fieles mios, no : bastantes desengaños ha-

¹ Job, xxvii, 6. — ² Eccli. xxi, 2.

beis podido recoger hasta de aquí de lo malparados que os dejaron las caídas y recaídas ; y que á no ser por la bondad del Señor, no os hubiérais levantado jamás , quedando en alguna de ellas estrellados y perdidos temporal y eternamente. Sosteneos, pues, firmes en la gracia ; que esta como segura nave , surcando felizmente por el mar proceloso de este mundo , os conducirá salvos é ilesos al puerto dichoso de la bienaventuranza eterna. Amen.

Y para manifestar ahora el sentimiento que nos acompaña por tantas culpas como en el curso de nuestra vida hemos cometido contra Dios , arrojémonos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas profundos interiores, diciéndole todos y cada uno de nosotros , partida nuestra alma de dolor :

Dulcísimo Señor : si para salvarse no basta á los delincuentes separarse de sus pecados , sino que es preciso además que lleven frutos dignos de penitencia conservando la gracia una vez recuperada, ¿ cómo puedo prometerme el logro de un fin tan dichoso, cuando no he reparado en perder á cada paso aquel don sobrenatural, cuando me veo cargado de crímenes, sepultado en el cieno de culpas feas y abominables , sin tratar seriamente de salir del abismo en que ellas me arrojaron ?

¡ Ay mi amable Redentor ! ¡ qué desacuerdo el mio tan deplorable ! ¡ qué temeridad tan osada ! ¡ Conocer lo bueno y desecharlo ; distinguir la gravedad de la culpa y abrazarla ; recobrar la gracia y perderla ! ¡ Ay infeliz de mí si no mudo de sistema , si no cambio de vida , si no mejoro de costumbres ! ¡ Cuán airado os contemplo contra mí ! ¿ Y es posible que quiera experimentar mejor la indignacion de un Dios enojado , que los benignos influjos de su tierna piedad ? ¡ Oh ! no lo permitais, Señor ; antes bien dadme un conocimiento claro : inspiradme un horror eterno á todo lo que es ofensivo á Vos, de modo que me deshaga en vivas lágrimas de sentimiento. ¿ Cómo he de perseverar rebelde á vuestros amorosos llamamientos ? No : basta ya de resistencia y tenacidad. Salgan afectuosos suspiros de mi corazon. No cesen mis ojos de derramar lágrimas, ya que tan atrevido fuí para ofenderos. Quebrántese mi alma de un profundo dolor, cuando digo que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

*Los padres deben sustentar y educar política y cristianamente
á sus hijos.*

Accipit ergo Jesus panes: et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus. (Joan. vi, 11).

Tomó Jesús los panes, y habiendo dado gracias los distribuyó á los que estaban sentados.

Aquellos á quienes Dios constituyó cabezas de familia, tienen bien marcadas las obligaciones que con ella deben desempeñar, en la conducta y procedimientos que (hoy) nos dice el Evangelio observó Jesucristo nuestro divino Redentor con las turbas que le seguían. Lo primero que hizo para con ellas, fue el darles documentos saludables de doctrina; y lo segundo el proveerlas del alimento que necesitaban preciso. Lo mismo, pues, deben hacer los que están al frente de una familia. Estos son los deberes á que están obligados los padres: á instruir y alimentar á los hijos. Si no les proporcionasen el alimento necesario para sustentar la vida, perecerían en cuanto al cuerpo; y si no se cuidasen de darles una instrucción saludable y cristiana, perecerían en cuanto á su alma. Ved, pues, cuán importantes y cuán sagradas son ambas obligaciones. Sin embargo, en cuanto á la del sustento corporal, pocos serán los padres que teniendo haberes falten á ella: al paso que en cuanto á la del alma, abundando de medios, hay que lamentar un descuido bastante comun. San Juan Crisóstomo declama contra aquellos padres que no perdonan gastos ni diligencias por mas penosas que sean, y aun exponen su propia vida, si es menester, para proporcionar á un hijo un acomodo estable, una conveniencia ventajosa, ó por asentarle en el servicio y agrado de un príncipe de la tierra, y no hacen ni con mucho iguales oficios para constituirlo siervo fiel y amado del Rey del cielo, pudiéndolo esto hacer con facilidad ¹. ¡Oh cuánto mas prove-

¹ Homil. XXXV in imperf.

chosos fueran sus afanes y cuidados, si se esmerasen mas en darles una enseñanza cristiana, que es la que proporciona una instruccion sólida, y tan provechosa, que con ella se prepara la buena fortuna de los hijos en este mundo y la felicidad en el otro!

Las gloriosas obras del insigne Salomon, dicen las sagradas Letras ¹ que procedieron de la educacion diligente y virtuosa que recibió desde su infancia en la casa de su santo padre David. ¡De cuánta mayor utilidad fueran sus diligencias, si como el santo Tobías instruyesen los padres todos los dias á sus hijos en la ley de Dios, en la obligacion de temerle y servirle! *Omnibus... diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum: et cave ne aliquando peccato consentias* ². Todo lo puede un padre con su hijo si emplea un cuidadoso esmero en su cristiana instruccion. Y ¿habrá padres que no la inviertan; cuando tan expresamente lo tienen así ordenado por Dios? Educad, padres, á vuestros hijos, dice san Pablo, en disciplina y correccion del Señor: *Et vos patres... filios vestros... educate... in disciplina et correptione Domini* ³. Así no os haréis criminales en sus culpas, y no os imputará Dios en su tremendo tribunal la responsabilidad si se pierden sus almas, como os la imputaria si fuérais descuidados en hacerlo. De aquí se infiere, que en ningun tiempo deben callar los padres si ven que sus hijos obran lo que no deben. Jamás deberán disimularles sus desaciertos, ni mucho menos los desvíos é infracciones de las leyes de Dios y de la Iglesia; sí es que deberán corregirlos en todos los yerros que cometan, y aun castigarlos si lo merecieren, dándoles en todo tiempo buen ejemplo. Si con esta enseñanza que les dieren no llegasen á alcanzar de ellos lo que desean, por lo menos tendrán el consuelo de haber cumplido con los deberes que sobre ellos gravitan. Ya teneis en esto indicadas las obligaciones de los padres para con sus hijos. Sin embargo, es preciso ampliarlas todavía mas, para vuestro desengaño é ilustracion. Me prometo esto conseguirlo, si acierto á desentrañar bien la proposicion que siento en estos términos: *Los padres deben sustentar y educar política y cristianamente á sus hijos*. Mientras procuro hacerlo con el favor de Dios, estad atentos.

El nacimiento del hombre discrepa notablemente del de los demás animales. Estos á diferencia de aquel nacen desprovistos de razon, bien que con una inclinacion ó impulso de la naturaleza, para buscar lo que conviene á su propia conservacion, que es lo que llama-

¹ Eccli. XLVII, 15. — ² Tob. IV, 6. — ³ Ephes. VI, 4.

mos instinto. Así vemos en muchos de ellos , que tan pronto como salen á la luz del mundo van por sí mismos á buscar á sus madres, para recibir de ellas el sustento que necesitan. Ellos nacen tambien vestidos , y con todo cuanto es preciso tener para defenderse de las inclemencias del tiempo. Solo el hombre sale del vientre de su madre llorando, expuesto á perecer de frio si no hallara quien lo abrigase, y á morir tambien de hambre si no hubiera quien le suministrase el preciso sustento. Para el efecto Dios nuestro Señor, habiendo querido que el hombre sea morador del mundo, ha ordenado con su alta sabiduría el que aquellos que tuvieron parte en la generacion de los hijos cuiden con esmero de su conservacion , infundiendo en los padres un amor extraordinario hácia los hijos , haciendo asimismo el que encuentren gusto y satisfaccion en el cuidado que de ellos tienen , y que no les motiven molestia las incomodidades que les ocasionan. Si hubiese padres tan desnaturalizados , que despues de engendrar á sus hijos, venidos que fueran al mundo, los abandonasen , serian aun peor que las mismas fieras. ¿Qué fiera no aprendió de la naturaleza el tener cuidado de sus hijos , proporcionarles el sustento que necesitan , esmerarse sobremedera en su conservacion, y aun exponer su propia vida por librar la de sus hijos? Acosada en su cueva y hostigada de los cazadores que le arrojan piedras y tiros, hace muro de su cuerpo para defenderlos, y primero permite morir que el que aquellos puedan padecer. Si los brutos, pues, impulsados de su instinto hacen esto por las prendas de sus entrañas , mucho mejor debe hacerlo el hombre racional, mirando los hijos como parte de su alma y mitad de su corazon. Los padres , pues , tienen obligacion de alimentar á sus hijos sanos y enfermos : de vestirlos y darles con arreglo á su casa lo necesario para la vida , hasta que ellos mismos se lo puedan ganar. Por manera , que pecarán mas ó menos segun fuere su omision en este particular : así como incurrirían en culpa grave , si por su desidia ó inaplicacion no pudieran proporcionarles el sustento que necesitan ; ó si disipasen en juegos y disoluciones lo ganado con su trabajo. Esto seria faltar al amor que les deben tener : el cual debe estimularlos á trabajar cuanto puedan , y á conservar lo adquirido por herencia, ó en fuerza de su sudor ó industria para esta sustentacion de los hijos ; pero no ha de ser el amor que les profesen tan desordenado, que lo antepongan al que han de tener á Dios : lo que resultaria si les permitiesen satisfacer sus pasiones , ó llenasen sus gustos , sus antojos y caprichos, conociendo ser contrarios á lo que el Señor ordena en su santísi-

ma ley : *Qui amat filium aut filiam super me , non est me dignus* ¹.

Como el destino del hombre en la tierra es para vivir en sociedad , deben tambien imbuirlos en los deberes de la política racional , para que vivan decentemente regulados , y se conozca que tratan con personas , dándoles á cada una el tratamiento que les corresponde , y guardándoles las atenciones que respectivamente merecen. Conventrá sobremanera el que los padres cuiden de que sus hijos aprendan á leer , escribir y contar , por ser estas unas prendas decentes y útiles ; pues es sensible y vergonzoso el que un hombre , aunque sea pobre , no sepa echar su firma y dar cuenta de su persona por escrito. Este en mi concepto es uno de los mayores beneficios que les pueden dispensar. Muchos hijos han labrado su suerte feliz en esta vida por saber leer , escribir bien y contar. Yo no dudo que en mayor edad , todos los hijos agradecerian cordialmente á sus padres este beneficio ; y muchos lo estimarian mas que los haberes que les pudieran dejar. Sabiendo una persona leer , está en disposicion de recorrer todo el mundo sin salir de su casa : tener conocimiento de las costumbres que reinan en todas las naciones : saber las cualidades que hicieron famosos á los sujetos cuyos nombres se oyen con elogio y veneracion : penetrarse de los sucesos importantes que han sucedido en cada uno de los siglos : tratar con los hombres mas sábios que ha habido en todos tiempos : distinguir y apreciar las relevantes virtudes de los héroes de la Religion : y concretándonos á lo que comunmente resulta ó puede resultar en... un pueblo , salvo algunos casos particulares que de vez en cuando ocurren en ellos , uno que sabe leer puede perfeccionar en mayor edad los conocimientos del Catecismo de doctrina cristiana que aprendió en la niñez ó en la puericia ; y manejando en los dias de fiesta y aun en los de hacienda , un rato despues del trabajo , un Ejercicio cotidiano , que es el libro que mayormente circula entre las manos de la gente comun , ó algun otro libro bueno , pueden instruirse perfectamente en lo que Dios prescribe en su santísima ley ; inclinarse mejor á practicarla ; apreciar las virtudes y aficionarse á ellas. Siempre se advierte en este particular una notable diferencia entre las personas que saben leer y las que carecen de este útil conocimiento.

No por esto dejarán los padres de hacer que sus hijos (á no adoptar una carrera literaria) aprendan algun oficio , aquel á que tengan inclinacion , y sea acomodado á su capacidad ; para que cuando ma-

¹ Matth. x , 37.

yores, puedan ganarse con él lo necesario para pasar la vida, desterrando así de ellos la ociosidad, madre fecunda de todos los vicios. Lo mismo harán las madres con las hijas, procurando el que sepan desempeñar los quehaceres que ocurren en una casa, y el que aprendan las labores propias de su sexo. Andando el tiempo se hallarán estas y aquellos en la edad propia para tomar estado. Para la adopción de este procurarán los padres aconsejarles, sí; pero no violentarlos. Si en esto ejercieran con ellos violencia, sería lo mismo que cargarles sobre sus hombros y espaldas una cadena de hierro muy pesada, que durante su vida les hiciera andar siempre agobiados, y con tanta fatiga, que tal vez les hiciera sucumbir desgraciadamente con amargura, con lágrimas y con dolor en medio de su carrera.

Pero la obligación mas importante que gravita sobre los padres con respecto á sus hijos, es darles una educación cristiana; porque sin esta, por mucho que se esmeraran con ellos, podrían si alcanzar el que á último resultado llegaran á ser, como decimos vulgarmente, hombres de mundo; pero nunca podrían conseguir que algún día llegaran á ser ciudadanos del cielo. Una educación cristiana que lleva consigo el santo temor de Dios, y proporciona las buenas costumbres, importa mas que todos los intereses que se tengan, por muchos que sean, y por mas habilidades que se hayan aprendido. *Ubi non est scientia animæ, non est bonum* ¹. Esta educación debe principiar en la infancia, ó por mejor decir desde el nacimiento. Siendo los niños tiernos y blandos sus humores, es tan fácil imprimir en su cerebro las imágenes de las cosas que se quieran, como en la blanda cera. Viniendo el hombre al mundo con una ignorancia sumá, ó como se explicaban los antiguos como una tabla cepillada, ó como un lienzo raído donde no hay pintura alguna, resultaría un gran daño si en él se delineasen ideas malas, porque con ellas se daría un fomento á la naturaleza corrompida y se facilitaría el camino al vicio; al paso que si son buenas y religiosas, hallará la razón un fundamento poderosísimo para gobernarse debida y santamente; de tal forma, que estas impresiones cristianas y su debido ejercicio lo harán feliz en esta y en la otra vida.

Por lo tanto, jamás deben ponerlos en la cuna ó echarlos en la cama sin hacerles antes la señal de la santa cruz. Cuando ya principian á hablar, deben enseñarles á persignarse por sí mismos; y

¹ Prov. XIX, 2.

esta diligencia procurarán las madres que la ejecuten cuando se acuesten y se levanten, pues les servirá de mucho bien ; así como el que aprendan ante todo á pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María ; tributando de este modo las primicias de la lengua á Dios nuestro Señor y á la Virgen santísima, teniendo á la primera luz de la vida lo que todos deseamos tener en las sombras de la muerte. Tan pronto como en ellos asoma el uso de la razon, es forzoso procurar el que se conviertan al Señor ; esto es, á que le conozcan y le amen : por consiguiente deben hacerles aprender el Padre nuestro, el Ave María, el Credo, la Salve, los Mandamientos, y todas las demás oraciones usadas entre cristianos ; que se informen en la Doctrina cristiana, y el que sepan con perfeccion lo que han de creer, esperar, obrar y recibir. Imbuidos en estas verdades y practicándolas como enseña el Catecismo, pueden estar seguros de haberles dado la mas alta y mejor enseñanza, el mejor estudio y aun el mejor oficio. El fin principal para que el Señor les ha dado á los padres, hijos, es para que los instruyan en la ciencia de la Religion y buenas costumbres, enseñándoles á vivir como hijos de Dios. Es preciso saber y nunca olvidar que ni la instruccion adelantada en las ciencias, ni los profundos conocimientos en las artes, ni la mas acabada inteligencia en la agricultura, ni la posesion de grandes riquezas, ni la práctica mas completa de las leyes del mundo, son las que nos han de salvar, sino el conocimiento y la observancia del Evangelio. Los padres no trabajarán útilmente en su propia salvacion si no se esmeran en conducir á sus hijos por el camino de la ley divina : en que conozcan, amen, teman, y sirvan á Dios de todas veras. Esta es la marcha que deben seguir : la misma que han observado cuantos padres religiosos hubo siempre en el mundo : así lograron ellos santificarse, y contribuir tambien al logro de la santificacion de sus hijos.

A la instruccion cristiana deben añadir la correccion. A pesar de la buena enseñanza de los padres, como la naturaleza humana está tan viciada, no siempre se consigue el que los procedimientos de los hijos sean siempre rectos : muchas son las veces que se desvian de aquellas sendas que se les marcan. Mayormente se notan estos desvíos si los padres han sido descuidados en darles esta educacion cristiana ; y lo que mas admira es el que muchos de ellos se quejan de los desaciertos, desobediencia y malos tratamientos de sus hijos, sin que lleguen á conocer que ellos mismos se tienen la culpa, por haber sido negligentes en su enseñanza y correccion. Cuando los pa-

dres advierten que sus hijos han cometido algunos defectos ó que empiezan á inclinarse á los vicios, deben de corregirlos prontamente con moderacion y prudencia ; y si para que entren en su deber no sufraga la suavidad, deben emplear con ellos remedios mas fuertes. El no castigarlos seria aborrecerlos, querer que se abandonaran y consentir en que se perdieran, como dice Salomon : *Qui parciť virgæ, odit filium suum* ¹. El castigo no está en contradiccion con el amor ; antes bien es hijo de él, puesto que las amonestaciones, la correccion y el castigo se ordenan al mejor bien de los hijos. La blandura, indolencia y contemplacion de Helí para con sus dos hijos, Ofni y Finees, fue la causa de la ruina de una casa como la suya, en otro tiempo tan dichosa ². La complacencia de Patricio, padre de san Agustin, motivó en gran parte el que este Santo se extraviase en su juventud y llegara á engolfarse en desórdenes viciosos, que no hubiera acaso cometido si su padre lo hubiese corregido y castigado ; pero con tal que su hijo aventajase á sus condiscípulos en las escuelas, hiciese adelantos en las ciencias, con tal de saber que lucia por su talento y despejo, y de verlo al propio tiempo discreto y cortesano, con esto se quedaba por satisfecho : por lo demás nada se le daba de que fuese un licenciado, y estuviese enredado en los desórdenes mas criminales. *Non satagebas pater*, el mismo Santo lo dice, *non satagebas pater, qualis crescerem tibi, aut quam castus essem, dummodo essem disertus* ³.

¡ Cuántos padres hay en nuestros dias semejantes á este que acabo de nombrar ! Veréis á muchos que conciben un gran sentimiento, que caen en una profunda tristeza, y que les acompaña un dolor aflictivo si tienen un hijo y enferma ; y se deshacen en llantos, si muere ; pero no los veréis ni afligirse ni llorar si el hijo maldice, jura, miente ó blasfema ; y aun tal vez celebran sus pecados por discreciones agudas, vivezas de ingenio, en una palabra, por gracias. Y qué os parece, ¿ será mas digno de llorarse el que un hijo entregue su alma á Dios muriendo, ó que dé su alma al diablo pecando ? Sabiendo lo que es un pecado, las consecuencias fatales que lleva consigo, y los ruinosos efectos que ocasiona, ¿ cómo no sentirán mas la muerte y condenacion del alma de sus hijos, que la dissolution del cuerpo ? Aun sin emplear el castigo, me prometo que muchas veces conseguirian la enmienda de sus hijos, si se ocuparan en corregirlos con severidad, en afearlos enérgicamente sus culpas,

¹ Prov. XIII, 24. — ² I Reg. II, III. — ³ Conf. lib. II, c. 3.

demostrándoles los horrores del pecado, y la odiosidad que siempre deben profesarle; y cuando no bastasen estas y otras reflexiones, entonces deben emplear el castigo proporcionado á la edad en que se hallen, para ver si la pena llega á conseguir lo que no pudo la reflexion.

Empero de muy poco ó nada aprovechará á la juventud el esmero que se ponga en su instruccion política y cristiana, si no andan corroborados los documentos con el buen ejemplo. Como la niñez lleva ventaja á todas las edades del hombre en la imitacion, serian infructuosas cuantas diligencias se invirtieran en la educacion de los hijos, si á par de la enseñanza no se les proponen ejemplos saludables para que los imiten. Así es que los padres deben siempre guardarse de decir ni hacer delante de los hijos alguna cosa que esté en contradiccion á la sanidad de doctrina que deben enseñarles. En todos los siglos ha sido siempre el ejemplo de los padres el espejo en que se han mirado los hijos, y el estímulo mas poderoso para proceder estos con arreglo á su conducta. Sin el buen ejemplo de los padres, es cási imposible que los hijos sean seguidores, y se mantengan constantes en las sendas de la virtud. Seria un milagro no pequeño de la divina gracia, el que un hijo lejos de dejarse arrastrar hiciese frente de continuo á las costumbres viciosas de sus padres: lo comun es seguir su marcha, imitar su conducta, y trasplantar en sí mismos sus procedimientos. Por mas, pues, que los unos se hayan cuidado de inculcar á los otros la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia, ¿cómo se esmerarán estos en practicarlos sin infraccion alguna, si ven que sus padres los quebrantan á cada paso, segun la variedad de sucesos que se les ofrecen en la vida? Si estos al menor arrebató, contratiempo, caida ó infortunio que les acontezca en sus personas, en sus haciendas, en sus ganados ó caballerías, prorumpen en maldiciones, juramentos y blasfemias contra Dios, contra la Virgen santísima ó alguno de sus Santos, ¿aprenderán los hijos á conservar siempre en su corazon el temor del Señor, y no se desbordarán jamás, ni les ocurrirá por asomos en sus averías el maldecir, jurar ni blasfemar? Si ven los hijos que sus padres en los dias de fiesta, en vez de santificarlos como cristianos oyendo la misa mayor, concurriendo á las demás funciones de Iglesia y ejercitarse en obras espirituales, se ocupan en trabajar ó emplean horas y horas en el juego, en la taberna, y en otras disoluciones harto reprehensibles, ¿saldrán los hijos religiosos en extremo, ni se les pegará jamás el contagio del juego, de la bebi-

da, ni reinará en ellos desórden el mas pequeño? Si en Cuaresma ó fuera de ella, en los dias de ayuno y abstinencia, advierten los hijos que sus padres no observan el precepto del ayuno, y que no reparan en comer de carne sin tener la bula denominada vulgarmente de indulgencias ni el indulto apostólico de carnes, ¿ayunarán los hijos cuando tengan la edad para ello, y serán cuidadosísimos, cuando mayores hayan contraído estado, de no comer en dias de abstinencia manjares prohibidos? Si los padres no concurren al templo á rezar el Rosario por las tardes cuando se hace la señal, ni lo rezan tampoco en casa con la familia, ¿los hijos saldrán tan adictos á esta santa devocion que lo rezarán todos los dias? Si observan en sus padres que en vez de perdonar de corazon las injurias como ordena nuestro Redentor Jesús, tratan de vengarlas tan pronto como se les ofrezca coyuntura favorable, y esta conversacion es la que rueda de continuo en casa, ¿aprenderán los hijos á perdonar de veras las que á ellos les hagan, á no vengarse jamás, y á remitir ofensas y ofensores á Jesucristo, para que este como soberano Juez les dé el castigo que merezcan? En fin, omitiendo otros preceptos, si los hijos oyen frecuentemente á sus padres usar de palabras indecentes y escandalosas, ¿no se acostumbrarán tambien aquellos á decirlas? ¡Ay Dios mio! con semejantes malos ejemplos no dudo salgan los hijos modelados en un todo á la conducta de sus padres. Forzosamente tienen que ser, á su imitacion, blasfemos, jugadores, entregados al vino, irreligiosos, vengativos, mal hablados y relajados cristianos. Lo cierto es, fieles mios, que los niños que se crián en este país al cuidado de los padres, no veréis que por primer idioma aprendan á hablar, ó expresarse en francés, en italiano ó en inglés, sino en castellano, porque este es el idioma que usan sus padres, el que les oyen siempre y el que se les graba de oírseles: pues de la misma manera, si los hijos oyen con frecuencia juramentos, blasfemias, murmuraciones, si ven en sus padres hurtos, liviandades, acciones inmodestas y licencias criminales, forzosamente se les tienen que pegar semejantes desórdenes; y de tal suerte, que no dudo en afirmar que eso mismo sea lo que ellos digan y obren en lo venidero.

Lo propio sucederá aunque no los escandalicen sus padres, si estos permiten ó no cuidan de apartarlos de la compañía de personas de mal ejemplo. Corrompida nuestra naturaleza por el pecado original, somos llevados mas fácilmente al vicio que á la virtud; y cualquiera puede experimentar, que al paso que para esta se necesita mucha repeticion de actos, basta un solo ejemplo malo para in-

clinarnos á aquel. Por lo mismo nada se adelantará en la educacion de los hijos con darles en casa enseñanza y buen ejemplo, si se descuida de ellos fuera y no se procura el preservarlos de malos compañeros con quienes pudieran asociarse, que los relajaran y pervirtieran. Es forzoso el cortarles estos enlaces amistosos, apartarlos de estas malas compañías que pueden ser causa de su eterna perdicion. El padre que tiene hijos no debe vivir tan tranquilo, que se eche á sueño suelto á todas horas; si es que debe vigilar siempre cuidadosamente sobre sus hijos, para que lejos de arruinarse por sus extravíos puedan vivir y morir cristianamente. Por la poca vigilancia que los padres invierten en observar las salidas de casa, y las comunicaciones de los hijos y de las hijas, tienen que llorar muchos de ellos amargamente por toda su vida los tristes efectos de estos descuidos.

Tened, pues, padres y madres un sumo interés en la crianza y educacion cristiana de vuestros hijos: si sois descuidados en punto tan interesante, si echais mal los cimientos á una obra como esta, nada debeis de extrañar que ceda en vuestro daño y ruina, ni que á último resultado perezcais, como aquellos de quienes dice nuestro amado Redentor, que en Siloé les cayó la torre encima, y los dejó allí muertos y aplastados¹: al paso que si zanjais bien el edificio de una buena educacion, reportaréis en todo tiempo ventajosas utilidades. Sobre los frutos que por cumplir con este deber cogereis en el cielo, aun por lo que respecta á la tierra os interesa á vosotros muy mucho el que estén bien educados y sean buenos cristianos; pues mejor vejez, mejor tratamiento y correspondencia se puede promover un padre y una madre de un hijo bien criado, de un hijo bueno é inclinado á la virtud, que de un hijo malo, perverso y escandaloso. No perdaís jamás de vista estas verdades, ni echeis en olvido tales documentos, viviendo persuadidos que si los ejecutais en la forma que acabo de expresar cumplireis con un deber imperioso que exige vuestro estado y os manda Dios nuestro Señor, pudiendo promereros felicidad temporal en esta vida y la eterna en la otra, que os haga dichosos por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña, por tantas indignidades con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

¹ Luc. xiii, 4.

Dulcísimo Señor : Vos sois, Dios mio, la hermosura eterna, la bondad infinita y la amabilidad inmensa. Y ¿cómo siendo Vos lo sumo de la perfeccion, me he atrevido á despreciar vuestra doctrina contenida en el Evangelio, ofendiéndoos á cada paso con el mayor descaro? ¿Cómo habeis permitido que yo os pagara con tanta ingratitude? Alejad, Dios mio, ~~disipad las tinieblas de mi~~ entendimiento, y dadme á conocer bien la alteza á quien ofendo.

¡Ah, mi amable Redentor! Solo Vos podeis ablandar la dureza de mi corazon. Solo Vos podeis trasladarme de las tinieblas á la luz. Solo Vos podeis hacerme hijo vuestro, heredero de la vida eterna, habiendo sido y siendo por mis pecados vil esclavo del demonio y reo de eterna condenacion. ¡Oh quién tuviera, Jesús mio, las lágrimas de un san Pedro y de una Magdalena, y un corazon tan contrito y lastimado de haberos ofendido, que no cupiera el amor en el alma y quedara muerto repentinamente de pesar! ¡Cuánta fuera mi dicha si de Vos alcanzara yo esta gracia!... Pero ya que esto no me sea dable, yo procuraré en adelante desagraviaros de tantas ingratitudes como os he hecho; detestaré eficazmente mis vicios; aborreceré todas mis iniquidades; y en prueba de que así lo siento, digo con todas las veras de mi corazon que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor; misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE PASION.

La obligacion tan interesante del cumplimiento pascual.

Quis ex vobis arguet me de peccato?
(Joan. VIII, 46).

¿Quién de vosotros me convencerá de
pecado alguno?

Solo Dios es impecable por naturaleza, y la Virgen santísima lo fue por privilegio. Así es, que siendo Nuestro Señor Jesucristo no solo verdadero hombre sino tambien verdadero Dios, podia muy bien decirles á los judíos como (hoy) nos dice el Evangelio, que por mas que hicieran no podrian encontrar en él la mas mínima sombra de pecado. Este no podia caber en él, como Dios grande segun le llama el real Profeta, engrandeciendolo su naturaleza divina; Dios grande, Señor y Rey de todos los dioses; y por la humana reconociendolo Hijo amado del Señor y objeto de sus divinas complacencias; y segun ambas, Rey de todas las virtudes¹. No: los pecados, las debilidades é imperfecciones son solo propias de nuestra naturaleza, que como de un origen corrompido mas se inclina á lo malo que á lo bueno. ¿Quién de nosotros, dice el Sábio, puede jactarse de que tiene su corazon limpio de toda culpa²? Todos, dice san Juan, somos defectuosos y pecadores; por manera que si fuera uno tan soberbio que asegurase estar libre de toda culpa, desde luego se le podria decir que era un preocupado y mentiroso³. Tan defectuosa es la composicion de nuestra naturaleza, que ni aun puede producir virtudes ni merecimientos, á no avalorar nuestras acciones la divina gracia. De aquí nace la necesidad de esta prenda que purificando nuestras imperfecciones, lavando nuestras inmundicias, hermoseando nuestra fealdad, y pulverizando los pecados que frecuen-

¹ *Rex virtutum.* (Psalm. LXVII, 13). — ² *Quis potest dicere: mundum est cor meum, purus sum à peccato?* (Prov. XX, 9).

³ *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* (I Joan. I, 8).

temente cometemos, nos haga agradables á los ojos del Señor. Aunque la virtud de esta gracia ó sea el poder de Dios no está tan ligado á los Sacramentos, que sin ellos no pueda justificar al pecador, sin embargo, plugo á su divina Majestad establecer en la ley evangélica, como medio propio, acomodado y ordinario, su justificación por medio de los santos Sacramentos. Por eso la Iglesia se ha esmerado siempre en aconsejar y persuadir á todos sus hijos á que recibieran frecuentemente los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía, fuentes sagradas que manan con perenidad aguas copiosas de gracia, y acarrear al pecador y al justo un bien imponderable.

Como el sacramento de la Penitencia, ó sea la confesion como decís vosotros, en el que el Hijo de Dios depositó los méritos de sus obras, el valor de su sangre, el precio de su vida y de su muerte, sea desde la fundacion de la Iglesia el único remedio para borrar las culpas cometidas despues de haber recibido el Bautismo, y por el que consiguen los pecadores no solamente el perdon de ellas, sino tambien un preservativo eficaz y poderoso para no volver á cometerlas en adelante, por ser este su efecto, como afirman unánimemente todos los teólogos; y como el santísimo sacramento de la Eucaristía, ó sea la sagrada comunión, aventaje á todos los demás Sacramentos en dignidad, por contener real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, que la instituyó para sustento espiritual de nuestras almas, asegurándonos que no tendríamos salvacion á no participar de este alimento; como sea el origen de todos los beneficios, la causa de todas las delicias, y el manantial de todas las dulzuras; como sea en fin un Sacramento de vida por estar vivo en él Jesucristo, y porque hace vivir á los que participan dignamente de él, *et qui manducat me, et ipse vivet propter me*¹; de aquí proviene la obligacion que tenemos por derecho divino de recibir ambos Sacramentos con la frecuencia que exijan las necesidades de nuestra alma. Siendo cómo son los dos unos Sacramentos tan grandes, tan útiles y de tanta necesidad, no podian pasar desatendidos por la Iglesia; así es que ordenó su recepcion á todos los cristianos por lo menos en tiempo de Pascua de Resurreccion. Atendiendo, pues, á que está ya muy próxima esta Pascua, os hablaré ahora de este precepto procurando instruiros acerca del cumplimiento pascual, y cómo debe llenar un cristiano esta obligacion. Mientras evacuar esta diligencia con el favor de Dios, estad atentos.

¹ Joan. vi, 58.

Nunca podremos apear ni jamás suficientemente agradecer la dignacion de Dios en haber querido que nosotros, con preferencia á infinitas personas que yacen en la infidelidad, viniéramos á profesar aquella santa religion que Jesucristo trajo del cielo y radicó en la tierra, á fuerza de trabajos, de sudores, y hasta con el derrámen de su preciosísima sangre muriendo en una cruz. Siendo este uno de tantos misterios como rodean su altísima grandeza, nunca alcanzaremos los motivos que le impulsaron á hacer de nosotros una eleccion que nos constituye en posicion ventajosísima para conseguir el cielo. Todas las criaturas son obras de sus manos, todas tienen un mismo origen, y son iguales por naturaleza; sin embargo de esto, á unas deja en la ignorancia, al paso que á nosotros nos ha ilustrado con los resplandores de su fe, para que con mas seguridad seamos felices en esta vida y en la otra. El mismo Jesucristo se compara en el Evangelio al labrador que para plantar una viña toma de sus cepas el sarmiento que quiere ¹, para explicar así su libre voluntad en llamar y elegir para sí á los que le acomoda. Nosotros somos, pues, podremos decir con el Profeta, como la oliva fructífera en la casa de Dios ². El Señor usó á favor nuestro de una gran misericordia, destinándonos á ser sarmientos de su viña, ovejas de su rebaño, hijos de su Iglesia, y miembros de su Religion.

Vista y experimentada por cada uno de nosotros la voluntad de Dios, y su inclinacion favorable á nuestras personas, es forzoso que todos correspondamos á las intenciones que le acompañaron en darnos muestras evidentes de tan especial cariño produciendo frutos de virtud. Sola esta es la que le hará complacerse en la eleccion que hizo de nuestras personas: sola esta la que nos ha de ensalzar y hacer agradables á sus divinos ojos. Una alma adornada de virtudes es la esposa del Cordero que vió san Juan vestida de blancas, hermosas y riquísimas holandas ³. Estas son las galas de que siempre debe procurar ir adornado un cristiano. Estas, las que lo harán brillar á la vista de sus semejantes, y las que sobre todo le conciliarán la amistad de Dios, las que lo harán digno de acercarse á sus santos misterios, y adquirir aumentos de gracia recibiendo los santos sacramentos de Confesion y Comunión.

Felices tiempos los de la primitiva Iglesia, en los que penetrados los fieles de estas verdades, se notaba en todos ellos un celo y un fervor extraordinario por el logro y aumento de las virtudes. Este

¹ Matth. xxi, 43. — ² Psalm. li, 10. — ³ Apoc. xix, 8.

celo y fervor les hacia asistir á la celebracion de los santos misterios, que por la persecucion que reinaba entonces contra los profesores del Cristianismo, era forzoso efectuarla en locales subterráneos, ó por lo menos secretos y disimulados. ANÍ era el ver una concurrencia numerosa á pesar del riesgo inminente que por intervenir en ella corrian sus vidas. Allí el fervor con que asistian al santo sacrificio de la misa ; el silencio y respeto con que oian la divina palabra ; la compuncion con que confesaban sus culpas ; el enardecimiento y la alegría con que recibian la sagrada comunion ; siendo esto tan cierto, que, como dice un escritor muy versado en la antigüedad, habia entre ellos quienes á seguida de recibirla, se ofrecian voluntariamente al martirio, como no pudiendo contener en sí mismos el exceso de su gozo ¹. Era tan grande su piedad y estaba entonces tan ardiente el fervor en el pecho de los cristianos, que los estimulaba á llegarse al sacramento de la Penitencia, y á participar de la sagrada Eucaristia con tanta frecuencia como se celebraban los divinos misterios. Ninguna necesidad habia en aquella dichosa época de establecer un precepto que determinase los dias en que los fieles hubieran de llegarse á la confesion y comunion. El deseo que tenian de participar de Sacramentos tan importantes estaba en ellos bien visible ; y era tan puro y verdadero su fervor, que llenaba en un todo las esperanzas de la Iglesia. En aquellos primitivos tiempos la piedad, el fervor, la exposicion á las persecuciones impelian á los fieles á llegarse á estos Sacramentos con frecuencia : mayormente cuando la persecucion y rabia de los tiranos estaba en su mayor fuerza, contemplaban los fieles como absolutamente necesario el armarse con el pan de los fuertes para resistir á su furor. Empero dada la paz al Cristianismo, fué debilitándose este fervor y piedad, y hé aquí la causa por que la Iglesia se vió obligada á dar leyes para fijar el tiempo de recibir la sagrada comunion ; y por consiguiente de confesarse antes, estando la conciencia manchada con culpa grave, segun aquello del Apóstol : Examine el hombre su interior ; y bien examinado, podrá conocer si está en disposicion de participar de la sagrada Eucaristia. El que á ella se llega indignamente sin haber antes limpiado las feas manchas de su alma por medio de una íntegra, sincera y dolorosa confesion, sepa que se hará reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo ².

Al ver, pues, la Iglesia por una parte, que su divino Maestro

¹ Cassali, De veter. Sacr. christian. rit. c. 17. — ² I Cor. xi, 27, 28.

mandó á los adultos la sagrada comunión con estas palabras : « Si no « comiéreis la carne del Hijo del Hombre y no bebiéreis su sangre, « no tendréis la vida en vosotros ¹ ; » pero sin fijar ni el tiempo, ni las circunstancias en que obligaba este precepto ; y al ver por otra entibiada la piedad y resfriado el fervor de los primitivos fieles, forzoso le era el determinarlo como heredera de sus derechos y plenipotenciaria de su autoridad. Ya desde el siglo VI se vislumbran algunas disposiciones suyas relativas á este punto, aunque no con una ley precisa y terminante. Mas viendo hácia el siglo VIII que habia llegado á ser muy rara la recepción de tales Sacramentos, obligó á los fieles á recibir la comunión (precediendo á ella siempre la confesion como se supone) tres veces al año, á saber : en la Pascua de Resurreccion, en la de Pentecostes, y en la de Natividad del Señor ². Empero en el siglo XIII, habiendo llegado á ser todavía mas grande la tibieza de los fieles, el concilio IV de Letran, celebrado en el año 1215, dió el decreto siguiente : « Todos los fieles de uno « y otro sexo, llegados que sean á la edad de la discrecion, hagan « en particular y con sinceridad la confesion de sus pecados á su propio sacerdote al menos una vez al año... y reciban con respeto al « menos en tiempo de Pascua el sacramento de la Eucaristía ; á no « ser que por consejo de su propio sacerdote crean deber abstenerse « de él cierto tiempo por alguna causa razonable ; de otro modo, « sean privados de la entrada en la iglesia durante su vida, y de la « sepultura eclesiástica despues de su muerte ³. » Este decreto tuvo desde entonces una rigurosa observancia, que continuó hasta la celebracion del concilio de Trento, último de los generales y ecuménicos, el que lo confirmó en todas sus partes, y se halla hasta hoy dia vigente en un todo ⁴.

Bien habeis podido observar que prescribiendo la Iglesia en el concilio de Letran la confesion *al menos una vez al año*, y ordenando asimismo el que se reciba la comunión *al menos en tiempo de Pascua*, da á entender suficientemente cuán deseosa estaria, llevada de nuestro bien, de que nos confesáramos y comulgáramos entre año mas á menudo : puesto que acredita la experiencia con testimonios irrefragables, que los que se confiesan y comulgan rarísima vez, no se

¹ Joan. vi, 54.

² Así lo vemos por el cap. *Et si non frequentius*, De Consecr. dist. 2, y por una decretal que Graciano atribuye al papa san Fabian, pero que es del siglo VIII.

³ Conc. IV Later. can. 21. — ⁴ Conc. Trid. sess. XIII, c. 8, can. 9.

mantienen por mucho tiempo constantes en la práctica de la piedad. El de Trento, además de renovar el cánón del concilio de Letran, exhorta á los fieles á que comulguen con frecuencia, hasta llegar á decir que desearia el que á cada misa comulgasen los asistentes ¹. La frecuencia de estos Sacramentos es uno de los medios mas eficaces para sostenernos en las sendas del bien, sin desviarnos por los caminos de la maldad, haciendo que sea durable nuestra penitencia. Cuanto mas se frecuentan, mas enardecen el espíritu; nos precisan á hacer reflexiones mas propias para fortificarnos en la morada de la gracia, y enfervorizarnos en un amor mas ardiente, puro y afectuoso para con Dios. Bien es verdad que para recibir la sagrada comunión frecuentemente es necesario, dice este Concilio, una fe firme, una devoción y piedad sincera y una grande santidad ².

La confesion que todo penitente tiene que hacer para cumplir con este precepto, puede hacerla indistintamente en el templo de la parroquia que guste, y con cualquiera confesor de los aprobados por el prelado respectivo del punto ó local en que la hace; pero se halla establecido por *el uso*, que la sagrada comunión forzosamente tiene que recibirse en la misma iglesia de la parroquia á que el penitente pertenece por razon del domicilio; á fin de que los propios pastores ó sean los curas párrocos puedan ver, y les conste de un modo indudable, si sus ovejas ó sus parroquianos son fieles en cumplir este deber; por manera que sin su conocimiento y licencia no se satisface á esta obligacion comulgando en otra iglesia. Tanto la confesion como la comunión deben efectuarse de un modo digno. Si alguno se imaginara que se puede cumplir con este precepto recibiendo indignamente estos Sacramentos, sepa que esto es un error, el cual se halla ya condenado justamente y con la mayor severidad por la Silla apostólica ³. Santos son los Sacramentos, y santa debe ser en un todo, siempre y en todo tiempo su recepcion.

Para comulgar dignamente es menester confesarse bien; y para esto es preciso que concurren las tres condiciones que expresa el Tridentino: á saber es, *orís confessio, cordis contritio, et operis satisfactio*; las que se conforman con las cinco que ya sabeis por el Catecismo; y quieren decir que el penitente debe hacer lo primero un exámen exacto de su conciencia, discurriendo por los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, por los pecados capitales, y sus respec-

¹ Sess. XXII, cap. 6. — ² Sess. XIII, cap. 8.

³ Alejandro VIII lo condenó por su decreto de 24 de setiembre de 1665, é Inocencio XI por su decreto de 2 de marzo de 1679.

tivas obligaciones segun fuere su estado, debiendo invocar para esto al Padre de las luces para que le ilumine, pues que por nosotros mismos vivimos en tinieblas y en sombras de muerte: que haga despues una confesion exacta, sincera y humilde de todos sus pecados: que á esta acompañe una verdadera contricion de corazon; y por último, que dé por sus culpas una satisfaccion correspondiente á su número y gravedad.

Hecho esto y teniendo las debidas disposiciones de alma y cuerpo, esto es en ayunas, sin pecado alguno, lavada la cara y las manos, con vestido y compostura decente, pasará á recibir la comunión ó sea la hostia consagrada en la que se halla Jesucristo el Santo de los Santos, con presencia real y verdadera, contemplándose indigno, como se contemplaba san Pedro, de que se le asociase á él Majestad tan soberana ¹; ó como otro Centurion, de que entre á morar en su pecho el Hijo del eterno Padre, el Rey de los reyes y Señor de los señores ²: y retirándose despues de haberlo recibido; sin estrépito y con orden, á un lado de la iglesia, arrodillado, procure dar gracias á Dios del mejor modo que le dicte su espíritu por un gran rato, sin salirse muy luego á la calle (ó entrar como algunos acostumbran inmediatamente á la sacristía para que les hagan cruz ³), con la sagrada forma por decirlo así aun en la lengua; por cuyo motivo merecian que con ellos se hiciera, para su mayor confusion, el que les fueran alumbrando á su lado con dos luces; como sabemos que lo practicaron ciertos Santos con algunos fieles semejantes en un todo á los que acabo de nombrar; lo que ejecutaron con sobrada razon, conceptuando que léjos de estar consumidas en el estómago las especies sacramentales, aun las tendrian en la boca.

Sin embargo de no ofrecer estas diligencias dificultad alguna, siempre se observa con dolor que hay algunos que tardan notablemente en presentarse á beber la gracia en tan saludables fuentes; y que si se resuelven por último á evacuar este deber, es con una violencia suma; como si dejéramos por la fuerza. Yo no desconozco que la confesion es la que á estos como pecadores los retrae ó les hace retardar el cumplimiento, bien infundadamente por cierto.

¹ Luc. 5, 8. — ² Matth. viii, 8.

³ En algunos pueblos no se distribuyen cédulas, si es que obra en la sacristía la matrícula de todos los obligados al examen de doctrina cristiana, y al precepto de la confesion y comunión. Cuando son examinados y aprobados se les hace una cruz en un lado del nombre, y otra del apellido cuando se confiesan y comulgan. Lo mismo se hace con los niños que todavía no reciben la sagrada comunión. Donde esto no se haga así, se omitirá el paréntesis.

Ellos la miran no solo con aversion, sino con horror y como un martirio insoportable, sin embargo de haberla instituido el Señor como resorte para adquirir nuevamente su gracia despues de haberla perdido, y como medio necesario para volver á su amistad. Dios tiene prometido á los pecadores un perdon cumplido de todas sus iniquidades por muchas y grandes que sean, tan pronto como se confiesen con arrepentimiento y dolor. Pudiera tener un pecador algun motivo de queja, si viera que unos estaban á ello obligados y otros quedaban libres, contándose en el número de los primeros; pero no hay excepcion alguna en este particular; porque esta es una ley tan general que obliga á todos desde el romano Pontífice inclusive, hasta el último sacerdote; desde el monarca hasta el último vasallo. ¿Puede acaso abrigar temor fundado de que el confesor revele los pecados que se le manifiesten? No, pecador. Él está obligado por todas las leyes divinas y humanas á guardar secreto riguroso de cuanto se le confiesa; y es tan estrecha y tan grave la obligacion de callar, que nunca puede el ministro del Sacramento violar su sigilo, aunque viese las parrillas en que lo habian de abrasar, como á san Lorenzo; la hoguera en que lo habian de encender, como á san Policarpo; los leones que lo habian de devorar, como á san Ignacio; y la espada con que lo habian de cortar la cabeza, como á san Cipriano. El que menos de nosotros, fieles mios, aunque pecadores y no tan buenos como debíamos de ser, con la ayuda de la gracia de Dios sufriría un martirio penosísimo como lo sufrió san Juan Nepomuceno, por no revelar las culpas oidas en confesion, si se tratase de obligarle á ello por la fuerza. La lengua de un confesor está tan estrechamente atada, que jamás, de ningun modo y en ningun caso puede desligarla para hablar de lo que en la confesion le manifestó este ó el otro penitente.

Es verdad que todos nos ruborizamos al referir fielmente nuestros pecados al confesor, descubriéndole de lleno nuestras conciencias; pero este rubor que siempre asoma á nuestros rostros nos es bien pagado con la gracia, la dulzura y alegría que Dios infunde en el alma, y con la tranquilidad que alcanzamos en la confesion, como experimentará infaliblemente el que se confiese bien. Hasta los pecadores mas endurecidos y abandonados experimentan las falsas ideas que abrigaban respecto de la confesion, y cuán infundados eran los temores que los apartaban ó retraian de ella. Ellos mismos se admiran de la libertad en que se hallan despues de haberse bien confesado, conociendo la tan dura esclavitud que han sacudido; la ale-

gría en que rebosa su corazon cuando antes estaba lleno de tristeza, pareciéndoles y con verdad que se han descargado de un peso enorme que los oprimia y abrumaba. ¿Qué mas? hasta llegan á reprenderse agriamente á sí mismos en su interior de no haber procurado antes su reconciliacion con Dios; aprovechándose de un medio tan seguro, tan pronto y suave para hallar su divina dulzura, su amistad, su gracia, y aquella santa alegría de que se hallan poseidos.

Estando, pues, fieles mios, tan próxima como está la Pascua, Jesucristo desea vivamente haceros compañía en su celebracion como la deseó celebrar con los Apóstoles¹. Dada como tiene la Iglesia la ley que obliga á celebrarla, es preciso que reconozcais á esta ley, en sentir del Sábio, como una brillante luz que iluminará vuestras almas con los luminosos resplandores de la divina gracia, y como un camino que con toda seguridad conduce á la vida eterna². Procurad, pues, dar cumplimiento cuanto antes á esta ley. Cumplid con ella no por temor, sino por conciencia; no violenta, sino voluntariamente y con gusto; no con retardo considerable de tiempo, sino lo mas pronto posible; para manifestar así á las claras que sois hijos obedientes de la Iglesia y ovejas dóciles que oyen pronto y siguen inmediatamente los silbos de su pastor, no llegándoos á la sagrada comunión con tibieza, sino con el mayor fervor: no manifestando las culpas al confesor como quien hace una relacion fria, sino bien compungidos; con un dolor profundo que parta vuestra alma de sentimiento, y con propósito eficaz de no volver á reincidir; porque detestar las culpas en la apariencia y volver á cometerlas fácilmente, no es dolor sério ni propósito verdadero, sino irrisión y engaño. Las almas fervientes en el amor divino, acostumbradas á confesar y comulgar con frecuencia, jamás se llegaron á cumplir con el precepto de la confesion anual, sin haberse antes empleado por largo tiempo en suplicar á Dios fervorosa y humildemente este dolor: y si esto hicieron siempre, y aun al presente lo hacen las personas que llevan una vida arreglada á la páuta del Evangelio, ¿qué no deberá hacer aquel que solo se confiesa rara vez, ó sola una vez al año, y cuya vida es tal vez un tejido de imperfecciones, de delitos y pecados? ¿Qué tiempo no deberá emplear este, y qué súplicas tan repetidas no deberá dirigir al Señor, para obtener de él un corazon contrito y humillado? Sí, fieles mios: penetraos como debeis de la gravedad de vuestras culpas, y de lo ofensivas que han sido á Dios: redoblad

¹ *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum.* (Luc. XXII, 15).

² *Quia mandatum lucerna est, et lex lux, et via vitæ.* (Prov. VI, 23).

vuestros ruegos á fin de conseguir del Señor una contricion perfecta. Si no teneis un dolor verdadero, nada haréis con las demostraciones exteriores, porque aunque estas son buenas en sí, sin embargo en este particular son las menos importantes. Es indispensable entrar en el corazon, *scindite corda vestra, et non vestimenta vestra*, os diré con el profeta Joel ¹. Nada haréis con humillaciones, con golpes de pecho, con el derrámen de lágrimas, y con los demás signos exteriores de penitencia, si no nacen de vuestro corazon enteramente compungido y quebrantado de dolor. Él ha sido el primer culpable y el mayor criminal, y por lo tanto debe ser el primer penitente: el corazon es el que principalmente debe llorar. Lloren nuestros corazones con la mayor amargura en la confesion que hagamos en este cumplimiento, y contemplémonos indignos de todas veras de recibir á nuestro divino Redentor en la hostia consagrada: así podremos alcanzar el que el Señor apiadado de nuestras miserias, y de tantos procedimientos criminales con que le hemos agraviado, se sirva por un efecto de su divina clemencia el concedernos un perdón cumplido de todos ellos, admitiéndonos á la participacion de su gracia, para que con ella podamos merecer la dicha de poseerle eternamente en la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora ya el pesar que nos acompaña, por tantas culpas con que le hemos ofendido en el curso de nuestra vida, como lo indignos que somos de recibir en nuestro pecho helado á un Señor que hace estremecer las columnas del firmamento, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de tan tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor, Dios soberano, coronado de infinitas perfecciones, Dios inmenso que no cabeis en los cielos ni en la tierra, aquí me teneis postrado con la mayor humildad ante vuestro divino acatamiento, próximo á llegarme á los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía en este cumplimiento pascual. ¿Con qué lágrimas y contricion de corazon no deberé llegarme al confesonario, y con qué pureza y temblor al recibiros en la hostia consagrada?

Si los Ángeles tiemblan de puro respeto ante vuestra divina presencia: si la Virgen santísima se hubo de preparar con una santidad extraordinaria, efecto de un colmo de virtudes eminentes, para hos-

¹ Joel, II, 13.

pedaros en sus purísimas entrañas, y aun se reconocia por humildísima esclava ; si el Bautista no se contemplaba merecedor de desatar la correa de vuestro calzado ; si el Centurion se reputaba por indigno de que entrárais en su casa, ¿ cuánto mas no deberé yo confundirme, al meditar que os he de recibir en mi pecho helado, y Vos hacer asiento en un corazon como el mio lleno de imperfecciones? ¿ Con qué afectos no deberé encender mi amor, reconocer esta dicha y estimar una tal ocasion? ¡ Ah dulce Jesús! mi tibieza y grande indignidad interpela ahora vuestra gran misericordia, solicitando con vivas ansias me concedais las mejores disposiciones para recibirlos como lo mereceis ; que por lo que á mí toca, ya detesto desde este instante para siempre las culpas con que os he agraviado ; diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

El que desprecia los auxilios divinos, se labra su eterna condenacion.

Benedictus qui venit in nomine Domini.
(Matth. xxi, 9).

Bendito sea el que viene en nombre del
Señor.

Si los habitantes de la ciudad de Jerusalem se hubieran aprovechado de la triunfante entrada que en ella hizo Jesucristo, como (hoy) expresa el Evangelio, otra hubiera sido su suerte ; pero á pesar de lo admirable de su doctrina y lo portentoso de sus milagros , era la creencia que le profesaban tan poco firme , tan variable su veleidad y tan inconstantes sus resoluciones , que si en un momento se veian precisados á reconocer en él un origen todo celestial , en otro y á muy luego , cambiando de sentimientos lo contemplaban de nacimiento humilde , perturbador del reino , y por consiguiente digno de castigo y aun de muerte. Jesucristo se mostró siempre para con ellos y para con todos los moradores de la Judea con especialidad siempre benéfico ; á toda hora les hacia distribucion de sus gracias : todos los dias les tributaba auxilios copiosos y eficaces , que á aprovecharse de ellos como debian , hubieran sido felices para siempre ; pero firmes en su torcida marcha , ingratos á sus beneficios , rebeldes á sus mandatos y protervos en sus procedimientos , desestimaban los auxilios del Señor , y obcecados en su mal no advertian la condenacion eterna que ellos mismos se labraban.

Doloroso es decirlo ; pero esto mismo es puntualmente lo que hacen muchos de los profesores del Cristianismo. Enredados en operaciones contrarias por un comun á la ley de Dios , siente este sobremanera sus desvíos ; y para retraerlos de sus excesos , emplea los medios que acostumbra para convertir á los pecadores socorriéndolos con variedad de auxilios que les abran los ojos obcecados de su alma ; que les patenticen su mal estado , y los exciten á un verdade-

ro reconocimiento. Pero es tal la ligereza, inconstancia y perversidad de estos cristianos, que aunque es cierto se muestran al principio conmovidos, cuando los auxilios divinos se ofrecen á sus ojos y golpean las puertas de su corazon; aunque á primera vista y al ruido del golpe celestial se mueven al parecer, despertando del sueño en que se hallaban, experimentando sentimientos de admiracion y agradecimiento á la bondad de un Dios que léjos de olvidarlos, los tiene muy presentes á pesar de sus ingratitudes y de sus crímenes; sin embargo, á muy luego que despejados sus sentidos fijan la atencion en las consideraciones que hace un corazon corrompido, bien pronto se desvanecen aquellos primeros sentimientos que formaron, prefocan á la razon, la precisan á resistir á Dios y á menospreciar sus auxilios. Semejantes á los gálatas de quienes se lamenta san Pablo con sentimiento, reprueban prontamente lo que poco antes les mereció su aprobacion, y desechan las máximas evangélicas que habian recibido con gusto ¹. Unos procedimientos como estos tan irregulares, tan perniciosos y criminales, desvirtúan la solicitud tan esmerada que el Señor invierte á favor de ellos, eludiendo todos los medios artificiosos de que se sirve para su bien: por manera que para con algunos son infructuosos cuantos esfuerzos emplea para su salvacion. Unas veces los excita con avisos, otras con inspiraciones; ya se sirve de ofrecimientos, ya de dádivas, y en ocasiones hasta se vale del rigor: pero ni halagos, ni promesas, ni aun amenazas mueven su corazon, ni pueden inclinarlos á la práctica del bien, precisándolos á salir del régimen de la vida que llevan del todo desordenada. ¡ Ah, qué ceguedad tan lastimosa la del cristiano que así se porta! ¡ Cuánto mejor le fuera el darse por entendido al menor impulso de gracia que Dios excita en él, y prestándose con docilidad á corresponderle del modo que apetece! Si el hombre en vez de darse por entendido y de corresponder dignamente, diciendo como el ciego del Evangelio: Señor, haced con el poder divino que os acompaña el que mis ojos vean la luz ²; Dios mio, iluminadme, mostrándome el camino que debo seguir para agradaros y poderme salvar, no hace caso y repudia con descaro los auxilios que Dios le comunica para que apreciando su valor se salve; ni merece, ni puede esperar en lo venidero el que continúe el Señor confiriéndole nuevos auxilios; sino el que lo abandone á la ignominia de sus pasiones, para que siguiendo el impulso de ellas se precipite en el in-

¹ Galat. 1, 6. — ² Luc. XVIII, 41.

fierno. Con efecto : *El que desprecia los auxilios divinos, se labra su eterna condenacion.* Ved aquí lo que os voy á demostrar ahora con el favor de Dios : mientras lo hago, estad atentos.

Descendiendo Jesucristo de lo mas alto del empíreo á lo mas bajo de nuestro suelo : bajando desde el seno del eterno Padre á encarnarse en el vientre de la santísima Virgen ; vino y se dejó ver en la tierra como verdadera y brillante luz para iluminar al mundo y á todos sus habitantes ¹. Sin embargo hubo en el mundo muchos hombres que amaron mas las tinieblas que la luz ², y quedaron sumergidos en ellas. Sirviéndose de sus brillantes rayos, hubieran podido caminar todos con acierto en seguimiento de la bienaventuranza eterna sin la exposicion de caer en escollos peligrosos que dieran en la perdicion ; pero ¿qué sucedió? que á la manera de aquellos que teniendo los ojos malos, y exponiéndolos á los rayos mas fuertes del sol queda su vista mas lastimada que antes, así se cegaron mayormente los ojos de los que mas de cerca le vieron y gozaron. La oscuridad de sus pensamientos fue tan lastimosa y tan erradas las ideas que concibieron, que al fin determinaron quitar la vida al Hijo de Dios vivo, á quien tuvieron por sofista, endemoniado, y por un perturbador fanático de la república. Así hay ciertas personas en el Cristianismo que teniendo proporcion mas cercana y ventajosa para aprovecharse de los influjos divinos, asidas á las cadenas de sus pasiones, por mas que el Señor toque mil veces en su alma, ciegas en sus vicios, menosprecian los auxilios celestiales y quedan mayormente sumergidas en tinieblas horribles.

Es por cierto bien sensible que, conociendo el hombre la miseria que le rodea, lo poco ó nada que puede por sí y la necesidad que tiene de que Dios lo favorezca con sus divinos auxilios, haga un señalado menosprecio cuando el Señor apiadado de él se los envia á medida que los necesita. Dios no puede hacer mas por su parte : los modos tan especiales con que se insinúa en su alma son tan varios que excitan la admiracion. A unos les hace ofrecimientos, á otros les estimula con dádivas : á unos les muestra los tesoros de sus riquezas, á otros les envia tribulaciones : á unos les amenaza con amor, á otros los castiga con blandura. Al hombre le incumbe conocer estos auxilios, apreciarlos en todo su valor, y corresponder seguidamente en cuanto esté de su parte, para que vista por el Señor su fiel correspondencia se sirva remitirle otros auxilios nuevos, mas poderosos

¹ Joan. i, 9. — ² Id. iii, 19.

todavía, que lo vayan engrandeciendo en el camino de la virtud y santidad.

Cualquiera de nosotros que atentamente se ponga á reflexionar, advertirá, sin poder desconocer, la multiplicada variedad de auxilios ya interiores, ya exteriores con que Dios nos ha favorecido continuamente en el curso de nuestra vida. El Apóstol cifró todos estos auxilios en una sola proposicion, diciendo, que nos proveyó abundantemente de cuantas cosas podíamos necesitar para salvarnos ¹. Es verdad que nunca faltan personas que deseosas de su salvacion aprecian sobremanera estos dones celestiales, exclamando llenas de júbilo como los habitantes de la ciudad de Jerusalem: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Bendito sea el Señor que ha tenido la bondad de remitirme este auxilio de tanto provecho para mí: y con su ayuda van progresando de virtud en virtud, hasta que tienen la dicha de ver á Dios en la celestial Sion, bendiciendo todos los dias de su vida su santísimo nombre, como lo hacia el santo rey David en agradecimiento á beneficios tan especiales ². Cuando alguna de estas recibe de mano del Señor algun auxilio misericordioso de los que acostumbra dispensar, fija su consideracion atenta, advierte en él la voz divina, lo recibe, lo aprecia, y de tal suerte se inclina á lo que la sugiere, que no hay tardanza en ella, sino que prontamente confiesa sus pecados, los detesta y no vuelve á cometerlos. ¡Qué dicha fuera la nuestra, fieles mios, si á imitacion de estas almas tan pronto como el Señor alumbró nuestro entendimiento, y nos hace conocer la gravedad de nuestras culpas, llenos de vergüenza y confusion castigáramos desde aquella hora nuestro cuerpo como causa de nuestra ruina, para no perecer así infeliz y eternamente! Tan pronto como el Señor envió á David el auxilio del profeta Natán para advertirle del mal estado en que tenia á su alma por el adulterio cometido con Betsabé y el homicidio de Urías, quedó avergonzado y lleno de consternacion: sentimientos que nunca abandonó, que tuvo presentes todos los dias de su vida ³, y que lo trasplantaron á la feliz bienaventuranza. Cuando entrado en el templo el Publicano, Dios con sus auxilios le abrió los ojos de su alma, inmediatamente empezó á herir su pecho, á confesar sus culpas, avergonzarse de ellas, sin atreverse á levantar sus ojos al cielo ⁴. Cuando el Señor con otro auxilio bien diferente, como el estar cautivo y amarrado con gruesas cadenas de hierro en Babilonia, le hizo co-

¹ *Qui præstat nobis omnia abunde ad fruendum.* (I Tim. vi, 17).

² Psalm. cii, 1, 2. — ³ Psalm. xliii, 16. — ⁴ Luc. xviii, 13.

nocer á Manasés sus desvíos, sus enormes pecados y sus horro-
sos crímenes, aquí cesó su mala vida : por manera que no se re-
putaba digno de levantar sus ojos á lo alto, por conocer cuán ir-
ritada y ofendida tenia á la Divinidad ¹. En fin, las almas que no
miran con indiferencia su salvacion, al menor auxilio que reciben
de Dios, todas exclaman con el santo Esdras : Yo me confundo,
Dios mio, de levantar mi rostro hácia Vos, porque nuestros pecad-
dos se han multiplicado sobre nuestras cabezas ².

Empero hay otras por el contrario, que perdida la gracia bautis-
mal, bien halladas al parecer en la culpa desestiman la cuidadosa
solicitud que el Señor emplea en beneficio suyo, despreciando las
inspiraciones que les vienen de lo alto. Si una fuerza celestial las
impulsa á salir del lodazal del pecado en que se hallan, la resisten
con todo empeño : y si se ven agitadas de remordimientos que les
incomodan, anunciándoles tristes prenuncios y resultados funestos,
procuran desvanecerlos entregándose á la distraccion, á los pasa-
tiempos y diversiones para que el placer ahogue aquellos auxilios
que tanto los mortifican ; semejantes á Caín, quien emprendió edi-
ficar una ciudad, para que el cuidado del acopio de materiales y el
bullicio de los trabajadores lo tuviese distraido, le embargase toda su
atencion, y así pudiera sofocar aquella voz interior que no lo dejaba
descansar ni un momento por haber matado á su hermano Abel. Se-
mejantes á Saul, quien se dedicó á tañer el arpa para que el sonido
de los instrumentos, la melodía de la música y la variedad de las
canciones prefocaran, ó cuando menos suavizasen aquellos remordi-
mientos que lo agitaban por su desobediencia. Cuando el Señor,
valiéndose de sus ministros, les comunica á algunos pecadores el
auxilio de su divina palabra que les enseña, les avisa, los reprende
y amenaza, en vez de reconocerse y entablar un método cristiano
de vida, se portan como el impío Acab, quien declaró públicamen-
te que no queria oir á ningun profeta del Señor. A la verdad, decia,
uno tengo que me podrá instruir, y yo aprovecharme de sus luces,
de sus instrucciones y vaticinios ; pero lo odio de manera que le ten-
go horror, porque siempre me denuncia cosas funestas. *Sed ego odi-
eum, quia non prophetat mihi bonum sed malum* ³.

Infeliz de tí, Acab, é infelices vosotros, pecadores, cuantos deseais
estar abismados en los vicios ; ¿qué quereis que os vaticinen los
Profetas y os anuncien los confesores y predicadores, sino conse-

¹ II Par. xxxiii, 12. — ² I Esdr. ix, 6. — ³ III Reg. xxii, 8.

cuencias tristes, legítimas é inevitables si no os dais por entendidos á los auxilios que os envia el cielo , para que penetrados del mal estado de la culpa en que os hallais, os reconozcais de una vez dejando las torcidas sendas de la iniquidad? ¿Qué podeis prometeros sin odiar los pecados en que os hallais envueltos, sino que el Señor retire de vosotros todos sus auxilios, que ya no os comunique ninguno en lo sucesivo, y así os espaciéis segun los viciados deseos de vuestro infame corazon? ¿Quereis que al ver en vosotros un ensordecimiento, una ceguedad, una negacion y una resistencia que el Señor no encontró en la hija de Jairo, en el hijo de la viuda de Naim, ni aun en Lázaro, los tres muertos, y aun el último difunto ya hacia cuatro dias y sepultado, los cuales obedecieron inmediatamente á la voz del Redentor cuando les dijo que dejando aquella la cama, el otro el féretro y el último la sepultura, resucitaron dejando los despojos de la muerte, os salve sin querer vosotros dejar las vestiduras del pecado, ni querer resucitar á la vida de la gracia, al imperio de su voz y á la fuerza de sus auxilios? No, pecadores, no. No es esta la economía que Dios acostumbra usar. Es por cierto bien diferente. Al que admite sus auxilios, los reconoce, agradece y aprovecha, continúa en dispensarle otros nuevos con que adelanta mas y mas el edificio de su salvacion; pero al que abusa, desatiende ó menosprecia los que le ha conferido, no le concede otros, le deja seguir las corrientes impetuosas de los vicios, que quede abismado en sus desórdenes, y que continúe en el endurecimiento de su obstinado corazon. Y cuando una persona llega á este deplorable estado, ¿quién la saca de allí?

¡ Ah, fieles míos! el compuesto corporal del hombre y aun hasta su corazon es de una carne blanda, débil, y en él hacen impresion, como sabeis por experiencia, las criaturas, las inclemencias del tiempo y aun las incomodidades y desazones; pero si su corazon llega á endurecerse, no hay cosa que le iguale en consistencia y rebeldía. Ya veis los peñascos y aun el hierro qué materias tan duras son: pero á fuérza de golpes y de martillazos las piedras se hacen polvo, y el hierro en hojas sutiles y blandas; pero al corazon del hombre, endurecido que sea, no pueden con él ni lo ablandan los auxilios divinos, que son mas fuertes y consistentes todavía que los golpes y los martillos ¹. El cielo, la tierra y aun los calabozos del infierno obedecen y se rinden al imperio de un Dios omnipotente; solo el

¹ Jerem. xxiii, 29.

hombre es el que se resiste á la autoridad divina ; el que cuando tiene duro el corazon , desprecia á Dios al comunicarle sus auxilios, resistiéndose y negándose á obedecer á sus órdenes. El Señor manda á Faraon por medio de Moisés , que dé libertad á su pueblo á quien tenia esclavizado , y responde con orgullosa soberbia : *Quis est Dominus?... Israel non dimittam* ¹. ¿Qué tenemos con que Dios lo mande ? Por lo mismo, pues , que me lo ordena , no le he de conceder la libertad. Cuando Nicanor oyó el nombre de Dios, tan grande en su soberanía y tan infinito en su poder , respondió con un orgullo superior al de las potestades del infierno : Si es Dios poderoso en el cielo , yo tambien lo soy en la tierra. *Et ego potens sum super terram* ².

¿Y no es esto , fieles mios, lo que puntualmente sucede con los pecadores todos los dias ? El Señor los llama con voces amorosas, y ellos hacen el sordo : los convida con sus gracias, y ellos no quieren aceptar el convite ; les ruega con sus inefables dones, y ellos los menosprecian ; les amonesta, y no hacen caso de sus avisos ; les muestra patentemente su enojo, y no temen ; los aflige con alguna indisposicion ó enfermedad, y ellos le resisten ; los llega por último á amenazar (agotando todos los esfuerzos de sus divinos auxilios) con castigos terribles y eternos ; pero duros de corazon, enorgullecidos con una soberbia luciferina y con una impudencia asombrosa, dicen como Faraon : *Quis est Dominus?... Israel non dimittam*. ¿Con qué me viene Dios ahora ? ¿Qué es lo que quiere de mí ? ¿Que devuelva los bienes que tengo mal adquiridos á virtud de los tratos injustos en que he negociado , de la administracion que he ejercido , ó de las usuras que me he llevado ? ¿que repare el perjuicio que motivé á aquel vecino por las usurpaciones ó atropellos que ejerçí con él, los frutos que le talé, el delito que injustamente le atribuí, y los trastornos que le ocasioné en fuerza del juramento falso que contra él presté en el tribunal ? ¿Qué quiere ? ¿Que deje yo ahora la amistad que embelesa mi atencion, la hermosura que me cautiva, las ventajas que me produce y los gustos que me ocasiona ? Pues no lo hago , aunque Dios me lo mande, ni por mas que se empeñe. *Non dimittam*.

Esta dureza, esta obstinacion y terquedad es la que precisa al Señor á retirar sus auxilios dejando á las almas en un abandono tal, que nadie es capaz de sacarlas de él ; y aun cuando en alguna oca-

¹ Exod. v, 2. — ² II Mach. xv, 5.

sion venidera por efecto de algun impulso bastardo quieran al parecer reconocerse, pidan á Dios el auxilio de su gracia, soliciten de él el que las mire con ojos propicios y que les extienda la estola de su compasiva misericordia, entonces en justa correspondencia de su ingratitud, menosprecio y rebeldía, cierra los oídos de su clemencia y desoye del todo sus clamores. Yo os podría aducir, en comprobacion de esta verdad, muchos ejemplares extraídos de las santas Escrituras; pero atendiendo á que me dilataria demasiado, y seria contravenir á lo que me tiene prescrito el concilio de Trento ¹, el que me encarga sea en mis exhortaciones breve y claro, me contentaré con solo referiros lo acontecido con el rey Antíoco, animado de la confianza de que al saber su infeliz suerte á causa de su mala vida, y de la resistencia á los auxilios divinos, enmendaréis la vuestra, siendo dóciles en aceptar lo que Dios quiera de vosotros, aprovechándoos hasta del menor auxilio que se sirva comunicaros. Oído y temblad.

Habiéndole salido mal á Antíoco la expedicion guerrera de Persia, y precisado á volverse á sus Estados, supo en el camino de Babilonia que habian sido derrotados sus ejércitos muchas veces en la Judea. Irritado y aun encendido en furor con estas noticias, manda al que guiaba su carroza que acelerase la marcha, jurando destruir á Jerusalem, abrasar el templo del verdadero Dios, igualar con el suelo todos los edificios de la ciudad, y matando á todos sus habitantes, dejar arrojados sus cadáveres por las plazas, por las calles y por los campos para pasto de los perros, de las aves y de las fieras; pero tan pronto como acabó de proferir aquella expresion, se apoderó de él un cruelísimo dolor de entrañas con un cólico que lo atormentaba horriblemente: y á la sazón en que él se daba mas priesa para llegar al punto que se proponia, corriendo los caballos con precipitada aceleracion, hé aquí que cae de su carroza y se le magulla todo el cuerpo, empezando á muy luego á corrompérsele de tal forma que le hormigueaban los gusanos, y las carnes se le caian á pedazos. Atormentado de dolores intensísimos, pero aun con entero conocimiento, repasa en un instante su mala vida, las muertes horrorosas que habia ejecutado, el robo sacrilego que habia hecho en otra ocasion en el templo de muchas alhajas preciosísimas de oro y plata, la guerra encarnizada que habia declarado al pueblo de Dios, y el proyecto que formó de concluir con su divina religion.

¹ Sess. V de Reformat. cap. 2.

Empieza desde luego á reconocer su soberbia, la maldad de su corazón, el menosprecio que habia hecho de Dios, y á hacer promesas propias de un hombre el mas religioso ; diciendo entre otras cosas : *Justum est subditum esse Deo, et mortalem non paria Deo sentire* ¹, Dios mio, mi Señor y mi Padre ; aquí me teneis rendido y humillado en vuestra soberana presencia. Yo os prometo... No hay promesas que tenga, dice la sagrada Escritura manifestando los decretos de Dios para con este infeliz pecador. Sí : rendido te hallas á mis piés, es verdad ; pero no por voluntad tuya, sino por la fuerza poderosa de mi brazo. Cansado de injuriarme por toda tu vida, ¿ me vienes ahora con forzosas plegarias y ofrecimientos ? Yo no los quiero admitir, porque para nada los necesito. ¿ Ahora me llamas Padre, Señor y Dios, cuando hasta de aquí siempre despreciaste mi soberanía, no hiciste caso de mis auxilios, hiciste burla de mis amenazas ? Llegó, pues, el tiempo de que veas por experiencia propia quién soy yo á quien tantas veces injuriaste con el mayor descaro y vilipendio. No voy á ejercer contigo las funciones de Padre, no : ni tampoco las de Señor sino las de un Juez severo que te va á castigar rigurosamente con todo el peso de la ley. Aquí terminan mis auxilios : hasta de aquí llegan tus iniquidades : de esta hecha mueres infaliblemente en tus pecados, y condenado en el infierno pagarás allí por toda una eternidad el merecido de todas tus abominaciones. *Orabat... hic scelestus Dominum, à quo non esset misericordiam consequuturus* ².

Ved aquí, fieles míos, en qué vienen á parar los desórdenes de una vida relajada y terca : este término tienen todos los pecadores que cursando las sendas de la maldad sin darse por entendidos de los auxilios que Dios les comunica, para que abandonen las culpas y se vistan con las hermosas galas de la gracia ; para que rompan las cadenas de la esclavitud del pecado y queden en una segura y tranquila libertad, de la que disfrutaban los hijos de Dios. Este será el paradero de todos vosotros, si adheridos á la culpa correis á vuestro placer por el camino de la iniquidad que tantas veces os ha reprendido el Señor, y se ha esforzado en ver si con sus divinos auxilios os podia sacar de ella y daros á probar las dulzuras suaves que emanan del cumplimiento exacto de su santísima ley. Os dejará llenar y satisfacer en un todo vuestros depravados deseos, y tal vez conseguir cuanto apetezca vuestro corrompido corazón. Al amance-

¹ II Mach. ix, 12. — ² Id. ix, 13.

bado acaso le permitirá hasta la muerte ocurrida por vejez el que esté encenagado en su amancebamiento, sin la mas leve meditacion de dejar la amistad fatal que lo tiene enredado. A este, el que no restituya lo que debe por el perjuicio que ocasionó, tragándose con la mayor serenidad un juramento falso. Al otro le consentirá tal vez que por largos años vaya haciendo confesiones sacrílegas y comulgando indignamente, descansando al parecer tranquilo en su pecado, y sin el mas pequeño estímulo de la enmienda, sofocando en su interior los remordimientos que lo agitan, y repeliendo los auxilios que le envia el cielo. Que este no se llegue quizá por muchos años á los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía, ni aun en el tiempo del cumplimiento pascual. Que el otro no tenga el mas mínimo respeto á las cosas santas; que pase su vida sin ayunar jamás ni rezar nunca el santo Rosario de María. Acaso les permita á todos estos el que alcancen prósperamente todas las empresas de su malignidad; el que se mantengan en una vida llena de vicios, corriendo por los caminos de una libertad desenfrenada, sin que experimenten por lo pronto algun castigo del cielo; mas no por esto dejarán de ser mirados por el Señor como objetos de su mayor ira y abominacion, y como víctimas destinadas para el dia terrible de sus venganzas.

Pecadores todos, impresionaos de esta verdad. Si no encontrais espinas en el camino del vicio, si no os detienen las amonestaciones amorosas de un Dios, si no os refrenan sus amenazas, si no temeis sus castigos, si no os mueven sus auxilios, si nada se opone á vuestros depravados intentos, si continuais al parecer con salud y prósperamente en pecado sin encontrar estorbo ni embarazo alguno, esta es una manifestacion terrible y patente de su ira contra vosotros: esta es una señal ciertísima de que Dios os ha abandonado; y tambien lo es de vuestra eterna perdicion, conforme en un todo con la del rey Antíoco que habeis oido. Cuando pasando dias y dias esteis gozosísimos de haber satisfecho la ardiente sed de vuestras pasiones, encontraréis el sueño de la muerte eterna; sucediéndos lo que al capitán Sisara, que fatigado de sed pidió agua á la animosa Jael; y ofreciéndole en su lugar un vaso de leche, la bebió con mucho gusto, pareciéndole la mas dulce y sabrosa de cuantas habia bebido hasta entonces; pero en ella halló su muerte; porque sumergido con aquella bebida en un sueño profundo, clavó sus sienes Jael; y le quitó la vida ¹. Precaved, pues, fieles míos, con tiempo una

¹ Judic. iv, 19, 21.

ruina tan funesta, una perdicion tan triste y una condenacion tan cierta. Ahora teneis ocasion de salir del abismo del pecado; de abandonar los vicios y de abrazaros con las virtudes, favorecidos con tantos auxilios como Dios os envia cotidianamente: apreciadlos en todo su valor: corresponded á ellos sin tardanza; que si así lo haceis, me prometo que habeis de ser felices en esta vida, y mas felices todavía en la otra, donde goceis de la bienaventuranza eterna por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por tantas indignidades como hemos cometido en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: yo he sido nacido y educado en el seno de vuestra santa Religion por un beneficio especial que me quisísteis dispensar, á fin de que correspondiendo por mi parte á esta vuestra beneficencia, alcanzase algun dia la felicidad eterna con tal que me precaviese de los horrores de la culpa. Y bien. ¿He ajustado siempre mis acciones á vuestra santísima voluntad, de modo que jamás me haya desviado de ella, ni que os haya motivado disgusto alguno?

¡Ah, mi amable Redentor! ¿Dónde hallaréis respeto, acciones arregladas, virtud y santidad de vida? Hallaréis estas bellas cualidades en las almas justas, no en pecador tan abominable como yo, que empecé á ofenderos desde que os debia principiar á amar; que he continuado así hasta hoy, motivándoos sentimientos con mis pecados, cometiéndolos con descaro, con villanía y con infamia. Y siendo esto así, ¿cómo no se rompe mi corazon y se hace menudos trozos de un intensísimo pesar? ¡Oh dolor! ¿dónde te hallas? Ven y acompaña á esta mi alma, para que se haga agradable á quien tantas veces agravió y maltrató con innumerables iniquidades, villanías y ofensas. Ven, y haz que espire aquí á los piés sacratísimos de mi dulce Jesús. Así satisfaré en algo mis crímenes por una parte, y por otra no podré injuriarle ya mas en lo sucesivo. Esto es lo que quiero, Dios mio, porque os amo: esto es lo que necesito, porque os deseo gozar; y esto es lo que os ruego me concedais cuando digo de todas veras que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE RESURRECCION.

Todos hemos de resucitar, ó para reinar siempre en la gloria, ó para penar eternamente en el infierno.

Surrexit, non est hic. (Marc. xvi, 6).

Resucitó, ya no está aquí.

Cuando Jesucristo, Hijo del eterno Padre, saliendo del seno de la Virgen santísima apareció nacido en el portal de Belén, publicaron los Ángeles su nacimiento con aquellas palabras de tanta alegría y consuelo : *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad* ¹. A pesar de la pobreza y del paraje humilde en que aparece nacido, le rinden inmediatamente los pastores sus sencillos y afectuosos homenajes. Los Reyes magos venidos de lejanas tierras le tributan sus adoraciones ; y hasta el rey Herodes, noticioso de su nacimiento, le rinde temeroso sus recelos. Desde entonces, toda la vida del Hijo de Dios fue un tejido de acciones brillantes, de obras estupendas, de hechos portentosos que absorbían la atención general. Los hombres justamente arrebatados de admiración, lejos de poderse contener en silencio, panegirizaban lo que en él veían de sobrehumano. Admirábanse, dice san Lucas, de las palabras de gracia que pronunciaban sus labios ². Hasta sus mismos enemigos se pasmaban cuando le oían hablar y veían los torrentes de sabiduría que salían de su boca ³. Le ven hacer hablar á un mudo, y luego dicen : « Todo lo hizo bien, dió oído á los sordos, y habla á los «mudos ⁴. » Le ven resucitar á un muerto, y todos á una voz le glorifican diciendo : « Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, «y Dios ha visitado á su pueblo ⁵. » A vista de sus milagros hasta los que dudan de su divinidad se ven precisados á decir que el verdadero Mesías no podría obrar mayores prodigios ⁶.

Empero si la doctrina celestial que predicó, si la sabiduría divina

¹ Luc. II, 14. — ² Luc. IV, 22. — ³ Joan. VII, 15. — ⁴ Marc. VII, 37. — ⁵ Luc. VII, 16. — ⁶ Joan. VII, 31.

que arrojaba por su boca, si los hechos tan admirables que hizo, si los milagros tan portentosos que ejecutó le granjearon en vida la atención del mundo, despues de muerto dió un nuevo brillo á todas sus obras, cuando al tercer dia resucitó, como Dios que era, por su propia virtud todo triunfante y glorioso. Aquí se cumplió aquella señal que le pedían los judíos, cuando les dijo: Sí: yo os daré la señal que me pedís: un milagro superior al que pueda verificar un hombre puro: este será el de Jonás: así como aquel estuvo tres dias en el vientre de una ballena, y al fin salió vivo y sin lesion, así yo estaré tres dias en el sepulcro, y de él saldré glorioso, sin que la muerte me corrompa ¹. Desharéis este templo de mi cuerpo, y en tres dias lo repararé con mayor gloria y magnificencia ². Esta es, ó judíos, la señal que os prometo, la que veréis verificar, y la que á pesar vuestro y de cuantos se declaran enemigos míos me glorificará sobremanera, dando testimonio indudable al mundo de mi divinidad. Floreciendo mi carne de nuevo en este tercer dia que os anuncio, os patentizaré bien á las claras con mi gloriosa resurreccion como soy no solo hombre, sino tambien Dios: así como quedó probado el legítimo sacerdocio de Aaron refloreciendo su vara entre las de las doce tribus ³. Con efecto: aparece este dia feliz; llega esta hora dichosa, y á despecho y con terror asombroso de los guardas que custodian su sepulcro, resucita nuestro adorable Redentor, como (hoy) dice el Evangelio, para nunca mas volver á morir; para mayor gloria del empero, y para animar la fe de cuantos sigan en el mundo su doctrina.

Segun esto ya podemos, pues, fieles míos, estar seguros de nuestra resurreccion, diciendo con el Apóstol: Si Cristo resucitó, tambien nosotros resucitaremos. Sí: en el último dia de los tiempos, ó sea en el juicio universal, hemos de resucitar todos volviendo á la vida, vida que jamás ha de acabar; y vida feliz ó desgraciada, segun las buenas ó malas obras que hayamos ejecutado en este mundo: segun hayamos muerto en gracia ó en pecado. La Iglesia nos inculca esta verdad, y nos la manda creer como artículo de fe, cuando en el Credo nos precisa á decir: *Creo en la resurreccion de la carne*. Por lo tanto voy, pues, en este dia á manifestaros, que *todos hemos de resucitar, ó para reinar siempre en la gloria, ó para penar eternamente en el infierno*. Mientras os lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

¹ Matth. XII, 39, 40. — ² Joan. II, 19. — ³ Num. XVII, 8.

Es una ventaja para nosotros el que Dios nuestro Señor nos haya dado un cuerpo de doctrina en el que se halla explicada la ley natural, determinadas las reglas de las costumbres, establecidos preceptos sobrenaturales, prometidos los auxilios del mismo orden para poderlos cumplir exactamente, y propuestas en fin unas verdades incomprensibles y eternas, para que las creamos sin género de duda, y las veneremos rendidamente con todas nuestras potencias; fundados en la veracidad de Dios que las ha revelado, pues él no puede mentir, equivocarse, ni es capaz de mudanza ¹, siendo igualmente fiel en todas sus promesas y verdadero en todas sus palabras ². El hombre mas estúpido con la luz que arroja esta doctrina, y sostenido con una creencia fiel y sencilla, conoce unas verdades tan sublimes, que no pudieron alcanzar los mas célebres filósofos de la antigüedad, tan famosos por su saber. Mas como el hombre está sujeto á error, por la mala inteligencia que puede formar de las cosas, á causa de tener un entendimiento oscurecido y viciado: á fin de que pudiera proceder con acierto en su creencia y costumbres, á fin de que no discurriese de una á otra parte á la manera de un viento desordenado, á fin de preservarlo de errores, dudas é inquietudes, le dió para guia de sus acertados pasos á la santa Iglesia, católica, apostólica, romana, á la que el Señor llenó de sus divinas luces, aseguró con su infalible palabra, estableciéndola depositaria de su verdadera doctrina, y órgano infalible de su divino Espíritu. Esta es la ciudad de la verdad, como dice el profeta Zacarías ³, en donde hay siempre cátedra levantada, en la que se le da al hombre una acrisolada enseñanza, sin la mas mínima sombra de error alguno.

Estando, pues, ciertos por una parte de que Dios nos ha hablado con respecto al asunto dogmático que me he propuesto predicaros en este día, y estando por otra asegurados de que la Iglesia, verdadero intérprete de la voluntad divina y de su soberana palabra, nos propone como uno de los artículos de nuestra fiel creencia la resurreccion de la carne, debemos profesar este artículo sin la mas mínima duda,teniéndolo por mas cierto todavía que lo que divisan nuestros ojos y palpan nuestras manos, porque nuestros sentidos están sujetos á equivocacion; pero el testimonio de Dios es infalible, su palabra no puede faltar; y en lo que nos dice y asegura, ni puede engañarse ni engañarnos.

Todos nacemos para morir, y morimos para resucitar. Ocurrida

¹ Num. xxiii, 19. — ² Psalm. cxliv, 13. — ³ Zach. viii, 3.

nuestra muerte , que consiste en la separacion del alma con el cuerpo ; aquella , como inmortal y eterna que es , inmediatamente es presentada ante el soberano Juez de cielo y tierra para ser juzgada en secreto , y darle el correspondiente merecido de las buenas ó malas obras que en union con el cuerpo hubiere ejecutado en este mundo ; destinándola desde luego al cielo , si nada tiene que satisfacer á la justicia divina , ó al purgatorio , si le resta algo que purgar para poder entrar purificada en los palacios de la gloria ; ó sea al infierno , si tuvo la infelicidad de morir en pecado mortal sin haberlo confesado y dolídose de él , si tuvo tiempo y ocasion ; ó si faltándole oportunidad para confesarlo , no lo detestó en su corazon , arrepintiéndose de todas veras de haberlo cometido. Desde aquel mismo instante empieza á reinar con Jesucristo en la gloria , ó á padecer temporalmente en el purgatorio , ó á experimentar atroces é indecibles tormentos en el infierno en compañía de los demonios. El cuerpo en el entre tanto es depositado en una sepultura ; donde comido con el tiempo de gusanos , ó reducido á polvo continuará así , sin experimentar pena ni gozo , hasta el último dia de los tiempos , en que se verifique la resurreccion universal de los cuerpos de cuantos vivientes hubo en el mundo para unirse entonces con sus propias almas , á fin de que sean partícipes con ellas , ó bien de las inefables dulzuras de una feliz bienaventuranza , ó bien de las penas eternas de un horroroso infierno , segun la sentencia que les hubiere cabido á aquellas en el juicio particular , puesto que cuerpo y alma fueron los que anduvieron juntos en este mundo por las sendas estrechas y espinosas de la virtud , ó por los caminos anchos é inícuos del pecado ; sentencia que públicamente será confirmada en este dia.

Para el efecto , como todo está dependiente de la voluntad de Dios , ordenará á un Ángel , que algunos opinan será el arcángel san Miguel , que toque la trompeta del juicio : aquella trompeta de que habla san Pablo ¹ , cuyo sonido será tan ruidoso y penetrante , que se oirá con la mayor claridad y distincion en todo el mundo y sus ángulos mas remotos. Esta será la señal precursora de la convocacion universal que se ha de hacer á todos los cuerpos : á la manera que antes de principiar una batalla se tocan los instrumentos bélicos que la designan ; y así como en las ciudades y en los pueblos se toca una corneta ó se tañe un tambor , para que los vecinos se aperci-

¹ I Cor. xv, 52.

ban, estén en silencio, y fijen la atencion para oir el bando ó el pregon que va á echar el ministro de órden de la autoridad. A este sonido de la trompeta seguirá la voz del Ángel ¹; voz que será grande y proporcionada á las funciones de un llamamiento tan general ². Esta imperiosa voz, que segun san Jerónimo y otros Santos dirá: *Levantaos, muertos, venid á juicio*, se oirá distintamente en las entrañas de la tierra y hasta en los senos mas profundos del mar, y á su órden obedecerán todos los cuerpos sin resistencia ni tardanza la mas mínima. El mar y la tierra entregarán inmediatamente los cuerpos que se hallaren depositados en sus senos, aunque hubieren sido devorados por los peces, aunque las fieras los hubieren deglutido, por mas que los gusanos los hayan mordiscado, ó hayan sido reducidos á polvo. Y como sea forzoso que las almas se unan con estos cuerpos para llenar cumplidamente la voluntad de Dios, en el destino de todo el hombre, intimarán tambien otros Ángeles, de órden de la santísima Trinidad, á las almas que estuvieren en el cielo, en el limbo, en el purgatorio ó en el infierno, el que unas bajen y otras suban sin dilacion, y que todas concurren sin pérdida de momento á unirse con sus propios cuerpos. Verificándose todo esto con la mayor puntualidad y exactitud, porque no hay cosa que á Dios se le resista.

Así se ha de efectuar la resurreccion de todos; bien que unos resucitarán para ser vasos de honor, y otros para vasos de ignominia y de reprobacion. Los que murieron en pecado mortal, recibirán en la resurreccion una vida tan infeliz, que mejor podrémos denominarla verdadera muerte, vida de rabia, de pena continua y de eterna desesperacion; al paso que los que murieron en gracia; se inmutarán pasando á un estado dichoso é inmortal, recibiendo los cuatro dotes que corresponden al cuerpo glorificado. En dos cosas serán iguales los cuerpos de los buenos y de los malos, ó sea de los justos y de los pecadores; y es, en que unos y otros resucitarán en la edad correspondiente á la de treinta y tres años, que es la edad en que murió nuestro divino Redentor, con la estatura que á esta edad correspondiese, no habiendo vicio ó irregularidad en la naturaleza; lo que se inclinan los intérpretes á creer fundados en aquel texto de san Pablo, en su carta á los de Éfeso, *que resucitarán todos á medida de la edad y plenitud de Cristo* ³. Como tambien en que todos han de resucitar con acabada integridad, esto es, con la misma carne,

¹ I Thes. iv, 15. — ² Matth. xxiv, 31. — ³ Ephes. iv, 13.

con los mismos huesos , con la misma piel y con los mismos miembros que tenían en esta vida , y con absoluta perfeccion ; es decir, que no resucitarán ciegos , sordos , tullidos , ni defectuosos en su cuerpo los que lo fueron en esta vida , sino que todos resucitarán perfectos en lo natural.

No os persuadais , fieles míos , que la profesion de este dogma reconoce una data muy reciente ; aunque es verdad que la Iglesia nos lo propone como artículo de fe , por objeto de nuestra creencia , y de un modo tan indispensable , que si dudáramos ó no le diéramos crédito , sin mas que esto nos condenaríamos para siempre ; sin embargo , quiero que sepais que esta misma creencia subsistia en el pecho de los antiguos Patriarcas y en el pueblo fiel , en el que se tributaba culto al verdadero Dios. En medio de las sombras de la muerte , decia lleno de alegría el santo Job : « Yo sé que vive mi Redentor , y en el último dia he de resucitar , y ver en mi propia carne al mismo Dios ¹. » Con idéntica claridad habla tambien Daniel diciendo : Que los que duermen en el polvo , despertarán unos para la vida eterna , y otros para un oprobio que jamás ha de acabar ². Los siete hermanos que sufrieron el martirio en el reinado de Antíoco , hicieron profesion de esperar una resurreccion gloriosa é interminable. Tú (le decian á aquel pérfido é impío) ; tú nos pierdes en la vida presente ; pero Dios nuestro Señor nos resucitará para una vida eterna. El Criador del mundo , les decia su piadosa madre , que formó al hombre en su nacimiento , os restituirá con gloriosas ventajas la vida que ahora perdeis en defensa de sus leyes ³. Esta misma esperanza animó de tal suerte al esforzado Razías , que cogiendo con sus manos sus propias entrañas se las arrojó á sus enemigos , asegurando que si las perdía con dolor , le animaba una confianza firme de que con indecible gozo suyo se las habia Dios de restituir para una vida eterna ⁴. San Pablo se valió igualmente con mucha ventaja de esta creencia , á presencia del rey Agripa , para sostener la verdad de la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo ⁵. Como por el contrario hizo memoria de esta á los fieles de Corinto para demostrarles la resurreccion general ⁶. Valiéndose del mismo motivo para exhortar á los fieles á la práctica de buenas obras , consolarlos en la muerte de sus hermanos , y en los trabajos de esta vida ⁷.

Y á la verdad ¿qué cosa mas propia de la bondad y misericordia

¹ Job, xix, 25. — ² Dan. xii, 2. — ³ II Mach. vii, 9. — ⁴ II Mach. xiv, 46. — ⁵ Act. xxvi, 8, 23. — ⁶ I Cor. xv. — ⁷ I Thes. iv, 12.

del Señor, que reanimar y conservar estos nuestros propios cuerpos, cuya formacion no reconoce otro origen que las manos de su divina omnipotencia? El mismo Dios fue quien formó el cuerpo del hombre de un poco de barro, como bien sabeis, y quien lo animó con el soplo de su boca, dándole una alma hecha á su imagen y semejanza. La carne del cristiano está asociada de alguna manera á todas las funciones de su alma, y sirve de instrumento para todas las gracias que Dios le comunica. El cuerpo es ciertamente el que se lavó recibiendo las aguas saludables del Bautismo, pero fue para purificar el alma; el que recibe el santo sacramento de la Confirmacion para robustecerla; él es el que recibe el cuerpo y sangre adorable de Jesucristo para alimentarla; y él es en fin el que se sacrifica y ofrece á Dios por los ayunos, por las vigiliass, por la virginidad, por la mortificacion y el martirio. Tambien san Pablo nos recuerda que nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo, y templo del Espíritu Santo ¹. ¿Cómo habia Dios de dejar perecer para siempre las obras de sus manos, la obra principal de su omnipotencia, el depositario de su soplo divino, el rey de los demás cuerpos, el vehículo de sus gracias y la víctima de su culto? Además, ¿qué cosa mas propia de la justicia divina que el que juzgue, recompense ó castigue á todo el hombre? En la resurreccion general resplandece su alta providencia, queriendo que los cuerpos que fueron en este mundo compañeros inseparables de las almas en la ejecucion del bien ó del mal que practicaron, sean los dos partícipes de la recompensa ó del castigo que merezcan: que habiten juntos la gloria, donde reinen felizmente para siempre; ó bajen ambos al infierno para ser atormentados allí eternamente. Cuando el hombre muere, solo se juzga al alma; el cuerpo queda sin residenciar: cosa muy conforme es, pues, que el cuerpo y el alma que procedieron acordes y unidos en esta vida, ó para seguir al demonio, ó para servir á Dios, el que haya en la otra un dia en que el cuerpo participe tambien de la pena del alma ó del gozo de la gloria: interesando sobremannerá al mundo en saber este resultado, para que noticiosos los cuerpos de este premio ó castigo, se estimulen á cooperar en las buenas obras con sus respectivas almas, sin ofrecerles resistencia. Y si el alma le aventaja al cuerpo por todo el tiempo que estuvo este en el sepulcro en gozar ó padecer, esto es por quererlo Dios así; lo que acaso sea, por la parte principal y superior que el alma ejerce

¹ I Cor. III, 17.

en los procedimientos del cuerpo, ó sea en el gobierno de las acciones del hombre , mientras estuvo en este mundo.

Para conducirnos con mas seguridad en la creencia de la resurreccion general , ha hecho el Señor que algunos hayan recobrado nuevamente la vida por un milagro de la virtud de su diestra. En ambos Testamentos tenemos hechos semejantes , bien que aquellos cuerpos muertos solo resucitaron por un tiempo determinado, para volver á morir segunda vez, cuya resurreccion podemos denominar transitoria : al paso que la que se ha de verificar en el último dia de los tiempos será perpétua. El hijo de la viuda de Sarepta fue resucitado por Elías ¹. Eliseo su discípulo restituyó la vida al hijo de la Sunamitis ²; y un cadáver que tocó los huesos de este Profeta, tambien resucitó ³. Jesucristo resucitó á la hija de un jefe de la Sinagoga ⁴; al hijo único de la viuda de Naim ⁵; y á su amigo Lázaro, despues de cuatro dias muerto y sepultado ⁶. San Pedro restituyó la vida á una mujer llamada Tabita ⁷. San Pablo tambien resucitó á un jóven que cayó de lo alto de una casa , el que habia muerto de la caida ⁸. Estas resurrecciones, aunque parciales y transitorias, como que nos conducen naturalmente, y nos sostienen firmes en nuestra creencia respecto de la resurreccion general. Estas que acabo de referiros son como unas muestras que el Señor nos presenta en el cuadro de su revelacion divina , de la resurreccion que se ha de efectuar en el dia del juicio universal ; la que verificará sin trabajo y con tanta facilidad , como sacó todas las cosas de la nada al imperio de su voz, y al beneplácito de su santísima voluntad. Todas las cosas debieron su existencia al poder infinito de su palabra, sin necesitar mas pertrechos, dice san Agustin ⁹, para formar el cielo, que para la construccion de una nuez , ni mas delicados instrumentos para la creacion de un Serafin , que para la de un insecto el mas despreciable. Con solo una palabra lo puede y ejecuta todo ; y así como produjo al primer hombre del polvo de la tierra en un varon perfecto con solo querer, y así como á todos nos ha dado el ser que tenemos , del mismo modo hará el que llegado el dia establecido por su soberana Majestad se unan nuestros dedos á nuestras manos, las manos á nuestros brazos, los brazos al tronco de nuestro cuerpo, el cuerpo á la cabeza , y que en la cabeza se posesionen en sus respectivos lugares los oidos, los ojos , la lengua , y que nuestros huesos

¹ III Reg. xvii, 22. — ² IV Reg. iv, 33. — ³ IV Reg. xiii, 21. — ⁴ Matth. ix, 23. — ⁵ Luc. vii, 15. — ⁶ Joan. xi, 44. — ⁷ Act. ix, 40. — ⁸ Act. xx, 9. — ⁹ Lib. Solil. c. 8 et 9.

y carne sean nuevamente reanimados por esta misma alma que en el dia nos vivifica ; y esto, por mas que nuestra carne y huesos hayan sido tragados por el mar, consumidos por la tierra, aunque los hayan devorado las fieras, aunque hayan sido pulverizados ó los haya reducido el fuego á ceniza. Su poder es omnipotente ; á él todo se le rinde y obedece con puntualidad. Polvo era ya, ceniza y tierra, lo que habia sido carne de aquella multitud de huesos áridos y descarnados, sin forma, accion ni movimiento, á quienes por mandado del Espíritu de Dios hizo el profeta Ezequiel que oyesen la voz del Todopoderoso, diciéndoles : *Ossa arida audite verbum Domini* ¹. Huesos secos, oid la palabra del Señor : y lo mismo fue hablar el Profeta, que percibirse un ruido lento, y cubrirse de carne nueva aquellos huesos desecados y dispersos, reuniéndose y animándose hasta llegar á tomar en breve la forma de unos cuerpos perfectos y vivos. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt* ². Bien penetrado el profeta Jeremías de esta resurreccion universal, al ver á la hermosa Raquel, que lloraba inconsolable y con la mayor amargura la muerte de sus hijos, sin admitir forma de consuelo reputándolos como perdidos, como desesperanzada de verlos nuevamente y disfrutar de su presencia que formaba sus delicias ³, la dijo el Profeta: Consuélate, mujer hermosa, madre afligida, consuélate ; porque esos hijos que contemplas ya perdidos, esos hijos que te han arrebatado de tu regazo con la mayor fiereza dándoles una muerte cruel, han de volver á tí vivos algun dia, y los has de ver llenos de una belleza celestial ⁴.

A nosotros, fieles mios, nos debe de animar igual consuelo cuando entremos en la consideracion del fin de nuestra vida. Léjos de entregarnos al llanto ó á la tristeza, alegrémonos mas bien, porque ha de llegar dia en que hemos de resucitar con estos propios cuerpos que tenemos hoy, levantándonos de los sepulcros con salud, integridad y perfeccion, como se levanta del sueño el que durmió con una gran tranquilidad, cuando al venir el dia le alumbró la luz del sol. Vendrá sobre nosotros un rocío de luz y de vida que nos alumbrará de un modo el mas brillante, que nos reanimará con la vida que perdimos, y nos restituirá con ventajas nuestro vigor y fortaleza. Esto debe servirnos para mirar á nuestro cuerpo, no como destinado á los vicios, sino como compañero que ha de ser algun dia de la gloria del alma. Mas para que así lo sea, es forzoso declarar

¹ Ezech. XXXVII, 4. — ² Ezech. XXXVII, 10. — ³ Jerem. XXXI, 15.

⁴ Jerem. XXXI, 16.

una guerra abierta al pecado, y que nos ocupemos en este mundo, no en darle á nuestra carne los gustos prohibidos que regularmente apetece, y á que por un comun siempre se inclina, sino á mortificarla en todos sus apetitos, sin hacer caso de sus clamores y de sus quejas. Es cierto que ahora se lamenta hasta con amargura si la hacemos sufrir algunas privaciones ó la mortificamos; porque ni percibe ni puede percibir las cosas de Dios, como dice san Pablo ¹; pero estemos seguros de que precisándola á sufrir hasta la muerte una mortificacion constante, nos ha de agradecer cordialmente en el día de su resurreccion el interés que hayamos formado en este mundo por refrenarla; diciéndonos con el Profeta: Ahora me alegro indeciblemente de las penalidades que padecí, de los gustos ilícitos de que me privaron; puesto que los bienes, las dulzuras y el gozo que presiento ahora, superan en mucho á las humillaciones que en el mundo experimenté ².

Cuerpo mio, le dirá entonces su alma, compañero fiel é inseparable de mis trabajos, de mis privaciones, de mis ayunos y de mis lágrimas, ya hace tiempo que disfruto en el cielo una gloria indecible; pero ansiaba de todas veras este día, este momento en que tengo la dicha de verte: ea, alégrate, porque vas á participar de igual gozo que yo disfruto. Ya era tiempo que salieras de los horrores del sepulcro, donde yacías sin vida, sin sentido y sin premio; pero alabemos á Dios en esta como en todas sus obras: gustosamente me uno á tí, para que participes de la felicidad que yo disfruto: ya no hay mas padecimientos: de aquí en adelante todo será gloria: basta ya de penas: ahora todo será dulzura: ya no mas aflicciones, sino gozos indecibles: ven, mi amado, ven: unámonos como lo estábamos antes, para reinar juntos con Dios por toda la eternidad; y hecho inmediatamente este enlace, quedará el cuerpo hermoso y glorificado. Pero el alma que se hallare condenada por los pecados que cometió en este mundo con el cuerpo, y de que no se arrepintió al unirse con él en este día, le echará tantas maldiciones que será un horror el oirlas; pero precisados á juntarse por disposicion de Dios, alma y cuerpo quedarán encendidos hechos una ascua, echando fuego por todos sus poros, y declarados ambos víctimas de su furor, tizones del infierno y compañeros para siempre de los demonios. Dios nuestro Señor nos libre de este mal; y por su infinita misericordia nos declare en semejante día ciudadanos del

¹ I Cor. II, 14. — ² Psalm. LXXXIX, 13.

cielo, compañeros de su gloria y bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por el número infinito de culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida , arrojémonos todos contritos y humillados á los pies de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole todos y cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor , Dios infinito y Redentor amable : aquí teneis rendido á vuestras plantas á un necio amante del mundo, que tanto tiempo ha vivido embelesado con su transitoria , vana y engañosa figura , posponiendo vuestra belleza , vuestra beneficencia y amor.

¿ Qué locura tan desenfrenada trastornó mi entendimiento, al dejar la fuente de agua viva que sois Vos, y buscar para satisfacer mi apetito las cisternas rotas y disipadas del mundo , cuanto contiene y ofrece , incapaces de suplir aun todas juntas aquella falta?

¡ Ah Dios mio ! ¡ Dios de mi corazon y de mi alma ! ¡ qué trastorno de juicio ha sido el mio, qué desgracia tan sensible prefiriendo á vuestro amor mi interés , mis gustos y mis pasiones ! Pero basta ya de ceguera , Señor. Hasta de aquí llegó el curso de mi infelicidad y desvaríos. Desde hoy data el reconocimiento de mi mala vida , la suspension de cuanto es ofensivo á Vos , la práctica de vuestra santísima ley y el odio sempiterno de las culpas con que tantas veces os agravié. Sí : ya las detesto : las aborrezco para siempre ; diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA PRIMERA DESPUES DE PASCUA.

El peligro que hay en las ocasiones, y el sumo cuidado que debemos poner en evitarlas.

Cum... fores essent clausæ ubi erant discipuli congregati propter metum judæorum. (Joan. xx, 19).

Estando cerradas las puertas de la casa en que se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judios.

Reunidos se hallaban los discípulos del Señor al tercer día de su muerte, el mismo en que resucitó, y bien cerrados en una casa, segun nos dice (hoy) el Evangelio, por miedo que tenian á los judios. Presentarse entonces en público, fuera introducirse en el peligro de arriesgar su vida; hubiera sido exponerse á la ocasion de perecer: por eso se ocultaron tomando el expediente de no lanzarse á un inminente riesgo. Aquí tenemos un modelo de la conducta que todos nosotros debemos seguir, al constarnos el riesgo que corren nuestras almas exponiéndonos á las ocasiones de pecar. Convencidos de la fragilidad de nuestra naturaleza, debemos precavernos para no arrojarnos á los peligros en que podamos caer y arriesgar la salvacion de nuestra alma. Siendo como es tan frágil y miserable nuestra condicion, tan crueles y astutos los enemigos de nuestra alma, debemos tener un cuidadoso esmero en precavernos de las ocasiones, temerosos de precipitarnos y dar una espantosa caida. Arrogante fuera nuestra presuncion si nos quisiéramos comparar con la hermosura, fortaleza y virtud con que fueron criados por Dios aquellos espíritus angélicos que cayeron del empyreo, y sin embargo sabemos que un soplo de orgullosa soberbia los precipitó en un abismo de abatimiento y de penas. Nuestros primeros padres, criados por Dios en un estado de inocencia y de perfeccion, fueron colocados por su divina Majestad en el paraíso terrenal; y á pesar de esto una solapada y maliciosa sugestion del espíritu del error los hizo caer de altura tan

elevada, precipitándolos á un estado lastimoso de perdicion; excluyéndolos su caída de aquel paraíso de delicias, y arrojándolos á ellos y á todos sus descendientes á un campo de infortunio y de perpétuas miserias. Un hombre sábio ó por lo menos prudente, aleccionado con estos ejemplares, penetrado de su debilidad y de los peligrosos escollos que hay en el mundo, abre los ojos de su entendimiento para vivir bien advertido, previniéndose para no dar paso que no sea bien asegurado, temiendo fundadamente su caída. *Homo sapiens in omnibus metuet* ¹. Sabe y contempla que el demonio, el mundo y la carne son unos enemigos poderosos á quienes es menester observar siempre y temer de continuo, no sea que por efecto de algun descuido, adormecimiento ó de poca cautela, le hagan caer en las artificiosas redes que tienden á todas horas.

Sabedores nosotros de la astucia de tales enemigos, de la multitud de lazos que nos tienden, de los variados peligros que nos cercan, y de que apenas podemos dar un paso sin riesgo, debemos evitar en cuanto esté de nuestra parte toda ocasion pecaminosa, no sea que sucumbamos en ella por nuestro descuido ó temeridad. Aquel que vive con prevencion, con temor y con desconfianza de sí mismo, porque su humildad le hace reconocer su flaqueza, levantar su corazon á Dios, depositar en él todo su apoyo, y esperar de él solo la seguridad y la victoria, se puede garantir que se librará y saldrá salvo de todos los peligros, al paso que se precipitará en ellos quien temerariamente los buscare confiando en sus propias fuerzas. Muchos y poderosos motivos tenemos para humillarnos, si contemplamos detenidamente nuestra flaqueza, la rebeldía de nuestras pasiones, y nuestra depravada inclinacion á lo vedado. Este conocimiento que tenemos ó debemos tener de nuestra fragilidad, nos debe obligar á estar siempre en vela, á no descuidarnos nunca, y desconfiando de nosotros mismos nos debe precisar á evitar las ocasiones de ofender á Dios. El que se expone á ellas sin necesidad, el que á ellas se lanza voluntariamente, el que no las evita ni de ellas huye, ó el que no las arroja sin demora, merece ser desamparado de Dios, consintiendo este que aquel se enrede en el lazo que advirtió preparado, que caiga en el peligro que fué á buscar, y sucumba á la violencia de la ocasion que amó, que quiso, que en ella se introdujo ó en ella permanece sin desecharla. Con solo esto podeis desde luego conocer *el peligro que hay en las ocasiones, y el sumo cui-*

- ¹ Eccli. xvm, 27.

dado que debemos poner en evitarlas. Ved aquí el punto que voy á desenvolver esta mañana. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Ventaja es y no pequeña para un piloto el saber los escollos que hay en el espacio de mar que tiene que atravesar, para que cuidando el que la nave no dé en ellos, evite así un descalabro, un naufragio y la exposicion de perecer. Ventajoso es asimismo para el que tiene que hacer por tierra un largo viaje y con caudal, tener conocimiento del camino, de los parajes peligrosos que él ofrece para prevenirse en ellos, procurando cursarlos con la mayor advertencia, prevencion y cuidado, á fin de no exponer su persona, ni que corran riesgo los dineros que consigo lleva. Esto que tan ventajoso seria para el que cursase la mar ó un camino por tierra, lo es igualmente para un cristiano que navega el mar proceloso de este mundo con la navecilla de su alma, y que camina por los senderos de esta vida al término de su carrera, llevando encima el precioso tesoro de la gracia. Y ciertamente ventaja grande es para un cristiano el saber que hay escollos peligrosos en el mundo, en los que puede perecer si no procura con el mayor interés el evitarlos: que hay parajes escabrosos, sitios de mucho riesgo que si no pone un sumo cuidado en eludirlos con ardid ó atravesarlos bien armado con el defensivo de la ayuda de Dios, caerá probablemente, y se expondrá á que le roben y pierda el tesoro de mas valía para él, cual es el de la divina gracia. Este tan provechoso conocimiento nos lo suministra el mismo Espíritu Santo, diciéndonos á todos que desde el momento en que abrimos los ojos á la luz de este mundo, emprendemos una carrera que toda ella está sembrada de lazos disimulados y peligrosos en que podrémos caer, y correr nuestra alma una suma exposicion. *Scito: quoniam in medio laqueorum ingredieris* ¹. Todavía adelanta mas sus advertencias, interesado en beneficio nuestro, cuando nos previene la gran cautela con que debemos caminar, la circunspeccion que debe de acompañar en todos nuestros pasos, el tiento con que debemos asentar los piés, la viveza con que deben mirar los ojos intelectuales, y la esmerada prevencion con que debemos de proceder en todo para no enredarnos y sucumbir en estos lazos artificiosos. Dándonos por último el especialísimo encargo de que bien armados con este conocimiento, si procuramos con interés como debemos el evitarlos, eludirlos ó huir de ellos, entonces podrémos quedar asegurados de no caer. *Qui cavet laqueos, securus erit* ².

¹ Ezech. ix, 20. — ² Prov. xi, 15.

Peligros son y no pequeños para nosotros las ocasiones : las que si no procuramos evitar á todo trance, en ellas sucumbirémos. Lastimada y corrompida nuestra naturaleza por el pecado original que contrajimos todos, hay en ella una inclinacion al pecado, ó sea una ingénita propension á hacer lo que nos está prohibido. Aun despues de purificada con las aguas saludables del Bautismo, podemos decir que es un vaso de tierra, que al primer golpe se rompe. Como nacemos todos hijos de ira, llenos de fragilidad é inclinados á lo malo, un ligero descuido nos basta para caer si no procedemos en todo con una prevencion sagaz, experimentando bien á las claras la fuerza de nuestra torcida inclinacion cuando se nos presentan las ocasiones de pecar, á las que nos cuesta trabajo el resistir.

Siendo esto así, el cristiano que trata de veras el salvar su alma, ilustrado con una luz sobrenatural, que le advierte de los peligros que hay en las ocasiones, que se los distingue bien á las claras, debe tener un sumo cuidado en evitarlas para no arriesgar lo que mas le importa, que es su salvacion. La diligencia que debe poner para libertarse de estos peligros, no debe ser inferior á la que invierte todo hombre en evitar los peligros de la vida corporal, de la fama ó de la hacienda. En estos su diligencia es muy esmerada. Apenas los divisa á lo léjos, cuando acude sin dilacion la mas mínima, y con una solicitud asombrosa se dispone y se esfuerza á eludir el daño que preve sin perdonar desvelos, gastos ni fatigas; orillando toda pereza, y alejando hasta el mas mínimo descuido : y así como todo le parece poco para negocio tan importante, no debe parecerle sobrada toda diligencia y cautela que ponga, para evitar el riesgo que corre su alma en las ocasiones pecaminosas. Bien cierto es que á saber cualquiera de nosotros el que á una hora determinada lo estaban esperando cerca de su casa para robarlo, ó atentar contra su vida, el que no saldria de ella por evitar un riesgo tan peligroso. Si en un viaje desviándonos de la carretera ó de la senda, llegáramos á un sitio que con solo dar un paso mas, habíamos de correr un riesgo inminente de perecer por un derrumbadero, bien seguro es que no lo daríamos, sí es que procuraríamos muy pronto volver atrás, evitando así aquella tan arriesgada exposicion. Si lleváramos encima una cantidad de pólvora, ¿qué esmero no pondríamos en no arrimarnos mucho al fuego? Si porteáramos una redoma de vidrio y en ella una medicina que valiese mucho dinero, necesaria absolutamente para darnos la salud, ¿con qué tiento tan exquisito no procederíamos cuando anduviéramos para no tropezar y romper-

la ? Ciertamente que seria sumo nuestro cuidado para libertarnos de aquellas ocasiones ó encuentros en que la pudiéramos romper, y quedarnos con su fractura sin medicina , sin la suma tan considerable de dinero que costó , y sobre todo sin la esperanza de la salud que nos habia de proporcionar. Pues este y aun superior cuidado hemos de tener (puesto que somos tan frágiles) en los peligros que se nos ofrezcan en las casas , en las calles y en los caminos, no sea que exponiéndonos por dar un paso desacertado , nos puedan robar el tesoro de la gracia ó quitarnos la vida de nuestra alma. Encendida nuestra naturaleza ó por lo menos con suficientes combustibles para inflamarse y arder al menor chispazo de ira , de venganza , de embriaguez , de murmuracion , de impureza , ó de otros pecados en que pudiéramos incurrir lanzados en las ocasiones , debemos alejarnos de ellas con tanto esmero, como del fuego el que va cargado de pólvora. Siendo tambien nuestra naturaleza mas quebradiza y delicada todavía que el vidrio , nos es forzoso guardar una extremada circunspeccion en todos nuestros procedimientos, por temor de que se quiebre, y perdamos el confortativo mas especial de nuestra alma. Por no evitar el riesgo que ofrecen las ocasiones, tropezaron en este camino, y dieron unas caidas estrepitosas hombres de mas virtud que nosotros.

Poned los ojos en un David : en aquel grande hombre de quien dijo el mismo Dios que era conforme á la medida y deseos de su corazon : *Inveni... virum secundum cor meum* ¹. Un hombre tan mortificado y austero, que habia perdido las fuerzas de su cuerpo á causa de sus rigurosas penitencias ²; un hombre tan favorecido del Señor , que se ocupaba dia y noche en cantar sus divinas alabanzas , á virtud de las multiplicadas finezas que le dispensaba ; convidando á todos á que le ayudasen á darle gracias por una beneficencia tan especial : este grande hombre cae en un deseo carnal consentido , que muy luego ejecutó de obra , por no haberse retirado y huido de una fatal ocasion que se le ofreció de ver desnuda desde la azotea de su palacio á Betsabé , mujer de rara hermosura , la que se estaba bañando. Arrebatado de un movimiento carnal vehementísimo , se precipitó en muchos desórdenes ; y aquella ocasion que pudo evitar retirando su vista , reprimiéndose , elevando su corazon á Dios , y enfrenando los movimientos rebeldes de su carne con el rigor de la disciplina que en otros lances usaba , por no evitarla lo hizo lascivo ; á muy luego traidor ; y por último homicida y escandaloso.

¹ Act. xiii, 22. — ² Psalm. cxviii, 24.

Fijad tambien la vista en su hijo Salomon : en aquel rey de Israel el mas rico y sábio de todos los hombres : ¿ qué le sucedió por no arrojar de su palacio á las mujeres extranjeras é idólatras despidiéndolas á su país? Que mantenido en esta ocasion de tanto peligro , vinieron por último á engañarle , desenfrenándose en excesos indignos de su persona y de su soberanía : y bien léjos de remover este peligro como podia y debia , léjos de recobrarse y dolerse de sus excesos , se obstinó en tenerlas consigo , precipitándose de la concupiscencia á la idolatría : llegando al fin á un abandono tan lastimoso , que se olvidó de sí mismo y del verdadero Dios ; rindiendo adoraciones á cuantos ídolos le presentaban.

Si estos dos grandes hombres (y otros muchos que os pudiera referir) , tan estimados y favorecidos del Señor, con un caudal de virtudes con que contaban en un principio , vinieron á tropezar y caer vergonzosamente en pecados tan horrendos por no libertarse y huir de las ocasiones de ofender á Dios que se les ofrecieron ; ¿ qué podemos prometernos nosotros faltos de méritos ante sus divinos ojos , si no procuramos librarnos con la fuga de las que se nos presentan? ¿ Cómo dejará de caer aquel , que teniendo la ocasion de pecar en su misma casa , no procura alejarla de ella sin pérdida de momento? ¿ Cómo es posible que el que recibió un agravio y se irritó por ello , no se encienda nuevamente en movimientos de ira y de venganza , si anda en seguimiento de la ocasion , procurando ir siempre tras de su enemigo ó de quien se le hizo? ¿ Cómo es dable que se preserve inocente y puro el que anhela y se desvive por ir asociado de compañeros que perdidos por sus pasiones , su idea dominante es arrojarle á los peligros , buscar las ocasiones de pecar , proporcionando á sus almas un cúmulo de desdichas? ¿ Cómo suponer deje de continuar embriagándose el que dominado de un vicio tan degradante , léjos de retirarse de los locales en que se expende el vino ú otros licores , sigue siempre buscando las ocasiones de beber hasta con exceso , introduciéndose en aquellos parajes de su expencion que sabe le fueron tan fatales? Bien podeis conocer que lo mismo puedo decir , y que el mismo riesgo corre de caer en culpa el que no evita la ocasion retirándose de aquellas reuniones en que sabe que de ordinario se murmura ; el que léjos de dejar la amistad , continúa en frecuentar aquella casa en la que hay persona á la que tiene aficion desordenada. El que no deja aquel trato ó comercio , que desde luego preve que por usurario va á degenerar en ser la ruina de su alma , y así de otros.

Para haceros mas perceptible el riesgo que hay en las ocasiones y el interés sumo que debemos poner en evitarlas , ninguna cosa me parece mas acomodada que el presentar á vuestra vista lo que Dios hizo con los israelitas al sacarlos del Egipto para el país prometido. En muy pocos dias hubieran podido ir los israelitas desde el Egipto á la Palestina : pues ¿por qué causa quiso el Señor que emprendiesen un viaje tan largo, que les costó cuarenta años el hacerlo ? Se cree con bastante fundamento de que fue por retirarlos de las ocasiones de ofenderle , que se les hubieran presentado en los pueblos por donde hubieran tenido que pasar, haciendo una corta travesía. Pueblos que se hallaban sumamente corrompidos con unas costumbres del todo depravadas. Por remover de ellos estos peligros y libertarlos de un contagio tan ruinoso á sus almas, no quiso que tomaran el camino mas corto y cómodo ; sino mas bien prefirió el que emprendieran uno de tanta duracion , obrando en su favor las mayores maravillas, impidiéndoles los ardientes rayos del sol con una nube durante el dia , alumbrándolos por la noche con una columna de fuego , sacándoles agua de los peñascos , suspendiendo el curso de las aguas del mar Rojo, y lloviéndoles todos los dias un milagro-sa maná.

Este procedimiento del Señor, si bien lo reparais , demuestra bien ostensiblemente el peligro que hay en las ocasiones, cuán terribles son , con qué cuidado deben huirse ; y esto por mas que por evitarlas ó salir de ellas tengamos que hacer costosos rodeos y experimentar violencia , dureza, pesares y contradicciones. Por eso el cristiano que se halla bien penetrado de esta celestial enseñanza , y que conoce por otro lado su debilidad y miseria , á todo trance se aparta siempre de lo malo , y así se sostiene sin caer ; porque como hace cuanto puede de su parte, Dios le favorece con su proteccion soberana : pero el necio que por arrogancia ó inconsideracion se lanza en el peligro, no merece la asistencia divina , y en él sucumbe ¹. Dios no nos prescribe la temeridad ó la presuncion , sino el temor y la fuga. Ciertó es, fieles mios, que si el Señor fuera quien os lanzara en algun lance arriesgado ó peligroso , nada os pudiera entonces intimidar ; porque en el mayor riesgo os sacaria de él, mandándoos un Ángel que agarrándoos de los cabellos os levantara por los aires, como á otro Habacuc, dejando así burlada á la ocasion. Seguro es que ni os ahogaria el agua , ni os quemaria el fuego ². En un tal

¹ Prov. XIV, 16. — ² Isai. XLIII, 2.

peligro bien pudiérais prometeros que se abriria el mar para que léjos de perecer en sus ondas, lo pasárais á pié enjuto como lo hizo con los israelitas ¹; y correria en medio de las llamas el aire fresco y apacible de la asistencia divina como en el horno de Babilonia ². Pero si léjos de ser Dios es mas bien vuestra pasion, vuestra temeridad, vuestra arrogancia, ó vuestra imprudencia la que os arroja en el borrascoso mar ó en el voracísimo fuego de una mala ocasion, bien podeis contar con que á último resultado vendréis á naufragar y á ahogaros en las aguas, ó que pereceréis abrasados en el fuego. Es de fe que Dios nunca falta á los que vigilantes, temerosos y recatados se libran de las ocasiones; pero tambien lo es igualmente que el Señor castiga de ordinario nuestra presuncion, negligencia y temeridad, dejándonos á merced de nuestro gusto y depravada voluntad, alejándose de nuestras almas cuando seguimos las ocasiones, ó nos mantenemos en ellas con olvido ó desprecio suyo. El Espíritu de Dios habeis de saber que no viene á morar ni descansa sino sobre el que es humilde de corazon; sobre el que léjos de ser arrogante, temerario ó presuntuoso desconfia de sí mismo, y procede con una esmerada vigilancia en todos sus pasos por miedo de caer y de perderse.

Segun esto, ¿qué dirémos de aquellos mundanos que con una loca presuncion y con un formal menosprecio de lo que el Señor nos prohíbe, se exponen voluntariamente, y con una temeridad asombrosa se introducen en las casas donde pelagra la inocencia ó se aumenta la maldad? ¡Ay, fieles míos! No descansará sobre estos el Espíritu Santo, no: porque este no hace morada en los que pierden la gracia, sino en aquellos que procuran á todo trance conservarla; que huyen de las casas, de los parajes y de los lances en que puede arriesgarse su salvacion. Para que este Espíritu divino, pues, resida en vosotros, precaved, alejad, y huid de todas las ocasiones peligrosas. ¿No seria una locura que sobre tener una carne rebelde, que incesantemente está haciéndoos una guerra formidable y sin treguas, aun buscárais otra en las diversiones profanas, y en algun trato ó comunicacion que os persiga, os abraze y os consuma? Si léjos de evitar una ocasion temible por el fuego libidinoso que contiene, si en vez de huir de ella la buscárais mas bien, seria entonces añadir una calentura á otra; un incendio á otro incendio; lo que siendo así, nada debiérais extrañar de que os abrasárais.

¹ Exod. xv, 19. — ² Dan. iii, 50.

¿Quién de vosotros podrá dudar que el que saca una candela encendida á una ventana en la que agita un viento furioso, quiere que se apague? ¿El tesoro no corre riesgo en compañía del ladrón? ¿Estará seguro un cordero comunicando, ó permaneciendo en un mismo corral con el lobo? ¿Qué persona echara mano de los dientes formidables de un león, sin una determinacion resuelta de ser víctima de su rabia? ¿Quién durmiera con una sierpe venenosa, sin la prevision de verse mordido muy luego, emponzoñado y víctima de su temeridad? Estos resultados que discurriendo humana y prudentemente serian precisos, forzosos é inevitables, nos dan una idea clara de ser idénticos y muy funestos los de aquel que busca, se introduce ó permanece en la ocasion.

Huid, pues, fieles míos, huid de toda ocasion peligrosa en que pueda correr riesgo la salvacion de vuestra alma: sentiréis, no lo dudo, en las que ofrezcan diversion la privacion de un recreo; en las de los bailes, el ahogo del placer; en las de los comercios peligrosos, la cesacion de una ganancia; en las de las amistades, una satisfaccion; pero conociendo que hay riesgo en ellas, es forzoso abandonarlas luego y para siempre: esto es lo que Dios os manda bajo pena de eterna condenacion. Conoceis muy bien la facilidad de vuestra inclinacion natural, y el peligro que correis de frecuentarlas: el continuar en ellas seria querer perderos.

Salid, pues, prontamente, os diré por último con palabras del Espíritu Santo; salid prontamente de semejantes ocasiones si en ellas os hallais: el peligro que ofrecen es muy grande: del todo ruinoso para vuestra alma: pereceríais sin remedio y del modo mas lastimoso, si en fuerza de vuestra pasion ó ceguedad de entendimiento persistiérais en continuar en ellas. *Recedite, recedite; exite inde*¹. Salid de ese maldito camino de perdicion que os guia infelizmente á una eterna ruina digna de ser llorada con lágrimas de sangre. *Fugite de medio Babylonis*². Huid de esa infame Babilonia, cuyo imperioso distintivo es una viciosa disolucion. Salid sin la mas mínima tardanza de esa Sodoma horrenda: si no os alejais de su centro y cercanías, el fuego os reducirá á cenizas. *Surgite, egredimini de loco isto*³. Hallándoos en la ocasion os hallais en un inminente peligro; y el que en él se halla y pudiendo no lo deja, en él perece. *Qui amat periculum, in illo peribit*⁴.

Aunque la ocasion en que os encontréis sea para vosotros la mas

¹ Isai. LII, 14. — ² Jerem. LI, 6. — ³ Genes. XIX, 14. — ⁴ Eccli. III, 27.

lucrativa, salid de ella resueltamente abandonándola de todas veras ; pues todo lo terreno es nada , respecto de la ganancia del reino celestial. Aunque en ella esté cifrada vuestra fortuna en el mundo , debéis desecharla sin dilacion para alcanzar la eterna felicidad del otro. Por mas que sea una amistad contraida largos años há , es preciso absolutamente romperla sin la mas mínima demora ; y romperla para siempre , si habeis ofendido á Dios en ella ó preveis de que le habeis de ofender : y es tan grave y tan precisa esta obligacion , que seria forzoso cumplimentarla aunque fuera necesario que os enterrárais vivos , si por enterraros vivos os hubiérais de salvar. Este es el modo de salir del pecado. Si no lo hiciéreis así con resolucion y sin pérdida de momento , no hallaréis misericordia en Dios , ni podeis prometeros la salvacion por término de vuestra vida. No hay que andar en esta materia con dilaciones ; porque cuanto mas lo dilateis , la ocasion os apartará mas y mas de Dios. No importa menos que vuestra salvacion eterna : y por la salvacion no hay cosa que no debais hacer , violencia que sufrir , malos ratos que pasar ; por mas que tengais que experimentar desprecios , contradicciones , escaseces , pesadumbres , penas y tormentos que á último resultado os ocasionen la muerte. Estos padecimientos , por mas que hagan , han de ser siempre temporales , y la recompensa ha de ser eterna : os podrán , sí , mortificar por algun tiempo ; pero dia llegará en que os proporcionarán una bienaventuranza feliz , que os haga dichosos por mientras Dios sea Dios , que lo será por los siglos de los siglos. Amen.

Y para dar ahora un testimonio público de cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole todos y cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si vuestra divina voluntad debe ser la regla de nuestras acciones , ¿ cómo es que no la he tenido presente para modelar todos mis procedimientos ? ¿ cómo me he desviado tanto de las sendas que me teneis marcadas , por las cuales podia caminar derecho al cielo , y he cursado con gusto y á sabiendas por las que conducen al abismo ?

¡ Ah mi amable Redentor ! teniendo en Vos todas las cosas juntas , siendo la luz de mis ojos y la alegría de mi vida , ¿ cómo rehuia vuestra presencia ? ¿ cómo os despreciaba , siendo Vos el depósito de mi esperanza y el centro de mis deseos ? ¿ y cómo , siendo Vos un

Dios tan bueno y un Padre tan dulce, lleno de misericordia y de amor, en vez de temeros y de amaros, os ofendia villanamente con negras y abominables ofensas? ¿Dónde estaba mi razon? ¿dónde mi entendimiento? ¿Podia hacer mas un gentil, ó un moro; aquel metido en las tinieblas de la idolatría, sin el conocimiento del verdadero y único Dios, y el otro ofuscado y envuelto en los errores heréticos enseñados por Mahoma? ¡Ay Jesús mio, cuánto siento ahora el haber pecado! ¡cuánto siento el haberos ofendido! ¡Ojalá se rasgaran al presente mis entrañas á fuerza de un vementísimo dolor! ¡Oh lágrimas! ¿dónde estais? Venid y acompañadme á llorar dia y noche sin cesar las ofensas con que tan desapiadadamente agravíe á quien dió su vida por mí. Venid: que tal vez vosotras me alcanzaréis misericordia de mi Dios. Sí: esta es la que solicito, cuando digo de todas veras, que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE PASCUA.

Nada debe retraerle al hombre de servir á Dios : el que le sirva se hará grato á su divina Majestad, y odioso el que no lo haga, pudiéndose contemplar perdido para siempre.

Cognosco meas, et cognoscunt me meæ.
(Joan. x, 14).

Conozco mis ovejas, y ellas me conocen á mí.

Muy bien dice nuestro adorable Redentor en el Evangelio (de este día) que conoce á sus ovejas, y que estas le conocen tambien á él. Y ciertamente ¿cómo poder desconocer este Dios y Señor nuestro á aquellas almas que le sirven fielmente en santidad y amor, figuradas en las ovejas suyas, cuando le son patentes no solo las acciones de todos los vivientes, sino hasta sus mas oculos y reservados pensamientos? No penseis que este conocimiento queda cifrado solo en mirarlas y reconocerlas, sí es que tambien en estimarlas y darlas el galardón con que retribuye á los que le conocen tambien á él : esto es, á los que atentos á su voz, fieles obedecedores de sus insinuaciones y de sus órdenes, se cuidan y esmeran en cumplimentarlas como el Señor previene. Atenta su vista en nosotros nos observa con el mayor cuidado, para correspondernos segun nos portemos con él : pronto siempre á remunerarnos á proporcion del servicio que le prestemos. Por eso dijo que ama á los que le aman ; que quiere á los que le estiman, y galardona á los que le sirven : *Ego diligentes me diligo* ¹. Pero tambien aseguró que no miraria con ojos propicios á quien, léjos de conocerle á él, le manifestase muestras evidentes de olvido ² ; y que á retirarnos nosotros de su servicio, el Señor se retiraria tambien de nuestro corazon : *Si dereliqueritis eum, derelinquet vos* ³.

Nosotros tenemos amigos con quienes cultivamos una íntima re-

¹ Prov. viii, 17. — ² Osee, iv, 6. — ³ II Par. xv, 2.

lacion , les damos repetidamente muestras de un afecto y un cariño señalado, y procuramos complacerles en cuanto podemos. Tenemos superiores á quienes respetamos y obedecemos con sumision ; y si tenemos personas que nos hayan favorecido para el sostenimiento de nuestra vida, para la continuacion ó complemento de una carrera literaria, ó que nos hayan asistido con su apoyo ó su dinero, para adelantar en nuestro oficio, en nuestro tráfico, ó á elevarnos en nuestra profesion, ¿cuánto no hacemos para agradarlas y servir las? Somos complacientes con sus genios, nos uniformamos en sus miras, las asistimos en sus proyectos, correspondemos á sus intenciones, obedecemos prontamente sus mandatos, y nos constituimos servidores por no decir esclavos suyos. Y qué, ¿no ha de merecer tanto en nuestra estimacion y servicio aquel Dios que nos ha criado, que nos conserva, que sin él nada podemos hacer, que nos ha dado todo lo que poseemos, y nos ha hecho lo que somos? Aquel Dios que vino del cielo á la tierra, que trabajó y padeció por nosotros hasta morir por nuestra salud y remedio en un patíbulo el mas afrentoso, ¿no merecerá que le rindamos nuestro agradecimiento y amor, que le tributemos el homenaje de nuestras adoraciones, y nos dediquemos tan de veras á su servicio que nada nos separe de él, ni la tribulacion, ni la angustia, ni los apetitos de una carne rebelde, ni los halagos seductores del mundo, ni las astucias artificiosas del demonio? En verdad que nunca faltan personas de uno y otro sexo que no contentas con llenar las obligaciones que tenemos todos los hombres, todavía se someten con gusto, y practican cuanto el Evangelio aconseja de mas perfecto. Personas de toda edad y de condiciones diferentes, que en medio del mundo, implicadas en variedad de negocios y en multitud de ocupaciones, ejercitan todas las virtudes cristianas, y encuentran su felicidad en el servicio de Dios. Nosotros, fieles mios, hemos de procurar con todo interés el ser del número de estas almas fieles, y atentos á lo que mas nos importa, debemos someternos y dedicarnos ciegamente al servicio de Dios, mas exacto, puntual y constante, si queremos alcanzar de veras la dicha eterna que apetecemos. Sí, señores : *Nada debe retraer al hombre de servir á Dios : el que le sirva se hará grato á su divina Majestad, y odioso el que no lo haga, pudiéndose contemplar perdido para siempre.* Ved aquí el punto que os voy á desenvolver esta mañana mediante el favor del cielo. Mientras lo hago, estad atentos.

El que falto de medios de subsistencia se ve en la precision de elegir un amo que le sufrague las necesidades de boca y de vestido

por el servicio que le preste, siempre procura buscarlo de las mejores prendas que lo pueda haber. Para el efecto, toma averiguaciones de si se halla bien establecido por su fortuna ; si léjos de que reine en su casa la mezquindad , vive con esplendidez ó por lo menos con decoro ; si acostumbra obrar generosamente con los que de él dependen y le dan gusto ; si es ridículo en su trato ; si manda á los sirvientes como á criados y no como á esclavos : en fin , si le adornan bellas , cristianas y amables cualidades , que hagan llevadero su servicio. Empero despues de unas averiguaciones tan menudas , sucede muchas veces que un criado de bellas circunstancias se encuentra con un amo vicioso y altanero , que malamente persuadido de que goza una autoridad suprema sobre su dependiente , léjos de mandarle con dulzura , con agrado y buen modo , lo trata con desprecio , con insolencia y aun fiera.

No sucede esto con el servicio de Dios. No encontraréis amo mas poderoso que él ; puesto que con sola una palabra crió cuanto hay en el cielo y en la tierra , y con otra lo puede todo destruir y aniquilar. Así es que los Ángeles del cielo y los monarcas del mundo son , comparados con su grandeza , menos todavía que una gota de agua respecto del mar , y un pequeñísimo átomo de polvo respecto del firmamento ¹. Ninguno mas rico ; puesto que es dueño absoluto de todos los tesoros celestiales y terrenos. Ninguno mas amable ; pues su trato es el mas dulce y suave. En fin , ninguno mas agradecido ; pues recompensa los servicios que se le hacen , sin que deje de premiar toda obra buena por pequeña que sea , ejecutada en su obsequio , mas de lo que ella merece.

Todos los servicios que el hombre le pueda rendir , nunca tendrán mas peso que el humo y serán nada en sí mismos ; pero es un amo tan bondadoso , benéfico y agradecido , que léjos de menospreciar estos servicios , siempre los agradece y remunera. Por pequeños é insignificantes que sean , como efectivamente lo son , los reputa en tal aprecio , que complacido muestra admirarse de ellos , y aun los celebra para honrarlos y darles una subida recompensa ; como se vió celebrando la fe del Centurion ². ¿ Qué ponderaciones no hizo tambien de los servicios de un Job ? ¿ Por ventura (dijo) no has considerado á mi siervo Job , que no tiene semejante en la tierra , varon sencillo , recto , apartado de lo malo y que aun conserva la inocencia ³ ? Cuando Abrahan , en obediencia del precepto que le dió ,

¹ Isai. XL , 15. — ² Matth. VIII , 10. — ³ Job , I , 8.

se dispuso y preparó pronto á sacrificar á su hijo Isaac, ¿con qué elogios no ensalzó esta accion, y qué dones tan magníficos no le confirmó por ella? Ni aun expresiones parece que hallaba despues, para significar su agradecimiento: *Quia fecisti hanc rem* ¹. Porque hiciste (le dijo) esta cosa tan gloriosa, que ha llamado toda mi atencion: por haberte portado en obediencia de mi mandato con tanta fe, prontitud y rendimiento: porque hiciste una cosa que no puede explicarse con palabra alguna: porque ejecutaste esta accion tan grande, yo haré que tu descendencia sea tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar, y que en ella sean benditas todas las gentes.

A pesar de esto, muchos se niegan á suscribirse con gusto en el número de sus fieles y constantes servidores. Hay algunos que temerosos rehuyen este servicio, contemplando tiránica su dominacion, como si Dios se complaciese en vejar de mil maneras, afligir y atormentar cruelmente á sus servidores como Faraon á los israelitas, á quienes despues de largas y penosas fatigas no les concedia otro descanso que el darles sobre sus espaldas cruelísimos azotes de vara. *Ad amaritudinem perducebat vitam eorum* ². Ó como el tirano Nabucodonosor, que no permitia á los hijos del pueblo de Dios un momento de quietud, trayéndolos cargados de hierro y sin sustento: *Lassis non dabatur requies* ³. Pero es juzgar del modo mas injusto, suponiendo en Dios una tiranía, ó formando de él un concepto mas bajo y un juicio inferior al que se forma de un amo honrado, que no desampara ni deja de corresponder al criado que le sirve con fidelidad, con gusto y con amor: *Sentite Domino in bonitate* ⁴. Si vosotros, fieles míos, fuérais de la opinion indicada, rectificad estos tan desacertados juicios; poned cada cosa en su lugar; dad al hombre honrado lo que nace de la honradez; pero no atribuyais á Dios defectos que no puede tener: no le quiteis cualidades que no le pueden faltar; ni rebajeis los quilates de las perfecciones, que las posee en grado superior, al que nosotros no podemos alcanzar ni aun concebir.

Hay quienes forman á las veces resoluciones de dedicarse á este servicio divino; pero cuando se ponen de cerca á considerarlo, y contemplan que no admite comparticion con el mundo ni la carne; cuando bien examinado y reconocido advierten que ha de ser continuo sin que permita interrupcion, espantados como otros israelitas

¹ Genes. xxii, 16. — ² Exod. i, 14. — ³ Thren. v, 5. — ⁴ Sap. i, 1.

de entrar en la tierra de promisión, anteviendo mónstruos horribles tan pronto como oyeron el relato de los exploradores que mandaron á reconocerla ¹, preven dificultades insuperables que los desaniman; y de tal suerte los retraen, que no se resuelven á caminar las sendas de la virtud, para entrar así en el servicio de Dios, que como otra tierra de promision que manaba leche y miel, dulcificaría sus trabajos y les proporcionaría tranquilidad en esta vida y felicidad en la otra.

Otros poseídos de flojedad, desanimados en un todo para emprender una ruta que contemplan fejudá, llena de molestias y privaciones, se están mano sobre mano sin resolverse de veras á practicar el servicio de Dios. Erradamente se figuran que cuantas personas caminan por él, viven en este mundo privadas de todos los gustos, junto con una inquietud y suma infelicidad. Se persuaden equivocadamente que pasan sus días en una profunda tristeza, que las hace ridículas y fastidiosas á los demás, viviendo en una continua mortificación y una esclavitud muy penosa: deduciendo por fin, que el servicio de Dios á último resultado las fatiga y las acaba, sucumbiendo á la violencia de un peso tan enorme.

¡Cuán sensible es, fieles míos, el que todos estos formen un concepto tan errado del servicio del Señor! ¿De qué cosa de cuantas hay en el mundo forman unas ideas tan medrosas, tan tristes é insuperables, como sobre la empresa del servicio de Dios? ¿Hay cosa en el mundo que el hombre no se prometa conseguir, si la contempla dentro de la órbita de sus alcances? Hallándose dentro de la esfera de los recursos personales ó pecuniarios con que cuenta, ¿dejará de acometer una empresa que considera ventajosa á su salud ó á su fortuna? Aunque sea forzoso emprender un largo y penoso viaje, caminar de día y de noche, sufrir el calor del sol, tolerar la intensidad del frío, aparar escarchas, pisar un suelo helado, aguantar las lluvias, en una palabra, aunque sea preciso hacer por la mar una penosa navegacion, todo lo sufre, con todo atropella. Inferiores son infinitamente las dificultades que se presentan en el servicio de Dios, y pareciéndoles á muchos penosas é insufribles, amedrentados unos de su aspecto, desaniman de poder vencerlas; y otros llenos de pusilanimidad yacen en el estado en que se hallan, sin determinarse con una firme resolucion á abrazar y seguir la verdadera piedad.

¹ Num. xiii.

Bien les podemos decir á estos lo que Dios dijo á Josué, cuando noticioso y contemplando la fuga de los israelitas, que habia destacado para apoderarse de la ciudad de Hai, meditabundo, afligido, y desanimado, estaba tendido en el suelo sin hacer nada. *Cur jaces pronus in terra* ¹? ¿Por qué yaces ahí triste y amilanado? *Surge. Levántate pronto*: purga inmediatamente esa tropa que fué á conquistar á Jericó: haz que se expie un crimen sacrílego que se ha cometido; y léjos de intimidarte, aquí esloy yo para defenderte: *Ne timeas neque formides... ecce tradidi in manu tua Regem ejus et populum, urbemque et terram* ². No: no son motivos poderosos los que aducen estos para negarse á servir á Dios: las causas que comunmente alegan, y que los desaniman á emprender esta carrera, son miedos infundados, excusas ligeras, frívolos pretextos: depongan esos horrores; salgan de esta apatía; expien y pulvericen primero los crímenes de su vida pasada; despidanse de los vicios para siempre; resuélvase á caminar las sendas de la virtud, que no son tan espinosas como ellos se figuran: no abriguen tanto temor á esos mónstruos, que se imaginan habitar en ese país: el país de la virtud no es tétrico, sino alegre; no áspero, sino suave, sin que abrigue peligro alguno: y aunque lo abrigase ó tuviera penosas dificultades su conquista, todo es asequible y se vence con la ayuda de Dios, pronto á favorecer al que tan luego como dejando al mundo se determina de todas veras á dedicarse al servicio divino, en el que se halla depositada la salvacion del hombre.

Pero ¿qué? ¿este nos precisa á todos indistintamente á abandonar la casa que habitamos, á meternos en los horrores de un desierto, sufriendo allí las inclemencias del tiempo, el sufrimiento de mil privaciones y la dureza de una vida tétrica, sin género alguno de consuelo? ¿Exige de todos el que abandonemos nuestros intereses, y que de todo nos desprendamos, sin cuidar de lo necesario para la vida y de lo imprescindible para el sostenimiento de la familia? No, fieles míos, no. Aunque es cierto que hay almas privilegiadas ante los ojos de Dios, á las que llama á este sumo grado de perfeccion; aunque hay almas singulares, que por una vocacion particular llama á que le sirvan en tan alto estado, suavizándoseles con dulzuras continuadas; sin embargo, no es obligatorio en general este género de vida; ni el Señor exige de todos indistintamente este servicio; ni yo os lo intento persuadir cuando os exhorto á que

¹ Josue, VII, 10. — ² Josue, VIII, 1.

os resolvais prontamente y de todas veras á servir á Dios. El servicio del Señor no prohíbe el que se adquieran bienes terrenos, que se trabaje en conservarlos y aumentarlos, siempre que esto se haga por medios lícitos, con medida prudente, con moderacion justa; y sobre todo, sin fijar tanta consideracion en estos bienes que se pueda decir que en ellos tiene el hombre encerrado su corazon y cifrada toda su felicidad. No prohíbe al magistrado el que trabaje y se esmere en averiguar la verdad en las causas para administrar justicia; al mercader el que trabaje en sus tráficos, para que le valgan mas; al labrador el que cultive sus heredades, y recoja los frutos que le produzcan; al artesano el que trabaje en su propio oficio, ni que cada uno ejerza la profesion que desempeñe, con tal que esta no sea causa ocasional de la ruina de su alma ó impedimento para su salvacion. No prohíbe el que se cuide de la manutencion de la familia y de la colocacion de los hijos; el que se comuniquen con los parientes, se frecuente el trato de los amigos, ni tampoco el que destierre de sí todo recreo lícito. El servicio de Dios goza la singularidad de acomodarse á todos los estados; se aviene con las fortunas colosales y hasta con las mas infelices; se une con el desempeño de todas las dignidades, empleos y oficios; y hasta con los desahogos y placeres siempre que estos sean justos y honestos. Solo excluye los excesos; y precisa á que las dignidades, los cargos, los oficios, las fortunas y todo cuanto el hombre posee, administra ó ejerce, á que lo use, modelándolo ajustadamente á la pauta del Evangelio, ó segun ordenan sus preceptos; porque en el hombre no reside un derecho absoluto que lo faculte á arbitrar segun le acomode, sino mas bien está sometido á unas leyes que tiene impuestas, y que debe obedecer y no puede menospreciar.

No debeis de suponer, por lo que llevo dicho, que el servicio de Dios pueda amalgamarse con los vicios. Si aquel os prescribe la humildad, la castidad, la paciencia con todas las demás virtudes, habeis de estar en la inteligencia de que os prohíbe el que seais ambiciosos, impuros é iracundos. La santidad de su servicio excluye la corrupcion de las costumbres. La relajacion ó el desarreglo de estas es tan incompatible con aquel, como la luz con las tinieblas y el paraíso con el infierno: léjos de consentir en union suya la irreligion, las blasfemias, el odio, la venganza, la impureza, los adulterios, los hurtos y las murmuraciones, las abomina y detesta: él exige el apartamiento del mal y la ejecucion del bien: ordena que se odien los vicios, y se eviten las ocasiones peligrosas que puedan

inducir al pecado : que se huya de este de cualquiera especie que sea : y hasta prescribe separarse de aquellos divertimientos ó recreos que llevan consigo los desórdenes.

El cristiano que atento á estas exigencias, al propio tiempo que desempeña su oficio, cumple puntualmente las órdenes de Dios, es piadoso y devoto, invierte algunos ratos en la oracion, frecuenta los santos Sacramentos, procura asistir al santo sacrificio de la misa aun los dias de hacienda que puede, reza el santo Rosario, se mortifica, se priva de los gustos criminales, huye de todo lo pecaminoso, teme el que se le pegue el polvo criminal del mundo ; en una palabra, aquel que tiene por norte principal de su vida el exacto servicio de Dios, es un vaso útil al Señor en expresion de san Pablo : *Vas... utile Domino* ¹. Todo cuanto hace le agrada y le llena : sus pensamientos, sus palabras, sus obras, su trabajo, su vida y su muerte. Pero no puede decirse esto mismo del que no se ocupa en su servicio : léjos de eso, ninguna de sus cosas le da gusto y satisface al Señor : todo en él es despreciable, vano y perdido. En esta atencion bien pudiéramos preguntarle á este, lo que de orden de Dios preguntó Isaías á Sobna, preposición del templo, ocioso y descuidado : *Quis tu hic, aut quasi quis hic* ² ? ¿ Con qué fin te parece que has sido aquí colocado ? ¿Cuál es tu deber ? ¿ Te imaginas por ventura que fue con el objeto de que te estuvieses sin hacer nada de agradable para Dios, y solo para que te lleves una vida placentera segun el mundo ; como si dijéramos para comer, beber y dormir, segun apetezca tu cuerpo ? Para esto excusado era darte entrada en el santuario. En castigo, pues, de tu poco celo y de tu mucha ociosidad, te arrojaré de este santo lugar, y haré que te reemplace Eliacin, quien vive ocupado de mi servicio y se esmerará por darme gusto en todo.

Cristiano de mi corazon, tú que vives ansioso por servir al mundo, y no sirves á Dios sino á medias : tú que hallas mas gusto en las delicias del siglo que en el servicio de su divina Majestad ; que sigues y te satisfacen mas las bagatelas de la tierra, que las dulzuras anticipadas del cielo ; que si haces algo, y aunque trabajes mucho es únicamente en bien de tu cuerpo, pero nada á beneficio de tu alma ; que de nada te ocupas menos que en el servicio de aquel Señor que recibe y reputa como un obsequio, no solo el martirio, el ayuno prolongado, la oracion continua, la disciplina rigurosa y las obras de gran caridad, sino hasta un vaso de agua dado en su nom-

¹ II Tim. II, 21. — ² Isai. xxii, 15.

bre, una breve consideracion, un solo gemido y un pensamiento tributado en su servicio : tú, que como otro Sobna estás muy solícito de tus cosas y muy olvidado de las de Dios, ¿para qué piensas que te constituyó el Señor en el centro del Cristianismo? ¿para qué te colocaron en la heredad escogida, en el campo de la Iglesia? ¿Te figuras que fue para que comieses y bebieses, sin cultivar esta tan hermosa posesion, cuyo cultivo te produjera frutos de vida eterna? ¿Ó te imaginas que tu destino en ella es para pasar tu vida en la profanidad y en los desórdenes? ¡Ah! para esto no te habia de menester el Señor : bien pudieras haberte quedado como otros en la gentilidad : tal vez alguno de estos, constituido en tu lugar, hubiera tributado mas gusto á su divina Majestad en todas sus acciones, como Eliacin en el templo. Aquí te se ha colocado, para que fructifiques, para que sirvas á Dios con la oracion, con la frecuencia de Sacramentos, con obras de misericordia y con deseos del cielo. *Quid fiet de ligno vitis* ¹? ¿En qué te parece que vendrá á parar un árbol, que plantado en un jardin delicioso no produce fruto alguno? ¿Qué destino se le tiene que dar á un leño, que para nada aprovecha? Si no das otros frutos que los que son propios de la carne; si no produjeres mas que lujuria, gula, murmuraciones, juramentos, rencores, adulterios, desprecio de las cosas santas, y un quebranto continuo de los mandamientos divinos y eclesiásticos; si no dieres otros frutos que estos, ya puedes desde luego comprender la sentencia que está dada contra tí : *Ecce igni datum est in escam* ²; dia llegará en que seas pábulo del fuego.

Sabed, decia san Basilio á los que recibian el Bautismo, sabed que sois árboles trasplantados misericordiosamente, desde las tinieblas á la luz, desde una tierra inculta y árida á un jardin ameno y delicioso : desde la gentilidad al Cristianismo; pero tened entendido que en este jardin precioso no se admiten ni aprecian plantas infructíferas ³. Estas mismas palabras, fieles mios, os dirijo yo á vosotros con el mayor encarecimiento, y con un deseo eficaz de que las fijeis en vuestro corazon y las tengais siempre presentes. Una vez que compadecido de vosotros el Señor os sacó del estado de la posibilidad, os produjo en tiempo, y os ha colocado en el jardin ameno de su santa Religion, esmeraos en producir frutos que sean siempre de su agrado : estos no son otros que caminar constantemente por las sendas de su santo servicio, sin desviarse á las aparentes prade-

¹ Ezech. xv, 2. — ² Ezech. xv, 4. — ³ Basil. hom. II de Baptismo.

ras de un mundo falso y engañoso ; dirigiendo siempre todas las obras al recto fin de agradar á Dios, y no á los hombres ; esmerándose en rendirle los afectuosos y supremos homenajes que le corresponden, y no tributarlos ni aun hacer la mas mínima participacion con el mundo y las pasiones : la satisfaccion que estas y aquellos puedan proporcionar, nunca será mas que humo que se desvanecerá tan pronto como lo percibais : un soplo de viento que no os dejará ni aun vestigios de su impresion : menos todavía que una flor, que apenas lisonjee vuestros sentidos, cuando se marchitará y desvanecerá inmediatamente. No rindais, pues, vuestro servicio, ni tributeis vuestros obsequios á quien no sabrá agradecerlos ni menos recompensarlos. ¿Qué diríais de un hombre estúpido de campo, que hallándose un precioso diamante, quisiese darlo por un saco de paja ? Hombre necio, le diríais, ¿qué disparate vas á hacer ? ¡ Qué errado vas en tus juicios ! Lleva esa preciosa joya á quien la sepa apreciar, y te dará lo que valga. Lo mismo, pues, os digo yo á vosotros : no tributeis vuestro servicio ni al mundo, ni á vuestras pasiones, que jamás dan una paga que algo valga : á lo sumo os darán por él como si dijéramos un poco de paja, un viento, una nada. Tributadlo mas bien á vuestro Dios, que os lo pagará mas aun de lo que vale ; de tal suerte, que por un servicio que no es capaz de aumentar ni un grado el mas pequeño de su felicidad, os dará por premio y recompensa una bienaventuranza eterna en la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazón :

Dulcísimo Señor : de Vos he recibido los sentidos y las potencias, el cuerpo y el alma, para que lo empleara todo en vuestro merecido servicio, y en provecho ventajoso de mi santificación. Y ¿qué uso es el que he hecho hasta de aquí de semejantes dones tan grandes, tan numerosos y de tanto aprecio ?

¡ Ah mi amable Redentor ! ¡ Qué ingratitud la mia ! En vez de convertirlos en utilidad de mi alma y en servicio y alabanza de vuestro poder y de vuestra gloria, los he empleado en mi ruina y perdición : los he convertido en ofenderos con el mayor desprecio y ultraje. ¡ Ah qué razon la mia tan pervertida ! ¡ Qué ceguedad de entendimiento ! ¡ Caminar con gusto por las sendas que guían al

infierno, y dejar por ellas á sabiendas las que conducen á la gloria !
¡Agradar al demonio, y ofender vilmente á un Dios tan bueno, á
un Padre tan amoroso y á un Redentor tan benéfico! Pero ya cayó
para siempre de mi entendimiento, dulce Jesús, aquel velo que le
impedia la vista de lo que me interesaba. Advertido ya de mis yer-
ros, conociendo que quien pierde á Vos todo lo tiene perdido, me
vuelvo á vuestra divina Majestad de todas veras, renunciando toda
especie de pecados ; detestándolos sin ficcion y con dolor, diciendo
con el corazon partido de sentimiento, que me pesa el haber pecado ;
que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia,
Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dul-
zuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE PASCUA.

Las dolencias que experimenta un buen cristiano en su última enfermedad ó indisposicion, léjos de contristarle, le producen alegría.

Tristitia vestra vertetur in gaudium.
(Joan. xvi, 20).

Vuestra tristeza será convertida en gozo.

Todas las privaciones y pesares que los buenos cristianos padecen en la vida, vienen á dulcificarse en la muerte. Todas las tristezas que en este mundo experimentan, se convierten en aquella hora en alegrías. En medio de una carrera continua de trabajos, de miserias y privaciones como en esta vida sufren los que atentos sus ojos en Dios nada hacen que en ello no procuren agradarle, odiando lo que él aborrece, detestando lo que él abomina, huyendo de cuanto él ordena la fuga, y procurando de darle gusto en todo lo que piensan, en todo lo que hablan y ejecutan, el Señor hace que experimenten un gozo indecible que los ocupe de lleno, cuando va á llegar el momento de morir. No quiere que se separen de este mundo sin presentir ya algo de aquellas dulzuras que han de constituir su gloria por toda una eternidad. Dios hace que en medio de sus dolencias se ocupen de un consuelo el mas dulce, y permanezcan en una tranquila paz. Como ven ellos tambien que va á terminar en breve la penosa jornada de sus trabajos, de sus privaciones, de todos sus padecimientos y de las exposiciones de pecar, y que muy pronto se va á abrir para ellos la puerta de la feliz morada del Eterno, donde han de disfrutar para siempre de bienes y dulzuras inefables, su corazon se enajena de gozo, y se convierten sus sentidos y potencias en un estado de alegría, por mas que los aquejen los agudos dolores de su enfermedad.

Aquel Señor por quien se hicieron todas las cosas, y sin el que nada se ha hecho en el universo ¹, que todo lo dispone con sábia

¹ Joan. i, 3.

providencia, ordena una enfermedad ó indisposicion de la que mueran los buenos cristianos así como todos los demás vivientes; pero en medio de los dolores que los aquejan, enajena sus almas de un consuelo satisfactorio, dándoles á conocer que aquella es su santísima voluntad; y que la hora de su fallecimiento que la ha de subsistir, ha de ser el momento mas dichoso de su vida: que en aquella hora van á acabar sus penas y aflicciones: que sus almas van á desprenderse de las mortales ligaduras; pero que van á abrir sus ojos en otra region bien diferente, que los ha de constituir felices por toda una eternidad. Como ellos por otra parte, ojeando su vida pasada, la ven que ha caminado por las sendas de la virtud, ó que aunque alguna que otra vez se hayan separado de ellas, se reconocieron y pulverizaron sus culpas con una penitencia rigurosa, á la que precedió una confesion exacta y compungida; como se contemplan que cumplieron con las obligaciones de la Religion y de su estado, y como el testimonio de su conciencia les acredita el haber llenado con el favor de Dios el cumplimiento de la ley, ven ya próxima la hora en que se les van á abrir las puertas de una felicidad interminable. Fundando estos su confianza en la misericordia divina, vuela su imaginacion hasta los palacios de la gloria, siendo los momentos precursores de la muerte un ensayo ó principio de la vida eterna. Como preven tan próximo el goce de la vision beatífica, cuya posesion enajenándolos de una gloriosa alegría ha de borrar sus anteriores tristezas, como les decia Jesucristo á sus discípulos, segun vemos en el Evangelio (de este dia), hé aquí por qué están ocupados de gozo superior á sus dolores. En unos instantes en que los sentidos y potencias tanto se entorpecen, es cuando la vista interior del buen cristiano se reanima con la luz brillante que Dios le envia, *Lux orta est justo*, y en medio de unos momentos en que los dolores y un conjunto de cosas parece debian contribuir á infundir tristeza y conturbacion, es cuando su corazon rebosa de contento, *et rectis corde lætitia* ¹. Sí, señores: *las dolencias que experimenta un buen cristiano en su última enfermedad ó indisposicion, lejos de contristarle, le producen alegría*. Esto es lo que os voy á patentizar ahora, para que en vista de un fin tan placentero, os estimuleis á llevar una vida que os conduzca al logro de un término tan feliz. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Son tantas y tan variadas las enfermedades, indisposiciones ó ac-

¹ Psalm. xcvi, 11.

cidentes, que como precursores anuncian y acarrean el fallecimiento de los mortales, que llenan de admiracion y aun asombran al que atentamente se pone esto á meditar. Nosotros los curas, que por caridad y deber de nuestro ministerio asistimos á cuantos se indisponen mortalmente dentro de nuestras parroquias, y que no abandonamos hasta despues de su muerte, podemos dar testimonio de esto, mejor que los que libres de esta obligacion se concretan á tan solo oir que se les ha administrado los santos postrimeros Sacramentos, y á tener noticia de su fallecimiento por el toque ó anuncio de las campanas. Los buenos cristianos, así como todos los demás vivientes, tambien tienen que cursar esta carrera hasta pagar el tributo de la muerte; porque nadie hay que pueda eximirse de él, por ser una ley tan general que comprende á todos, pequeños y grandes, hombres y mujeres, ricos y pobres, buenos y malos, justos y pecadores. Unos para morir están cruzados en una cama por muchos meses y aun años, padeciendo vivos dolores; otros á resultas de un accidente agudo, están enfermos pocos dias. Hay quien del grado mas satisfactorio de salud, pasa en breves momentos al de la indisposicion y aun al de su fallecimiento: esto aun sin hablar de las muertes violentas mas ejecutivas, que en un instante hacen pasar á una persona por la salud, por la indisposicion y por el trance de la muerte. Pero á un buen cristiano que tuvo siempre presente la ley de Dios, y que se cuidó de observarla con exactitud, que procuró en todo tiempo huir de toda especie de pecado, que frecuentó los santos Sacramentos para purificarse hasta de las imperfecciones mas pequeñas; que se esmeró en agradar á Dios en todos sus pensamientos, palabras y obras, todo le es igual, bien sea su enfermedad larga, bien sea su indisposicion tan corta que no dure mas que breves instantes hasta exhalar el último aliento; ora se vea combatido de agudos dolores que lo tengan en un quejido continuo, ora esté en una calma apacible producida de vejez ó de una lenta calentura. Como sabe que estos dolores y ansias las experimentó tambien la santísima humanidad de nuestro Redentor Jesús, en él fija los ojos de su alma, y en él halla un específico que dulcifica y suaviza la amargura de sus dolencias. Habiendo pisado el Señor este camino de penas, lo allanó de tal suerte, que le es ya fácil á todo buen cristiano el andar por él. Santificadas estas sendas tan penosas por haber andado por ellas Jesucristo, en vez de las asperezas que por su naturaleza debian de contener, producen mas bien dulces consuelos. Cuando sus manos llegaron á tocar aquel pan de

cebada de que habla el Evangelio, sin embargo de lo áspero que es de por sí tanto al paladar como á la garganta, quedó convertido en un manjar el mas suave y el mas dulce que sació una multitud de hombres, satisfaciendo de lleno el gusto de todos ¹. ¿No sabemos tambien que un tosco barro, con solo tocarlo sus santísimas manos, recibió tal suavidad y virtud, que curó radicalmente los ojos de un ciego de nacimiento ²? Del mismo modo, pues, habiendo pasado su santísima humanidad por el áspero trecho de dolores intensísimos, habiendo experimentado sudores de sangre y angustias de muerte, perdieron desde entonces estas aflicciones toda su natural dureza, con especialidad para con los que en él tuvieron siempre fijos sus ojos para agradarle; y hé aquí por qué un buen cristiano halla en los padecimientos de su última enfermedad, y hasta en las agonías de su muerte, no solo un lenitivo que mitiga sus dolencias, sino hasta una dulzura que lo embriaga, y una alegría interior que lo llena de júbilo.

En los padecimientos últimos de un buen cristiano se toca principalmente el cumplimiento de aquellas bendiciones que el Señor le tiene prometidas de que todo le ha de suceder bien ³, y que aquellas aflicciones provenientes de la agudeza de una enfermedad, aquellos dolores que naturalmente debían mortificarlo tanto, aquellos sudores tan congojosos que debieran angustiarlo sobremanera, aquel continuo padecer que debía afligirlo en extremo, todo se le convierte en bien; porque si es cierto que no puede eximirse el cuerpo de todos los dolores, por lo menos el estado en que contempla á su alma, libre de culpas ofensivas á Dios, hace que con esta consideración los sienta menos, y de que halle en la paciencia que le acompaña, en la constancia con que los sufre y en la conformidad que tiene con la voluntad divina, el que encuentre en ellos un dulcificativo que suaviza aquellas penas que son inherentes á la naturaleza humana.

Los que en vida no han experimentado consuelos semejantes, cuando han sido combatidos de trabajos y de variedad de tribulaciones por no ser de Dios, sin haberle entregado de lleno su corazón, reputarán como paradójica esta verdad, mayormente no habiendo sido espectadores de la calma, de la paz interior, del paciente sufrimiento, y aun del gozo que experimentan aquellos enfermos que en un todo están sometidos á la voluntad divina; pero para que

¹ Joan. vi. — ² Joan. ix. — ³ Eccli. i, 19.

se os haga mas comprensible esta verdad quiero recordaros aquellos tormentos tan horribles con que los tiranos mortificaban, como sabemos á ciencia cierta, á tantos Mártires que veneramos en los altares, y la alegría que inundaba sus almas en medio de unos padecimientos que espantan de solo oírlos. A unos los ataban de piés y manos, y abriéndoles las bocas con unos palos les echaban en ellas, ya aceite hirviendo, ya plomo derretido. A otros se aplicaban á sus plantas barras de hierro candente. A estos les ataban cuatro sogas: una en cada tobillo, y otra en cada muñeca, y tirando cuatro caballerías de vigor su cuerda respectiva, quedaba hecho trozos el cuerpo. A aquellos los levantaban en alto, y con unos ganchos de hierro á la manera de los de sacar fiemo de las cuadras, aunque mas encorvados y puntiagudos, los clavaban en sus cuerpos, y les arrancaban pedazos de carne hasta dejar nada mas que los huesos. A quién, estando en esta postura, le quemaban los costados con hachas encendidas. A quién con unos barrenos le taladraban los huesos. A quién, tendiéndolo y bien asegurado por la cabeza y por los piés, de modo que no pudiera forcejar, constituidos dos verdugos en el centro uno en cada lado, lo aserraban por mitad de su cuerpo, como se sierra un madero. A este le precisaban desnudo á echarse largo, y á dar vueltas sobre un suelo todo cubierto de cascotes de vidrio recogidos de botellas y barrales rotos, motivando un estrago en el cuerpo y un derrámen de sangre el mas lastimoso. A unos los precisaban despues de untar sus carnes con aceite, con manteca ó con pez, á entrar y permanecer en una grande hoguera que encendian en las plazas. En fin, sin recargar ahora la consideracion en aquellos que morian ahogados en los rios ó en la mar, por echarlos con un ruego de molino atado al cuello, y de aquellos que eran devorados por las fieras en los anfiteatros, á otros se les tendia sobre unas parrillas que se ponian sobre ascuas encendidas, y allí se les quemaba á fuego lento; y á muchos atados de espalda á un tronco, se les disparaba una multitud de saetas, que eran unas astas delgadas, largas como de dos tercias, con una punta de hierro al extremo anterior y una lengüeta á la manera de las banderillas que se clavan en las plazas á los toros, haciendo cada una de ellas una fuente de sangre, con la lástima tan sensible de que unas les entraban por los ojos, otras por el vientre, y otras les atravesaban el corazon.

Ved aquí unos tormentos dolorosísimos y crueles, que prolongándose muchos de ellos por dilatadas horas y aun por dias, parece debian tener á los que los sufrían, tristes, afligidos, y en un continuo

tamento : pues, no, señores ; muy léjos de eso, estaban alegres, consolados y tan gustosos, como si estuvieran disfrutando de lo que mas pudieran apetecer. Unos como san Lorenzo á Decio, llenos de un santo entusiasmo le decian al tirano : « Infeliz, has de saber que siempre he apetecido este convite con todas las veras de mi corazón. » Otros como san Vicente á Daciano : « Esto es, ó bárbaro, lo que por toda mi vida apetecí con todo el ardor de mis deseos ; » y otros en fin, como santa Dorotea estando en el tormento : « En toda mi vida no he tenido rato mas satisfactorio ni mas alegre que este ; » y todos en medio de los suplicios despreciaban los tormentos y conservaban la tranquilidad en su corazon, la apacibilidad en los ojos, y la serenidad en el semblante. Tributaban á Dios cánticos de alabanza, no se quejaban de las penas, bendecian á los tiranos, agradecian á los verdugos la fiereza con que los hacian padecer : á las veces les agradecian su crueldad no solo con palabras, sino hasta dándoles dineros, si tenian. San Cipriano mandó que al verdugo que le iba á cortar la cabeza se le dieran veinte y cinco escudos de oro ¹. Los cuerpos de los Mártires, á proporcion que los atormentaban, iban perdiendo sus fuerzas, cierto es ; pero sus almas se fortalecian, cobraban nuevo vigor, y sostenian la flaqueza de los cuerpos : por decirlo de una vez, sufrían los mayores tormentos y crueldades que se pueden experimentar en este mundo, y al mismo tiempo no padecian.

Aquí teneis lo que hace la poderosa gracia de Dios ; aquella gracia, que poseyéndola un buen cristiano y teniéndola bien colocada en su alma por efecto de una vida inculpable, atento siempre y cuidadoso en agradar á Dios, han profundizado tan hondamente sus raíces, y sus ramas han llegado á una altura tan elevada, que ni los tormentos mas crueles, ni las aflicciones mas tristes, ni las enfermedades por dolorosas que sean pueden arrancarla, ni amargar las delicias tan suaves que producen sus frutos. Con la asistencia de esta gracia divina, bebe y sufre con gusto, satisfaccion y gozo las aguas amargas de sus enfermedades, de sus dolores y de aquellos padecimientos que parece debian ser tan sensibles en los últimos momentos de la vida. Como desde que tuvo conocimiento ó sea despues que de veras se reconoció, y detestadas sus culpas se sometió en un todo á la voluntad de Dios sin separarse jamás de ella, ni desviarse de los senderos de su santísima ley, procurando adelantar

¹ Orsi, Historia eclesiástica, tom. IV, lib. VII, núm. cxix.

mas y mas en el ejercicio de las virtudes ; como de cada dia se halla mas enfervorizado su corazon en el amor divino, ningun chasco se lleva, ni le produce susto alguno el anuncio de su próximo fallecimiento, ni las angustias que lo han de preceder : léjos de eso recibe esta noticia como la mas grata que ha tenido en todos los dias de su vida : recibe con un placer indecible los santos postrimeros Sacramentos : se esmera en rendir á Dios por este beneficio los tributos mas afectuosos de agradecimiento : se purifica hasta de las mas leves imperfecciones : sufre con resignacion los dolores que le ocasiona la indisposicion que lo tiene postrado, exclamando lleno de un gozo interior : Sí : yo voy á morir : el corazon me dicta que va á terminar mi existencia : me parece oir la voz de Dios, que me advierte de que va en breve á concluir mi vida ; pero me alegro sobremanera de esta nueva, puesto que no gemiré ya mas en este país de destierro ; no estaré expuesto á las tentaciones de los enemigos de mi alma, á las calumnias de mis detractores ni á las irrisiones de los impíos : y sobre todo lo que mas me alegra es, de que se va á concluir un tiempo en que ya no correré riesgo alguno de ofender á mi Dios y mi Redentor Jesús. Hora es que termine un estado en que todo es caidas, en que siempre es preciso violentarse para preservarse de ellas ; y en que si alguna vez el Señor me dejara de asistir con su ayuda, me hallaria en exposicion de condenarme para siempre.

Dios mio, Dios de mi corazon y de mi alma : de Vos he recibido la vida y á Vos debo volverla : esta es una deuda que me habeis entregado por algun tiempo, y que me vais á pedir muy pronto ; pero estoy dispuesto á pagarla con gusto y ponerla en vuestras santísimas manos. Aunque en el discurso de mi vida he pecado contra el cielo y contra Vos ; aunque por mis culpas he merecido el infierno ; aunque en mí todo ha sido culpable, el espíritu, el corazon, el cuerpo y los sentidos, yo consiento en que todo sea aniquilado en mí, para satisfacer á vuestra soberana justicia. Sin merecer yo la gracia para borrar las culpas contraídas, me la habeis proporcionado Vos, por un efecto de vuestra divina misericordia, mediante los santos Sacramentos que he recibido. Os agradezco sobremanera este beneficio para mí tan grande ; y si todavía me hallo con algunas imperfecciones, yo deseo purificarme : para el efecto redoblad los dolores de esta mi última enfermedad, para que sintiendo yo su dureza, llegue á alcanzar como debo las impresiones tan sensibles que en Vos hicieron los pecados que en algun tiempo cometí. ¿Qué comparacion

tendrán nunca mis padecimientos con los que Vos sufristeis? ¡Qué dolor, Jesús mio, seria aquel que os precisó á sudar sangre en el huerto de Getsemaní! ¡qué angustias tan mortales! ¿Cómo, Señor, habia de quedar yo exento de padecer, cuando Vos, que sois mi Dios, padecisteis mas que todo cuanto pueden padecer juntos todos los hombres? Sí: justo, y muy justo es, que yo sufra al presente. Habeis querido que yo padezca esta enfermedad ó indisposicion; pero me la dais muy suavizada, puesto que, teniendo mi consideracion en vuestras penas, hallo dulcificados cuantos rigores me combaten. Consiento, Señor, en padecer y en morir por ser esta vuestra santísima voluntad, de la que no quiero separarme ni un ápice, hasta exhalar mi último suspiro. Son ténues, Dios mio, los dolores y angustias que me aquejan: aumentádmelos si gustais: así me pondré en estado mas agradable á vuestros ojos, y en muriendo de unirme á Vos, y bendeciros por toda una eternidad. Si estos padecimientos que me van á ocasionar la muerte me han de proporcionar el goce de vuestra presencia, ¿cómo no serán del mayor consuelo para mí? Vuestra vision beatífica en el cielo será siempre el único objeto de mis deseos y el término de mis suspiros. Haced que me mantenga siempre en esta mira; que nada me desvie de ella, y así pueda entregar mi espíritu en vuestras divinas manos, y conseguir un asiento en la gloria.

Estos son, fieles mios, los sentimientos que tienen los buenos cristianos en medio de aquella última enfermedad, de aquellos dolores y angustias precursores de la muerte, que va á cortar el fin de sus dias. Todos estos pensamientos y otros muchos que el Señor les inspira, á virtud del buen estado en que se hallan sus almas, le proporcionan á un enfermo una fortaleza tan grande, vigorizan de tal suerte su alma, que elevándolo sobremanera, aunque en el cuerpo siente dolores, quedan como amortiguados. Se padece, sí; pero la misma experiencia nos enseña que cuando una alma está enervorizada en el amor de Dios, su cuerpo padece mucho menos. De aquí provienen aquel valor y firmeza tan admirables con que algunos se mantienen hasta su último aliento. Valor y firmeza que nos causan admiracion á los que los presenciamos, y que se manifiestan, ya mas, ya menos, á proporcion que las almas están adheridas á Dios por el amor que le profesan, y segun la constancia que tuvieron durante su vida en caminar por los senderos de la virtud y de la mortificacion. Acostumbrados algunos por muchos años á no lisonjear sus sentidos, sino á mortificarlos y á domar la rebeldía de la carne con

el trabajo, con la oracion, con los ayunos y con las penitencias, habiéndose ejercitado en superar á la naturaleza en los contratiempos y adversidades, ya se hallan mas expeditos en su última enfermedad para no sentir el rigor y la amargura de los padecimientos últimos de su vida. Están ya habituados al padecer, al dolor y al sufrimiento. Aprendieron á obedecer las órdenes del cielo, y á sujetarse con una sumision perfecta á la voluntad divina. Amaestrados así en la escuela del padecer y abnegacion propia, toleran con alegría la última enfermedad, sufren resignadamente los dolores, y conformes en un todo con la voluntad de Dios, le ofrecen con gusto el holocausto de su vida. Entre tanto llega la muerte; exhalan el último suspiro, y su alma va á morar á la region de los bienaventurados.

En la necesidad de morir en que todos nos hallamos, fieles míos, ¿quién no apetecerá sentir aliviada su última enfermedad, mitigadas sus dolencias, su corazon rebotando alegría, y por último exhalar el último suspiro en una santa paz y en un sosiego celestial? ¿Quién no envidiará un fin tan placentero y dichoso? Me persuado firmemente que todos vosotros querréis por vuestro bien terminar así la carrera de vuestra vida perecedera, para dar principio á la interminable que tiene que seguir inmediatamente. Si deseais, pues, de todas veras el que os quepa en suerte tan grande dicha, que es la mayor que puede conseguir un cristiano, es forzoso que sin la mas mínima tardanza dejéis ante todo las ropas inmundas del pecado, y que os adorneis con los hermosos vestidos de la gracia. Para que Jacob consiguiese la bendicion de su padre y la herencia de su mayorazgo, fue preciso que se vistiese con las ropas ricas y fragantes de Esaú; y no recibió la bendicion hasta que sintió su padre el suave olor de los vestidos de su primogénito ¹. No es posible que el Señor os eche su santísima bendicion en vuestra última enfermedad, si no percibe el suave olor y la fragancia de las virtudes durante vuestra vida. Para el efecto desde este mismo instante emprended el camino del bien. *Ante obitum tuum operare justitiam* ². No os detenga el que por mucho tiempo hayais practicado el mal. Jesucristo dice en el Evangelio, que hay operarios que van á trabajar á su viña muy por la mañana, otros al mediodía, y otros á la tarde; y que sin embargo todos reciben idéntico jornal ³. Lo que es menester es, que confundidos de vuestras maldades pasadas, de

¹ Genes. xxvii, 15. — ² Eccli. xiv, 17. — ³ Matth. xx.
17*

vuestras injusticias y desórdenes, mudeis inmediatamente de vida, menospreciando lo mundano que habeis amado hasta de aquí, y deseando vivamente todo lo que conduce al bien de vuestra alma, sometiendoos con espíritu de humildad, con un corazon contrito y una sumision rendida y perfecta á la voluntad de Dios, procurando darle gusto en todo, temiendo ofenderle en lo mas mínimo, huyendo siempre de las ocasiones que os puedan incitar á ello. Así conseguiréis el que os sintais consolados en vuestra última indisposicion ó enfermedad : aliviados en aquellos dolores agudos que comunmente la acompañan : fortalecidos en aquellos frios sudores que la son inseparables : alegres en aquellas ansias extremas, que causan tristeza y sentimiento hasta á los que circuyen la cama de un moribundo : recibiréis la bendicion de Dios mas importante, cuando hayais exhalado el último suspiro ; aquella bendicion, digo, que os encamine por las sendas de la gloria para que allí disfruteis para siempre de una eterna dicha ; y cuando las campanas den aviso de vuestra muerte á la vecindad, cuando se celebre vuestro entierro y vuestro cuerpo baje al sepulcro, todos vuestros convecinos, noticiosos de vuestra vida inculpable, serán pregoneros de vuestras alabanzas, todos os colmarán de elogios y os coronarán de bendiciones. No penseis que estas son ideas hijas de mi entendimiento y arregladas por mi imaginacion. Son todas expresiones precisas articuladas por el Espíritu Santo en sus santas Escrituras. *Timenti Dominum*, dice, *bene erit in extremis, et in die defunctionis suæ benedicetur*¹ : y así como son ciertas estas promesas y su cumplimiento no puede faltar, así alcanceis vosotros estas dichas felicidades, tanto en esta vida como en la otra, para que en compañía de los Ángeles y de los bienaventurados canteis á Dios loores eternos en los palacios de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por tantos pecados como hemos cometido, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciendo todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : arrojado yo sobre la faz de la tierra, desnudo, miserable y lleno de confusion, me mirásteis con ojos tan privilegiados, que levantándome del polvo de mi miseria, me elevásteis á una altura sobrenatural para que con facilidad consiguiese el cielo ;

¹ Eccli. 1, 13.

pero yo, el mas ingrato de los nacidos, menospreciando beneficios de tanta monta, he caminado por las sendas del pecado, de la perdicion y del infierno.

¡Ah mi amable Redentor! yo mejor que otro hijo pródigo he estado peregrinando hasta de aquí en la remota region del olvido de Vos, disipando los bienes que me concedísteis, viviendo lujuriosa, vana é inútilmente. ¿Cómo, Dios mio, no he abierto hasta de aquí los ojos de mi entendimiento para conocer mis desaciertos? ¿cómo abandoné la gracia y me complací en el pecado? ¿cómo desprecié la gloria y me incliné á los horrores de un perpétuo abismo? Empero ya reconocido al presente de todos mis yerros, de sola una cosa tengo necesidad, y es de encontrar gracia en vuestros ojos. ¿La podré alcanzar, Dios mio? ¡Oh qué logro tan dichoso fuera este para mí! Entonces sí que me regocijaria alegre, y mi alma se llenaria de alegría en Vos. Concededme, Dios mio, este favor, porque bastante siento el no haber visto hasta de aquí la luz del cielo. Ocupad esta mi alma y enardecedla en vuestro amor. Doblad este mi espíritu, para que reciba vuestras inspiraciones y quede adornado con el esplendor de las buenas obras. Dispensadme estos dones que os pido con lágrimas en el corazon, diciéndoos arrepentido de todas veras que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE PASCUA.

Cuán deplorable y funesta es la ceguedad del pecador.

Et cum venerit ille, arguet mundum de peccato. (Joan. xvi, 8).

Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado.

Si el Espíritu Santo, segun el Redentor en el Evangelio (de esta dia), ha de argüir y convencer á los judíos y á los gentiles por no haber creído en Jesucristo, ni enmendándose de sus culpas despues de unos tan poderosos motivos de credibilidad como se ofrecieron á su vista corporal y á la de su entendimiento, con mayoría de razon podrá reconvenir, argüir y convencer á los fieles que no correspondieren á la luz de la fe que se les comunica y que admitieron de buen grado. La luz brillante de la fe ilumina los ojos de nuestro entendimiento para que veamos con distincion y creamos con firmeza cuanto Dios nos tiene dicho y enseñado, á fin de que seamos felices en esta vida, y mas dichosos todavía en la otra. ¡Inefable dignacion la que el Señor tuvo de nosotros; y enorme ceguedad y malicia la de aquel que cierra sus ojos á los resplandores de luz tan soberana, con los que pudiera alcanzar el ser feliz, y satisfaciéndole mas los errores de su entendimiento y los extravíos de su voluntad, infringe las verdades de la fe, haciendo lo que Dios expresamente prohíbe, como lo es el cometer uno ó mas pecados mortales! De aquí nace aquella tan temible ceguedad que constituye al que así obra en la lóbreguez de tinieblas horrorosas que no le permiten ver los bienes tan apreciables de que se ve privado; de que le falte el deseo de buscarlos; que no se esmere en adquirirlos; que no divise su mal ni tenga lástima de sí mismo, no obstante hallarse con la pérdida de la gracia, que es la mayor gala que puede adornar al hombre; y adquiriéndose con sus culpas la enemistad de Dios, que es el mayor infortunio que en este mundo le puede caber. Semejante su ceguedad á aquella, dice san Jerónimo, con que castigó Dios los

pecados torpes de los sodomitas, la que los dejó tan sumergidos en tinieblas que no acertaban con las puertas de su propia casa ¹. Camina el pecador entre las densas tinieblas del pecado sin acertar á formar un verdadero dolor ; sin poder llegarse á un confesonario donde manifieste la fealdad de sus culpas á los piés de un sacerdote para que así se las perdonase, ni encontrar un momento en que reciba la ilustracion de hacer penitencia. Ciego el pecador con el enardecimiento de sus pasiones, abrumado con el peso enorme de sus abominables iniquidades, no le permiten dar el mas mínimo paso que tienda á su salvacion ; á la manera de aquellos infelices egipcios que, segun refiere la sagrada Escritura, al hallarse envueltos con la horrorosa oscuridad de las tinieblas de que los cubrió Moisés, no se atrevian á dar un paso para librarse de ellas ².

En un estado tan triste llegan las culpas á constituir al hombre. Ceguedad tan grande que no le permite ver sus desaciertos, ni que se contenga en la carrera del mal : que no le deja divisar la espada desenvainada que Dios tiene esgrimida contra él, en su poderoso brazo ; ni meditar en el fin tan infortunado que le tienen dispuesto sus culpas. Estado triste, vuelvo á decir, que debia aterrarnos con solo saber que hay cristianos en quienes cabe semejante mal. Para que vosotros, fieles mios, os libreis de él, concibiéndole el horror que se merece, os voy ahora á demostrar *cuán deplorable y funesta es la ceguedad del pecador*. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Entre todas las criaturas, el hombre es la mas privilegiada en la comunicacion de la virtud y beneficencia de Dios. El Señor, habiendo sacado con su infinito poder todas las cosas de la nada, no podia menos de mirarlas con agrado despues que les dió el ser, amándolas como obras propias de sus manos ³. Pero en el hombre refundió muy principalmente toda su consideracion, criando en bien suyo cuanto hay en el universo ; dotándolo de libertad para que fuera dueño de sus acciones. Le dispensó los medios necesarios para apartarse de lo malo y practicar lo bueno. Le amenazó con terribles penas, si se inclinaba mas bien al pecado que le prohibió ; y le prometió premios indecibles, si practicaba las virtudes que le ordenó. Para el acierto del modo con que debia obrar, le comunicó los respaldos de una luz soberana, con cuyo especial beneficio pudiese dar sus pasos con acierto. No hay ningun viviente, y mucho menos

¹ Sap. xix, 16. — ² *Nec movit se de loco in quo erat.* (Exod. x, 23). —

³ Sap. xi, 25.

siendo cristiano, que carezca de esta luz brillante que ilumina su entendimiento para conocer el bien y distinguir el mal, como ofensivo á Dios; pero hay hombres, y no pocos, que cierran los ojos á esta esplendorosa luz; y cegado su entendimiento, sus pasos se encaminan por los senderos de la maldad, precipitándose en el abismo del pecado que cometen una vez, otra y muchas mas. Constituidos en este infeliz estado, todos sus caminos, como dice el Real profeta, son tinieblas y resbaladeros ¹.

Tan pronto, pues, como una persona se inclina á las culpas, y postergado el temor de Dios pierde el don preciosísimo de la gracia de que se hallaba adornada su alma, por haber cometido un pecado grave, hé aquí que sufre su espíritu un ruinoso descalabro; su corazon tremendas convulsiones; toda la hermosura de las virtudes desaparece, y sobre esto aquella brillante luz que anteriormente la servia de guia para dar pasos acertados y caminar en derechura tras la consecucion de la felicidad eterna, se ha alejado de su entendimiento de tal suerte, que yace para lo bueno en una tenebrosa oscuridad ². Y si esto ocasiona un solo pecado mortal, ¿cuál será la desdicha y ceguedad de aquel que léjos de procurar en cuanto está de su parte el reparar sus quiebras, tranquilizar su corazon, fortalecerse con el vigor de las virtudes, abrir los ojos de su entendimiento, arrojando de sí prontamente aquellas escamas de sus ojos, espaciando su vista en el jardin delicioso de la divina gracia se precipita á sobreañadir pecados sobre pecados?

Aquí teneis ya, fieles mios, unos pecadores ciegos que no pueden dar un paso con seguridad y acierto en el camino de su salvacion. Justo rigor de Dios con que castiga á los hombres por las culpas con que le ofenden; como él mismo lo dice por su profeta Sofonias: *Tribulabo homines, et ambulabunt ut cæci quia Domino peccaverunt* ³! Y ¿quién no tendria lástima de uno que privado de la vista corporal, estrechado por la necesidad á tener que caminar sin guia, le viese proceder con timidez, dar un paso y tropezar, dar otro y caer; y despues de levantado, siguiendo el objeto de su ruta, dar tantas caidas, que lo maltrasen de tal forma que ofreciese á los espectadores un espectáculo sangriento? Pero ¿qué comparacion tiene uno que carece de la vista corporal, respecto del que se halla privado de la espiritual? Si el estado, las caidas y maltratamientos de aquel motivarian (no lo dudo) una profunda y dolorosa sensa-

¹ Psalm. xxxiv, 6. — ² Psalm. xxxvii, 11. — ³ Sophon. i, 17.

cion en vuestros corazones, mayor infinitamente os debe causar la ceguedad de los que con ofensa de Dios, con menosprecio de su mayor bien, caminan ciegos por las sendas de este mundo, dando con sus graves culpas caidas tan sensibles que dejan á su alma no solo lastimada, sino privada de lo que constituia su mas importante dicha.

Si esto es, pues, tan cierto como lo digo por ser verdad de fe que no puede faltar, ¿cómo habrá personas tan insensatas que por el pecado quieran constituirse en una ceguedad tan perjudicial, que no les permita ver lo que les conviene para bien suyo, que andando en tinieblas tan densas no pueden dar paso alguno en que no tropiecen y caigan, y con cuyas caidas se lastimen y quede como muerta su alma por lo mucho que se aleja de ella la divina gracia? ¡Ah! ¡cuán sensible es que tengan en tan poco aprecio su salvacion, que desestimen un bien tan apreciable y se vayan labrando su perdicion eterna! Arrastrados estos pecadores por sus enormes culpas; estas no solo los turban, sino que les arrebatan su razon, ciegan su entendimiento y los sacan de sí mismos, como á Sanson los halagos de Dálila. De aquí proviene la insensibilidad en que yacen, y aun el gusto con que permanecen en aquella ceguedad tan lastimosa que contrajeron por su querer. Semejantes á un embriagado que en medio de su borrachera no odia el vino que tanto daño le ocasionó: léjos de eso, aficionado por él en extremo no conoce la privacion que le ha motivado, ni le permite advertir el desorganizado trastorno que le produjo en sus fuerzas, en sus movimientos, en sus sentidos y potencias, ni adoptar los medios convenientes que se le aconsejan y propinan para curarlo de vicio tan odioso. Hállanse bien unos de estos, ciegos en una vida sensual y placentera, teniendo frecuentemente pensamientos libidinosos, andando tras los placeres carnales, sobornando solteras, solicitando viudas y pecando con casadas. Otros frecuentan aquellos parajes que les causan la ruina de sus temporalidades, de que se origina la pobreza de su mujer y familia. Hay quien está tan habituado á las blasfemias, que su boca es como si dijéramos una chimenea que arroja continuamente humo del infierno. No falta quien vive de lo defraudado al prójimo, y léjos de restituir lo que no es suyo, mantiene siempre lo robado en su poder, estando dispuesto á todas horas su maligno corazon á perjudicar, segun se le ofrezcan coyunturas favorables, sin sentir remordimiento alguno en su conciencia, cifrando en este modo de vivir su felicidad.

Pregunto yo ahora : ¿qué esperanza de verdadera enmienda podemos prometernos de semejantes pecadores? ¡Cuánto fuera de apetecer que por lo menos pudiéramos advertir en ellos algunos ligeros principios de temor de las penas del infierno! Si los viéramos, bien sea doloridos, bien temerosos de vez en cuando, siempre podríamos abrigar una esperanza de que no se habian de perder eternamente. El temor y el sentimiento, la tristeza y el disgusto al contemplar el mal estado de sus almas, podrian á ocasiones suministrarles como al hijo pródigo reflexiones tan provechosas, que tuvieran la fuerza de tocarles su corazon, de despertarlos del sueño letárgico en que duermen, y de mirar con el interés que deben por la salvacion de su alma ; pero ciegos con sus culpas, insensibles á su desgracia, llevan siempre una misma marcha, sin dolerse de sus extravíos, y sin temer por sus excesos. Mas denegridos con sus feas culpas, que los demonios están en sus mismas tinieblas del infierno, se encuentran bien hallados en sus crímenes, aparecen satisfechos de sí mismos ; y aun les acobarda menos que á las personas virtuosas con todas sus buenas obras el trance terrible de la muerte, el juicio tan pavoroso de su alma, y el fatal destino que les espera por toda una eternidad. Cegados sus entendimientos, nada ven de cuanto pudiera desengañarles : añadiendo todos los dias pecados sobre pecados, viven al parecer tan tranquilos como si hubieran caminado constantemente por las sendas de la virtud ; ó como si despues de haberlos cometido llenos de vergüenza y confusion, anegados en un profundo dolor, los hubieran pulverizado con la recepcion frecuente de los santos Sacramentos, y con los rigores de una asombrosa penitencia. Ejecutan lo malo, y beben la iniquidad como si fuera agua, sin sentir molestia, afliccion, ni mucho menos dolor ; antes bien gozosos y con aparente contento : *Quasi per risum stultus operatur scelus* ¹.

Hombres ciegos, que en medio de un sol tan brillante como es el Cristianismo en cuyo centro habeis nacido, y aun permaneceis en la apariencia, no veis distintamente lo que os conviene, lo que Dios manda ; hombres perdidos, que errada la senda de la salvacion caminais por un terreno lleno de precipicios y que os conduce infaliblemente á vuestra ruina ; hombres engañosos, que despues de haber prometido en el sagrado bautismo y en el confesonario, de que todos vuestros pensamientos, palabras y obras los habíais de dirigir

¹ Prov. x, 23.

á Dios por ser vuestro Criador y Redentor, ¿en qué han venido á parar unas tan solemnes promesas? ¿en burlaros de él, de cuanto os tiene prometido y amenazado? ¿en que menospreciándolo, os hayais revolcado en el cieno inmundo de las culpas, y mofándoos de su soberanía, permanezcais en estado tan miserable, sin que se vislumbre en vosotros un sentimiento el mas ligero de pesar y arrepentimiento? Oid, pues, hombres falaces y perdidos, oid la palabra que Dios se digna dirigiros por mi boca : *Audite verbum Domini viri illusores* ¹.

Cur tantum nefas in nobis repertum est ²? ¿Qué ceguedad es la vuestra, que os tiene abismados en las culpas sabiendo que me ofenden sobremanera? ¿Qué? ¿No bastaba para injuriarme el cometer el pecado una vez, que lo reiterais repetidas veces, siendo maldad tan abominable que es lo que mas odio? *Quid commerui ut adversum me consurgatis in prælium* ³? ¿Qué os he hecho yo para que me declareis y emprendais una guerra tan decidida y encarnizada? El haberos dispensado favores que no tienen precio, ¿ha de ser motivo para que os mofeis de mí, vilipendiándome con un descaro y ultraje el mas injurioso? ¡Ah! si algun dia llega (y llegará infaliblemente) en que la necesidad os precise á llamarme, implorando mi socorro, yo entonces no os responderé, y seréis para mí objeto del mayor menosprecio, de un total abandono, y de severísimas penas con que os castigaré.

Nadie puede poner en duda la suma bondad de Dios. Como infinita que es su misericordia, reparte sus inefables larguezas sobre todas las criaturas. En la sangre preciosísima de nuestro divino Redentor, derramada por la salvacion de todos, hay un número de medios sin cuento para salvarse con tal que quieran utilizarse de ellos; pero si una criatura léjos de aprovecharse de ellos los menosprecia, y sobre menospreciarlos pisotea con sus frecuentes iniquidades esta misma sangre del Señor derramada para su bien; y si por esta mofa y ultraje viene á ser abandonada de Dios y á último resultado se pierde, labrándose su eterna condenacion en el infierno, ¿quién tendrá la culpa de que venga á coronar su fin un paradero tan triste? ¿el Criador ó la criatura? ¿el Redentor ó el redimido? Dios nuestro Señor se comporta para con sus criaturas, á quienes les dió el ser y compró para el cielo con el precio infinito de su preciosísima sangre, á la manera que se conduce un escultor con los árboles que

¹ Isai. xxviii, 14. — ² Judic. xx, 12. — ³ Judic. xii, 3.

él mismo plantó ó que compró con su dinero. Él invirtió aquel cuidado ó empleó su caudal con el fin de hacer de ellos unos santos; pero si los árboles son muy torcidos, si se resisten al formon, ó si los reconoce que están podridos, los desestima, los abandona y destina para el fuego. Bien se vió esto en los santos Ángeles. Como hechuras que eran de sus manos y objetos de su especial cariño, Dios los amaba infinitamente; pero se torcieron en la carrera para que fueron criados; se rebelaron á las órdenes del Omnipotente; sus obras en vez de serazonadas por un rendido cumplimiento, aparecieron podridas con una ingrata rebelion, y hé aquí por qué fueron castigados con una eterna condenacion en el infierno.

Un cristiano, pues, si en vez de corresponder á los fines que el Señor tuvo en su creacion y redencion, si en lugar de rendirle el servicio de buenas obras y ofrecerle el holocausto de un corazon limpio y de tributarle hostias aceptables dignas de su agrado, llevando una vida inocente y pura, lleva mas bien siempre consigo, como los israelitas en el desierto, el tabernáculo de Moloc y la estrella del dios Renfan ¹, esto es, el ídolo de su pasion, á quien no cesa de tributarle víctimas, de la pasion que sabe reina en él poderosamente, y que absorbo con el placer que le proporciona, con las ventajas temporales que le produce, ó con el lucro que esperanza, embelesado con estas pasajeras complacencias ó con efimeras utilidades, orilla á Dios, lo pospone á la deidad de sus apetitos, no mira como debe por el interés tan importante de su alma, antes bien se abisma en el golfo de las culpas, está ciego su entendimiento, corrompido su corazon, como dijo san Pedro á Simon Mago ²; metido en una hiel de amargura, envuelto en lazos de la mayor iniquidad, y que por lo tanto no puede prometerse mas que una eterna desgracia.

Por muy desgraciada tendríais vosotros, fieles mios, á una persona, que atacada de un accidente repentino (como ya se ha visto alguna que otra vez), de tal suerte la dejase privada que sin percibirse ni el pulso ni la respiracion, juzgándola habia ya fallecido, se la enterrase en el cementerio como se acostumbra, y que allá á las cuatro ó seis horas de estar en la sepultura volviera al anterior grado de salud que antes disfrutaba con un cabal y perfecto recobro de sus sentidos y potencias. ¡Ay! ¿qué desconsuelo no seria para esta persona el recordar lo que por ella pasó, y el reconocerse debajo

¹ Act. VII, 43. — ² Act. VIII, 21, 23.

de un peso de tierra que no le permitia moverse nada , y por mas que se esmerara en hacer esfuerzos por gritar para que la remediaran sacándola de aquel apuro , su voz habia de ser prefocada y de ningun modo oida ? Adelantemos un poco mas. Suponed que esta persona así enterrada , al acometerle aquel accidente se hallaba con uno ó mas pecados mortales que no pudo borrar por medio de los santos Sacramentos , á causa de no haber podido recibir ninguno, ni tampoco arrepentirse de ellos , por no haber tenido lugar para formar un acto de contricion. ¿Qué os parece? ¿No era este un caso capaz de lastimar y hacer enternecer hasta las mismas piedras? Sí, señores : menester era haber perdido todos los sentimientos de cristiano y aun de racional quien no se condoliera de un tal acaecimiento ; no tanto por lo que respecta al primer extremo , sino muy principalmente en cuanto al segundo de hallarse aquella persona en pecado mortal.

Mas yo os ofrezco ahora á vuestra consideracion otro pecador que vive al presente con salud , pero que ciego en sus culpas permanece adherido á ellas , sin ver su fealdad y sin distinguir el paradero que le tienen reservado : puesto que , como ciego que está en cuanto conduce al bien de su alma , ni se esfuerza en purificarse recibiendo los santos sacramentos de Confesion y Comunión , ni se halla en su corazon una vislumbre de arrepentimiento , porque la ceguedad en que se halla no le permite ver , ni mucho menos sentir su desgracia. Aquí teneis dos pecadores : este , que esperanza vivir dias , meses y aun años. El otro , que se promete vivir muy pocas horas. El uno , que se rie y anda en busca de placeres pecaminosos. El otro , que se entenece y se conturba por haber cometido ofensa la mas mínima contra Dios. ¿Cuál de las dos posiciones y suertes os parece la mejor , ó cuál la mas desgraciada ? Es cierto que el pecador que se halla ciego en sus culpas puede alcanzar , un momento antes de su muerte , el que de ellas se arrepienta de todas veras ; pero este es un lance que debemos reputar por muy raro y extraordinario ; porque lo comun es morir ciego quien perdió la vista. Obcecado su entendimiento , sin luz para conocer su mal estado , el peligro de su alma , ni las ofensas que irrogó á Dios con sus culpas , es de creer le asalte la muerte cuando menos piense ; que acabe los dias engolfado en sus iniquidades , y descienda su alma á los infiernos para ser atormentada allí para siempre ; lo que no es regular que suceda esto con el que se halla tendido en la sepultura ; porque constituido en tan grande apuro , conociendo que

no puede vivir mas que algunos pocos minutos, ilustrado su entendimiento con la luz de la fe, advirtiéndole su mal estado y sabiendo por aquella que arrepintiéndose se salvará, levantará su corazón á Dios, detestará sus culpas de todas veras, le pedirá perdon de todas ellas, implorará con el mayor fervor su infinita misericordia, y acabando así aquellos breves instantes, se salvará.

Intelligite hæc qui obliviscimini Deum ¹. Vosotros cuantos hayais olvidado á Dios, y no solo olvidado sino ofendido de tal suerte, que por haberos cegado vuestra malicia no advertís lo airado que lo teneis, la inmundicia con que se halla manchada vuestra alma, el inminente riesgo que corre vuestra salvacion, de forma que por no sentir vuestro mal, ni procurais justificaros corriendo á hacerlo con las aguas de una confesion entera y dolorosa, ni procurais levantar en vuestro corazón el edificio saludable de un arrepentimiento verdadero; ya podeis reputaros muertos de todas veras en vuestro pecado, como dice nuestro adorable Redentor, *in peccato vestro moriemini* ²; y muriendo así, contemplaros perdidos por toda una eternidad. Sí: pecadores ciegos con vuestra sensualidad, blasfemos por costumbre, maldicientes por hábito, rencorosos de asiento, vengativos por tenacidad, usurpadores de lo ajeno por sistema, calumniadores por envidia, ved el triste fin que os espera, si ciegos á la luz de la fe y de la razon no salís prontamente del mal estado en que os hallais para no volver á él jamás. Así me lo encarga el Señor os lo predique en la persona de Jeremías con los pecadores de su pueblo ³, para ver si escuchando y temiendo un mal tan funesto os convertís sin pérdida de momento. No quisiera que el buen grano de estos avisos y decretos de Dios que os intimo cayese en piedra tan dura, como ha sido vuestro corazón hasta de aquí. Seria lo mas sensible que unos tiros tan rigurosos, y que pueden seros al propio tiempo muy saludables, hicieran en vosotros igual impresion que si fuesen disparados á una peña. Arrojad, pues, prontamente de vuestra alma ese terrible mónstruo del pecado; no volvais nunca en lo venidero á familiarizaros con él; romped para siempre su alianza; estrechad una amistad íntima con Dios, que esta satisfará de lleno vuestros deseos, os enajenará con las dulzuras de la gracia, y esta os proporcionará un gozo eterno é inexplicable en la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el dolor que nos acom-

¹ Psalm. XLIX, 22. — ² Joan. VIII, 21. — ³ Jerem. XXVI, 2.

pañá por tantas culpas como hemos cometido , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole todos y cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si el hombre debe referir toda su vida á la memoria , al conocimiento y al amor del supremo Bien que sois Vos , ¿ cómo me he desviado tan frecuentemente hasta de aquí de un fin que pudiera labrarme la felicidad , concentrando mas bien la memoria , el conocimiento y el amor en las cosas perecederas , y lo que es peor todavía en lo feo del pecado , siempre desagradable á vuestros divinos ojos ?

¡ Ah , mi amable Redentor ! ¡ Qué desatencion , qué maldad la mia tan enorme ! Siendo Vos el centro de la bondad y yo un abismo de bajeza , ¿ cómo me atreví á ultrajaros de un modo peor que los infieles ? ¿ Y aun á pesar de esta mi tan perversa alevosía me estais convidando al reconocimiento , me ofreceis un cumplido perdon prometiendo dispensarme sin tardanza vuestra misericordia ? ¿ Para qué me necesitais á mí , siendo el mas vil é infame de los nacidos ? ¿ Os puedo aumentar yo por ventura vuestra felicidad ? ¡ Oh bondad de mi Dios , que siendo yo tan ingrato y tan protervo , todavía sentís que ande por extravíos , y deseais vivamente llevarme á la morada de vuestra gloria ! ¿ Quién no se rendirá á una invitacion tan amorosa y de tanto provecho ? ¿ Continuaré con mi acostumbrada resistencia desoyendo y no aprovechando coyuntura tan favorable ? ¡ Ay ! aquí me teneis ya rendido y contrito por tantas culpas cometidas contra Vos. Avalorad Vos este mi sentimiento y contricion , de tal forma que llegue á justificarme completamente , cuando digo de todas veras que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE PASCUA.

La necesidad que tenemos de orar, y cómo lo debemos hacer.

Petite et accipietis. (Joan. XVI, 24).

Pedid y recibiréis.

Tenemos en nuestro poder por dicha nuestra un beneficio tan grande y tan especial, que jamás sabrémos agradecersele al Señor, que es el que nos lo ha conferido. Un beneficio del 'que podemos echar mano en todos los lugares, por todos los días, á todas las horas, y en todos los instantes. Un beneficio de que nos podemos valer en bien sumo de nuestra alma, bien estemos de permanencia en un punto, bien nos hallemos de viaje; ora estemos abundando de bienes, ora seamos tan pobres que no tengamos mas que unos tristes harapos con que cubrir nuestro cuerpo; ya gocemos de una salud la mas robusta, ya estemos postrados en una cama esperando por momentos la exhalacion del último suspiro. Este beneficio de quilates tan inmensos es, fieles mios, la oracion. Sí, señores. Es un beneficio este, que no pueden los ricos con su autoridad arrebatárselo á los pobres: que lo mismo puedè disfrutar con aprovechamiento indecible de su alma el que posea muchos intereses, como el que tenga pocos: lo mismo el que se halle libre, que el que se encuentre encarcelado: tanto el que se halle estacionado en un punto, como el que por su oficio esté continuamente viajando: lo mismo el sano que el enfermo, el justo que el pecador.

Como Dios con su alta é infinita sabiduría todo lo alcanza sin que nada se le oculte, sabia muy bien que no habria persona alguna en el mundo que no tuviera necesidad de este socorro; y hé aquí que compadecido de nuestras miserias tuvo á bien el dispensárnoslo. *Pedid y recibiréis*, nos dice Jesucristo en el Evangelio (de este día). Favor tan grande, que si de él nos supiéramos aprovechar debidamente, no habria quien se perdiera para siempre. Por eso dijo san Gregorio obispo de Nisa, que ninguna de tantas cosas, por las que

en este mundo van exhalados los mortales para lograrlas , ninguna de cuantas se contemplan preciosísimas , tanto por su vista , como por su valor , podia compararse con la oracion ¹. Dichoso , pues , el cristiano que se aplique á explotar esta fecunda y preciosa mina , segun lo exijan las necesidades en que se halle ; y feliz tambien aquel que bien penetrado por una parte de su miseria , y conocedor por otra del alto precio de la oracion que alcanza las virtudes y la divina gracia , con cuyo mas ínfimo grado de estimacion comparados los tesoros de todos los reyes y poderosos del mundo , aunque con los presentes juntemos los pasados y venideros , son reputados como barro , se consagre á este tan provechoso ejercicio. Él es un manantial fecundo de todos los bienes , y un tesoro inagotable , capaz de cubrir todas nuestras necesidades. Es una escala por la que subimos ó nos elevamos á Dios , y por la que hacemos que su divina Majestad baje sobre nosotros. Es una llave que nos abre las puertas del cielo , y nos facilita en él francamente la entrada. Mas para que así resulte , es forzoso que sean buenas nuestras oraciones ; por eso dice san Agustin , que el que acierte á orar bien , acertará asimismo á vivir cristianamente. *Recte novit vivere , qui recte novit orare* ². Los que viven cristianamente hasta su muerte , tienen asegurada su eterna salvacion como sabeis ; desde luego , pues , podeis igualmente conocer de cuánta necesidad nos es el orar bien para alcanzar esta dicha tan feliz. Todo esto os lo haré mas ínteligible demostrándoos *la necesidad que tenemos de orar , y cómo lo debemos hacer*. Ved aquí un asunto que como á todos nos atañe , es de sumo interés ; y por lo tanto , mientras os lo desenvoliere con el favor de Dios , os pido esteis con atencion.

La Iglesia no solo se compone de justos , sino tambien de pecadores. Unos y otros dan caidas con las culpas que cometen. Las culpas del justo , aunque veniales , y en que incurre siete veces al dia en sentir del Sábio ³ , á pesar de que no lo constituyen enemigo de Dios , sin embargo no dejan de minorar su fervor y rebajarle de su posicion. Las culpas graves del pecador , cometidas con grandísimo perjuicio suyo y ultraje infinito del Señor , lo constituyen muerto en la vida de su alma , cadáver podrido y hediondo á la presencia de Dios , y objeto odiosísimo ante sus divinos ojos. Constituidos uno y otro en el referido estrecho , ¿qué deberá hacer el justo para repa-

¹ *Nihil ex his , quæ per hanc vitam coluntur , et in pretio sunt , orationi præstat.* (Greg. Nisen. de Orat. Dominic.).

² Aug. hom. XLIII. — ³ Prov. XXIV , 16.

rarse de sus pequeñas quiebras , ganando grados en la caridad , y qué deberá tambien hacer el pecador para alejar de sí la hediondez y resucitar á la vida de la gracia ? Lo que uno y otro deben hacer es orar. Uno y otro necesitan forzosamente dedicarse sin demora á la oracion , si quieren conseguir las ventajas tan interesantes en su salvacion respectiva. Sí , señores : haciéndolo así el justo , comprenderá en la oracion la voluntad expresiva de su divina Majestad , de que se justifique mas y mas ; de que se esmere en hacer progresos en el camino de su santificacion por la penitencia , por la fuga de todo peligro , por la frecuente recepcion de los santos Sacramentos , por los actos mas heróicos de las virtudes ; practicando con mayor apresuracion los preceptos que ordena el Evangelio ; estimulándose á venerar y ejercitar sus consejos , y á prestarse con la mayor docilidad á escuchar y grabar en su corazon las ilustraciones divinas. Orando el pecador... ¿pero qué? ¿tambien deberá orar el pecador? ¿aquel que por su desgracia arrastra la pesada cadena de uno ó mas pecados mortales? Sí , fieles míos : este infeliz deberá orar ; y el Señor remediará la gran necesidad de su alma siempre que él quiera eficazmente ser socorrido. Es verdad que por sus graves culpas se halla en un estado que Dios aborrece sobremanera , y es indigno de su soberana presencia ; pero tal es la virtud que el Señor confirió á la oracion , que mediante ella prometió el conceder cuanto se le pidiese. *Petite et accipietis*. La posicion de un pecador es por cierto tan crítica , que si no rogara á Dios , nunca encontraria remedio á los males que padece. Por sí no merece ser oido ; pero la oracion precisa al Señor , por decirlo de este modo , á que oiga sus clamores , á que se conduela de sus lástimas , y se incline á remediarlas por su infinita misericordia ; al paso que si no suplicara , seria siempre el objeto de su ira , de su indignacion y tambien de su castigo.

Esto lo alcanzaréis á comprender mejor figurándoos un pobre hombre que andando cayó en un pozo tan profundo que le es imposible salir de él por mas esfuerzos que haga , y por mas que ponga en juego toda su prevision , habilidad y astucia. Desengañado de ser infructuosas todas sus tentativas , ¿qué deberá hacer este hombre ? ¿Le queda algun recurso para salir de aquel punto en que indudablemente tenia que perecer? Sí , señores : lo que deberá hacer este desgraciado , es suplicar á grandes gritos , para que oyéndolo algun transeunte compadecido , lo socorra sacándolo de aquel apuro. Este recurso tiene : no le queda otro. Con efecto : á fuerza de gritos y ruegos lastimosos que dirige desde el pozo , llega á oirlo un pasa-

jero ; se aproxima allí , y enterado de su peticion , condolido de su desgracia y enternecido con sus gemidos y súplicas , se inclina á socorrerlo echándole desde luego una sogá , á la que agarrándose el de abajo , y tirando el otro desde arriba , sale felizmente el caído.

Ved aquí representada en alguna conformidad la desgracia del pecador que por sus culpas cayó en un abismo profundo , del que le es imposible salir por sí solo ; pero en fuerza de suplicar á Dios nuestro Señor de que lo saque de aquel apuro , este se compadece de su miseria ; condolido de su suerte y enternecido de su infortunio , le confiere el auxilio de su divina gracia , á cuyo beneficio sale alegre de aquel abismo horroroso en que habia caído por sus culpas , al suelo llano y á la clara luz que disfrutaban los amigos de Dios. Ninguno ha invocado jamás su ayuda , dijo el Eclesiástico , que no haya sido escuchado ¹. ¿ Hay alguno , pregunta tambien el Sábio , que haya dirigido sus fervientes ruegos al Señor , y no haya encontrado en su oracion indefectible su remedio ? Estoy cierto , responde , de que no me se podrá designar uno que interpelándolo con oraciones y súplicas , haya sido confundido sin lograr lo que esperaba ².

¿ Qué don del cielo es , pues , este tan grande , á virtud del cual el hombre es oído cuando llama , halla cuanto busca , y logra cuanto apetece ? ¿ Qué contento no debe motivar al pecador , quien sabiendo que un solo pecado mortal lo constituye reo de condenacion eterna , y que si ruega á Dios fervorosamente el que lo liberte de aquel mal estado , puede anular la sentencia del cielo fulminada contra él y conmutarla en una de bendicion que lo haga feliz por los siglos de los siglos ? ¿ Y cuán pronto no deberá ser en acudir á este remedio tan poderoso , pidiéndole al Señor encarecidamente , que mirándolo con ojos de piedad , le perdone sus ingratitudes , sus rebeldías y tanta multitud de ofensas con que le ha ofendido con sus obras , palabras y pensamientos ? Tan puntual y acelerado debe ser en dirigirse á Dios , suplicándole el reanudamiento de su amistad , que de retardarlo , no digo un minuto , si es que un solo instante , puede pender el que sea zabullido en los infiernos ; al paso que si lo aprovecha alcance el logro de la gloria.

Para que Dios oiga benignamente las oraciones del pecador , no hay duda en que es necesario que le anime á este un verdadero deseo de salir del abismo infortunado en que se halla , y que al propio

¹ *Quis invocavit eum , et desepxit illum ? (Eccli. II , 12).*

² *Nullus speravit in Domino , et confusus est. (Eccles. II , 11).*

tiempo que esto ruega , es forzoso que lo quiera ; y que así como suplica , que él tambien se ayude ; porque de no desearlo así con eficacia , mal puede esperar lo que tan veleidosamente pide. San Agustin refiere de sí mismo, que allá en su juventud, cuando todavía estaba aficionado y metido en los vicios, dirigia tambien á Dios sus oraciones para que lo sacase de ellos ; pero por desgracia , pidiéndole su conversion , no la deseaba por entonces como él mismo dice ; la queria para mas adelante , y aun temia el que se la concediese cuando se la pedia como á medias. *Timebam, ne exaudires* ¹. El pecador, pues , que á este modo dirija sus oraciones á Dios para que lo saque del lodazal de la culpa en que se halla , y al propio tiempo quiere mantener en sí una aficion viciosa á la persona con quien pecó , no trata de desalojar de su corazon aquel rencor que abriga contra su enemigo ; determina retener sin restituir lo que á su prójimo defraudó ; no se resuelve á dejar la mala costumbre , á evitar cuantas ocasiones reputa peligrosas , á abandonar los juegos si son causa de que pierda su caudal , su honor y la paciencia : si presume conservarse siempre blasfemo, impúdico , mal hablado , ó desobediente á sus padres ó superiores ; si pretende convertirse , y á este fin dirige sus ruegos al Todopoderoso ; pero esto no obstante no se resuelve á descargar su conciencia confesando un gravísimo pecado que cometió , y que ha callado en alguna que otra confesion ; en una palabra , si cuando hace su oracion á Dios para que lo convierta , piensa tener un pié en el templo para servir al Señor, y otro en la calle para servir al mundo ; darse con una mano golpes de pecho en señal de arrepentimiento , y tener á la vez alargada la otra para ejecutar lo malo ; si así es, no piense que su oracion tendrá fuerza alguna para con Dios, y que alcanzará lo que quiere. Para que su oracion no sea una irrision , para que sea poderosa é incline al Señor á que mirándolo con ojos propicios le conceda el beneficio que le pide , es del todo indispensable que la oracion vaya acompañada de un deseo eficaz de obtener la gracia , de un aborrecimiento sumo á todo género de culpas , con un propósito firme de jamás volver á cometerlas , aunque le dieran por ejecutar alguna de ellas todas las riquezas del mundo , y aunque por no cometerla le costase la vida. Es preciso que de nuestra parte contribuyamos á nuestra santificacion con cuanto nos sea dable , y que cooperemos á ella en cuanto podamos. Aquel que cayendo en un pozo, como antes

¹ Lib. VIII Conf. c. 7.

os he insinuado, ó cualquiera otro dirigiese sus súplicas levantando con esfuerzo su voz para que lo oyeran y lo sacasen, á pesar de sus gritos y clamores nunca saldria de allí, aun echándole una sogá, si llegando abajo, no se quisiese agarrar á ella; al paso que asiéndola, haciendo de su parte lo posible y cooperando á los esfuerzos y ayuda del que se la echase, conseguiria el logro de lo que tanto y tan de veras apetecia.

Hasta de aquí os llevo manifestado, como habeis podido advertir, la precision que tiene tanto el justo como el pecador de orar; que es lo mismo que decir, la estrecha necesidad que todos tenemos de hacerlo; puesto que ó bien pertenecemos á la clase del uno, ó á la del otro: bien seamos buenos ó malos cristianos, justos ó pecadores. Sobre todos gravita esta obligacion. Mas para desempeñarla con acierto, se requiere el que la oracion vaya acompañada de ciertas condiciones. La primera disposicion que nos debe de acompañar en nuestras oraciones, es una humildad profunda y un conocimiento de nuestra miseria é iniquidad. Al empezar nuestra oracion, desde luego debemos decir con Daniel: Hemos pecado, Señor: hemos obrado injustamente: tenemos mil motivos de confusion y de vergüenza... tened misericordia de nosotros ¹. Ó como Esdras: Confieso, Dios mio, me confundo y me avergüenzo de levantar á Vos mi rostro ², porque he cometido sobremanera culpas sobre culpas, sabiendo que tanto os ofenden. El Publicano, poseido de un grande rubor, de una humildad profunda, y de un rendimiento anonadado, sin atreverse por su confusion á levantar sus ojos, dirige al Señor de lo íntimo de su alma partida de dolor esta oracion: *Señor, sed propicio para con este desventurado pecador*. Oracion fue esta bien breve, como veis; pero con ella perdonándole Dios todos sus pecados, salió del templo á su casa del todo justificado, como asegura nuestro divino Redentor ³. Cuando los hombres solicitan de su monarca un empleo, una dignidad ó destino, se cuidan muy bien de alegar sus méritos y servicios; mas nuestra conducta para con el Monarca de los monarcas, y supremo Señor de todos los soberanos, debe de ser muy diferente. Somos polvo y ceniza ante sus ojos: somos nada ante su soberana presencia: no tenemos que ofrecer ante él mas que miseria y vanidad, y cuando mas algun don que el Señor nos concedió por su divina misericordia: el que no siendo cosa nuestra, mal puede enorgullecernos. El conocimiento de nuestra indignidad, la

¹ Dan. ix, 5. — ² I Esdr. ix, 6. — ³ Luc. xviii, 11.

confesion de nuestras iniquidades , el rubor de nuestros crímenes, en una palabra , aquella rendida humildad que hace reconocernos, ante la suprema Majestad de Dios , miserables pecadores , ingratos é indignos , debe ser el fundamento sólido de la oracion que hagamos , si queremos que se halle perfectamente cimentada.

A la humildad debe acompañar la confianza : siendo tales los efectos de esta condicion , que pidiéndole en nuestras oraciones al Señor bienes espirituales y útiles al alma , podemos estar seguros de alcanzarlos. Él tiene comprometida su palabra , de que pidiéndole en esta forma , verémos cumplido de lleno el objeto de nuestros deseos : *Omnia quaecumque orantes petitis , credite quia accipietis et evenient vobis* ¹. Si Dios fuera semejante á algunos hombres que como bien sabéis ofrecen y no dan , prometen y no cumplen , ó porque ofrecen con engaño , ó porque despues de haber prometido varian de parecer , pudiéramos abrigar alguna duda en una tan solemne promesa ; pero habiéndola hecho el mismo Jesucristo seria una especie de impiedad el sospechar que pudiera faltar á lo prometido. Es Dios tan fiel á su palabra , dice san Pablo , que nunca puede faltar á ella. *Fidelis Deus permanet : negare se ipsum non potest* ². De donde se sigue, dice san Jerónimo , que prometer y cumplir es en Dios una misma cosa. Pida el cristiano con una fe viva y sin la menor duda de que será oída su oracion : *Postulet in fide nihil hæsitans* ³ ; encamínese al trono de su omnipotencia ; confie en la verdad de sus promesas , y no dude que serán sus súplicas despachadas cumplidamente.

Añadid la continuidad á lo que llevo dicho , y formaréis de la oracion un edificio hermoso y de la mayor solidez. Fortalecidos en este alcázar , seréis invulnerables á los tiros que os asesten los enemigos de vuestra alma , y tendréis la llave de la estancia en que Dios tiene depositados todos sus tesoros celestiales. Aunque os parezca alguna vez que el Señor no os ha concedido lo que de él solicitáis , no hay que desistir por eso : volved nuevamente á vuestra oracion : interpeladle su ayuda , reiterad vuestros clamores : hacedle fuerza con vuestros suspiros , que el Señor os responderá indudablemente , si no con palabras , por lo menos con su virtud , segun la expresion del real Profeta ⁴. Unas veces despacha prontamente nuestras súplicas , á la manera que lo hizo con los discípulos , con los leprosos , con el ciego y otros atribulados : otras retarda satisfacer nuestros deseos , como lo hizo con la Cananea. Unas nos despacha ex-

¹ Marc. xi, 24. — ² II Tim. ii, 13. — ³ Jacob. i, 6. — ⁴ Psalm. ci, 24.

presamente como á Moisés ¹, y otras, aunque no nos responde una palabra ni nos da lo que le pedimos, concede al alma la virtud que necesita y los dones que la convienen. Fijemos la vista en aquellos que padecen un grande trabajo, como claman lastimosamente una, otra y otra vez, y procuremos imitarlos en nuestras oraciones, tanto en la continuidad como en el fervor. Hemos de ser, como dice san Ambrosio, continuos y hasta pertinaces en nuestros ruegos ²; y estamos seguros de que el Señor nos dispensará lo que apeteecemos.

Como esta materia es muy interesante y mi objeto es daros en ella una instruccion completa, quiero que sepais que si la oracion tendiera á suplicar cosas contrarias ó nocivas á la salvacion, el Señor jamás accederá á las peticiones de quien así le ruegue. El pedir la venganza de una injuria; el suplicar á Dios le presente á un enemigo en un paraje solitario para matarlo; el pedirle la salud con el pensamiento de volver á sus excesos libidinosos; el que le ruegue la oportunidad que apelece para cometer una ofensa de Dios; todas estas súplicas y otras á este modo son en sí mismas, dice san Juan Crisóstomo, un agravio enorme contra el Señor, y nunca debemos pedirle cosas malas é injustas ³.

Tampoco quiero ignoreis que las gracias temporales que le pedimos no están garantidas por Jesucristo con una seguridad indefectible. Estos beneficios nos los concede el Señor á las veces, pero no siempre. Nos los dispensa cuando son útiles ó conducentes á nuestra salvacion; pero conociendo que han de ser perjudiciales á ella, entonces no accede á nuestras súplicas, en fuerza del grande amor que nos profesa. Por eso al pedirle la salud corporal, cuando le rogamos aleje y disipe una mala tronada, que nos libre de una guerra que tememos, ó nos libre de una peste ó enfermedad que está ya cerca de donde vivimos, debemos pedirle siempre estas y otras cosas semejantes, interponiendo la condicion, de que nos las conceda si nos han de ser útiles ó no perjudiciales para la vida eterna.

Aunque tanto las gracias espirituales como las temporales las podamos pedir á Dios estando sanos ó enfermos, en casa y en el monte, en las calles y en los caminos; sin embargo, no estando impedidos debemos muy principalmente concurrir al templo para hacer nuestras oraciones, cuando sabemos que se va á celebrar el santo sacrificio de la misa y los demás oficios divinos, ó se van á dirigir otras preces, como cuando se han de decir las Letanias para rogar

¹ Num. xiv, 10. — ² Ambr. lib. V in Luc. — ³ Joan. Chrys. hom. XI in Matth. VI.

á Dios por la conservacion de los frutos de la tierra ; cuando se va á efectuar una ó mas rogativas , para suplicar al Señor por la salud del Sumo Pontífice ó de nuestro Monarca ; ó se digne , si nos conviene , alejar la enfermedad contagiosa que tememos : que se sirva favorecernos con la lluvia necesaria en la sequía que experimentan nuestros campos : que extermine la plaga del pulgon , ó langosta , que inunda y corroe lastimosamente nuestras plantas : ó que contenga el brazo de su ira en la apedreada que indefectiblemente va á caer : en fin , cuando la campana hace señal para la celebracion del santo Rosario , ó cualquiera otra funcion religiosa que se celebre en la parroquia : porque la oracion pública y de muchos alcanza mas que la privada ó de uno solo ; reúne mas fuerza , y por lo mismo es mas eficaz. La oracion de muchos reunidos estrechados con el vínculo de la caridad , y encendidos en afectos de devocion , es tan imperiosa , que precisa á Dios á que nos conceda lo que le pedimos. Los soldados que constituyen un batallon son mas poderosos y temibles reunidos formando un cuerpo , que estando dispersos por la ciudad ó morando cada uno en sus respectivas casas. En un ataque que tengan , en una empresa que acometan contra el enemigo , alcanzarán mas ventajas juntos que diseminados á mucha distancia , el uno por aquí , el otro por allá. Si nosotros , los que vivimos en este... pueblo , contemplando una gracia sumamente benéfica á esta poblacion , intentáramos solicitarla de la autoridad suprema de la provincia , tendria mas fuerza para con ella el recurso de peticion si estaba suscrito con las firmas de todos los vecinos , que de uno solo. Mas alcanza de un rey la súplica de la nacion entera , que la de uno de sus ciudadanos. A san Pedro lo tenia preso el rey Herodes Agripa , y bien cargado de hierro en las cárceles de Jerusalem , con intencion de quitarle la vida bien pronto en un patíbulo ; pero la oracion de todos los fieles de aquella iglesia alcanzó de Dios el libertarlo de las prisiones. Los fieles de Corinto no igualaban en santidad al apóstol san Pablo ; sin embargo , la oracion de todos ellos le fue tan provechosa , que á ella atribuia su libertad y salud en medio de innumerables peligros y trabajos. Bien podemos decir , segun esto , que la oracion de muchas personas forma una escala por donde necesariamente , por decirlo así , bajan á la tierra las bendiciones del cielo. Todos los lugares pueden servirnos para emitir nuestras oraciones ; pero no en todos podemos orar bien , ni con tan ventajosas utilidades como en el templo en donde ruegan otros muchos que acaso sean mejores que nosotros , y el clamor de

ellos penetre mejor los oídos del Señor, y accediendo á sus fervientes ruegos, nos conceda á todos lo que deseamos.

Hagámoslo, pues, así, fieles míos: estrechados como nos vemos en este mundo por la suma miseria que nos acompaña, dirijamos nuestras oraciones al Todopoderoso con humildad, confianza y continuidad. Siendo como es la oración una conversación que tenemos con Dios ¹, grande debe ser nuestra atención; puesto que vamos á negociar con él cosas de la mayor entidad, cuales son las que conducen al bien de nuestra alma. Hagámosla con espíritu; esto es, que salga del corazón, por manera que no solo ore la boca, sino que dentro de nuestra alma esté encendido el afecto con que demos vida á nuestros ruegos. Procuremos sobre todo que al pedir lo conducente á nuestra salvación, detestemos el pecado si por desgracia nos hallamos en él; y formemos una resolución firme de jamás volver á cometerlo, desechando su afecto y cuanto desagrade al Señor. Procuremos el que entre nuestras palabras y obras no medie contradicción alguna; antes bien formando ambas un concierto armonioso, y llegando á los oídos de Dios, resuelva su bondad el darnos lo que en nuestras oraciones le pedimos, á fin de que como provechoso á nuestra salvación consigamos el don tan envidiable de la gracia, y con ella alcancemos la posesión de la bienaventuranza eterna. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es nuestro dolor, por tantas culpas con que le hemos ofendido en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los pies de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros más íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazón:

Dulcísimo Señor y Padre amantísimo de mi alma: veíame aquí en vuestra soberana presencia, objeto indigno de vuestro agrado, por tantos desvíos de vuestra ley en que he incurrido, por el desprecio formal de vuestra doctrina que he menospreciado, y por tantos y tan enormes pecados como he cometido. ¿Por qué, Señor, no me quitásteis la vida antes que os ofendiese? ¿Por qué después me la conservásteis, sabiendo que una, otra é innumerables veces os habia de volver á ofender? ¿Por qué me manteneis en esta vida que llevo, si veis á todas luces mi ninguna enmienda?

¡Ah mi dulce Señor! en vez de ser acreedor á vuestra soberana

¹ *Est precatio cum Deo conversatio et collocutio.* (Clem. Alex. lib. VII Strom.).

clemencia , merezco todo el rigor de vuestro brazo, el rayo de vuestra maldicion , y la infelicidad de la reprobacion eterna. La merezco , es verdad ; pero puesto que teneis comprometida vuestra palabra en perdonar como padre amoroso las rebeldías de los pecadores arrepentidos , me acojo al sagrado de vuestra indefectible palabra y al seguro asilo de vuestra soberana clemencia, llorando ahora todas las ofensas que hasta de aquí he cometido contra Vos , diciendo con el mayor quebranto de mi corazon , que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor ; misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de la gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

El esfuerzo con que debemos trabajar para adquirir la salvacion.

Venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se prestare Deo. (Joan. XVI, 2).

Llegará el tiempo, en que cualquiera que os dé la muerte, juzgará que hace un obsequio señalado á Dios.

Nada debe retraer al hombre de emprender el camino que guía al logro de su salvacion. Sabido por él, en fuerza del conocimiento que le suministra la ley divina, el fin para que fue criado, cuál sea la verdadera felicidad que alcanzará si llega á salvarse, y los medios de que se ha de valer para conseguir esta dicha, debe anhelar por su consecucion con tanta y mas ansia que aspira el afligido sediento por refrigerar su extremada sed. Nada debe detenerle en sus sendas, por mas que oiga voces moduladas con armonía, que lo llamen á disfrutar las delicias que el mundo ofrece; por mas que con la mayor astucia se le convide á participar de los mayores gustos que puedan satisfacer sus sentidos; por mas que el enemigo con sus malignas sugerencias le ofrezca dolosamente cuanto contiene el universo de rico, de vistoso y de grande: en fin, por mas fuerza con que se le ataque, por grandes amenazas que se le hagan, jamás, nunca debe dar crédito á invitaciones criminales, ni por intimidaciones desistir de la marcha emprendida para alcanzar una dichosa inmortalidad. Tan constante debe permanecer en el seguimiento de aquella ley en cuya observancia está cifrada su salvacion, y por una consecuencia legítima é inmediata el logro y la posesion de la bienaventuranza eterna, que no debe desistir aun cuando corriera el riesgo de perder la vida. A los Apóstoles les prenunció el Señor, segun dice el Evangelio (de hoy), lo mucho que habian de padecer en lo venidero, por anunciar su doctrina y seguir su santísima ley. Sufiríeis, les dijo, terribles persecuciones, os echarán de las sinagogas, y por último os quitarán la vida; y cuando esto hagan vues-

tros enemigos , aun creerán que rinden á Dios un obsequio señalado. Pero los Apóstoles , no obstante un prenuncio tan triste , permanecieron siempre firmes y constantes (menos el traidor Judas como sabeis) en su emprendida marcha , hasta rubricar con su sangre la profesion de su doctrina. Así llegaron á un grado muy heroico de santidad , y adquirieron en el cielo aquellas sillas de alta preferencia que les prometió Jesucristo, en que sentados habian de juzgar á las doce tribus de Israel. *Sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel* ¹.

¡ Oh , y qué ejemplo este tan digno de nuestra consideracion ! Segun esto , debemos mirar con el mayor desprecio los corrompidos placeres de la carne , las sugestiones dolosas del diablo y las vanas pompas del mundo, en cuyo goce no podemos mantenernos sin perder la salvacion. Miserable marcha es la de ciertos hombres carnales y terrenos que , embebidos siempre en la idea de adquirir bienes caducos y gozarse en ellos como el rico de que nos habla el evangelista san Lucas ² ; en andar tras el logro de placeres volúptuosos como las bestias, y en revolcarse como animales inmundos en el cieno de las cosas ilicitas, se exponen con un inminente riesgo, ó por mejor decir, pierden lo que mayormente les interesa que es su salvacion. Esta clase de hombres indignos , dice san Agustin ³, solo reputan por bienes los que únicamente les sirven en este mundo para llenar sus contentos terrenos : para esto se afanan viviendo con la mayor solicitud. Esta es , dijo el Sábio , toda su ocupacion ; toda su suerte : *Hæc est pars illius* ⁴. Pero el cristiano que conoce el alto aprecio que merece su propia salvacion , á ella dirige todas sus miras é invierte todos sus cuidados. Como no hay cosa que mayormente le interese , no aparta de ella los ojos de su entendimiento : en ella tiene clavado el corazon , fijos sus pensamientos y deseos. En ella piensa de dia y de noche ; y todo cuanto ejecuta quieto ó andando , sano ó enfermo , todo es con la tendencia de alcanzar su salvacion. Ved aquí , fieles mios , la marcha que nosotros debemos seguir sin desviarnos de ella jamás ; por ser nuestra salvacion la prenda mas estimable , la de mas valor , la mas importante. Por lo mismo, me ocuparé ahora en haceros ver *el esfuerzo con que debemos trabajar para adquirir la salvacion*. Siendo este un punto que tan de cerca nos toca á todos , bien seamos ricos ó pobres , eclesiásticos ó seglares , casados ó solteros , jóvenes ó ancianos , me prometo

¹ Matth. xix , 28. — ² Luc. xii. — ³ Lib. III de Civit. c. 1. — ⁴ Eccli. v, 17.

que al desenvolverlo con el favor de Dios, me prestaréis vuestra atencion.

Uno de los altos fines que se propuso el Omnipotente en la creacion del hombre, fue el que primero lo conociese, conociéndolo lo amase, y despues lo gozase en el cielo mediante el logro de su salvacion. Quienquiera que se ponga atentamente á considerar, hallará que para ello nos ha concedido una alma racional criada á su imagen y semejanza, que engarzó en nuestro cuerpo para que trabajando los dos concertadamente consiguiesen ambos su salvacion ; y á virtud de ella, primero el alma y despues el cuerpo quedasen habilitados para poder disfrutar de sus celestiales riquezas. Nos estableció en su Iglesia, ilustrándonos con la revelacion de sus adorables misterios, atribuyéndonos un derecho irrevocable á la felicidad que el cielo contiene, si creemos sin género de duda y practicamos los ordenamientos de su ley. Instituyó Sacramentos para que robusteciesen nuestra debilidad, medicinas que curasen nuestras dolencias, maestros que nos instruyesen en la enseñanza de la verdad y sacerdotes que nos reconciliasen con Dios. ¿Y con qué objeto os parece que nos dispensó y usó con nosotros de clemencia tan especial? Todo esto lo hizo con el fin de que nos agenciáramos y consiguiésemos nuestra salvacion. Os diré mas. ¿Qué es lo que al Hijo de Dios lo precisó á dejar el solio situado á la derecha de su eterno Padre, y venir al mundo á conversar con los hombres, instruirlos y hacer tanto por ellos, que rindiera su vida en holocausto? La salvacion de todos. Este ansioso deseo le hizo correr apresuradamente de tribunal en tribunal, de uno á otro juez, de una á otra pena y afliccion, para desempeñar en corto tiempo todos los oficios de su abrasado amor, que se anunciaron por espacio de cuatro mil años. Al verle dirigirse con ansiosa celeridad hácia Jerusalem, y en ella no descansar un momento hasta terminar en un todo cuanto en las sagradas Escrituras se habia dicho del Hijo del Hombre, si le preguntáramos por qué camina con tanta aceleracion hasta derramar su preciosísima sangre en un patíbulo tan afrentoso entonces, como antes era la horca entre nosotros y hoy dia lo es el garrote vil, nos dirá que el deseo de que el hombre se salve : este amoroso deseo es el que me fuerza con el ímpetu que llevan las aguas de un rápido torrente impelido por el espíritu del Señor ¹.

Admiremos, fieles míos (que bien son para admirar), unos ras-

¹ Isai. LIX, 19.

gos tan prodigiosos de beneficencia empleados para que nosotros consiguiésemos nuestra propia salvacion ; y alabemos á la vez la completa generalidad que abrazan , sin excluir á nadie ; comprendiendo á todos , hállese en la clase que se hallaren , sean de la condicion que fueren , y en el estado que hayan abrazado. Así es con efecto : veréis en el mundo diversidad de clases , de condiciones y estados : veréis monarcas y vasallos , ricos y pobres , caballeros y plebeyos , casados y célibes , eclesiásticos y seglares ; pero cuantos estados , condiciones y clases se reconocen en el universo , todas están creadas é instituidas por Dios en bien nuestro ; puesto que no hay clase , condicion ni estado en [que constituido el hombre carezca de los medios de salvarse , y en que no le corra esta obligacion , como precisa , como la mas importante , la de mas valía y de una necesidad absoluta , segun aquel oráculo salido de la boca de Nuestro Señor Jesucristo : *Porro unum est necessarium* ¹. Es verdad que no son unas mismas las sendas que todos hemos de cursar , para la consecucion de aquel interesante objeto ; pero aunque diferentes segun la varia condicion de estados y obligaciones , todas tienden á un término que es la salvacion de cada uno. Dios con su alta é impenetrable sabiduría trazó las líneas de esta variedad de sendas , que aunque tan diferentes , unas llanas y otras escabrosas , unas cortas y otras con algun rodeo , todas conducen á un punto que si los hombres no lo pierden de vista y lo saben apreciar como se merece , conseguirán su mayor bien , que es su salvacion. La Iglesia fue simbolizada en el paraíso terrenal. En aquel jardin de delicias plantó el Señor una multitud de plantas , á cuya variedad correspondia la de sus frutos ; aunque todos hermosos , todos saludables : *Faciens fructum juxta genus suum* ². A esta manera ha puesto el Señor en la Iglesia á los hombres en distintas condiciones y estados , para que dando frutos saludables , todos se salven ; puesto que han recibido su ser con este fin. ¿Quién , pues , no se dedicará con todas sus fuerzas á llenar aquel deber con la mayor escrupulosidad , sin que el mundo , la carne ni el demonio le detengan en su marcha ? Reparad atentamente para qué hemos sido criados , y veréis que el conocer , servir y amar á Dios en esta vida , y despues gozar de él en la otra , llenándonos de una felicidad tan cumplida que los ojos jamás vieron , ni los oidos oyeron , ni el corazon del hombre es capaz de comprenderla ³ , todo es en bien particular nuestro.

¹ Luc. x, 42. — ² Genes. i, 11. — ³ I Cor. ii, 9.

Es cierto que todo cuanto crió Dios en el universo, lo hizo en ostension de su poder y ornato de su majestad y grandeza : *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* ¹ ; pero tambien lo es que todo cuanto vemos y somos, no es capaz de aumentar á su divina Majestad un grado el mas pequeño de gloria. ¿Qué podrá añadir el hombre á la bondad y felicidad infinita de un Dios, por mas que le ame y le glorifique desde su nacimiento hasta su muerte? No depende de la conducta del hombre su existencia, su felicidad y abundancia. Su divino ser reúne todos los bienes ; y él es el centro y fuente inagotable de perfeccion y de virtud. ¿Qué le importará á Dios, decia Elifaz Temanites al santo Job, que tú seas justo? ¿Qué le darás por mas que seas inocente, y aunque tu vida sea inmaculada ²? Ordenándonos, pues, el Señor que le conozcamos, que le sirvamos y amemos dignamente, segun merece su soberana omnipotencia y su divina bondad, usando de las cosas del modo que corresponde, haciéndolas fructificar en relacion á él, todo esto lo quiere y ordena para bien privativo nuestro. El Apóstol sí dijo que nos predestinó para su gloria ; pero tambien añadió que esta gloria era toda nuestra ³. No : no necesita que le honremos y glorifiquemos el que dijo que no podia recibir honor alguno de los hombres ⁴. Juntas todas las criaturas con cuanto puedan estas hacer, nada podrán añadir á su felicidad y grandeza. En todo intentó el beneficio del hombre, y él debe secundar las intenciones del Ser supremo.

Nosotros no venimos á este mundo para hallar aquí el complemento de la dicha, sino solo para estar de viaje para la eternidad. Ninguno se contemple ser feliz en este mundo, sin vivir de modo que sus operaciones sean capaces de salvarlo, y á propósito para ir al cielo. ¿Con qué esfuerzo, pues, no debemos trabajar á fin de que nuestros pensamientos, palabras y obras sean perfectamente ajustadas, y en un todo conformes á la voluntad del Criador, ejecutando en todas nuestras acciones con fidelidad y obediencia sus sacrosantos ordenamientos y preceptos? Si efectuándolo así, logramos la dicha incomparable del logro de nuestra salvacion, hemos cumplido con el deber que Dios nos impone á todos, y hemos labrado nuestra felicidad coronando bien nuestra vida ⁵. ¿Quién podrá negar de que el Señor quiere que alcancemos todos el reino de Dios, y que esto depende de nuestra salvacion, como punto capital para nosotros que encargó expresamente á nuestra vigilancia, segun aquellas pala-

¹ Prov. xvi, 4. — ² Job, xxii, 3. — ³ I Cor. ii, 7. — ⁴ Joan. v, 41.

⁵ *Finem vero vitam æternam.* (Rom. vi, 22).

bras terminantes que salieron de su santísima boca : *Quærite primum regnum Dei* ¹, y que constituyéndonos en el mundo, y mayormente Hamándonos al Cristianismo, fió este cuidado á nuestra diligencia, encargándonos que para conseguir este dichoso logro, vivamos y llevemos siempre una vida agradable ante sus divinos ojos ²?

Si queremos, pues, salvarnos, ¿habrá alguno que no lo quiera? es preciso que cooperemos á mercedes tan señaladas y á una vocacion tan especial que Dios manifestó con nosotros; y por mas que sean muchas las dificultades, graves los inconvenientes é insuperables al parecer los obstáculos que se nos presenten para impedirnos el logro de un bien tan importante, como que para nosotros no hay ningun otro de mayor interés, que llame mas nuestra atencion, ni que pueda reportarnos mayores utilidades, y el que nos es tan necesario que sin él nada serémos, ¿qué digo? como sin él serémos infelices por toda una eternidad, privados para siempre de la vista y posesion de aquel bien sumo, que nos labraria una indecible dicha y una eterna fruicion de la gloria, nos es forzoso absolutamente dedicarnos con todo esfuerzo á superar cuantos impedimentos se nos ofrezcan, sean de la clase que fueren. Su necesario vencimiento exige de nuestra parte un empeño resuelto, decidido y eficaz para valer-nos de cuantos medios sean conducentes al intento. Al tratarse del logro de un bien que para nosotros no puede ser mas deseable, de un bien que encierra nuestra eterna felicidad, y que por lo mismo no hay ningun otro que nos sea mas ventajoso y necesario; á trueque, digo, del logro de nuestra salvacion, todos debemos corresponder puntual y ciegamente á la voluntad de Dios, orillar reparos, desatender inconvenientes, y allanar obstáculos por graves que se presenten á nuestra vista, así como lo hicieron los Reyes magos, viniendo desde el Oriente á Belen á adorar al niño Dios: debemos posponer y aun conculcar los respetos humanos como la Magdalena; despreciar dificultades como las devotas mujeres que caminaron al sepulcro; arrostrar con los temores como santo Tomás apóstol ³; y hasta arriesgarnos á perder la vida como san Pedro, cuando le decia á su divino Maestro: Señor, dispuesto estoy de todas veras á entrar en la prision con Vos si os encarcelan; y aun á morir en un cadalso si os tratan de matar ⁴. Jamás caiga de nuestra memoria aquel pre-

¹ Luc. xii, 31. — ² *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra.* (1 Thes. iv, 3). *Elegit nos....ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus.* (Ephes. i, 4). — ³ *Eamus et nos.* (Joan. xi, 16). — ⁴ *Domine, tecum paratus sum et in carcerem et in mortem ire.* (Luc. xxii, 33).

cepto de nuestro amado Redentor, de que debemos procurar á todo trance y con la mayor ansia y afan, no el bien que prontamente perece, sí el que para siempre nos pueda hacer bienaventurados: *Operamini, non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam* ¹. De otro modo seria preferir la voluntad propia á la de Dios, las tinieblas á la luz, la tierra al cielo, nuestra infeliz ruina á nuestra propia salvacion. A no ser así, seria lanzarse con un pleno conocimiento en el profundo lago de las desdichas; puesto que, menospreciando la salvacion y yendo por un camino que no la podeis alcanzar jamás, seria perder el alma y arrojarse con pleno conocimiento en la profundidad de los infiernos.

Esto es por lo que el Hijo de Dios, figurándonos la salvacion en una perla preciosa, nos advierte que para hallarla revolvamos toda la casa buscándola por todas partes, no cesando de poner cuantas diligencias estén á nuestro alcance hasta que lleguemos á encontrarla ². Esto es por lo que el Espíritu Santo nos encarga que seamos diligentes en obrar cuanto de bueno nos fuere posible en este mundo ³, con la mira de alcanzar la salvacion, echando mano de los medios con que podamos conseguirla, y removiendo los impedimentos que se nos presenten, á la manera de los que dice Esdras trabajaban en la fábrica ó reedificacion del templo, que con una mano se ocupaban en la obra, y teniendo la espada en la otra, se hallaban dispuestos para rebatir al enemigo si intentase molestarlos ⁴. A esto alude lo que Nuestro Señor Jesucristo nos dice en su Evangelio, que á toda costa separemos de nosotros cuanto tienda á impedirnos la salvacion, por mas que nos sea importante como lo son para el cuerpo los ojos, las manos y los piés ⁵. Para conseguir el bien tan precioso de la salvacion, es preciso huir de todas veras y evitar toda especie de pecado, corregir y renunciar para siempre los vicios y las malas costumbres, procurando conformar nuestra vida en cuanto alcancen nuestras fuerzas, y mediante los auxilios de la divina gracia con la de Nuestro Señor Jesucristo ⁶. Este apareció hecho hombre entre los hombres, para enseñarnos que dejada la impiedad con los deseos malos del siglo, vivamos sóbria, justa y piadosamente en este mundo ⁷. Es decir, que para salvarnos nos es indispensable la pureza de conciencia por la fuga del pecado, y además la santidad de la vida por la práctica de las virtudes. Segun esto, todo cristiano debe ser hu-

¹ Joan. vi, 27. — ² Matth. xiii, 45; Luc. xv, 8. — ³ Eccles. ix, 10.

⁴ II Esdr. iv, 17. — ⁵ Matth. xviii, 8, 9. — ⁶ Ephes. iv, 22. — ⁷ Tit. i 11, 12.

milde, casto, paciente, mortificado, caritativo, manso, obediente, despreciador de lo terreno, buscando verdaderamente á Dios en todas las cosas, prefiriendo su gloria á todo lo demás; así logrará su salvacion y su eterna felicidad. Dios no nos sacó de la nada y nos trajo á morar en este mundo para vivir en la inmundicia de los vicios, sino para atender á nuestra santificacion, como dice san Pablo: *Non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem* ¹.

Aquí no puedo menos de reclamar muy principalmente vuestra atencion. ¿Dónde está, fieles mios, la cordura en tantos cristianos como vemos, que posponiendo el consejo de san Pedro, quien dice que el que quiera hacer cierta su salvacion la acompañe con buenas obras ², léjos de eso, las hacen malas perdiendo la divina gracia, menospreciando los beneficios y proporciones que Dios les dispensa? En prueba de ello y por lo que á vosotros toca, ¿es mirar por la salvacion el desobedecer los mandatos del Señor, y seguir con gusto máximas diversas y aun contrarias á las que él propone? No es por cierto mirar por ella con interés cuando seguíis siempre sin refrenar vuestras pasiones, y sin poner coto á vuestras demasías y malas costumbres. El echar frecuentemente maldiciones y blasfemias con escándalo de los oidos timoratos y con transgresion formal de lo que Dios prohíbe en su santísima ley, ¿es mirar por la salvacion? ¿Lo es por ventura el despreciar el precepto del ayuno y abstinencia de carnes, cuando lo ordena la Iglesia, trabajar si hay quehacer los dias de fiesta, vivir siempre con el rencor en el corazon, odiando á aquella persona que os motivó un agravio, vivir enemistados hasta con los hermanos y los padres, sin pensamiento el mas mínimo de reconciliarse con ellos? ¿Lo será acaso el no procurar dar buena educacion á los hijos, el no corregirlos y castigarlos cuando se sabe que han proferido palabras malas? ¿Es mirar por la salvacion el seguir con la comunicacion escandalosa, con la enredada amistad, con el trato torpe de mujeres ajenas, sin rubor y aun haciendo alarde de ello como si fuera lo mas decoroso, lo mas lícito y santo? No, fieles mios, no: mientras la... parroquia no presente otro semblante, mientras no haya una enmienda visible en la perpetracion de semejantes pecados, no me podréis persuadir de que mirais con interés por vuestra salvacion. No os admireis de la entereza con que me explico, os diré con san Bernardo, porque la verdad á nadie adula ³.

¹ I Thes. iv, 7. — ² II Petr. i, 10.

³ *Non miremini fratres, si durius loqui videor, quia veritas neminem palpat.* (Bern. serm. III dedic.).

¿Por qué no abris los ojos de la fe, ó cuando menos los de la razon para advertir el error de vuestra conducta sobre la importancia de vuestra salvacion? ¿Fuera creible, si no se viera, que muchos de vosotros á imitacion de tantos malos cristianos vivais olvidados del mayor bien que es vuestra salvacion, cifrando todos vuestros cuidados y desvelos con la mas deplorable ceguedad, en vuestras casas, en vuestras tierras, encerrado vuestro corazon donde teneis guardado algun dinero, cuando todo esto forzosamente lo teneis que dejar muy presto? ¿Qué error es este tan craso y tan deplorable que alucina á tantos de vosotros, de tal suerte, que en vez de dirigir vuestros pasos, vuestra atencion y anhelo por lo que mas os interesa, que es el logro de vuestra eterna dicha, vivis afanados invirtiendo toda vuestra solicitud y trabajo en el esmero y contentos satisfactorios del cuerpo, que es solo ceniza y polvo, y que bien pronto ha de ser hollado y confundido en el cementerio; ocupados incesantemente, mejor diré embebidos con todos vuestros sentidos y potencias en acopiar temporalidades, en engrandecer vuestra temporal fortuna, cifrando en ella vuestra felicidad? ¡Ay qué equivocacion esta, fieles mios! Este engrandecimiento puede proporcionaros (no os lo quiero negar) una estabilidad que os constituya en posicion ventajosa para pasarlo sin que necesiteis el favor ajeno; pero ¿y qué? ¿con esto está conseguido todo? ¡Ah, si solo hubiérais recibido el ser que teneis para vivir en la tierra; si en este mundo terminara definitivamente vuestra carrera; si acaecida vuestra muerte no tuviéseis mas que esperar ni que temer, entonces podiais entregaros de lleno á lo que con tanto afan buskais y apeteceis ahora, con un entero olvido de la salvacion que es lo que mas os importa! Pero ¡ay! que teneis que tender la vista mas adelante. Sabeis que hay gloria para los buenos é infierno para los malos: que uno de estos dos destinos os tiene que caber infaliblemente segun bayais vivido, obrado y muerto. Si acertadamente (alegraos, almas justas), si acertadamente no perdeis de vista uno de aquellos puntos á que caminamos todos desde el principio de la vida hasta el fin de ella, y procurais dirigir vuestros pensamientos, palabras y obras, y ajustarlas á las reglas que os marca el santo Evangelio, labraréis indefectiblemente vuestra salvacion, y á esta seguirá sin demora el ver á Dios en el cielo cara á cara; pero si ofuscado vuestro entendimiento (temblad, pecadores); pero si ofuscado vuestro entendimiento cifrais vuestros ardientes conatos, refundís vuestras únicas miras y dirigís solo vuestras operaciones á lo que satisface al cuerpo, á lo que brilla en el

siglo y á lo que nada conduce para vuestra salvacion , perderéis esta, y seréis infelices y condenados por los siglos de los siglos.

Siendo esto así, fieles mios, ¿en qué pensais? ¿cómo no temeis caer en el profundo abismo del infierno? Y ya que no os vayais á vivir á las cuevas de los montes como lo hicieron los Pablos, los Antonios, los Macarios y Jerónimos para pensar mejor en su salvacion, por lo menos ¿cómo no abrazais la mortificacion y la penitencia, detestando las culpas con el mayor sentimiento, confesándolas con un torrente de lágrimas á los piés de un confesor, aborreciéndolas para siempre con un eficaz y verdadero propósito de no volver jamás á cometerlas, para asegurar así vuestra salvacion? En vuestras manos teneis la vida y la muerte, el bien y el mal, el salvaros ó condenaros ¹. Si os portais como debeis, contad de seguro con el reino de Dios, el cual se halla igualmente dentro de vosotros mismos, segun la adorable palabra de Jesucristo : *Regnum Dei intra vos est* ²; como si dijera, dependiente de vuestros deseos y acciones. Sed, pues, fieles á Dios; que si lo sois, podeis reputar vuestra salvacion como cierta, y tambien el logro del reino celestial. Basta : basta ya de adormecimiento en una vida depravada : odiemos de todas veras el pecado : amemos y ejercitemos hasta la muerte todo género de virtudes : finando así nuestra vida lograremos la salvacion ; y á esta seguirá indefectiblemente un gozo eterno en las moradas felices de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora el profundo dolor que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros más íntimos sentimientos, y digámosle cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor, mi Salvador y mi Dios : cuando me detengo en contemplar aquella bondad infinita con que amais á todas las criaturas, y sobre todo aquel amor inefable que siempre me habeis tenido á mí, quedo abismado y confundido comparando mi ingratitude para con Vos. Vos llamándome con amor, y yo resistiéndoo con desprecio. Vos convidándome con vuestra gracia, y yo ciego en el pecado. Vos esperándome con paciencia, y yo menospreciando vuestra amable compañía.

¡Ah mi amable Redentor! ¿y qué contento puede haber donde

¹ Eccli. xv, 18. — ² Luc. xxi, 12.

Vos no estais? ¿Puedo yo continuar en un estado tan miserable sin dirigirme á Vos, centro de todas las delicias? No : puesto que me habeis amado cuando yo os despreciaba ; confundido de una villanía tal , me acompaña el deseo de ser ya todo vuestro, y de abrasarme en vuestro amor. Entregaos á un corazon que os busca , ya que os dísteis á quien no os conocia. ¿Y no admitiréis, dulce Jesús, á un pecador que se dirige y vuelve á Vos de todas veras? ¿Me repudiareis cuando me anima una sincera conversion, y una detestacion absoluta de todas mis iniquidades? No : no cabe esto en vuestra misericordia. Por lo tanto asiéndome de esta áncora de mi salvacion , detesto todas mis culpas, las abomino para siempre, diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE PENTECOSTES.

Predicacion evangelica hecha por los Apóstoles, y de la conversion del mundo todo.

*Paraclitus autem Spiritus Sanctus quem mittet
Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia.
(Joan. xiv, 26).*

Empero el Espíritu Consolador, á quien enviará el Padre en mi nombre, ese os enseñará todas las cosas.

Aquella ley adorable que el Hijo de Dios aportó al mundo, no solo para enseñar á los hombres cumplidamente sus deberes, sino para inspirarles su amor, aquella ley que dijo el Señor por el profeta Jeremías, que ocupando el lugar de una nueva alianza imprimiria en nuestras almas, siendo el Señor nuestro Dios, y nosotros constituyendo su pueblo ¹: aquella promesa que nos garantizó por su profeta Ezequiel, de darnos una agua pura para purificarnos de nuestras inmundicias, y estampar en nuestro interior un espíritu nuevo ²; aquella ley santísima que como dice san Pablo seria escrita, no con tinta sino por el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra como la que en otro tiempo dió al pueblo de Israel por medio de Moisés, sino grabada en los corazones ³; esta ley toda divina es la que vemos hoy brillar en el mundo de un modo el mas esplendoroso, segun lo prometido por Dios.

El Hijo del eterno Padre, no obstante que se dejó ver en la tierra resplandeciendo en él visiblemente los rayos de su divinidad; aunque su vida estuvo toda tejida de un catálogo de numerosos prodigios; aunque á la edad de los doce años ya confunde en el templo á los mas famosos doctores que habia en Jerusalem, con la prudencia y sabiduría de sus preguntas y respuestas ⁴; aunque sus palabras y sentencias llenaban de admiracion á todos ⁵; aunque cuando se po-

¹ Jerem. xxxi, 33. — ² Ezech. xxxvi, 25, 26. — ³ II Cor. i, 22.

⁴ Luc. ii, 47. — ⁵ Luc. iv, 32.

nia á predicar, corrian las gentes atropelladamente en numerosos concursos para oír sus sermones ¹; en fin, aunque erigiendo en la tierra cátedra de su celestial doctrina, no obstante que la predica con frecuencia y la enseña con amor, sirviéndose de palabras dulces, explicando sus misterios y preceptos con suavidad, sin embargo tenia prenunciado que esta ley santísima no llegaría al apogeo de su natural grandeza hasta que viniese el Espíritu Santo, que procuraría, les dijo á los Apóstoles, enviárseles de acuerdo con el eterno Padre, cuyo Espíritu les instruiría de lleno, como dice el Evangelio (de este día), y corroboraría en un todo cuanto le tenían oído.

Con efecto: á los cincuenta días de resucitado y á los diez que hacia habia subido á los cielos, en un día muy solemne que celebraban los judíos llamado de Pentecostes, fiesta muy concurrida en Jerusalem de naturales y extranjeros, hé aquí que se cumple la promesa del Salvador. Hallándose los Apóstoles en compañía de la santísima Virgen cerrados en una casa, ocupados de continuo en orar, á la hora de las nueve de la mañana se oyó de repente un ruido estrepitoso, como producido de un viento muy fuerte que bajaba del cielo, y se aparecieron unas como lenguas de fuego, que dividiéndose en tantas cuantas eran las personas que allí habia, se pararon en cada una de ellas; y esta fue la ocasion y el modo como se les comunicó el Espíritu Santo; quedando llenos de sus dones, de sus frutos y de tal abundancia de gracias, que encendidos sus corazones con el ardor de este divino fuego, ya no podian mantenerse cerrados y silenciosos como lo habian estado hasta de allí: una fuerza oculta pero imperiosa é irresistible los precisa salir de aquella casa para predicar públicamente á Jesucristo. Instruidos de lleno por virtud del Espíritu divino, santificados y recibida una fortaleza superior á cuantos peligros se les puedan ofrecer, ya es un local muy reducido el cenáculo donde moraban, para contener su celo: su ardimiento los precisa á abrir las puertas de aquella casa, á presentarse en las calles y plazas de Jerusalem, deseosos de manifestar no solo á la Palestina sino al mundo todo las verdades que el Espíritu Santo les habia comunicado, y abrasar á todos los vivientes del universo en el mismo fuego que á ellos los consumia. Empiezan, pues, á anunciar el Evangelio, y en breve tiempo cristianizan á todo el mundo. Admirad, fieles míos, la obra del Espíritu Santo, y tambien la tan general transformacion ocurrida en todos los

¹ Luc. viii, 4.

habitantes del globo. Reputo, pues, por muy debido el hablaros hoy de esta *predicacion evangélica hecha por los Apóstoles, y de la conversion del mundo todo*. Mientras os hablo de un punto como este, tan gustoso é interesante, y que para su desempeño interpelo el favor de Dios, estad atentos.

Del tiempo en que los Apóstoles empezaron á publicar el Evangelio, creo poder decir lo mismo que dijo Moisés para manifestar las depravadas costumbres que reinaban en el mundo, cuando Dios anegó con el diluvio á todos sus moradores, excepto la familia de Noé: que todas las personas habian corrompido torpemente sus caminos: *Omnis quippe caro corruperat viam suam*¹. Las naciones que entonces habitaban la tierra se hallaban divididas en dos pueblos solos, que eran el judío y el gentil. El pueblo judaico tenia límites muy estrechos, pues se hallaba reducido á la Palestina. El gentil se hallaba extendido por todo el universo, de manera que comparada aquella con este, se reputaba como nada. El pueblo judío esperaba vanamente á su Dios en el Mesías por quien ansiaba, y que lejos de reconocer como tal á Jesucristo, se habia ensañado contra él, dándole la muerte en el cadalso de la cruz, suplicio dispuesto en sus leyes para los facinerosos. El gentil reconocia tantos dioses, cuantos eran los objetos á quienes divinizaba su acalorada imaginacion. ¿Cómo es posible enumerar las vergonzosas ceremonias de las divinidades á quienes los gentiles veneraban, y describir sus nefandos misterios? Sus impuros amores, sus execrables crueldades, sus celos y un cúmulo de horrorosos excesos, era el asunto de las fiestas que se designaban en su obsequio, de los sacrificios que les tributaban en su honor, de los cánticos que recitaban en su alabanza, y de las pinturas con que decoraban sus templos: de tal suerte, que los desvaríos, los excesos, el desórden de las pasiones, y un total desarreglo de costumbres; en una palabra, los vicios en toda su generalidad se hallaban canonizados, y se creian de necesidad para tributar un culto agradable y digno de aquellas falsas divinidades. Ellas mismas se vendian como protectoras del deleite impuro y patrocinadoras del abominable adulterio; proponiéndose además como ejemplar de semejantes horrores, para que los que las imitasen recibiesen algun dia la recompensa de sus torpezas.

¿Qué esfuerzo, pues, no era menester para vencer la ceguedad del pueblo judaico y arrancar del gentílico un cúmulo tan numeroso

¹ Genes. vi, 12.

de abominaciones? ¿Quiénes tomarán á empeño el disipar aquella obstinacion tan terca de los judíos, y desvanecer la conducta tan infame de los gentiles? ¿Quiénes serán los obreros destinados por Dios para un género de trabajo tan arduo, y plantar en el vasto campo del mundo una religion nueva, contrapuesta á las miras y crímenes de uno y otro pueblo? ¿Quién no creyera que para una obra como esta, la mayor que se ha visto ni se ha de ver en el universo, no enviara el Señor sus Ángeles, sublimes inteligencias que beben la doctrina del cielo en la pura fuente de Dios, para sacar á los hombres de sus errores, instruirlos y convencerlos de lleno; y en el caso de resistencia, arruinarlos con la fuerza que el brazo del Señor les comunica? Pues no, señores. Los elegidos para esta empresa, quiso Jesucristo que fuesen aquellos mismos discípulos suyos que instruyó algun tiempo en su escuela, y que habia arrancado de la orilla del mar del ejercicio de pescadores que desempeñaban. Estos fueron los Apóstoles, hombres rústicos, despreciables en la reputacion del mundo, pobres, ignorantes y sin valimiento terreno. A estos hombres sin talento, sin poder, sin riquezas y sin autoridad, elige para enmudecer á los doctores de la ley judáica, para humillar la soberbia de los filósofos, anonadar la sabiduría de los griegos, abatir la fuerza de los romanos, triunfar de la ferocidad de los bárbaros, y desvanecer la supersticion de los pueblos. Ved aquí á quienes eligió, para que enseñasen á los prudentes del mundo que toda su prudencia era locura; para convencer á los que eran tenidos como sábios, que toda su ciencia no era mas que una grosera ignorancia, y para persuadir á los pueblos fascinados por tantos siglos en la lóbreguez de oscuras tinieblas, que era ya tiempo de que abriesen los ojos de su razon á la luz verdadera y brillante del Evangelio que les traian.

Si Jesucristo, para realizar el proyecto de una obra tan ardua como establecer el Evangelio en la tierra, hubiera echado mano para operarios de esta empresa, de políticos los mas sábios, de los ingenios mas sublimes, de los filósofos mas instruidos, de los oradores mas elocuentes, de los sábios de Atenas, de los doctores de Israel, de la fuerza de los emperadores romanos, ó de conquistadores acreditados como famosos en el mundo, con tales medios se podria considerar su Religion como obra de hombres. Era preciso testimoniar que era divina; y por lo tanto se sirvió de unos hombres de la baja plebe, estúpidos, sin educacion, sin dineros y sin crédito. A estos autoriza con la fuerza de su vigoroso brazo, les comunica el don de

lenguas, de milagros, la infabilidad personal y una santidad completa: les infunde una sabiduría divina, y los llena de su espíritu para que se presenten á la frente de todo el mundo, convengan á los mas hábiles políticos de falsedad y falacia, anonaden todo el poder humano, aniquilen los esfuerzos de los grandes, resistan á los Reyes y Emperadores, triunfen de todo el furor de los tiranos, arruinen por todas partes el error, resistan á todos los estragos de la culpa, publiquen el nombre de Jesús desde donde nace el sol hasta donde se pone, lo hagan reconocer y adorar como Hijo de Dios y Redentor de los hombres, y enarboleden el estandarte de la cruz sobre el orgullo del Judaismo y el poderío colosal de la idolatría.

Con efecto: los Apóstoles, estos hombres impregnados antes de ideas bajas y terrenas, tan groseros, ignorantes, débiles y tímidos en otro tiempo, son ya todo espirituales, y manifiestan ahora un valor y energía que espanta á sus contrarios. Transformados repentinamente en otros hombres, llenos de sabiduría y ardimiento, predicán á los judíos en medio de Jerusalem. Se convierten tres mil personas en el primer sermón que les predica san Pedro, y cinco mil en el segundo. Obligados á comparecer ante aquel mismo Consejo que poco hacia habia condenado á muerte al Redentor, no vacilan en decirle que aquel mismo Jesús que habian crucificado, habia resucitado glorioso y subido triunfante á los cielos; y que ninguno podia conseguir su salvación respectiva, sino por la fe en su nombre. Aquí viérais, fieles míos, llenos de un susto espantoso á todos los consejeros de la nación y al sumo sacerdote: y á la manera de aquellos moribundos que antes de espirar hacen unos esfuerzos extraordinarios, precursores de su próximo fallecimiento, el sumo sacerdote y los consejeros, alimentados de una pequeña esperanza de poderse sostener, mezclada de un terror pánico que les acompaña de sucumbir bajo el peso del saber y valentía de aquellos hombres, les intiman el silencio. Señores (les contestan los Apóstoles): ¿en qué política cabe el prestarse al obediencia del inferior, y desatender en el propio ramo las órdenes del superior? Cuando Dios manda una cosa y el Consejo ordena otra en contrario, ¿cuál de ellas se ha de ejecutar? ¿A quién se ha de obedecer mejor, á Dios ó á los hombres? Nos parece que á la alta consideración del Consejo no se le puede ocultar que es mas justo obedecer al Criador que á las criaturas: y ved aquí la razón poderosísima que nos precisa á desatender vuestras órdenes, en el silencio que nos imponéis: cuando el Señor infundiéndonos el Espíritu divino no solo nos manda, sino

que imperiosamente nos fuerza á hablar ¹. Los amenazan, los prenden, los azotan con varas; pero estos castigos no sirven mas que para enajenarlos de alegría, por haberlos contemplado dignos de padecer oprobios por Jesucristo. No sirven mas que para enardecerlos y aumentar su fervor, el que despues de haber desplegado en Jerusalem, hicieron seguidamente brillar por toda la Judea y Samaria.

Vedlos á muy luego como tienden sus miras por el mundo todo. Como se lo dividen entre ellos. San Pedro parte para los remotos climas del Ponto, Galacia, Capadocia, Egipto, Bitinia y Roma. Felipe para la Frigia. Bartolomé para la Armenia, Persia y Albania. Los Simones y Matías para la Mauritania y la Libia. Los Marcos y Mateos para los abrasados arenales del África. Tomás para el dilatado país de la India. Santiago el Mayor para nuestra España. En fin, señores, por decirlo de una vez, cada apóstol se encarga de una parte muy considerable del mundo para conquistarla, predicando en ella la religion del Crucificado, y atraer á su profesion y culto á todos sus habitantes. En ella cada cual hace resonar su voz, ejerce sus altas funciones: y por este medio llega á noticia de todo el universo el conocimiento del Evangelio, y se declaran profesores de él todos sus moradores. Por eso san Pablo escribiendo á los romanos decia, aplicando á los Apóstoles estas palabras del Salmista: «Su voz se hizo oír en toda la tierra, y su palabra penetró hasta los extremos del mundo ².» Él mismo decia á los colosenses que el Evangelio fructificaba y crecia en todo el universo; y que su anuncio habia sido tan general, que habia llegado á noticia de cuantas criaturas estaban debajo del cielo ³.

¿Quién creyera, fieles míos, que á la voz de estos pregoneros evangélicos, los moradores de todas las naciones habian de abandonar sus errores y menospreciar las leyes en que estaba cimentado su gobierno, porque unos hombres extranjeros que nada suponian ni aun aparentaban las combatiesen, predicando una ley nueva, humillante para el entendimiento, repugnante al corazón, en unos países donde reinaba el vicio por costumbre, se hallaba arraigado por la continuacion, fortificado con el ejemplo, apoyado por las leyes y autorizado por su propia religion? ¿Quién pudiera imaginar que habian de establecer y radicar hondamente la doctrina que enseña el Evangelio, la que léjos de favorecer ninguna de las pasiones

¹ Act. iv, 19. — ² Rom. x, 18. — ³ Colos. i, 6, 23.

é inclinaciones del hombre, mas bien las contradice todas y las impugna al descubierto? ¿Cómo suponer que unos pobres pescadores habian de tener poderío para atraer á todos los príncipes y naciones de la tierra á que rindieran sus adoraciones á quien le habian quitado la vida en el suplicio vergonzoso de la cruz? Seguramente que estos hombres, sin mas fuerzas que las humanas, no hubieran adelantado un paso en esta empresa; pero llevaban consigo la virtud irresistible del Omnipotente, y con ella todo lo allanaban, todo lo vencian. Nada tenian á su favor de lo que en el mundo asegura el éxito de las empresas humanas; pero con la virtud divina disiparon las preocupaciones del entendimiento, superaron las pasiones del corazon, desvirtuaron la fuerza de las costumbres, y triunfaron de la autoridad del ejemplo político de los Gobiernos. Con la virtud divina, unos hombres sin principios de ilustracion enseñaron á los sábios; siendo hombres débiles vencieron á los poderosos; atrajeron á la multitud combatiendo sus vicios; ganaron discípulos, prometiéndoles sufrimientos, desprecios, oprobios y la muerte: destruyeron á todos los dioses del Olimpo, para hacer adorar en su lugar á Jesucristo clavado en una cruz como un malhechor y el mas vil de los esclavos. En fin, pudieron conseguir que triunfara de lleno la locura de la cruz de todo el universo.

La virtud divina se dejaba ver en tales hombres de un modo tan visible y portentoso, que cautivaban los entendimientos y rendian las voluntades. Apenas bajó el Espíritu Santo sobre ellos estando en el cenáculo, cuando saliendo de allí inflamados en un fuego divino, empezaron como os he dicho á predicar en la populosa ciudad de Jerusalem. Con motivo de celebrarse en aquel dia la fiesta de Pentecostes, habia una afluencia numerosísima de extranjeros. Allí habia partos, medos, elamitas ó persas. Habia habitantes de la Mesopotamia, la Judea, Capadocia, el Ponto y la Asia. Habia naturales de la Frigia, la Panfilia, el Egipto, la Libia, que estaba cerca de Cirene. Habia, en fin, romanos, prosélitos, cretenses y árabes¹; gentes todas estas de provincias, reinos y naciones diversas, y por consiguiente de diferentes idiomas ó que tenian su lengua particular. Esto no obstante, predicando los Apóstoles en el idioma de su país, todas estas gentes los entendian como si á cada uno les predicasen en su lengua respectiva. ¿No era esto de admirar? ¿No era capaz de atraerlos con una fuerza secreta interior, pero imperiosa é

¹ Act. II.

irresistible, á abrazar la doctrina que predicaban, cuando constándoles con toda certeza que eran hombres sin letras, y á pesar de esto formaban unos discursos los mas lógicos, concluyentes y poderosos con la circunstancia de hacerse inteligibles á todos? De aquí le podeis inferir.

Si aquí entre nosotros conociéramos un hombre estúpido desde su nacimiento, ignorante, enteramente idiota, y de la noche á la mañana le viéramos razonar, discurrir y predicar repentinamente con desembarazo, sin temor, con imperio y majestad, y con el mejor orden; y si á esto se agregaba el que aquí hubiera concurrencia de extranjeros, franceses, italianos, ingleses, polacos, rusos, alemanes, sajones, holandeses, indios, etc., y cada uno de estos, sin saber otra lengua que la de su país, entendiera perfectamente al hombre que predicara en nuestro idioma, ¿no quedarían ellos y nosotros pasmados de admiración? ¿No reconoceríamos en él señales inequívocas de que el Señor hablaba por su boca? Claro es, porque sabemos que esto no puede hacerse de un modo natural ni aun artificioso. Por consiguiente, mucha fuerza nos harían las razones de aquel hombre para obedecerle en lo que nos mandara y hacer lo que nos dijera. Ved aquí el distintivo de la predicación de los Apóstoles.

A estas señales tan claras de que aquellos hombres eran ilustrados del cielo, les acompañaba la de hacer milagros. Ellos lo manifestaron en la curación repentina de muchos cojos y tullidos; ellos restituían la vista á muchos ciegos, el habla á los mudos, y llegaron hasta resucitar algunos muertos: milagros todos portentosos, públicos, notorios y evidentes, que hicieron no con aplicación de medicinas ignoradas ó nuevamente descubiertas, si es que con sola la invocación del nombre de Jesús, y á las veces con sola la sombra de sus personas ¹, ó con solo tocar la ropa ó pañuelos de su uso ²; de tal suerte, que admirados todos de prodigios tan asombrosos y nunca vistos ni oídos, decían como los vecinos de la ciudad de Lистра en Licaonia, «los dioses han venido á nosotros, bajo forma de «hombres ³;» empeñados en tributarles un culto divino, si los Apóstoles mismos no se hubieran opuesto á ello con el mayor tesón. Milagros que al propio tiempo que admiraban á los entendimientos de las gentes, conquistaban las voluntades. Milagros que á la vez eran maravillas y beneficios; porque no solo manifestaban su poder que

¹ Act. v, 15. — ² Id. xix, 12. — ³ Id. xiv, 10.

habian recibido del cielo, sí es que lo empleaban siempre en bien de las personas, y de aquí se seguia el triunfo de los corazones. Si un hombre fuese tan poderoso, que le viéramos trasladar un monte de un paraje á otro con sola una palabra; abrir y hacer pequeños trozos á un grandísimo peñasco con sola una voz; si le viéramos detener las aguas de un rio á solo su mandato, derribar una torre con un soplo, ó echar por tierra una gran barriada de casas con solo darles un empuellon con la mano, creeríamos su poder, sí, y aun le temeríamos; mas no se captaria por estos hechos extraordinarios, no obstante ser tan sorprendentes, el amor tierno y afectuoso de todos. Empero suponed que entrando este hombre en un pueblo ó en una ciudad, confriese la salud repentinamente á cuantos enfermos se hallasen postrados en la cama, muchos de ellos desahuciados ya por los físicos, y muy próximos á morir; si diese vista á los ciegos, el uso libre de sus miembros á todos los paralíticos, ó resucitase á algun muerto que hubiera fallecido ó sido enterrado dos ó tres dias antes de llegar él á aquel punto; ¿con qué inclinacion, con qué afecto cordial no le mirarian todos sus vecinos á aquel hombre? ¿Qué muestras de benevolencia, de amor, cordialidad y rendimiento no le tributarian? Así, pues, se portaban los Apóstoles, y así les correspondian los moradores de los pueblos, de las villas y ciudades: por ello arrebataron la atencion universal; y el mundo todo se prosternó á sus piés, se sujetó á sus órdenes, y abrazó con gusto la doctrina evangélica anunciada por ellos: formando para siempre de los habitantes de todas las ciudades, de todas las villas y de todos los pueblos del mundo, una congregacion de hombres unidos entre sí por la adoracion de un mismo Dios, por la profesion de una misma é idéntica doctrina, por la participacion de unos mismos Sacramentos, por la oblacion de un mismo sacrificio, con rendida sumision á ellos como á sus legítimos pastores, y principalmente á san Pedro, como cabeza del Apostolado: y despues de la muerte de aquellos y de este, sometidos á los ilustrísimos señores Obispos, como sucesores que son de los Apóstoles; y principalmente del romano Pontífice, sucesor de san Pedro, y vicario de Jesucristo en la tierra.

Abramos aquí todos, fieles míos, los ojos de nuestra consideracion. Por un privilegio especial que Dios nos ha concedido, vosotros y yo hemos sido llamados al conocimiento y profesion de esta ley evangélica que Jesús aportó del cielo, y preconizaron los Apóstoles en toda la extension del orbe. Como instruidos bien en ella desde la niñez, sabemos y nunca debemos olvidar que contiene verdades

dogmáticas que creer y mandamientos tambien que cumplir. Que no nos basta solo la fe, para conseguir la eterna salvacion que tiene garantida á los que profesen la doctrina del Evangelio, sino que es necesario además el hacer buenas obras. Sin estas seria malograr el beneficio incomparable que Dios nos hizo, de que tuviéramos conocimiento de su santísima ley, con el fin de que consiguiéramos el cielo. Por esto san Juan, para discernir si los primeros cristianos eran fieles verdaderos, les decia que acreditasen la doctrina que profesaban, con el cumplimiento de las buenas obras que les ordenaba Jesucristo. ¿De qué modo acreditarémos que somos buenos cristianos, les decia este Apóstol amoroso, sino observando bien los mandamientos del Señor ¹? Nosotros somos hijos de Dios ²; y por lo tanto, nunca debemos degenerar de filiacion tan divina. No seamos de aquellos, de quienes dice san Pablo que con la boca confiesan conocer á Dios, pero le niegan con las obras ³. Manifestemos con nuestra conducta que somos seguidores y profesores verdaderos de esta ley santísima en todas sus partes. Consideremos nuestros pasados caminos, y al deprender que los mas fueron errados, volvamos nuestros pasos, como David, al cumplimiento de esta divina ley ⁴. Brille en nosotros una caridad ardiente y sincera, por la que odiamos todo lo malo y cuanto nos pueda inducir á pecar. Apliquémonos á ejecutar todo lo bueno, y á desempeñar con exactitud las obligaciones de nuestro respectivo estado. Tengamos un amor tierno á nuestros prójimos, viviendo con todos unida y concordemente. En fin, hagamos resaltar nuestro celo en todo lo relativo á la mayor gloria de Dios, que este nos premiará algun dia con los magníficos dones de la bienaventuranza eterna. Amen.

Y para manifestar ahora cuán pesarosos estamos por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: el espíritu y aun la letra de vuestra santísima ley es el que todos sus seguidores aborrezcan todo lo malo y practiquen todo lo bueno. Y ¿cómo sabiendo esto, no tengo de cristiano mas que el nombre, no practicando las virtudes, si es que alimentándome con el contento de gustos criminales, hallándome revolcado en los vicios?

¹ I Joan. v, 3. — ² I Joan. iii, 2. — ³ Tit. i, 16. — ⁴ Psalm. cxviii, 59.

¡ Ah , mi amable Redentor ! en qué poca diferencia he tenido hasta de aquí la virtud y el vicio , la gracia y el pecado ! Pero ¿ qué digo ? ¡ Oh monstruosidad la mia la mas horrenda ! ¡ oh insensatez la mas deplorable ! he diferenciado sí la virtud y la gracia , el vicio y el pecado , pero ha sido para apreciar á estos y desestimar aquellas . Siendo verdad esto como lo es , ¿ dónde , Jesús mio , estaba mi entendimiento ? ¡ Ah razon pervertida ! ¡ oh talento trastornado ! ¿ Cómo acertaré á reparar este desórden continuo de mi vida pasada ? ¡ Ay mi Dios ! reclamaré ahora humildemente vuestra misericordia , para que ella renueve este mi corazon . Ojalá acertare á pedirla de modo que mis clamores penetrasen vuestras entrañas paternas ; y bien convencido de que para conseguir este favor es forzosa antes una sincera y absoluta detestacion de todas las culpas , las detesto de todas veras , diciendo con el corazon rasgado de dolor que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberlos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria . Así sea .

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

El significado que tienen las renunciaciones y promesas del Bautismo, y obligaciones que nos inducen.

Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. xxviii, 19).

Id; enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todas las obras del Omnipotente llevan consigo el distintivo de la incomprensibilidad ¹. En el orden de la naturaleza y de la razón se encuentran verdades que no puede comprender el entendimiento humano por mucho que trabaje en apearlas. Si de aquí pasamos al orden de la fe, desde luego se nos presentan unas verdades eternas tan profundas y tan incomprensibles, que no nos queda mas lugar que descansar en su creencia por hallarse reveladas. Tal es el misterio de la santísima Trinidad que (hoy) venera la Iglesia. Sabemos y creemos sin género el mas mínimo de duda que este sacrosanto misterio es el mismo Dios, subsistente en tres personas, que son, Padre, Hijo y Espíritu Santo; realmente distinto uno de otro, y que poseen los tres la misma naturaleza divina, numérica é individual, por lo que en la Trinidad no hay mas que un Dios. Esto nos lo manifestó bien claramente Nuestro Señor Jesucristo, quien al enviar á sus Apóstoles por todo el mundo les dijo, segun vemos en el Evangelio (de este día): Id; enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Dijo *en el nombre* sin servirse del plural, para denotar la unidad de la naturaleza divina; y añadió *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, repitiendo la conjuncion copulativa, para hacer conocer la igualdad perfecta de estas tres personas distintas. De todos modos, es un misterio este de tanta elevacion y tan incomprensible, que el hom-

¹ Eccles. viii, 17.

bre que intentara escudriñar, caería indudablemente oprimido con el peso de su gloria, como dice el Sábio : *Qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloria* ¹. En orden á este y á todos los demás misterios, como revelados por Dios, su verdad es tan cierta que no puede faltar ; y nosotros debemos descansar tranquilamente en su infalible testimonio sin querer fondearlo, porque seria intentar echar la mano á lo que por estar muy alto nunca llegarían nuestros brazos ; y así como seria muy necio el que diese saltos para asir las estrellas del cielo, y seria reputado como demente el que pretendiese agujerear un duro peñasco con las uñas de sus dedos, porque aquel quedaria quebrantado con sus brincos, y este veria sus manos temerarias reventadas en sangre ; del mismo modo el que pretendiese sondear el misterio profundo de la santísima Trinidad, despues de quedar fatigado en extremo, agotando todas las luces de su corto entendimiento, quedaria ofuscado con el brillo de su gloria.

Sin detenerme mas en este particular, porque serian cortísimos los adelantos que pudiera hacer, convertiré mi atencion al santo Bautismo, que como habeis oido quiso nuestro adorable Redentor se administrase á todos, para que franqueándonos él la entrada á la vida cristiana, nos pudiéramos salvar. Diligencia la de su recepcion tan precisa, requisito tan indispensable, que sin él malograra el hombre los dias que viviera en este mundo por largos que fueran. Ved aquí por qué se nos bautiza á los que somos hijos de padres cristianos á muy luego de venir al mundo. Como nacemos todos inficionados con la lepra del pecado original, necesitamos lavar aquella mancha, lo que conseguimos con las aguas del Bautismo, dando así principio á la vida de la gracia. Para conferírnoslo, la Iglesia nuestra madre á la vez que emplea en su administracion como podeis observar un número de ceremonias las mas significativas, exige de nosotros como circunstancia precisa ciertas renunciaciones y promesas, cuales son renunciar de Satanás, de sus obras y de sus pompas, y vivir en adelante con una vida cristiana. Todos tenemos prestados estos requisitos del modo mas solemne, y es muy justo el que no solo los tengamos presentes todos los dias de nuestra vida, sí es que no faltemos jamás al sagrado de nuestras palabras. Por lo tanto voy á haceros ver ahora, mediante el favor de Dios, *el significado que tienen las renunciaciones y promesas del Bautismo, y obligaciones que nos inducen*. Mientras lo demuestro, estad atentos.

Al contemplar la virtud maravillosa que por institucion de Jesu-

¹ Prov. xxv, 27.

cristo encierra y causa el santo sacramento del Bautismo, no debe motivarnos ni extrañeza, ni admiracion, el que los santos Padres agotasen en su elogio las voces de su elocuencia. San Cipriano llama á este Sacramento la fuente de la fe, puerta de la eterna salvacion, y especial gracia del Señor concedida para purificar y vivificar á los hombres ¹. San Cirilo obispo de Jerusalem lo apellida la libertad del cautiverio, la remision y muerte de los pecados, la regeneracion del alma y el sello inefable de la santidad ². San Basilio obispo de Cesarea dice que es el principio de la vida, el precio de la redencion, la muerte del pecado, la regeneracion del alma, el sello indeleble, la gracia de adopcion, y el vestido de la inmortalidad ³. Y por cierto que no merece menos un Sacramento que en los niños borra el pecado original con que nacen, y en los adultos el original y los actuales ó cuantos hayan cometido en el discurso de su vida, hasta el punto en que lo reciben. Por manera, que los desarreglos mas escandalosos, los excesos mas infames, las blasfemias, los parricidios, los incestos, los pecados contra la naturaleza, como dice san Jerónimo, todos les quedan perdonados con este Sacramento ⁴; así como todas las penas que debian sufrir para desagrar y satisfacer á Dios, ora en este mundo, ora en el purgatorio. Por él renacemos y adquirimos una vida nueva, que es la de la gracia, que nos une á Dios por la fe, esperanza y caridad ⁵. Dios nos adopta por hijos; herederos de su reino, y coherederos de Jesucristo. Nos constituye hijos de la Iglesia, quedando enumerados en la lista de los fieles; nos da derecho á participar de los otros Sacramentos, nos hace partícipes de las demás gracias y dones; y por último graba en nuestra alma un signo, una marca espiritual que llamamos carácter, el que una vez impresionado en ella, ya no se puede borrar jamás, y por cuya eficacia no se puede este Sacramento volver á recibir.

Desde luego podeis conocer la precisa necesidad que corre de recibir todos este santo Sacramento; ya por los maravillosos efectos que produce, ya porque sin él, en expresion de Jesucristo, no se puede entrar en el cielo, como dijo á Nicodemus ⁶. Y de aquí podeis deducir igualmente el cuidado que deben tener los padres en que sus hijos recién nacidos lo reciban cuanto antes: ora trayéndolos al templo para que se les confiera con toda solemnidad, ora procurando el que se les administre antes privadamente si corre peligro

¹ Cyprian. ep. LXXIII. — ² Cyril. in prol. Cath. — ³ Basil. lib. de Spir. Sancto. — ⁴ Hier. ad Ocean. — ⁵ Conc. Trid. sess. VI, cap. 7. — ⁶ Joan. III, 8.

su vida, lo que en tal caso puede administrarlo cualquiera, procurando sobre todo hacerlo bien : esto es, acompañándole la intencion de hacer lo que hace la Iglesia, y al propio tiempo que eche el agua sobre la cabeza de la criatura, si ha salido ya del vientre de su madre (ó en cualquiera otro miembro que descubra, si todavía está en el útero materno, y se colige ser un parto peligroso), el que diga estas palabras: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*. Así en caso de morir el infante, no quedaba su alma privada de la vista de Dios.

La Iglesia nuestra madre no procede á conferir el Bautismo á los que no lo solicitan. Así es que en los primitivos siglos del Cristianismo jamás lo confirió á los adultos que no lo pedían con instancia, solicitando ardientemente la fe, y renunciando de todas veras á Satanás, á sus obras y á sus pompas. Diligencia que exige hoy, lo mismo que entonces, á los adultos y aun hasta á los niños, respondiendo por estos sus padrinos. Esta diligencia de pedir la fe da á entender con bastante claridad, que no nos es debida la gracia de este Sacramento; que no tenemos á ella derecho alguno, y que nos es indispensable pedirla con instancia. La de renunciar por tres veces de Satanás y de todos sus artificios denota que el ingreso que se solicita en la milicia cristiana, debe ser libre y voluntario en un todo; porque el Señor no quiere en sus ejércitos gente forzada; y que el servicio de Dios á que nos sometemos desde aquel momento, ha de ser tan constante, que ha de durar hasta el fin de la vida. Esta trina renunciacion se reduce á abjurar del diablo, á no tener con él en lo sucesivo la mas mínima conexion, á cerrar los sentidos en las tentaciones que nos sugiera, y á no obedecerle en ninguna cosa que nos mande, instigue ó persuada. Esto es lo que abraza la respuesta de la primera pregunta. Renunciar de sus obras, que es lo que contiene la segunda, es renunciar todo pecado: es decir, todo pensamiento, deseo, palabra, obra ú omision, que tienda á desagradar á Dios, ó que reconozca por último fin otra cosa diferente de él; porque los pecados son las obras del demonio. Renunciar de sus pompas, que es la tercera, es renunciar todo lo que el mundo solicita ó estima. El mundo solo ansia por el contentamiento de sus gustos y carnales inclinaciones, se complace y descansa en el amor de los bienes caducos, en la satisfaccion de los placeres sensuales, en el aprecio y alabanza de los hombres, en el lujo de los vestidos, en el menaje ostentoso de la casa, y en gozar superioridad y distincion. Como el demonio sabe la propension que hay en la naturaleza

humana por conseguir estos falsos bienes, procura presentarlos en el mundo á nuestra vista, para irritar y conmover los deseos desareglados de nuestra concupiscencia, á fin de que nos aficionemos á estas pompas mundanas, vayamos tras su consecucion, y permanezcamos adheridos y alegres en su goce. Como estas locas vanidades, fijo nuestro corazon en ellas, nos harian vivir ofendiendo á Dios, y á último resultado nos precipitarian en el infierno, por eso nos obligamos en el Bautismo á detestarlas sinceramente, y á desechas con horror cuanto nos quiera inducir á su afecto. En fin, por decirlo de una vez, esta trina renunciacion se reduce á detestar del demonio, del mundo y de la carne, enemigos de la gloria de Dios y de nuestra salvacion: á no tener jamás amistad con quienes nos puedan arruinar eternamente: á huir de los peligros y artificios con que quieran perder nuestra alma: á odiar al mundo, sus perversas máximas y sus ejemplos malignos: á menospreciar sus elogios, y á no hacer caso de sus vituperios: á no apetecer sus honores, ni ir en seguimiento de sus placeres: á abominar las inclinaciones criminales de la carne, á mortificar los sentidos, á reprimir sus apetitos, caminando siempre con la mayor precaucion, para que no nos seduzcan, alucinen y precipiten los atractivos del pecado.

Ved aquí expuesto con mas difusion el significado de aquellas tres breves renunciaciones que hicimos y hacen todos en el Bautismo. Todo esto lo reputamos en aquella ocasion como absolutamente necesario para ser bañados con sus aguas saludables, y como del todo preciso para servir á Dios en adelante, puesto que nos ha criado para sí; atendiendo á que el servicio de estos dos amos, Dios y el mundo, es incompatible como dice nuestro adorable Redentor ¹. Expresándonos de este modo, contrajimos una obligacion importantísima é imperiosa, quedando estrechados á su cumplimiento con nuestra misma palabra, ligándonos con una promesa especial y solemne de consagrarnos al servicio de Dios por todo el tiempo que viviéramos en la tierra; poniendo al frente del libro de nuestra vida una resolucion terminante de hacer siempre su santísima voluntad. Esto es, fieles míos, lo que renunciarnos y prometimos en aquel dia tan sagrado de nuestra regeneracion: este el pacto que, como dice san Efren, hicimos con Jesucristo delante de muchos testigos, escribiendo los Ángeles estas renunciaciones y promesas para presentarlas en el dia del juicio, con el fin de que los que falten á ellas, resulten

¹ Matth. vi, 24.

condenados por su propia boca ¹. Este es el juramento que prestamos, dice san Jerónimo, en aquel día feliz en que entramos en la sagrada fuente bautismal ². Juramento que rendimos y nos obligamos á cumplir, no solo con las palabras, sino tambien con las obras; no solo con la lengua, sino con los hechos; no tan solo con los labios, sino con las costumbres. Este es el contrato que en aquel día escrituramos con Dios. Nosotros hicimos las renunciaciones que llevo dichas, y prometimos seguir á Jesucristo, y Dios nos afianzó con toda seguridad el darnos la vida eterna, siempre y cuando fuéramos fieles en la observancia de lo prometido. Estas promesas están escritas, dice san Ambrosio, no en el sepulcro de los muertos, sino en el libro de los vivos. Las proferimos en la presencia de los Ángeles, y nunca las podremos negar ni tergiversar su sentido ³.

Hagamos aquí alto, fieles míos, para dar lugar á que abriendo el libro de la meditacion, repaseis aunque sea ligeramente los pasos de vuestra vida, para ver si efectivamente los habeis ordenado siempre y con la mayor exactitud al nivel de la fe, que al principio pedisteis con la mayor ansia; á las renunciaciones que siguieron á aquella súplica; y á aquella entrega irrevocable que hicisteis al mismo Dios, obligándoos á vivir por él, consagrándole vuestra alma, vuestro cuerpo, sentidos y potencias, para no hacer otro uso de todo, que el que apeleciera su santísima voluntad, y que cediese en gloria suya. ¿Habeis tenido desde entonces la vida de nuestro divino Redentor por espejo para no pensar, querer ni obrar sino lo que él pensó, quiso y obró? ¿Ha sido de continuo su doctrina la regla de vuestros pensamientos, y sus ejemplos la de vuestras acciones? ¿Habeis tenido siempre fijos vuestros ojos en el cielo, sin desviarlos de aquella patria para la que todos hemos sido criados? ¡Ojalá que fuera así! ¡Ojalá que conocido una vez en el Bautismo el reino de Dios, al que Jesucristo compara á un tesoro oculto en el campo, y que habiéndole hallado un hombre lo reserva y esconde para que no se lo quiten, hubiérais puesto igual diligencia á fin de que no pudiérais perder jamás una prenda de tanta estimacion, ni los enemigos de vuestra felicidad os la pudieran arrebatarse! ¡Ojalá conservárais todavía la pureza é inocencia que adquiristeis en el Bautismo, significada en aquella blanca vestidura que os vistieron en la sagrada pila! ¡Ojalá en fin conservárais la luz que se os dió, cuando os pusieron en vuestras manos una vela encendida, encargándoos que resplandecierais en la

¹ Ephr. lib. de compunct. animi. — ² Hier. ad Eliod. — ³ Ambr. lib. de initiand. c. 2.

presencia de Dios por las virtudes correspondientes á la religion cristiana !

Pero ¡ay! ¡cuán sensible y general es la desgracia que tenemos que lamentar en casi todos los cristianos! Apenas apunta en muchos de ellos el entendimiento, cuando recordando la clase en que se hallan constituidos por el Bautismo que recibieron, la vida arreglada que se obligaron á llevar, y la doctrina que prometieron seguir, se les representan á su imaginacion fejudas y muy pesadas estas obligaciones; y contemplando por otra parte los contentos que promete Satanás, las alegrías que nos presenta el mundo, y las satisfacciones que les ofrecen sus vanidades, hé aquí que desiertan de la milicia cristiana, y se afilian en las banderas del demonio. Poco satisfechos con la gracia que recibieron en el Bautismo, y pesaresos de la profesion que hicieron; creidos de que el mundo ha de llevar con ventajas sus deseos, y aun proporcionarles felicidades superiores, que idean en su fantasía, rompen la escritura que tenían hecha con Dios; se niegan á la palabra que tan solemnemente prometieron; y quebrantando el pacto que firmaron con juramento, abandonan la gracia que se les dispensó, y se entregan á la ejecucion de un pecado que los pierde. Renunciaciones y promesas del Bautismo, ¿dónde estais? ¿Qué firmeza teneis? ¿Cuánta es vuestra duracion en estas personas? ¡Ay! cierto es que ellas hicieron unas y otras; pero ahora tendiendo la vista al mundo, creen que él es mejor amo que Dios: señor menos oscuro, mas alegre; que tiene mayores bienes que dar, y felicidades mas satisfactorias que se prometen conseguir. Ved aquí unas personas semejantes en ceguedad y en ilusiones á Faraon.

Sale este Rey de su palacio, siguiendo el impulso de su ciega passion, prometiéndose mil buenos sucesos y triunfos sobre los israelitas diciendo: Yo los alcanzaré á mi gusto, y satisfaré con ellos plenamente mis deseos: *Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea* ¹. Continúa su marcha saboreándose con sus ilusiones; entra con alegría y confianza en el mar Rojo, sostenida hasta entonces su corriente con la vara de Moisés; y cuando se persuade que va á encontrar la gloria, y á coronar su empresa con un triunfo completo, allí perece, exhalando su último suspiro entre las aguas, y condenándose su alma para siempre. Si quereis mas propiedad en la comparacion, ved á estas personas semejantes al pródigo de quien habla el Evangelio ². Hijo este de unos padres bastante acomodados en bienes de fortuna, se hallaba en la casa pa-

¹ Exod. xv, 9. — ² Luc. xv.

terna gozando de una vida la mas descansada, placentera y envidiable. En medio de estas delicias se persuadió que yendo por el mundo, este le proporcionaria mejor bienestar, y que lo colmaria de felicidades; pidió, pues, en dinero la legítima que le pudiera pertenecer; y sin que bastasen ni las reflexiones, ni los tiernos ruegos de su cariñoso padre, ni de un hermano mayor que tenia, sale de su casa muy ufano, creyendo que á cada paso se le presentaria la fortuna con aspecto favorable. Empieza á gastar profusamente en las posadas, sigue el lujo de las ciudades, derrama sin reparo las pesetas en los juegos, obsequia á las damas en los bailes, se entra en las casas de prostitucion, hace regalos no pequeños á las mujeres abandonadas: él en fin no repara en gastos, en licenciosidades ni en vicios. Pero ¿qué sucede? Llega la hora en que se le concluye el dinero: pasan dias, y ya no eran vestidos los que llevaba, sino andrajos: consumido de hambre y de miseria, por no perecer se ve al último estrechado y en la dura precision de ponerse á servir para guardar cerdos. Aborrecido con esta vida pobre, famélica y tediosa, reconoce el loco desvío de su fantasía, al presentarle fastidiosa una posicion en la que se hallaba como queria; el engaño del mundo mentiroso que lo sedujo y pervirtió, ofreciéndole dar mejor acomodo; y la fatal desgracia que se ocasionó saliendo de la casa de su padre.

Ved aquí delineados bien al vivo á todos aquellos cristianos que hallados con la gracia en una posicion la mas tranquila y feliz, y bajo la suavidad de la ley divina que los gobierna, en virtud de lo que renunciaron y prometieron en el Bautismo, salen contentos de la casa de Dios como el hijo pródigo de la de su padre. Pero ¡ay, qué digna de llanto es esta salida! ¡Qué lamentable esta separacion, dice el Padre san Juan Crisóstomo! *Nonne hæc discessio digna lamentis* ¹? Sí: salid con alegría: caminad con regocijo por esas sendas que os marca el mundo, que yo os aseguro que en vez de felicidades, os ha de proporcionar mil desventuras y desdichas: porque bien cierto es que el que deja la luz, no ha de encontrar sino tinieblas: el que se aparta de Dios, que es el conjunto de todos los bienes, y se entrega bajo la dominacion del demonio, del mundo y de la carne, seguro es que no ha de encontrar sino penas, desdichas, y por último la condenacion de su alma.

Si entre vosotros, fieles mios, hay algunos que por la misericordia del Señor habeis reconocido siempre el especialísimo beneficio

¹ Joan. Chrys. hom. XI in epist. ad Philip.

que os concedió el cielo, de admitiros á la recepcion del santo Bautismo ; si agradecidos á esta dádiva tan singular la habeis estimado con sumo aprecio en vuestro corazon, y recordando lo que renunciásteis y prometisteis, conservais todavía la gracia bautismal, no perdais jamás esta rica prenda, por mas engaños con que traten de alucinaros los enemigos de vuestra alma. No olvideis nunca lo prometido, ni quebranteis el juramento que teneis prestado en el tribunal de la suprema verdad, como dice san Gregorio Nazianceno ¹.

Y si otros de los que me oís, por una desgracia lamentable, halagados por el mundo, arrastrados por vuestras pasiones, os habeis precipitado incautamente á la ejecucion de una culpa grave, llorad amargamente la pérdida que habeis sufrido, y procurad sin la mas mínima detencion, por medio de la penitencia, el recobro de la gracia y amistad de Dios, sin volver jamás á cometer ningun otro pecado. De lo contrario seria abonar vuestra caída, y dar un testimonio auténtico de que os placia mas el reinado de Satanás en vuestras almas que el de Jesucristo, y que os satisfacía mayormente el pecado que la gracia. Oídselo á Tertuliano; ya que me he propuesto en el dia de hoy formar este discurso con sentencias de los Padres de la Iglesia, á fin de que como materia sumamente interesante quedeis mas convencidos con la fuerza de sus palabras que con las mías. Este Padre, hablando de los que perdida la gracia por alguna culpa y recobrada por la penitencia, vuelven de nuevo á pecar, dice así: «Es una cosa cierta la que yo no quisiera pronunciar por terrible; pero la diré para vuestra edificacion. Estos hombres estiman al diablo mas que á Dios; porque despues de haber conocido al uno y al otro, ya se resuelven con pleno conocimiento á ser de Satanás, y tienen por mejor al demonio, despues de haber probado en su corazon las suavidades de Dios ².»

No seamos nosotros, fieles míos, del número de estos infelices: léjos de eso, contemplándonos bautizados con el Bautismo que instituyó Jesucristo, nos debemos considerar como revestidos del mismo Señor, como dice san Pablo ³. Para el efecto, debemos mostrar siempre en nuestras costumbres su caridad, su humildad, su pureza, y la santidad de su vida. Siendo miembros de su santísimo cuerpo, no seamos miembros gangrenados y corrompidos, dice san Agustín ⁴, que merezcan ser cortados y separados del cuerpo; sino miembros sanos por el exacto desempeño de las funciones santas que nos

¹ Greg. Naz. orat. XL. — ² Tertul. lib. de Pœnit. c. 5. — ³ Galat. III, 27.

⁴ Aug. hom. in Joan.

tiene encomendadas. Acordémonos continuamente, como dice san Ambrosio, de lo que prometimos en el día de nuestra regeneracion; y jamás se nos caigan de la memoria las seguridades que entonces ofrecimos: *Memor esto sermonis tui, et nunquam excidat tibi series cautionis tuæ* ¹. Permaneciendo fieles á estas promesas, obligarémos al Señor á que nos conceda la recompensa de la vida eterna, que nos haga bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el dolor que nos acompaña por tantas indignidades con que hemos ofendido á Dios, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, diciéndole todos, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : huyen los días, y se ocultan de nuestra vista, transcurren las semanas, pasan los meses, circulan los años, y ha desaparecido una gran parte de mi vida. Y siendo esto cierto, ¿en qué he empleado el tiempo que ha pasado hasta de aquí? ¿Qué bien he hecho hasta de ahora? ¿En qué clase de virtudes me he ejercitado? ¿He sido siempre inocente, ó no siéndolo, he caminado por los senderos de la Penitencia?

¡Ay mi amable Redentor! La inocencia la perdí tan pronto como asomé en mí la malicia. Desde entonces no he hecho mas que ofenderos continuamente con pensamientos, palabras y acciones pecaminosas. Y siendo esto así, ¿cómo no he temido hasta de ahora vuestro justo enojo? ¿Cómo no temblaba con todo mi cuerpo, se espeluzaban mis cabellos, y palpitaba mi corazon al contemplaros justiciero, y sumamente airado por los pecados que cometia y con los que os maltrataba? ¡Oh cuántos perecieron al golpe de vuestra justicia, y al impulso de vuestro furor! ¡Cuántos se condenaron por no temer vuestra ira! ¿Y cómo no he perecido yo, derribándome á los infiernos el impulso de vuestra venganza? ¡Oh misericordia infinita de un Dios sumamente amoroso para conmigo! ¿Qué haré para agradeceros ahora un bien tan estimable? Me tenderé á vuestros santísimos piés, declarándome como me declaro el mayor pecador del mundo, el mas indigno de los vivientes, y mediante la contricion que me acompaña, detesto todas mis iniquidades por ser ofensas contra Vos, diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

¹ Ambr. lib. de init. c. 1.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES, INFRAOCTAVA DEL CORPUS.

Los afectuosos sentimientos con que debemos recibir á Jesucristo en la Eucaristía.

Homo quidam fecit cenam magnam, et vocavit multos. (Luc. XIV, 16).

Cierto hombre hizo una gran cena, y convidó á muchos.

Anteviendo nuestro divino Redentor muy próxima su muerte, al fin de una vida tan trabajosa como la que llevó durante el período de treinta y tres años, su triunfante ascension á los cielos, y por consiguiente su personal separacion de los mortales, cuyo amor lo habia precisado á venir al mundo, á cargarse de todas sus miserias ¹ y satisfacer al Padre eterno por las culpas que les eran propias; contemplando que dejándolos solos sin los consuelos de su divina y amable presencia, era abandonarlos en medio de un mar, cual es el mundo, tempestuoso y agitado de olas embravecidas, corriendo la sensible exposicion de ser sumergidos en sus abismos; deseando vivamente el precaver á todos de peligros tan temibles, en fuerza del amor inmenso que hasta el fin siempre nos profesó ², resuelve continuar perpétuamente en nuestra compañía, y para el efecto excogita y halla medio de verificarlo así, en la profundidad de su infinita sabiduría entrelazada con su omnipotencia; pero de un modo tan admirable, que siempre llenará de asombro á los vivientes de todos los siglos. Oidlo vosotros y sorprendeos. Los Evangelistas y tambien san Pablo nos aseguran que despues de haber cenado nuestro divino Redentor con sus Apóstoles la noche misma, víspera de su pasion, realizó esta portentosa maravilla sirviéndose del pan y del vino, dándonos así el testimonio mas auténtico del

¹ *Languores nostros ipse tulit. (Isai. LIII, 4).*

² *In finem dilexit eos. (Joan. XIII, 1).*

sumo afecto que nos profesaba. Sí, señores : con su divina omnipotencia hizo que el pan que tenia en sus sacratísimas manos, y el vino que contenia el cáliz, quedasen convertidos en su propia carne y en su misma sangre, diciéndoles : Tomad y comed : este es mi cuerpo : esta es mi sangre : mi carne y mi sangre es vuestro alimento : con vosotros estaré hasta el fin de los siglos ; y vosotros me comeréis y beberéis cuando quisiéreis. Grande y portentoso prodigio aun solo para verificado una vez y por virtud del que como Dios todo lo podía ; pero recibe nuevos grados de aumento, al ver que comunicó esta misma virtud á sus Apóstoles y á todos sus sucesores en el sacerdocio. Así es, fieles míos. El Señor confiere á las palabras de los sacerdotes legítimamente ordenados una eficacia tan particular y portentosa, que hacen el que el pan y el vino que ellos consagran, queden convertidos en cuerpo y sangre de Jesucristo por una mutacion milagrosa que exprimimos con la palabra *transustanciacion* ; y de aquí resulta hecho un Sacramento que llamamos comunmente Eucaristía, Comunión ó Viático.

En este Sacramento, dice el angélico doctor santo Tomás, se halla reconcentrado todo el misterio de nuestra salud : él abraza todos los esfuerzos de la divina bondad, y comprende asimismo todas las larguezas de su amor y de la liberalidad infinita que Dios tuvo en beneficio del hombre ¹. Y á la verdad ; que aunque solo hubiera hecho este admirable y tan singular prodigio para gloria de su nombre y en ostension de su poder, sin mas objeto que el de permanecer en los sagrarios, para que le rindiéramos nuestros respetos y profundas adoraciones, seria bien manifiesta su bondad soberana, y estarían igualmente ostensibles las prodigalidades de su amor é inefable beneficencia ; pero sus quilates suben de precio cuando no es esto el fin único con que lo instituyó, si es que tambien con el de alimentar nuestras almas con el manjar soberano de su cuerpo y de su sangre, que encierran tal suavidad y dulzura, que percibimos en él los mas puros placeres en su misma fuente, saciando de lleno con abundancia la hambre y la sed, y satisfaciendo todos los deseos de nuestro corazon, sin que nada nos deje que apetecer. Ved aquí el banquete á que somos convidados, el festín que como dice el Evangelio (de hoy) se nos tiene preparado, al que nos llama Jesucristo con instancia y con amor, el que nos tiene dispuesto, no precisamente para una que otra ocasion, sino por todos los días y con per-

¹ Thom. 3 p. q. 83, art. 4.

pétua perenidad. Muy justo es, pues, que nos prestemos todos con docilidad á la obediencia de este llamamiento; que nos estimulemos á participar de este convite, y tengamos una viva ansia por alimentarnos de este manjar todo divino, recibéndolo sanos y enfermos con un santo entusiasmo. A esto va á tender, fieles míos, en este día mi discurso, pues me he propuesto el manifestaros *los afectuosos sentimientos con que debemos recibir á Jesucristo en la Eucaristía*. Mientras os lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

Si el Señor al instituir el santísimo sacramento de la Eucaristía, hubiera hecho que su cuerpo permaneciese en la hostia consagrada, tan encendida esta como la zarza en que en otro tiempo se presentó á la vista de Moisés; si apareciese en ella con aquel admirable resplandor que le rodeó, cuando bajando del cielo se dejó ver en la dedicacion del templo de Salomon; si allí se mostrase tan lleno de los resplandores de su gloria como se dejó ver en el Tabor, ¿quiénes serian los que se atreviesen á acercarse al santuario y se determinaran á recibirlo en su pecho? Llenos de consternacion unos, anonadados otros y temblando todos, no nos atreveríamos ni aun á acercarnos al tabernáculo. Antevió muy bien nuestro adorable Redentor la pusilanimidad del hombre, y en el secreto insondable de su sabiduría halló medio para conciliar su grandeza con nuestra pequeñez, contener los resplandores de su gloria sin deslumbrar la tenuidad de nuestra vista; para el efecto, sirviéndose de su omnipotencia, quiso estar en la Eucaristía de un modo tan verdadero como está en el cielo: de tal suerte que en ella se hallasen real, verdadera y sustancialmente su cuerpo, su sangre, su alma y divinidad bajo las especies de pan y de vino, sin que allí quedase nada de pan ni de vino, por mas que así pareciese á los sentidos; á causa de haberse mudado enteramente las sustancias de estas materias en la de su preciosísimo cuerpo y la de su sangre sacratísima. Quiso que su cuerpo no ocupase en la Eucaristía cantidad externa de lugar, de modo que se pudiese distinguir y designar el paraje ó el local en que estuviese la cabeza, las manos, los piés y demás miembros de su cuerpo, sino de una manera admirable, estando todo en toda la hostia, y todo en cualquier parte de ella. Así facilitó al hombre el acceso á su trono, y le facilitó la suncion removiendo aquellas apariencias que le pudieran intimidar y por lo tanto retraer: y á fin de que todos pudieran participar de un beneficio tan portentoso, de tanta gracia, y que fuera alimento de sus almas, quiso tambien que su cuerpo adorable se reprodujese en todas las partes del

mundo, en todas las hostias consagradas, y que á un mismo tiempo estuviese en una infinidad de altares y de sagrarios, sin dejar por esto de estar en el cielo. A la manera de un padre que no contento con haber dado á sus hijos la vida natural, les proporciona para que puedan sustentarla el alimento conveniente que ellos ni saben ni pueden adquirirse; Jesucristo despues de habernos llamado á la vida de la gracia, nos proporciona en la Eucaristía un alimento celestial que nos conforta en la peregrinacion de esta vida, para llegar vigorosos á la triunfante Jerusalem. Bien puede, pues, la Iglesia con todos sus hijos prorumpir en cánticos de alegría y gratitud, diré con san Lorenzo Justiniano, por tener la dicha de poseer y participar del cuerpo y sangre de su Dios, de su Señor, de su Maestro, de su Esposo, de su Hermano y Redentor ¹.

No hay duda en que esté augusto Sacramento es un misterio tan sublime, que no puede alcanzar entendimiento alguno; misterio es tan insondable, que por su profundidad, elevacion y excelencia se llama *el misterio de la fe*; por lo que nadie es capaz de comprenderlo, ni menos explicarlo, á no ser que el Señor le socorra con un auxilio particular de su divina gracia y le ilumine con las luces brillantes de su celestial sabiduría. Este es uno de los recónditos arcanos que se hallan reservados y ocultos en lo mas secreto del corazon de Dios, sin que jamás se le descubra al hombre en esta vida; pero nosotros, como cristianos, descansamos tranquilos en el testimonio de nuestra fe: conocemos muy bien que nada hay imposible para Dios, y sometiéndonos con gusto y rendimiento á su divino testimonio, creemos que no solo en una hostia consagrada, sino hasta en la mas pequeña partícula de ella depositó su omnipotencia, su inmensidad, su sabiduría y todos los tesoros de su divinidad. Oimos las palabras de nuestro Dios, y oyéndolas descubrimos bajo los débiles velos de una pequeña hostia, aquel mismo cuerpo de nuestro Redentor que nació del tálamo de María santísima, que fue crucificado por nosotros, y que contiene la misma sangre que derramó sobre la cruz para redimir á todo el género humano. Atentos al encargo que nos da el dulce san Bernardo, de que siendo este el Sacramento mas excelente que Dios instituyó, debemos entregarnos humilde y ciegamente á su creencia, sin pretender sujetarlo á nuestro débil juicio, debiendo venerarlo, no juzgarlo ²; divisamos en él el pan que da la vida eterna; y

¹ Laur. Justin. serm. de Euchar. — ² *Sacramentum Dei altissimi est suscipiendum, non excutiendum; venerandum, non judicandum.* (Bern. epist. LXXXVII).

recibiéndolo dignamente, vemos venir á nuestro pecho el manjar que colma de delicias y llena de consuelos inefables á los espíritus en el cielo. Participando el hombre de este manjar divino, se hace una misma cosa con Jesucristo: Dios habita en él, y él en su Dios ¹. Dichosos, pues, nosotros que por una dignacion inefable del Señor, somos llamados á esta cena de las bodas del Cordero ². Dichosos por estar invitados por Jesucristo á este convite en que el mismo Señor se introduce en nuestras almas resuelto á permanecer de asiento en ellas, mientras no lo precisemos á salir cometiendo algun pecado grave; y el que hace que sintamos toda la fuerza y dulzura de su gracia.

Ya, pues, que nos hallamos favorecidos por Dios con un don tan inefable, y sublimados á esfera tan elevada, puesto que el mismo Jesucristo es el que se nos comunica y se nos da sin limitacion alguna, es muy justo que procuremos corresponderle dignamente. ¿Y podremos nosotros encontrar y darle retribucion que sea equivalente á liberalidad tan grande, á beneficencia tan esmerada y á un amor tan tierno y tan avanzado? No, fieles mios, no: nada somos para poderle corresponder de un modo digno; sin embargo por un derecho de su justicia exige de nosotros el que todo se lo demos; y así lo debemos hacer. Todos debemos decir con la Esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi* ³. Yo amo tanto á mi Dios, como él me ha amado á mí; con proporcion á mi debilidad; á mis imperfecciones, á mi miseria. De aquí adelante Dios ha de ser siempre el centro de mis deseos y de mi amor: mis pensamientos, mis palabras y mis obras, todas han de ser suyas, ya que su divina Majestad me amó de tal suerte, que no solo se contentó con criarme y redimirme, si es que hasta alimentarme con su mismo cuerpo y su propia sangre. Si vivo, por él viviré; si muero, por él moriré, para ser así siempre suyo en la vida y en la muerte ⁴. Ninguno puede eximirse de rendir á Jesucristo este tributo, puesto que á nadie excluyó su abrasado amor de la participacion de su adorable cuerpo y sangre en el sacramento augusto de la Eucaristía, cuando es constante que á todos nos tuvo presentes al instituirlo, queriendo que participasen de tan celestial manjar los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos, los hombres y las mujeres, los eclesiásticos y los seglares, los sanos y los enfermos.

Aquí es preciso que redobleis vuestra admiracion al contemplar

¹ *In me manet, et ego in illo.* (Joan. vi, 57). — ² *Beati qui ad cenam nuptiarum Agni vocati sunt.* (Apoc. xix, 9). — ³ Cant. ii, 16. — ⁴ *Sive enim vivimus, Domino vivimus: sive morimur, Domino morimur.* (Rom. xiv, 8).

el amor inefable del Señor, cuando á la manera de aquel fuego que en la ley antigua ordenó que ardiese siempre en el altar ¹, quiso que en la nueva se conservase siempre su santísimo cuerpo en los tabernáculos para que los que gozasen salud participasen de él, recibéndolo en los templos por via de Comunión en ayuno natural, y bien purificada su conciencia de toda culpa grave; y los enfermos por modo de Viático, no desdeñándose el Señor de ir hasta sus mismas casas á visitarlos, ya que ellos por sus dolencias no podían ir á él. ¡Qué amor este, fieles míos, qué bondad, qué beneficencia! Por lo tanto ¿qué afectos tan profundos de amor no nos deben de acompañar, cuando estemos ya para entrar en aquel convite que va á saciar todas nuestras necesidades? ¿Y con qué santas disposiciones no nos deberemos presentar á recibir este pan en la sagrada Comunión? Sí, fieles míos. Ella es la acción mas grande y soberana que tenemos que efectuar en la tierra; y por lo mismo jamás debemos hacerla precipitadamente, sino con un grandísimo detenimiento y atención particular; no con distracciones que divaguen nuestra imaginación, sino con un recogimiento sumo y con una meditación reflexiva, proporcionada á la acción tan grande que vamos á ejecutar, habiéndonos antes probado bien con el mayor esmero, después de haber antes examinado con el mayor detenimiento y escrupulosidad nuestra conciencia, y cerciorados que seamos moralmente de estar en gracia. Nos debe de acompañar una fe viva, una esperanza firme, una caridad ardiente, una humildad profunda, un sumo anonadamiento, un ansioso deseo de unirnos á Jesucristo y una devoción actual exenta de tibieza y negligencia ².

Ya que hayamos procurado disponernos con estas buenas disposiciones, estando ya cercanos á la sagrada mesa, próximos á comulgar, contemplando que en aquella hostia que vamos á recibir está en ella contenido nuestro Dios para darnos la gracia y la vida ³, allí es donde debe redoblar la preparación de nuestro espíritu; entonces es cuando nuestro fervor debe encenderse mas y mas, meditando de una parte nuestra bajeza, nuestra indignidad y miseria; y por otra la majestad, grandeza y soberanía de Dios. ¿Cómo, Señor (deberemos decirle), ¿cómo me llegaré al pié de vuestro tabernáculo sabiendo que los espíritus angélicos os adoran temblando en el tro-

¹ *Ignis autem in altari semper ardebit.* (Levit. vi, 12. — ² *Igitur accedat nemo cum nausea, nemo resolutus, omnes accensi, omnes ferventes, et exultati.* (Joan. Chrys. hom. LX ad pop. Antioch). — ³ *Ecce Deus noster iste, expectavimus eum, et salvabit nos.* (Isai. xxv, 9).

no de vuestra esplendente gloria, y que en el cielo todos los Santos se apresuran á presentaros sus homenajes con humilde rendimiento? ¿De qué modo me aproximaré á las aras del altar á recibirlos, cuando el Bautista no se contemplaba apto para desataros ni aun la correa de vuestro calzado? Cuando noticiosa la Cananea de las maravillas y portentosos milagros que obrábais Vos en tierra de Israel, salió presurosa de su patria y se os presentó diligente, clamando misericordia, ¿qué diligencia no deberá poner mi espíritu en estos momentos en que, sin incomodidad y sin trabajo alguno mio corporal, Vos mismo vais á entrar en mi pecho? ¿En qué estimacion no deberé tener una felicidad que me proporciona, no el participar de alguna que otra migaja de vuestro favor, como suplicaba aquella mujer, sino que voy á recibir el pan del cielo y todo el colmo de la gracia? Si Zaqueo corrió presuroso á subir sobre un árbol, porque su pequeña estatura no le permitia el veros, por hallaros rodeado de un tropel de gente, ansioso por ver vuestra divina persona, y quedar iluminado con los brillantes resplandores de vuestro rostro soberano, ¿qué ansiedad no debe ser la mia en estos instantes, en que aquí estoy para recibirlos muy luego, hallándome pobre de méritos, falto de virtudes y tan corto en el amor divino? ¿Dónde tengo yo aquella digna reverencia, aquel respetuoso recato y aquella acrisolada pureza que es necesaria, para recibirlos ahora en mi pecho, en la hostia consagrada, nada menos que á Vos, Dios inmenso é infinito? ¿No soy yo mas pecador que san Pedro, y por lo tanto no podré yo decir mejor que él, cuando abriendo los ojos de su fe, reconociendo por una parte su bajeza, y por otra vuestra alta soberanía, exclamó allá en la mar lleno de confusion: Señor, cómo teneis á bien el estar al lado de un hombre tan indigno por sus pecados como yo? No: no merezco yo tanta dicha. Otras almas virtuosas hallaréis á quienes podréis uniros: estas estarán gozosísimas de veros en su compañía, os agradecerán vuestra union como corresponde, y mayormente cuando entrando en su pecho lleneis sus almas de consuelo, de alegría y de gracia; pero yo, criatura vil, hombre ingrato, pecador rebelde, ¿cómo sabré agradecer vuestra bondad, y corresponderos en el amor que me teneis cuando estais dispuesto á comunicar conmigo, os veo resuelto á ingresar en mi pecho, y hacerlo asiento de vuestra morada? ¡Ay mi Dios y mi soberano Señor! á Vos me encomiendo de todas veras; disipad mis vanidades, desvaneced mi tibieza, enfervorizad mi espíritu para que así os reciba como merece vuestra alta soberanía. ¡Oh Señor y Dios

¡mío! ¡quién tuviera aquella esmerada solicitud, y rebosara por recibirlos de un gozo igual al que tuvieron Marta y María al hospedarlos en su casa, esperándoos ansiosas, saludándoos agradecidas, agasajándoos corteses, y recibiendoos con un júbilo extraordinario y un entusiasmo afectuoso, dándoos alojamiento en la sala mas bien amueblada, y sobre todo preparándoos el principal asiento en el centro de sus corazones! ¡Oh si yo tuviera una voluntad y entendimiento tan enlazados como lo tuvieron estas dos hermanas, para recibirlos ahora, lleno de fineza y bien provisto de virtudes!

Señor, debemos todos decirle por último con el centurion del Evangelio; Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, pues yo soy un grandísimo pecador, y Vos el Santo de los Santos. Si yo no atendiera mas que á la frialdad de mi preparacion y á lo defectuoso de mis disposiciones, nunca me atreveria á acercarme á Vos; pero vuestra bondad me tranquiliza, y me animan vuestras invitaciones amorosas. Vos conocéis muy bien mi indignidad y mi nada; y á pesar de esto, os dignais llamarme á vuestro sagrado convite, para que mi alma se sacie del manjar divino de vuestro cuerpo, y quede tan llena de dulzuras, que no apetezca otras en este mundo. Confiado, pues, en vuestras soberanas misericordias, voy á acercarme á Vos, á la manera que un enfermo que se entrega á los conocimientos y discrecion de un sábio médico; como un pobre el mas infeliz al mas rico bienhechor¹: y estoy seguro que al entrar Vos en mi pecho, habeis de disipar mis tinieblas, alejar mis males, pulverizar mis culpas, enardecer mi espíritu, enajenar de alegría mi corazon, y unirme á Vos con enlace tan íntimo que nada sea capaz de separarme. Así lo siento, Dios mio. Venid, pues, divino Jesús. Venid, amado de mi corazon, venid, mi gozo, mi consuelo, mi fortaleza, mi esperanza y mi dicha. Venid á mi alma y santificadla, á mi corazon y purificadle, á mi entendimiento é ilustradle, á mi voluntad y dirigidla. Entrad ya en mi pecho: fijad en él vuestro trono, y con tal perpetuidad que así viva y así muera.

Cada cual, fieles míos, puede formar estos coloquios y prorumpir en esta clase de afectuosos sentimientos con Jesucristo, segun lo que la gracia le inspire, cuando esté para recibirlo en la sagrada Comunión; y tan luego como haya tenido la dicha de recibirlo, menester es que contemplándose indigno de tanto honor y

¹ Psalm. xi, 6.

felicidad se ocupe seguidamente en agradecerle beneficio de tanta monta, considerando que en aquel momento el cielo se ha trasladado á su pecho; que el Verbo eterno desde el seno del Padre ha entrado en sus entrañas, y que del regazo de su Madre purísima ha tenido la bondad de introducirse en su corazón; deshecho en lágrimas de ternura debe esmerarse en rendirle el tributo de su alabanza, pidiendo á los Ángeles prestadas sus lenguas para imitarlos en sus loores, diciendo: Sea en el cielo la gloria para Dios, y para mí en la tierra el fruto de la paz y de la gracia con buena voluntad ¹. Debe manifestar con el agradecimiento la estimación del hallazgo; no siendo ingrato si no quiere ser desgraciado; esforzándose vivamente en no perderlo otra vez, con riesgo de perderlo para siempre; guardando un tan rico tesoro en su corazón con tal vigilancia y cuidado, que jamás consigan las culpas el robárselo con su malicia y perversidad; pudiendo quedar seguro el que así se porte de que con la prenda que ha recibido, posee el origen y fuente de todas las gracias, y de cuantas él pueda necesitar: y si el Señor durante su preciosa vida en el mundo jamás sentó su pié en donde no dejase vestigios de su liberal magnificencia; si por donde pasaba derramaba siempre con abundancia sus dones, sus gracias y misericordias, ¿qué no puede prometerse un cristiano, cuya benéfica y alta Majestad posee dentro de su mismo cuerpo, no de paso, sino permaneciendo allí de asiento y como en su propio trono? Bien puede estar seguro de que sentado el Señor en su alma la llenará de luz, de hermosura, de gracia y de fortaleza.

Sí, fieles míos: esto es lo que puede prometerse con toda seguridad una persona á quien Dios le ha dispensado el don inefable de haberlo recibido, ora por vía de Comunión hallándose con salud, ora por modo de Viático por hallarse postrada en una cama á causa de alguna enfermedad. Y si es cierto, como dice la Iglesia, que el demonio pone sus mayores asechanzas al remate de la vida ², también lo es que unido un moribundo con Jesucristo, á quien este se le comunicó por Viático, adquiere una fortaleza tan extraordinaria, que léjos de temer al poder de las tinieblas, desafia y vence al espíritu maligno. Este se intimida á la vista de un cristiano que se halla fortalecido con el sagrado pan de la Eucaristía, convertido en una misma sustancia con el mismo Dios que ella contiene. Bien pue-

¹ Luc. II, 14. — ² El Rit. en la Admon. consol. que se dice al enfermo, administr. el sacram. de la Extremaunción.

de el infierno en globo acometerle ; todos sus tiros quedarán embotados en el escudo de la union íntima que tiene con el Señor á quien ha recibido, y disfrutando el gusto y fortaleza bastante para vencer y postrar á sus piés á todos los enemigos de su alma.

· Sí, cristiano: si gozando de salud te llegas con frecuencia á recibir en la sagrada Comunion el santísimo y adorable cuerpo del Redentor, y procuras no desalojarlo de tu corazon por alguna indignidad que cometas, ya puedes pasar los dias que el cielo te conceda con una santa y espiritual alegría ; puesto que nada te resta que poseer de mas grande ni glorioso en este mundo : y si con motivo de pagar el tributo de la muerte, Dios te postra en la cama con la postrimera indisposicion, para emprender luego la jornada de la eternidad, procura recibir cuanto antes al Señor por modo de Viático, que este será el mas vigoroso confortativo que te sustentará en aquella penosa peregrinacion, descansando alegre en el lecho de tu dolor, teniendo el consuelo de que contigo permanece, y de que en tu corazon ha sentado su trono aquel en quien está corporalmente toda la Divinidad. No temas al demonio, que este nada puede hacerte por el poder de aquel que tienes en tu pecho. No te intimide la muerte, porque eres templo de la vida. No te asuste el infierno, porque aquel que todo lo puede y á quien tienes en tu corazon, haciendo que conculques la cerviz del demonio, y sacándote victorioso de la muerte, te conducirá por el camino de la gloria, y te abrirá sus puertas eternas para que allí seas feliz por los siglos de los siglos. Amen.

Y para testimoniar ahora el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : son tales las gracias que me habeis conferido, tan especiales los cuidados que en mí habeis empleado, tan singular la paciencia con que me habeis sufrido, los auxilios que me habeis dado tan particulares, y la misericordiosa bondad con que me habeis distinguido tan señalada, que abismado con un número tal de beneficios, y avergonzado de una tan fea ingratitud con que os he correspondido, me confundo al personarme ante vuestro divino acatamiento, temeroso de que me repudieis. Pero ¿puedo yo desconfiar de Vos, al buscarme, cuando huia de vuestra presencia,

desechándome cuando vengo á Vos bien reconocido ? No cabe esto en vuestra infinita misericordia.

¡ Ay amabilísimo Jesús ! cubridme desde hoy con la sombra de vuestras alas , y así estaré seguro de toda caída funesta. Hasta de aquí todo ha sido criminal en mí , el espíritu , el cuerpo y los sentidos. Curad radicalmente las llagas de mi corazon. Regad con abundantes rocíos esta tierra tan árida. Enderezad esta mi tan perversa inclinacion. Sea yo, Dios mio, todo vuestro, y Vos todo mio ! ¡ Oh si mi corazon fuese un horno encendido con las llamas de vuestro fino amor, que consumiera todas mis culpas por ser ofensivas á Vos ! Esto es lo que ansio, no veleidosamente, si es que con todas las veras de mi alma. ¿ Me confirmaréis Vos en estos santos propósitos ? Así lo espero, Redentor amable, de vuestra infinita misericordia, mediante la contricion que me acompaña de todas mis iniquidades, diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA TERCERA DESPUES DE PENTECOSTES.

Las cualidades tan elevadas de nuestra alma, y la estimacion que debemos hacer de ella.

Erant appropinquantes ad Jesum publicani et peccatores ut audirent illum. Et murmurabant Pharisei et Scribae. (Luc. xv, 1, 2).

Como los publicanos y hombres de mala vida se acercasen á Jesús para oírle, murmuraban los Escribas y Fariseos.

Una crítica mordaz que se propone por plan el satirizar las acciones del prójimo, siempre encuentra que morder en ellas por muy buenas que sean, no solo á la luz del mundo, si es que aun hasta los ojos de Dios. Los escribas y fariseos manejaban esta arma envenenada y temible, para decrecer y desvirtuar las palabras y los hechos de nuestro divino Redentor, como vemos (hoy) en el Evangelio. Siendo cierto, como lo aseguró él mismo, de que el objeto de su venida al mundo lo motivó principalmente la salvacion de las almas de los pecadores ¹, se le vió por esta causa, durante su mansion en la tierra, tener siempre una frecuente y solícita comunicacion con los publicanos y personas de mala vida, llevado siempre del objeto cardinal de que no se perdieran sus almas infeliz y eternamente; y hé aquí por qué aquellos fanáticos doctores de Israel motejaban este íntimo trato que le veían frecuentar. Mas ¡cuán equivocadamente sugilaban esta conducta! El fin de nuestro Redentor Jesús al tratar estrechamente con los pecadores, no era otro que noticiarles la ley santa y celestial que habia venido á anunciar, penetrarlos á fondo de ella, patentizarles bien á las claras y ofrecerles á su vista los vicios en que se hallaban envueltos, descubrirles su fealdad y malicia, excitarlos á la penitencia, haciendo que detestaran todas sus iniquidades mediante el dolor que sabia inspirarles de haber ofendido á Dios, hablarles de la hermosura y riqueza de las virtu-

¹ *Non veni vocare justos, sed peccatores ad penitentiam. (Luc. v, 32; Matth. ix, 13).*

des, demostrarles sus excelencias, guiándolos así derechamente por el camino del cielo. Estos procedimientos que tan agriamente reprendían, aun contemplados con las luces de la razón humana, eran dignos de la más alta y canonizada aprobación. Mayor cuidado se necesita, y más vehemente persuasión es preciso emplear para reducir al camino de la salvación á una persona de malas y perdidas costumbres, que á otra que de sí ya tiene buenas inclinaciones. Un labrador más trabajo tiene que invertir para beneficiar una tierra de suyo estéril ó estragada, si quiere que le rinda copioso fruto, que en otra que por ser naturalmente buena, siempre le produce con fertilidad y abundancia; y así como un enfermo en el cuerpo necesita de más contemplación y cuidado que un sano, de la misma manera Nuestro Señor Jesucristo invertía muy principalmente sus cuidadosos desvelos con los enfermos del alma, por necesitar estos de más exquisitas medicinas espirituales para sanar de sus dolencias¹. Se le veía emplear á todas horas una ansiosa solicitud en bien de todo pecador tratando de convertirlo; á quién con ruegos; á quién con exhortaciones; á este con amenazas; á aquel con beneficios; á uno con la persuasión, y al otro con milagros. La alma de una persona, la de un solo pecador, era de tanta estimación ante sus divinos ojos, que porque no se perdiera y se salvara, no había fatiga que no sufriese, vigilancia que no emplease, ni cuidado que dejase de invertir.

Por aquí se puede conocer el amor y la alta estimación en que Dios tiene á las almas, y el aprecio que cada uno de nosotros debe hacer de la suya. Como todas y cada una han sido criadas por él, como por todas derramó su preciosa sangre y ha enriquecido con mil dotes, siempre han sido y son objeto de sus paternos desvelos; y si alguna se pierde, lo siente con vivo dolor de su amoroso corazón. De aquí nace aquel encargo especial que á todos nos da, de que reconociendo su alto origen, lo mucho que vale y el destino para que ha sido criada, tengamos compasión de ella²; procurando ponerla á cubierto de una pérdida fatal que le pudiera sobrevenir, por la ejecución de algún pecado grave, frustrando así los altos fines que tuvo en su creación y redención. Las almas han sido siempre el objeto de las delicias y aprecio de Dios, el motivo de sus congojosas fatigas, el blanco de todos sus desvelos y el fin de todos sus cuidados. Esto nos descubre bien á las claras las *cualidades tan elevadas*

¹ *Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus.* (Matth. ix, 12).

² *Miserere animæ tuæ.* (Eccli. xxx, 24).

de nuestra alma, y la estimacion que debemos hacer de ella. Ved aquí el asunto de que me voy á ocupar : asunto muy interesante como que nos toca á todos muy de cerca, y el que quisiera desempeñar con el favor de Dios de un modo digno. Mientras me ocupo en desenvolverlo, estad atentos.

Si hay prendas que las familias conservan en sus casas con un sumo cuidado, unas por el particular origen que en ellas reconocen, ó por el que han llegado á sus manos, otras que aprecian por su valor, y muchas por el objeto tan útil para el que están dedicadas, tambien tenemos todos los vivientes dentro de nuestro cuerpo una preciosa prenda que es el alma, estimadísima por su origen, rica por su valor, y excelente por el fin á que está destinada. Ella es una sustancia tan llena de prerogativas, que no podemos meditar sobre su excelencia sin sentir celestiales impresiones. Ella es un ser espiritual, incorruptible en su esencia, eterno en su duracion é infinito en sus deseos. Ella está dotada de inteligencia, reflexion, voluntad, libertad y accion. Tiene la facultad de reprimir los apetitos desordenados del cuerpo, de pensar sobre lo presente, pasado y venidero, de comunicar cuanto piensa á los demás por medio de la palabra, de dominar á los animales y emplear á su servicio la mayor parte de las obras del Criador, conocerle, adorarle y amarle. Tertuliano la llama aspiracion del Omnipotente, soplo de su espíritu y obra de su boca ¹. Ella es tan elevada en su creacion, que es el objeto mas perfecto y de la mayor maravilla que hay en el universo. Somos todos criaturas tan maravillosas por razon de nuestra alma, que al parecer no somos mas que un punto, y somos mayores que el mundo entero. En una palabra : ella es un ser creado á imagen y semejanza del mismo Dios, como lo dice terminantemente la sagrada Escritura ², y es como la obra maestra de cuantas aparecieron en la creacion general. Tal es nuestra alma ; ella es imagen de Dios, un rayo de la Divinidad, un espejo fabricado por la mano del Omnipotente, á propósito para que reverberen en él los resplandores de los divinos atributos ; y tal es su excelente origen.

Engarzada esta brillante joya con el tosco barro del cuerpo, quedó afeada su hermosura en nuestro primer padre Adán, por el pecado que este comelió y que todos heredamos. Se rompió aquel espejo cristalino, se mutiló aquella imagen tan preciosa cayendo de la alta cumbre en que Dios la habia colocado, y quedó prendida en la

¹ Tert. lib. de Resurr. carn. c. 7. — ² Genes. 1, 26, 27.

red que el demonio le habia tendido. Cautiva bajo su dominio, yacía inconsolable sin esperanza de recobrar su primitiva belleza y su anterior libertad. ¿Quién será capaz de sacarla de aquella tan penosa esclavitud, libertarla del infernal cautiverio, y redimiéndola, constituir la en el estado en que se hallaba? ¿Y qué precio será bastante á esta redencion? En la tierra no lo habia. Si ha de salir de la cárcel de la culpa, respirar el aire libre de la gracia, y de este modo recobrar las perfecciones que ha perdido, del cielo en su caso le ha de venir el remedio. Con efecto. Habido un consejo entre las tres divinas Personas, sobre la infeliz ruina en que el hombre se habia precipitado, el menoscabo de las perfecciones de su alma y el cautiverio en que se hallaba amarrada, sentido todo un Dios de lástima ajena tan sensible, se ofrece el mismo Hijo del eterno Padre á negociar personalmente en la tierra su redencion, á sacarla de aquella infeliz cautividad no á costa de dinero, sino ofreciendo por ella hasta su propia vida, despues de sufrir fatigas penosas é indecibles, y derramar su preciosísima sangre ¹. ¿En dónde hay lengua que pueda celebrar ofrecimiento como este, ni quién será capaz de encomiar como se merece el cumplimiento de un sacrificio tan costoso por la redencion del alma? El juicio del hombre mas profundo se abisma en la contemplacion de cosas tan admirables. Sí, señores. *La Obra pia llamada de Jerusalem*, á que todos los años contribuimos en nuestra España con limosnas, nos recuerda y patentiza que en el dia se conservan aun bajo el cuidado de religiosos de nuestra nacion aquellos Santos Lugares que Jesucristo el Hijo del eterno Padre y de María Virgen santificó con su presencia personal, pisó con sus plantas soberanas, iluminó con su celestial doctrina y regó con su preciosísima sangre. Todavía se descubre y registran los ojos, enternecido el espíritu, aquel sagrado monte en donde se obró la redencion general y se celebró el rescate de nuestra alma.

Si de aquí pasamos á contemplar el destino para que fue criada y redimida, es nada menos que para ver y gozar en el cielo para siempre del mismo Dios. ¡Engrandecida sea mil veces su infinita misericordia! ¿Quién no sentirá su corazon abrasado en el amor de un Dios tan grande en su bondad, tan generoso en sus ofrecimientos, tan cumplido en sus promesas, tan magnífico en sus piedades, y tan liberal en sus dádivas? ¡Qué vision, qué gozo aquel, fieles míos! Cuando san Pedro vió el espectáculo del Tabor, le pareció que nada

¹ 1 Petr. 1, 18, 19.

ya le quedaba que desear, no obstante que no vió todo el depósito de las riquezas de Dios, ni todo el lleno de sus delicias. El conjunto de felicidad que el Señor tiene allí preparado para las almas, proveniente de su vista y posesion, abraza un cúmulo de alegría, de dicha y de gloria tan grande, que ningun entendimiento humano puede en este mundo no digo comprender, si es que ni aun idear ¹.

Ved aquí la nobleza del origen de nuestras almas, la riqueza de su valor y la felicidad de su destino. Al contemplar el esmero que el Artífice supremo puso en la fabricacion y adorno de esta preciosa joya, el cuidado que invirtió á fin de que no se perdiera, y el indecible aprecio que siempre le ha dispensado, ¿no nos evidencia bien á las claras la estimacion que nosotros debemos hacer de ella, siendo á todas horas el objeto privilegiado de nuestra solicitud, á fin de que no se pierda y se salve? Sí, fieles míos. Con este fin estamos en este mundo, y á él debe de referirse cuanto ejecutemos en él. Porque seguramente, ¿de qué nos aprovecharia, exclama el Hijo de Dios, de qué nos aprovecharia ganar todo el mundo, si á último resultado veníamos á perder nuestra alma? *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur* ²? Ciertamente que de nada; porque perdiendo nuestra alma, perdíamos lo mas precioso y estimable que hay en nosotros. Para que se os haga mas perceptible este punto tan interesante, figuraos que por andar un dia de camino, que desde el punto de la partida hasta el fin de vuestra carrera estuviera todo lleno de tropa enemiga, que puesta en dos hileras y con orden expresa de mataros, de tal suerte que supiéseis que infaliblemente habíais de morir, se os ofreciese un rico tesoro, un cúmulo de bienes excesivo ó el goce de deliciosos recreos. Siendo libres para aceptar ó no esta comision, ¿la tomaríais á vuestro cargo? Bien seguro es que no la admitiríais; y con sobrado fundamento. El que menos de vosotros discurriria de este modo: ¿para qué me servirán los caudales que me adjudiquen, los bienes que me atribuyan ó las delicias que me tengan preparadas por recompensa de la jornada que emprenda, si sé fijamente que en el tránsito de ella he de perecer, y muriendo no he de poder gozarlas? Necio seria verdaderamente aquel, decia Tertuliano, que se esmerara por adquirir una corona, sabiendo con toda seguridad que antes de conseguirla se habia de jugar la cabeza: porque perdiendo la cabeza, ¿para qué le servia la corona ³? A este mismo modo, pues, cris-

¹ I Cor. II, 9. — ² Matth. XVI, 26. — ³ Tert. ap. Ort. con. c. 3, § 2.

tiano, ¿de qué te aprovecharán las riquezas, los gozos mundanos, si por adquirir estos pierdes tu alma, y en este caso no han de ser para tí bienes, sino males? ¿Y qué comparacion hay en todo lo terreno, por rico, precioso y deleitable que sea, respecto de la alma? La hacienda de este mundo perece cuando menos se piensa. La honra se acaba y se desvanece como el viento. El cuerpo, por juvenil y vigoroso que sea, es como una flor que de la mañana á la tarde se marchita. Los deleites pasan en un instante; solo el alma, por ser eterna, es en la que se ha de fijar la atencion; la que ha de merecer todos nuestros cuidados, á fin de que no se pierda.

Segun esto, ¿qué yerro tan enorme cometen todos aquellos que teniendo una alma de tan excelentes cualidades afean su hermosura, vilipendian su precio, la sacan de su destino por someterla á la fealdad, á la bajeza y horror del pecado, despojándola de todos los primores con que el Señor la enriqueció, dejándola fea y denegrida, matándola en la vida de la gracia, sometiéndola á la tiranía del demonio, cooperando así á su ruina y eterna perdicion? ¿En qué sano entendimiento cabe, el que uno trabaje en contrario de lo que mas le importa, y á sabiendas ejecute acciones que tiendan á desviar á su propia alma de los senderos que la condujeran al logro de la posesion de Dios en la otra vida, y con pleno conocimiento trabaje en que se pierda para siempre? Bien puede decirse que el cristiano que se arroja á cometer un pecado grave de cualquiera especie que sea, sabiendo como sabe que acaso puede ser el último que cometa, y que por él baje su alma á los infiernos, bien puede decirse, digo, que ha perdido el juicio. Estos infelices pecadores no permitirian en el tejado de su casa un agujero por el que la lluvia calase de agua los aposentos, ni en la pared una brecha por la que se introdujese la frialdad del aire, la intensidad del frio ó la fuerza del calor. Un caballero no permitiria llevar un rasguño en el pantalón, ni aun polvo en sus zapatos, y hasta un labrador no consentiria en llevar la chaqueta por fuera cubierta de pajas; y estos mismos tal vez no tendrán reparo en manchar á su alma con fealdades ruines, blasfemas, rencorosas, deshonestas, defraudativas, pecaminosas en sumpo grado, capaz cada una de por sí de arruinar y perder para siempre su alma.

¡Ay cuántos de los que me oís, probablemente os veréis delineados en este cuadro, representados en este espejo tan triste! ¡Cuántos y cuántas tendréis labrada una estancia ruinosa en la habitacion de vuestro cuerpo, y destinado para vuestras almas un horroroso lugar en

el otro mundo, por los vicios enormes que os dominan y no quereis abandonar? Sí : unos por sus perjurios, otros por sus blasfemias, estos por su orgullo, aquellos por sus odios, quiénes por sus impurezas, quiénes por sus hurtos, y muchísimos por la frecuente infraccion de otros mandamientos de Dios y de su Iglesia en materia grave, portean á su alma muerta en el féretro de su cuerpo, con destino á ser sepultada entre los indecibles tormentos del infierno.

Si así lo es como hay probabilidades para creerlo, permitidme que os dirija las mismas palabras que le dijeron á Lot dos Ángeles comisionados por Dios para esta legacia. Estos, sacándolo á este Patriarca á los afueras de la ciudad de Sodoma, porque por sus gravísimos pecados iba á ser destruida, á fin de que él no pereciese en aquella triste desolacion, ó por volver á entrar en ella, ó por no apartarse lo necesario de sus cercanías, le dijeron : *Salva animam tuam* ¹. Salva tu alma. Ya sabes, por lo que acabamos de decirte, lo que infaliblemente va á suceder. Este mismo encargo, pues, es el que os hago yo, fieles míos, á cada uno de vosotros; ó por mejor decir, el mismo Jesucristo es el que me comisiona para que os lo diga, á fin de que no perezcaís espiritual y corporalmente en vuestros vicios.

Pecador : tú que ha tiempo vives enredado con esa amistad peligrosa que te ciega, cometiendo deshonestidades sin cuento y pecados horribles, rompe sus vínculos resueltamente y de una vez, suspende el pecar : pásate al partido de Dios : mira que te pierdes si por mas tiempo permaneces en esa ilícita comunicacion : infeliz, salva tu alma : *Salva animam tuam*. Tú, blasfemo que ajas y pisoteas con tu lengua infernal el santísimo nombre de Dios, de la Virgen purísima ó de los Santos, advierte que cometes un pecado gravísimo ; y esto es tan cierto, que san Juan Crisóstomo califica á la blasfemia por el mayor de los pecados ². Contempla, pues, el disparate y el yerro que cometes, blasfemando de aquel Señor que te ha criado y redimido, que te sostiene y te ha de juzgar. Repara las ofensas que le tienes hechas en esta materia. Jamás te se ofrezca en lo venidero desbocarte contra la Divinidad, contra el cielo ó contra sus Santos. Así podrás salvarte ; de lo contrario te precipitas en los infiernos : *Salva animam tuam*. Tú, defraudador de los frutos, de los intereses ó de la hacienda ajena, repasa diligentemente tu imaginacion ó liquida las cuentas á tus solas y sosegadamente, observa el perjuicio que has motivado, ó lo que has defraudado á tus hijos, á

¹ Genes. xix, 17. — ² Joan. Chrys. hom. 1 ad Pop.

los parientes ó á los extraños, sea en frutos, en dinero ó en hacienda ; y bien penetrado de la defraudacion , devuelve á la persona que tú sabes lo que de ninguna manera te pertenece : lo ajeno ni es ni puede ser propiedad tuya : reintégrole sus pérdidas : contempla que en donde no hay restitution no hay perdon : *Peccatum non dimittitur, nisi restituatur ablatum*, que dice la regla ó máxima tan celebrada del derecho canónico ¹, tomada de los escritos de san Agustin ². Mira con ojos compasivos á tu alma : procura á todo trance salvarla : *Salva animam tuam*.

Tú, cristiano, que por disposicion de Dios superas á otros en bienes de fortuna, socorre á tus hermanos los pobres, favorece á los necesitados, presta á los menesterosos, pero guárdate de la usura, porque está expresamente condenada en el Evangelio : *Mutuum date, nihil inde sperantes* ³. Son palabras de nuestro divino Redentor. Y si prestando dinero, trigo ó cebada, te has llevado alguna vez ganancia ó lucro excesivo, si quieres salvar tu alma tienes que devolverlo. No consultes estos asuntos con tu conciencia, porque no siendo muy escrupulosa y estando como estamos todos tan pegados á los intereses del mundo, ofuscada con sus grandes sombras te cegará indudablemente ; antes bien consúltalo con personas desinteresadas, inteligentes y timoratas : *Salva animam tuam*. Tú, hombre ó mujer, que no te acercas á los Sacramentos mas que de año en año ; y aun esto lo haces á duras penas, medita que estando en pecado como continuamente lo estás, Dios puede llamarte á juicio sin que te dé lugar para confesarte, como lo ha hecho con otros infinitos : así es que leemos, y tú regularmente habrás oido de que unos murieron repentinamente estando comiendo, otros estando bailando, unos durmiendo, y otros en el mismo acto que estaban pecando. Si el Señor, pues, te corta el hilo de la vida, en cualquiera operacion que estés haciendo, sin darte lugar para arrepentirte, ¿ qué será de tí ? ¿ Quieres preferir á sabiendas un gusto momentáneo á las delicias de la gloria ? ¿ Eres tan necio que por una vergüenza mal entendida rehuses el confesarte, cuando sabes que para alcanzar el perdon no dejó el Salvador en la Iglesia otro remedio habiendo copia de confesor ? No seas tan estúpido que quieras condenarte ; cuya condenacion lograrás si no te aproximas á los Sacramentos, si no detestas los pecados, si no te acompaña la gracia : mira, pues, por tu alma, y procura con vivo interés el salvarla : *Salva animam tuam*.

¹ Reg. 4 ex Sexto. — ² Aug. epist. LIV. ad Macedon. *refert Ivo* in Decreto, part. 13, c. 4, et part. 15 et 25. — ³ Luc. VI, 35.

En una palabra, fieles míos, ningún pecador puede salvar su alma, si no sale del terreno de la iniquidad, así como Lot no se hubiera salvado del incendio sin salir del recinto de Sodoma, y sin retirarse lo bastante de sus cercanías. ¿Qué haces, pues tú, cristiano que me oyes, y que yaces abismado en el cieno de las culpas: en qué piensas, qué presumes, y qué es lo que te prometes viviendo como vives? *Expergiscere ó homo*, te diré con san Leon, *et dignitatem tuæ ignosce naturæ* ¹. Despierta de ese profundo sueño en que te hallas dormido: despeja tus sentidos: aviva tus potencias para conocer el riesgo en que tienes á tu alma, y el infeliz paradero á que la destinás en la otra vida. No la quieras perder por una cosa que nada vale, respecto de la importancia de su salvacion; y que de malograrla llorarás algun dia inconsolable, y aun más tristemente que Jonatás cuando se vió condenado á la pena de muerte, por no haberse negado al gusto de una poca miel. ¡Ay de mí infeliz! dirás como aquel príncipe: ¡ay de mí infeliz, y qué caro me cuesta un deleite tan ligero! *Gustans gustavi... paululum mellis, et ecce ego morior* ². Considera que apenas hay parte principal en tu cuerpo, que Dios no te la haya duplicado. A todos nos dió dos ojos, dos oídos, dos conductos para oler, dos manos y dos piés; perdiendo ó inutilizándose una de estas partes, podemos consolarnos de que nos queda otra; pero almas no nos ha dado sino una sola: y si esta la pierdes, te diré con san Juan Crisóstomo, de quien es esta consideracion, ¿cómo vivirás ³? Que es lo mismo que comprende aquella tan sentenciosa letrilla que en otro tiempo oíamos á los misioneros: *Una alma tienes, y no mas; si esa pierdes, ¿qué harás?* Pero ¿qué has de hacer, sino condenarte y zabullir tu alma en el infierno para que allí arda para siempre? No seas, pues, tan necio que quieras, apetezcas y busques de intento su condenacion, por no mortificar ahora tus pasiones, por no reprimir tus criminales deseos, ó por no privarte de un deleite sensual y en un momento transitorio. ¡Ay qué ceguedad seria esta tan lamentable! ¡Qué desatino tan clásico, y qué suerte tan infortunada por toda una eternidad!

Despierta, pues, te diré concluyendo la reflexion del papa san Leon, despierta, cristiano, del sueño en que yaces: abre los ojos de tu entendimiento y advierte la dignidad de tu alma. Ella fue criada por Dios en un todo hermosísima; ha sido redimida con la preciosa sangre del Cordero inmaculado: por manera que mucho valen los

¹ Leo, serm. VII de Nativitate. — ² I Reg. XIV, 43. — ³ — Joan. Chrys. Orat. de Anim. et hom. LVI in Matth.

Ángeles, los Querubines y Serafines ; pero no le costaron tanto á Dios como le costó nuestra alma ; pues por ella vino á este mundo, por ella se fatigó, y en bien de ella sacrificó su sangre y su vida, hasta morir en un patíbulo. Todavía mas : el mismo Dios se le ofreció por premio prometiéndola una gloria indecible en el otro mundo, para cuyo efecto crió ese cielo, que estando á campo raso divisas tan elevado sobre tu cabeza, y que si llegas á salvar tu alma ha de ser peana de tus piés. ¿Cuánto, pues, no debes trabajar, y qué es lo que no debes sufrir por su logro ? *Si vis sustinere laborem attende mercedem*, te diré por último con el grande san Agustin ¹. No pierdas de vista aquel distinguido premio que te tiene reservado en la patria celestial, y esto te hará llevaderos todos los trabajos, privaciones y penalidades que puedas sufrir en este mundo : allí verás á Dios como es en sí ² ; y esta su vista y fruicion te hará feliz y bienaventurado por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el dolor que nos acompaña por tantas y tan negras ofensas como hemos cometido contra Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : es tan grande la estimacion de nuestra alma, que el mundo entero no es equivalente á su precio : así es que cuando la quisisteis rescatar no dísteis por ella el mundo, la tierra ó el mar, sino el precio infinito de vuestra preciosísima sangre. Y siendo esto así, ¿cómo he sido yo tan negligente, tan descuidado y aun tan enemigo de ella, que orillando su aprecio, olvidando lo que vale, léjos de procurar con interés su salvacion, no he hecho mas que tirar á perderla y condenarla con mis depravados pensamientos, con mis licenciosas palabras y con mis malas acciones ?

¡Ay mi amable Redentor ! ¡qué carrera de perdicion ha sido la que he cursado ! ¡ cuántas ofensas he cometido ! ¡ qué desprecios tan visibles y desatentos he hecho de Vos ! Sí : ahora conozco y confieso, que de día y de noche debía llorar todos mis desórdenes con vivas lágrimas de dolor. Así podia prometerme el que me indulgenciárais los crímenes con que he afeado mi alma, y con los que os he agraviado indignamente. Cierto es que no merezco perdon sino un castigo severo ; no gracia sino condenacion eterna ; pero en fuerza

¹ Aug. in Psalm. xxxvi. — ² I Joan. iii, 2.

de vuestra bondad que es infinita, y de vuestro amor que es inmenso, sois indulgente con el arrepentido : y ya que lo habeis sido con una larga série de pecadores, sedlo tambien con este infeliz para que no se diga que perecí, y que no encontré asilo de proteccion en vuestra piedad ; y para alcanzarlo mejor, yo detesto todas mis culpas por ser ofensas contra Vos ; diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado : que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA CUARTA DESPUES DE PENTECOSTES.

El trabajo debe referirse á Dios, para que sea meritorio para el cielo.

Per totam noctem laborantes nihil cepimus.
(Luc. v, 5).

Á pesar de haber trabajado toda la noche,
nada hemos cogido.

Toda la vida del hombre está concretada á una variedad admirable de ideas, de planes, de miras, de temores y cuidados. Llevados unos del pensamiento de poderse alimentar y sostener su familia, otros con el de conseguir un empleo, estos de mantener sus bienes, aquellos de hacerse con fincas, quiénes por adquirir ciencia, quiénes por acopiar dinero, y todos en una palabra por aumentar su fortuna, pasan el tiempo ejercitando su imaginacion y aun fatigándola con una seguida de cuidados continuos, eslabonando un pensamiento con otro, y sucediéndose á una otras mil ideas y ocupaciones. Es una verdad esta tan constante y evidente, que ninguno podrá menos de testimoniarla. Tan pronto como uno se dedica á pensar cómo alcanzará lo que desea, ya ejercita su fantasía en el modo con que lo ha de conservar; á muy luego le asalta el pensamiento de qué medios echará mano para adelantar; seguidamente ya se ocupa en la idea de cómo lo podrá defender, y por último no se olvida de la forma en que lo ha de gozar. Hé aquí por un comun las solicitudes y empleos de la vida humana. Estas ocupaciones son las que á la mayor parte de los hombres los tienen en un incesante ejercicio, sin que les dejen tiempo para pensar en lo que mayormente les conviene. Negocios sucesivos, viajes frecuentes, vigiliass repetidas, afanes incesantes, solicitud continua, hé aquí la ocupacion de muchos. Entre tanto se pasan los dias, las noches y las horas, sin referir estos trabajos y ocupaciones á Dios, cuando para sacar algun provecho del tiempo empleado en una tan variada sucesion de cosas, debieran ofrecer al Señor todos sus pensamientos, sus deseos y acciones. Por no cumplir este deber, llegan al último

de sus dias, despues de haber trabajado mucho en este mundo sin tener el consuelo de haber acopiado méritos para el cielo. Su vida, es verdad, si la examinan, la hallarán sembrada de ocupaciones y de ejercicios continuos; pero sin tener el gusto de encontrar en ella otro fruto que un cúmulo de iniquidades. Repasarán su memoria y hallarán pensamientos, deseos, conversaciones, tertulias, entretenimientos, placeres, ratos de juego y tambien de ocupaciones serias; pero las obras meritorias de vida eterna no las encontrarán, porque no las hicieron: solo tendrán el desconsuelo de considerar al fin un tiempo del todo malogrado y perdido, siendo así que pudieran haberlo aprovechado en bien de su alma. Habiendo pasado toda su vida en medio de incesantes afanes y de un asiduo trabajo, la encontrarán toda transcurrida en una perniciosa inutilidad para el cielo, pudiéndoles decir lo del profeta Ageo: *Seminastis multum et intulistis parum* ¹. Mucha siembra de trabajos habeis hecho en este mundo; pero harto poca es la cosecha de virtudes que habeis recogido. Los Apóstoles toda una noche trabajaron en la mar, como (hoy) nos dice el Evangelio, con objeto de hacer una pesca; pero por entonces en vano fue todo su trabajo, infructuosos todos sus esfuerzos y afanes, hasta que echando las redes por mandamiento y en nombre de Jesús; consiguieron con abundancia lo que antes habian apetecido y no habian podido lograr. Ved aquí delineado el modelo de la direccion de nuestros trabajos en este mundo, y marcada la senda que debemos de seguir para alcanzar el logro de lo que puede hacernos felices para siempre. Sí, señores. *El trabajo debe referirse á Dios, para que sea meritorio para el cielo.* Esto es lo que me he propuesto demostraros ahora. Mientras lo hago con el favor divino, estad atentos.

Si yo, al prescribiros en este dia la marcha que debeis seguir, para que vuestras ocupaciones sean conducentes y de utilidad para el logro de una bienaventuranza eterna, exigiere de vosotros el que desterrando todo trabajo corporal, os ocupárais únicamente en obras de devocion, ó que estuviérais todos los dias en la iglesia desde la mañana hasta la noche, atendida la clase en que os hallais y el estado que habeis abrazado, justamente me podiais reconvenir de que trataba de exoneraros de una carga que el Criador ha impuesto á todos, y de la que nadie puede eximirse. Cuando yo digo, fieles mios, que debemos referir á Dios nuestros trabajos, si queremos

¹ Aggai, 1, 6.

que nos sean de utilidad para la consecucion del cielo, no es mi intento relevaros absolutamente del trabajo corporal. Sé muy bien que esta es una carga que gravita sobre todos, que anda inherente á nuestra naturaleza, y que como ley que nos impuso el Criador, estamos en el deber de llenarla, cumpliendo así la voluntad de Dios, y haciéndonos gratos á su divina Majestad: de lo contrario, seria querer permanecer ociosos, cuando estamos obligados á desterrar de todas veras la ociosidad, como que es un vicio corruptor de las buenas costumbres, escuela de la malicia ¹, peste de los pueblos, y ruina de los Estados. La ocupacion del hombre en la tierra es el trabajo: este es patrimonio inherente á su nacimiento, como dice la sagrada Escritura: *Homo nascitur ad laborem* ².

Criado por Dios nuestro primer padre en un estado perfectísimo de inocencia, adornado de la justicia original y de un cúmulo inexplicable de virtudes, recibió orden del Señor tan pronto como lo puso en el paraíso terrenal, que se ocupase en su cultivo y en su guarda ³. Es muy cierto que entonces el trabajo invertido en cultivar aquel jardín de delicias no le era molesto, sino suave, grato, deleitable y en un todo conforme con aquel estado feliz de santidad en que habia sido criado. Quando empezó á serle penoso fue despues que rebelándose contra el Criador, y menospreciando sus órdenes, traspasó el formal y único precepto que le impuso de no comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Entonces fue cuando Dios haciendo recaer su maldicion sobre la tierra contaminada por el pecado de Adan, condenó á este y á todos sus descendientes á un trabajo penosísimo que aparece en todos nosotros al nacer, que nos acompaña por todos los dias, y no nos desampara hasta la muerte. A fuerza de un trabajo continuo por todos los dias de tu vida (le dijo Dios al primer hombre, y en él á todos nosotros), te producirá la tierra el sustento para poderte alimentar, y no conseguirás el mantenerte sino con fatiga, derramando el sudor de tu rostro ⁴. Siendo esta pena general, á todos comprende; ninguno puede eximirse de ella; porque todos somos pecadores, y fue impuesta en castigo del pecado.

Sin embargo de ser esta una ley que con todos habla, y á todos obliga, vemos siempre con sentimiento, alguno que otro semejante á aquellos de quienes se lamenta san Pablo en su segunda carta á los de Tesalónica ⁵, que desentendiéndose de una obligacion tan es-

¹ Eccli. xxxiii, 29: — ² Job, v, 7: — ³ Genes. ii, 15.

⁴ Genes. iii, 17, 19. — ⁵ II Thes. iii, 11.

pecial ; andan en brazos de la ociosidad , de aquí para allí , sin hacer quehacer alguno ; ó mas bien , ocupándose en mirar y en inquirir ; en llevar y traer : pasando revista , digámoslo así , á toda la vecindad ; descubriendo los vicios de unos y satirizando la virtud de los otros ; disminuyendo las prendas de este , y agrandando las faltas de aquel ; invirtiendo el dia en cosas que nada les atañen ; tomando empeño en ventilar asuntos ajenos , y aun inventando chismes acomodados para turbar la quietud de las familias ; no empleando otro trabajo que en indagar qué hace este , y en qué se ocupa aquel ; teniendo un esmerado prurito en saber y publicar los genios de las personas , los desórdenes de las casas , las caidas de unos y el mal gobierno de otros. Semejantes sujetos desde luego se conoce que por la ociosidad en que pasan los dias enteros , con el agregado de ajar conductas ajenas , son muy perjudiciales á la sociedad , dignos de castigo delante de Dios y de los hombres.

Hay otros por el contrario que odian en extremo la ociosidad ; y por lo tanto trabajan tan de continuo , que nunca se les ve parados. Veréis comerciantes tan embebidos en el trabajo de comprar y vender , que no cesan un momento en sus negocios , giros y tráficos. Magistrados hay que consumen su salud , y fatigan notablemente su vista por el penoso trabajo que llevan en penetrarse á fondo de las leyes y resolver las causas civiles y criminales en los estrados de las audiencias. Artesanos que se entregan tan de lleno á sus respectivos oficios y ocupaciones , que desde que se hace de dia hasta que anochece no cesan de trabajar con ahinco y el mas decidido empeño. ¿Qué diré de los labradores? Son tan continuos en sus trabajos , que nunca los vemos sino afanados con el cultivo de sus tierras , en la siembra y recoleccion de frutos. En una palabra : los unos abrigan en su corazon el pensamiento de sus tráficos y empresas : otros sus pleitos : este sus placeres : el otro su fortuna ; y hé aquí que toda su vida la pasan en una continua agitacion , en un incesante trabajo invertido en idas y venidas , en rodeos y afanes , con el fin de negociar cada uno lo que intenta. Su idea culminante en casi todos es el engrandecimiento temporal : todas sus miras las concretan por lo tanto á los intereses de la tierra ; y de aquí resulta que aunque evitan el escollo de la ociosidad , se lanzan en un trabajo penoso , sí , pero de ninguna utilidad para el cielo ; porque no teniendo en sus variadas ocupaciones otra mira que el interés mundano , se entregan de lleno á su falaz explotacion , y aun cuando adelanten en su fortuna , es harto triste esta ventaja ; porque á últi-

mo resultado perecerá juntamente con ellos, sin serles de ningun provecho para la otra vida. La mayor parte de los mortales van, vienen, trabajan, se fatigan, discurren, obran, corren de aquí para allí, no paran de dia ni aun de noche; están en un incesante movimiento; pero en todas estas gestiones que practican, como terrenas que son y sin que les ocurra el ofrecerlas á Dios, no encierran merecimiento el mas mínimo para el alma; resultando de aquí que todos sus pensamientos, cuidados, vigiliias, proyectos, afanes y trabajos, todas sus idas y venidas, todo en fin es perdido para el cielo.

Ved aquí una vida empleada toda en un trabajo continuo, que muchos la tendrán por buena, como conforme con aquella ley divina de comer cada uno el pan con el sudor de su rostro; pero bien os puedo decir con palabras del Espíritu Santo, que esta vida por mas laboriosa y arreglada que os parezca conduce á la perdicion: *Est via, quæ videtur homini justa: novissima autem ejus deducunt ad mortem* ¹. Bien sea que sus ocupaciones incesantes tiendan al logro de los placeres, bien á la distincion de los honores, ora á la consecucion de los empleos, ora al engrandecimiento de su temporal fortuna, siempre se halla en esta su laboriosidad un pensamiento vano, un deseo estéril, que tiene de continuo embebido al hombre en aquella idea; de tal suerte que lo trae gloriosamente enajenado, saboreándose con aquella expresion halagüeña con que el enemigo hizo prevaricar á nuestros primeros padres. *Eritis sicut Dii* ². Expresion tan engañosa en el estado de la inocencia, como en el de la corrupcion. Si yo alcanzo lo que deseo, se dice interiormente cada uno de estos, si con el trabajo que empleo logro los gustos que apetezco, la dignidad que solicito, el honor que busco y el aumento de bienes que imagino, nada me resta que desear: tendré el placer que ha de satisfacer mis deseos, me veré rodeado de la gloria que acompaña á los que ocupan altos destinos, ó de ser temido y respetado por mis riquezas, y de que muchos me rindan sus humillaciones. Seré mirado como una deidad en este mundo: *Eritis sicut Dii*.

Este es un error dorado, fieles mios, que deslumbra á la mayor parte de los mortales; que ha precipitado á muchos en el seno de una eterna infelicidad, y que igualmente os precipitaria á vosotros, si deslumbrados con el oropel que os pudiera proporcionar vuestro trabajo, no regulais este del modo que Dios ordena. Si ignorais en

¹ Prov. xiv, 12. — ² Genes. iii, 5.

este punto cómo os habeis de dirigir, yo os lo marcaré ahora, para que sepais lo que Dios exige de vosotros tocante á este particular, á fin de que los sudores que empleeis os puedan producir ventajas mas estables, y de mayor felicidad que cuantas este mundo falaz os pueda prometer: *Indicabo tibi ó homo quid sit bonum, et quid Dominus requirat à te* ¹.

Estrechados á trabajar en este mundo, es preciso que aun antes de emprender el trabajo os acompañe una recta y sana intencion en las obras en que os vais á emplear: que fortificándoos preventivamente con la señal de la santa cruz, y adornada vuestra alma con la rica vestidura de la gracia, deis principio á vuestras obras ofreciéndoselas á Dios, refiriendo á él cuantos adelantos hagais en ellas, magnificándole con buenos pensamientos y buenas palabras, regulando siempre todas vuestras ocupaciones con moderacion y prudencia. Obrando así, santificaréis vuestro trabajo, el Señor bendecirá vuestros sudores, y cuanto hagais será meritorio y útil para el cielo. Esta es la voluntad del Señor: el que no la llenare en la forma que se prescribe, tendrá el desconsuelo de ver al fin de sus dias amontonado con su trabajo, no un acopio de méritos que lo salven, sino un monton de leña, por decirlo así, que condenado, sirva para abrasarlo eternamente con un fuego inextinguible. El literato que consume sus dias en los libros, que no cese de trabajar en este género, adquiriendo á fuerza de malos ratos, de privaciones y vigili-
as, un caudal de vastos conocimientos, como este trabajo no lo haya emprendido con una recta intencion, como no busque en el estudio la gloria del Señor, como no le ofrezca sus tareas literarias, y como no las ejecute en gracia, toda su ciencia será necedad delante de Dios. Sus producciones serán de ningun mérito ante sus divinos ojos, y de nada le servirán para lo que mas le importa, que es el logro de su eterna salvacion. Hechas sus obras en pecado, no han tenido el principio de la vida espiritual que es la gracia, y por lo tanto no recibirá en el cielo recompensa alguna. Así, pues, los sudores que invierte el labrador en el cultivo de la tierra, á fin de que le rinda lo necesario para sustentar su casa y familia, las fatigas que sufre un jornalero para poderse adquirir un pedazo de pan, las penalidades que tolera un pordiosero infeliz, que para sostener su vida se ve estrechado á mendigar de pueblo en pueblo, cuanta trabajosa solicitud emplean un padre y una madre para dar alimen-

¹ Mich. vi, 8.

te á sus hijos, cuanto hace un artesano, un comerciante, un juez, un sacerdote para llenar las funciones y deberes de su respectivo estado y ministerio, si no lo hace con sana intencion, teniendo á Dios presente en todo cuanto ejecuta, si no le glorifica tanto en lo adverso como en lo próspero; y sobre todo, si no evacua su trabajo en gracia ó libre su alma de pecado, todo cuanto haya hecho y haga estará vacío de mérito.

Si el uno estudia y escribe solo por lucir y adquirir crédito, si el otro derrama su sudor en los campos con la idea afanosa de levantar su fortuna para figurar altamente segun su esfera, dejándose arrastrar del amor excesivo de los bienes de este mundo, sin consideracion alguna á la moderacion y á la prudencia: si este en vez de contemplar en el trabajo que desempeña, que Dios está presente en todo cuanto ejecuta, y por lo tanto que nada debe hacer que desdiga ó se oponga á su santidad, orillando esta tan saludable consideracion, profiere palabras descompuestas ó soccos; si montado en cólera, prorrumpe en jaramentos y maldiciones; si aquel, oprimido por su indigencia viéndose estrechado á pedir una limosna de puerta en puerta, en vez de conformarse con un estado lleno de privaciones, y que tolerándolas con resignacion y ofreciéndolas al Señor, lo harian muy acepto ante sus divinos ojos, perdiendo la paciencia reniega de su suerte, maldice el dia en que lo vió nacer, y desavenido con las disposiciones de Dios, envidia la fortuna ajena, y no se llenaria su codicioso corazon por muchas riquezas que poseyera, ved aquí una vida la de todos estos infelizmente malograda, y un trabajo tan poco consistente y tan frívolo como la tela que fabrican las arañas, como dice la divina Escritura ¹. Trabajo del todo infructuoso, de ningun provecho para la salvacion del alma y enteramente inútil para la consecucion del cielo.

Poned los ojos en aquel rico de que nos habla el evangelista san Lucas ²; y veréis en él prácticamente demostrado lo que os predico. Habiendo este llegado á la consecucion de una alta fortuna, ya le pareció que habia logrado una felicidad descansada para su cuerpo, y saludable para su alma; pero ¡cuán diferente es la balanza del Señor al pesar las obras de los mortales y al quilatar el mérito de sus trabajos! Viéndose rodeado de intereses, lleno de conveniencias, abundando en granos y en toda clase de provisiones, dice á su alma con una estúpida satisfaccion: Descansa, alma mia, come, be-

¹ Isai. LIX, 5. — ² Luc. XII.

be y banquetea : *Requiesce, comede, bibe, epulare*. Estas palabras, fieles mios, podrian sonar bien, á no haber una vida futura despues de la presente : podria uno decirlas á su alma, cuando esta muriera juntamente con su cuerpo ; cuando todo terminara con el tiempo presente sin haber eternidad ; cuando no hubiera cielo que esperar ni infierno que temer ; en una palabra, cuando todo terminara con la vida que llevamos ; pero siendo constante que nos espera á todos despues de los dias presentes una vida interminable para siempre feliz ó para siempre desgraciada ; cuando nuestra alma es muy diferente de nuestro cuerpo, pues aunque este perece, aquella no puede morir por ser inmortal ; cuando un cielo nos aguarda si hemos correspondido á los fines que Dios se propuso en nuestra creacion, ó bien nos espera un infierno eterno si nos desviamos del punto cardinal á que debemos de caminar ; ¿ cómo era tan insensato este rico que se prometiera seguridad por largos años, y como si tuviera una alma de cerdo la estimulase á vivir en delicias y comilonas, como si esto fuera capaz de labrar y producirle un eterno descanso ? ¡ Ah ! no dudo, fieles mios, que todos vosotros lamentaréis el fanatismo de este hombre rico, reputándolo por el mas estúpido de los hombres, al figurarse que con la herencia de sus bienes, el trabajo que invirtió y la industria que puso en su conservacion y aumento, ya lo tenia todo logrado. El mismo Dios lo calificó de necio é insensato ; *stulte* : y así, ni mas ni menos, os calificará á todos cuantos de vosotros empleeis vuestro trabajo, vuestra industria, sin consideracion á lo que mas os importa, que es la consecucion del cielo mediante los méritos que pudiérais acopiar en el tiempo presente, si emprendiérais y desempeñárais los respectivos trabajos en que os ocupais, como ley penal, sí, que os impuso el Criador, pero refiriéndolos á él, ejecutándolos prudentemente, y tributándolos á gloria del mismo Dios : Jesucristo nos dice expresamente en su Evangelio ¹, que cada uno recibirá la recompensa que en su trabajo se haya propuesto ; vana si hemos sido vanos, dice san Agustin : *vani, vanam*. Toda esa continua agitacion en que vivís, si no tiene otro principio ni otra tendencia que la de adelantar y enriqueceros ; si vuestros cuidados y ansiedades no reconocen otra regla que el amor propio, el lucimiento, el goce del placer ó las riquezas ; en una palabra, si todos vuestros proyectos, empresas, afanes, sudores y trabajos, si vuestras idas y venidas no reconocen otro fin que

¹ Matth. vi, 1.

el mundo, todo cuanto haceis y en cuanto os empleais, solo os puede servir para envejeceros y fatigaros en esta vida ; pero, lo que es aun mas sensible, para haceros desgraciados en la otra, en que Dios vengará la injuria que le habeis irrogado, no poniendo en él vuestro último fin, cuando él debe ser el punto á donde debemos tirar todas nuestras líneas, el blanco á donde debemos dirigir todos nuestros pensamientos, el término á donde debemos encaminar todos nuestros pasos, y el fin á donde debemos ordenar todas cuantas obras practiquemos en este mundo.

Rectificad, pues, fieles míos, vuestra conducta : no os glorieis con vuestros trabajos y adelantos, porque si no los haceis con una buena intencion, en gracia y con referencia á Dios nuestro Señor, glorificándole por la salud en que os mantiene, por las fuerzas que os comunica, por la industria que os proporciona, por el acertado giro que da á vuestros negocios y por los adelantos que ha querido hagais, todos vuestros trabajos y esmero no son mas que labores corruptibles que acabarán en el dia de vuestra muerte, y en él pereceréis tambien vosotros que los hicísteis ¹. En un error muy grande incurriréis, consumiéndoo inútilmente en un trabajo necio, como lo llama la sagrada Escritura ² ; en un trabajo vano que no os puede dar la mas mínima esperanza de un galardón eterno, que es lo que mas importa. Ocupaos, pues, en el trabajo con pureza de intencion, libres de pecado, encaminando siempre á Dios vuestras fatigas y glorificándole en vuestros sudores : así podréis estar asegurados en que Dios os lo premiará con el glorioso fruto de la vida eterna ³. Obrando de este modo, recibiréis premio, no de gracia, sino de justicia, como dice san Pablo ⁴. Recibiréis por premio, como dice el mismo Apóstol ⁵, una paz dichosa, un honor el mas sublime y una felicidad sin fin en la gloria celestial, que os constituirá bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora el dolor que nos acompaña por tantas ofensas como hemos cometido contra Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si la primera virtud de un cristiano, y la que comprende todas las demás, es vivir como caminante sobre la tier-

¹ Eccli. xiv, 20. — ² Exod. xviii, 18. — ³ Sap. iii, 15. — ⁴ Rom. iv, 4.
— ⁵ Rom. ii, 10.

ra, y no tomar parte cuanto menos embobarse en los negocios é intereses del mundo, mirándolos como si fuéramos extranjeros en él, ¿cómo es que me he abalanzado y metido en el afecto de sus cosas y placeres, descuidando de lo que mas me interesaba y ofendiéndolos á cada paso?

¡Ay mi amable Redentor! ¿qué descuido por mi parte acerca de los intereses del cielo, y qué desatención tan horrenda en disgustares con mis pecados! Yo confieso que no eran bastantes todos los rayos de vuestra divina justicia para castigarme como merezco, en vista del desprecio que he hecho de Vos, volviéndoos las espaldas, cuando amoroso me llamábais para que no me perdiera, y yo engolfándome en los vicios, buscando mi propia perdición. ¿Y no había de llegar día, Señor, en que abriese los ojos de mi alma, saliendo del lodazal de las culpas, y detestándolas de tal suerte que formase la resolución de no volverlas á cometer? Sí: este día ya llegó: hé aquí la hora en que odiando todo lo malo por ser ofensivo á Vos, detesto mi ceguedad, mis extravíos, y cuantas culpas he cometido, desde que la malicia apuntó en mi entendimiento; diciendo de todas veras que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA QUINTA DESPUES DE PENTECOSTES.

Cuán necesaria y saludable es la reconciliacion entre las personas que se contemplan ofendidas.

Vade prius reconciliari fratri tuo. (Matth. v, 24).

Vé antes á reconciliarte con tu hermano.

Dios crió todas las cosas con su divina omnipotencia ; y con su alta é infinita sabiduría ordenó el modo de mantenerlas en un estado perfecto, y el de conducir las á su respectivo fin por los medios proporcionados á la naturaleza de cada una. Así vemos que el sol, la luna, los astros y las estrellas, despues de tantos siglos como hace que fueron criados, y ruedan en la bóveda del cielo, guardan siempre unos arreglados movimientos, girando de continuo en la sucesion de dias y estaciones con un orden tan admirable, como nunca desmentido. Este concierto tan constante y uniforme quiso el Señor grabar en todas las cosas, haciendo que mutuamente se sostuviesen y ayudasen, no obstante la diferencia y aun contrariedad que abriga algunas respecto de otras ; encadenándolas de tal suerte, que nunca chocasen desquiciando ó rompiendo la buena armonía que debia reinar entre ellas.

Si de aquí nos convertimos á las criaturas racionales, no podremos menos de conocer el acertado gobierno con que las conserva y dirige, constituyéndolas desde un principio con tan soberana maestría, que del buen concierto que entre ellas reinara dependiese su estabilidad, su bienestar y su descanso en este mundo, siendo esta buena relacion y mútuo concierto el principio, y como un remedo de la union que ha de reinar en la gloria. No desconociendo los funestos males provenientes del choque de unos contra otros, y de la desunion de estos y aquellos, cifró el reposo, el bienestar, la virtud, y aun la felicidad de hombres y mujeres, en la buena armonía que entre ellos reinara.

Esta union la consolidó mas y mas Nuestro Señor Jesucristo, cuando entre las reglas de moral que publicó en la tierra, prescribió é inculcó el precepto del amor del prójimo : es decir, el buen comportamiento que todos habian de tener, la buena armonía que en todos habia de reinar, la union íntima que los habia de tener enlazados : en una palabra, la sincera estimacion que debian profesarse los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños, los monarcas y los vasallos, los hombres y las mujeres, haciendo así de la tierra una antesala del cielo : y fondeando bien de lleno el corazon humano, conociendo sus flaquezas, sus desvíos, propasándose á las veces á proferir unos contra otros palabras desabridas, á tener diferencias estrepitosas, á lanzarse injuriosos desprecios, y aun hasta llegarse á las manos con riñas violentas, no solamente ordenó el que no abrigásemos queja ni resentimiento alguno con nuestro prójimo, si es que se adelantó á mandarnos como vemos (hoy) en el Evangelio, el que sabiendo de que una persona, sea la que fuere, abrigase incomodidad, estuviese resentida ó agraviada contra nosotros, por haberla motivado alguna ofensa, el que estábamos obligados á reconciliarnos prontamente con ella. *Vade*, nos dice, *reconciliari fratri tuo*. Ved aquí, fieles mios, una obligacion solemnemente impuesta, reencargada á todos, y que mediante las expresadas circunstancias debemos llenar cumplidamente segun el precepto del Señor, si queremos ser felices por toda una eternidad. Me ocuparé, pues, ahora en hablar de esta materia, haciéndoos ver *cuán necesaria y saludable es la reconciliacion entre las personas que se contemplan ofendidas*. Mientras os lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

La luz natural, que es aquella antorcha resplandeciente que el Criador impresionó en todos nosotros, como dice el real Profeta ¹, fácilmente nos hace conocer, que además de la sociedad doméstica de marido y mujer, ó de padres é hijos, es necesario y muy conveniente el que las personas y las familias se reúnan en sociedad, donde unos manden y otros obedezcan. De este modo queda enfrenada la usurpacion que pudieran hacer violentamente los fuertes, protegida la propiedad de los débiles, y afianzada la conservacion de la vida, de la libertad y de los bienes, viviendo todos tranquila y seguramente, disfrutando de la felicidad á que puede llegarse en la tierra. Con el brillante resplandor de aquella luz soberana, grabada en el corazon del hombre, llega este á conocer y á diferenciar lo

¹ *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine.* (Psalm. iv, 7).

bueno de lo malo, lo justo de lo injusto ; intimándole la obligación de seguir y ejecutar lo justo y lo bueno, respectivamente á sí y á los demás ; y apartarse de lo malo é injusto, tanto por lo que á él atañe, como en relacion á todos los otros.

Viniendo Jesucristo al mundo á establecer una nueva religion, aclaró y perfeccionó mas y mas estos deberes, viviendo en sociedad, sumiso obedientemente á los imperantes, y haciendo bien á toda clase de personas. El amor de los hombres lo trajo al mundo, y este amor de que estuvo siempre enardecido, es el que inculcó á todos mandándoles que lo manifestasen mutuamente unos con otros, sin exclusion de personas, por mas que fueran de diversos países, lenguas y naciones ; comprendiendo á todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, parientes y extraños, amigos y enemigos, buenos y malos, cristianos é infieles. Jesucristo renovó la ley. Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos ¹. Él nos enseña en qué consiste este amor. Haced á los demás lo que quisiéreis hicieran á vosotros mismos ². Amaos los unos á los otros, como yo os he amado ³. Si se analizan bien estas palabras, en ellas se encuentra un precepto que nos prohíbe perjudicar y ofender, humillar y contristar á nuestros semejantes : un precepto que nos ordena el perdón y el olvido de las injurias que se nos irroguen ; la conmiseración, la dulzura, la indulgencia respecto de las faltas de los demás : en una palabra, no solo los sentimientos de benevolencia, sino todas las acciones que la demuestran : los consejos, los beneficios y los auxilios. Este es el precepto que nuestro adorable Redentor llamaba *suyo* ⁴, no porque no diese otros, obligándonos á la observancia de ellos, sino por ensalzar á este sobre los demás, como que es el mas necesario de todos para el cristiano ⁵.

Y á la verdad, que reconociendo todos, como reconocemos, un mismo origen, teniendo idéntica naturaleza y propendiendo á un mismo fin, siendo todos hermanos, como que tenemos un mismo Padre en los cielos, siendo miembros de un cuerpo en la tierra, y debiendo todos aspirar á la feliz consecucion de la gloria bienaventurada, nos debemos amar mutuamente sin hacer cosa que tienda á alterar el buen orden de la sociedad, esmerándonos porque reine la paz en nuestros pueblos, procurando la armonía en nuestras casas, la concordia con los vecinos, y nuestra benevolencia para con todos.

Sin embargo de ser estas unas obligaciones tan serias y tan im-

¹ Matth. xxii, 39. — ² Matth. vii, 12 ; Luc. vi, 31. — ³ Joan. xiii, 34. —

⁴ Joan. xv, 12. — ⁵ Véase á Maldonado in Joan. xv, 12.

portantes, ¿cuántos no vemos con el mayor sentimiento que no solo impensadamente, si es que de acuerdo y á sabiendas barrenan imprudentemente este tan sagrado deber? Sí, señores. Algunos, rasgando con descaro el vínculo del amor recíproco, que nos debe tener unidos con estrechez y enlazados con la mejor armonía, se adelantan con perjuicio de su eterna salvacion á arrojar discordias en la sociedad, á sembrar zizaña en los pueblos, á turbar la quietud de las casas, el reposo de las familias y la tranquilidad de los vecinos, irrogándoles ofensas ó injurias, que sacándolos del centro pacífico en que se hallaban, por no tener una paciencia cristiana quedan tan agravados y resentidos, que desde aquella fecha erigen en su corazon un trono al enfado, al resentimiento, y aun á la venganza si les es posible. Desde entonces veréis á estas personas odiándose sobremanera, rompiendo toda comunicacion, esquivando su mútuo encuentro, aborreciéndose de veras, y declarándose para lo sucesivo, en lo que cada una pueda, una guerra cruda y encarnizada. Desde aquel instante empiezan á desacreditarse con palabras, á sospecharse una de otra en sus pensamientos, á receharse de sus acciones, á procurar perjudicarse, y á dèsearse mútuamente su ruina. ¿Dónde está, fieles mios, en estas personas el precepto del amor? ¿Dónde el respeto y la obediencia con que deben someterse rendidamente á lo que previene y con rigor manda nuestro soberano Legislador? No se le ocultaba á nuestro redentor Jesús, que siempre habria algunos que con desprecio de su soberana Majestad, é indiferentes por lo tocante á su eterna salvacion, conculcarian este tan saludable precepto; y ved aquí por qué mandó tambien rigurosamente la reconciliacion á los que estuviesen desavenidos ó enojados por causa de alguna palabra imprudente, despreciativa ó injuriosa que uno hubiese proferido contra otro, ó por razon de algun perjuicio que le hubiese irrogado. Tocante á este último extremo, ya sabeis, ó debéis de saber, que siempre y cuando uno ha perjudicado á otro, queda siempre obligado á repararle el perjuicio, á indemnizarle con una equivalente restitucion; porque si no restituye no se salvará; pues no habiendo restitucion no hay perdon. Esta es obligacion de todos los dias, de todas las horas y de todos los instantes.

Empero no nos desviemos del primer extremo, ya por ser mas comun, ya tambien por ser mas propio del Evangelio (de este dia) que me he propuesto explanaros. Cuando una persona, pues, se porta ingrata ó pérfidamente contra otra, siempre le aconsejaré á esta última el deber en que está de no dar lugar en su corazon al

enfado, á la ira ni á la venganza: léjos de eso, sobrellevando con la mayor paciencia la palabra ofensiva ó la injuria irrogada, procure corresponder como fiel cristiano con palabras dulces á las pican-tes, á ingratitudes con buena correspondencia, á los desprecios con buenas atenciones, y á toda clase de injurias con beneficios. Esto es lo que previene el Señor. Así lo hizo su divina Majestad durante su mansion en la tierra. Así lo ejercitaron los Apóstoles por todo el tiempo de su trabajosa predicacion en el mundo. Así lo practicaron los primitivos fieles, y así se han portado en todos tiempos cuantos, penetrados bien á fondo de la letra de la ley evangélica que profesamos, trataron eficazmente de arribar al cielo por medio de su mas fiel y puntual observancia. Empero si la persona ofendida, postergando esta doctrina tan saludable, queda lastimada por el desprecio que se la hizo, ó por la ofensa que se la irrogó, y radicando la injuria en su corazon, hace brotar el encono, y aun que germinen en él los deseos de vengarse, por cuyo motivo esta y la que la ofendió viven separadas en el trato, ved aquí lo que ambas deben practicar si no quieren labrarse su eterna condenacion.

Tocante á lo que debe de hacer la persona que ofendió, está tan expresivo y terminante. Jesucristo, que dice así: Si estando ya en el templo dispuesto á presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tienes irritada á una persona por algun desprecio ú ofensa que le hayas motivado, no pases á ofrecer lo que llevas intencion, sino vé en el acto á reconciliarte con ella, y evacuada esta diligencia, armonizados que seais vuelve entonces á ofrecer lo que tenias resuelto. ¡Qué doctrina esta, fieles mios, tan importante! ¡Qué enseñanza tan saludable nos suministra! Ella nos descubre bien á las claras que es esta una obligacion tan sagrada, que ni la podemos desatender ni mirar con indiferencia: tan precisa, que sin ella no nos podemos salvar; y tan urgente, que no la debemos ni por un momento diferir. Lo primero, pues, que debe hacer una persona que ofendió á otra por su imprudencia, por sus arrebatos ó por el deseo de dañarla, es prefocar dentro de sí la inconsideracion que la acompañó, la mala intencion que tuvo, ó el odio que la impulsó á obrar del modo que obró. Sin esta preventiva y pronta disposicion le serian inútiles cuantas acciones ejecutara, por muy buenas que al parecer fuesen; porque serian hechas en pecado y en disposicion de pecar aun mas. En vano, dice el Señor, me rendiréis el tributo de vuestras ofrendas, en vano me dirigiréis vuestros ruegos, en vano daréis limosna, en vano ayunaréis, y en vano será cuanto hagais si no desalojais de

vuestro corazon la intencion dañada que abrigueis contra aquel á quien ofendísteis : el amor que le habeis de profesar ha de ser no aparente sino real , no ficticio sino verdadero. Cuando esto primero no practiqueis , seréis reputados de homicidas en mi presencia , y como tales seréis castigados con el mayor rigor en el tribunal de mi justicia.

Practicada ya interiormente esta diligencia , es preciso ofrecer pruebas concluyentes en lo exterior. Para el efecto , si la persona agraviada se halla ausente por tener su residencia en otro punto considerablemente distante , bastará en sentir de san Agustin el que vuestro corazon apetezca de todas veras , y quiera sincera y afectuosamente la reconciliacion : *Pergendum est ergo, dice, non pedibus corporis, sed motibus animi, ut te humili affectu prosternas fratri*¹. Bien que en tal caso se puede valer de un tercero si tiene proporcion ; y cuando no se le ofrezca ésta coyuntura , pedir humildemente la reconciliacion por medio de una carta dirigida por el correo. Si la distancia no es mucha y las reglas de la prudencia lo permiten , debe ir en persona á evacuar este deber que tan imperiosamente nos prescribe la santa Religion que profesamos.

Con mayor razon está obligado á hacerlo así , cuando la persona agraviada tiene su residencia en el mismo punto que vive el ofensor ; y si realmente no se persona ante aquella , no espere que Dios reciba ni acepte las buenas obras que practique : este es un deber imprescindible : por manera , que el que no lo haga no espere conseguir su salvacion , y deber tan urgente que no admite dilacion ; de tal forma , que el que recordare por la noche la desavenencia á que dió motivo , debe procurar por su parte borrarla , personándose ante el agraviado , y pedirle la reconciliacion sinceramente antes de emprender su trabajo. Si la recuerda de dia , debe hacerlo antes que anochezca , si apetece de veras el que su alma salga del mal estado en que se halla. No se presente en el templo : no oiga misa ; ni mucho menos se lance en el confesonario , ni se propase á comulgar sin evacuar antes esta diligencia ; porque al paso que las cosas santas santifican á los que debidamente las evacuan , tambien es cierto que damnifican mas y mas á los que indebida y sacrílegamente las tratan ó reciben. Aquí teneis marcada la regla de conducta que debe observar el ofensor.

Por lo que atañe al ofendido , su deber es corresponder con sin-

¹ Aug. in cap. v Matth.

ceridad y con un afecto cordial á esta reconciliacion que le pide el agresor ; perdonar á este de todas veras ; echar en olvido las injurias que le irrogó ; formalizar intencion seria y eficaz de renovar las antiguas relaciones, y continuar viviendo con el que le habia ofendido con tanta fraternidad como antes. Si lejos de portarse así, aferado en la desavenencia ocurrida, firme en su encono, permaneciese indiferente ó inflexible en negarse á la reconciliacion que se le pedia y de ningun modo quisiere perdonar la injuria irrogada, bien pudiera este dirigir sus oraciones al cielo por todos los dias desde la mañana hasta la noche, derramar mas lágrimas de sus ojos que gotas de agua tiene el mar, penitenciarse extremadamente, y aun sucumbir al rigor de ásperas mortificaciones, que á pesar de esto no conseguiria el que Dios le perdonase sus culpas ; y continuando así hasta el fin de su vida, moriria en su pecado ; moriria impenitente ; y la impenitencia ni alcanza perdon en esta vida ni salvacion en la otra.

Estas reglas de conducta son las que deben observarse entre un ofensor y un agraviado conocidos como tales. Empero sucede á las veces, que dos personas están enemistadas sin saberse á punto fijo cuál de ellas fue la causa de la desazon y enojo. Permaneciendo esta duda, á las dos les toca entonces el buscarse mutuamente. A cada una de ellas les dice en este caso Jesucristo : vé ; no te detengas en procurar la reconciliacion con la persona que tú sabes te hallas enemistada, si ella no ha venido á buscarte y solicitarla de tí. No te detenga reparo alguno en practicar esta diligencia. Así se logrará vuestra reconciliacion ; lo que en otra forma nunca se llegaria á realizar : porque no queriendo ninguna reconocer que una ofendió á otra, ninguna de las dos se plegará á anticiparse, y llenar esta obligacion tan importante y necesaria.

Así deben conducirse cuantos se hallan enojados, por cuya causa viven desunidos mirándose con ojeriza, odiándose mutuamente, y apeteciéndose su reciproca ruina. Esto es lo que deben hacer desde luego sin dilatar la reconciliacion hasta la muerte, como hacen algunos inconsiderados y malos cristianos. El que así se porta, ¿ ya sabe que Dios le concederá entonces tiempo y luces para solicitarla ? ¿ Qué error mas trascendental pudiera cometer una persona, que llegada aquella hora, careciendo de tales auxilios, se hallara de un momento á otro ante el tribunal de Dios ? Y aun cuando supongamos el que tuviera tiempo y oportunidad en la hora de la muerte, ¿ qué mérito tendria su reconciliacion en aquel lance ante los ojos

del Señor, al constarle que si hasta entonces la dilató, fue porque no la pudo diferir mas, y que si mas la pudiera prolongar, mas y mas la dilataria? ¿De qué estimacion puede ser en un trance en que justamente puede decirse que no la pide la persona sino la enfermedad; en un trance, en que no reconcilia la gracia sino la calentura; en un trance, en el cual no es el amor el que impulsa á pedir la reconciliacion ó el perdonar al que ya la tenia pedida, sino el temor; no la voluntad, sino el miedo?

No, fieles míos, no así. Antes bien pedid desde luego la reconciliacion al que enojásteis; y este perdone asimismo la ofensa recibida sin demora; uno y otro sin limitacion y sin reserva. De este modo, ambos á dos veréis indulgenciadas las culpas con que tantas veces habeis ofendido á Dios, y seréis engrandecidos y glorificados en su soberana presencia. Dilatando esta operacion hasta la última enfermedad, ninguna segura confianza podeis tener en el trono de las divinas misericordias; antes bien podeis justamente recelar el que de él salgan contra vosotros rayos de ira y de condenacion, por no haber hecho en tiempo oportuno lo que el Señor os manda evacuar de presente. No vayais, pues, rehuendo ni dilatando esta obligacion. Prestaos con sumision y prontitud á la obediencia y cumplimiento de este precepto. Atended á la persona del divino Legislador que os lo impone. Yo soy, dice Jesucristo, yo soy el que os mando este deber como imprescindible. De mi boca misma sale esta ley obligatoria. El que no la practique del modo que yo lo ordeno, no espere de mí indulgencia, sino un juicio riguroso que no respire mas que justicia y condenacion.

Esto es lo que dice el Redentor: marcado teneis el camino que os prescribe: designada bien expresamente la senda que debeis seguir si quereis ingresar algun dia dichosamente en el palacio del reino celestial. No os separeis de ella ni os desvieis á la derecha ni á la izquierda: *Hæc est via, ambulate in ea, et non declinetis neque ad dexteram, neque ad sinistram*¹. No busqueis pretextos: no permitais dilaciones, ni coloreis excusas para reconciliaros; y avenidos que seais, no os quedeis con reservas alguno de los dos: sea vuestra reconciliacion franca, sincera, y constante de todas veras. Conciliadas que sean vuestras diferencias, estableced un pacto inviolable de estimaros, ayudaros, y favoreceros hasta el fin de vuestra existencia, como lo hicieron los dos hermanos y valientes capitanes Joab y Abi-

¹ Isai. xxx, 21.

saf ¹. Estrechaos con los enlazados vínculos de una amistad tan íntima, tan cordial y verdadera, como la de David y Jonatás ². Viendo así hermanados con aquellos con quienes antes no comunicábais, guardando una buena relacion y las convenientes atenciones á todos los demás, viviendo unidos con todos con sinceridad de corazon y sin ofensa de nadie, apareceréis perfectos por la gracia de Jesucristo, para honra, alabanza y gloria suya. Procurando tener todos un solo corazon y una alma, viviréis quieta y tranquilamente en esta vida, y ocurrido vuestro corporal fallecimiento, el Señor os premiará con una bienaventuranza eterna, donde seréis felices por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña, por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : en el mismo hecho de cometer tantas ofensas como he cometido, sabiendo eran enormes agravios con que quedaba lastimada, herida y atropellada vuestra inefable bondad, era como deciros allá en los adentros de mi corazon : ¿Quién es el Señor, para que yo le obedezca? ¿Quién es Dios, para que yo siempre le sirva? ¿Quién es Jesús, para que yo siga siempre su ley? Mis apetitos, mis pasiones, los deseos de mi cuerpo, el gusto de mi voluntad, mis antojos, mis caprichos y mi interés, ¿nunca se han de satisfacer?

¡Ah Dios mio! ¡Qué locura la de mi imaginacion, cuando discurría de un modo tan desatento, tan infiel y tan impío! ¡Qué desvaríos los de mi voluntad, al obrar de esta manera tan abandonada! Bien podia decir mejor con Abrahan, reconociendo la grandeza de Vos y mi propia bajeza : *Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis* ³? ¿Así he de tener atrevimiento para hablar á un Señor omnipotente, amable é infinito, no siendo yo mas que polvo y ceniza? ¿Así he de obrar, cuando me consta con certeza que una sola culpa grave le ofende sobremanera, y por ella me puede destinar y precipitar en los horrores del infierno? No : Jesús amable, no : respeto vuestro poder : admiro vuestra bondad : agradezco vuestra misericordia ; y me arrojo al sagrado de vuestra clemencia, solicitando

¹ II Reg. x, 11. — ² I Reg. xviii, 3. — ³ Genes. xviii, 27.

el perdon de todos mis crímenes por ser ofensas contra Vos, diciéndooos con el corazon rasgado de dolor : que me pesa el haber pecado : que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SEXTA DESPUES DE PENTECOSTES.

La obligacion que hay de dar limosna, y las ventajosas utilidades que produce.

Cum turba multa esset cum Jesu, nec haberent quod manducarent. (Marc. VIII, 1).

Habiendo concurrido otra vez para oír á Jesús una gran muchedumbre de pueblo, y no tuviesen que comer.

Rarísimo será el pueblo en que no haya pobres infelices que se vean precisados por necesidad á mendigar. Unos por ser ya en sus ascendientes como comun herencia la pobreza, otros por las adversidades que les han sobrevenido y arrebatado cuantos haberes tenían, y muchos por la avanzada edad á que han llegado, que los imposibilita para el trabajo, careciendo de todo medio de subsistencia, no tienen otro recurso para pasar su vida que exponerse á la mendicidad. Triste posicion al parecer; pero que Dios se reserva oculta en el seno de su infinita sabiduría, como saludable sin la mas mínima duda.

Cuando el Señor hace que familias que estaban bien acomodadas vengan á experimentar sumas escaseces; que un hombre ó una mujer que han sido siempre laboriosos, y que con el sudor de su rostro se adquirían lo necesario para la vida, no se lo puedan proporcionar en adelante, porque un accidente ó enfermedad que han padecido los ha dejado sin fuerzas y sin aptitud para el trabajo, todas estas son profundas disposiciones del Altísimo, pero ordenadas en número, peso y acertada medida ¹. Impiedad seria el suponer que estos tristes acontecimientos son casuales mas bien que ordenados por Dios. ¿Quién se atreverá á presumir, decia el profeta Jeremías, que cuantos infortunios calamitosos han venido á caer sobre Jerusalem, le han sobrevenido sin orden y disposicion expresa del Señor? *Quis est iste, qui dixit ut fieret Domino non jubente* ²?

¹ *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti. (Sap. XI, 21).* —

² Thren. III, 37.

No, fieles míos, no : jamás demos entrada en nuestro corazón á una sospecha que sería sumamente injuriosa á Dios. El Señor concede la salud al que gusta y la enfermedad al que le acomoda. Él es quien distribuye á unos los bienes terrenos con abundancia : él quien priva á otros de los haberes con que contaban ¹; y él quien hace que la pobreza sea inherente á ciertas familias, viéndose reducidas las personas que las componen á la imprescindible necesidad de pedir una limosna. Por manera, que no viene enfermedad, trabajo ó accidente, escasez, necesidad ni pobreza, que no la registre su divina sabiduría ². Y aunque lo débil de nuestro entendimiento no puede apear el completo número de bienes que el Señor se promete de ello, sin embargo aun llega nuestra cortedad á distinguir algunos. Remediando Jesucristo la necesidad hambrienta que padecían las turbas que hacia tres días le seguían, y que componían el número de cuatro mil personas, multiplicando milagrosamente siete panes y unos pececillos que se pudieron reunir, hasta saciarse de lleno y sobrar aun siete espueras, como (hoy) dice el Evangelio, se dejó ver bien á las claras su poder, su bondad y misericordia. A este modo, padeciendo los pobres escaseces, los prueba así el Señor ; y socorriéndolos los ricos, queda remediada la necesidad de aquellos, experimentada la compasión de estos, y premiada su caridad. Me guardaría muy bien de proferir estas últimas expresiones si no supiera con certeza, que si Dios manda la limosna, también centuplica lo que de buena gana se da á los pobres. Así lo tiene el Señor prometido, y no puede faltar á su palabra. Yo os patentizaré estas aserciones mas de lleno, probándoos *la obligación que hay de dar limosna, y las ventajosas utilidades que produce*. Mientras esto os lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

La ley de la limosna la ha grabado la naturaleza en nuestros corazones. De aquí nace el ser innata en el hombre la compasión en bien de los pobres, y el que en todos los tiempos y en todos los países del mundo se haya socorrido y se socorra á los necesitados. Esta ley natural ha sido siempre robustecida y perfeccionada por la religión, mandándola expresamente como un acto de la virtud de la caridad, é intimándola como un precepto divino impuesto por Dios á los hombres. Siempre habrá pobres entre vosotros, dijo el Señor á su pueblo ; siempre habrá pobres entre vosotros, por lo cual os

¹ *Dominus pauperem facit et ditat, humiliat et subleuat.* (I Reg. II, 7).

² *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas à Deo sunt.* (Eccli. XI, 14).

mando socorrais sus necesidades ¹. Impresionado este precepto divino, el que no podía ser ni mas formal, ni mas expresivo, en la mente de los Patriarcas y cuantos justos hubo en la antigua ley, se esmeraron siempre en ser misericordiosos con los pobres. Abraham no solo tenia su casa abierta para todo viajero, si es que estaba tan poseido de la caridad, que esta lo precisaba á salir hasta los caminos para rogar á los transeuntes el que se dignaran hospedarse en su casa y comer á su mesa. Job era tan caritativo, que muy justamente podemos decir de él, que era el ojo de los ciegos, el pié de los cojos, el protector de los desvalidos, el socorredor de los indigentes, y el padre comun de los miserables. Tobías estaba tan enardecido en el amor de los pobres, y tan engolfado en ejecutar obras de misericordia, que durante su cautividad en Nínive visitaba diariamente á los cautivos, les repartia grandes limosnas, dando de comer á los hambrientos, vistiendo á los desnudos, y dando sepultura á los difuntos con inminente riesgo de su vida. El cielo colmó visiblemente de bendiciones abundantes las casas y personas de estos sujetos en recompensa de sus caritativas beneficencias y de sus repetidas limosnas.

Si de aquí hacemos tránsito á la venida de Jesucristo en la tierra, á lo que hizo, á lo que mandó y dejó establecido en su santa Religion, verémos asimismo ordenada la limosna del modo mas terminante. El Señor naciendo y viviendo pobre manifestó bien á las claras cuán amante era de la pobreza, haciendo siempre bien á los necesitados. Demostró cuán sensibles le eran las necesidades que padecian ciertos infelices, y cuán pronto y con qué cariño se prestaba á remediarlas. No contento con esto, para que no se persuadieran los hombres que estos actos de caridad no decian relacion á ellos, creyendo ser propios de solo Dios, con expreso mandamiento y con terribles amenazas procedió á intimar á los ricos la obligacion estrecha de socorrer á los pobres, como una de las mas importantes de la religion que habia venido á fundar ². Sobre esto, decia á todos frecuentemente en sus sermones este adorable Señor : *Date, et dabitur vobis* ³. Hijos míos : todos cuantos de vosotros podeis enjugar las lágrimas del lloroso, socorrer la miseria del necesitado, subvenir la necesidad del indigente, y aliviar la suerte desgraciada del pobre, estimulaos en cubrir sus necesidades ; tened compasion de

¹ *Non deerunt pauperes in terra habitationis tuæ, idcirco ego præcipio tibi, ut aperias manum fratri tuo egeno et pauperi.* (Deut. xv, 11). — ² *Veneruntamen quod superest, datę elemosynam.* (Luc. xi, 41). — ³ Luc. vi, 38.

los infelices ; favorecedles con vuestros haberes. Mis larguezas para con muchos de vosotros (bien lo veis) no han sido escasas ; he tenido un placer en colmaros de bienes temporales, y en proveeros abundantemente de cuanto se contempla necesario para vivir con decorosa decencia en este mundo : pero yo he procedido así, en las dádivas generosas que os he hecho, y con que os he privilegiado, imponiéndos una obligacion, y es de socorrer al indigente. *Date*. Sí : no seais tan avaros ni tan ingratos á mi bondad, que os persuadais de que cuanto teneis os pertenece de justicia, y que os es tan propio, que nada debeis dar á los pobres. Yo os mando que les deis limosna ; porque de mí habeis recibido cuanto teneis ; y si gustosa y liberalmente correspondeis á esta obligacion que os impongo, á mi cuenta corre el recompensaros abundantemente los caritativos desprendimientos que hagais en beneficio de ellos ; *et dabitur vobis*. Dad limosna. No seais tan insensatos por un apego desmedido á vuestros intereses, que pongais vuestro dinero y ropa donde puedan ser miserable pábulo del orin y de la polilla ; antes bien, si os apreciáis á vosotros mismos, si os teneis en estimacion, y quereis que léjos de perecer vuestras existencias prosperen mas y mas ; acopiando igualmente riquezas de inmortal y gloriosa duracion, sed caritativos socorriendo las necesidades de los pobres ¹. Así se explicaba nuestro adorable Redentor : y como estampada esta doctrina entre los preceptos de su sacrosanta Religion, de ella se penetraron bien á fondo los Apóstoles, inculcándola en el mundo á los poderosos y bien establecidos.

De aquí nació en ellos aquel esmero tan solícito en favor de los pobres que observamos en todas sus cartas. No puede vanagloriarse con justa razon, dice san Juan, de que ama á Dios el que abundando de bienes terrenos, y viendo que hay pobres que experimentan necesidad, cierra sus oidos á sus tristes clamores, y endurece sus entrañas sin quererles socorrer ². San Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo á quien estableció obispo de Éfeso, le decia : Mandarás á los ricos y bien acomodados que den fácilmente á los pobres ³. Tan penetrado estaba este Apóstol de esta obligacion prescrita por Jesucristo, que era frecuentemente el tema de sus encargos, escribiendo á los de Corinto, á los de Galacia, á los de Éfeso, á los de Filipos : y la contemplaba de necesidad tan importante, que se esmeraba muy mucho en que se recogiesen limosnas entre los

¹ Matth. vi, 4. — ² I Joan. iii, 17. — ³ I Tim. vi, 17, 18.

fieles, para subvenir con ellas las precisas y urgentes necesidades de los miserables y menesterosos; de tal forma, que contemplaba como un deber el mas imperioso ocuparse en la asistencia de los necesitados, recogiendo por sí mismo las ofrendas de los pueblos en que predicaba; y él mismo por su mano las repartía entre los pobres. Despues de haber hecho trabajosas excursiones por muchos, dilatados y remotísimos reinos, esparciendo por todos la semilla del Evangelio, escribe á los romanos, diciéndoles así: El Espíritu Santo que me lleva de una á otra parte, segun la exigencia de mi ministerio, me ha impedido hasta de ahora el veros, como ardientemente lo deseo. Pero antes de lograr este gusto, he de hacer otras peregrinaciones de suma importancia: he de llevar á España la luz del Evangelio, y ante todas cosas he de partir á Jerusalem para servir á los santos (*así llamaba á los pobres*), y repartir entre ellos lo que he recogido en Macedonia y en Acaya ¹.

Fácil me seria á mí tejeros á este modo un largo catálogo de testimonios canónicos, reducidos todos á evidenciaros mas y mas el cuidado que Dios siempre tuvo de los pobres, el deber de socorrerlos que impone á los bien acomodados, encomiando semejantes oficios, y con cuyo desempeño se honraron los justos, los Patriarcas, los Apóstoles y aun el mismo Jesucristo; pero no lo hago porque quiero patentizaros igualmente las ventajosas utilidades que la limosna produce.

Si hubiese algunos tan pegados á los intereses terrenos, tan ciegos en su entendimiento, y sordos á los clamores de los pobres que se negasen á su socorro por temor de que se minorasen sus haberes, darian muestras bien claras de la poca ó ninguna fe que les acompañaba. Seria este su comportamiento una prueba auténtica del poco crédito que dieran á la palabra de Dios, al asegurar los muchos frutos ya terrenos, ya celestiales, que la limosna produce.

Con la limosna, fieles míos, léjos de perderse nada, se gana notablemente no solo por lo que atañe á los intereses de este mundo, si es que muy principalmente por lo que dice relacion á los bienes tan importantes del otro. La sagrada Escritura nos asegura que el que da limosna al pobre da á rédito al mismo Dios: *Fæneratur Domino, qui miseretur pauperis* ². Ved aquí, pues, garantido, mediante la palabra divina, un medio seguro para ganar mucho, léjos de perder nada. Prestando ó dando á cambio á Dios, se asegura el ca-

¹ Rom. xv. — ² Prov. xix, 17.

pital, se afianza un rédito indefectible, y se cuenta con un aumento considerable de caudal. Por eso decia san Juan Crisóstomo, que la limosna es un arte maravilloso de adquirir, el mas ganancioso, honrado é independiente de todos ¹. Un arte que no está expuesto á los peligros, ni á tantos azares como en otros ofrece el mundo, ni lleva consigo los cuidados, los gastos y molestias de tratos y comercios con que los hombres se afanan en la tierra por aumentar su fortuna. Ella es un campo, en expresion del mismo santo Padre, en donde sin necesidad del arado y el riego, sin los peligros de la niebla y el granizo, puede arrojarse el grano con la seguridad de coger ciento por uno ². Dios sale fiador de aumentar las propiedades y existencias de aquel que tiene compasion y socorre al necesitado. *Fæneratur Domino, qui miseretur pauperis.*

El rico que atento y obediente al precepto de la limosna socorra largamente las necesidades de los pobres, bien puede descansar tranquilo en que sus intereses no han de ir á menos; sí es que el Señor hará de modo que vayan de aumento: no quiero decir con esto que sobre el acto le ponga en dinero delante de sus ojos, ó encima de una mesa, todo cuanto dé á los pobres junto con la ganancia ó lucro correspondiente, aunque no seria imposible, ni por la primera vez que así lo ha efectuado; pero puedo asegurar (y los ricos deben descansar en esta creencia) que el Señor hará de forma que los caudales con que cuenta lleven un giro acertadamente benéfico: que sus fincas sean administradas por dependientes fieles, vigilantes y activos que las hagan valer mas. Si tiene un pleito en que se halla cifrada una gran porcion de hacienda, y cree que con razon le pertenece, el Señor hará que logre la justicia que pide y le es debida, mediante una sentencia que recaiga á su favor. Hará que sus tratos, sus préstamos, sus compras y ventas le sean gananciosas. Al paso que los ganados de otros, duros de corazon para los pobres, léjos de prosperar, se irán minorando por efecto de desgracias, de accidentes al parecer casuales ó de alguna epidemia, Dios hará de modo que queden libres, y vayan en próspero aumento los del limosnero.

Los artesanos que á fuerza del trabajo que invierten con sus manos se esmeran en adquirir lo necesario para su sustento y el de su familia, si son caritativos, si de vez en cuando aun de aquello que ganan dan alguna limosna, movidos de compasion de las miserias

¹ Hom. XXXIII ad Pop. — ² Serm. de laud. Monacher.

de los pobres, el Señor les dará salud y les proporcionará medios para que puedan subsistir con decencia. El labrador que se mantiene con el sudor del rostro que derrama sobre la tierra, si tiene un corazón compasivo con los pobres, si socorre á los necesitados, si cuando llaman á su puerta, compadecido de sus achaques, de su ancianidad, de la ropa miserable que llevan, y de la hambre ó sed que experimentan, los socorre segun sus cortas facultades, bien sea dándoles alguna ropa ó vestido viejo, alargándoles algun bocado de pan, ó dándoles de beber (pues hasta por un vaso de agua que se diere, prometió Jesucristo recompensa ¹), puede vivir en la confianza de que Dios nuestro Señor, teniéndolo todo esto en cuenta, le ha de deparar su retribucion; bien haciendo que sus heredades fructifiquen, enviándoles las lluvias á tiempo conveniente; bien preservando sus caballerías de toda desgracia; ora dándole salud, ora en fin proporcionándole los recursos que desea, para sostenerse él y acomodar á sus hijos. Escrito está que el Señor jamás desamparó al justo, ni dejó de aumentar con grandes ventajas los haberes del misericordioso ². Cada limosna echada en el seno del pobre es como el grano arrojado en el seno de la tierra, que lejos de perderse se multiplica á ciento por uno. Estas son las ventajas temporales que produce la limosna, y estos son los medios ordinarios de que Dios se sirve para recompensarla, prescindiendo ahora de otros extraordinarios bien visibles y portentosos con que muchas veces remunera bien á las claras al que es limosnero ó caritativo, como se vió en aquella viuda de Sarepta, que nos refiere la sagrada Escritura ³, y que quiero recordaros.

Llegó el profeta Elías á la casa de esta viuda, que vivia en Sarepta, ciudad de los sidonios: imploró de ella su albergue y asistencia. Como pobre que esta era, y como tal sabia lo que eran necesidades, no obstante la hambre que reinaba le dió con gusto posada en su casa: aunque sí le hizo presente que era una infeliz, que no tenia mas que una poca harina, la precisa para hacer un pan para ella y un hijo suyo, y un poco de aceite en una vasija. Le dijo el Profeta que por lo pronto tomase un puñado de aquella harina, y con un poquito de aceite le hiciese en el hogar una torta subcinericia. Así lo hizo aquella pobre, y entre los tres se la comieron. Pero ¿qué sucedió? Que desde aquella hora comiendo todos los dias, ni menguó la harina, ni la vasija dejó de manar el aceite necesario,

¹ Matth. x, 42. — ² Psalm. xxxvi, 25. — ³ III Reg. xvii.

por espacio de tres años y medio, que fue el tiempo que duró la calamidad de la hambre en aquel país. Semejantes prodigios ha obrado y obrará siempre la limosna, multiplicando abundantemente los mismos tesoros de donde se sacó; en unas ocasiones como en la referida de un modo visiblemente milagroso; y en otras, de forma lenta y disimulada, pero por los efectos notoriamente conocida.

No terminan en esto los frutos que produce la limosna; aun acarrear otros de mas considerable importancia. Ella facilita la adquisicion de los bienes del cielo, y es uno de los medios mas seguros para alcanzar los bienes eternos. Si el que la hace es pecador, le alcanza la gracia de la penitencia; porque la limosna, dice el Espíritu Santo, borrando los pecados, libra de una mala muerte ¹. No porque ella por sí sola tenga virtud para justificar á los pecadores, pulverizar sus culpas, y hacerlos así objeto digno de los ojos de Dios; porque esto solo es propio de los Sacramentos que Jesucristo instituyó para este fin; sino para alcanzar del Señor el que el pecador reciba ilustraciones y auxilios celestiales para conocer el mal estado en que se halla su alma, la necesidad que tiene de confesarse y comulgar, doliéndose intensamente de todos sus pecados, por ser ofensas de un Dios infinitamente bueno y sumamente amable, los impulsos con que el cielo lo estimula á recibir los santos Sacramentos; viniendo á ser la limosna para él una hostia de propiciacion, que mitiga la cólera del Señor: una ofrenda que expia la perpetracion de sus delitos; y una agua saludable que hace retoñar en él la raíz de la gracia que el crimen habia secado. Esta es la purificacion que adquieren en sentir del Hijo de Dios los limosneros, por mas que estén abismados en sus vicios: *Date eleemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis* ². Aunque una persona sea tan malvada como Nabucodonosor por sus latrocinios, por su orgullo, por su sensualidad y toda clase de desórdenes, puede esperar en redimir sus pecados por medio de la limosna; la que es de creer inclinará al Señor á que apiadado le perdone todas sus maldades, como le decia al sobredicho Monarca el profeta Daniel ³, y llegue á alcanzar por último una buena muerte. Por esto dijo san Jerónimo, que á pesar de haber recorrido tantos países, de haber tratado á tantas personas, de haber ojeado tantos libros, de haber consultado todos los oráculos de Dios é inspeccionado con un registro escrupuloso todos los anales de la Iglesia; no se acordaba haber visto, oído, encontrado ni leído

¹ *Eleemosyna à morte liberat, et ipsa est, quæ purgat peccata.* (Tob. xii, 9).

² Luc. xi, 41. — ³ Dan. iv, 24.

de uno solo, que siendo limosnero hubiera muerto en sus vicios, y por lo tanto en estado de reprobacion ¹.

Si esto alcanza la limosna con los pecadores, ¿qué no hará con los justos? Consultando la limosna el mayor bien de ellos, se cruza de empeño para con Dios, y le impulsa á que haga crecer en ellos de dia en dia la justicia: esto es, que se sirva aumentarles el mérito de sus obras, la gracia en que se hallan, que les asista siempre con el don de la perseverancia que suplican, que les confiera la dicha de una muerte feliz, acompañada de una heroica santidad á que aspiran, y un galardón eterno en la gloria. En fin, ella intercede, ruega, insta y alcanza de la benignidad divina para justos y pecadores un acopio de gracias, un cúmulo de merecimientos, un fondo de bendiciones y un tesoro de salvacion. Este es el acervo de bienes que una persona va acumulando con sus limosnas para el fin último de su vida, que la sagrada Escritura apellida con el nombre de *dia de la necesidad*: y esta es el alto premio que se acarrea el limosnero; y tan alto, que ya no puede ser mayor, cual es alcanzar su salvacion y la gloria bienaventurada: *Præmium enim bonum tibi thesaurizas in die necessitatis* ².

En vista de esto, fieles míos, concluiré este discurso mandándoos á los que esteis bien establecidos, el que deis limosna con abundancia, como á ello estais obligados por formal y expreso precepto del Señor; y aconsejando á los que poco teneis, á que deis algo de ese poco, con la seguridad de que con ello os haréis tan gratos á Dios, como los que por tener mucho dén con abundancia. Este fue el encargo que eficazmente le recomendó el santo Tobías á su hijo un poco antes de morir, bien convencido de las utilidades que produce la limosna. A aquella viuda pobre de que habla el Evangelio que echó dos ochavos de limosna en la cajita que habia á la entrada del templo de Jerusalem, la elogió sobremanera por esta limosna nuestro divino Redentor, que á la sazón se hallaba allí; y no hizo otro tanto con los ricos que echaban veinte y cuarenta reales: porque era mas para aquella pobrecita dos dineros, que para los ricos dos ni cuatro duros ³. Cuando se da limosna á un pobre, dice el Salmista, el Señor que está á su diestra es el que la recibe ⁴. Lo que se distribuye al pobre que está en la tierra, dice san Gregorio; se da al Señor que está en el cielo ⁵. La mano del pobre, dice san Pedro

¹ Hier. epist. ad Nepotian. — ² Tob. iv, 10. — ³ Marc. xii, 42; Luc. xxi, 2, 3. — ⁴ Psalm. cxviii, 31. — ⁵ Hom. XL in Evang.

Crisólogo, es la bolsa donde recibe Jesucristo las dádivas del caritativo, para pagarlas abundantemente ¹.

No temais, pues, según esto, fieles míos, el poner en manos de los menesterosos una participacion de vuestros haberes, atendiendo á que Dios tiene garantido el daros una carta de pago, por la que los encontréis mejorados en esta vida, y sobre todo gloriosos en la otra. Socorramos todos sin recelo alguno á los necesitados: Dios así lo manda, su pobreza lo pide y nuestro interés mismo lo exige. Cada desprendimiento, cada limosna que hagamos, harémos un señalado beneficio á nuestra propia alma; pues socorriendo las necesidades corporales de los pobrecitos, aseguramos el logro de riquezas inmensas en la gloria: riquezas que nos constituirán poderosos y felices por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña, por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida, y con las que hemos ofendido á Dios, arrojémonos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazón:

Dulcísimo Señor: Vos sois mi Dios, mi Padre y mi Redentor: y yo ¿quién soy y he sido para con Vos, sino una criatura rebelde á vuestros mandatos y abandonada por sus pasiones? Sí: Vos dispensándome finezas, y yo correspondiendo con ingratitudes. Vos llamándome con amor, y yo desoyendo con desprecio. Vos convidándome con la dulzura de la gracia, y yo firmemente asido y revuelto en el cieno de las culpas.

Pero ¡ah Señor! cuánto siento ahora los desvíos de mi entendimiento, los yerros de mi voluntad, y los caprichos de mi corazón! ¡cuánto siento el haber empleado mi vida en agraviaros! Sí: confieso, Dios mío, esta mi culpa. La reconozco y la lloro por un efecto de vuestra gracia. Basta ya de ceguedad; sea mi vida en adelante un continuo hacer y padecer por Vos. Sean mis ojos dos fuentes perennes de lágrimas con que continuamente lllore las ofensas cometidas contra vuestra soberana Majestad; y para dar principio á este llanto, digo y siento con todas las veras de mi corazón, que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

¹ Serm. VIII.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA SÉPTIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

Las obras buenas son absolutamente precisas para la santificación y adquisición del cielo.

Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum celorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cælis est. (Matth. vii, 21).

No todo aquel que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.

Si la salvacion se pudiera conseguir únicamente con palabras, me atrevo á decir y asegurar que ningun cristiano se condenaria. Nacidos todos y criados en el seno de una religion tan santa, ilustrados con su celestial doctrina, aun en medio de nuestros vicios conservamos sentimientos propios de almas naturalmente cristianas, como decia Tertuliano. Empero esto solo no es bastante para alcanzar logro tan dichoso; es además preciso agradar á Dios cumpliendo su santísima voluntad, detestando de todas veras el pecado y practicando buenas obras con esmero. No todos los que dirigiéndose á Dios dicen con la boca *Señor, Señor*, entrarán en el reino de los cielos, dice Jesucristo en el Evangelio (de este dia), sino aquellos que llenando la voluntad divina cumplan exactamente con su destino en la tierra, y se esmeren en el ejercicio de las buenas obras. Estas son las que introducen á los mortales en el palacio de la bienaventuranza eterna. Sin ellas léjos de alcanzar dicha tan feliz, pueden contar de seguro con un destino para siempre desgraciado. Los árboles plantados en una vistosa huerta ó en un delicioso jardín, con objeto de que produzcan buenos frutos, si no llenan en este particular los deseos de quien los plantó, pronto son cortados y echados al fuego. Nosotros somos árboles plantados en el jardín hermoso de la Iglesia, con destino á que demos frutos de buenas obras; empero si en vez de llenar nuestro cometido, si en lugar de dar gusto á Dios desatendemos

estas funciones, serémos algun dia cortados como árboles infructíferos, y arrojados al fuego del infierno. Para evitar un tan grande mal, debemos pensar continuamente que nuestro destino en la tierra es cumplir los preceptos que el Señor nos tiene impuestos: *Quæ præcepit tibi Deus, illa cogita semper*¹; ejercitarnos y adelantar en la práctica de buenas obras, sabiendo, ora que esta es su voluntad, ora tambien que esta ocupacion es la mas interesante y la única que nos puede acarrear el cielo. Seria ilusion harto grosera el persuadirnos su logro, por no ser homicidas, ladrones, adúlteros, ni públicos calumniadores; creyendo que por solo evitar crímenes tan grandes, nos era indefectible la consecucion de la bienaventuranza eterna. Tambien el fariseo de que habla el Evangelio² se vanagloriaba de que no cometia estos excesos; mas no por eso lo declaró el Señor justificado.

De Dios hemos recibido un corazon para que en él abriguemos un amor sumo, cual le debemos profesar. Nos ha ilustrado tambien con un celestial conocimiento, para que sepamos distinguir el error y la verdad, lo malo y lo bueno; como asimismo nos hace visiblemente diferenciar el objeto de nuestra felicidad, de los vanos, aparentes y corrompidos que ofrece el mundo. Ilustrados con estas luces soberanas, no debemos vivir enajenados con los embelesos que el mundo nos presenta, ni fijar en él de asiento nuestros piés, sino postergando todos sus encantos, dirigir nuestros pasos á las moradas eternas, donde Dios nos espera para glorificarnos. Para conseguir el logro de esta feliz mansion, no nos debemos contentar con huir y evitar lo malo, porque esto solo no es bastante; sino que es además indispensable el hacer lo bueno. Sí, señores: *Las obras buenas son absolutamente precisas para la santificacion y adquisicion del cielo*. Esto es lo que os voy á demostrar, á fin de estimularos á que trabajéis con ahinco en beneficio de vuestra alma, pues cuantas mas obras buenas ejecuteis, mas mérito tendréis ante los ojos de Dios, y mayor será la gloria con que en la otra vida nos galardone.

Admirable es en gran manera la suerte que nos ha cabido á todos los cristianos. Sin méritos ningunos de nuestra parte, Dios nos tuvo presentes desde la eternidad, y determinando en sus inapeables consejos producirnos en tiempo, tuvo la dignacion de que viniéramos á este mundo y naciéramos en el centro de la cristiandad, donde recibiendo el sagrado Bautismo se nos aleccionase en su san-

¹ Eccli. III, 22. — ² Luc. XVIII, 11.

tísima ley, para que observando lo que ella nos prescribe fuésemos felices en esta vida, y mayormente en la otra, alcanzando el goce de la vision de Dios, que nos constituyera bienaventurados por toda una eternidad. Aquí teneis, cristianos, vuestra admirable vocacion, nos dice á todos el apóstol san Pablo : *Videte... vocationem vestram* ¹. Aquel Dios omnipotente que sacó la luz de las tinieblas ², sacándonos del estado de la posibilidad y segregándonos de los infieles, iluminó nuestros corazones con la brillante luz de su doctrina, á fin de que gobernándonos segun nos dicta, no perezcamos entre la corrupcion del mundo. Penetrados de lo que nos ordena, todo dirigido en bien nuestro, nos debemos honrar con su observancia, despreciando las máximas mundanas, las sugeriones del enemigo, resistiendo vigorosamente la fuerza violenta de las pasiones y no haciendo caso de sus clamores. Permaneciendo siempre fieles en su observancia, podemos prometernos, segun nos lo tiene Dios revelado, una seguridad en que nuestra alma no correrá riesgo alguno en los peligros : *Custodi præcepta mea, et vives* ³; y conservando los bienes que adquirió en orden á su santificacion, le acarrearán la posesion de inmensas riquezas en el cielo. Si noticioso como estás de mis preceptos, nos dice Dios á cada uno de nosotros, como le dijo al primer hombre despues de haberlo criado; si noticioso como lo estás de mis preceptos te esmeras en cumplirlos con puntualidad y exactitud, vive confiado en que su observancia te pondrá á cubierto de todo riesgo relativo á tu salvacion, y labrarán tu eterna felicidad : *Si volueris mandata servare, conservabunt te* ⁴.

Segun esto muy gozosos debemos estar todos, por habernos el Señor privilegiado con preferencia á innumerables con el conocimiento de su santísima ley : de aquella ley que nos impone preceptos saludables, y consejos los mas beneficiosos para la salvacion y glorificacion de nuestra alma; y muy obligados quedamos á obrar en su conformidad, detestando de todas veras la iniquidad y la injusticia. Por desgracia no sucede así siempre en todos. Hay quienes desatentamente violan estos divinos preceptos; aunque no faltan otros que permanecen siempre fieles en su observancia. Los primeros serian eternamente infelices, si no alcanzaran nuevamente su justificacion. ¿Y esta cómo la conseguirán? Un medio les queda, fieles mios, y es el hacer buenas obras. Esto es lo que la voluntad de Dios les exige como necesario. Si así no lo hicieran son perdidos para siempre.

¹ I Cor. i, 26. — ² II Cor. iv, 6. — ³ Prov. iv, 4. — ⁴ Eccli. xv, 16.

El Señor al tender la vista sobre todos nosotros antes de la creacion del mundo, no tuvo otro designio que el que fuésemos santos é irreprehensibles delante de sus ojos ¹. Al sacarnos de la nada no fue con otro fin, sino para que le conociéramos, amáramos y sirviésemos fielmente, practicando obras de su agrado. Al descender el Verbo eterno del seno del Padre á esta tierra que habitamos los mortales, bajó para formar un pueblo que estuviese dedicado muy particularmente á su servicio, y que fuera fervoroso en buenas obras. Lo mismo podemos decir del descenso del Espíritu Santo al derramar sus dones: de la preconizacion del Evangelio: de la institucion de los Sacramentos, y de tantas otras gracias como el Señor nos confiere.

Sin embargo de todo esto, hay cristianos, como os decia, que por fragilidad ó por malicia quebrantan las órdenes de Dios, dejando á su alma muerta por la culpa y abismada en su profunda fealdad. Si el Señor no tuviera unas entrañas todas llenas de misericordia, los dejaria perecer en sus crímenes, puesto que por su gusto se acarrearón una tal desventura; pero como padre el mas tierno y bondadoso, ve con un profundo dolor el estado de muerte á que la culpa ha reducido á estos infelices pecadores, testificándoles que no apetece su ruina eterna, sino el que se conviertan y se salven ². Como árbitro supremo que es de la vida y de la muerte, pudiera descargar sobre ellos sin contemplacion alguna el mas terrible y funesto golpe de sus venganzas, puesto que por su infame protervia se hicieron indignos de sus beneficios; pudiera tratarlos, desde el mismo instante en que desobedeciéndole quebrantaron su ley, como lo hizo en otro tiempo con los ángeles rebeldes; empero como Señor lleno de bondad, dice san Pedro, no gusta de la perdicion de nadie, sino que quiere vuelvan todos á su amistad haciendo obras de penitencia: *Patienter agit propter vos, nolens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti* ³.

En el actual estado de pecado en que se hallan, de su divina Majestad solo pende el negarles el tiempo, los beneficios celestiales, los avisos, las inspiraciones, las luces y los auxilios. Al ver en ellos desfigurada indignamente su divina imágen, denegridos los rasgos de su santidad y justicia, profanado el sagrado carácter de su adopcion divina, rebelado el espíritu contra su santísima voluntad, repugnante á sus órdenes el entendimiento, y corrompido absolutamente el corazon, no merecian otra cosa del Señor que unos castigos se-

¹ Ephes. i, 4. — ² Ezech. xxxiii, 11. — ³ II Petr. iii, 9.

veros y eternos ; pero es tal su bondad que léjos de perderlos con una ruina eterna , lleno de compasion les ofrece todavía mediante su gracia el recurso de las obras buenas ; las que si ejecutan , garantiza conferirles su justificacion á fin de que puedan salvarse. Sí, señores : compadecido Dios de sus miserias , les envia destellos de su gracia , para que viendo como en un espejo la fealdad de sus crímenes y el desprecio que hicieron de su Soberano, entren en la saludable consideracion de convertirse de todas veras al Señor, rogándole fervientemente desde aquel instante que se apiade de ellos ; mortificándose desde aquella hora , llorando en su corazon su ingratitud y rebeldía , acercándose con un profundo dolor al santo sacramento de la Penitencia , y recibiendo con fervor ardiente la sagrada comunión , queden así justificados y vueltos nuevamente á aquel dichoso estado de la gracia que perdieron por haber infringido los preceptos divinos.

Ved aquí lo que pueden las buenas obras. ¿Cuál seria la suerte de estas personas , si habiéndose con sus culpas precipitado desde la cumbre de la gracia al abismo del pecado, se mantuviesen en él sin esforzarse á la ejecucion de buenas obras , cuales son respecto al estado en que se hallan , el reconocimiento de sus extravíos , la necesidad precisa de volverse sin tardanza á Dios, de someterse ciegamente á sus órdenes , llegarse prontamente á los santos Sacramentos, expiar sus culpas con amargura por medio de una penitencia rigurosa , mortificándose de varios modos , dirigir fervientes ruegos al Señor suplicándole las mantenga siempre en adelante firmes en el bien , sin permitir que el mundo , el demonio ni la carne las derriben al estado miserable en que se han visto ? ¿Cuál seria , vuelvo á decir, la suerte de estos pecadores á no estimularse á ejecutar las expresadas obras buenas ? Seria tal vez para siempre desgraciada : al paso que ejercitándose en estos actos , pueden alcanzar de Dios su completa justificacion. ¿Qué podia prometerse un pecador , que por verse sin la hermosura de la gracia á causa de haber cometido uno ó mas pecados mortales , no levantara jamás desde entonces el corazon á Dios , no tratase de detestar estas sus iniquidades , no rezase jamás una parte de Rosario , ni aun una Salve á la santísima Virgen , no diera una limosna pudiendo , ni oyera una misa ? ¡ Ay fieles míos ! En tal caso bien pudiéramos lamentarnos de la ceguera de este infeliz y llorar amargamente su desventura ; contemplándolo, sin ejecutar obra alguna buena, en un estado muy funesto y como preventivo de su eterna condenacion.

Muy otra es la posicion de los justos ; de aquellos que atentos á los mandatos del Señor , cerrando sus oídos á todo cuanto los enemigos de su alma les pudieran sugerir para quebrantar la ley, ofender á Dios y perder la divina gracia , se han mantenido siempre adornados con la hermosa estola de la justicia. Estos, ora que jamás hayan perdido la gracia que recibieron en el Bautismo, ora que perdida la hayan recobrado nuevamente por medio del santo sacramento de la Penitencia , se hallan gozosos con el precioso bien que posee su alma , empeñados en conservarlo hasta la muerte , y con firme resolucion de oponerse y resistir tenazmente á cuantos enemigos se les presenten con intencion de robárselo. De estos santos propósitos nace el conferirles el Señor nuevas fuerzas para adelantar mas y mas en el camino de la virtud. De aquí resulta el que se enfervorizan de dia en dia practicando obras buenas ; ya macerando su carne con el ayuno , con la abstinencia , con la disciplina ó con una mortificacion continuada y rigurosa , entregándose de lleno á la oracion , beneficiando á su prójimo con limosnas pudiéndolas dar ; y cuando no , procurando su bien con consejos , con una enseñanza saludable y con santas conversaciones : recibiendo con mas frecuencia los santos Sacramentos , teniendo una mayor ansia en oír la divina palabra , y en poner en ejecucion cuanto ella prescribe ; pudiendo asegurar que vuelan dirigiendo sus ojos al cielo con alas mas fuertes y veloces que las del águila ; superando su fervor todos los escollos de esta vida , andando en seguimiento de las mas sublimes virtudes : en una palabra , ejercitándose así en todo género de buenas obras , acumulan méritos sobre méritos que Dios les retribuirá con la recompensa de la gloria.

Este es el gran premio, fieles míos, que á último resultado acarreen las buenas obras. Para lograrlo todos , justos y pecadores , debemos trabajar con ahínco aspirando vivamente por su adquisicion, como á centro que es y último fin , terminados los dias de nuestra vida. Empero para llegar felizmente á este término dichoso para el que fuimos criados y el Señor nos tiene prometido , son tan precisas las buenas obras que sin ellas no se puede alcanzar. Para conseguirlo no bastan propósitos ni buenos deseos. Las vírgenes fatuas de que nos habla el Evangelio, tambien se propusieron asistir á las bodas y desearon tener aceite para encender sus lámparas , y aun lo pidieron á las vírgenes prudentes ; pero de nada les aprovechó su intencion ni su deseo , por no haberse prevenido con tiempo y provisto con anticipacion : mientras fueron á comprarlo llegó improvi-

sadamente el esposo, entró en el salon del festin matrimonial, cerró la puerta y no les permitió que entrasen en él ¹.

Tampoco basta únicamente el no hacer mal. El real Profeta marcándonos la regla de conducta que debemos todos llevar, no solo nos dice que nos apartemos de lo malo, si es que añade juntamente que debemos además hacer y practicar lo bueno : *Declina à malo et fac bonum* ². El cielo es un premio, una recompensa; esta no se puede alcanzar sino mereciéndola, ni merecerla sino haciendo buenas obras. ¿Cómo se alcanza, fieles mios, en las minas el logro de los preciosos metales, estando como están tan profundos en las entrañas de la tierra, y tan metidos en el corazon ó centro de las peñas? Trabajando mucho en su explotacion. Del mismo modo, pues, nos es forzoso á nosotros el trabajar con ahinco y de continuo sobre la tierra, para descubrir el tesoro evangélico. Preciso nos es el hacer vivas diligencias para hallar la perla preciosa, ni debemos descansar un momento á fin de escalar el cielo con nuestros méritos. A nuestro arbitrio se deja la conquista. Si no la conseguimos por no hacer nada con este fin, ¿á quién culparémos por ello? Delante de nosotros, dice el Sábio, tenemos el agua y el fuego, libres somos para extender la mano á lo que mejor nos plazca. A nuestra vista está la vida y la muerte, el bien y el mal, para dársenos lo que mas nos agrade ³. El Señor nos da opcion para elegir poniéndonos á una parte el cielo y la vida eterna; á otra el infierno y una interminable desdicha para que hagamos lo que sea de nuestro gusto; con la seguridad de que nos premiará si nos ejercitamos en obras que por ser buenas lo merezcan; al paso que nos castigará si nada hacemos y nuestras maldades lo requieren. El cielo no se conquista con solo querer, sino á fuerza de sacrificios. ¿Quién será el afortunado que lo llegue á conseguir? Aquel que viviendo en este valle de lágrimas dispone en su corazon las subidas para él mediante su penitencia, su mortificacion, guardando los preceptos divinos, adelantando en el camino del bien á fuerza de obras buenas. El que sube de uno en otro grado, y cumpliendo la ley divina, creciendo de virtud en virtud llega á la cumbre. Este es el que tendrá la dicha de ver á Dios en la celestial Sion ⁴.

Hagamos aquí alto, fieles mios, para detenernos un poco en aquella excelente exhortacion que san Pablo dirigió á los gálatas, y en

¹ Matth. xxv. — ² Psalm. xxxvi, 27. — ³ Eccli. xv, 17, 18.

⁴ *Ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion.* (Psalm. lxxxiii, 8).

ellos á todos los cristianos : *Opus... suum probet unusquisque* ¹. Cada uno , dice , debe examinar atentamente su conducta , recordar qué obras ha practicado , quilatarlas con escrupulosidad y ver qué mérito tienen. Prestándonos , pues , con docilidad á esta tan saludable exhortacion del Apóstol segun estamos obligados , repasemos con detenimiento nuestra vida , y veamos qué obras son las que hemos hecho. ¡ Ah ! cuántos motivos de sentimiento no debemos tener al recordar que desde nuestros primeros años , volviendo la espalda á nuestra primera vocacion , cerramos los ojos al camino que nos mostraba la luz , como dice Job ² : que han sido mas los malos pasos que hemos andado en nuestra juventud , que las obras buenas que hemos practicado : que aun pasada aquella edad , hemos , sí , tenido muchas veces pensamientos , hemos abrigado deseos , hemos formado propósitos de salvarnos y de conseguir el cielo ; pero generalmente ahí nos hemos parado sin salir de nuestros vicios , sin reprimir desde luego nuestras pasiones , sin sujetar nuestro natural soberbio , impuro ó ambicioso , sin arrepentirnos , hacer una confesion dolorosa de nuestras culpas , y emprender inmediatamente las sendas de la virtud para no dejarlas de ningun modo , practicando sin cesar como debíamos obras de vida eterna. Si alguna vez libres del pecado hemos formado resolucion de ser en adelante buenos y virtuosos cristianos ; si en consecuencia de esto nos hemos dedicado á la oracion , al ayuno , á la maceracion de nuestra carne rebelde , bien pronto hemos desistido de practicar estas obras cediendo á nuestra flojedad , á nuestra tibieza , defiriendo mas bien á nuestros caprichos que á las órdenes de Dios ; persuadiéndonos con una creencia tonta y equivocada , de que viviendo como viven muchos en el mundo , conseguiremos el cielo. Pero ¡ ah cristianos ! nuestra propia santificacion debe ser el cuidado general en esta vida ; porque sin ella no puede conseguirse la bienaventuranza. Desatendiendo obligacion tan importante , somos reprecensibles ante Dios por nuestra omision , culpables por nuestra tibieza , y dignos por nuestra relajacion de los castigos mas enormes. En las figuras que el Evangelio nos presenta , tenemos retratado el paradero que nos ha de caber , si no ejecutamos buenas obras ó no somos constantes en ellas. Allí estamos figurados , bajo un sentido moral , en el árbol infructuoso que fue cortado y arrojado al fuego , por no dar otro fruto que el de hojas ³. En la higuera estéril que fue maldita por Jesucristo , porque no halló

¹ Galát. vi, 4. — ² Job, xxiv, 13. — ³ Evangelio de hoy.

frutos en ella ¹. En el criado perezoso que fue condenado, no por haber perdido su talento, sino por no haber sabido gananciar con él ².

A vista de estos tan terribles castigos, nos interesa sobremanera el abrir los ojos de la consideracion para advertir y ejecutar lo que mayormente nos conviene, que es el ocuparnos con incesante continuidad en cuantas obras buenas podamos hacer. Este encargo es el que el apóstol san Pablo daba á los corintios. Hermanos míos, les decia este Apóstol; hermanos míos, yo os exhorto á que os ejerciteis con esmero en la práctica de buenas obras: que hagais de ellas un abundante acopio como necesitais para vuestra santificacion y el logro de vuestra felicidad: *Ut... abundetis in omne opus bonum* ³. Y este es el que jamás debemos perder de vista, para que sea la regla constante de nuestra vida; no cifrando nuestro sosiego en alguna que otra obra buena, porque esto seria procurar á medias la salvacion, sino en practicar cuantas podamos para darle una perfeccion completa. ¿De qué nos serviria el practicar por algun tiempo algunas obras buenas; pero fastidiados á muy luego por parecernos ridícula ó tediosa aquella conducta, volver á las antiguas andadas viciosas, á un método de vida mundanal ó indiferente en orden á nuestra salvacion, que es lo que principalmente nos interesa y el logro de nuestra eterna felicidad? ¡Ah! todo aquel esmero primitivo, aquella brillantez que presentaban nuestras acciones, vendria á ser como el fogonazo que da una arma de fuego sin salir el tiro, que es el que habia de causar el efecto propuesto: ó como dice el profeta Isaías, á la manera de la llamarada que da una poca estopa cuando se quema; ó como una chispa que salta de la lumbre: *Erit fortitudo vestra ut favilla stuppæ; et opus vestrum quasi scintilla* ⁴. Perfeccionemos todos nuestra santificacion: no seamos perezosos para las obras buenas: hagamos todas cuantas podamos hacer, con arreglo al estado y condicion en que cada uno nos hallemos. Este sea nuestro pensamiento, esta nuestra ocupacion; seguros de que continuándola sin desistir de ella hasta la muerte, nos hallaremos en esta terrible hora con un acopio considerable de méritos, en fuerza de los cuales nos corresponderá el Señor, confiriéndonos el gran premio de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña, por tantas culpas que hemos cometido y con las que hemos ofendido á Dios sobremanera, arrojámonos todos contritos y humi-

¹ Marc. xi, 14. — ² Matth. xxv, 30. — ³ II Cor. ix, 8. — ⁴ Isai. i, 31.

llados á los piés de esta tremenda Majestad , que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor y Padre mio muy amado : Vos que me criásteis con vuestra omnipotencia , que me redimísteis con vuestra pasion, me santificásteis con vuestro Bautismo y me iluminásteis con vuestro Evangelio ; Vos me pròmetísteis tambien el premio de una felicidad sin fin , siempre que practicara buenas obras absteniéndome de toda especie de pecado, viviendo en una palabra como buen cristiano. Y yo ¿qué he hecho hasta de aquí ? ¿ Cómo os he obedecido y correspondido á favores tan grandes y tan especiales ?

¡ Ah mi amable Redentor! viviendo como un hombre desenfrenado, sin razon , sin ley y sin conciencia , cometiendo pecados sin número y ofendiéndoos á cada paso. Sí, mi Dios, mi Padre , mi vida y mi consuelo. Me confieso pecador delante de Vos. Conozco que he sido esclavo infame de la culpa , cruel enemigo de mi alma , y reo capital de eternas penas. ¿ Cuántos, por menos pecados que los míos , están ardiendo en los calabozos del infierno ? Pues ¿ cómo he sido yo tan desalmado que no temia vuestros rigurosos castigos ? ¿ Tenia acaso alguna escritura firmada de vuestra mano, en que me asegurárais la vida por todo el tiempo que yo quisiera pecar ? ¡ Oh entendimiento el mio tan ofuscado ! ¡ oh razon pervertida ! ¡ oh ceguedad la de mi juicio ! Grande , Jesús mio , ha sido mi malicia y lastimoso mi descaro en ofenderos á cada momento con culpas tan vergonzosas ; pero ya declaro ahora bien reconocido que me duelo de ellas con la mayor intensidad ; digo y siento con todas las veras de mi corazon , que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA OCTAVA DESPUES DE PENTECOSTES.

Lo formidable que es el juicio particular para el pecador.

Redde rationem villicationis tuæ. (Luc. xvi, 2),
Da cuenta de tu mayordomía.

Cuando llegue para cada uno de nosotros aquel día, que en sentir del profeta Zacarías ni será día ni noche ¹, nos encontraremos sin saber cómo, terminada la carrera de nuestra vida, ante la presencia de un Dios que todo lo puede, y que con una ojeada ve todos los siglos ², que va á tomarnos cuenta minuciosa de cuantos bienes suyos hemos administrado en este mundo, con mas rigor todavía que la que le exigió á su mayordomo el hombre rico de que (hoy) habla el Evangelio. En este día y momento dejando de existir en la tierra, hemos de comparecer ante Jesucristo nuestro soberano juez, que con la mayor escrupulosidad ha de inquirir y quilatar todos nuestros pensamientos, palabras y obras. Momento que nosotros ignoramos, porque Dios se lo reserva en su pecho para premiar al justo que administró bien sus dones, y castigar con la mayor severidad al pecador que abusó de ellos, ejerciendo en él la venganza que por tanto tiempo tuvo represada y oculta en su corazon ³. Si esto consideráramos atentamente mientras andamos espaciándonos por las veredas de este mundo falaz, si este formidable pensamiento no se desprendiera de nuestra memoria mientras vivimos, si lo tuviéramos siempre presente, ¿cómo era posible que no radicase su temor en nuestro corazon, y que esta idea dejara de reformar nuestras costumbres? La triste consideracion de aquel riguroso juicio, que el Señor ha de tomar á nuestra alma en el mismo instante en que se separe del cuerpo, la que toda temblando se verá precisada

¹ *Et erit dies una, quæ nota est Domino, non dies neque nox. (Zach. xiv, 7).*

² *Et sciant omnes qui habitant terram, quia tu es Deus conspexor sæculorum. (Eccli. xxxvi, 19).*

³ *Dies enim ultionis in corde meo. (Isai. lxiii, 4).*

á dar razon exacta de todas sus acciones , de sus palabras , y hasta de los mas secretos y fugaces pensamientos, causaria en todos nosotros á meditarla tan preciosos resultados, que fuera capaz de reformar nuestra vida. Esta sola consideracion sanaria las dolencias de nuestra alma, y nos libraria del pecado. No puede menos de ser tarde para la culpa, decia san Juan Crisóstomo, el que tenga presente la terrible cuenta que le espera ¹. ¿Cómo es posible que tengan cabida los sentimientos mundanos en las almas que no pierden de vista aquel triste momento, en que ha de concurrir á lidiar la miseria humana con la inflexibilidad divina, la poquedad del hombre con la omnipotencia de Dios?

¡Ay fieles míos! ¡Cuán poderoso motivo es este para sobrecogernos á todos de pavor, y hacernos ajustar nuestros pensamientos al exacto nivel de la ley divina! Si esto contemplaran los pecadores, ¿cómo era posible que anduvieran tan errantes y desbordados como andan por las sendas de la iniquidad? ¡Ah! La ninguna consideracion que les ocupa acerca de este tan apremiante estrecho en que se han de ver, es lo que les tiene abismados en los vicios y en toda clase de desórdenes. Imposible es que el pecador pueda curar sus enfermedades, lavarse de sus inmundicias, y rectificar sus criminales desvíos, á menos que no se ponga á meditar de lleno la rigurosa cuenta que tiene que rendir ante un Juez que todo lo ve, que nada se le esconde ², que nada respeta, y que en aquel momento nada perdona. Si este recuerdo lo hiciera rodar en su imaginacion con frecuencia cotidiana, yo le prometiera que encontraria en él lo que sobremanera le conviene. En él hallaria la necesidad y urgencia que le corre de abandonar para siempre los vicios, y abrazar de todas veras las virtudes, penitenciándose con rigor para expiar las culpas que tan sin reparo cometió. Fijemos, pues, todos la consideracion en este momento, y penetrémonos de *lo formidable que es el juicio particular para el pecador*, á fin de que grabado este temor en nuestros corazones, enmendemos nuestra vida para no salir condenados en él. Ved aquí un punto importantísimo para todos, y que no puede tratarse sin estremecimiento. Mientras os lo demuestro con el favor de Dios, exijo vuestra atencion.

El hombre aun con solas las luces de la razon llega á conocer que excede por la excelencia de su naturaleza á los objetos materiales que le rodean, y que ha nacido para sobrevivirles. La razon al-

¹ Orat. II in II Thes. — ² *Omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* (Hebr. iv, 13).

canza que si el hombre hubiera de finalizar con la vida presente, seria inferior á muchos animales que le aventajan en longevidad, y aun de peor condicion á las encinas que él mismo planta, y á los edificios que construye, los que subsisten muchos mas años que él; pero no: no se encuentra pueblo alguno en la tierra que no esté penetrado de una vida futura y eterna, feliz ó infortunada, segun la buena ó mala moralidad de los procedimientos que cada uno ejecute en esta vida mortal. Nosotros que sobre las luces de la razon contamos con el testimonio infalible de la revelacion divina, fondeamos esta materia con tal certeza, que no permite el que nos equivoquemos en lo mas mínimo. Ella nos hace ver que el hombre tiene una permanencia transitoria en este mundo: que solo está en él como de paso: que su tendencia directa es caminar á una vida futura. Nos demuestra igualmente que Dios tiene dispuesto en ella ciertos lugares muy diferentes y aun contrarios, y principalmente uno de gloria para siempre, y otro de infierno por toda una eternidad. Que el final destino de cada uno, bien ha de ser el de una dicha interminable por via de recompensa, si llenando en este mundo las miras que tuvo Dios en su creacion, vino á morir en gracia, ó bien una infelicidad eterna en los infiernos por via de pena, si contrariando las intenciones del Señor, y separándose de los preceptos que le impuso, tuvo la desgracia de morir estando en pecado mortal. Dios nuestro Señor tiene determinada una hora para cada uno, y en esta hora marcado un instante para imponerle el premio ó el castigo, y es cuando muriendo deja de figurar en el teatro de este mundo. Tan pronto, pues, como una persona ha exhalado la última respiracion, queda su cuerpo tronco cadáver en el paraje donde se encuentra, y el alma es presentada inmediatamente ante Jesucristo, quien como Dios que es y supremo Juez, erige allí prontamente un tribunal para juzgar á la persona que acaba de espirar. Así lo dice san Pablo: *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem judicium*¹. Si, señores: bien sea la muerte natural, bien violenta, tan pronto como sobreviene separándose el alma del cuerpo, deja á este donde se halla, y ella va á comparecer ante la presencia de Dios, á rendir cuentas de la administracion de aquellos bienes que se le concedieron, del bueno ó mal uso que en union con el cuerpo hizo de ellos. Esta comparecencia es general; de modo, que el soberano y el súbdito, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, el jóven y el an-

¹ Hebr. ix, 27.

ciano, el hombre y la mujer, el bueno y el malo, el justo y el impío ¹, en suma todos tienen que dar razón de cuantas obras ejecutaron en este mundo ².

¿Qué impresion tan terrible no formará en el alma esta primera vista de un Dios? No obstante ser tan santo el profeta Daniel, por tan solo ver el rostro de un Ángel, le vinieron á faltar las fuerzas, conmoviéndose y estremeciéndose sus nervios y coyunturas ³. Con solo ver la majestad de otro, san Juan evangelista se cayó en el suelo como muerto ⁴. Siendo esto cierto como lo es, ¿qué será el ver la soberanía y terribilidad que tendrá la presencia de aquel Dios que crió los Ángeles para ministros y servidores suyos? Es verdad que el justo, aquel que nunca pecó mortalmente, ó si tuvo la desgracia de cometer algun pecado grave, temeroso del rigor de este juicio, de la hora incierta que en él se habia de ejecutar, y de los terribles cargos que se le habian de hacer, se purificó de él con una saludable penitencia, lavándose en las aguas de una buena confesion, y acogiéndose al sagrado de la misericordia divina, tendrá el consuelo de que el Señor como juez soberanamente íntegro, teniendo en estimacion sus ayunos, sus limosnas, la frecuencia de los santos Sacramentos, sus lágrimas y su penitencia, le recompensará segun lo tiene prometido con una bendicion feliz, que le alcance una corona inmarcesible y eterna, en aquel reino resplandeciente y hermoso, centro y depósito de la gloria de Dios y habitacion de su suprema majestad ⁵. Pero este consuelo no podrá animarle de ningun modo al pecador. Esta confianza no podrá abrigar aquel que fue homicida como Cain, soberbio como Faraon, vengativo como Esaú, traidor como Judas, gloton como Heliogábalo, cruel como Neron, adúltero como Herodes, ó impío como Juliano; antes bien, presintiendo su condenacion y su fatal destino, temblará de puro miedo al considerar que tiene que presentarse en el tribunal del supremo Juez.

Por mucho que quisiera esforzarme para representaros, con alguna comparacion de las que están á vuestro alcance, el temor del alma de un pecador que se ve precisada á comparecer en este juicio tan

¹ *Justum et impium judicabit Deus.* (Eccles. iii, 17). — ² *Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis, prout gessit, sive bonum, sive malum.* (II Cor. v, 10). — ³ *In visione tua dissolutæ sunt compages meæ, et nihil in me remansit virium.* (Dan. x, 16). — ⁴ *Et cum vidiissem eum, cecidi ad pedes ejus tamquam mortuus.* (Apoc. i, 17). — ⁵ *Accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini.* (Sep. v, 17).

tremendo, siempre me quedaria corto, no siéndome posible ofrecer una idea ó representacion ni aun remotamente ajustada. Mucho es lo que padece uno que está sentenciado á morir en un patíbulo, en aquellas horas en que está puesto en *capilla*; por manera, que el pavor en muchos de estos reos les ocupa de tal suerte, que al sacarlos de la cárcel para emprender la carrera del cadalso, ya están, como decimos vulgarmente, mas muertos que vivos; pero nada es esto respecto al temor del alma del pecador, al salir de la cárcel de su cuerpo, emprendiendo la marcha para el tribunal de Dios, en que ha de ser sentenciada. Si os hallárais á la cabecera de los enfermos, y viérais como nosotros los curas vemos morir á tantos, observaríais que por lo comun, presintiendo el cuerpo su disolucion, y que muy poco le resta de vida, temeroso de su muerte, prorrumpe en un sudor frio, principalmente por las cejas, por la frente, y aun por el pelo de la cabeza, reluciendo como vidrio picado. Si estas demostraciones, pues, tan sensibles da un cuerpo del sentimiento que le cabe y del temor que tiene á la muerte, ¿cuáles serán las del alma de un pecador, al aproximarse el momento en que tiene que comparecer ante un Juez inexorable, que va á descargar en ella todo el lleno del furor que tuvo represado en su pecho por todo el tiempo en que en union con su cuerpo tuvo un placer en ofenderle? El alma, fieles mios, no tiene partes como el cuerpo, porque es espíritu, y por esta razon ni nosotros la podemos ver, ni ella manifestar á nuestros ojos las señales sensibles que presenta la materia ó una sustancia corpórea; pero si las pudiera ofrecer á nuestra vista, no vacilo el afirmar que sudaria sangre si fuera capaz de ello, del temor que le causaria la consideracion de que iba á comparecer en el tribunal divino, para ser allí examinada, reconvenida y sentenciada. Aun en este mundo, como bien sabeis, el tormento que motiva un mal que se teme, es mayor á las veces que cuando se sufre, á causa de la vehemencia de la apension que lo acrecienta.

Obligada á comparecer una alma, ó sea el pecador, ante el tribunal de Jesucristo, en una hora en que sabe va á desplegar contra él este soberano Juez todo su furor y encendida venganza á causa de estar manchado con pecados enormes, como juramentos falsos, blasfemias, envidias, rencores, defraudaciones, y deshonestidades sin cuento; sorprendido con su vista con indecible asombro, á la manera de un ladron á quien aprende la justicia con el hurto en las manos, ó como una mujer á quien se la coge en el mismo acto del adulterio sin que lo pueda negar, desearia vivamente el tener propor-

cion y aptitud para ahorcarse con un cordel como Judas, ó tener á mano un puñal para pasárselo como Saul; y dejando de existir, no tener que responder en el juicio. Con la mayor ansia apeteciera que Dios ejerciese con él pronto el mismo tormento y castigo que David dió á los amonitas, que los trilló y desmenuzó, lo mismo que queda desmenuzada en la era la paja con trillos dentados; por manera, que la carne quedó amasada y confundida con los huesos, hasta poderse hacer ladrillos de ella ¹; ó haciendo bajar fuego alquitrinado del cielo, que lo abrasase en un momento, como lo hizo con los sodomitas ², ó sea dejándolo allí muerto repentinamente, como lo hizo con Onan ³, para de este modo acabar en un instante de temer y de penar; pero no; no queda con esto satisfecha la venganza divina. A gran dicha pudiera tener el ser en un instante aniquilado; pero tiene que padecer mientras Dios sea Dios; y por lo mismo para él no habrá en aquel lance sogá ni puñal, no habrá trillos dentados, fuego alquitrinado, ni tampoco la muerte pronta que apetece: léjos de eso, su vida va á afianzarse mas y mas; y de forma tan duradera, que nunca, nunca ha de acabar; pero será no para gozarse en sus vicios como lo hizo en este mundo, sino para padecer y penar rabiosamente en los infiernos por toda una eternidad.

Estrechado á pesar suyo á oír los cargos que el Señor le dirija en aquel momento, con una voz tan amarga, que como dice el profeta Sofonías, de solo oírla quedará aterrado hasta el espíritu del mas fuerte, y como anonadado hasta aquel que la echaba de impío en este mundo: *Vox dei Domini amara, tribulabitur ibi fortis* ⁴, ¿qué responderá á las preguntas y reconvenciones que se le hagan? ¿qué justificación podrá aducir para no salir condenado en aquel tremendo tribunal, en que aparecerá cuanto obró en este mundo, y el uso que hizo de los divinos auxilios que se le confirieron? Pues qué, ¿todo, todo se ha de tener en cuenta? Sí, pecador. Todo género de obras que hayas hecho, buenas y malas, se han de examinar con rigor y juzgar sin apelacion en este triste momento. No dudo que habrás hecho alguna que otra obra buena en este mundo, la que presumas ser de algun valor ante los ojos de Dios; pero bien quilatada por el divino contraste, tal vez te encuentres con que esté viciada con algun defecto, por el que quede sin virtud y no merezca premio alguno. Tambien Oza creyó que era un deber religioso, y por lo tanto que hacia una obra buena en detener el arca santa con sus manos,

¹ II Reg. xii, 31. — ² Genes. xix, 24, 25. — ³ Genes. xxxviii, 10.

⁴ Sophon. i, 14.

cuando dando un vuelco el carro que la llevaba, juzgó que iba á caer en tierra ; pero los juicios de Dios, que son muy diferentes de los que formamos los hombres, hallaron demérito en esta accion, y allí lo dejaron muerto en el acto ¹. De todos modos, bien me parece puedo asegurar que serán mas las obras malas que hayas hecho, que las buenas que hayas ejecutado segun la vida viciosa que llevas ; pero ¡ ah ! ¡ y cómo sabrás entonces tener en justo aprecio una vida virtuosa, empleada toda en ejercicios piadosos y santos de que ahora te cuidas tan poco, los miras con indiferencia, ó por mejor decir los menosprecias ! ¡ Qué alegría interior tuvieras, si hubieras empleado tu vida llenando como Dios manda las obligaciones de tu estado y profesion, observando con puntualidad y exactitud la ley santa é inmaculada del Señor, mortificando tus pasiones, macerando tu carne rebelde con ayunos y abstinencias, huyendo de los placeres pecaminosos, y postergando todos los halagos y encantos que el mundo ofrece, y con los que pretende seducir y perder las almas ! Pero si, léjos de haberte portado así, te hallas por el contrario en aquella ocasion, repasando tu memoria, sin un acto de caridad, sin haber dado un dinero ni un bocado de pan á los pobres ; si no has procurado dar gusto á Dios, perdonando los agravios y reconciliándote con tus enemigos, ó con aquel á quien diste ocasion de ofensa ; si no has oido misa un dia de hacienda estando bueno y desocupado, y mas bien has querido invertir el rato que hubieras empleado en oirla, estando ocioso, mano sobre mano, confabulando con otros conversaciones perjudiciales, ó cuando menos de ninguna utilidad ; si has visto pasar las mayores festividades que la Iglesia celebra en el decurso del año, sin cuidarte en ellas de otra cosa que de mudarte de vestido ó ponerte la ropa buena, pero sin ocurrirte acercarte á los santos Sacramentos que te darian salud, gracia ó aumento de ella en tu alma, haciendo en esos dias una buena confesion, y recibiendo la comunión sagrada con ansia y con fervor ; si en vez de santificar estos dias con cuantas obras de piedad y religion pudieras, los has profanado mas bien con el trabajo, con picardías y malas palabras, ¿ cómo quieres tener obligado á Dios, para que en aquel triste momento te mire con ojos de misericordia ? ¿ Qué harás entonces ? ¿ A quién recurrirás ? ¿ De qué valimiento echarás mano, estando destituido de todo socorro ? Si te hallaras citado ante algun juez de este mundo, aun pudieras abrigar alguna esperanza tocando,

¹ II Reg. vi, 6, 7.

en cuanto alcanzara tu posicion , aquellos resortes que alguna que otra vez producen entre hombres un buen resultado ; pero no te queda ese recurso con el Juez supremo ; porque este no se inclina con alabanzas ni con empeños , no se cohecha con sobornos , no se dobla con ofrecimientos , ni tampoco se tuerce su justicia con dádivas.

Siempre causa temor el ser juzgado , aun en los tribunales de la tierra ; pero el que se halla inocente por no haber cometido delito , procede , aunque temeroso , algun tanto confiado. Quien teme y tiene mas por que temer , es aquel que como criminal ó culpado le remuerde la conciencia. Y ¿qué será , pecador , cuando la tuya te esté arguyendo de que no has ejecutado una sola culpa , sino muchas y muy graves ? ¿ Cuando esta te convenza interiormente de que Dios te dió su ley , para que observándola te salvaras ; pero que con el mayor vilipendio quebrantaste sus preceptos con una indiferencia igual á cuando quebrantas ó rompes una caña para echarla al fuego ? ¿ Cuando te patentice las repetidas veces con que no quisiste seguir sus acertados dictámenes ; cuando te recuerde las frecuentes ocasiones en que su divina Majestad te estimulaba por medio de diferentes auxilios que te conferia , á que salieses del cieno de los vicios y los abandonases para siempre , pero que los despreciaste por no privarte de tus gustos y satisfacer tus apetitos ; cuando en tantos lances te sugeria hicieses penitencia para expiar tus culpas y aplacar al cielo ; cuando te decia que pusieras en ejecución lo que oias en los sermones , reconviniéndote de que si asistias á ellos , por un oido te entraban las palabras , y por otro te salian , sin cuidarte de fijarlas profundamente en tu memoria , como muy interesantes para tu salvacion ; cuando si te confesabas por el tiempo pascual , te argüia que lo hacias mas por cumplimiento que porque te animaran deseos verdaderos de enmendarte , y aunque ofrecias en el confesonario mil seguridades y formabas propósitos que tú decias eran sinceros , no eran mas que veleidades , y por decirlo mejor declarados engaños , como á muy luego lo demostraba tu conducta quebrantándolos por un mezquino interés ó por un gusto de un momento ? ¿ No es todo esto motivo para que se aterre y confunda el pecador ?

Pero ¡ ay que aun le resta todavía mas ! Aun le resta oir al supremo Juez como le dirige su palabra ; aquella palabra que lo traspasará , á la manera de una espada que tiene muy bien sacados los filos , como dice el profeta Ezequiel ¹ , diciéndole : No puedes negar

¹ Ezech. xxi, 9.

ni desconocer, hombre infame, criatura vil, pecador protervo, no puedes negar ni desconocer que yo te crié de la nada, que por tí bajé á la tierra, me vestí de esta carne humana que estás viendo, y encerrado en ella trabajé con esmero á favor tuyo hasta morir derramando mi sangre en una cruz, quedando llagado y hecho cadáver mi inocentísimo cuerpo, á fin de que tú alcanzases la salvacion. Por tí entregué mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma. Por tu bien instituí los Sacramentos, y en uno de ellos te dí por alimento mi cuerpo mismo, y por bebida mi misma sangre. ¿Pude hacer yo mas por tí? ¿Pudo llegar á mas la estimacion que hice de tu persona, con el objeto de que te salvaras? Y bien: ¿qué has hecho tú conmigo, para pagarme tan señaladas finezas y corresponderme á tantas y tan insignes mercedes? ¡Ah desleal, ingrato, infame y traidor! Yo te ensalcé sobremanera sin derecho alguno ni merecimiento de tu parte. Tú me prometiste fidelidad y amor con la correspondencia debida á mis beneficios, confirmando tus palabras con los mas solemnes y sagrados juramentos; y tú en vez de ser consecuente con lo prometido, alistándote en las banderas de Lucifer, has blasfemado mi santo nombre, has jurado en falso cuando te ha parecido; tu vida en vez de conformarse con la páuta de mi ley, no ha sido otra cosa que una cadena de maldiciones, palabras soeces, deshonestas y escandalosas, murmuraciones, adulterios, calumnias, falsos testimonios, rencores, venganzas, traiciones y daños que han causado al prójimo notables perjuicios; soberbias, inobediencias, faltas cometidas en tu oficio, omisiones pecaminosas, y tantos otros pecados, ya graves, ya leves, que tú sabes y á mí no me se ocultan. Cometiendo estas vilezas has quebrantado mi ley, me has vuelto á crucificar de nuevo, siguiendo tus desenfrenados y hediondos apetitos, has pisoteado mi sangre, despreciando mis promesas, y no haciendo caso de mis amenazas. Has escandalizado la tierra, y ofendido notablemente el cielo; por lo tanto, pues, no siendo digno de misericordia como no lo eres, te condeno y destino á los infiernos, para que allí ardas para siempre y los demonios te atormenten por toda una eternidad. Ministros infernales, espíritus diabólicos, coged esa alma; y desde este instante atormentadla segun merece por los siglos de los siglos, para que así quede satisfecha plenamente mi justicia.

¡Qué acto este, fieles mios, tan pavoroso! ¡Qué sentencia tan terrible! ¡Qué destino tan fatal! Y ¡qué impresion tan profunda debe hacer todo esto en nuestros corazones; puesto que como viadores

que somos, caminamos todos, hombres y mujeres, con direccion á él; y ha de llegar para cada uno de nosotros un momento en que Jesucristo nuestro Señor nos ha de juzgar, sentenciándonos despues de haber examinado rigurosamente los procedimientos todos de nuestra vida! Y si, como dice san Pedro, apenas se salvará el justo, ¿qué será de los impíos y pecadores? *Si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi p̄rebut* ¹?

¡ Ah cristianos de mi corazon ! ¡ qué suerte tan fatal tiene que caberos á vosotros y tambien á mí en nuestro respectivo juicio, si desde ahora no rectificamos nuestra conducta, desterrando nuestras viciosas costumbres, llevando una vida modelada al nivel del Evangelio, edificante en nuestras acciones, en nuestras palabras, y recta en nuestros pensamientos, expiando todas las ingratitudes y rebeldías que hemos cometido hasta de aquí, con los rigores de una penitencia saludable que pulverice nuestras culpas pasadas, y guardándonos muy mucho de no ofender á Dios en adelante en lo mas mínimo! Enmendemos, pues, nuestras costumbres, aborrezcamos de todas veras el pecado, y procuremos vivir siempre en lo sucesivo adornados de la hermosura de la gracia: que si de este modo nos portamos hasta el punto final de nuestra vida, hasta á aquel triste momento en que rompiéndose el lazo que une nuestra alma con nuestro cuerpo dejemos de existir en este mundo, podemos confiar en que el justo y supremo Juez, ratificando en nuestro juicio particular la expiacion de nuestros crímenes, nos dirigirá una sentencia de bendicion, que nos haga felices y bienaventurados por los siglos de los siglos en la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor, mi Redentor y Padre mio muy amado: son tantas y tan graves las ofensas que he cometido ante vuestro divino acatamiento, que yo mismo me admiro como no me habeis sepultado mil veces en los abismos, cuando á otros por menos pecados que los míos los arrojásteis en aquellos calabozos infernales. Pero es tan grande en este momento mi vergüenza, mi confusion y arrepenti-

¹ 1 Petr. iv, 18.

miento por los agravios que os he hecho, que quisiera que ahora mismo se rasgara mi corazón del dolor mas penetrante, y que todos los poros de mi cuerpo se convirtieran en fuentes de lágrimas, para llorar día y noche las ofensas con que os he maltratado siendo como sois mi Dios, mi vida y mi consuelo. Y ¿es posible, mi amado Jesús, que haya tenido yo el arrojo de ofender á vuestra infinita bondad? ¿Que sea yo quien tantas veces hirió y crucificó á su mismo Redentor? ¿Que sea esto cierto?

Sí, dulce Dueño de mi alma. Confieso haber sido el mas perdido de los pecadores; pero ya bien desengañado y arrepentido, os pido perdón como la Magdalena, indulgencia como el hijo pródigo, y misericordia como el Publicano, diciéndoos de todas veras, que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA NONA DESPUES DE PENTECOSTES.

De qué modo hemos de venir al templo y permanecer en él.

Domus mea, domus orationis est. (Luc. XIX, 46).

Mi casa es casa de oracion.

Aquel Dios omnipotente que sacó todas las cosas de la nada, que las mantiene con solo su querer, y que en un momento si quisiera las pudiera destruir, está presente en todas partes; no solo por su conocimiento y su poder, sino tambien por su inmensidad, llenándolo todo espaciosamente. En él existimos todos, obramos y vivimos, dice san Pablo ¹. Altamente penetrado de esta verdad el Real profeta, decia muy bien que á donde quiera que dirigiese sus miras, á cualquier paraje que enderezara sus pasos, allí encontraría á Dios ². Conociendo esto mismo el santo Job, y que Dios no podia estar circunscrito á locales determinados, por manera que aunque está en todo el mundo, no por eso el mundo lo contiene, sino que el mismo Dios contiene al mundo, decia que era mas alto que el cielo, mas profundo que el infierno, mas dilatado que el mar y mas extenso que la tierra, siendo su grandeza infinita ³. Por lo que dijo Isaías que toda la tierra estaba llena de su gloria ⁴.

Mas aunque no hay lugar alguno donde no esté Dios, sin embargo no ha querido su divina Majestad obligarnos á reconocer esta su soberana presencia con igual obsequio en todas partes. Esta hubiera sido una obligacion gravosa, atendida la diversidad de asuntos terrenos, la multitud de negocios y la variedad de ocupaciones en que está envuelta la vida humana; bien que en todos los parajes es un deber nuestro el no ofenderle, y en todos podemos tambien bendecirlo y alabarlo, como dice David ⁵. El solio principal de su sohe-

¹ *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus. (Act. XVII, 28).*

² Psalm. CXXXVIII, 8. — ³ Job, XI, 8. — ⁴ *Plena est omnis terra gloria ejus. (Isai. VI, 3).* — ⁵ Psalm. CII, 22.

ranía lo ha fijado en el cielo, y tambien en la tierra ha elegido otros locales, donde ostenta de un modo especial y magnífico las obras de su poder y bondad, y estos son los templos; porque aunque no hay lugar alguno donde no esté Dios, lo está singularmente en el cielo y en la iglesia. Estos son los dos lugares como propios de su habitacion y asiento ¹. En el cielo produce las obras de su gloria, comunicándolas á los suyos con riquezas infinitas y divina magnificencia ². En el templo produce las de su gracia, habiendo dispuesto en él las cosas conducentes á este fin. Aquí es donde quiere que principalmente reconozcamos su soberanía y protestemos nuestra humilde bajeza; aquí donde acatemos su supremo dominio y manifestemos nuestra triste poquedad; aquí donde admiremos su gran magnificencia y reconozcamos nuestra miseria; aquí donde le rindamos obsequios mas señalados; aquí donde le tributemos un culto mas especial; aquí donde reunidos todos como hermanos, formemos un solo cuerpo; aquí donde principalmente le alabemos, le pidamos beneficios y le tributemos gracias. El mismo Dios ordenó á los israelitas el que no le ofrecieran sacrificios en cualquier lugar, sino en el señalado y santificado por él ³. El elegido por su soberana Majestad entre nosotros, es el templo: aquí es donde ha querido se le ofrezca el santo sacrificio, se le rindan nuestros votos, se le enderecen nuestros ruegos, de tal forma, que el mismo Jesucristo llamó al templo casa de oracion, como vemos (hoy) en el Evangelio; y aquí donde participemos de sus misericordias, puesto que aquí es donde las reparte con mano mas liberal. Dignos, pues, y muy dignos son los templos de toda nuestra veneracion y respeto, puesto que el Señor los ha elegido entre nosotros para su propia habitacion, así como para ostentar de modo mas especial su magnificencia y liberalidad. No hay segun esto lugar alguno en la tierra de mas alto honor, de mayor dignidad, ni por consiguiente mas venerable: por lo tanto en ningun otro debemos manifestar mas respeto, ni á ninguno guardar mas atencion. Sobre esto va á girar hoy mi discurso manifestándoos *de qué modo hemos de venir al templo y permanecer en él*. Ojalá me comunique el Señor las luces necesarias para desempeñar este asunto con acierto. Estad atentos.

Dios nuestro Señor, que desde la eternidad nos ha mirado con ojos de una señalada misericordia, disponiendo la economía mas acertada y conducente para nuestra salvacion, á fin de que pudiéramos

¹ *Domínus in templo sancto suo, Domínus in cælo sedes ejus.* (Psalm. x, 5).

² *Ibi magnificus est Domínus noster.* (Isai. xxxiii, 21). — ³ *Deut. xii, 13.*

conseguir esta con mas facilidad , quiso elegir en la tierra una morada destinada á ser su habitacion , para estar mas inmediato á nosotros y tener una comunicacion mas estrecha , destinando este lugar para despachar en él nuestras súplicas , y dispensarnos sus dones. ¿Sabrémos nunca tener este beneficio en el justo aprecio que se merece? El Señor , de quien es la tierra y toda su plenitud , quiso hacerse nuestro vecino manifestándolo de tal forma y tan de asiento , que quiso tener su casa cerca de la nuestra , para que necesitando de su favor como perennemente lo necesitamos , pudiéramos hacérselo presente con facilidad y sin molestia , y quedar así prontamente socorridos. ¿Admite aumento la estimacion que hizo de nuestras personas? Los Mónarcas , si bien lo reparais , hallaréis que por lo comun eligen para su morada ordinaria la ciudad mas rica y populosa de sus Estados ; y cuando mas , destinan algunos puntos para pasar una temporada al año , que apellidamos con el nombre de *sitios reales* ; pero estos locales , no precisamente los eligen por alguna estimacion mas especial que hagan de los moradores que allí habitan. Esta eleccion la hacen mas bien por su conveniencia propia , á fin de libertarse del rigor de las estaciones , eligiendo un sitio frio para el tiempo de calor , y otro caloroso para tiempo frio. No es esta la conducta de Dios nuestro Señor para con nosotros. A todos nos mira con igualdad , á fin de que nadie se excuse con tenerle menos presente , menos cercano que otro. Él quiso honrarnos y favorecernos así á todos los cristianos , eligiendo en todos los pueblos , villas y ciudades , estancias para su perenne morada , destinando los templos para casa de su propia habitacion sin diferencia de terrenos , de climas , ni de estaciones , sin consideracion la mas mínima á personas , sin hacer distincion de los oficios que tuvieran , de sus adelantos ó retraso en las ciencias , en las artes ó en política ; y sin atencion alguna á mayores ó menores poblaciones. De tal suerte , que no hay pueblo por pequeño , rústico y despreciable que sea , donde el Señor no tenga su casa propia , y habite en ella de un modo tan verdadero como los demás moradores en las suyas ; por manera , que si el pueblo tiene treinta vecinos , con Dios son treinta y uno. Esta verdad , fieles mios , hasta hoy habréis pasado desapercibida entre vosotros ; pero justo es que llame vuestra atencion y que la apreciéis en su merecido valor.

Habitando Dios en los templos , ó sea en las iglesias como ordinariamente se dice , y no habiendo pueblo , por corto y miserable que sea , que por lo menos no tenga una , resulta que el Señor habita en

nuestra compañía con todas sus riquezas, gloria y majestad. En cada pueblo tiene su casa propia para ejecutar en ella las grandes maravillas de su poder y misericordia. Este local es el que ha elegido para dispensar á los moradores sus beneficios, y las mercedes que necesitan. De cada una de estas casas ó iglesias dice el Señor lo que dijo á Salomon cuando le levantó aquel suntuosísimo templo que tanto llama nuestra atencion: Yo he elegido y santificado esta casa que has edificado para gloria de mi nombre. Aquí tendré abiertos mis ojos, y atentos mis oídos á la oracion del que me invocare en este lugar. Aquí tendré mi corazón ¹. No puede en verdad explicarse el Señor de un modo mas claro y satisfactorio.

Si pesais bien estas palabras que el mismo Dios profirió por su boca, podeis desde luego advertir, que ha establecido las iglesias no solo para trono de su gloria, sino muy principalmente para teatro de su beneficencia. No solo para ostension de su soberanía, sino mas especialmente para nuestra utilidad. Aunque fueran nuestras iglesias tan ricas y suntuosas como el primer templo que le erigió Salomon, de quien sabemos por testimonio de la misma sagrada Escritura, que los oficiales que trabajaron en él de continuo por espacio de siete años, pasaron de doscientos mil sin los maestros y sobrestantes que eran tres mil y seiscientos; siendo todo el edificio de mármol muy precioso y pulimentado con todo el primor de la arquitectura; y sobre esto, las paredes forradas por la parte de adentro con tablas de cedro, labradas de torno y escultura, con variedad de labores y figuras muy vislosas; y aun estas cubiertas por encima con planchas de oro fino, así como todo el pavimento, no obstante ser de mármoles bruñidos blancos y negros ²; aunque fueran, digo, todas nuestras iglesias tan ricas y suntuosas como este templo, nada en verdad le añadirían de grandeza, y aunque en toda la redondez de la tierra no hubiera un templo siquiera, ni lo que es menos un altar, seria tan dichoso como lo fue por siglos enteros antes de criar al mundo, y sin tener quien le rindiera adoraciones. Lo sumo que él ha pretendido, es tener en la tierra algun lugar donde se moviese á clemencia en favor de los mortales. Poblando el mundo, antevió las muchas ofensas que en mil partes le habian de irrogar sus habitantes, y gustó de elegir las iglesias para tener ocasion de aplacarse, de enternecerse y suspender los castigos que por tantas culpas merecieran.

¹ II Par. vii, 16. — ² III Reg. v, 7; II Par. iii.

Tan pronto, pues, como un cristiano resuelve por sí mismo comparecer en la iglesia á hacer oracion particular, ó sea comun con otros fieles, concurriendo al toque de la campana que los convoca á la celebracion de algun oficio sagrado, debe desde luego orillar los negocios terrenos, recoger su espíritu, animándole un fervoroso y santo anhelo, como el de que estaba poseido David ¹, por ir y entrar en la casa santa del Señor. Esta era la señal por la que san Juan Crisóstomo conocia visiblemente que su pueblo progresaba en la piedad. No hay cosa que me cause mayor consuelo, les decia este santo Doctor, como la gustosa ansia con que os veo venir á las funciones de iglesia ². Para el efecto, es preciso que cada uno procure presentarse con un porte decente; los hombres, á serles posible, siempre y en toda estacion con capa, y cuando no con ella, por lo menos con chaqueta puesta, y nunca, si la tienen, en mangas de camisa, con pañuelo en la cabeza ó sin medias. Del modo que algunos entran en el verano en mangas de camisa, y cuando mas, con la chaqueta encima de los hombros sin poner los brazos, no creo yo que se atrevieran á entrar en el palacio de un señor obispo, de un gobernador de provincia ó del soberano, con motivo de hablar á estas personas; y aunque quisieran no les permitirian la entrada en traje tan poco decente. Aunque grande la dignidad de estos altos personajes, es fácil conocer que no admite comparacion con la suprema dignidad de Dios, con quien en las iglesias venimos á comunicar. Las mujeres han de procurar venir sin criaturas, por lo mucho que estas interrumpen la atencion de los que hay en la iglesia, y principalmente de los oficios que se celebran, con sus lloros, gritos ó travesuras. Es muy reprehensible lo que hacen algunas madres, como se deleitan viendo á sus niños como corren, gritan ó enredan por la iglesia, haciendo sonsonete en el pavimento con las llaves, ó partiéndoles ellas nueces con ruido. Sobre esto, es preciso que las mujeres vengán vestidas con modesta decencia y con mantilla; y nunca deben venir aunque haga frio con la saya en la cabeza, pues media una muy notable diferencia de las calles al templo del Señor, y de las casas particulares á la casa de Dios.

Considerando, pues, el cristiano que entra en la iglesia, que viene á adorar en ella á la infinita majestad de Dios, cuya santidad es tan sublime que causa la admiracion de los Ángeles, y que tiene horror á las mas pequeñas manchas, repútese indigno de semejante

¹ Psalm. LXXXIII, 1, 2. — ² Hom in Vit. Domin.

favor al contemplar su extrema bajeza y sus muchas imperfecciones, y obrando segun el consejo del Espíritu Santo que dice : *Custodi pedem tuum ingrediens domum Dei*¹, temblando debe asentar el pié al entrar en la casa del Señor ; puesto que va á comparecer ante la presencia de aquel , cuya grandeza tiene embargadas de terror asombroso las potestades del cielo ; hace estremecer al universo ; que tiemblen ante su acatamiento las estrellas de la mañana y los cedros altos del Líbano , y en cuyas manos tiene los bienes , la salud , la vida , la suerte y la eternidad. Considere que á Dios no le puede ocultar los senos del corazon , ni tampoco la intencion con que viene , pues fondea hasta los pliegues mas ocultos del espíritu² : que le está mirando como testigo de vista , y le va contando todos sus pasos³. Abandone , pues , en el umbral todos los cuidados terrenos y afectos de mundo ; entrando deseoso , animado y resuelto de todas veras á dejar las sendas de la iniquidad en que ha andado ; á abandonar para siempre todo lo que sea ofensivo á Dios , determinando morir antes que volver á ofenderle. Sí , fieles mios. Esto es lo que el Señor exige de nosotros , si queremos tenerlo propicio en su santa casa ; y esto es lo que debemos hacer , á fin de lograr las mercedes que le pidamos. Esto es puntualmente lo que mandó el Señor al profeta Jeremías que predicase con voz fuerte á cuantos entrasen en el templo. Ponte , Jeremías , le dijo , en la puerta de mi casa , y á cuantos entren en ella para rendirme adoraciones hazles saber , que si quieren que mi permanencia en este lugar les sea provechosa , es preciso que vengan resueltos á abandonar los vicios , y á mejorar de costumbres : ni las venidas rutinarias , ni los corazones llenos de inmundicias pueden serme agradables. Si quieren alcanzar lo que me pidieren y ser gratos á mis divinos ojos , es forzoso que se me presenten limpios de todo pecado , ó por lo menos resueltos á no volverlo á cometer y ofenderme con él. Ni llenan los deseos de mi mayor agrado , ni ellos se justifican , como erradamente se persuaden , con decir como dicen *vamos á la iglesia ; vamos á la iglesia , que es la casa del Señor* , sino lo que yo quiero es , que contemplen la ley que les tengo dada y que obren con arreglo á ella ; que abandonen la mala costumbre que tanto los domina de echar malas palabras ; que se abstengan de toda blasfemia y juramento falso ; que no hagan mal á nadie ; que eviten toda especie de luj-

¹ Eccles. iv, 17. — ² *Scrutans corda et renes Deus.* (Psalm. vii, 10).

³ *Nonne ipse considerat vias meas , et cunctos gressus meos dinumerat?* (Job, xxxi, 4).

ria ; que aborrezcan la mentira y odien la murmuracion : en una palabra, que cumplan con todos los preceptos que les tengo impuestos ; y obrando de este modo , pueden entonces tener confianza en que mi templo será para ellos un propiciatorio seguro , continuo é indefectible ¹.

Entrados en la iglesia , y llegados que seais al sitio que habeis de ocupar , es menester que esteis con una postura la mas humilde y respetuosa , y con una reverencia suma , acompañada de afectos de gratitud , de confianza , de amor y de temor. ¿ Podréis encontrar en la tierra otro lugar mas venerable á los Ángeles , formidable á los hombres y terrible á los demonios , y que por lo mismo exija mayor honra , obsequio mas señalado y mas acendrada santidad ²? No, fieles mios. Toda aquella santidad que comunicó el nacimiento del Hijo de Dios al establo de Belen , toda la que su preciosísima sangre comunicó al Calvario , y su sagrado cuerpo á la sepultura , toda se halla dentro de nuestras iglesias. Por lo tanto , jamás se debe entrar en ellas sin una modestia grande , que manifieste ser prueba sensible de nuestra fe y de la veneracion que tenemos á la santidad del lugar en que nos encontramos. Importa sobremanera el que estemos bien penetrados de la gran reverencia que debemos observar en este sacrosanto lugar , para estar en él , decentes en el vestido , compuestos en el cuerpo , modestos en los ojos , religiosos en las acciones y compungidos en el espíritu. Ved aquí el modo con que hemos de permanecer en la iglesia , estando además de rodillas por lo menos en el tiempo que los ritos eclesiásticos así lo prescriben , teniendo la cabeza inclinada á la tierra , silenciosa la lengua , los ojos bajos y bien recogidos , abrigando nuestro entendimiento buenos pensamientos , santos deseos y afectos devotos. Entra en la iglesia , dice san Nilo , como si fuera en el cielo , y nada hables ó digas en ella que tenga el sabor de la tierra ³. Si tus ojos miran á Dios y á los Santos , muestren humildad y reverencia , como los Ángeles que vió el Evangelista delante del trono de la divina Majestad ⁴. El Publicano de quien nos habla el Evangelio , y que por testimonio del mismo Jesucristo sabemos que alcanzó su justificacion , postrado se hallaba en el templo , humillada tenia la cabeza , y sin atreverse á levantar los ojos se daba golpes de pecho , pidiendo á Dios encarecidamente perdon y misericordia ⁵. Si te presentases , cristiano que

¹ Jerem. vii. — ² *Domum tuam decet sanctitudo, Domine.* (Psalm. xcii, 5).

³ *Ecclesiam ut cælum adi, et nihil in ea aut loquere, aut age, quod terram sapiat.* (Lib. de orat. Dom.). — ⁴ Apoc. v, 12. — ⁵ Luc. xviii, 13.

me oyes, ante el soberano de la nacion, á solicitar de él en persona alguna gracia, bien cierto es que puesto ante él guardarias un recogimiento sumo, tendrias los ojos modestos, no derramados, humildes serian tus palabras, y atento tendrias el corazon, esmerándote en observar hasta los ápices mas pequeños de la compostura y respeto á su presencia, y mayormente si le acompañaba toda su corte. Y ¿qué comparacion tiene un monarca de la tierra con el Rey del cielo, y una triste criatura con el supremo Criador? La Iglesia es el palacio del Señor, el altar su solio, y los cortesanos que le asisten á millones, son los Ángeles, como lo vió el profeta Daniel ¹. Contemplad, pues, si encarezco cuando os digo que debeis estar recogidos, respetuosos, humillado el cuerpo y compungida el alma.

Sí, señores: esto exige la majestad soberana de Dios á quien se adora en la iglesia, el número de pecados que habeis cometido y la necesidad que teneis de implorar la divina misericordia. El estar en ella de cualquier modo, sin diferenciar apenas esta santa casa de las profanas, distraida la mente, pensando en cosas muy ajenas de lugar tan santo, derramando la vista por los concurrentes, bien sea orando orgullosamente como el fariseo, ó robándole á Dios el honor que se le debe con miradas libres, con alguna conversacion impropia, con señas ó con alguna otra profanacion, seria acarrearle la indignacion divina; venir á buscar el castigo en la casa misma del refugio, y hallar la condenacion donde pudiera alcanzar la indulgencia de todas las iniquidades. Ved aquí por qué el fariseo no alcanzó su justificacion, por mas que se gloriaba de ayunar dos veces á la semana, de pagar el competente diezmo de lo que cosechaba, y de no ser como otros defraudador, injusto ni adúltero. Y ved tambien por qué echó á latigazos nuestro divino Redentor del templo de Jerusalem á los que lo profanaban ².

No: no tiene motivo para presentarse con orgullo ó sin guardar la postura mas humilde un cristiano que sabe que ha ofendido á Dios notablemente en todo el curso de su vida, ó por mejor decir, que esta no ha sido otra cosa que una sentina de vicios, sin haberse querido aprovechar para su enmienda de los auxilios divinos. Mas bien tiene motivo para decir: si levanto los ojos al cielo, allí veré á un Dios á quien no he cesado de agraviar desde que apuntó la malicia en mi entendimiento; por lo que lo contemplo sumamente irritado

¹ *Millia millium ministrabant ei, et decies millia centena millia assistebant ei.* (Dan. vii, 10). — ² Joan. ii, 15.

contra mí. Si los encamino al altar, allí veré una víctima inocente que he inmolado tantas veces como pecados he cometido : un Hombre-Dios que me amó con tanto cariño y exceso, que dió su vida por mí, y yo no le he correspondido mas que con ofensas. Si teniendo la vista á la pila bautismal, me recuerda aquel feliz instante en que recibí la vestidura de la inocencia que perdí por mis culpas, y aquellas promesas que tan solemnemente ofrecí de andar por los caminos del Señor, de observar con puntualidad su santísima ley, de cuyos senderos me he desviado, retractándome de lo prometido y volviendo á abrazar lo que por tres veces renuncié. Si la dirijo al púlpito, ¿qué sentimiento no debe proporcionarme este eminente lugar, despreciando lo que desde él tantas veces se me anunció como conveniente y necesario para mi salvacion y logro del cielo? Si miro los confesonarios, ellos me recuerdan mis tibias acusaciones, mi dureza de corazon y mis propósitos veleidosos, mi protervia é infidelidad. ¡Ah, qué rubor no deben causarme todos estos lugares! ¡De cuánta vergüenza y confusion no deben de cubirme! Sí: avergonzado y condolido de todas mis ingratitudes y ofensas, estaré en esta santa casa con un recogimiento sumo; me encerraré dentro de mí mismo, dirigiré mis fervientes ruegos al Señor, á fin de que se apiade de mí; le haré presente mis necesidades, suplicándole me las remedie; le manifestaré mi miseria, á fin de que me la socorra; ofreciéndole con toda verdad desde ahora para siempre la detestacion sincera de todos mis vicios, el lavarme de mis inmundicias y procurar la justificacion de mi alma, para que así me oiga siempre que venga á esta su santa casa y me haga objeto digno de sus piedades.

Esto es lo que el cristiano debe de contemplar y hacer en la iglesia, procurando de todas veras el justificar su alma para no venir á las funciones siempre cargado de crímenes viciosos. ¿Qué grata le ha de ser á Dios en su santa casa la presencia de un cristiano que no procura corregirse de sus vicios, y que siempre se le presenta en ella con una alma manchada de iniquidades, sea de avaricia ó de lujuria; ora de odio ó de hurtos; bien de vanidad ó de soberbia? El profeta Amós vió al Señor que estaba de pié sobre el altar, como observando á todos los que entraban en el templo, y la disposicion con que venian á él. Despues que se llenó de gente, le mandó el Señor que diese un golpe tan fuerte en el quicio de su puerta, que todo se estremeciese. ¿Y esto para qué fin? Quiero, dice, avisarles de que perecerán al filo de mi espada, por estar dañado el corazon

de todos con el abominable vicio de la avaricia ¹. Si entonces era este el vicio mas generalizado, no podréis negarme de que en el dia con él corren parejas los perjurios, las blasfemias, las venganzas, los hurtos, las murmuraciones, la lujuria y otros; y por lo tanto debeis temer muy fundadamente de que Dios en vez de apreciar vuestras venidas á la iglesia, mas bien os mire con aspereza y os castigue con el mayor rigor.

Temamos, pues, fieles míos, provocar la indignacion del Señor, si venimos al templo descompuestos en el cuerpo y poco recogidos en el espíritu. Sea nuestra estancia en él la mas respetuosa, humilde, reverente y compungida. Él es la casa del Señor, donde se halla el Rey del cielo en persona, por cuya razon es el lugar mas santo, mas venerable y terrible que hay en la tierra. La iglesia es en el mundo el cielo de Dios, por servirle y adorarle en ella los Ángeles, lo mismo que en el empíreo. En ella debemos imitar la pureza y el fervor, el respeto y el amor, la humildad y reverencia, el culto y veneracion de aquellos soberanos espíritus. La iglesia en fin es el tribunal de las gracias y el despacho universal de las misericordias que dispensa el Señor; por lo que para nosotros es la casa de salud mejor que la de Zaqueo ². Acudamos, pues, á los templos para llorar amargamente todas nuestras culpas y acopiar un caudal precioso de virtudes; para conseguir victoria de las pasiones y remedio de todas nuestras miserias; para crecer en gracia y asegurar la posesion de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el dolor que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios, en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los pies de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: ¿cómo podré yo desconocer vuestra paternidad amorosa para conmigo, no habiéndome castigado hasta de aquí, siendo así que desde que la malicia apuntó en mi entendimiento, no he cesado de ofenderos con negras ofensas, con pecados vergonzosos y continuos?

¡Ah, mi amable Redentor! ¡de cuánto no soy deudor á vuestra inefable bondad! Mi vida, que toda debiera haberla empleado en agradecer vuestras finezas, y ocuparse continuamente en vuestro

¹ Amos, ix, 1. — ² Luc. xix, 9.

servicio, ha estado mas bien dedicada á satisfacer mis pasiones. Los talentos de que me dotásteis, en lugar de emplearlos en engrandecer vuestra soberanía, exaltar vuestro poder y en magnificar vuestra misericordia, los he empleado mas bien en cometer mil indignidades, ajenas no diré de un cristiano, si es que de un hombre de razon. ¡Oh desconcierto de mi vida! ¡oh malogro de mis años! Sí, dulce Jesús; no hay en mí potencias ni sentidos de que no me haya servido para ofenderos: pero ¿cómo es posible que fijando en Vos los ojos libre de pasiones, no reconozca y llore todas mis maldades y desventuras? ¿Cómo he de continuar abismado en la culpa, sin pensar seriamente en mi salvacion, y lo que es mas, insensible al disgusto que os he producido con mis pecados? ¡Ay mi Dios! Haced que se disipen las tinieblas en que ha estado envuelto mi entendimiento, para que conozca la majestad de un Dios tan grande, á quien he agraviado sobremanera. Dadme aliento para llorar mis culpas. Avalorad mi sentimiento doloroso por las ofensas con que os he maltratado. Haced que mi corazon se parta de dolor, cuando digo de todas veras que me pesa el haber pecado: que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

La precision que le corre á todo pecador de convertirse.

Deus propitius esto mihi peccatori. (Luc. xviii, 13).

Dios mio, sed propicio á este pecador.

Admirable es sobremanera la bondad de Dios para con el hombre. Su soberana Majestad tiene establecido con él un contrato de compañía tan firme y valedero, como afianzado con juramento de que nunca por su parte lo dejará ¹. El hombre por la suya tambien ha convenido en ser fiel á esta sociedad, y permanecer adherido siempre á él, por un servicio puntual y exacto. Ved aquí un contrato escriturado con toda formalidad, convenido entre Dios y el hombre, entre el Criador y la criatura. Ni el Señor pudo hacer mas, ni el hombre pudiera nunca prometerse tanto. Un contrato que Dios ninguna obligacion tenia de hacer, y que el hombre tan pronto como vió que el Señor sin consideracion á su omnipotente soberanía contrataba con su humilde bajeza, enajenado de contento, debiera formar una firme resolucion de no infringirlo por su parte en ningun tiempo. Pero ¿qué sucede? Que Dios firme en su palabra, constante siempre en lo convenido, jamás falta por su parte á lo que prometió; el hombre sí que es el infiel, que tan pronto como le acomoda, gustoso mas bien con el aliciente del pecado, que con la dulzura que produce la union estrecha con su Dios, se disocia de su compañía; fastidiado de su amistad, y haciendo trizas la escritura del contrato, forma sociedad con el pecado. Dios, dice san Agustín, jamás se apartaria del hombre, si este antes no le abandonara: *Nunquam Deus deserit hominem, nisi prius ab homine deseratur* ².

Es amigo tan seguro y compañero tan fiel, dice tambien san Bernardo, que jamás puede abrigar el hombre la idea de que lo abandonará faltando á su palabra, por ser esta mas firme que los cielos,

¹ *Et juravi tibi, et ingressus sum pactum tecum (ait Dominus Deus), et facta es mihi. (Ezech. xvi, 8).* — ² Aug. lib. III de Civit. c. 15.

si el hombre no se aparta primero de su dulce y amable compañía ¹. Este es siempre el primero que falta al contrato, separándose de la envidiable sociedad de su Criador; por manera, que si el Señor fuera de un corazon tan raquílico y vengativo como el nuestro, por mucho que hiciera en lo sucesivo y por mas que lo deseara, nunca lo admitiera de nuevo á las dulces delicias que produce su amable compañía; pero siempre bondadoso y lleno de generosidad, tan pronto como el hombre reconociendo su infiel comorte, y el mal que se acarreó con separarse de la sociedad de su Criador, quiere y resuelve de todas veras volver á él por medio de una sincera conversion, el Señor, orillando todos sus malos procedimientos anteriores, lo admite nuevamente y desde luego á su íntima y familiar amistad, renovando el antiguo contrato, con los mismos pactos y condiciones que se hallaba anteriormente extendido. Tan pronto como el hombre, penetrado sentidamente de su infidelidad, se resuelve á abandonar el pecado, detestarlo para siempre, y no disgustar á Dios en adelante, el Señor le extiende generosa é inmediatamente la estola de su divina gracia, y con su contacto queda limpio de sus culpas. ¿Qué le sucedió al Publicano, de quien (hoy) nos habla el Evangelio? Compungido de todo corazon de las ofensas que habia cometido contra Dios, le dice con el mayor dolor: *Dios mio, tened misericordia de este pecador infeliz*. Como el Señor fondea hasta los mas ocultos secretos del espíritu, viendo que esta exclamacion estaba revestida de un sentimiento doloroso de haberle ofendido, y un propósito firme de no volverle á agraviar en lo sucesivo, le concedió un perdon absoluto de todos sus pecados, alcanzando en aquel mismo momento su justificacion. Este es un ejemplar que todo hombre prevaricador debe tener muy presente, para estimularse á imitarlo sin demora, á fin de no perecer eternamente por efecto de sus vicios. De lo contrario seria querer su eterna ruina, viviendo separado de la amistad de Dios, privado de su divina gracia, y aborrecido de su divina Majestad. Esto es lo que debe evitar, y aquello es lo que debe de hacer, pues no hay cosa que mas sobremanera le convenga. Yo os patentizaré esta verdad demostrándoos *la precision que le corre á todo pecador de convertirse*. Mientras me ocupo en su desenvolvimiento con el favor divino, estad atentos.

El pecado con relacion á Dios es tan grande mal, que le priva de una parte de su gloria; y respecto á la persona que lo comete, la

¹ *Fidelis socius est, nec deserit sperantes in se, nisi ipse prior deseratur.* (Bern. lib. de Medit. c. 7).

hace perder todas las obras buenas que tenia practicadas en todo el curso de su vida, la despoja de la gracia santificante y de todo derecho á la herencia celestial, haciéndola vil esclava del demonio, y condenándola á suplicios eternos. Con razon, pues, decia san Juan Crisóstomo, que el pecado era la única cosa que habia que temer en este mundo ¹. Estos tristes y dolorosos efectos produce una sola culpa grave, redoblándose su intensidad y aumentándose mas y mas la desgracia del que la comete, á proporcion que va aumentando culpas sobre culpas, si es que las ejecuta. Tristes consecuencias que se acarrea la persona que se separa de Dios, por serle enfadosa su amistad y tedioso su servicio. La menor de cuantas tan brevemente os he referido, es la pérdida de sus buenas obras, la que no deja por eso de ser bien grande si atentamente se considerá. Aunque toda su vida la haya pasado un cristiano arregladamente, siendo exacto en sus deberes y nivelando su conducta al Evangelio; aunque en todo ese tiempo se haya apartado con cuidado de lo malo, y haya practicado lo bueno con el mayor esmero; por mas que haya guardado continencia, resistiendo los combates y estímulos rebeldes de la carne; por mas que haya huido de las ocasiones y espectáculos peligrosos en que pudiera ofender á Dios; haber sido dedicado á la oracion, amante del retiro, edificante, mortificado y penitente; todo el acopio de méritos acumulado con el ejercicio de sus buenas obras en el curso de su vida queda disipado y perdido en el momento en que comete un pecado grave. Bien puede haber sido tan casto como José, tan dulce como Moisés, tan celoso como Elías, tan austero como el Bautista, ni la castidad, ni la dulzura, ni el celo, ni las austeridades le sirven ya de náda, desde el instante en que peca mortalmente. Tan pronto como incurre y comete este horrendo crimen, todo lo olvida Dios, correspondiéndole así á la separacion que hizo el hombre de su compañía, y á su ingrata rebelion.

¡Qué posicion esta tan triste, fieles míos! ¡Qué pérdida tan infinita la que ha sufrido el pecador por haberse separado de su buen Dios! Todas las obras de justicia anteriormente practicadas son como si no existieran; y si tuviera la desgracia de morir entonces, no recibiria recompensa alguna, seria como si nunca las hubiese ejecutado; mas digo: tan distante se halla de su salvacion, que su destino seria el infierno ², al paso que no cometiendo pecado alguno grave, serian capaces de labrarle en el cielo una corona de glo-

¹ Hom. in Psalm. XLIV.

² *Longe à peccatoribus salus.* (Psalm. cxviii, 155).

ria, esmaltada con tantos y tan brillantes rayos, como obras buenas hubiera hecho ; pero apeteció la culpa y la ejecutó, satisfaciendo de lleno sus deseos.

Ya estás, pues, miserable, ya estás libre de aquel contrato que habias celebrado con tu Criador, ya te hallas suelto para correr segun tu gusto las praderas del vicio ; pero ¿qué has logrado, infeliz, por haber roto por el pecado la dulce amistad que te ligaba con tu Dios? ¡Ayl bien puedes abundar en riquezas como el rico gloton, que negó las migajas de su mesa al miserable Lázaro, bien puedes ser tan esforzado como Sanson, y tan sábio como Salomon, que estando como estás en pecado, eres el objeto del desprecio y del aborrecimiento de Dios. Por rico, científico y noble que seas, te diré como dijo el santo Matatías, no eres otra cosa que una vil escoria en la estimacion divina : *Gloria ejus, stercus et vermis est* ¹. Aunque tú, hombre que me oyes, seas reputado por tus haberes por persona visible en el punto donde te hallas, aunque tu fortuna te constituya en posicion superior á los demás convecinos, por cuyo motivo todos te respeten, dependan de tí y aun te rindan vasallaje ; y tú, mujer, aunque por tu hermosura, por tu garbo ó por otras prendas naturales, aventajes á las demás de tu sexo, y te llesves las atenciones de todos, contad que si estais en pecado, á pesar de vuestra alta posicion y de las relevantes prendas que os adornan, no sois mas ante los ojos de Dios que escoria, podredumbre y miseria. No sois ni seréis otra cosa ante sus divinos ojos que objetos de su menosprecio y de su odio, mientras no salgais de ese triste estado en que os hallais por medio de una pronta y verdadera conversion.

Es Dios tan misericordioso, que en la escritura de sociedad de que antes os hablé que extendió con el hombre, convino en establecer el pacto, de que si este por algun desacuerdo rompiendo con su amistad se separaba de él, y reconocido despues quisiera volver nuevamente á su compañía, le prometia olvidar su yerro, perdonarle su crimen, admitirlo á su antigua privanza, devolverle la riqueza de las virtudes, restituirle el tesoro de las obras buenas que habia perdido por su culpa, y darle asimismo accion á la gloria. Esta es la gran suerte que tenemos todos los hijos prevaricadores de Adan. Si tan pronto como incurrimos en una culpa grave, Dios cerrara la puerta de su misericordia, para que no pudiéramos entrar por ella y alcanzarla, éramos perdidos para siempre en esta y en la

¹ I Mach. II, 62.

otra vida ; pero es tan bondadoso , que aunque por nuestra desgracia hayamos cometido no solo uno , sino muchos y enormes pecados , nos tiene ofrecido el perdon cumplido de todos ellos , en cualquier dia y en cualquier momento en que reconocidos los detestemos , y nos convirtamos á él de todas veras ¹.

Aunque no hay cristiano que ignore esta verdad , sin embargo no todos se resuelven á convertirse pronto. Hay personas que quisieran salir del estado infeliz en que se hallan ; pero les falta valor para romper los lazos que las ligan al pecado. Bien quisieran unos ayunar cuantos dias ordena la Iglesia ; pero sienten por otra parte el quedar en esos dias ligados con la obligacion estrecha y terminante de no almorzar ni cenar , y por no privar de una satisfaccion al cuerpo y de un gusto al apetito , no se resuelven á hacerlo , continuando en el pecado que cometen , no ayunando los dias de precepto. Otros desearian desasirse de una amistad fatal que los tiene enredados ; pero sienten el vivir sin ella. Quién conoce que mucho de lo que tiene no le pertenece de justicia , porque lo ha usurpado : está penetrado de la obligacion que tiene de restituirlo ; pero le falta la resolucion necesaria para hacerlo , y continúa en la ilícita posesion y goce de lo ajeno. Quién advierte el mal estado de su alma por concurrir á tertulias y reuniones en que por un comun se despedazan inhumanamente reputaciones ajenas ; pero le es doloroso el privarse de la complacencia que le causa la concurrencia acostumbrada de sus amigos , y no determinándose al abandono de aquel local , sigue siempre en su culpa. Infelices : ¿ os falta resolucion para romper los vínculos que os ligan al pecado ? Pues no teneis deseos de convertirlos , ni por consiguiente de salvarlos. Queriendo un pecador que su conversion sea sincera , le es forzoso orillar todos los respetos humanos , y cuantas afecciones lo ligen á la culpa. Conociendo el mal estado de su alma y lo sumamente que tiene ofendido á Dios , penetrado y sentido sobremanera de la enormidad de sus culpas , debe acudir sin dilacion alguna al soberano Médico , único que se las puede curar. Tan resuelto debe estar á reparar las injurias que irrógo á su Criador , que toda tardanza debe serle insoportable , y el dolor de haberlas cometido no debe sufrir dilacion en proporcionar la tranquilidad conveniente á su alma. Tal horror en fin debe concebir al pecado , que poseido del mayor rubor y confusion como otro Publicano , debe solicitar humildemente su indul-

¹ Ezech. XVIII, 21.

gencia á Dios nuestro Señor, convirtiéndose á él de todas veras, ofreciéndole rendido y contrito su corazon para que disponga de él á su arbitrio.

Cuando una persona está verdaderamente contrita, resuelta á convertirse á Dios, porque ha comprendido de lleno la injusticia con que le ha ofendido, se deshace sin consideracion alguna de cuantos embarazos se le oponen, orillando y separándose de cuantos negocios y ocasiones conoce que la sirven para ello de impedimento. Se aparta inmediatamente de las amistades y pasiones, si estas la han precipitado á excesos detestables; se desprende del apego á los bienes terrenos, si el afan ó ansiedad de acrecentarlos la ha hecho cometer injusticias: olvida y perdona desde luego la memoria de la injuria que recibió, y que la estimulaba vivamente á la venganza. No solo pone inmediatamente un candado en su lengua, si es que arranca de raíz la mala costumbre que la precipitaba hasta injuriar á la Divinidad, arrojando blasfemias contra ella. En una palabra: conociendo un cristiano contrito las heridas mortales que el pecado ha ocasionado en su corazon, arrepentido de todas veras, corre presuroso como la Magdalena, sin respeto á dichos ni á censores, á arrojar y llorar sus crímenes á los piés de nuestro soberano Redentor.

Vosotros, fieles mios, si por desgracia os hallais en pecado mortal, ¿formais resoluciones fervorosas y eficaces de dar de mano á todo cuanto os tiene adheridos á la culpa, y de convertir os sin demora alguna? ¿Es vuestra intencion permanecer de asiento en los vicios, hasta que Dios os arranque de ellos por la fuerza como á otro Pablo, ó pensais continuar en ellos hasta mas adelante, en que satisfechas vuestras pasiones resolvais al último convertir os al Señor? A cualquiera de estos dos extremos á que os inclineis, mientras no adopteis el medio de convertir os de presente sin detencion la mas mínima, corre vuestra salvacion un inminente peligro. No debeis confiar en el primero por ser muy desusado. Es cierto que en medio del furor encarnizado que le acompañaba á san Pablo para perseguir la Iglesia de Jesucristo y á sus seguidores, cuando mas enfurecido iba por el camino de Damasco, respirando llamas de exterminio contra ellos, con una voz espantosa que le dirigió desde el cielo, diciéndole: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* lo derribó de su caballo, lo hizo temblar, y lo convirtió dejándolo transformado enteramente¹; pero esta conversion la ejecutó el Señor por un efecto

¹ Act. ix.

extraordinario que no podeis vosotros prometéroslo igual, por ser rarísimo en el ejercicio de su divina misericordia. Aunque me digais que Dios busca á los pecadores, os responderé que no los busca á todos con la generalidad que vosotros imagináis. En la hora de sus mayores misericordias tenia dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra; alumbró y convirtió al primero, al paso que al segundo lo dejó en tinieblas, empedernido en sus crímenes y en estado de condenacion. Poned tambien los ojos, os diré con san Agustin, en David y en Saul; en cuanto á su naturaleza ambos eran hombres; por lo que toca á su eleccion ambos fueron escogidos por Dios; en cuanto á su dignidad ambos eran reyes; en cuanto á la culpa ambos se hicieron por ella enemigos del Señor. Sin embargo, salvó á David porque quiso ¹, y dejó á Saul en su pecado. Estimaré que grabeis estos ejemplares en vuestro entendimiento, para que su memoria os precise á salir de la errada persuasion, si es que estais en ella, de que el Señor como amante de los pecadores os sacará algun dia con imperio del mal estado de la culpa en que os hallais. No descanséis en esta confianza. Bastante hace el Señor con daros á conocer los horrores del pecado, el destino que le aguarda al que lo cometa y continúe en él sin convertirse. Motivo suficiente es este para alabar y engrandecer su bondad, diciendo con Agar cuando yendo perdida por el desierto la alumbró el Señor: *Tu Deus qui vidisti me* ²: sea siempre, Dios mio, alabada vuestra inefable bondad, pues os dignásteis mirarme piadosamente, cuando yo no me acordaba de Vos, y cuando descaminado y perdido me amenazaba una inevitable ruina.

Tampoco resolvais dilatar vuestra conversion para mas adelante. Este pensamiento tiene perdidas á innumerables personas. ¡Oh necio pecador! le diré al que así obre. Necio pecador, ¿de qué inferes y con qué seguridad te prometes un tiempo que no está á tu disposicion? Dios, que tiene garantido el perdon á los verdaderamente arrepentidos, no te ha prometido el dia de mañana. Si consultas la sagrada Escritura, verás allí terminantes los oráculos del Espíritu Santo que nos piden siempre para convertirnos el tiempo presente, y condenan las dilaciones ³. No yerres, pues, tan voluntariamente, dice el Apóstol, que de Dios nadie se burla ni se burlará jamás ⁴. ¿Quién te ha asegurado, te diré con san Juan Crisóstomo, quién te ha asegurado que está en tu mano el remedio, de manera que

¹ *Salvum me fecit quoniam voluit me.* (Psalm. xvii, 20).

² Genes. xvi, 13. — ³ Psalm. xciv, 8. — ⁴ Galat. vi, 7.

puedas usar de él en el tiempo y ocasion que quieras ¹? Si el tiempo estuviera á tu disposicion, si Dios por medio de una escritura ó mediante su palabra te hubiera constituido árbitro para disponer con seguridad de tu vida, y para afianzarla hasta esa ocasion en que piensas convertirte ó dices te convertirás, aun pudieras echar esas cuentas; pero no sabes si vivirás ó no. Ni Dios te ha testimoniado tu existencia por todo el tiempo que á tí te plazca. Tú no puedes saber con certeza si para tí habrá tiempo venidero. Los dias y momentos que cada uno ha de vivir en este mundo, solo son sabidos por Dios ²; y siendo este un secreto que se tiene reservado en lo profundo de sus adorables juicios, mal puedes saber tú si llegarás á ese tiempo que imaginas. Ni tú ni nadie puede alcanzar la altura de este conocimiento, á no ser que el Señor se lo revele; y aunque esto lo ha hecho con diferentes personas, ha sido siempre á aquellas que por su virtud eran muy agradables á sus divinos ojos; al paso que si alguna vez lo ha efectuado con algunos pecadores como tú, lo ha hecho siempre para decirles que atendida su dureza de corazon, el estrago de sus relajadas costumbres, el ningun interés que tenían á favor de su alma, y la ninguna muestra que les acompañaba de convertirse, el que morirían en su pecado y se condenarían. No te afiances, pues, en ese plan de vida que proyectas. No debes reputar el tiempo como si fuera una pieza larga de paño, que tendida sobre una mesa, puedas señalar y cortar un pedazo para una cosa y otro para otra. No: no puedes decir con seguridad, el año que viene me convertiré, porque no sabes si habrá para tí año viiente. Mas ¿qué digo? No sabes si llegarás á ver el mes próximo, si concluirás la semana que corre, el dia en que estamos, ni aun si vivirás hasta que yo concluya la plática que me estás oyendo.

Abandona, pues, ese plan que es muy equivocado. No dilates para el tiempo futuro é incierto tu conversion; antes bien conviértete ahora mismo, sin diferirlo ni por un solo instante: *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem* ³. No te detenga el gusto de los placeres criminales, contemplando que les espera en la otra vida castigos eternos. No la fealdad ni aun multitud de tus culpas, porque Dios está pronto á perdonártelas, con tal que te reserves de veras á abandonarlas para siempre. Esto lo ha hecho con infinitos pecadores, y lo hará tambien contigo, como lo ejecutes con

¹ *Non omne quodd petitur, in præjudicio petentis, sed in dantis arbitrio est.* (Joan. Chrys. in Psalm. vii). — ² *Non est vstrum nosse tempora vel momenta, quæ Pater ponit in sua potestate.* (Act. i, 7). — ³ *Eccl. v, 8.*

un corazon contrito y lleno de dolor. Con una lágrima, con un gemido y suspiro del corazon, con un acto de arrepentimiento y detestacion de tus culpas, por ser ofensas de Dios, puedes alcanzar la salud de tu alma, y precaver los inmensos é indecibles tormentos, que si no lo haces tienes que padecer en el otro mundo. Aunque seas homicida ó te halles culpable, como David, de haber derramado sangre inocente; aunque tu conciencia te acuse de haber cometido delitos de injusticia, de crueldad, de mágia y de idolatría como Manasés; aunque te halles envuelto en desórdenes y vergonzoso libertinaje como la Magdalena; de usura y concusion como Zaqueo; de atropellos y robos como Dimas; aunque tus maldades fuesen todavía mas enormes que las de todos estos juntos; en una palabra, aunque fuesen mayores en número que las estrellas del cielo, ó las arenas del mar, y aun mas graves que los pecados de Lucifer y de Judas, puedes estar seguro del perdón, si imitas ó pones en ejecucion los pasos de la enmienda que dieron esas personas pecadoras que te he nombrado. Es decir, si como David haces una humilde confesion de tus ingratitudes, rebeldías y ofensas, y te hallas dispuesto á sobrellevar todas las penalidades con que el cielo pudiera castigarte. Si como Manasés te humillas rendidamente bajo los golpes de la divina justicia, y te entregas á la oracion. Si como la Magdalena riegas con copiosas y amargas lágrimas los piés de nuestro divino Redentor, constituyéndolo esposo único de tu alma para en adelante. Si como Zaqueo indemnizas el perjuicio hecho á tu prójimo, y en satisfaccion de la ofensa que irrogaste á Dios, das á los pobres la mitad de tus bienes. Si como Dimas no te ocupas en lo sucesivo en otra cosa que en el cielo, sintiendo sobremanera el no haber pensado antes en él. En una palabra: todas las iniquidades te serán perdonadas en el mismo instante en que te conviertas; para lo que debes aborrecer toda especie de pecado, detestar los vicios, tener dolor de corazon de haber ofendido á Dios, enmendar la vida, satisfacer la ofensa, y restituir la honra ó hacienda usurpada.

Con estas santas resoluciones puestas en ejecucion, y adelantando de día en día en las virtudes, despues de haber sido un grandísimo pecador, aun puedes llegar á ser un santo muy adelantado, de tal suerte que todos los pueblos te rindan sus humildes adoraciones en los altares. ¿Con qué esmero, pues, y cuán aceleradamente no debes convertirte al Señor, sin permitir que transcurra un solo instante para una operacion tan provechosa para tí, y cuántas gracias no debes tributarle, por concederte una merced tan crecida, un

tan singular beneficio que te acarrea tan ricos tesoros? Sí : resuélvete de todas veras á dar el paso de tu conversion, puesto que te es tan interesante. No malogres el tiempo actual que te concede el cielo para merecerlo, ni desaproveches ocasion tan oportuna como la presente, de la que si permites que transcurra un solo momento, acaso no lo encuentres jamás. Considera que en este instante respiras ; pero en el siguiente puedes ser cadáver. Si tal determinacion te acobarda ó te detiene, porque tienes que despedirte de los halagos ó placeres del mundo, reprimir tus pasiones y prefocar tus apetitos, medita con detenimiento qué peligro corres con mayor dilacion, exponiéndote como te expones á que Dios descargue sin retardo y sin conmiseracion alguna su furiosa y terrible ira sobre tí, abandonándote á tí mismo, dejándote endurecer en tus hábitos pecaminosos, y envejecer en tus vergonzosas pasiones, dejándote envuelto y abismado en esas ilusiones que formas con grandísima equivocacion de prometer enmendarte y no cumplirlo, de idear tu conversion pronto y nunca verificarla ; ó acaso mas bien, haciéndote morir repentinamente cuando menos lo pienses, cortando tus pasos á lo mejor de tu carrera en medio de tus vicios ; ó tal vez en el mismo acto en que estés cometiendo algun pecado ; y con él bajas envuelto á los abismos, para que allí lo tengas por compañero, y te sirva de dogal en medio de indecibles tormentos. ¡ Oh ! ¡ qué sentimiento tan doloroso y tan sin fruto será el tuyo entonces, por no haberte aprovechado de la ocasion presente para convertirte, lo que haciendo, pudieras alcanzar el reino de los cielos ; mayormente al contemplar que lo pudiste merecer sin trabajo alguno, con sola la sencilla diligencia de ofrecer al Señor tu corazon contrito ; y que por un gusto pasajero, por un vil interés ó por no olvidar una ofensa, perdiste aquella tan dichosa felicidad para nunca jamás alcanzarla ! ¡ Cómo te lamentarás entonces con lágrimas irremediables, el haber perdido por toda una eternidad, en breve tiempo y por causa muy leve, aquel centro de inefables delicias !

Impresiónate, pues, bien de estas verdades que te estoy anunciando, para poner en ejecucion pronta lo que te aconsejo. No seas como los yernos de Lot, que prevenidos por el Ángel, y rogados con instancia por su suegro, para que se pusiesen en salvo de aquel incendio horroroso con que el cielo iba á abrasar la ciudad de Sodoma en que vivian, saliendo de su centro y retirándose de sus cercanías, desestimaron este consejo como tú desestimás ahora las prevenciones que te hago, y por no haberlo adoptado se vieron muy

luego envueltos en medio de un fuego voraz, que prendió á un tiempo todos los edificios de la ciudad, llenando asimismo el ámbito de las plazas y de las calles de tal suerte, que devoraba en un instante todo cuanto encontraba : y entonces no tuvieron mas tiempo que recordar el yerro que cometieron en no haber adoptado el sano consejo que se les dió para salirse oportunamente ; y sin mas quedaron en un instante abrasados y reducidos á cenizas¹. Tú mismo puedes conocer cuán grande seria su pena en aquel instante en que se les ofreció á su memoria el enorme yerro que cometieron ; pero mucho mayor será la tuya, y mas rabiosa tu desesperacion, cristiano que me oyes, cuando te veas condenado á padecer en el infierno tormentos sin fin, al recordar que te hallas en aquel horroroso lugar por haber malogrado el tiempo que te se concedió para convertirte, y convidándote Jesucristo con la paz, el perdon y el goce de una bienaventuranza feliz, no te quisiste disponer para el logro de tu eterna salvacion. Mira, pues, por tí mismo. Ten compasion de tu alma. Consulta por tu bienestar presente y venidero. Ofrécele á Dios sin tardanza tu corazon enteramente contrito. Renuncia para siempre toda especie de pecado. Abomina todos tus vicios para nunca volver mas á ellos. En esto consiste la conversion ; y cuenta que si así lo haces, bien léjos de ser desdichado, el Señor te concederá el premio de la gloria, donde seas allí feliz por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el dolor que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : yo soy quien viviendo hasta de aquí preocupado y ciego con las cosas del mundo, he descuidado de lo que mayormente me interesaba, hasta llegar á despreciar vuestros divinos consejos, infringir vuestros mandatos, y ofenderos vilmente con agravios repetidos.

¡ Ah mi amable Redentor ! ¡ Qué desconcierto el de mi vida ! ¡ qué malogro el de mis años ! ¡ Qué inconsideracion la mia el haber pecado repetidamente contra el cielo y contra Vos ; contra un Dios omnipotente y contra un Señor el mas benigno y amable para mí !

¹ Genes. xix.

Endurecido de corazón, ciego en mis yerros, obstinado en mis crímenes y siempre rebelde á vuestras inspiraciones, he abusado de vuestra paciencia, menospreciado vuestra misericordia y provocado vuestra justicia. Pero ya, dulce Jesús, penetrado de mis extravíos, de mi ceguera y locura, reconocido de todas veras imploro ahora aquella clemencia que habeis usado con tantas almas abandonadas: *Multum quidem peccavimus, sed parce contentibus*¹. Cierto es que os he ofendido con un número infinito de pecados; mas ya despues de confesarlos públicamente, los llore y detesto por ser ofensas contra Vos, diciendo con el corazón rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

¹ *In hymno Audi benigne Conditor.*

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA UNDÉCIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

La impiedad que comete el que jura en falso.

Et adducunt ei surdum et mutum. (Marc. vii, 32).

Y le trajeron un hombre sordo y mudo.

Todo hombre que usa de razon, es muy amante de la verdad, le tiene una inclinacion natural, y ella es la única que le satisface en la comunicacion de las personas que se ve precisado á tratar. Siendo la verdad que alcanza el entendimiento humano una emanacion de la eterna verdad que tiene su trono en el cielo, no puede menos el hombre de apreciarla. Ella es la señora del entendimiento, la que domina en la conversacion, la que difine las controversias y dirime las cuestiones. Ella es la que sobrenada en las disputas, la que corta las diferencias, acalla las disensiones, calma los acalorados encuentros y la que atribuye los derechos en los litigios. Ella, en fin, como emanada del cielo, es la que reina como soberana emperatriz de la tierra. Empero para que la verdad sea honrada, se la respete, sobrelleve los derechos que de justicia la pertenecen, y reine con dominio absoluto en los corazones de todos, es forzoso que sea exactamente conocida. A las veces no puede conocerse con exactitud si el hombre no la manifiesta; y sabiendo que no todos los hombres son sinceros y que venden á ocasiones mentiras por verdades, de aquí nace el tenerse por dudosos los testimonios humanos, para cuya aclaracion es preciso en ciertos casos invocar á Dios por testigo por medio del juramento, imprimiendo esta invocacion en las palabras de los hombres un carácter de autoridad que desvanece toda duda.

Orillada la inocencia y sencillez candorosa de los primitivos tiempos, se dejaron arrastrar los hombres del interés y de las otras pasiones; faltó la buena fe, empezaron á ocultar la verdad, á engañarse los unos á los otros, y no siendo bastantes las aserciones absolutas ni las simples promesas, fue necesario autenticarlas con el

juramento, al que para darle mayor fuerza se le sancionó con la Religion, esperando que á aquel que no temiese fallar á su palabra, lo contendria el no ser impío. Sin embargo de todo esto, siempre hubo en el mundo hombres dolosos y falaces, que no los pudo estrechar á los límites de la verdad, ni aun la religiosidad tan santa del juramento. No hay que persuadirse que esto haya sucedido y aun suceda únicamente entre las gentes bárbaras é idólatras, si es que, lo que es mas sensible, aun en el pueblo cristiano que tiene conocimiento del verdadero Dios, que profesa su doctrina, esperanza en sus promesas, y que camina á su posesion. Sí, señores. No todos los cristianos son sencillos, inocentes, de una integridad y de una buena fe á toda prueba. No todos en su trato, en sus comunicaciones, en sus comercios, usan de palabras sencillas, justas y verídicas. No todos son tan sinceros, que digan la verdad en todo segun la sienten ó la conocen. Cristianos hay, por desgracia, que usan de la simulacion y del engaño, y aun se atreven á mentir cuando son interrogados por un juez legítimo, despues de prestar juramento en sus manos, de decir verdad en cuanto supieren y fueren preguntados, cometiendo un perjurio ó haciendo un juramento falso, salpicando con él su frente de un signo de ignominia, manchando su alma con este pecado feo y enorme, taladrando su corazon con la punta de este dardo envenenado, y gravando su conciencia con un peso y un reato muy difícil de expiar. ¡Cuánto mejor les fuera á estos infelices el que fueran sordos y mudos como el sujeto de que (hoy) habla el Evangelio, el que le presentaron á Jesucristo para que lo curara! ¿Que haya, fieles mios, personas signadas con el carácter de cristianas, que tengan atrevimiento para cometer un pecado tan horrendo? ¿Que sea posible que interpongan á Dios judicialmente por fiador de ser verdad lo que dicen, sabiendo con pleno conocimiento que profieren mentira? Ojalá no fuera así; pero es constante que las hay; y ojalá fueran menores en número de lo que se piensa. Un pecado tan enorme, tan opuesto y detestado por la Religion santa que profesamos, no merece el que pase entre nosotros con una tolerancia indiferente; antes bien exige el que descubramos todo el horror que en sí encierra en cuanto nos sea dable, pulverizando los motivos con que los perjuros quieren cohonestarlo; y esto es lo que procuraré ahora haceros ver, al paso que os demuestre *la impiedad que comete el que jura en falso*. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Hay una sentencia terminante del Espíritu Santo en las sagradas

Letras, que dice: *En la casa del que jura, no faltará desventura* ¹. Mas no debéis inferir de aquí que Dios tiene condenado ó que reprobueba toda especie de juramento; no, Dios no prohíbe absolutamente el jurar; sino el jurar en vano ó sin las debidas circunstancias. Siempre y cuando el juramento sea verdadero, discreto y justo, ó lo que es lo mismo, que reuna aquellas tres condiciones expresadas por el profeta Jeremías; de verdad, justicia y necesidad ², el juramento no solo es permitido, si es que constituye un acto de religion con el que se honra á Dios, recurriendo á él como verdad infalible, tributándole un rendido homenaje como suprema, eterna é infalible verdad que es. Así vemos que juraron los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles y Evangelistas, cuando lo reputaron necesario á fin de hacer creíbles las verdades que anunciaban; que juraron los Ángeles para asegurar la verdad de los misterios que revelaban ³; y lo que es mas, que hasta el mismo Dios juró algunas veces por sí mismo, como que no tenia mayor por quien jurar, como dice san Pablo ⁴. Por lo tanto reuniendo el juramento las tres condiciones expresadas, es una accion permitida, legítima, religiosa, como autorizada por el mismo Señor, criador de los cielos y de la tierra.

La sentencia, pues, referida del Espíritu Santo no condena, como os decia, el juramento hecho con las debidas circunstancias, si es que, tomando esa dición en sentido popular, garantiza la desventura á todas aquellas personas inconsideradas, que en varios acontecimientos de la vida no reparan de menospreciar á la Divinidad con blasfemias y maldiciones, ora contra sí mismas, ora contra las demás; lo cual está condenado tambien en el Evangelio. Los oídos se estremecen, y se espeluzan los cabellos de la insolente desatencion que usan ciertas personas, las cuales en sus arrebatos prorumpen contra el Señor en palabras tan feas y tan horrorosamente graves, que no me atrevo á expresar en este paraje. Con un vilipendio tan bajo, irreligioso é impío ¿merece invocarse un nombre tan augustó, cuando al pronunciarlo ó al oírlo pronunciar, todas las criaturas de la tierra debian arrodillarse, adorándolo con una profunda sumision, como lo adoran todos los Ángeles y bienaventurados en el cielo? ¿Es creíble que Dios venga á pagar en el uso de estas personas brutales é impías el exceso de su cólera, el encuentro adverso que

¹ *Vir multum jurans implebitur iniquitate, et non discedet à domo illius plaga.* (Eccli. xxiii, 12). — ² *Et jurabis: Vivit Dominus, in veritate, et in judicio, et in justitia.* (Jerem. iv, 2). — ³ Dan. xii, 7. — ⁴ Hebr. vi, 13.

se les ofrece , ó el daño que por algun acaso experimentan ? ¡ Ay ! ojalá no fuera como lo digo, que así no tendríamos que lamentar lo que profunda y dolorosamente sentimos , cuando en esos frecuentes juramentos oímos que se ultraja á Dios , se combaten sus infinitas perfecciones, y se conculcan los derechos de su soberana y siempre adorable omnipotencia.

El respeto que Dios se merece, y el que estamos obligados en todo tiempo á tributarle , así como á su santísimo nombre , debe impedirnos el invocarle con ligereza, y con mucha mas razon con cólera y brutalidad. Este modo de jurar, que algunos tienen en su boca tan de continuo, es una costumbre perniciosísima y mortal, dice san Agustin ¹. Oponiéndose esos hábitos á la ley de Dios , siempre son malos, y es excusa vana el decir que se ejecutan á las veces sin pensar en ello, por un arrebató impetuoso que no da lugar á fijar atencion seria á lo que se profiere , ó á una costumbre que como profundamente arraigada hace correr usualmente la lengua ; porque si esta disculpa fuera admisible , resultaria que cuanto mas radicado estuviera el hábito, se tendria que disminuir el pecado ; y que serian menos culpables aquellos que han adquirido mas facilidad en ejecutar el mal. La lengua, dice san Agustin , se refrena, y aun se llega á domar del todo teniendo cuidado de ella ; lo tendréis si teméis ofender á Dios; y lo temeréis si meditaís que sois cristianos ². Esas invocaciones del nombre de Dios en vano, desprecian y ultrajan con vilipendio su alta soberanía, y por ello dice el Espíritu Santo , que *al que de este modo jura, no le faltará desventura*.

Empero mucho mayor es la infelicidad que se acarrea una persona, que interrogada judicialmente con todas las formalidades del derecho , trayendo ó invocando á Dios por testigo de lo que va á decir, miente en la respuesta que da. Vosotros, fieles míos , bien sabéis cuán frecuentemente ocurre tener que prestar juramento ante los jueces de paz y de partido, por los varios acontecimientos que se ofrecen en el mundo , á fin de aclarar un hecho de trascendencia ; por buscar la verdad en un crimen ; por inquirir quién sea el malhechor, y por otros muchos asuntos de que las leyes civiles obligan á rendir juramento, por mas que rehuse hacerlo una persona , y aunque lo sienta en extremo. Llamando la ley, es preciso obedecer. Somos ciudadanos , y es forzoso que nos sometamos á ella , cuando exige como necesaria nuestra deposicion ó testimonio juramentado, para la aclaracion de las dudas que se ofrecen en los juicios ó en los

¹ Aug. serm. CLXXX, c. 9, n. 10. — ² Eod. serm. c. 11, n. 12.

tribunales, para disolver las dificultades en ellos ocurientes, para el esclarecimiento de los dichos ó hechos que en ellos se ventilan, para el mejor acierto en las resoluciones que se han de dar, ó para fallar la sentencia mas acertada, que venga á ceder en beneficio del inocente y en castigo del criminal. Descubierta y colocada en pié la persona requerida para el juramento ante el juez que se lo ha de exigir, haciendo aquella, ó por lo menos este, la cruz con los dedos pulgar é índice de la mano derecha, le pregunta: *¿ Jura V., por Dios nuestro Señor, y por esta señal de la cruz, el decir verdad en lo que fuere preguntada?* El hombre ó la mujer que presta juramento, contesta: *Si juro ó así lo juro.* El juez entonces continúa: *Si así lo hiciéreis, Dios os ayude, y sino os lo demande.* A lo que contesta el que jura: *Amen, ó así sea.* Esta es la fórmula usada en nuestros tribunales para exigir y prestar juramento.

No hay vínculo mas fuerte en la tierra que el juramento, para impedir á los hombres el que falten á la verdad; y siendo indudable el que algunos faltan á ella, es preciso buscar la raíz de este mal para arrancarla, y no permitir que germine entre nosotros. Lamentable es por cierto el poco respeto en que muchos tienen al juramento, y la facilidad con que se hallan siempre testigos dispuestos para testificar judicialmente lo que cada uno apetece ó le interesa. Unos y otros por lo visto consideran el juramento como una simple formalidad, faltando así al respeto del santo nombre de Dios, y rompiendo uno de los vínculos mas fuertes que hay en la sociedad. Hay quien aparenta temer á Dios y á su justicia antes de rendir juramento; pero en el acto de prestarlo miente, porque se le figura que su verdadera testificacion ha de ceder en daño de una persona á quien indudablemente condenaria el tribunal; creyendo equivocada y groseramente, que en tal caso no está obligado á decir la verdad. No falta tampoco quien perjura, porque supone que si dijera lo cierto como es en sí, vendria á refluir en contra de una persona á quien se teme ó de quien se recela que algun dia pudiera vengarse. Estas son las causales mas ordinarias que inducen á los moradores de los pueblos á perjurar. ¿ Y qué? ¿ Son estos motivos poderosos ó preponderantes al respeto, sumision y profunda reverencia que se debe tener á Dios nuestro Señor en un acto tan sagrado, como sancionado por la Religion santa que profesamos? ¿ Así se han de despreciar aquellos preceptos tan expresivos, en que el mismo Señor nos dice: no mancheis feamente y con vilipendio mi santísimo nombre ¹; no

¹ *Non polluat is nomen meum sanctum.* (Levit. xxii, 32).

juraréis en falso jamás, porque esto seria ajarme á mí, que soy vuestro Dios, de un modo el mas ignominioso ¹; si es que, en el caso que jureis, ha de ser siempre con verdad, con justicia y necesidad ²? Pues qué, colocado en paralelo Dios y una persona, ¿hemos de sobreponer á esta y tributarla mas alto respeto que al Omnipotente? ¿Merece mas altas atenciones una criatura que el supremo Criador? ¡Ah qué ilusiones tan falsas obcecán á algunos mortales! ¡Qué máximas de moral tan equivocadas se forjan ciertas personas! ¡Y qué recelos tan remotos y acaso supuestos abrigán ó conciben algunos en su imaginación! Dios como eterna verdad que es, esta es la que requiere y exige en todo juramento. No hay lance ni acontecimiento en el mundo de que se trate en un tribunal, que precise por mas grave é importante que sea, á que un testigo falte á la verdad; porque el ultraje que haria á Dios mintiendo ó invocándolo como garante de lo que asegura, superaria con muchísimas ventajas y con mayores grados al bien que pudiera resultar de la falsedad. En grande estimación se tienen á las veces los intereses de una persona que se disputan en juicio; pero hay probabilidades muy fundadas de que si uno ó mas testigos requeridos dicen lo que hay de verdad en el pleito que se cuestiona, ha de quedarse aquel sujeto sin aquellos bienes; mas por eso los testigos no pueden faltar á la verdad, aunque prevean que aquel sujeto que los posee ha de quedar reducido á la miseria. Gran prenda es la libertad que le concede á uno el derecho de hacer lo que le acomoda, de estar donde quiere, y de usar de su albedrío conforme gusta; pero si interrogado un testigo por el juez acerca de un dicho ó hecho de aquella persona libre, diciendo la verdad, mediante el juramento que se le ha exigido, la han de encarcelar y de aquí destinarla por muchos años á un presidio, en que trabajando se la haga arrastrar una cadena, no debe ni puede mentir por librarla de este infortunio, sino decir lo verdadero que siente; porque Dios á quien invoca, como que sabe ser cierto aquello que depone, merece mayores consideraciones y mas alta estimación que la persona que ha de padecer tales consecuencias. Si por el contrario, otra que yace algun tiempo há encarcelada, mordiendo hierro en una prision, se supiera de seguro que habia de alcanzar su libertad, volviendo á la quietud y contento que ofrece el seno de la propia familia, por uno que jurara en falso, no puede este hacerlo de ningun modo; porque seria ajar á

¹ *Non perjurabis in nomine meo.* (Levit. xix, 12). — ² Jerem. iv, 2.

Dios con el mayor ultraje, por beneficiar á una criatura que es mucho menos que él; y el Señor aborrece toda mentira, odia sobremanera la falsedad, abomina y detesta en sumo grado todo perjurio: *Omne execramentum erroris odit Dominus* ¹.

Aun es mayor bien la vida; pero aunque supiera un testigo que jurando en falso habia de libertar á un hombre de un afrentoso patíbulo, que lo habia de sacar de las manos del verdugo, libertándolo de presidio, de costas y de toda responsabilidad, nunca debe obrar así, porque jurando en falso era mirar por el bien de un hombre é irrogar un mal á Dios: era dispensar una consideracion esmerada á una persona con menosprecio visible del Señor: era dispensar favores con ultrajes de la Divinidad, y labrarse el que lo hiciera la perdicion de su alma.

Los recelos que pudiera abrigar el entendimiento de uno temiendo ser en algun caso, en cierto dia, en esta ó en la otra ocasion el blanco del enojo ó de la persecucion de aquel, en cuyo perjuicio vino á refluir la deposicion jurada, no son tampoco suficientes motivos para que se falte á la verdad en el juramento. A Dios es á quien debemos temer ², que los hombres sin su permission nada pueden hacernos. Bien podrán estudiar con detenimiento la forma con que nos han de ofender, el modo con que nos han de perjudicar, y la ocasion en que atenten contra nuestra vida, que todas sus ideas y maquinaciones proyectadas contra nosotros, por haber dicho una verdad segun nos lo ordena el Señor, las ha de frustrar el Omnipotente, por medios que no están al alcance de las criaturas. Siempre que por el respeto que Dios se merece, por la reverencia que le debemos tributar, el honor que le debemos rendir, y el temor que le debemos profesar, hayamos obrado bien, no deben tener ningun peso en nuestra imaginacion los males que se nos puedan seguir; porque tiene expresamente prometido, que por obrar de este modo no nos ha de ocurrir ningun acontecimiento sensible, ningun daño en nuestras personas, ni perjuicio en nuestros intereses: *Timenti Dominum non occurrent mala* ³. Almas cobardes, dice Dios, almas cobardes y de un cristianismo poco arraigado, que temeis de decir la verdad en un juicio, tan pronto como el juez os convoca y cita para un dia determinado, que vacila vuestro entendimiento en si mentiréis ó no por temor de lo que os pueda sobrevenir; ó que resueltas por último á decir la verdad como lo habeis hecho, os mor-

¹ Eccli. xv, 13. — ² *Dominum Deum tuum timebis.* (Deut. vi, 13).

³ Eccli. xxxiii, 1.

tifica despues el pensamiento triste de que acaso por este os sobrevenga algun mal en vuestras personas, por la irritacion ó maldad de aquellos á quienes perjudicó vuestra declaracion verdadera, ¿dónde está vuestro cristianismo y la fe que debeis tener en mi palabra? Un Ángel os tengo destinado para vuestra guarda, á fin de que os preserve de todo daño; y si aun este beneficio os parece corto, y todavía abrigais esos temores sin que alcanceis el desvanecerlos, yo mismo me constituyo custodio de vuestras personas; á vuestro lado estaré siempre para defenderos y preservaros de todo mal; de dia y de noche, en la vigilia y en el sueño, en casa y en el campo, en el pueblo y en los caminos. Mi palabra es prenda tan inflexible, que en ningun caso puede faltar ¹.

Hay tanto, fieles mios, que decir y lamentar en esta materia, que bien pudiéramos establecerla como asunto cotidiano, ó por lo menos el mas frecuente de nuestras exhortaciones. Si hay quien jura en falso por conocer que diciendo la verdad le ha de ocasionar á su prójimo una ruina en sus intereses ó en su vida; si otros lo hacen porque temen que se les origine ó les sobrevenga algun perjuicio en su hacienda ó en sus personas; los hay tambien quienes ganados con ofertas, sobornados con dinero, ó esperanzados en el logro de un prohibido placer, se plegan con facilidad, se presentan serenamente en un tribunal, y rinden ante el juez un juramento falso, satisfaciendo de lleno y en un todo á quien los buscó con solicitud, los ganó con dádivas, los sobornó con ofrecimientos, ó los halagó con la idea de algun bien, ó con la esperanza de un gusto satisfactorio. ¡Ay Dios mio! Tiempos primitivos de la Iglesia, ¿qué os hicisteis? Cristianos fervorosos de la primera edad, ¿dónde estais? Venid á confundir la conducta de almas perdidas, abandonadas y llenas de impiedad, que abundan en estos infelices tiempos, manifestándoles el gran fondo de temor de Dios, y el profundo respeto que profesábais á su santísimo nombre en todas las ocasiones, empero mayormente en los tribunales ante los jueces gubernativos ó de justicia, obligados á comparecer en su presencia. ¡Qué contraste, fieles mios, tan diverso ofrecen, qué diferencias tan encontradas presentan los procedimientos de aquellos primitivos cristianos, con los de algunos sujetos de nuestros dias! Aquellos, cuando se veian precisados á rendir una deposicion juramentada, juraban siempre temblando, y temblando decian siempre la verdad aunque en ello les fuese la vida.

¹ *Ne paveas repentino terrore, et irruentes tibi potentias impiorum. Dominus enim erit in latere tuo.* (Prov. III, 25, 26).

Estos por el contrario, postergado todo temor, se presentan con la mayor serenidad á jurar falsamente por complacer á un amigo por veinte ó treinta reales que les dan, por una merienda á que los convidan, y tal vez por un bocado de pan ó por un vaso de vino¹. Estos infelices, habrá momentos en que recordando la vileza que usó el infame Judas, de vender á nuestro dulce y soberano Jesús por un vil interés, abominen de él afeando su delito con la mas negra execracion; y ellos no contemplan que jurando en falso cometen una infamia superior á la de aquel perverso discípulo; puesto que venden á Dios en el juramento, por un precio todavía mas vil y despreciable.

Estos y cuantos los imitan en sus perjurios, son unos impíos declarados, pues irrogan á Dios perversa y sacrilégamente la injuria, de que ó es un Dios de palo que no conoce la verdad, ó que gusta de testificar la mentira. Crimen es este de tanta gravedad, á que no se le puede comparar el adulterio ni el hurto por grande que sea; y aun santo Tomás dice, que es un delito mas enorme todavía que el homicidio². ¡Cuánto, pues, no deben temer y temblar, al constarles la profanacion que han hecho del santísimo nombre de Dios en los juramentos falsos que han prestado! Y si, como dice el angélico Doctor, ninguno que haya jurado dejará de tener el testimonio de Dios en su favor ó contra sí³; si el Señor ha de exigir una estrecha y rigurosa demanda á todo el que juró en falso, ¿qué testimonio tan terrible no pesará sobre los perjuros? ¿qué reato tan trascendental no les acompañará por todos los dias de su vida? Capaz es un delito tan grande como este, para no permitirle coger el sueño por las noches, á quien lo cometió aun por sola una vez, para inquietarlo á toda hora, hacer que su espíritu esté siempre zozobroso, y que no alcance quietud ni paz por todos los dias de su vida⁴. El santo profeta Zacarías vió venir volando por los aires la maldicion de Dios, para destruir y aniquilar las casas de los que juran con mentira⁵. Impiedad es esta tan enorme, que el mismo Dios dijo por su boca, que nunca, nunca la dejaria sin un castigo terrible⁶.

Vosotros, fieles míos, temed siempre de incurrir en semejante crimen, pues es tan detestable, que irroga á Dios una enorme ofen-

¹ *Qui cognoscit in iudicio faciem, non bene facit: iste et pro buccella panis deserit veritatem.* (Prov. xxviii, 21). — ² Thom. in Quodl. quæst. 9, art. 18. — ³ Id. 2, 2, quæst. 89, art. 2, ad 3. — ⁴ *Non est pax impiis.* (Isai. xlviii, 22). — ⁵ Zach. v, 4. — ⁶ *Nec enim habebit insonitem Dominus eum qui assumpserit nomen Domini Dei sui frustra.* (Exod. xx, 7).

sa en su misma cara , invocándolo para que presencie y decore una infame iniquidad , para que autorice una solemne mentira y para que sancione un horrible pecado. Crímen tan detestable que por él menosprecia , y aun vende el perjurio al Omnipotente , al Criador de cielo y tierra ; á aquel mismo Señor , que despues de sacarnos de la nada nos redimió y nos ha de juzgar. Estad siempre sobre vosotros mismos , para que en ninguna ocasión de las que se os puedan ofrecer , en que os veais precisados á jurar , se extravie vuestro corazon de seguir constantemente los caminos de la rectitud , atestiguando siempre la verdad en los tribunales y fuera de ellos , como es propio de los que honran y reverencian á Dios por el temor que les infunde su santísimo nombre. Detestad semejante crímen. Abominad este y todos los demás pecados , por ser ofensas de la Majestad divina. Y puesto que , como dice san Gregorio de Nisa , el tiempo de amar á Dios es toda la vida ¹ , no haya momento alguno en la nuestra en que dejemos de hacerlo así. Obrando todos de este modo , podemos esperar en que Dios nos asistirá con su divina gracia hasta nuestro último aliento ; y ocurrido este , nos coronará con todos los predestinados en la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña , por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad , que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas íntimos sentimientos , diciéndole todos y cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : sabiendo que el enemigo comun de nuestras almas á todas horas tiene tendidas sus redes para coger en ellas á los que incautamente caminan por los senderos de esta vida , ¿cómo he procedido yo tan inadvertido , que me he dejado prender en sus enredados lazos , quedando allí aprisionado con los pesados grillos de mis culpas ? ¿Y cómo , que es lo que mas sorprende , me he encontrado allí bien hallado , gozándome en mis prisiones , en mi perdicion , y lo que es todavía mas criminal , complacido en el disgusto que os motivaba con mis caidas espirituales ?

¡ Ah mi amable Redentor ! ¡ Qué caidas las mias tan funestas , tan culpables , tan ruinosas para mi alma y tan ofensivas á Vos ! Y ; cómo , Dios mio , teníais paciencia para sufrir los ultrajes que os hacia con tantos pecados como tenia atrevimiento de cometer con el

¹ *Tempus diligendi Deum est tota vita.* (Greg. Nis. in Eccles. t. 8).

mayor descaro y villanía? ¿Qué castigos tan terribles no merecia por esta mi desatencion y rebeldía obstinada? ¿Cuántos infiernos por esta mi negra ingratitud? ¿Qué criatura ha habido, ni mas desagradecida ni mas infame? Cubierto ahora de vergüenza, no me atrevo á levantar mis ojos á vuestra soberana Majestad : por lo tanto, pegado mi rostro con el polvo, clamaré así como otro hijo pródigo : Padre mio, Dios de mi corazon y de mi alma, he pecado feamente contra Vos y contra el cielo ; ya no soy digno de llamarme hijo vuestro : no merezco vuestra piedad, sino vuestro rigor : no vuestros favores, sino vuestros enojos : no vuestra clemencia, sino vuestra maldicion y reprobacion eterna. Pero ya veis ahora mi arrepentimiento ; penetráis mi contricion ; y por lo tanto espero que me habeis de perdonar todas mis culpas, mayormente cuando siento el haberlas cometido por ser ofensas contra Vos, y cuando digo que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DUODÉCIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

Las excelencias de la santa misa y los admirables frutos que reportarán los que frecuentemente la oigan.

Beati oculi qui vident quæ vos videtis. (Luc. x, 23).

Dichosos los ojos que ven lo que vosotros estais viendo.

Es un deber de las criaturas tributar sacrificios al Criador, porque siendo parte esencial del culto reverente que están obligadas á rendirle, así protestan su dependéncia, su sumision y reconocimiento, y confiesan públicamente su altísima y suprema soberanía. Empero los animales y frutos terrenós, que los hombres timoratos y santos le ofrecieron siempre desde el principio del mundo, no guardaban proporcion con su infinita majestad, ni eran tampoco señal digna del adecuado reconocimiento á que le estaban obligados por tantos y tan indecibles beneficios que les dispensaba su mano liberal. Vacíos los hombres de virtud y de mérito, todos cuantos dones terrenos podamos ofrecerle son de condicion muy baja, y no guardan proporcion con una deuda tan inmensa. Debiéndole al Señor un sacrificio digno de su adorable grandeza, en justo reconocimiento de sus continuas é inefables misericordias, ¿qué podian ofrecerle que llenara en un todo su gusto y soberana aceptacion? Todos los bienes del mundo, los tesoros encerrados en las entrañas de la tierra, las preciosidades que el mar pueda abrigar en su seno, las mas luminosas y grandes criaturas del universo, serán siempre corta ofrenda para objeto tan noble. Sin embargo, Dios tenia destinado un tiempo en que continuando sus infinitas misericordias para con las criaturas, les habia de proporcionar un medio de ofrecerle un sacrificio el mas agradable á sus divinos ojos; una hostia que habia de llenar en un todo su soberana aceptacion.

Llegado este tiempo dichoso, al que llama san Pablo complemento

y perfeccion de todos los tiempos ¹; sacrificado en el madero santo aquel Cordero sin mancha que figuraron los sacrificios de Moisés y Aaron, y representaron todos los holocaustos de Israel; ofrecido una vez Nuestro Señor Jesucristo en el árbol de la cruz para la redencion de todo el género humano, quiso sin embargo, dice el concilio de Trento ², á impulsos de su ardiente amor para con los hombres, que aquel mismo sacrificio se perpetuase en la Iglesia; y para el efecto la noche antes de morir haciendo oficios de verdadero sacerdote segun el órden de Melquisedec, ofreció al eterno Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino que distribuyó á sus discípulos, y ordenándolos de sacerdotes con poder y facultad de ordenar á sus sucesores, les mandó que ofreciesen en adelante lo mismo que él ofrecia; es decir, aquel mismo sacrificio que al dia siguiente él habia de ofrecer en la cruz; aunque no sangriento como allí, ni con aquellos accidentes mortales, sino incruento debajo de las especies de pan y vino; mas de tal forma que en la sustancia, en la esencia y en todo su valor, fuesen uno mismo sin diferencia alguna; y este es, fieles mios, el santo sacrificio de la misa que ofrecemos y celebramos todos los dias en nuestros templos. Bien nos podemos por esta razon contemplar igualmente dichosos que los discípulos del Señor, como (hoy) dice Jesucristo en el Evangelio, por tener la fortuna de ver lo que vemos en este santo sacrificio de la misa. Sacrificio en el que todos los pueblos del orbe católico solícitos en rendir á Dios la adoracion que se merece, reunidos en los templos ofrecen á su nombre siempre augusto y terrible una hostia pura, santa é inmaculada, el pan santo de la vida eterna y el cáliz de perpétua salud. Este es el sacrificio que á nosotros se nos manda celebrar con gran preparacion, pureza, detenimiento, gravedad y respeto; y á los fieles el asistir á él con una profunda veneracion: este el sacrificio mayor, el mas excelente y agradable que se puede ofrecer á Dios, y el que nos puede proporcionar los mayores beneficios, si intervenimos en su celebracion frecuentemente y con las debidas disposiciones. Esto os lo haré ver ahora, manifestándoos *las excelencias de la santa misa y los admirables frutos que reportarán los que frecuentemente la oigan*. Mientras esto os lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

Jesucristo nuestro Señor vino al mundo lleno de inestimable caridad, enardecido de un ardentísimo celo para satisfacer á la honra

¹ Galat. iv, 4. — ² Sess. XXII, c. 1.

de Dios y procurar la salvacion de los hombres. Para el efecto, ofreció su propia sangre y su vida en servicio y obediencia del Padre, siendo este sacrificio de un valor infinito por la dignidad de la persona que lo ofrecia ; superabundante para el perdon de todos los pecados del mundo, y para que por él se den todos los bienes terrenos y celestiales. Esta víctima divina que se sacrificó en la cruz , es la que se ofrece en el santo sacrificio de la misa. Jesucristo mandó renovar su oblacion ; pero bajo los símbolos que hacen presente su cuerpo y su sangre , reuniendo en este solo sacrificio todas las miras, los efectos y lecciones que estaban anejas á los antiguos sacrificios. Por nombre de misa entendemos una oblacion ó sacrificio, en el que por medio de los sacerdotes se ofrece al eterno Padre su mismo Hijo Jesucristo, en reconocimiento de su altísima soberanía , en satisfaccion de nuestros muchos pecados, en agradecimiento á los innumerales beneficios que continuamente nos dispensa , y en protesta-cion de la confianza que nos anima en su grande bondad , de la cual esperamos nos dispense su divina gracia en esta vida y la gloria eterna en la otra. Mucho quieren decir estas palabras ; pero siendo tantos , tan excelentes y encumbrados los misterios que en sí encierra la santa misa , os la explanaré mas y mas , á fin de que comprendais de lleno la alteza , dignidad y soberanía de este santo sacrificio todo divino. Advirtiéndoo al propio tiempo, que como materia esta tan importante y sobre todo tan sagrada , temiendo rebajarla con mis conceptos y mis palabras, no he de usar de otras expresiones que las que precisamente usan los Santos y escritores que particularmente han hablado de este soberano sacrificio.

Siendo esto asi , os diré que la misa es una legacia solemne que la Iglesia católica , ó sea el pueblo cristiano, remite á Dios nuestro Señor por medio de su legado el sacerdote, para que este en nombre de todos comunique con su divina Majestad , y ventile ante él asuntos los mas graves y de mas alta importancia ; cuales son , protestar la sujecion humilde que le profesamos, manifestándole el abatimiento con que nos hallamos rendidos á su altísima soberanía, reconocer el absoluto dominio que tiene sobre todo lo criado, satisfacerle un gran tributo, ofrecerle un riquísimo presente , tributarle rendidas gracias por los innumerables beneficios que recibimos de su mano, solicitar el perdon de los muchos pecados con que le hemos ofendido, pedirle para en adelante especiales beneficios, suplicarle el remedio para cuantas necesidades nos puedan apremiar, y por último instarle fervientemente para que nos dispense el don

especialísimo de su divina gracia , á fin de que con ella lleguemos á conseguir la gloria para la que hemos sido criados.

Si no reparais bien , os figuraréis acaso algunos de vosotros que el asunto de esta embajada , y los efectos que de ella emanan , solamente atañen y los perciben los fieles que militamos en este mundo ; pero es preciso que fondeeis bien esta materia , y sabiendo por una parte que toda la Iglesia católica es la que remite á Dios vivo y verdadero esta legacia , y recordando por otra que la Iglesia tomada generalmente es un cuerpo cuyas partes son la Iglesia triunfante , la Iglesia paciente y la Iglesia militante , es decir , que comprende los bienaventurados que reinan con Cristo en los cielos , los justos que padecen en el purgatorio y los fieles que vivimos en la tierra , resulta que todos participan de este tan importante mensaje : participamos los fieles por los innumerables beneficios que por la misa alcanzamos ; participan las almas justas que yacen en el purgatorio , pues les cabe una gran parte del fruto que la misa produce , y del cual tienen una gran necesidad ; y hasta participan los Santos que ya reinan gloriosos en el cielo percibiendo parte del fruto de la misa. Es cierto que estos últimos ninguna necesidad tienen de satisfacer por los pecados que cometieron , porque antes de entrar en el goce de la bienaventuranza feliz que gozan , necesitaron purgarse de ellos exacta y cumplidamente ; ni tampoco necesitan pedir á Dios gracias para sí , puesto que ya no pueden alcanzar mas de lo que tienen , y tienen todo lo que pueden desear ; sin embargo , les aprovecha la misa para su honra y gloria accidental , como tambien para ayudarles á dar gracias á Dios por los especialísimos beneficios que de él tienen recibidos , y por el particular gozo que reciben de la gloria que con tanto gusto allí se le tributa.

Siendo como es la santa misa el verdadero sacrificio de Cristo nuestro Señor , la mayor de las obras de Dios , la accion por excelencia , la oracion mas poderosa y eficaz que las criaturas pueden dirigir al Criador ; siendo como es la fuente y manantial de todas las gracias y bendiciones del cielo , la cosa mas venerable , santa y la de mayor reverencia que hay en la Iglesia , por manera que ninguna otra no solo no la puede igualar , sí es que ni aun puede compararse con ella ; de aquí nace el que aun los Santos se encuentran embarazados para tributarle los elogios competentes , y aun se lamentan de la escasez de palabras para poder hablar de ella como merece ; por cuya razón se contentan todos unánimes con llamar al santo sacrificio de la misa , el misterio tremendo , sacrosan-

lo, todo singular, todo divino, y superior á cuanto pueda decirse.

Como la santa misa es la mayor obra de la omnipotencia, el esfuerzo mayor de la divina sabiduría y el mayor esmero del amor de un Dios; como por este santo sacrificio el hombre recobra las ventajas de su primitivo origen, la tierra se convierte en un nuevo cielo, y queda el mundo reconciliado con su Dios en sentir del Apóstol ¹; como la víctima de este sacrificio es el cuerpo y la sangre de Jesucristo, aquel mismo cuerpo que fue enclavado en la cruz, aquella misma sangre que fue derramada en el Calvario; en una palabra, siendo el que se ofrece en la misa el mismo Jesucristo que fue crucificado por nosotros, sorprendido de todo esto san Juan Crisóstomo dice, que estando oyendo misa no debemos imaginar que nos hallamos en la tierra, sino mas bien que nos han subido al cielo, y que estamos allí entre los coros de los Ángeles y Serafines ². San Gregorio afirma que cuando se celebran los soberanos misterios de la santa misa, se abren los cielos de par en par, y que descienden coros de Ángeles á los santos altares, formando así una alianza, y juntándose las cosas superiores con las inferiores, lo celestial con lo terreno, lo divino con lo humano ³. Cuando celebra el sacerdote este sacrificio inefable, dice san Agustin, todo el cielo está como atónito, la tierra embargada de admiracion, las criaturas de asombro, el infierno de espanto, los demonios de temor, y hasta los espíritus angélicos se hallan apoderados de estremecimiento; de suerte que con una profunda reverencia lo veneran en derredor de la santa mesa ⁴. Destinadas como están en el cielo estas soberanas inteligencias para hacerle la corte al Rey de la gloria, bajando este á nuestros altares, y yendo en su acompañamiento se ocupan allí en hacer guardia á la real presencia de Cristo sacramentado: ejercicio que desempeñan con reverencia tan respetuosa y acatamiento tan profundo, que asombrosamente estremecidos y casi deslumbrados sus ojos con los brillantes rayos que admiran en aquella sagrada hostia, no se atreven á registrar con desahogo misterio tan venerable.

Nosotros, fieles míos, somos criaturas carnales, enredadas por lo comun en nuestras pasiones, y tan poco adelantadas en el amor divino, que hasta asistimos á la celebracion de tan tremendos misterios con la mayor frialdad; pero si por una dignacion del Señor

¹ II Cor. v, 19. — ² Chrys. lib. III de Sacerd. — ³ Greg. lib. IV Dial. c. 56.
— ⁴ *Stupet cælum, miratur terra, veretur homo, stupet infernus, contremiscit diabolus, et veneratur quamplurimum angelica celsitudo.* (Aug. sup. Psalm.).

tuviéramos el fervor y el alto espíritu que alcanzaron ciertas almas privilegiadas, veríamos como en la celebracion del santo sacrificio de la misa se hallan millares de Ángeles arrodillados con suma reverencia, asistiendo y haciendo la corte al Rey de los reyes y al Señor de los señores. Si tuviéramos la dicha de verlos como los vió el profeta Zacarías ¹, si Dios nos abriese los ojos como se los abrió al criado de Eliseo ², veríamos allí una multitud innumerable de espíritus celestiales, rendidos todos con la mayor sumision ante Jesucristo, que es la víctima que se sacrifica en nuestros altares.

San Lorenzo Justiniano, que trató este punto de lleno, se explica así: No hay cosa mayor, mas útil, mas amable ni mas grata á los ojos de la Majestad divina, que la oblacion sagrada de la misa. Ella tributa á Dios el honor que le es debido, á los Ángeles su propio rango, á los desterrados el cielo, á la Religion su culto... á los gentiles fe, al mundo alegría, á los fieles gozo, á los pueblos union... constancia á la virtud, paz á los hombres, y luz á los entendimientos... En el tiempo en que se celebra ó se ofrece este divino sacrificio (continúa el Santo), se rasgan los cielos, se admiran los Ángeles, los Santos se esmeran en alabanzas, se regocijan los justos... se lamenta el infierno, y toda la Iglesia santa se regocija ³. La santísima misa, dice san Francisco de Sales, es el sol de los espirituales ejercicios, centro de la religion cristiana, corazon de la devocion, alma de la piedad, misterio inefable que comprende el abismo de la caridad divina ⁴. En fin, señores, os diré con el papa Urbano VIII, si entre los hombres hay alguna cosa verdadera y grandiosamente divina, que puedan envidiárnosla los ciudadanos del cielo, si pudiera en ellos caber la envidia, es ciertamente el sacrosanto sacrificio de la misa, por cuyo beneficio resulta que los hombres poseen en la tierra con cierta anticipacion el cielo, teniendo delante de sus ojos y tocando con sus manos al mismo Criador de cielo y tierra ⁵.

Como la hostia ó víctima que se sacrifica y ofrece en este santo sacrificio es el mismo Jesucristo con todo el tesoro de sus méritos, resulta que con ninguna otra se le puede dar á Dios mayor honra, mejor servicio ni mas grata complacencia, aunque se le ofreciera un sacrificio de todas las criaturas juntas. De aquí es que una sola misa, como que es de un valor infinito, da mas gloria á Dios que la que le pueden tributar todos los Ángeles, todos los hombres y todos los

¹ Zach. II, 1. — ² IV Reg. VI, 17. — ³ Serm. de Christi Corpore.

⁴ Introd. á la vida devota, 2 part, c. 14. — ⁵ En la bula: *Si quid est in rebus humanis*, la que se halla al princ. del Misal.

Santos. Juntad el amor, servicio, merecimientos y alabanzas de cuantos nacidos ha habido en el mundo, desde que el Omnipotente lo sacó de la nada, y de cuantos habrá hasta su fin; tened en cuenta los suplicios de los Mártires que ofrecieron á Dios sus vidas con gusto en holocausto; agregad los ejercicios virtuosos de cuantos Santos reinan ya gloriosos con el Señor en el empíreo, y de cuantos han de lograr igual dicha; anumerad tambien todos los ayunos, vigili-
as, mortificaciones y penitencias; pero tened entendido que este acervo de buenas obras, este cúmulo de rendidos servicios y este conjunto de merecimientos, nunca alcanzarán ante los ojos y aceptación de Dios la honra, alabanza y gusto que le tributa y recibe en sola una misa que celebre cualquier sacerdote. Por cualquier lado que la considereis contiene tal ventaja, que supera á todo cuanto fuera de ella se le pueda ofrecer á Dios.

Os he dicho que la hostia ó víctima que en ella se sacrifica es el mismo Jesucristo; empero agregad ahora á esta circunstancia que Jesucristo es tambien el sumo y principal sacerdote, que rinde al eterno Padre aquel sacrificio de su cuerpo y de su sangre; no siendo nosotros los sacerdotes mas que unos meros instrumentos, unos ministros que pronunciamos en su nombre las palabras de la consagración, que son las que obran la transustanciación maravillosa de convertir el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre sacratísima; por manera que aunque en aquellas nosotros decimos: *Este es mi cuerpo: Esta es mi sangre*; no se convierte por eso en cuerpo y sangre del sacerdote que esto dice celebrando, sino en cuerpo y sangre de Cristo, oferente sumo y principal sacerdote. Por esas circunstancias es fácil deprender, os diré con el mismo san Lorenzo Justiniano, que no puede ofrecerse á Dios sacrificio alguno que le sea mas agradable, ni le tribute mayor gloria que este de la santa misa: *Vides igitur perspicue*, estas son sus palabras: *vides igitur perspicue, nullum acceptabilius Deo posse offerri sacrificium*¹, porque en ella todo es infinito, todo divino, como que lo que á Dios se ofrece es el mismo Dios. Gloria de la que participa asimismo la santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor; y de tal modo, que ninguna otra cosa le puede conferir alegría mas satisfactoria.

Si adelantais mas vuestra reflexiva consideración, hallaréis igualmente que tampoco se puede rendir á la Virgen santísima ni á los Santos servicio mas aceptable, tributarles mayor gloria, ni manifestarles mejor nuestra verdadera devoción, que ofreciendo en su nom-

¹ Laur. Just. eod. loco.

bre y á honra suya el santo sacrificio de la misa. No es por esto decir que este soberano sacrificio pueda ofrecerse á la Virgen ni á ningun Santo. La Iglesia nunca lo ofreció sino á Dios solo, porque á él solo pertenece el culto supremo que en la misa se le tributa. La intencion de la Iglesia celebrando las misas en memoria de Nuestra Señora y de los Santos, es dar gracias al Señor por los dones que les concedió, especialmente por la felicidad eterna que poseen, y conseguir su intercesion para con su divina Majestad ¹. Las misas celebradas en su honor no tienen mas objeto que reconocer á Dios como el fontal origen de todos los bienes, como árbitro supremo de la felicidad eterna, como la misma bondad que tiene la dignacion de dejarse enternecer y doblar por las súplicas de sus siervos, refiriendo á él solo la gloria de todo lo que pide y de todo lo que alcanza.

De aquí se colige, fieles mios, que la santa misa glorifica mas á Dios que cuantos obsequios y alabanzas puedan rendirle los hombres y hasta los cortesanos del cielo; y le honra mayormente que lo que le deshonran todos los pecadores, demonios y condenados. El valor y eficacia de una sola misa prepondera notablemente al conjunto de todos los servicios, virtudes, obras heroicas y variados merecimientos de todos los justos, cuanto aventaja la dignidad de hijo á la calidad de siervo. Es uno de los grandes alivios que podemos dar en sus penas á las almas del purgatorio. Es de sí suficiente para aplacar la indignacion divina, por muy irritada que la tengan los ingratos pecadores; así como para conseguir toda especie de beneficios y gracias para buenos y para malos. Es tan excelente este santo sacrificio, que á pesar de que los pecados que se cometen en el mundo son tantos en número y tan graves en malicia, superabunda en gran manera su satisfaccion, porque es mucho mas lo que en él se ofrece, que la deuda que con las culpas se contrae. En él se ofrece al eterno Padre su mismo Hijo unigénito para que se digne perdonar á los pecadores, levantar á los caidos, y asegurar establemente á los justos. El mismo Hijo sacrificado da voces á su eterno Padre por tantas bocas como llagas tiene, para que libre á los mortales de las llamas eternas: *Clamat idem Redemptor ad Patrem, corporales suas cicatrices ostendens* ². De aquí es, que nada hay mas poderoso que este santo sacrificio para alcanzar de Dios misericordia y perdon, para conseguir su divina gracia y asegurar el logro de la vida eterna.

En vista, pues, de bienes tan inmensos é indecibles que contiene la santa misa, no debiera haber cristiano alguno que pudiendo no

¹ Conc. Trident. sess. XXII, can. 8. — ² Laur. Just. loco sup. laud.

la oyera todos los dias ; pues deben todos persuadirse que no oyéndola quedan privados de grandes frutos espirituales provechosos en sumo grado para sus almas, y así como el venerable Beda dice del sacerdote, que no estando legítimamente impedido deja de celebrar, que priva á la santísima Trinidad de gloria y alabanza, á los Angeles de alegría, á los pecadores de perdon, á los justos de subsidio, á las almas del purgatorio de refrigerio, y asimismo de remedio y medicina ; así tambien se puede decir en su modo del que pudiendo no la oye, que se priva á sí y á otros de una multitud considerable de bienes. Ofendiendo á Dios como le ofendemos todos los dias, no debiera haber tampoco dia alguno que dejáramos de oirla, para aplacar así los enojos del Señor, mayormente que por sola una misa que se oiga con devocion y verdadero dolor de nuestras culpas, se da mayor satisfaccion y se excusan mas penas en el purgatorio, que con muchas oraciones, ayunos, disciplinas y cilicios. Por participar de bienes tan grandes, aunque no se dijese mas al año que una sola misa en una ciudad católica, debieran concurrir á oirla todos los cristianos del mundo, aplicándose como en ella se aplica la satisfaccion de la sangre de Cristo, que vale mas incomparablemente que todas nuestras mortificaciones, penitencias y asperezas corporales. Pero cortas son las distancias, pequeñas son las incomodidades que los fieles tienen que sufrir si quieren oirla ; puesto que por nuestra dicha no hay pueblo en que no se celebre cotidianamente ó por lo menos con muchísima frecuencia. A ellos, pues, les incumbe el oirla si les es posible todos los dias, siempre que lo puedan hacer sin faltar á sus obligaciones : no porque haya un precepto que obligue á ello, porque solo existe este para los dias de fiesta, sino por los grandes provechos que se acarrearán de oirla diariamente, ó por lo menos con la frecuencia que les sea dable.

Procurad, pues, fieles mios, asistir todos los dias á este santo sacrificio que encierra el abismo de la caridad de Dios en el pecho de Jesucristo. Aprovechaos diariamente de este tan inmenso tesoro. En él hallaréis la misericordia para todos vuestros crímenes, la vida para resucitar de la muerte del pecado, la redencion para salir del cautiverio de la culpa, la salud para libraros de las indisposiciones y enfermedades del alma, la luz para disipar las tinieblas del entendimiento, y la ciencia saludable para lograr la eterna salvacion. Allí encontraréis un Médico soberano deseoso ardientemente de curar vuestras espirituales dolencias ; á un Padre amabilísimo que apreciando tierna y cariñosamente á sus hijos, compartirá con vosotros

y aun os colmará de riquezas divinas; á un Dios no solo liberal, si es que pródigo en extremo, que derramará sobre vosotros abundancia de beneficios inexplicables. Allí encontraréis un escudo para poneros á cubierto y rechazar las tentaciones del demonio, un provechoso disgusto de las cosas de la tierra, y un conocimiento el mas útil de las celestiales. Allí encontraréis la aptitud necesaria para oponeros al impulso de los vicios, concebir gusto á las virtudes y manteneros constantes en el camino del bien. Allí, en fin, encontraréis el árbol de la vida que os dará la de la gracia en tiempo, con la que viviréis siendo agradables á Dios, y la de la gloria en la eternidad, que os constituirá felices y bienaventurados por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazón :

Dulcísimo Señor, mi Dios, mi Redentor y todo mi bien : Vos sois el Rey inmortal de la gloria. Todos los tesoros del cielo y de la tierra os entregó vuestro Padre ; y Vos por un efecto de vuestra inefable misericordia hicisteis distribucion de ellos en cada uno de nosotros ; por manera que nos disteis cuanto teníais, reduciéndoos por nuestro amor á una pobreza suma y á una desnudez lastimosa. Por complemento de vuestra liberalidad, nos disteis en el adorable Sacramento del altar vuestra carne y sangre, vuestra alma y divinidad y hasta vuestro mismo corazón.

Fineza tan inaudita, amor tan excesivo, ¿qué recompensa merece ? ¡ Ah Dios mio ! nada somos ante vuestra divina presencia, todo nuestro compuesto es miseria, polvo y ceniza. La recompensa que os podemos dar de ningun valimiento puede ser, mayormente si carecemos de pureza, de rectitud y de inocencia, que es lo que mas os agrada, de cuyas prendas yo carezco ; empero conociendo ahora que me faltan tan bellas cualidades, yo procuraré en adelante adquirirlas de todas veras por medio de la penitencia, por el reconocimiento, humildad y contricion ; y para dar principio á esta carrera, digo partida mi alma de dolor : que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTES.

Cuán elevada es la dignidad sacerdotal y cuán digna de nuestro mayor respeto.

Ite, ostendite vos sacerdotibus. (Luc. XVII, 14).

Id, mostraos á los sacerdotes.

No hay noticia de nacion alguna que tanto en los primeros tiempos como en los últimos siglos, no haya tenido una religion y por consiguiente sacerdotes. La razon natural bastó para dar á conocer en toda época, que debian señalarse ciertas personas que distinguiéndose de las demás, estuvieran encargadas de ofrecer á Dios sacrificios en nombre de todos, y de presidir en el culto que se le tributase. En las primeras edades del mundo estaban estas funciones reservadas á los padres de familia : estos, como personas las mas caracterizadas y venerables de las casas, eran los ministros del culto sagrado. Con arreglo á esta costumbre tan antigua como el mundo, los primogénitos de las familias entre los israelitas se destinaban naturalmente al sacerdocio ; pero Dios los sustituyó con toda la tribu de Leví separando á los sacerdotes del resto del pueblo, y gozando en fuerza de esta eleccion y funciones tan sagradas de derechos y atribuciones en gran parte considerables. Una de ellas era el discernimiento de la lepra *. Por esta razon curados por Jesucristo con un milagro los diez leprosos que (hoy) dice el Evangelio, los remitió á los sacerdotes : *Ite, ostendite vos sacerdotibus*. Estas eran en el pueblo de Israel las personas notables conocidas por todos como

* Esta enfermedad contagiosa que ataca la piel, parecida á la sarna, y que forma escamas, era muy comun entre el pueblo israelítico. La ley de Moisés separaba á los leprosos de la comunicacion de las gentes, precisándolos á vivir incomunicados en parajes solitarios. Hasta sus reyes atacados que fueran de esta enfermedad, eran extraídos de sus palacios, y segregados de la sociedad. En el capítulo XIII del Levítico aparecen las leyes de policia sobre discernimiento de la lepra, el cual pertenecia á los sacerdotes.

descendencia elegida por Dios, y á quien habia echado su santísima bendicion ¹.

Venido que fue Jesucristo al mundo, plantificada su santísima ley, no vinculó la dignidad sacerdotal á familias algunas determinadas como en la ley de Moisés, sino que hizo eleccion de las personas que gustó, para que desempeñaran el alto empleo de sacerdotes. El Señor á todos llamó para el cielo; mas para el alto estado sacerdotal que tanto aventaja á los demás estados, llamó solo á los que quiso, como dice san Marcos ². Lo mismo que dice este Evangelista de los Apóstoles, escribe san Lucas tambien de los discípulos ³. Por manera que todos los sacerdotes, desde el primero hasta el último, son llamados y destinados por el Señor para la formacion de este distinguido cuerpo, como dice san Pablo ⁴. Así es que desde el principio de la Iglesia los ministros de la religion cristiana formaron una órden diferente de los simples fieles. Dios mismo les dió su mision y creó su ministerio. La mision y los poderes divinos que Jesucristo concedió á los Apóstoles, las virtudes y pruebas que exigió de ellos, eran otros tantos caractéres que les eran personales y especiales, que no podian cuadrar á la generalidad de los fieles. El mismo Jesucristo les dijo: No sois ya de este mundo: os elegí y saqué del mundo para producir frutos constantes y duraderos ⁵. Los mismos Apóstoles se contemplaban como sacados de la condicion vulgar de los hombres, cuando se llamaban embajadores de Jesucristo, dispensadores de los misterios de Dios, doctores y pastores de los fieles. La ordenacion sagrada de que se sirvieron ellos y sus sucesores para conceder á otros el mismo carácter, manifiesta que consideraban las prerogativas del sacerdocio como dones sobrenaturales, á los que nadie tenia derecho de pretender. ¡Oh qué prerogativas, fieles mios, tan excelentes! ¡Qué dones tan celestiales! Y ¡cuán alta es la dignidad que estos y aquellas vienen á crear en los sacerdotes! ¡Cuán profundo el respeto que por estas razones les debemos siempre tener! Unos hombres segregados por Dios del resto de los demás para ejercer funciones todas santas, bien merecen todas nuestras consideraciones y una profunda veneracion. Esto es lo que os haré ver ahora, manifestándoos *cuán elevada es la dignidad sacerdo-*

¹ *Omnes qui viderint eos, cognoscent illos, quia isti sunt semen, cui benedixit Dominus.* (Isai. LXI, 9). — ² *Vocavit ad se quos voluit ipse.* (Marc. III, 13). — ³ Luc. X, 1. — ⁴ *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur á Deo, tamquam Aaron.* (Hebr. V, 4). — ⁵ Joan. XV, 16.

tal, y cuán digna de nuestro mayor respeto. Mientras lo desenvuelvo con el favor de Dios, estad atentos.

Los sacerdotes, fieles míos, son unos hombres que están perpetuamente dedicados al culto divino, en fuerza de la eleccion que Dios mismo ha hecho de sus personas y de la autoridad que les ha concedido ¹. El profeta Isaías dijo que no eran otra cosa los sacerdotes del Señor que unos ministros de Dios ². San Jerónimo, que eran unas personas que habiendo sucedido á los Apóstoles en la dignidad y ministerio, consagraban el pan celestial, y traian á la tierra el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo; unos hombres que teniendo las llaves del cielo, juzgaban antes del dia del juicio; y conservaban en pura castidad á la Esposa del Señor ³. Y segun san Isidoro de Sevilla, son unos hombres á quienes Jesucristo les tiene encomendadas sus gracias, su espíritu, su predicacion y sus Sacramentos, para que todo esto lo distribuyan á los demás fieles á nombre suyo; y tambien por ser los únicos que pueden sacrificar en los altares el Cordero sin mancha que quita los pecados del mundo, ofreciendo á Dios en sus aras aquella oblacion enteramente pura, santa y sin mancilla del cuerpo y sangre de Jesucristo ⁴. A la luz de lo que acabo de decir es fácil conocer el carácter, funciones y alta mision sacerdotal. Son, pues, los sacerdotes unos medianeros entre Dios y los hombres, unos encargados de ofrecer al Dios de majestad el sacrificio y el incienso, de elevar al trono de la infinita misericordia las oraciones de los fieles, de aplacar el enojo de la divina justicia provocada por las culpas, de recibir de la mano del Eterno las prendas de sus inagotables bondades, para derramarlas en seguida sobre la tierra como un rocío de consuelo y esperanza. Presidir á las prácticas del culto divino, instruir en público y en particular, administrar los santos Sacramentos, acoger y reconciliar á los pecadores, asistir á los enfermos y moribundos, aliviar á los pobres, consolar á los afligidos, y aconsejar á los que lo necesitan.

Un carácter tan especial, unas funciones tan sublimes, y una tan elevada mision, son las prendas que constituyen su dignidad tan encumbrada, á la que no puede alcanzar ninguna otra de la tierra. Por esta razon el profeta Malaquías llamó á los sacerdotes ángeles ⁵. David los apellidó ungidos del Señor, dioses é hijos del Altísimo ⁶.

¹ Tolet. in Instr. Sacerd. lib. I, cap. et num. 1. — ² Isai. LXI, 6. — ³ Epist. XI ad Heliod. — ⁴ *Sacerdos, quasi sacrum dans, seu sacrificans, dictus est.* (Isidor. lib. VII Etymolog. c. 12). — ⁵ Malach. II, 7. — ⁶ Psalm. LXXXI, 6.

Ellos son, segun el Evangelio, sal de la tierra y luz del mundo ¹. Ellos son, podemos decir con san Pedro, unos sujetos que forman en la Iglesia de Dios una porcion escogida, que constituyen un sacerdocio real, una gente santa y un pueblo de bendicion ². Y con san Pablo podemos tambien añadir que ellos son, en el estado en que se hallan, y el ministerio que ejercen, ciudadanos de los Santos, y familiares de la casa de Dios ³. Ellos en fin, puedo decir con el real Profeta, son los eminentes árboles del monte, y los altos cedros del Líbano ⁴, excediendo á todos tanto en dignidad, cuanto aquellos superan en altura á los pequeños é insignificantes arbustos.

Calificando de este modo la sagrada Escritura á los sacerdotes, y atribuyéndoles dictados tan honoríficos, no debe causar extrañeza el que asimismo los santos Padres se esmerasen en sus elogios contemplando bien tan alta dignidad. Así es que el autor de la *Jerarquía celestial*, que se creyó por mucho tiempo ser san Dionisio Areopagita discípulo de san Pablo, los llama hombres divinos ⁵. San Ignacio, discípulo del apóstol san Juan, en la carta que escribió á los de Esmirna dice ser el sacerdocio la sublimidad de todos los bienes que Dios ha puesto en la tierra á disposicion de los hombres ⁶. San Gregorio Nazianceno reputa al sacerdocio por dignidad tan honrosa, distinguida y elevada, que hasta las sublimes inteligencias angélicas del cielo le rinden el homenaje de honra y veneracion ⁷. Por mas que me fatigo, dice san Ambrosio, para buscar palabras bastante significativas, y comparaciones adecuadas para ofrecer una semejanza de la dignidad sacerdotal, ni las encuentro, ni creo que efectivamente las haya. Una cosa hay en la tierra que parece guardar alguna analogía ó equivalencia; y es el esplendor brillante que vemos resplandecer en los Reyes y Emperadores; pero aun á este le excede tanto la dignidad sacerdotal, como le aventaja al plomo el valor y brillo del oro ⁸. Esto mismo dice san Juan Crisóstomo ⁹, quedándose tan admirado de la dignidad que acompaña á los

¹ Matth. v, 13, 14. — ² I Petr. ii, 9. — ³ Ephes. ii, 19. — ⁴ Psalm. ciii, 16.

⁵ *En el día es cosa averiguada y corriente entre los críticos que esta y las otras obras atribuidas á san Dionisio Areopagita no son del santo Obispo de Atenas, aunque se ignora quién sea de cierto su verdadero autor.*

⁶ Epist. ad Smirn. — ⁷ Orat. XII ad civ. timor. percul. — ⁸ *Honor igitur et sublimitas sacerdotalis, nullis poterit comparationibus adæquari: si Regum fulgori compares, et Principum diademati, longe erit inferius, quam si plumbi metallum, ad auri fulgorem compares.* (Ambr. lib. de Dig. sacerd.).

⁹ *Sacerdotium est ipse etiam Regno longe majus, ac venerabilius.* (Hom. V in c. vi Isai.).

sacerdotes, que no hay, dice, honor como el suyo, ni mayor poder que el que á ellos les acompaña ¹.

Y á la verdad, fieles míos, que si bien lo contemplamos, aunque el que se ve en la necesidad de inquirir verdades difíciles en la espinosa carrera de las ciencias puede por sí encaminarse al Señor, á fin de que le comunique luz y conocimiento; aunque el que se halle atribulado pueda pedir á Dios el lenitivo competente para su aflicción; el que desea feliz éxito en sus empresas, el que ansia por el acierto en la elección de estado, el que se halle en la obligación de rendir gracias al Señor por algun beneficio especial que haya recibido de su mano, sobre los muchos que recibe todos los días y aun todos los instantes, en una palabra, aunque todos nos podemos encomendar á Dios, y dirigirle nuestros ruegos, aunque á todos nos exhorta el real Profeta á que nos acerquemos á la luz que sola puede desvanecer nuestras tinieblas ², y el Apóstol nos excita á que nos lleguemos al trono de la gracia para encontrar misericordia ³; sin embargo, en la precisión en que frecuentemente nos vemos de recurrir á su divina Majestad, quiere este Padre bondadoso que tengamos en la tierra unos privados, unos ministros, que son los sacerdotes, por cuya mediación podamos todos acercarnos mejor á su trono; con la seguridad de que interponiendo ellos su influjo á causa de la elección que el Señor ha hecho de sus personas, y el empleo que les ha conferido, serán mas benignamente oídas nuestras oraciones, y despachadas favorablemente nuestras súplicas. Ellos han sido constituidos por Dios procuradores generales de los demás hombres, protectores de las almas, medianeros entre su soberana Majestad y el pueblo, á fin de ofrecerle sus votos, presentarle el memorial de sus súplicas, interponiéndole la recomendación de su empleo, doblando su voluntad con la celebración del santo sacrificio; alcanzándole así el logro de sus deseos ⁴.

Y si tan alto es su honor, ¿qué diremos de su potestad? Ella es tan esclarecida y venerable, dice san Bernardo, que ninguna otra le puede formar competencia, ni aun se le puede equiparar; como que después de Dios es la mayor que se conoce en el cielo y en la tierra ⁵. No os cause esto admiración, añade el mismo Santo, cre-

¹ *Quid cum honore conferri potest?... Quænam obsecro potestas, hac una major esse queat?* (Lib. III de Sacerd.). — ² Psalm. xxxiii, vi. — ³ Hebr. iv, 16. — ⁴ Hebr. v, 1. — ⁵ *O præclara, ó reverenda potestas vestra. Certe non est potestas post Deum sicut potestas vestra, cui nihil in cælo, vel in terra valeat comparari.* (Bern. Sermon. de convers. ad cleric.).

yendo que mis palabras son exageradas ó que carecen del grado de certeza que las haga fácilmente creíbles como verídicas en un todo, porque si bien lo reparais, no á los Ángeles, no á los Arcángeles, no á las Potestades, no á los Querubines, no á los Serafines, no á algun espíritu de aquellas sublimes jerarquías que asisten en la presencia del Rey del cielo, sino á los hombres, y no á todos, sino precisamente á los que segregando del resto de los demás constituyó en el grado del sacerdocio, confirió la potestad de consagrar en los altares el cuerpo y sangre del Señor ¹, viniendo por esta razon á ser el pecho de los sacerdotes tabernáculo de Jesucristo, relicario de Dios, arca de los tesoros divinos, tróno del Altísimo, morada del Todopoderoso y sagrario del Rey del cielo.

Si tan admirable es la potestad de orden que les acompaña á los sacerdotes, en virtud de la cual desempeñan la celebracion de tan alto misterio, ¿qué no podrémos decir de la de jurisdiccion, por la que recibiendo el Espíritu Santo, los constituye Jesucristo jueces en su cátedra, médicos de las almas y maestros del mundo? ¿Quién podrá esta delinearla y ofrecerla á la vista de todos con todo el lleno de las eminentes facultades que reúne? Diciéndoles Jesucristo: Recibid el Espíritu Santo: á aquellos á quienes les perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á aquellos á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos ², les concedió un derecho absoluto y exclusivo de atar y desatar; privilegio que no concedió á ningun otro estado, derecho de que carecen los Monarcas, por mas que los veais brillar tanto en este mundo, ni aun poseen los cortesanos del cielo, á pesar de la elevacion tan sublime en que se hallan y de la feliz dicha que gozan. Los sacerdotes son los únicos que á semejanza de Ezequiel unen los huesos inanimados y esparcidos en el vasto campo de la Iglesia, inspirándoles el aliento de nueva vida, desempeñando para con los pecadores, absolviéndolos de sus culpas, las funciones de vicegerentes de Dios, como dice el concilio de Trento ³; siendo jueces delegados en una causa que únicamente pertenece por su naturaleza al tribunal divino ⁴. ¿Puede haber cosa comparable á la honra del sacerdocio? exclama aquí lleno de admiracion san Juan Crisóstomo. El cielo saca la principal autoridad de los juicios que

¹ *Audite, et obstupescetes admiramini: nulli angelorum, nullis spiritibus supernis, sed hominibus, nec tamen omnibus, sed ordini vestro ó sacerdotibus tantum mandatam esse tanti Sacramenti celebrationem in Altari.* (Serm. I in Cæn. Dom.). — ² Joan. xx, 22, 23. — ³ Conc. Trid. sess. XIV, cap. 5 de Confess. — ⁴ Marc. ii, 7.

forman los sacerdotes. Estos jueces espirituales tienen su tribunal en la tierra, y el mismo Señor, siguiendo sus decisiones, ratifica en lo mas alto del cielo cuanto ellos han juzgado en esta baja region del mundo ¹. Los Príncipes y Soberanos de la tierra (añade) pueden atar y desatar, sí; pero esto es solo respecto del cuerpo: las ataduras que puso Jesucristo en manos de los sacerdotes llegan á las almas y hasta el empíreo: de suerte que cuanto ellos ordenan en la tierra, se ratifica en el cielo, confirmando Dios en un todo sus juicios ².

Privilegios tan admirables, funciones tan altas, derechos de tanto mérito, autoridad tan excelente, en una palabra dignidad tan sublime, bien merece por cierto toda la veneracion y el respeto de los fieles. Es cierto que para el recto desempeño de su elevado ministerio necesitan tener los sacerdotes las sublimes cualidades de conciencia, celo, sabiduría, virtud y justicia, siendo su vida enteramente conforme á su dignidad. Segregados han sido por Dios de los demás hombres, para que se ocupen enteramente en su servicio, celen su honra y ganen almas para el cielo. Sus obras, sus palabras y sus pensamientos no deben de tener otro objeto que su propia santificacion y la del prójimo, caminando siempre á la perfeccion, y procurando con el mas vivo interés el que todos cursen estos mismos senderos, á fin de lograr la bienaventuranza. Deben de ser humildes, castos, mortificados, dedicados á la oracion, estudiosos, amantes del retiro, y llenos de caridad. Su vida y costumbres las deben ordenar de suerte, dice el santo concilio de Trento, que nada presenten en sus vestidos, en su porte, en sus pasos y en sus conversaciones, que no manifieste gravedad, modestia y religion. Constituidos en lugar superior á todas las cosas de este mundo, deben ser como un espejo en que se miren los fieles, y tomen ejemplos que imitar ³. Ellos están consagrados inmediatamente á Dios, y por lo tanto su vida, su conducta, sus trabajos y funciones no deben tener otro fin que agradarle en un todo, y llenar su santísima voluntad.

Sí, señores: estas son las cualidades que les deben de acompañar; empero si por desgracia nuestra viérais, fieles míos, entre tantos sacerdotes algunos que en vez de llevar una vida correspondiente á su alta dignidad, mas bien su conducta es generalmente desarreglada, si en vez de ser sus costumbres irrepreensibles son por el con-

¹ Hom. V. — ² Lib. III de Sacerd. — ³ Sess. XXII. Decr. de Reform. cap. 1.

trario viciosas, esto nada debe influir en el respeto y veneracion que se debe profesar á los ministros del Señor. No será extraño, os diré con san Agustin ¹; no será extraño que atendida la fragilidad y miseria humana, se vean á las veces en la Iglesia santa sacerdotes viciosos, y que no conformen su vida á la pureza de su ministerio; empero por esto no debeis temer con respecto á la validez y efecto de los Sacramentos que administran, despreciar la palabra evangélica que os anuncian, rebajar el mérito de las funciones sagradas que desempeñan, formar un concepto bajo del estado en que se hallan, desatender el respeto que se merecen por su clase, ni no quererles rendir la veneracion que encierra su dignidad, no: nada de esto: los escribas y fariseos ocupaban tan alta posicion, como que se hallaban sentados en la cátedra de Moisés, siendo los doctores de la ley, los oráculos del pueblo y los ministros de la palabra de Dios, y á pesar de que por el testimonio de Jesucristo sabemos que eran unos hombres carnales, terrenos y corrompidos, eran no obstante los ejecutores de los consejos del Altísimo, y por eso encargaba que se hiciese lo que decian; pero de ningun modo lo que obraban ². Aunque tengais motivos fundados para dudar de la probidad de alguno que otro sacerdote, y aun por ventura esteis ciertos de sus defectos, no por eso abrigueis recelos de que los santos Sacramentos que os administran y demás funciones sagradas que ejercen, pierdan ni un punto de su valor y santidad. No debemos mirar en cada uno de ellos á un hombre sábio é ignorante, noble ó plebeyo, morigerado ó vicioso, santo ó pecador; sino á un ministro de Dios señalado por la Iglesia. El Señor ha ligado su autoridad, no á la persona y merecimientos, sino á la dignidad de su ministerio. Siempre, pues, se ha de mirar en los sacerdotes del Señor al mismo Dios, que es quien los segregó de los demás hombres, y depositó en sus manos con una confianza inexplicable todo el régimen y economía de la sacrosanta Religion que aportó del cielo.

Esto os debe servir siempre de regla para conduciros en orden al respeto que se merecen los sacerdotes, y á la veneracion que se les debe tributar en todo tiempo y ocasion; separando cuidadosamente vuestra vista de sus defectos personales, y mirando al gran Dios que los ha elegido y en cuya virtud obran. El inconsiderado que postergando estas consideraciones llegue á despreciar á algun sacerdote aunque sea este defectuoso, viva persuadido, dice el Apóstol,

¹ 1a Psealm. LI et in Psalm. LXXI. — ² Matth. XXIII, 3.

que no desprecia á un hombre sino al mismo Dios ¹. Las censuras y murmuraciones que contra él se lancen, ó el odio que se le profese, no se le dirigen á él sino al Señor, que por sus inescrutables juicios tuvo la dignacion de elegirlo y condecorarlo con la dignidad sacerdotal; á él se ordena el odio, suya es la ofensa, y tarde que temprano ha de vengar su honor que es suyo mismo. Cuando Samuel profeta y sacerdote se quejó á Dios por el desprecio que el pueblo de Israel hacia de su persona, lo consoló el Señor diciéndole: *Non enim te abjecerunt, sed me* ². No eres tú el principalmente ofendido en ese desprecio: yo te he constituido en el empleo que ejerces; las altas funciones que desempeñas las haces en mi nombre: mía es tu dignidad; y por lo tanto á mí se dirigen tus ofensas. Con efecto, fieles mios, la santidad y pureza de Dios, su doctrina y su virtud están tan íntimamente enlazadas con la dignidad de los sacerdotes, que tan pronto como se les ofende ó se les injuria, se sienten vulneradas lastimosamente la perfeccion, hermosura y soberanía de Dios.

Por lo tanto, fieles mios, guardaos muy bien en todo tiempo de sindicar los procedimientos de los sacerdotes, y mucho mas de censurar su vida y conducta con una crítica mordaz; antes bien tened siempre presente lo que ellos son, considerándolo á la luz de la fe. ¿Son por ventura algunos ministros enviados para tratar de negocios temporales, revestidos con los poderes de algun emperador, rey ó príncipe de la tierra? Cualidades fueran estas que llamarían la atencion de la mayor parte de los mortales: pero por elevadas y honrosas que las contempleis, son infinitamente inferiores á las del mas mínimo de los sacerdotes: ellos son ministros de Jesucristo: se hallan revestidos de su mismo poder, y enviados por Dios para tratar de un negocio que abraza en sí tanta importancia, como que por él derramó su preciosísima sangre nuestro adorable Redentor: ellos son los oráculos de Dios, los doctores de su ley, los intérpretes de su voluntad y los dispensadores de sus gracias. Aunque alguno que otro sacerdote viva desarreglado, dice san Juan Crisóstomo, con olvido de sus santas obligaciones, no por eso los fieles criticando su conducta han de desobedecerle, despreciando sus órdenes, mirándolo con indiferencia ó vilipendiando su altísima dignidad, porque su conducta se halla á esfera mas alta de la que pueden llegar los juicios de los hombres: *Etsi male vivant sacerdotes, non tamen à subditis judicandi sunt* ³.

¹ I Thes. iv, 8; Luc. x, 16. — ² I Reg. viii, 7. — ³ Hom. LXXXV.

Ahí teneis las grandes ideas que acerca de los sacerdotes os comunica la fe segun la religion. Los fieles no deben fijar su atencion en las debilidades que aquellos puedan tener, en los defectos que les acompañen, en los pecados en que puedan incurrir, en sus costumbres, en sus talentos ni en ninguna otra cosa del órden natural, si es que es menester, que elevando la consideracion sobre los sentidos, vean lo que descubre en ellos la Religion, á saber : unos ungidos del Señor, unos ministros de Jesucristo y unos dispensadores de los misterios de Dios : *Sic nos existimet homo, ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei* ¹. Vituperables é infelices serian los cristianos que se ocupasen en amenguar los sentimientos y altas consideraciones que son debidas á los sacerdotes del Señor. Jamás, pues, se deje de tributarles el honor y el respeto que les es debido : aunque se vea en algunos de ellos que sus obras discrepan de su obligacion, vinculados como se hallan por Dios al desempeño de un ministerio que es santo en un todo, debemos tributarles siempre la justa veneracion que por ello se merecen. Si somos verdaderos cristianos, temerosos de aquel Dios que castiga con mano fuerte los desprecios, injurias, y violencias que los pueblos ejecutan con todo cuanto tiene santificado, esmerémonos en tributar un humilde respeto á los sacerdotes por hallarse en un grado tan eminente, en un estado tan sublime, y obtener una dignidad tan elevada, y al propio tiempo tan unida á Dios por la distinguida santificacion que ha hecho de ella. Nunca nos olvidemos de la imprescindible obligacion que nos acompaña, como que el mismo Dios nos la ha impuesto, de honrar á su divina Majestad y respetar á sus sacerdotes ². Así cumplirémos con un deber que nos es sumamente importante y necesario, y haciéndonos de este modo gratos al Señor, podremos esperar el que en fuerza de nuestra veneracion á personas que tanto estima, nos dispense los auxilios de su gracia, sin que nos desampare jamás hasta la muerte, y despues nos corone con la bienaventuranza eterna. Amen.

Y para manifestar ahora el pesar que nos acompaña, por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

¹ I Cor. iv, 1.

² *Honora Deum ex tota anima tua, et honorifica Sacerdotes.* (Eccli. vii, 33).

Dulcísimo Señor : cuando atentamente me pongo á contemplar todos los pasos de mi vida , me encuentro cargado de culpas y desnudo de obras buenas. Apenas usé de mi razon , cuándo la convertí en perjuicio mio y en ofensa vuestra , falseando vuestra ley y agaviándoos con pecados sin número.

¡ Ah mi amable Redentor ! ¿ Cómo no temblaba cuando los cometiá , al considerar que me podíais cortar repentinamente el hilo de mi vida en el mismo acto de ejecutarlos ? Pues qué , ¿ tenía una seguridad en que no podía morir en aquellos actos y condenarme para siempre ? ¿ Cuántos millares de almas arden en los abismos por menos pecados que los que yo he cometido ? ¿ Y tenía yo algun privilegio para que no me castigáseis con tanto rigor ? No , dulce Jesús , no : esto lo debo á vuestra misericordia : ella es la que detuvo el castigo de vuestro furor , cuando yo con mis maldades lo provocaba. Mis pecados daban voces contra mí clamando por venganza : mi malicia iba creciendo contra Vos ; pero vuestra misericordia lejos de acortar los plazos de mi existencia , se esmeraba en protegerme. ¿ Qué haré , pues , en justa recompensa por tan señalados beneficios ? Ya sé que no os puedo corresponder dignamente ; pero me volveré á Vos con un corazon contrito , humillado y reconocido , que es lo que mas apreciáis. ¡ Oh quién nunca hubiera pecado ! ¡ Oh quién hubiera muerto de pesar y sentimiento antes que haberos ofendido ! Pero ya no mas culpas : ya no mas ofensas : antes morir que pecar : y en prueba de que así lo siento , digo con todas las veras de mi corazon , que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Señor : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMACUARTA DESPUES DE PENTECOSTES.

No deben buscarse afanadamente los bienes de la tierra, sino el reino de Dios.

No solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini... Quærite ergo primum regnum Dei. (Matth. vi, 25, 33).

No andéis afanados por tener que comer para sustentar vuestra vida, ni por tener vestido para cubrir vuestro cuerpo... Buscad primero el reino de Dios.

Una de las grandes ilusiones que obcecán el entendimiento de los mortales, conmueven el corazón y tienen su espíritu inquieto, es el afanarse por la adquisición de los bienes caducos de la tierra, como si estuvieran convencidos de que con su logro quedaba asegurado su bienestar en este mundo, y afianzada la bienaventuranza en el otro. A la reserva de muy pocas personas del todo espirituales, que depositando su confianza en Dios, miran con una total indiferencia cuanto este mundo falaz canoniza por bueno, y con el mayor desprecio lo ajan con sus pies, todos los demás encaprichados de locas ideas cifran sus miras, concretan sus desvelos y fatigan su imaginación por atesorar en la tierra, postergando el encarecido encargo que nuestro divino Salvador nos hace (hoy) en el Evangelio, de no vivir afanados por unos bienes y dineros que de nada sirven para la gloria, sino mas bien el que todos debemos buscar con inquietud el reino de los cielos, preferir esta solicitud á todo lo demás, anhelando y teniendo hambre y sed de esa justicia que asegura su posesión. Empero por una desgracia harto lamentable, se desatienden estas tan saludables máximas de Jesucristo nuestro Señor, desestimando el cielo y apreciando las cosas de la tierra, como si estas pudiesen labrar nuestra felicidad temporal y eterna. Estos procedimientos son los que se ven autorizados con el mal ejemplo del mundo; pero este, fieles míos, está nutrido de malignidad, como dice

san Juan : *Mundus totus in maligno positus est* ¹. Se esmera en inocularla en los corazones de todos, á fin de tener numerosos y ciegos servidores. Jesucristo quiere que abrigando confianza en la bondad y providencia de Dios, no se viva con inquietud por acrecentar intereses terrenos : y el mundo decanta que se estimen las riquezas, porque es feliz el que las posee ; persuade que se trabaje seriamente y con el mayor esmero en adquirirlas, refiriendo á ellas todos los pensamientos y proyectos, haciéndolas el centro de los deseos del hombre.

Siendo lo que el Señor nos encarga, y lo que nos aconseja el mundo cosas tan opuestas é incompatibles, no podemos ser seguidores á la vez de ambas, porque por boca de nuestro divino Redentor sabemos, que nadie puede á un tiempo servir á dos señores que manden cosas contrarias, porque mientras que con su puntual servicio se haga agradable al uno, forzosamente se acarreará la odiosidad del otro. Vosotros, decia Jesucristo á los judíos, no podeis venir conmigo al punto donde camino ², porque sois esclavos del mundo, y las máximas que este profesa están en oposicion con las mías : los que son amigos suyos son indispensablemente mis contrarios ³. La solicitud afanada que les acompaña á los partidarios del mundo por adquirir bienes y mas bienes, demuestra bien á las claras, ó una desconfianza en la providencia del supremo Gobernador y Provisor de todas las cosas, ó la ninguna fe en sus palabras y en sus promesas. Pero, fieles míos, el corazon que tenemos nos lo dió el Señor para amarlo, el alma y el cuerpo para servirle, dotándonos de un entendimiento ilustrado de luces celestiales para distinguir la verdad del error, y el objeto de nuestra verdadera dicha, de los vanos, aparentes y corrompidos que el mundo nos presenta. La luz de esta soberana ilustracion nos hace conocer de un modo claro, que *no deben buscarse afanadamente los bienes de la tierra, sino el reino de Dios*. Este es el punto de que os voy á hablar ahora con el favor del Señor. Mientras lo hago, estad atentos.

Dios nuestro Señor como omnipotente que es todo lo puede, como infinitamente sábio todo lo conoce, y como soberanamente bueno no puede menos de elegir y amar el bien. Prescribiéndonos por lo tanto trabajar con ahinco por el reino celestial, y prohibiéndonos la inquietud y afan por los intereses mundanos, nos marca un bien en lo primero que debemos á todo trance tratar de conseguir, y un

¹ I Joan. v, 19. — ² Joan. viii, 21. — ³ Jacob. iv, 4.

mal en lo segundo que con el mayor cuidado debemos evitar. Desde luego supongo que todos vosotros alcanzaréis la utilidad que el precepto contiene; pero tal vez no conoceréis con igual facilidad el perjuicio que la prohibicion abraza. No hay duda, fieles míos, que si os gobernais por lo que se ve en el mundo, contemplaréis por dichosos á los ricos y por infelices á los pobres. El mundo al que es rico le atribuye nobleza, aunque su nacimiento haya sido humilde; lo califica de sábio, aunque sea un ignorante; lo reputa con fama, aunque haya perdido la honra; en una palabra, contempla en él elevacion, respeto, crédito y altas atenciones. Por el contrario, al pobre le mira con indiferencia, con desden y con desprecio. El hombre acaudalado, aquel que tiene sus cofres llenos de oro, se hace lugar ante los grandes y aun ante los reyes del mundo alternando con ellos en visitas, en paseos, en cacerías, en comidas y diversiones; pero el pobre harto hará de estar en un rincon de casa, sin que nadie se cuide de su trato, y contento aun con que ninguno lo incomode. Al que abunda en dinero, que segun la sentencia del Evangelista es la sustancia de este mundo ciego y miserable ¹, todos le rinden el homenaje de atencion y rendimiento, respetando sus palabras y apreciando sus promesas; pero al pobre que no cuenta con un maravedí, todo el mundo pasa por su lado sin que nadie le dé muestras de atencion. Bien puede ser mas sábio que Salomon, razonar con el mayor acierto, expresarse con elocuencia; y probar una verdad con los mejores argumentos, que cuantos mundanos tenga por oyentes, todos le escucharán con disgusto, con indignacion y con desprecio, cumpliéndose lo que dijo el Espíritu Santo: *Pauper locutus est, et dicunt: Quis est hic* ²? ¿Quién es este farandulero que se mete á controvertir y esclarecer estos puntos? ¿Dónde los ha estudiado? Ese es un sempiterno hablador, que ni sabe ni entiende palabra de estas materias.

Aun en los pueblos mas cortos vemos entronizada esta perversa doctrina del mundo. Hállese en alguno de ellos algun sujeto que radique en grande, ó que supere con ventaja notable en bienes de fortuna á todos los demás vecinos, sin otra circunstancia que esta; ya podeis contemplar en él, que tiene cuanto es necesario para que ningun otro sea mas apto para gobernar el pueblo. Aunque no haya estudiado en universidades ni tenido la menor instruccion, por seguro puede darse que sus órdenes serán respetadas, sus consejos

¹ I Joan. III, 17. — ² Eccli. XIII, 29.

reputados por los mas acertados, y sus decisiones por las mas seguras y convenientes. Por el contrario, haya uno ó mas en la propia vecindad que léjos de hallarse afincados, no tengan un palmo de tierra suyo, que carezcan al propio tiempo de todo género de industria, que no cuenten con un ochavo; en una palabra, que sean unos infelices que no hagan mas que mal pasar, aun á fuerza de un improbo trabajo, y que mal vestidos arrastren por decirlo así una vida aperreada; bien pueden estos hombres haber tenido principios de fina educacion, de esmerada enseñanza, de haber disfrutado algun tiempo de manutencion y estabilidad decorosa, sean hombres de bien y despejados; sin embargo, esto no les valdrá para que figuren en el pueblo, no se contará con ellos para los asuntos de mas alta importancia á la vecindad, y léjos de pedirles consejo y apreciar su dictámen, no se les convocará á las juntas, y aun creerian algunos que de llamarlos y permitir que intervinieran en ellas, fuera ameniguar el empleo y dignidad de los que mandan, y rebajar la casa comun del pueblo.

En fin, fieles mios, si os gobernais por lo que presenta el mundo, veréis que al rico nada le falta, que él abunda de bienes, que goza de conveniencias, disfruta de comodidades y se proporciona todo linaje de placeres; al paso que el pobre, por mucho que trabaje, no alcanza de lleno lo necesario para pasar la vida con decencia. A este lo llamaréis infortunado si os guiais por el catecismo del mundo, y á aquel en un todo feliz; envidiaréis la suerte de este, y huiréis de la de aquel; y guiados de estas ideas trabajaréis con el mayor esfuerzo por no caer en pobreza, y os afanaréis por ver si os podeis hacer ricos. Esta es la marcha general de casi todas las gentes del mundo; pero marcha que condena el Salvador. No es por esto deciros que las riquezas de por sí sean malas, ó que el que las posea no pueda de ningun modo conseguir el cielo. No: los ricos pueden salvarse entre sus riquezas, y en medio de ellas se puede vivir y morir cristianamente. Jesucristo es verdad que se explicó diversas veces con algun rigor tocante á los ricos, calificándolos de desgraciados ¹, y diciendo que era menos difícil que un camello pasase por el agujero de una aguja, que el rico entrase en el reino de los cielos ²; pero hablaba de los ricos orgullosos, avaros, usureros, voluptuosos, duros con los pobres, como el rico avariento de quien habla el evangelista san Lucas ³; pero no condenó los grandes ha-

¹ Luc. vi, 24. — ² Matth. xix, 24. — ³ Luc. xvi, 21.

beres ni á sus poseedores, siempre y cuando hicieren un buen uso de ellos. Un hombre acaudalado puede conseguir el cielo lo mismo que los demás, con tal que no tenga un apego ciego á las riquezas ni esté subordinado servilmente á todo lo que posee; siempre que no abuse de ello para pasiones criminales; con tal que no cometa injusticias, esté pronto á perder sus bienes si Dios quisiera quitárselos, y á partirlos con los pobres. Cuando san Pablo prescribió á su discípulo Timoteo las lecciones que debía dar á los ricos, no le dijo que era preciso mandarles que abandonasen sus riquezas, sino que no se envaneciesen ni pusiesen su confianza en los bienes caducos, sino en Dios que provee con abundancia á las necesidades de todos ¹. Pero es de pocos el hacer este buen uso de las riquezas; lo ordinario es levantarse el rico contra el Ser divino, y reputar el dinero que tiene engavetado como si fuera el sumo bien: adorándolo como á tal, y teniéndole entregado su corazón. Olvidados frecuentemente los ricos de que Dios les ha dado las riquezas que poseen, amándolas desordenadamente quedan dominados de la avaricia, y cuando esta pasión se apodera del hombre, ya no hay freno que lo contenga ni consideraciones que lo paren.

Siendo este, fieles míos, por lo comun el resultado de las riquezas, ¿cómo no abridéis los ojos de vuestro entendimiento para ver el desórden que abrigan vuestros pensamientos y vuestros deseos, en ir afanados por la consecucion de los bienes de la tierra, cuando sois tan flojos, tan tibios y apáticos en buscar los bienes con los que se compra por decirlo así el reino del cielo? Yo sé, os diré con san Agustín, que no es pecado el moderado deseo de los bienes necesarios para la vida ², así como no es enfermedad la hambre y la sed, sino unos estímulos necesarios para procurarnos el alimento y la bebida conveniente para nuestra conservacion. Pero como seria grave y peligrosa enfermedad una sed rabiosa é insaciable, así es un gravísimo pecado una sed y deseo desmedido de acopiar intereses terrenos. ¡Oh, si yo tuviera abierta patentemente la puerta de vuestro corazón, cómo me prometiera leer en él la idea dominante en todos de afanaros para adquirir, y de adquirir para gozar! Vosotros equivocadamente habréis juzgado hasta de aquí, que los ricos eran solos en los que dominara la avaricia; pero si vosotros (con todos hablo, sin excluir aun á los que piden limosna), si vosotros abrigais deseos vehementes, desmedidos, y una codicia que no os desampara jamás,

¹ 1 Tim. vi, 17. — ² In Epist. quæst. 28 inter epist. Aug. epist. LXXXIX:

agitándoos de día y de noche por adquirir bienes caducos, engrandecer vuestra fortuna y prosperar en lo terreno con ansiedad, tan dañado y perverso será vuestro corazon, como del mayor rico que no tenga otro Dios que el dinero. La codicia se anida hasta en los andrajos de la mas miserable pobreza. Lo que condena la razon y el Evangelio en los ricos es la avaricia; y de esta no está exento ni aun el mas infeliz pordiosero ¹. Las declamaciones tan fuertes que nuestro divino Redentor fulminó contra los ricos, no fue precisamente como os he dicho porque afincasen sobremanera ó porque se hallasen en el goce de un cuantioso caudal, sino solamente de aquellos que tuviesen vinculados todos sus deseos y fija su aficion en sus tesoros y aumento; y estos deseos, esta aficion desordenada puede hallarse en el pobre en tanto mayor grado, cuanto son mayores sus escaseces y sus miserias. No pocos, dijo el Sábío, hollaron los preceptos de la ley santa que profesaban por su indigencia, y se perdieron por los deseos de enriquecerse ². ¿Cuántos de los cristianos se labrarán igualmente la ruina de su alma, si con tiempo no advierten el precipicio en que se lanzan, si no moderan la ansiedad que frecuentemente los domina de salir de la posicion que ocupan, esperando en el logro de los bienes que buscan con una continua solicitud? Porque ¿cuántos y cuántas hay que concretando toda la atencion de su entendimiento y todo el afecto de su corazon á ansiar bienes terrenos y á fijar en su goce una estimacion viciosa, les hace olvidar las cosas de Dios, descuidar y no cumplir las imperiosas obligaciones que nos impone nuestra santa y católica religion? ¿Cuántos y cuántas que violan los términos de la justicia y conculcan las leyes de Dios, si las encuentran imposibles con lo que la codicia les sugiere? Malavenidos unos con la pobreza ó posicion humilde en que se hallan, arrastrando con dureza la miseria que los circueye ó mirando con tédio la estrechez en que viven, temerosos de que en lo venidero se vean reducidos á estado mas infeliz todavía, suspiran acongojadamente por el logro de bienes que les sufraguen para su manutencion y vestidos, envidian la suerte del que nada le falta, y hacen tentativas arriesgadas en que exponen la salvacion de su alma, por alcanzar lo que con tanto anhelo apeteecen. Empero si estos estuvieran bien penetrados de lo que es el Criador para las criaturas, y de la providencia de un Dios para con todas las cosas que sacó de la nada, no se afligirian tanto por el porvenir que

¹ Aug. in illud Psalm. LI: *Speravit in multitudine divitiarum suarum.*

² Eccli. xxvii, 1.

los espera, ni ofenderian al Señor con la inquietud en que viven, tan afanados por acopiar bienes que los pongan á cubierto de apremiantes necesidades. Si estuviera en ellos bien arraigada la Religion que profesan, no abrigarian esos temores, porque la verdadera fe, les diré con Tertuliano, no teme á la hambre : *Vera fides famem non timet* ¹.

Sí, señores : aquel Dios omnipotente que sacó todas las cosas de la nada, dando á cada una diferentes propiedades, no manifestará menos su poder en el cuidado de proveerlas de cuanto necesitan, para que llenen las inclinaciones que les dió en la creacion. ¿Os figurais que se ha cansado ya de cuidar diligentemente el mundo? Deponed esa servil desconfianza ; y si por el alimento y el vestido abrigais esos temores, desistid de ese afán que os consume y devora, os diré con palabras de nuestro divino Redentor, mirad las aves del cielo que no siembran ni recogen, ni juntan mieses en sus trojes, y el Padre celestial las alimenta por sí mismo. Mirad los lirios del campo como crecen ; sin embargo no hilan ni trabajan : pues yo os digo, que ni Salomon con todo su fausto, se cubrió con mas brillantes vestidos que la menor de esas flores. Ved las azucenas, ved las flores de un prado, ved un campo de heno. ¿Quién vistió estas criaturas con tan vistosas libreas? ¿quién esmaltó sus hojas con tan vivos y hermosos colores? El Señor que las crió. Pues si con tan esmerada diligencia cuida, sustenta y viste un poco de heno, que hoy existe y mañana se arroja al fuego, ¿cuál será el cuidado que tendrá de vosotros, para quienes se han hecho tan grandes maravillas? No os dejará perecer, no : suyos sois ; confiad en él, que no os abandonará.

¿Qué diré de aquellos, á los que no solamente el temor de que les falte lo necesario para su manutencion y vestido, sino tambien el deseo de engrandecerse los hace mas repreciables? Les diré que este deseo tan ansioso, esta solicitud afanada no es otra cosa que hallarse dominados de la avaricia, vicio detestable á quien llamó el Apóstol raíz y origen de todos los pecados ². Vicio horrible, del que dice san Agustín, ser camino que conduce á las eternas penas ³. Vicio que ocasiona en el hombre, en sentir de san Basilio, una insensibilidad á los lamentos del pobre, una indiferencia de las leyes de la humanidad, un abandono de las de la Religion, el olvido de Dios, y una

¹ Lib. de idol. c. 12. — ² *Radix enim omnium malorum est cupiditas.* (1 Tim. vi, 10). — ³ Serm. XLVIII ad Fratr. in Eremito.

esclavitud la mas servil y vergonzosa á una insaciable codicia ¹: viniendo por último á degenerar su corazon en una dureza que no podrán desvanecer ni aun los misioneros mas fervorosos. Ninguno mas lleno de fervor ni de celo mas encendido que nuestro soberano Redentor Jesús; y predicando á los fariseos que eran avaros, no alcanzó de ellos otro fruto que el que despreciaran á su divina Majestad é hicieran burla de su doctrina: *Audiebant autem omnia hæc pharisæi, qui erant avari, et deridebant illum* ².

¿Puede por ventura llegar á mas la dureza y al propio tiempo la desgracia en que vienen á parar los que se hallan dominados de este deseo ardiente, de este apetito desordenado de adquirir, retener y aumentar intereses; de este vicio infame de la avaricia? Esta codiciosa ansiedad sumerge al que está poseído de ella en el lago de la perdicion, siéndole casi imposible desatar los lazos en que se halla enredado, romper los grillos de su prision, y salir del profundo abismo en que se halla metido. Por esta causa contemplando san Bernardo á buena luz estas consecuencias tan dignas de llorarse, exclama con un profundo dolor: ¡Ay Dios mio! ¡cuán pocos son los que alcanzan la dicha de verse libres de una desdicha tan ruinosa ³! Tienen sus oídos enteramente cerrados á la verdad, y á no ser por un milagro de la divina gracia, nunca penetrará su corazon.

¿Qué efectos estos, fieles míos, tan lastimosos, y qué desgracia tan sensible! ¿Quién de vosotros con un pleno conocimiento querrá lanzarse en ella? No: no os contemplo, por la misericordia de Dios, tan indiferentes en orden á vuestra salvacion, que no os esforceis para alcanzarla; ni menos tan abandonados, que os lanceis en un lago de penas eternas y atroces por no evitar un vicio tan detestable en sí. Penetrados como os contemplo de buenos sentimientos, y animados de ardientes deseos por el reino de Dios, no vivais nunca en una suma inquietud por el logro de intereses mundanos, que aun conseguidos tendríais que dejar en este mundo con el mayor sentimiento; antes bien, concretad todas vuestras miras y fervorosos deseos, por acopiar un cúmulo de bienes imperecederos; quiero decir, un acopio de buenas obras, un caudal de virtudes que os puedan producir una tranquilidad de ánimo en este mundo, y la adquisicion del reino celestial en el otro, que es lo mas importante: como que conseguido este nada hay ya que apetecer, pudiéndoos

¹ Hom. VI in ditiescentes. — ² Luc. xvi, 14.

³ *Heu! quam paucos invenimus, qui ab hoc laqueo liberati exultent.* (Bern. serm. III in Psalm. *Qui habitat*).

contemplar como si hubiérais sido los mas ricos del mundo, aunque ahora os halleis faltos de recursos, y aunque os veais estrechados de una suma pobreza. Esto es lo que nos dice Jesucristo en el Evangelio. El que quiera ser rico y feliz y conseguir el reino de la verdadera dicha, adopte estas sus máximas, sígale á él yendo por el camino que señala, y dando los pasos que enseña. El es el camino, la verdad y la vida, en expresion del mismo Señor ¹. Camino en el ejemplo, verdad en las promesas, y vida en el premio, como dice san Bernardo ². Poned los ojos en un David, el que á pesar de ser un rico y poderoso monarca, postergaba todo lo mundano, fijando sus anhelos y sus ojos en aquel reino de la otra vida, donde hay riquezas sumas de gloria, tesoros cuantiosos de felicidad, bienes dichosos sin cuento y placeres inauditos ³. Ved tambien como el Apóstol miraba los bienes, riquezas y contentos de este mundo con tanto desprecio como á la basura ⁴, clavada sola su atencion en el logro del reino celestial, por tener la satisfaccion de unirse y gozar allí de Jesucristo.

Los que disfrutais en este mundo de una mediana fortuna, si os proporciona un pasar decente, vivid contentos con los haberes que Dios os ha concedido. No vivais con inquietud, solícitos y afanados por aumentar vuestros bienes ó haceros ricos, porque las riquezas de ordinario ciegan la razon, eclipsan la fe, facilitan la culpa y conducen á la pena. Contemplad que una estabilidad exenta de injusticia y de pecado es mas apreciable que la opulencia si está cargada de crímenes: *Melius est modicum justó, super divitias peccatorum multas* ⁵. Los que estais en extremidad mas penosa, los que sois pobres, y que las necesidades os apremian por carecer de recursos pecuniarios y de alivios temporales, estimad, os diré con san Gregorio Nazianzeno, como una riqueza grande la escasez de bienes, por amor de aquel que quiso padecer la pobreza por nuestro amor ⁶. Acreedores sois ciertamente á la compasion pública, y á que los ricos y todos cuantos tengan un establecimiento decoroso os ayuden á pasar la vida con algun alivio proporcionándoos jornal, favoreciéndoos con sus larguezas, con sus préstamos y limosnas. Dios se digne ayudaros dispensándoos los consuelos que necesitais; empero por la privacion de haberes temporales no seais tan necios que llegéis á

¹ Joan. XIV, 6. — ² Serm. II de Ascens. — ³ Psalm. LXXII, 26.

⁴ Philip. III, 8. — ⁵ Psalm. XXXVI, 16. — ⁶ *Egregias opes existima, propter Christum, qui nostra causa paupertatem subiit, inopia laborare.* (Greg. Naz. orat. XL).

perder la adquisicion de los bienes eternos ; y si, lo que el Señor no permita, llega un caso en que los hombres os abandonen, no por esto perdais vuestra confianza en Dios, ni lo preciseis por vuestra falta de conformidad á que él os abandone, que esto seria el colmo de vuestra mayor desgracia. La pobreza es una riqueza grande para los que saben sufrirla con resignacion y prudencia, dice san Juan Crisóstomo : *Magna possessio paupertas, sapienter ipsam ferentibus* ¹.

Por último, los que de vosotros abundeis en temporalidades y que el mundo os califica de ricos, no tengais fijo y metido por decirlo así vuestro corazon en los haberes que teneis ; vivid desasidos, separados de ellos en el espíritu. Mirad como de léjos esos bienes que poseeis y que forzosamente habeis de dejar, y tened siempre presente el reino de Dios que eternamente ha de permanecer. Yo sé muy bien, que no siendo ángeles sino hombres, os es preciso usar de estos bienes terrenos que poseeis ; pero hacedlo sin violar la ley divina, sin adherir á ellos vuestro corazon ; mirándolos tan léjos de vuestro aprecio como si no los viéseis, como cosa que no merece vuestro cuidado ni aun el que les dirijais una ojeada halagüeña.

Levantemos todos, fieles míos, nuestros ojos, y limpiándolos del polvo de la tierra de que comunmente los tenemos cargados, veamos así con expedicion las cosas del cielo. Apartémoslos del barro de nuestro cuerpo, elevándolos á la consideracion de la nobleza de nuestra alma. Apartémoslos de la vida presente, la que, queramos ó no queramos, se ha de acabar, y pongámoslos en la vida futura que nunca tendrá fin. Apartémoslos de la tierra, y fijémoslos atentamente en el cielo. Esta consideracion hará el que siendo buenos cristianos, practiquemos todo cuanto nos prescribe el Señor en el Evangelio, y adornados de su gracia merecerémos alcanzar la gloria, donde serémos allí verdaderamente felices por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán doloroso es el pesar que nos acompaña, por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, y digámosle todos y cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : la vida que disfruto la recibí de Vos, no para emplearla en el logro y goce de lo mundano, sino en lo conducente para conseguir el cielo. ¿Y yo he vivido siempre ansioso por alcanzar este dichoso fin?

¹ Hom. II ad Pop. Antioch.

¡Ah mi amable Redentor! ¡qué distraccion la de mi entendimiento! ¡qué inconstancia la de mi voluntad! En vez de tener la vista siempre fija en el logro de las dulzuras de la bienaventuranza, las que proporciona vuestra posesion, la he fijado mas bien en el logro de mis caprichos, en la satisfaccion de mis pasiones y en los placeres del pecado, posponiendo la luz á las tinieblas, el oro puro á la vil escoria, y la gloria á los horrores del infierno. Sí: eso es lo que hice cuantas veces pequé y os maltraté con mis ofensas. ¡Oh funestos años en los que viví separado de Vos por mis iniquidades! ¡Oh tristes horas en las que ofendí á un Dios tan bueno, á un Padre tan dulce, y á un Redentor tan amable! ¿Cómo repararé yo ahora un tan grande desórden? Lo repararé expiando las culpas pasadas, caminando por los senderos de una constante penitencia, aceptando la palabra que me prometeis de perdonarme, si me acompaña la sinceridad de un verdadero arrepentimiento. ¡Oh palabra de consolacion! Vuestra palabra no puede faltar. Yo me acojo bajo la seguridad que ofrece: y por eso teniendo como tengo un profundo dolor de todas las culpas cometidas por ser ofensivas á Vos, digo con todas las veras de mi corazon, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMAQUINTA DESPUES DE PENTECOSTES.

Es tan saludable el pensamiento de la muerte, que hace reformar la vida.

Cum autem appropinquaret portas civitatis, ecce defunctus efferebatur, filius unicus matris suæ. (Luc. VII, 12).

Acercándose á las puertas de la ciudad, hé aquí que se encontró que llevaban á enterrar un difunto, hijo único de su madre.

Todos nacemos para vivir y vivimos para morir. Sembrada la raíz de la muerte en el campo de nuestra naturaleza, germina y ejerce sobre todos y cada uno de nosotros un dominio tan poderoso, absoluto y despótico, que no hay grande ni pequeño, rico ni pobre, que tenga habilidad ni poder para arrancarla. Todas las tentativas de los hombres para hacer que no fructifique esta raíz y planta de la muerte son de ninguna entidad, por mas que sean hijas de los mas sábios, de los mas valerosos y de los mas astutos. Es tan activa su eficacia, que léjos de poderla nadie contrarestar, á todos hace sucumbir. Ni el poder, ni el regalo, ni la gloria del mundo, pueden librar al que la posee de la muerte y del sepulcro. En sentir de algunos santos Padres y Expositores, todas estas cualidades tenia el difunto hijo de la viuda de Naim, de quien (hoy) habla el Evangelio, y á pesar de esto, sucumbió á la actividad funesta de la muerte sin poderla resistir. Este fin tuvieron tantos famosos monarcas que llenaron el mundo de ruido. Este el que tuvieron tantos valientes capitanes que parece no temian á las balas. Este tantos escritores sábios cuyas producciones científicas llenaron al mundo de asombrosa admiracion. Este tantas mujeres celebradas por su sorprendente hermosura. Este el que han tenido cuantos vivientes nos precedieron, y este en fin el que tendremos cuantos vivimos en el dia. Este golpe es inevitable. Hubo un momento en que abrimos los ojos á la luz y fuimos escritos en el libro de los nacidos; pero infaliblemente tiene que llegar otro, en que cerrados nuestros ojos con las sombras de la muer-

te, serémos inscritos en el libro de difuntos. Esta es disposicion del Altísimo que no puede fallar: *Statutum est hominibus semel mori* ¹. Esto es lo que sucedió á todos los antepasados, y esto puntualmente es lo que nos ha de acontecer á todos los presentes. ¿En dónde están los que ha doscientos ó cien años vivian en... este pueblo, circulaban por sus calles y se divertian en la plaza? ¡Ah! todos dejaron de existir por no poder resistir al imperio de la muerte. Las casas que habitamos, ¿qué otra cosa son que casas de muertos? Y los sitios en que ahora mismo nos hallamos, ¿son por ventura otra cosa que huellas de difuntos? Sí, señores: este local en que yo me hallo al presente, es el mismo en que tantos otros predecesores míos se hallaron antes que yo, funcionando lo que yo funciono ahora, los que dejaron ya de existir. Esos sitios que vosotros ocupais ahora los ocuparon otros en épocas anteriores, y no viven ya hoy porque murieron. Terminaron los dias de todos ellos, que vivieron antes que nosotros, y del mismo modo llegará un tiempo en que no quedará vivo ninguno de nosotros, ni cuantos al presente viven en este mundo. No hay viviente, dice el real Profeta, que no haya de sucumbir al golpe de la muerte. *Quis est homo, qui vivet, et non videbit mortem* ²?

Este conocimiento, pues, asegurado que tenemos de que murieron cuantos nos han precedido, esta certeza que nos acompaña de que hemos de morir nosotros que les hemos subseguido, así como cuantos nos sucedan á nosotros hasta el fin del mundo, debe hacer el que nuestro pensamiento se concrete sin distraerse á esta consideracion, regulando conformemente á ella nuestra vida. Muchos de vosotros viviréis tal vez olvidados de este pensamiento, procurando apartar de él vuestra memoria por lo que en sí tiene de triste; pero yo no puedo dispensarme de reencargaros su recuerdo; porque sé que puede influir sobremanera para reformar vuestras costumbres. La ley comun nos obliga á todos á morir; así es que aunque os olvidárais de la muerte, no podréis evitar el golpe. Os conviene, pues, tenerla presente, no tanto para sentirla menos cuando llegue, pues como dice san Gregorio papa, los golpes que se preven, y que en ellos se piensa, lastiman menos que cuando nos acaecen improvisadamente ³, cuanto por las grandes ventajas que un tal pensamiento os tiene que producir. Aquel que tiene siempre presente el recuerdo de la muerte, juzga muy bien de las cosas y dirige acer-

¹ Hebr. ix, 27. — ² Psalm. lxxxviii, 49. — ³ *Mnus enim jacula ferunt, que preventur.* (Hom. XXXV in Evang.).

tadamente sus acciones : por el contrario , el que rehuye pensar en ella , se expone con un gran riesgo á tener una muerte desgraciada. Voy , pues , á ocuparme ahora en haceros ver que *es tan saludable el pensamiento de la muerte , que hace reformar la vida*. Mientras os lo demuestro con el favor de Dios , estad atentos.

Dios aunque ha hecho todas las cosas que vemos y otras infinitas que no vemos , llevando todas el signo de su soberana omnipotencia , y el pasmo de nuestra admiracion , sin embargo , por lo que á mí atañe no sé con toda verdad si ha hecho cosa mayor , ni que nos dé á entender mejor su altísima soberanía , y nuestra humilde bajeza , que el haber creado la muerte y habernos á todos sujetado á ella , sin que edad , sexo , ni condicion alguna la pueda resistir. Si bien lo reparais , en cien años sucumben al imperio de la muerte todos los vivientes , ricos y pobres , grandes y pequeños. De todos cuantos nacieron en el mundo ahora cien años , probablemente ya no existe ninguno , y si alguno entre tantos vive por prolongar un poco esa edad , ya podemos decir que mas pertenecerá á la region de los muertos que al número de los vivos ; pues los achaques , el entorpecimiento , y su completa inutilidad para todo , acreditarán que si no ha entrado á morar en la casa de los muertos , tiene ya puesto un pié en sus umbrales. Desde hoy en otros cien años en adelante , ya estaremos muertos todos los que al presente vivimos , y así proseguirá el mundo renovándose por centurias hasta su fin. Lo mismo que veis aquí , se ve en todos los demás pueblos , villas y ciudades del mundo. En un instante del dia ó de la noche muere el viejo achacoso , en otro el jóven robusto : en un punto de la semana muere el padre de familias , y en otro el infante su hijo : ayer murió el mas acaudalado... del pueblo , hoy el mas miserable : hoy aquella anciana decrepita que no se podia tener de pié , mañana morirá la jóven que en los bailes arrebató las atenciones de todos por su garbo y hermosura. Por manera , que el año pasado unos , el presente otros , ayer aquellos , y hoy estos , todos sucumben y sucumbirán al terrible golpe de la muerte. Ella es tan absoluta en su querer , que nadie la puede resistir ; tan imperiosa , que de todos se hace obedecer ; tan independjente , que con nadie le ligan estrecheces ni parentescos ; tan equitativa , que á todos los hace iguales ; tan imparcial , que no gasta atenciones con nadie ; y tan inexorable , que no se ablanda con ruegos. Veréis por eso muchas veces , que entrando en una casa (y á la corta ó á la larga en todas entra , todas las corre y en todas se pasea) , veréis , digo , que no se lleva al viejo

decrépito, que está como de estorbo en este mundo, que no sale, ni sirve para otra cosa que para estar en la cama y en un rincón de hogar motivando cansancio y fastidio, sino al padre de quien depende para su sostenimiento una numerosa familia, y que por lo tanto ha de hacer una suma falta. Veréis como en otra deja libre al un hermano, que estando baldado, nunca podrá dar á la casa el mas mínimo provecho; y precisamente descarga su golpe mortal sobre otro hermano robusto, expedito y de relevantes prendas, en quien estaban cifradas todas las esperanzas de la parentela. Veréis como nada le dice por muchos años á un pordiosero que va mendigando por las calles, y que no tiene para descansar por las noches y en sus enfermedades, mas que cuatro pajas arrinconadas en una choza, y descarga su fiero golpe sobre un soberano, cuya vida se contempla necesaria para la tranquilidad y bienestar de una monarquía, burlándose del lucimiento de los señores que lo cortejan, del gran número de criados que le sirven, sin que la detengan los guardias de la puerta del palacio, ni la intimiden los alabarderos que custodian la cámara real. Veréis de continuo al rededor de la cama de un enfermo, como la mujer presiente ya y lamenta su viudez desamparada, y los niños tiernos lloran su orfandad, interesándose á su modo por la salud de aquel de quien depende su manutencion y su consuelo; pero ella ejecuta su golpe sin que le hagan mella ruegos, instancias, ni lamentos. La muerte no se ahorra con nadie; del mismo modo se porta con los sábios que con los idiotas; lo mismo con los monarcas que con los vasallos; lo mismo con los ricos que con los pobres; lo mismo con los robustos que con los endebles; lo mismo con los sanos que con los enfermos. A ninguno respeta, á nadie teme y á todos mata.

En verdad, señores, el imperio de la muerte es tan general, que á todos llega, y segun esto no podréis poner en duda de que ha de llegar una hora y un momento en que habeis de experimentar sus tristes y terribles efectos. Sí, fieles míos; una hora y un momento tiene que llegar para vosotros en que habeis de morir, dejando todas las cosas de este mundo, aunque ahora, y aun días antes á la muerte goceis de una perfecta salud, os halleis con fuerzas, y nada os falte del necesario sustento. Sí: prefijado está por Dios un año, un mes, una semana, un día ó una noche, una hora y un instante, en que cada uno de vosotros, lo mismo que los demás, dejando de existir en este mundo, se encuentre yerto cadáver, y á bien ir, metido en un hoyo, apretado entre ladrillos ó apisonado con tierra.

¿Qué acaecimiento este tan triste! Aunque hubiera alguna excepcion entre los mortales en cuanto al pago de este tributo, aunque pudiéramos esperar ser del número de unos pocos que no hubieran de morir, debiéramos con todo pensar de continuo en la muerte, del mismo modo que tenemos el pensamiento fijo en un acontecimiento lastimoso que nos amenaza, aunque confiemos en poder nos libertar de él. Si siéndonos forzoso vivir en este... pueblo sin podernos ausentar de él, supiéramos de cierto que mañana, dentro de un mes ó un año, habia de llegar un momento en que se habian de desplomar á la vez todas las casas de esta vecindad, sin que quedaran por derruirse mas que dos solas, y en estas fuera factible el que pudiéramos preservarnos de la muerte, ¿podríamos sin embargo retirar el pensamiento de una catástrofe tan triste como esta, en la que habíamos de correr una suma exposicion, y aun ideando como pasado este suceso, y quedándonos libres al contemplar los lamentos de estos, los ayes de aquellos, y al ver por nuestros ojos difuntos á tantos vecinos, parientes unos, amigos otros, y muchos con quienes tal vez habríamos tenido ratos satisfactorios de conversacion unas horas antes? Mucho mas, pues, debemos pensar en la muerte, sabiendo con toda certeza y con seguridad infalible, de que á todos nos ha de tocar ó que hemos de morir; y mayormente no ignorando que á ella se nos ha de seguir una felicidad sin fin si obramos bien en este mundo, y acabamos nuestra vida en gracia, ó una desdicha eterna si viviendo mal venimos á terminar nuestra existencia estando en pecado mortal. ¿Qué pensamiento mas saludable que este, que contemplando nuestra miseria y la brevedad de la vida, nos haga entrar en nuestros deberes, y respetar con religioso temor la justicia de nuestro Dios, mayormente sabiendo que no nos restan mas que unos momentos favorables, puesto que los años se pasan velozmente, nuestra vida camina con toda rapidez, y muy pronto nos hallaremos al fin de la carrera y asaltados por la muerte?

Siendo forzoso é inevitable el morir, fácil es conocer que el mejor pensamiento que podemos tener de la muerte, es el disponernos á ella del mejor modo posible, como deben hacerlo los buenos cristianos. Este fue el encargo que le dió el profeta Isaías á Ezequías rey de Israel ¹, y este mismo es el que nos hace Dios á cada uno de nosotros, á fin de que saquemos de él el fruto saludable que mayor utilidad nos acarreará, que es nuestra salvacion y el logro de una

¹ IV Reg. xx, 1.

eterna felicidad. Y por cierto que una persona que está intimamente convencida de que momento ha de llegar en que ha de morir, sin que se pueda excusar de pagar este tributo, un cristiano instruido en que despues de la muerte hay otra vida, y que de aquel mismo instante en que muere, pende su dicha ó su infortunio; el premio de la gloria ó el castigo del infierno; una felicidad sin fin ó una condenacion eterna, no puede menos de arreglar su vida al Evangelio, morigerando sus costumbres, regulando su conducta, concibiendo y profesando un odio sempiterno al pecado. Contemplando aquella hora en que ha de despedirse de todo cuanto hay en este mundo, no puede menos de refundir toda su consideracion en vivir de continuo en estado de gracia, santificando así su vida á fin de que su muerte sea santa. Contemplando que para el pecador la muerte es cruel, amargo su lenguaje, y sus golpes los mas terribles, su pensamiento hará que renuncie toda especie de pecado; que huya hasta de su sombra, y siga los caminos del justo, para alcanzar como este una muerte preciosa ante los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus* ¹.

No es por esto deciros que tengais siempre delante de vuestros ojos la amarillenta-presencia de un cadáver, cuyo triste aspecto impresionese en vuestra imaginacion aquel triste estado en que os habeis de ver algun dia, semejante ó igual en un todo al de aquel difunto. Yo bien sé que un tal espectáculo mirado frecuentemente, no podria menos de obrar una transformacion portentosa, hasta en la persona mas abandonada y metida en sus vicios. Aunque mudo un cadáver, nos instruye, con elocuentes y persuasivas razones, de la brevedad y miseria de la vida humana; y nos esculpe en lo profundo de nuestro corazon la doctrina celestial de desprendernos de todo lo caduco, para inclinarnos á solo lo eterno; dándonos la importantísima medicina de curarnos de nuestras espirituales dolencias, para que haciéndonos y viviendo gratos á Dios, venga la muerte á tomar nuestra alma, y ponerla en los brazos del Señor. Mayor es, dice san Agustin, la elocuencia y eficacia de un difunto que la de los mas famosos predicadores del mundo ². Convencido estoy en verdad, de que mirándolo todo cristiano reflexivamente, aborreceria la lujuria, depondria la venganza, evitaria la murmuracion, detestaria la avaricia; pero ¿para qué particularizo? Su vista y meditacion le haria renunciar para siempre todos los vicios, abrazar las virtu-

¹ Psalm. cxv, 15. — ² Serm. LXVI ad Fratres in Exemo.

des, y no dejarlas hasta el fin de su vida. Predicando estaba una noche el grande apóstol san Pablo, en una casa de la ciudad de Troade, y era tal el gentío que concurrió á oírle, que no cabia una aguja, como vulgarmente decimos. Un jóven llamado Eutiques, á virtud de esfuerzos, pudo conseguir el colocarse en el marco de una ventana, y vencido del sueño durante el sermon, cayó á la calle desde el tercer piso de la casa y allí quedó muerto ¹. ¿Qué os parece? ¿Seria persuasivo y eficaz el sermon que estaba predicando aquel Apóstol? Esto nadie lo puede dudar, pues era vaso escogido por Dios, para contener y derramar el anuncio de su santísimo nombre á todo el mundo. Pues ved, fieles mios, como el mismo san Pablo cesó en aquel acto de predicar, para ceder lugar de precedencia á la predicacion del difunto. Al verlo muerto, todos los oyentes quedaron consternados, contemplando lo que es el hombre, pasando de un instante de la vida á la muerte, del tiempo á la eternidad; por manera, que el Apóstol no continuó el sermon, hasta que por un milagro que hizo, volvió el difunto á la vida. ¿Qué mas? Cenando se hallaba el rey Baltasar una noche rodeado de los mas altos personajes de su corte y de las mas distinguidas señoras, que figuraban por su hermosura y por su posicion elevada; en medio de la cena, cuando mas contentos se hallaban todos, ven distinta y claramente unos dedos en la pared del salon, divisan una mano cortada, una palma de un difunto, que escribia unas letras enfrente del candelero ², y esto solo fue bastante para que todos se consternaran, y muy principalmente el Rey, que como si presintiera ya en aquel escrito la sentencia de su muerte pronta (como así fue), se asustó tanto, que todo su cuerpo temblaba, y las rodillas con grandes convulsiones le pegaban una con otra.

No: no pretendo yo de todos vosotros el que tengais siempre delante de vuestros ojos algun esqueleto de cuerpo humano, algun miembro fétido de él ó alguna calavera. Sé muy bien que os seria esto como imposible, atendido el estado y profesion en que muchos de vosotros os hallais, y que os es forzoso por lo comun llenar otras muchas obligaciones para alimentar y sostener vuestra familia; lo que pretendo es el que no vivais olvidados del término que ha de cerrar la cuenta de los años de vuestra vida: esto todos lo podeis hacer sin violencia, sin suspender vuestro trabajo, y sin faltar á vuestros precisos quehaceres; el que jamás se os caiga de vuestra me-

¹ Act. xx, 9. — ² Dan. v.

moria el pensamiento de que habeis de morir, precediendo este recuerdo á las obligaciones, y sin perderlo nunca de la vista de vuestro entendimiento ; el que con arreglo á él gobernéis todas vuestras ideas, vuestros deseos, vuestros trabajos, proyectos y negocios. Este pensamiento será bastante, para que por metidos que esteis en algun vicio, os saque de él apresuradamente, y lo aborrezcaís para siempre, pues es esta la medicina mas saludable, dice san Agustin, para abandonar y detestar el pecado, y servir al Criador : *Nihil sic revocat homines à peccato, quemadmodum imminetis mortis cogitatio*¹.

Y á la verdad, que el que siempre tiene presente el que hora ha de llegar en que ha de morir, y acaso sin que tarde mucho ; las terribles congojas que han de preceder á aquel lance ; las zozobras que conturbarán su espíritu en aquel último combate, y la rigurosa cuenta que el Señor le ha de exigir de todos sus excesos, abrigando un saludable temor se vence con facilidad, renuncia al pecado, detesta todos los vicios, procura frecuentar los Sacramentos para vivir siempre en gracia, macera su carne con ayunos y asperezas, y se entrega de lleno á la piedad y al ejercicio de las virtudes. Estos son los útiles y saludables frutos que produce el pensamiento de la muerte. ¿ Por qué os parece á vosotros que hay personas en el mundo sordas á las voces de Dios, desatentas á sus inspiraciones, rebeldes á sus órdenes, insensibles á las amenazas y castigos del cielo, endurecidas y obstinadas en la maldad ? ¿ Por qué ese hombre hace tantos años vive entregado á sus apetitos y esclavo de sus pasiones ? ¿ Por qué esa mujer persevera en una correspondencia criminal, y en una amistad lasciva y escandalosa ? ¿ Por qué tantos permanecen en la mala costumbre de blasfemar, maldecir y perjurar, por qué otros mantienen siempre el odio y rencor en su corazón apeteciendo los deseos de vengarse, no se corrigen en sus murmuraciones y calumnias ? ¿ Ignoran por ventura que ha de llegar un momento en que han de morir ? ¿ No saben que han de rendir á Dios cuentas rigurosas y muy exactas ? ¿ que hay otra vida, y en ella premio para el bueno, y castigo para el malo ? No : no pueden ignorar estas verdades tan sólidas. Pues ¿ cómo siguen y permanecen en la maldad ? ¡ Ah ! esto es porque no piensan como deben, porque no meditan con detenimiento el que han de morir. Si este acaecimiento no se les desprendiera de su imaginación durante el día, si por la noche se pusieran á meditar, diciendo : yo me echo ahora en la cama

¹ Lib. II de Gen. contra Manich.

con salud, y sin que nada me duela, es verdad; pero esto no obstante, ¿cuento yo con una seguridad cierta de que me levantaré bueno mañana? ¿Me tiene Dios prometido de que esta noche no será la última de mi vida? Si me diese aquí un accidente mortal de tantos como se ven en este mundo, ó el Señor me quitase la vida de repente como lo ha ejecutado con otros, y yo lo he oído de muchos, ¿qué será de mí? Si cogiendo el sueño en este mundo, me hallo á muy luego en el otro ante el tribunal de Dios, ¿qué salvacion puedo esperar en su tremendo juicio? Lo que ha sucedido á tantos, ¿no me puede igualmente suceder á mí? ¡Ah! ¿quién puede dudar de que rigiendo esta meditacion, rumiando una persona este pensamiento de la muerte de noche y de dia, en todos sus proyectos, deliberaciones y negocios, abandonaria el pecado, no lo volveria jamás á cometer, y pondria un singular esmero en llevar siempre una vida virtuosa?

¿Cómo, pues, fieles mios, no trataremos nosotros de mejorar nuestras costumbres, y ejercitarnos en virtudes cristianas, cuando esto todos lo podemos conseguir y practicar tan á poca costa? Feli-grés mio, que esto oyes, y estás enredado en algun vicio, preso con las pesadas cadenas del pecado, siendo por esto enemigo de Dios, y hallándote cautivo del demonio, vuelve sobre tí; abre los ojos de tu depravado entendimiento, ponte á pensar detenidamente en el trance de tu muerte, y échate á llorar el estado infeliz en que te hallas, y el destino tan desgraciado que te espera: resuélvete de todas veras á dejar el vicio; aborrece toda especie de pecado, y conviértete á tu Dios que piadosamente te llama, y misericordiosamente te espera para perdonarte. No echés jamás en olvido un pensamiento que te proporcionará inmensas ventajas. Vive desde hoy en adelante como si no hubiera mañana para tí; como si hubieras hoy de morir. Este es el mejor modo de prevenir una buena muerte. Vive desasido de todo lo mundano, y nunca te descuides del pensamiento de la muerte, porque es un excelente consejero. No hay cosa mas prudente y segura que los consejos que da á quien la consulta. Hacedle todos, fieles mios, las preguntas que querais pidiéndole su dictámen, y veréis cuán acertadas resoluciones os da para la salvacion de vuestra alma, en cualquier vicio en que por desgracia os halléis. El que es amante de la ociosidad ó invierte largas horas en el juego, pregúntele: estos ratos que empleo en el juego, ó que ocioso estoy sin hacer nada, ¿de qué me servirán á la hora de mi muerte? Y oirá que le responde: seguramente que de fiscales, puesto que los

puieras invertir en el exacto cumplimiento de tus obligaciones, en encomendarte á Dios pidiéndole su divina gracia ó en recibir con fervor los santos Sacramentos. El que es un mal hablado, que no sabe llevar una conversacion sin proferir palabras indecentes, pregúntele : ¿de qué me aprovecharán á la hora de mi muerte estas palabras escandalosas á que estoy tan acostumbrado, cuando con facilidad pudiera abstenerme de ellas, ó pronunciar en su lugar otras de edificacion? El jóven que asiste á los bailes llevado de su lascivia, el deshonesto, la mujer adúltera pregúntele con interés : ¿de qué provecho me serán á la hora de mi muerte estos tocamientos impuros, estas mis intenciones lascivas, este salir de mi casa con el fin de lujuriar? Y estas deshonestidades, estos adulterios tan perjudiciales á mi mujer, á mi marido, á mis hijos, y tan ofensivos á Dios, ¿de qué me servirán en aquel lance? El que no procura mas que acrecentar sus intereses aunque sea ilícitamente, el que se lleva mas de lo que presta, el que hurta, el que quebranta las fiestas, el que no ayuna, el que murmura, pregúntele ¿de qué utilidad le serán al morir estos desprecios, estas infracciones de la ley de Dios? En una palabra, preguntémosle todos cuando impelidos de nuestras pasiones vamos á cometer algun pecado : esto que voy á hacer, ¿me servirá de algun mérito en la hora de mi muerte? y oírémos la voz enérgica de este pensamiento que nos dirá : Cristiano, ¿qué es lo que vas á hacer? ¿Qué sombras han ofuscado tu razon? Considera que si lo haces, en la hora de tu muerte te pesará con la mayor amargura. Contempla que para aquel lance solo alegra y aprovecha lo bueno que se haya practicado. Advierte que lo malo entristece, conturba, asusta y condena á un infierno sin fin : no lo hagas, mira que te pierdes.

Sí, señores : estos dictámenes da el pensamiento de la muerte, y estas ventajosas utilidades le acarrea á todo el que le consulta. Ni pueden ser aquellos mas saludables, ni estas mas provechosas. Por lo tanto, fieles míos, concretemos nuestras miras á lo que mayormente nos conviene. Jamás orillemos de nuestra imaginacion este tan saludable y provechoso pensamiento. Un apóstol tan grande como san Pablo, se contemplaba muerto todos los dias ¹ ; y este pavoroso pensamiento enfervorizaba su celo y acrisolaba su virtud. Segun esto, diré con el Padre san Ambrosio : *Sit nobis quotidianus quidam usus moriendi* ². Acostumbémonos á morir todos los dias. Esta es

¹ I Cor. xv, 31. — ² Orat. de fide Resurrect. in obitu fratr. sui.

una excelente medicina para el alma , y tan saludable , que hará el que nos apartemos para siempre del pecado , el que practiquemos las virtudes , el que vivamos en gracia , y cuando ocurra nuestra muerte , el que se nos corone con la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida , arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad , que veneramos en este sagrario , presente á nuestros mas íntimos sentimientos , y digámosle cada uno de nosotros , bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : Vos quisisteis que se nos ocultase el momento de nuestra muerte , para que la misma incertidumbre de aquel momento nos obligase á estar siempre bien dispuestos. ¿ Y he correspondido yo constantemente á esta vuestra voluntad ? ¿ He estado á todas horas preparado á comparecer si fuera necesario ante vuestra soberana presencia , sin temor de salir condenado por no haber cometido pecado alguno , ó á causa de mi justificacion , por haberlo expiado sin demora tan pronto como lo cometí ?

¡ Ah mi amable Redentor ! ¡ Cuán triste fuera mi suerte , si en vez de emplear vuestra misericordia para conmigo , hubiérais echado mano de vuestra justicia ! ¡ Cuántas y cuántas veces , á ser herido con el rayo de vuestro furor y terrible indignacion como lo merecia por mis pecados , me hubiera visto sepultado en lo profundo del infierno ! ¡ Ah bondad excesiva de un Dios siempre amoroso ! ¡ oh abismo de dulzura ! ¡ oh entrañas llenas de piedad y de amor ! ¿ Qué lágrimas no debiera derramar ahora en testimonio , ya de que agradezco sobremanera una bondad como la vuestra tan extremada , ya tambien en expiacion de cuantas culpas he cometido , constituyéndome en el borde de un eterno precipicio ; pero mayormente por el disgusto que os han motivado ? ¿ Y estas fueran suficientes para aplacar vuestro enojo , que es lo que ahora principalmente siento ? Conozco lo escasa que es esta satisfaccion para tan enormes delitos. Pero sé tambien cuán piadoso sois con quien arrepentido de sus culpas siente el haberlas cometido , por ser ofensas contra Vos. Mostrad , Señor , esta piedad conmigo , cuando digo de todas veras , que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia , Jesús mio : misericordia y gracia , para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMASEXTA DESPUES DE PENTECOSTES.

La Confesion y Comunión deben recibirse con frecuencia.

Amice, ascende superius. (Luc. xiv, 10).

Amigo, sube mas arriba.

Dios nuestro Señor, como que no nos necesitaba para cosa alguna, nos pudo tener abismados en el profundo seno de la eternidad sin producir jamás nuestra creacion; pero tuvo el gusto de sacarnos del abismo de la nada con el fin de hacernos algun dia dichosos disfrutando de una bienaventuranza feliz, que consiste en verle en el cielo cara á cara y gozar de él eternamente. Este fue el objeto que tuvo al sacarnos del estado de la posibilidad; por esto dice san Pablo que su voluntad santísima es el que todos nos salvemos ¹, y san Pedro el que ninguno de nosotros perezca ². A fin de evitar este ruinoso mal y conseguir aquel dichoso bien, nos ha provisto de todos los medios necesarios para ello; á todos nos hace la distribucion competente de sus gracias, para que con su ayuda podamos llevar descansadamente la carga de nuestra mortalidad, y con su beneficio podamos llegar al término de nuestra carrera; pero son muchas las personas que no corresponden á estas gracias que el Señor generalmente comunica, por no poner la necesaria cooperacion; y si por este motivo se pierden, ¿quién tendrá de ello la culpa? Dios á todos presta sus auxilios: unos agradecidos al Señor, atentos siempre á su mayor bien, se aprovechan de ellos con una suma avidez; pero otros mirándolos con indiferencia, los dejan pasar sin reportar el menor provecho: por manera que á las veces con igualdad de gracias que el Señor reparte á dos personas, viene á resultar, como dice el angélico Doctor, que no se aprovechan de ellas igualmente; porque al paso que la una prestando con diligencia su cooperacion hace adelantos notables en bien de su alma, la otra no reporta ventaja algu-

¹ *Omnes homines vult salvos fieri. (I Tim. ii, 4).* — ² *II Petr. iii, 9.*

na, porque mirando aquel beneficio con negligencia, permanece apática sin trabajar por su parte en su fomento ¹. Esto mismo viene á decir san Jerónimo, cuando en su carta á Hedivia asegura, que al golpe de una misma gracia, un corazón se rinde y otro le resiste ². Esto se os hará mas perceptible si reparais en que la cera se derriete con ciertos grados de calor despedidos por el sol, y el barro con los mismos se endurece notablemente. Con una misma lluvia un huerto brota flores, y otro malas yerbas. Con un mismo sermón resulta á veces que uno sale convertido de la iglesia, y otro á quien no se le escapó ni una palabra de las que dijo el predicador, se sale tan sereno y tan frío como entró. Sí, señores: esto sucede á veces con unas mismas gracias que Dios confiere á distintas personas.

Otras gracias hay como las que encierran los santos Sacramentos, que el Señor las tiene como depositadas, para conferírselas á quienes las quieren recibir; y aquí es de notar una particularidad que causa tanta admiración, no menos que la otra que acabo de indicaros; y es el que pudiendo todos utilizarse de ellas á poca costa, sea tan corto el número de los que se estimulen á participar de aquel tan grandioso beneficio. A la verdad, fieles míos, sorprende sobremanera el que los cristianos todos no agradezcamos con toda la efusión de nuestro corazón el amor inefable que nos profesó el Señor, al instituir en bien nuestro los santos Sacramentos. Causa admiración por cierto el que sabiendo como sabemos que dos de ellos, á saber la Penitencia y Eucaristía, ó por otro nombre la Confesión y Comunión, están siempre permanentes en la Iglesia, y nosotros en aptitud y acción de poderlos recibir cuando queramos, sean tan pocos los fieles que los reciban con frecuencia, cuando todos, todos debiéramos cooperar á las intenciones que tuvo nuestro soberano Redentor, y acceder así á las amorosas invitaciones que nos hace de que nos acerquemos á estos Sacramentos, y que con sus gracias mejorásemos de posición, subiendo como (hoy) nos dice en el Evangelio á mayor altura: *Amice, ascende superius*. Indiferencia es esta harto reprehensible, y que como trascendental puede sernos muy funesta; por lo mismo debemos alejarla prontamente de nosotros, no sea que á último resultado nos acarree nuestra eterna perdición. Por lo tanto, conorejando nuestras miras como debemos al bien de nuestra alma, nos debemos estimular en acercarnos á estos Sacramentos al-

¹ *Quia etiam si æqualem gratiam percipiant, non æqualiter ea utuntur: sed unus studiosius in ea proficit, alius per negligentiam gratiæ Dei deest.* (3 p. q. 69, art. 8 ad 2). — ² Epist. CV.

gunas veces entre año. Sobre esto ha de girar hoy mi discurso, manifestándoos que *la Confesion y Comunión deben recibirse con frecuencia*. Mientras os lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

La Iglesia nuestra madre, regida siempre por el Espíritu Santo, nos prescribe un tiempo en el año, que es el de Pascua de Resurrección, y en él nos manda confesar y comulgar. Nada mas conveniente que el que en cada año haya una época señalada para que nos lleguemos á estos santos Sacramentos, buscando todos al Señor; y descargándonos en su presencia del peso enorme de nuestras culpas, alcancemos en la Confesion el perdon completo de todas nuestras iniquidades, y recibamos en la Comunión el sustento mas confortativo de nuestras almas. Sabiendo que el Señor impulsado de su infinita piedad instituyó el santo sacramento de la Confesion, para que los cristianos alcanzáramos el perdon de los pecados cometidos despues del Bautismo, y así pudiéramos salvarnos, y el de la Comunión para que pudiéramos arribar al puerto de la bienaventuranza ó de esta salvacion eterna con mas facilidad, alimentadas y fortalecidas nuestras almas en la peregrinacion de esta vida con el divino pan eucarístico, sabiendo, digo, esto la Iglesia y empeñada en nuestro bien, nos precisa á esta mútua participacion amenazándonos con gravísimas penas si no lo hiciéremos. Empero no se ciñe á esto únicamente, si es que conociendo bien los tan saludables provechos que la participacion de estos Sacramentos ha de acarrear á las almas, exhorta además á los fieles á que los reciban con frecuencia ¹.

Y á la verdad, que cualquiera que considere las ventajas inmensas que tales Sacramentos encierran, no podrá menos de conocer las provechosas utilidades de llegarse á participar de ellos. De dos modos nos podemos hallar; ó en pecado ó en gracia. Lastimoso es por cierto el primer estado, como que es el que Dios mayormente desprecia y aborrece: al paso que el segundo es el mas digno de su estimacion y agrado; pero si por nuestro infortunio nos hallásemos manchados con la fealdad de la culpa, deseando con vivos deseos adquirir la hermosura que por aquella perdimos, lleguemos al sacramento de la Confesion, y allí quedará nuestra alma limpia de todo crimen. Estas son las promesas que tan repetidamente nos hace el Señor en sus sagradas Letras; asegurando unas veces por el profeta Miqueas, de que acercándonos á la Confesion y llenando todas las

¹ Conc. Trident. sess. XIII, cap. 8.

condiciones que se requieren para que sea buena, arrojará á lo profundo del mar todo el peso de nuestras culpas ¹. Otras por Isaías, que hará el que se desvanezcan nuestras maldades como se disipan las nubes ²; y por Zacarías, que hará de nuestros pecados el mismo aprecio que si jamás los hubiésemos ejecutado ³. Nosotros bien prometimos en nuestro bautismo conservarnos fieles á Dios; pero asaltados despues por el enemigo de nuestras almas, robando nuestra inocencia caimos en pecado. Aunque Dios nos comunica de continuo auxilios suficientes para resistir sus embates, y salir victoriosos en toda contienda que emprenda con nosotros: sin embargo, muchas veces incautos á su mucha malicia, ó descuidados en echar pronto mano de aquellos auxilios divinos, quedamos vencidos en la pelea, y caidos nos reconocemos manchados con la asquerosidad de la culpa. Pero tenemos deparado un medio fácil para purificarnos de tales manchas, y salir del cautiverio del demonio, sobreponiéndonos á toda su fuerza, y es el acercarnos al sacramento de la Confesion, y allí declarando nuestra fragilidad, descubriendo de lleno nuestro pecho y nuestras culpas al confesor, manifestando nuestra flaqueza y llorando nuestros crímenes quedaremos libres de todos ellos, reparado nuestro honor y recobrada nuevamente nuestra amistad con el Señor; pues la confesion contiene el remedio eficacísimo de borrar todos los pecados por enormes que sean, é infinitos en número; y además de la gracia santificante confiere los auxilios mas poderosos para evitar las culpas en lo sucesivo. Tanta es la actividad y eficacia con que la misericordia de Dios ha dotado á la confesion, que por ella son perdonadas todas nuestras culpas, con la misma prontitud con que se apaga una cerilla encendida si la metemos dentro del agua. Somos unos miserables mientras estamos en pecado, privados de todo lo bueno; pero acercándonos á la confesion, y haciéndola con dolor, enriquece el Señor nuestra alma de tal forma, que la hace repentinamente un depósito de las riquezas del cielo. Es tan grande la virtud y eficacia de la buena confesion, que en un instante obra una transformacion tan milagrosa, que al pecador mas abominable lo convierte en un momento en un Serafin abrasado en santa caridad.

Si siendo amigos de Dios por estar libres de toda culpa mortal, nos llegamos á recibir este Sacramento, encierra asimismo la particularidad de conferirnos un aumento de gracia, que enriquece mas y

¹ Mich. vii, 19. — ² Isai. xlii, 22. — ³ Zach. x, 6.

mas nuestra espiritual fortuna, brotando una fuente inagotable de continuo y con abundancia en nuestro corazon aguas copiosas de vida eterna.

Acercándonos á recibir la sagrada comunión, reuniendo como reúne este santísimo Sacramento las finezas de un Dios para con los hombres, hallándose en él contenido Jesucristo nuestro Señor, anodado, sí, bajo los accidentes de pan y humillado en su grandeza; pero tan alto y tan poderoso como está en los cielos, para comunicárenos y hacernos partícipes de su divinidad, recibéndolo dignamente, Dios se une á nosotros y nosotros con su divina Majestad. Como este santísimo Sacramento contiene las riquezas de la gracia, y es el compendio de las maravillas divinas, recibéndolo dignamente nos aumenta la gracia santificante, y refecciona nuestra alma con un alimento espiritual que la sustenta y la hace crecer. Recibiéndolo dignamente, adquirimos una fortificación para resistir las tentaciones y embates del enemigo, y para contrarestar los temibles estímulos de nuestras propias pasiones, nos hace ver la suavidad del Señor; lo amable que es la virtud, y cuán feo el desorden del pecado. Participando de la sagrada comunión, alcanzamos la reforma de nuestra vida, mejoramos nuestras costumbres, desempeñamos con mas facilidad nuestras respectivas obligaciones, y practicamos con un gusto mas especial el ejercicio de las virtudes. En una palabra, este santísimo Sacramento encierra en sí tantas y tan soberanas riquezas, que yo no alcanzo debidamente á explicar.

Sin mas que por lo que llevo dicho podeis fácilmente conocer y deducir que la confesion es un freno que contiene la furia y desbordamiento de todas nuestras pasiones. Es el gran muro en que se defienden las virtudes del asalto terrible de los vicios, debiéndose á ella en sentir de casi todos los hombres piadosos la santidad, piedad y religion que hoy se conservan en el Cristianismo ¹. Ella es, en fin, la que siendo la llave del paraíso como la llamó el angélico Doctor, nos facilita y nos abre las puertas del cielo. Asimismo podeis quedar penetrados de que la sagrada comunión es un Sacramento que nos une é incorpora con Jesucristo, que conserva la salud y nos da la vida del alma; aumenta sus fuerzas para contrarestar los ataques del demonio; que es un alimento que mantiene á los débiles y sostiene á los fuertes; una bebida que apaga los ardores de la concupiscencia; una brillante ilustración que nos inspira un santo celo

¹ Catech. ad Paroch. part. II, num. 36.

por la gloria de Dios y por la salvacion de nuestras almas ; un don inestimable que nos asegura la perseverancia, y con ella una resurreccion gloriosa y la prenda de la inmortalidad. Viniendo á inferir de todo lo dicho, que bien seamos pecadores, bien justos, en estos dos Sacramentos encontraremos cuanto necesitamos para ponernos en estado de gracia, darla nuevos grados de aumento, vivir así siendo gratos á Dios, y hacernos dignos de que nos dispense aquel don preciosísimo de la perseverancia final, que es indispensable para conseguir el cielo.

Segun esto, ya no me admiro de que sea una máxima universalmente recibida, de que se deben frecuentar estos santos Sacramentos para desarraigar los vicios y plantar las virtudes en el corazon, siendo la frecuencia de estos Sacramentos un preservativo el mas seguro contra las tibiezas, fragilidades y recaidas á que nos arrastra nuestra corrompida naturaleza. Esto es lo que han opinado en todos tiempos los santos Padres, en los cuales vemos el espíritu y la doctrina de la Iglesia, acerca de lo interesante que es el uso frecuente de la confesion y comunión, cuyos testimonios pasando de siglo en siglo, y de boca en boca, han llegado íntegros hasta nuestros días; y esto es lo que han practicado en todos tiempos los verdaderos fieles, aquellos que se hallaban animados de un interés el mas vivo por alcanzar su salvacion, y sumamente fervorosos por unirse íntimamente con su Dios y su Señor. Sabian muy bien estos buenos cristianos, que estos santos Sacramentos encerraban y conferian á los bien dispuestos la gracia, sin la que nada es el hombre, la fuerza sin la que nada puede, la paz sin la que en él no hay quietud, la alegría sin la que no hay mas que una melancólica tristeza, la salud sin la que el alma siempre está enferma; y sabian por último que encerraban y conferian la vida, sin la que todas sus obras serian muertas. Ellos sabian que confesándose á menudo, era este un medio el mas eficaz no solo para alcanzar la remision completa de todos los pecados por muchos y muy graves que fuesen, adquirir la gracia y mantenerse en ella, profesando un santo odio á toda especie de culpa, ya grave, ya leve, por ser perjudicial al alma, desagradable y ofensiva á los ojos de Dios, sino tambien para prevenir los medios de no caer y sostenerse en las virtudes, evitar las ocasiones peligrosas, eludir las tentaciones del enemigo, é impedir que las imperfecciones arraigasen en el alma. De aquí aquella confesion humilde que hacian acompañándola un dolor sumo, un propósito eficaz, firme y universal, siguiendo á todo esto una satisfaccion rígida, cual me-

recen las desatenciones y ofensas que irrogan á Dios los pecados.

Ellos sabian que comulgando frecuentemente, el alma se alimenta no solo de la misma carne de Jesucristo, sino hasta de su divinidad, debilitando por este medio la funesta inclinacion que todos tenemos al mal, enervando las fuerzas de nuestras pasiones, conservando en nosotros la vida y la salud espiritual, y comunicándonos un aumento de fuerza tan vigorosa capaz de vencer al demonio. Sabian que el alma recibe nuevas luces, siente nuevos afectos, que son otros tantos remordimientos de sus relajaciones; y adquiriendo nuevo vigor, corre presurosa por el camino de la perfeccion á que Dios la llama. De aquí aquella pureza de corazon tan acrisolada con que se presentaban á recibirla: de aquí aquellos sentimientos tan esmerados de fe, de respeto, de humildad, de confianza, de amor y de reconocimiento tan justamente debido á este don tan especial de la infinita misericordia de Dios para con los hombres.

Ahora bien, fieles míos: sabiendo vosotros y estando bien penetrados como ellos de la grandeza de estos santos Sacramentos, y de los indecibles y buenos efectos que producen en las almas bien dispuestas, ¿cómo es que no os alcanzó su maravillosa eficacia? ¿Cómo siendo el preciosísimo y abundante tesoro en que Jesucristo encerró sus infinitos méritos, os hallais tan indigentes y desprovistos de gracias y de méritos? ¿Cómo habiéndolos instituido el Señor para nuestra santificacion estais tan poco adelantados en el camino de las virtudes? ¿Cómo siendo fuentes perennes de agua viva, estais por lo comun manchados feamente? En fin ¿cómo siendo medicinas las mas saludables y eficaces, estais ordinariamente enfermos? ¡Ah fieles míos! no hay que buscar otra razon que la tibieza que os acompaña, la indiferencia con que mirais y el ningun anhelo que mostrais por llegaros á recibir entre año estos dos santos Sacramentos, donde hallaríais el antidoto mas eficaz de vuestras dolencias, el remedio oportuno para sanar de vuestras enfermedades, el competente alivio en todas vuestras tribulaciones, y un cúmulo considerable de riquezas celestiales que alejarían vuestra indigencia, y envolverían vuestra alma en un piélago de inefables delicias. No hay que reputar por hiperbólicas mis palabras. Si quereis tender la vista aun hoy dia sobre algunas almas que desearán de su mayor bien se estimulan y frecuentan estos santos Sacramentos, podeis advertir visiblemente en ellas como odian las máximas del mundo y se entregan de lleno á los dictámenes de la Religion y de la verdad. Las veréis soportando con gusto el yugo del Evangelio, el que por sus

confesiones y comuniones se les hace muy ligero y suave. Celosas por el servicio de Dios, inclinadas á la piedad, seguidoras de la virtud y aborrecedoras del pecado, huyendo de la ociosidad, de la avaricia, de la incontinencia, de la murmuracion y de la envidia: cifrando todas sus miras, no solo en odiar los pecados graves que ocasionan la muerte del alma, sino tambien todos los defectos leves, y toda aquella especie mala de cosas que nos encarga san Pablo el que nos abstengamos para ser agradables y perfectos en la presencia de Dios ¹. ¿Y de qué proviene el que vosotros gozando una posicion ventajosísima é igual á la de estas personas en la Iglesia de Dios, con iguales auxilios y gracias, esteis tan retrasadísimos en el gobierno interesante de vuestra alma, por manera que en vez de adelantar en el camino de la virtud, mas bien mirándolo con repugnancia, con tibieza y aun con tedio, aun os allanais á espaciarnos mejor por los senderos del vicio? ¡Ah fieles míos! nada se hace con que las gracias que necesiteis para manteneros gratos á Dios, estén concentradas en la confesion y comunión, y estos Sacramentos se dispensen en el templo, si vosotros no quereis aprovecharos de ellas; así como nada adelantaria la fortuna de aquel que sabiendo que en una casa de la propia vecindad en que morara, se expendian caudales á todos cuantos se presentaran allí á tomarlos, no se moviera un paso, ni quisiera cargar con el corto trabajo de ir allí á recibirlos. Segun esto nada debeis de extrañar el que vuestras almas pierdan enteramente, ó por lo menos se hallen sin aquel vigor que las hace verdaderamente fuertes; el que esté vuestro corazon yerto de frio, y el que os halleis sin el menor gusto á la piedad. Nada el que si no teneis estímulo por las cosas buenas, si os hallais sin devocion, sin virtud y sin el vigor que comunica la gracia, os venza el demonio en todos los embates que os dirija, en cuantas tentaciones os sugiera, siendo víctimas de sus pérfidos ataques y de sus insidiosas maquinaciones, viniendo por último á familiarizaros con sus cadenas y con su cautividad.

¿Y qué? ¿Así pensais seguir? ¿Seréis tan insensibles al bien de vuestras almas, que os sea tan indiferente el permanecer en pecado que en gracia, ser discípulos del diablo que de Dios, y lo mismo el condenaros que el salvaros? ¡Ah qué lastimoso malogro fuera este de la redencion inefable de nuestro divino y soberano Redentor! ¡Qué dureza superior á los bronces y peñascos manifestárais, si no

¹ *Ab omni specie mala abstinete vos. (I Thes. v, 22).*

os rindiérais á sus llamamientos, y qué signo tan fatal si permaneciérais con un ensordecimiento igual al que habeis mostrado hasta de aquí á las exhortaciones de sus enviados! Él en persona os dirige ahora la palabra diciéndoos : Cristianos, hijos mios, amigos de mi alma, ¿qué haceis llevando esa vida que llevais, que no puede conducirnos á último resultado mas que á la perdicion? Yo instituí para vuestro bien los santos sacramentos de Confesion y Comunión, á fin de que depositados en mi Iglesia, aplicando un cortísimo trabajo fuérais allí á participar de sus gracias y ennobleceros; sin embargo, viéndoos á muchos de vosotros tibios, negligentes y aun repugnantes en llegaros á ellos con frecuencia, veo malogradas mis benéficas intenciones, estancadas mis gracias y sin circulacion mis soberanos beneficios. ¿Así me correspondeis al amor que os he profesado, y de este mismo modo habeis de seguir en adelante? No me lo persuado, puesto que aun diviso en el corazon de alguno de vosotros una centella aunque notablemente extinguida de mi Religion soberana. Apreciad, pues, estos favores tan especiales, estimulaoos á participar de estas gracias, que de seguro labrarán vuestra eterna felicidad.

¿Qué os parece, fieles mios, de este lenguaje de nuestro soberano Redentor? ¿Puede ser ni mas amoroso, ni mas dulce, ni mas interesado á favor nuestro? ¿Y qué cristiano habrá que no se dolicite á una invitacion tan benéfica y á unas amonestaciones tan tiernas? ¿Cómo es posible que tú, hombre que me oyes, menosprecies á tu soberano Redentor, cuando con tanta eficacia te persuade á que por medio de estos Sacramentos mejores de posicion, diciéndote con estas palabras terminantes salidas de su boca : *Ascende superius* : sal de ese adormecimiento en que te hallas ; mejora de posicion mediante la recepcion de estos mis santos Sacramentos, que así lograrás tu felicidad? Y tú, mujer que me escuchas, siendo de una naturaleza mas tierna en los afectos, ¿te has de desentender ahora de quien te estima con el mayor amor, y procurando por tu bien te habla con el mayor cariño, diciéndote : *Ascende superius*? Mira el abatimiento en que te hallas por no acercarte á menudo á mis santos Sacramentos que te darian gracia soberana, alegre consuelo y mérito especial ; sal de esa mortífera postracion en que yaces : obra en proporcion al ser tan elevado que te dí en tu creacion : *Ascende superius* : levántate á mayor altura ; lo que puedes lograr indefectiblemente confesando y comulgando entre año con frecuencia : verás de cuánto gozo rebosará tu corazon ; ¿qué dulzura encierran mis gracias, y

qué fortaleza te comunicarán para todos los trabajos y adversidades que te se ofrezcan en esta vida, guiándote por último derechamente al cielo. *Ascende superius.*

¿Quién de vosotros, fieles míos, no se rendirá al obediencia de una persuasión tan eficaz como esta salida de la boca de un Dios tan amoroso, que tanto se esmera por nuestro bien? Sí: todos, todos debemos obedecer con la mayor prontitud á este llamamiento de nuestro soberano Redentor, grabarlo indeleblemente en nuestro corazón, y practicarlo por mientras nos dure la vida. Frecuentemos los santos sacramentos de Confesion y Comunión saliendo del estado de adormecimiento peligroso en que hemos vivido, esmerándonos en correr apresuradamente por las sendas de los divinos preceptos, dando así alegría al cielo, ejemplificando al mundo y espantando al demonio. Imitemos el ejemplo, y sigamos las huellas de tantos que esclavos algun dia de sus pasiones, abismados en sus vicios y siervos de Satanás, se transformaron en hijos de Dios, confesando y comulgando con continuidad. Frecuentemos los santos Sacramentos, que la gracia que ellos nos comuniquen hará el que oigamos con sumision las inspiraciones celestiales, el que cooperemos á los auxilios divinos, formando las resoluciones mas eficaces de servir y agradar á Dios en un todo: hará el que conociendo y detestando todos nuestros pasados extravíos, lloremos con la mayor amargura los pecados que cometimos durante el período de nuestra mala vida, y reformando nuestras costumbres, y cumpliendo todas nuestras obligaciones hasta la muerte, el Señor nos premiará con el goce de la bienaventuranza eterna. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que le hemos ofendido en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazón:

Dulcísimo Señor: si para llegar á la eterna felicidad, ninguno puede dispensarse de seguiros á Vos, Jesús mio, y de practicar cuanto nos ordenais, ¿dónde ha estado mi entendimiento hasta de aquí, cuando debiendo cursar las sendas de vuestra imitacion y de vuestros divinos ordenamientos, dejándolas he seguido mas bien por las veredas que conducen á una ruina inevitable, á una perdicion eterna?

¡Ah mi amable Redentor! ¡Qué poco caso he hecho de vuestras

enseñanzas ! ¡ qué desprecio de vuestras órdenes y qué poco temor á vuestros juicios ! ¿ Cómo no he temido hasta hoy el rigor de vuestra justicia , estando cargado de iniquidades , siendo una sentina de vicios y un abismo de pecados ? En todo el mundo no hay otro mas pecador que yo ; yo lo confieso aquí públicamente , ni es posible que se halle quien con haber recibido tantos favores de vuestra mano , haya cometido tantas ofensas contra Vos. Pero compungido al presente de todas veras , me acojo al sagrado de vuestras llagas adorables , para que me laveis con la sangre que de ellas salió. Aquí me teneis á vuestras plantas humilde y rendido pidiéndoos perdon é indulgencia. Aquí, Dios mio, herid, cortad y quemad como en vuestro juicio useis conmigo de misericordia. Como otro Publicano, no me atrevo á levantar los ojos, de lo airado que conozco estaréis por mis culpas, puesto que os son tan desagradables ; pero ya las detesto ; ya me duelo de todas ellas ; con la mayor eficacia digo y siento en mi corazon de todas veras, que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMASÉPTIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

Cuán acreedor es Dios nuestro Señor á que le amemos sobre todas las cosas.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. (Matth. xii, 37).

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todo tu entendimiento.

David, teniendo en la justa estimacion que se merecen las obras admirables que sacó el Omnipotente de la nada, el orden regularizado, armonioso y constante que fijó en la naturaleza, todo en beneficio del hombre, y los dones sobrenaturales que reparte de continuo á los vivientes, decia : Bendice, alma mia, á Dios, y todas las cosas que hay en mí á su santo nombre : bendícele, y no olvides sus grandes larguezas y retribuciones ¹. David como profeta ilustrado con una luz toda divina, admirado del amor de Dios para con el hombre, justamente estimulaba á su alma á bendecirle y alabarle por los inmensos dones conferidos á los mortales ; y nosotros á su imitacion contemplando que no se satisfizo solo con criarnos, sí es que nos conserva, impidiéndonos su mano poderosa el que volvamos á caer en la nada de que nos sacó, y redimiéndonos con su preciosísima sangre, salimos por su infinita misericordia del profundo abismo en que el pecado de nuestro primer padre nos habia precipitado, debemos igualmente bendecirle sin cesar, glorificarle de continuo, y amarlo sin medida, como decia san Bernardo : *Modus diligendi Deum* (son sus propias palabras), *modus diligendi Deum, est diligere sine modo* ². Su soberana Majestad podia muy bien sacar de la nada un número infinito de otras personas que le hubieran servido mejor que nosotros, y sin embargo no lo hizo en fuerza del amor que fijó en nosotros desde la eternidad, como dice por su profeta Jeremías ³.

¹ Psalm. cii, 1, 2. — ² Bern. de dilig. Deo, c. 16. — ³ *In charitate perpetua dilexi te.* (Jerem. xxxi, 3).

¿Qué merecerá, pues, este Señor, que tantas cosas hizo para nosotros tan admirables é indecibles? Justo, y muy justo es, que no pudiendo corresponderle equivalentemente, le tributemos un reconocimiento esmerado, le rindamos un servicio el mas agradable y le profesemos un amor tan relevante, que lo antepongamos á cuanto hay en el mundo. Tan acreedor es á este nuestro amor, que sin él no le podríamos agradar; y nos es tan necesario, que sin él seríamos infelices en esta vida y en la otra. El mismo Dios nos impuso la obligacion de amarle, estableciendo su amor con preferencia á todo lo demás fuera de él, y fijándolo el primero, el mayor y el precepto mas principal en su santísima y divina ley. Esto es tambien lo que satisfaciendo al fariseo respondió nuestro soberano Redentor diciéndole, como vemos (hoy) en el Evangelio: El primer mandamiento y el mas excelente que prescribe la ley, es este: Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu entendimiento. Esta es la principal de nuestras obligaciones y la que debemos llenar como se nos manda: por manera, que faltando en los pormenores de su cumplimiento, mal pudiéramos esperar en aquella dicha que el Señor tiene prometida á último resultado para todos los que le amen, en la forma que él mismo nos ordena. Hoy, pues, voy á hablar de esta materia, manifestándoos *cuán acreedor es Dios nuestro Señor á que le amemos sobre todas las cosas*: sintiendo solamente la cortedad de mi disposicion para tratar de un punto tan excelente como este; pues ni los espíritus angélicos que tan de cerca están en el trono de Dios, participando de su divina sabiduría, tienen aptitud bastante para hablar dignamente de él. Mientras me ocupo, pues, en su demostracion, estad atentos.

El poder y sabiduría con que Dios sacó de la nada todas las cosas, y el orden con que las regularizó en bien del hombre, precisan á este á rendirle todos sus homenajes, y sobre todo á amarle como merece ser amado. Sin necesidad de haber cursado en las universidades, de haber frecuentado las aulas, ni adquirido muchos y profundos conocimientos en la física, puede llegar á conocer cualquiera, dando una rápida ojeada por la naturaleza, lo grande y amable que es Dios nuestro Señor, que produjo cuantas cosas componen el universo con un arte maravilloso, con un orden arreglado y con una coordinacion que pasma. Si ponemos los ojos en esta tierra que pisamos, Dios colocó este globo de tal forma, que á pesar de estar suelto y sin afianzamiento le dió tal consistencia, que permanece inmóvil ó sin tambalear. Teniendo tanto valor, que para adquirir una

porcion pequeníssima de esta tierra, es preciso un gran desembolso ; y la regularizó el Señor de tal modo, que si fuera mas dura de lo que es no podria el hombre cultivarla, porque no podria introducir en su seno ni el arado ni el azadon, y por consiguiente no le produciria el sustento que necesita preciso : si no tuviera la dureza que tiene, no podríamos apdar por ella, nos enfangaríamos al dar un paso, y allí quedaríamos estacionados á la manera que quedan atascados los hombres y caballerías que se lanzan en los cenagales.

Si ponemos los ojos en el agua, es fácil advertir que si estuviera mas enrarecida seria una especie de aire ; y en tal caso toda la superficie de la tierra seria árida y estéril ; no habria peces, porque ninguno podria nadar, los cuerpos mas ligeros sumergidos en ella al instante se hundirian, y por lo tanto no podria navegarse. Si miramos á las nubes, verémos como el Señor tiene allí como almacenadas las aguas para fertilizar oportunamente la tierra y sus plantas, sin permitirles que caigan mas que de gota en gota, como si las cernieran por un cedazo ó las pasaran por una criba, porque si se desprendieran á torrentes ó en gruesas columnas, destruirian cuanto encontrasen al caer. Distribuidas ellas por Dios, circulan por la tierra así como la sangre corre por el cuerpo. Si fijamos la consideracion en el aire, su cuerpo es tan sutil y trasparente, que lo penetra la luz de los astros que nos alumbran. De modo, que si no fuera tan diáfano, siempre estaríamos á oscuras, ó cuando mas tendríamos una luz débil y confusa, como la que tenemos en dias de grandes nieblas. Si estuviera mas enrarecido, tendríamos una suma dificultad para respirar ; y si estuviera mas condensado, nos ahogaríamos con su densidad.

Sin delenerme en el fuego, que los antiguos lo tuvieron en tanto aprecio, que lo reputaban por una llama celestial, y que el hombre emplea de mil modos para su servicio, fijemos ya la vista en el cielo, que á fin de que lo admirásemos, Dios distinguió al hombre de las bestias, haciendo que naturalmente ande derecho y con la cabeza levantada, al paso que los animales la tienen baja y mirando hácia la tierra, y tendrémos que admirar esa bóveda tan soberbia construida sobre nuestra cabeza, con una variedad pasmosa de objetos admirables, resplandeciendo en ella brillantemente el sol y tantos otros astros luminosos y brillantes. Ese sol distante de la tierra casi treinta y cinco millones de leguas, jamás ha faltado despues de tantos siglos al servicio del hombre, y le es tan necesario que no puede pasar sin él. En tantos millares de años ha guardado siempre una

regularidad constante, dando luz á ambos hemisferios. Sobre este movimiento tan constante que forma los dias y las noches, tiene el sol otro, con el cual por espacio de seis meses se va aproximando al un polo, y transcurrido este tiempo vuelve atrás con igual velocidad para visitar el otro. Por este orden tan admirable, un solo sol basta para toda la tierra. Si estando tan distante como está ahora de nosotros fuera mayor, abrasaria todo el mundo y reduciria la tierra á cenizas; y si fuera mas pequeño, la tierra estaria helada y seria inhabitable. Si siendo tan grande como es estuviera mas cerca de nosotros nos abrasaria, y si estuviera mas apartado no podríamos subsistir en el globo terrestre por falta de calor. Él gira incesantemente y con una exacta regularidad al rededor de nosotros para servirnos. Y si acaso esta llama está quieta y somos nosotros los que andamos al rededor de ella, ¿cómo este globo de la tierra voltea al rededor de este astro con un movimiento diario que asciende á mas de seiscientas mil leguas en una hora; cuatrocientas diez y seis en cada minuto? Y ¿qué dirémos de las estrellas de que vemos sembrados los cielos, á manera de un vestido adornado con diamantes, tan elevadas, que una bala de cañon con toda su ligereza no podria llegar á ellas en seiscientos sesenta y seis millones de años *? Entre estos astros se ve la luna, que parece alterná en alumbrarnos de noche, cuando el sol se ve obligado á llevar el dia al otro hemisferio.

Si de aquí pasáramos á contemplar la multitud y variedad de animales, su estructura y multiplicacion, quedaríamos profundamente sorprendidos, pues aun son mas dignos de admiracion que los cielos y los astros **; pero no me puedo detener especificando las particularidades verdaderamente admirables que en ellos se encuentran. A poco que os detengais en su consideracion, así como si reflexionais detenidamente otras muchas cosas notables provenientes del cielo y de la tierra, y que se dejan ver bien á las claras, tanto en esta como en aquellos, no podréis menos de conocer la variedad tan admirable y el orden tan concertado y pasmoso que en todo reina, y que el Señor hizo cuantas cosas vemos, y otras infinitas que no

* *Todas estas distancias de la tierra á las estrellas y al sol, que aquí expreso, como tambien el pasmoso movimiento que en la hipótesis de que la tierra voltee al rededor del sol, hace en el espacio de una hora, y en un minuto, lo he tomado del Marqués Caracciolo, en su obra: El clamor de la verdad contra la seduccion y engaños del mundo, c. 1.*

** *El Hmo. y sabio Fenelon, arzobispo de Cambray, en su obra Demostracion de la existencia de Dios, y de sus atributos, desentraña todas las referidas indicaciones tan minuciosa y cumplidamente, que nada deja que despar-*

vemos ni alcanzamos en beneficio nuestro. Todo en general ha sido hecho para nosotros, dice el apóstol san Pablo ¹.

No se quedan atrás en grandeza y pasmo de estas maravillas, la creacion, santificacion y redencion de nuestras personas, viniendo á deducir de todo esto que todo lo hizo por nuestro bien. Pues ¿á qué será acreedor de nuestra parte un Señor que se esmeró tanto, y que nos miró con ojos tan privilegiados? ¿Con qué le podrémos corresponder, diré con el real Profeta, por estas y tan infinitas mercedes como nos ha dispensado y nos dispensa? *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi* ²? No pudiendo corresponderle á su poder con otro poder equivalente, á su alta sabiduría con otra sabiduría igual; no pudiendo retribuirle dándole gracia por gracia, ni redencion por redencion, ¿qué le podrémos ofrecer que sea digno de su aceptacion, de suerte que parezca que queda retribuido de tantos y tan innumerables beneficios como nos tiene hechos y nos hace? ¿Con qué quedará recompensado ó por lo menos satisfecho? Con nuestro amor, fieles mios. Nuestro amor es el que quiere: este es el que apetece, y no solamente lo desea, sí es que nos lo manda sobre todas las demás cosas quedando con él correspondido. Este es el rico tesoro con que podemos complacerle y granjearnos su apreciable amistad ³. Este el tributo que exige de nosotros por toda nuestra vida.

Sí, señores: este soberano Señor y Dios tan excelso que nos ha criado y nos sostiene, nos pide que le amemos; pero de tal suerte, que sea constantemente con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todo nuestro entendimiento, como dice en el Evangelio. Esto es lo que nos exige este Dios de bondad, y no podemos negarnos á esta exigencia sin hacernos culpables de un gravísimo pecado que ocasionaria la muerte á nuestra alma, y la haria abominable ante sus divinos ojos. Quiere que tan pronto como en toda persona apunta el uso de la razon, le dirija á él un acto de amor; que sigamos la carrera de nuestra vida dándole testimonios auténticos de que le amamos de todas veras; que prometamos amarle en todos tiempos, en todas las ocasiones y circunstancias, mas que á todas las cosas, tributándole siempre rendidas acciones de gracias por habernos concedido el cuerpo con sentidos, y el alma sobre todo adornada con las tres potencias; de memoria para acordarnos de lo mucho que ha hecho por nosotros; de entendimiento para conocer todo el peso de sus beneficios; y de voluntad para inclinarnos de tal suerte

¹ I Cor. iii, 22. — ² Psalm. cxv, 12. — ³ Sap. vii, 14.

á su amor, que jamás nos separemos de esta marcha, haciéndole el sacrificio total de estas prendas para no usar nunca de sus facultades, sino para su mayor gloria : de suerte que nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestros sentidos y potencias, todas y en todo tiempo estén dedicadas á tributarle un amor preferente á todas las cosas, cual es el que nos pide y se merece.

Y á la verdad, cosa muy justa es el que amemos á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas preferentemente á todas las cosas ; puesto que á nosotros nos amó él el primero con un amor eterno, cuidando sumamente de nuestro bienestar presente y venidero, de nuestro principal interés en este mundo y en el otro, haciendo por nosotros lo que no ha hecho por las elevadas inteligencias del cielo. Sí : justo es el que examinemos todas nuestras acciones, á fin de que no haya alguna que le desagrade : el que tengamos siempre presente su santa y divina ley, estudiando el modo de cumplirla con tanta exactitud, que llenemos hasta los ápices mas pequeños, reputándonos por ingratos y culpables, si de ella nos desviáramos en alguna ocasion, aunque fuera en sus mas remotas consecuencias. Sí : justo es el que lo establezcamos dueño absoluto de nuestro corazon, señor de nuestra alma, apoyo de nuestras fuerzas, objeto privilegiado de todos nuestros pensamientos, palabras y obras, blanco principal de nuestros deseos, y centro de todas nuestras delicias. Sí, fieles mios : con menos nunca cumpliremos con este precepto que Dios nos tiene impuesto de amarle con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todo nuestro entendimiento.

Dios, como lo veis, exige que nuestro corazon se alimente de su divino amor ; que en él descanse, y por él suspire siempre. Es tan celoso, que no se satisface con una parte de él que le podamos ofrecer ; sino que lo quiere todo entero y sin division la mas mínima. Por lo tanto, no basta el que digamos solo con la boca el que le amamos, si es que es necesario que esta expresion y estos sentimientos radiquen en el corazon, y de tal suerte fructifiquen que todo lo llenen, y le den la vida. No basta el que digamos : amo á Dios sobre todas las cosas, sino que es absolutamente preciso el que nuestro corazon esté tan enardecido en este amor de preferencia, que lo antepongamos de hecho, en todos los momentos de nuestra vida, á cuanto haya en este mundo de mas halagüeño, de mas grato y de mas provechoso ; amando á Dios de veras mas que á nuestros padres, mas que á nuestros mas íntimos amigos, mas que á la mujer,

al marido y á los hijos. Al amor de Dios todo tiene que ceder, y todo tiene que postergarse: el honor por mas distinguido que sea, la reputacion por mas alta que la supongamos, la fortuna por mas colosal que nos la queramos figurar, la quietud mas pacífica por mucho que la estimemos, y hasta la misma vida por larga y placentera que se nos pudiera ofrecer y lograr. En una palabra, nuestro corazon ha de estar poseido de tales sentimientos, que esté resuelto á no faltar en lo mas mínimo al amor de Dios, por mas que se conjuren contra nosotros, como decia el Apóstol, las afficciones, los trabajos, el hambre, la desnudez, los peligros, las persecuciones, los cuchillos, las balas, ni aun el garrote vil en que se nos pudiera quitar la vida ¹.

Dios exige de nosotros que le amemos con toda nuestra alma, y para servirle en esto segun nos lo pide, es preciso absolutamente como un deber de los imperiosos, dice san Agustin, el que refiramos toda nuestra vida al Señor que nos la dió, sin que en ella haya momento, ni parte alguna que esté vacía de su amor, y en la que nos sea permitido querer gozar de otro objeto que de él ². Segun esto, ya veis marcados los pasos que ha de dar toda persona desde su nacimiento hasta su muerte, la marcha que ha de llevar en todas sus edades, cómo debe emplear el tiempo en todas las ocasiones, siendo la piedad, la devocion, el fervor del amor divino, la obligacion de todas las edades, de todas las condiciones y de todos los estados, debiendo ser en una palabra nuestro corazon un altar en que el fuego del amor divino arda continuamente y con viveza:

En fin, debemos amarle con todo nuestro entendimiento; es decir que le estemos enteramente sujetos á su santísima voluntad, prontos en ejecutar cuanto sea de su agrado, observadores exactos de su ley, conservando y fortificando el amor especialísimo que siempre le debemos profesar con santas máximas, alejando de nuestro entendimiento en cuanto nos sea posible todos los pensamientos de mundo, y especialmente los que nos presenten ó puedan recordarnos objetos peligrosos, alimentándolo con lecturas piadosas, con meditaciones santas, teniendo siempre un gusto de pensar y conversar de Dios, recibiendo una suma complacencia al oír hablar de él; y por último procurando por todos los medios posibles el que otros muchos le amen, ya que no podamos hacer el que sea amado por todos cuantos vivientes hay en el mundo.

¹ *Quis ergo nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?* (Rom. viii, 35).

² Lib. I de Doct. christ. c. 22.

Por último : si quereis que os diga con una suma brevedad en qué consiste el amor de Dios, os diré con palabras de nuestro divino Redentor, que en el cumplimiento de su santa y divina ley, en la observancia de sus soberanos preceptos. Aquel, dice Jesucristo, que guarda mis mandamientos y los observa, me ama verdaderamente... Aquel que no me ama, no los observa ¹. Por eso dice tambien san Juan en una de sus cartas, que el amor de Dios está cifrado en la observancia de sus mandamientos ².

Siendo esto así, fieles mios, examinad vuestra conducta, y ved si vuestros procedimientos son conformes ó discrepan de este nivel. ¡Ah, cuántos motivos se os ofrecerán en esta inspeccion, si la hacéis de vuestros pensamientos, palabras y obras con la escrupulosidad que debeis, para llorar amargamente los frecuentes desvíos que habeis tenido en orden al amor de Dios, quebrantando sus divinos preceptos, segun se os han presentado las ocasiones! Aun ahora mismo estoy presintiendo, como si fondeara vuestro interior, una adhesion por vuestra parte mas inclinada á complacer al mundo que á Dios: un amor mas decidido á lo terreno que á lo celestial: mayor á favor de las criaturas que del Criador. Y sino decidme: ¿antepondríais al presente el sufrir unos tormentos rigurosos, cuales los sufrieron los Mártires, desgarrándoles á unos sus carnes con garfios de hierro, á otros asaeteándolos por dias enteros, y á muchos abrasándolos en hogueras encendidas ó quemándolos á fuego lento, antes que faltar al amor de Dios quebrantando sus divinos mandamientos? ¿Preferiríais morir antes que pronunciar una blasfemia, ó jurar en falso antes que causar daño á vuestro prójimo en sus pertenencias, antes que atentar contra la vida de vuestro enemigo, pudiéndolo herir ó matar en unos momentos en que no viéndoos nadie por estar en un camino ó paraje solitario, antes que sembrar en las familias la zizaña de la discordia, de la que germinaran desavenencias ú odios encarnizados, antes que cometer un adulterio ó cualquiera otra especie de impureza? En una palabra: ¿preferiríais morir antes que quebrantar uno solo de los divinos mandamientos? ¡Ah! cuánto me temo, teniendo en cuenta vuestra vida pasada, que ofrecidas semejantes ocasiones flaqueara vuestro amor para con Dios! Y si esto fuera, ¿qué me importa el que todos vosotros digais con la boca que amais á Dios, si obrando de este modo vuestros procedimientos acreditan de

¹ *Qui habet mandata mea, et servat ea: ille est qui diligit me... Qui non diligit me, sermones meos non servat.* (Joan. xiv, 21-24).

² *Hæc est enim charitas Dei, ut mandata ejus custodiamus.* (I Joan. v, 3).

que no es así? ¿Qué me importa, os diré con el grande san Agustín, que digais el que amais al rey, si aborreceis su ley? *Quid est quod diligo regem, si odio habeo ejus legem?* Quien da gusto á sus pasiones, se complace en sus ilícitos deseos, y procura llenar los gustos prohibidos de su cuerpo, no ama á Dios de veras, porque le contradice, siguiendo caminos opuestos á los que su Majestad tiene señalados para que le complazcan los mortales. Quien le ama verdaderamente, es aquel que refrenando sus apetitos, se ciñe á la observancia de los mandamientos; aquel que aborrece todo pecado; y aunque se le ofrezcan coyunturas las mas adecuadas para cometerlo, se guarda muy bien de ello, porque sabe ha de desagradar á su Dios, diciendo: Mi Criador, mi Redentor y mi Dios, tengo en mas alta estimacion vuestra santísima ley y vuestra honra que mi passion; mas que mi interés, mas que mis ganancias, y mas que mis gustos: mas os aprecio que al deleite torpe y prohibido: os amo sobremanera, y en fuerza de este amor, os antepongo y prefiero á todas las cosas del mundo. Aquel que hallándose en uno de tantos deslizarderos como el mundo, la carne y el demonio presentan en esta vida, no lo hiciere así, cuente que en vez del amor divino llenó su corazon de una aversion suma, manchó su alma con un aborrecimiento completo contra su soberana Majestad: cayó de su gracia, perdió á su Dios, y perdiéndolo se desterró por sí mismo del cielo, lanzándose por su propia voluntad en un abismo de amarguras, y tal vez de penas atroces, indecibles y que no tendrán fin.

¿Y quién, á no ser un insensato, un loco, ó mas bien un hombre del todo abandonado, se querrá precipitar en este infortunio de males tan terribles? ¡Oh, y cuán grande es sobre la tierra el número de estos desgraciados! ¡oh, y cuánto temo, fieles míos, el que muchos de vosotros esteis incluidos en este número! Yo bien sé que si particularmente os preguntase si amais á Dios, prontamente y sin vacilar me responderia cada uno de vosotros, sí le amo: *Tota fiducia et secura mente respondet: diligo*¹. No hay cosa mas comun que esta especie de protestas, porque es muy fácil pronunciarlas; pero siempre que vuestros pensamientos, vuestras palabras ó alguna de vuestras obras discorden, se desvien ó se opongan á su santísima ley, caducan semejantes protestas; y mas bien os diré que llevan consigo la señal del aborrecimiento de Dios. ¿Qué? Dividiendo en porciones vuestro corazon, y dando una de ellas al mundo, y otra

¹ Greg. Magn. hom. XXX in Evang.

al Señor, ¿pensais que quedará este enteramente satisfecho y complacido en un todo? No : no podemos agradecerle amándole á medias, sino por entero. No podemos amar á un mismo tiempo á dos objetos tan distantes y tan contrarios como Dios y el mundo, la verdad y la mentira, la virtud y el vicio. Sin ofensa del Criador y sin perjuicio de nuestra felicidad, no podemos participar á la vez de los gustos prohibidos y de la divina gracia. No podemos amar la gloria del mundo y la de nuestro verdadero Dios. El Señor quiere que le amemos con preferencia á todo lo del mundo, y no es por interés alguno que le redunde, sino porque nada desea tanto como hacernos participantes de sus celestiales riquezas. Si no le amamos en esta misma forma que apetece, de nada nos aprovecharian los mas distinguidos talentos, ni la mas alta fortuna que pudiéramos disfrutar. Sin este amor de Dios, llevaríamos sellada nuestra alma con los terribles anatemas que ya tiene severa y terminantemente pronunciados : *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema* ¹. Sin esta lámpara encendida del amor divino se nos impedirá como á las vírgenes necias la entrada en la sala del esposo. Sin esta vestidura nupcial serémos infaliblemente extraídos del festin de las bodas, y atados de piés y manos serémos arrojados á las tinieblas exteriores, al abismo horroroso del infierno. Evitemos, pues, estas desdichas : procuremos libertarnos de estos tan terribles horrores. Rompamos los lazos que nos tiende el mundo, la carne y el demonio. Amemos á Dios de todas veras, y estemos seguros de que si así lo hacemos viviremos en gracia, y el Señor nos premiará con el don precioso de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que le hemos ofendido en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : todos vuestros divinos oráculos se reducen á mandarnos vuestro amor con preferencia á todas las cosas del mundo, y á prohibirnos el amor desordenado de nosotros mismos. Y con ser esto una verdad constante, ¿cómo he preferido mi estimacion propia y la de las criaturas á la vuestra? ¿Cómo he fijado toda mi consideracion y aprecio en las cosas perecederas, siendo tan frívolas,

¹ I Cor. xvi, 22.

con olvido y aun con injuria de Vos que sois el contento de los justos, y la alegría de los Santos?

¡Ay mi amable Redentor! ¡Cómo conozco ahora la desatención con que me he opuesto á vuestra soberana voluntad! Pero tambien es cierto que no quisiera contrariarla ni resistirla ya mas: bastante os he ofendido. ¿Hasta cuándo ha de durar mi ingratitud? ¿hasta cuándo he de permanecer sordo á vuestros clamores, y rebelde á vuestros llamamientos? ¿No se ha de rendir por último del todo esta mi voluntad para hacer cuanto sea de vuestro agrado; sin declinar á lo prohibido por Vos? Pero ¡ay! que ni aun esto puedo, si Vos no me sosteneis con las fuerzas de vuestro divino auxilio. Viéndome hecho una sentina de vicios, contemplándome en el número de los mayores pecadores, ¿no debiera morir de confusion y de dolor, si bien meditara el infinito agravio que os hice con mis culpas? ¡Ay Dios mio! Herid mi corazon con algun dardo de vuestro amor, acabad con mis imperfecciones, y pulverizad las ofensas con que tanto os maltraté. ¡Oh quién nunca hubiera pecado! ¡oh quién hubiera muerto de pena antes de haberos ofendido! Pero si entonces me porté con villanía, ahora me postro con humildad solicitando nuevamente el perdon de todas mis culpas, y para lograrlo mas seguramente, las detesto para siempre diciendo con el corazon rasgado de dolor que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMOCTAVA DESPUES DE PENTECOSTES.

La blasfemia es un pecado enorme y diabólico.

Hic blasphemaf. (Matth. ix, 8).

Esto blasfema.

Apenas salió el hombre de las manos de su Criador, cuando este puso sus divinos ojos sobre su corazón, y á pesar de concederle una libertad absoluta para obrar el bien y el mal, resolvió no obstante dirigirlo por los senderos del bien : conquistarlo si le presentaba resistencia, y traerlo para sí, aun en el caso de que anduviera por peligrosos extravíos: siendo de admirar sobremanera una beneficencia tan admirable de Dios para con el hombre, no obstante la pequeñez de este respecto de la grandeza de aquel, la miseria que le acompaña cuando el Señor posee todos los bienes, y es la abundancia y riqueza infinita. Para el efecto no se contentó con darle una vida sobre la tierra y un cúmulo inexplicable de bienes temporales, sino que le prometió una vida eterna y unos bienes gloriosos é infinitos. Quiso hacernos ricos á todos con sus mismas riquezas, y labrar nuestra felicidad con la participacion de su misma gloria, deseando vivamente que todo lo suyo sin reservarse nada fuera igualmente nuestro. A fin de llevar adelante su santísima voluntad y llenar por completo sus intentos respecto de nosotros, nos dotó de un espíritu semejante á los que de continuo cantan sus divinas alabanzas en el trono de su gloria, sujetando á nuestro servicio todas las criaturas del universo, y dándonos á cada uno para nuestra custodia un Ángel como al que guió al pueblo israelita á la tierra de promision, para que teniéndole reverencia, oyendo su voz y apreciando sus consejos, nos guardase en los caminos de esta vida hasta introducirnos en el lugar santo de la gloria que nos tenia aparejado ¹.

Empero aunque grandes estos dones de su liberalidad infinita, no

¹ Exod. xxiii, 20.

tienen comparacion con otros especialísimos de mayor precio, por haberle costado mucho á su soberana Majestad. Así es que evacuada la plenitud de los tiempos, cuando se sirvió nuestro divino Redentor evacuar su mision en la tierra, nos visitó personalmente, nos predicó por su boca su divina palabra, nos comunicó el depósito de su celestial doctrina, y obró á favor nuestro portentos sin número que se hallan consignados en los santos Evangelios, reconciliándonos con su eterno Padre á costa de su sangre, nos hizo sus verdaderos hijos, cargando sobre sí nuestras deudas y pecados, y perdiendo la vida para que nosotros viviéramos eternamente. Las almas justas que siempre hay en el Cristianismo, agradecen como es justo, en su corazón y en sus labios, favores y gracias de tanto aprecio; pero tampoco faltan en las parroquias sujetos, por el contrario, que orillando beneficios de tanta consideracion, léjos de agradecer, llegan hasta blasfemar del mismo Dios su bienhechor. Los fariseos falsamente juzgaron en su interior que Jesucristo habia incurrido en este crimen, por haberle dicho al paralítico que se le perdonaban sus pecados, como (hoy) dice el Evangelio, porque no teniéndolo por el Hijo del eterno Padre, creyeron se atribuia la potestad de perdonar los pecados siendo propia de solo Dios. Nosotros conocemos muy bien cuán falsos eran sus juicios, á causa de gozar el Hijo de la misma plenitud de poder que el Padre eterno. Calificada de errónea la creencia farisáica, mas bien fundada será la nuestra, al decir que incurren en la criminalidad de esta culpa muchos sujetos de nuestros días, porque nos consta que con la mayor inconsideracion profieren á cada paso blasfemias contra Dios, incurriendo así en un pecado enorme. Yo me persuado que cuantos incurren en este crimen tan detestable no están penetrados de la indecible gravedad que en sí encierra, y por lo tanto me ocuparé ahora en haceros ver que *la blasfemia es un pecado enorme y diabólico*: para que si hay alguno entre vosotros que cometa una culpa tan fea, la deponga sin la mas mínima tardanza, y la abomine para siempre. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Hay ciertos pecados, fieles míos, de tanta gravedad, tan feos y tan detestables en sí, que aun para combatirlos tiene uno horror de nombrarlos, y de esta clase es la blasfemia que me he propuesto impugnar en este día. ¡Y quién pudiera pulverizarla! Tomando en general esta palabra, se llama así toda expresion, discurso ó escrito injurioso á Dios nuestro Señor, á la Virgen santísima, á los Santos; pero en el uso ordinario se entiende especialmente por esta palabra

los juramentos é impiedades contra el santo nombre de Dios. Los teólogos dicen que la blasfemia consiste en atribuir á Dios una cualidad que no le conviene, ó en quitarle alguno de los atributos que le son propios. San Agustin califica de blasfemia toda palabra que sea injuriosa á Dios: *Jam vero blasphemia*, dice, *non accipitur, nisi mala verba de Deo dicere* ¹. Segun esto toda palabra de maldicion, de injuria ó afrenta contra Dios, contra la Virgen ó contra los Santos, bien sea atribuyendo á las criaturas lo que solo se debe á Dios, bien diciendo de él cosas verdaderas, pero que tienden á su deshonor ó desprecio, es una blasfemia.

No hay pecado, fieles mios, que deje de desagradar á Dios, y que por lo tanto no lo abomine como merece ser abominado. Todo pecado es ofensivo á su soberana Majestad y cede en deshonor suyo; pero ninguno le es tan abominable y ofensivo como la blasfemia; porque si bien los otros pecados deshonoran al Señor de un modo indirecto, quebrantando su ley, la blasfemia le deshonra directamente maldiciendo su santísimo nombre. Por eso en sentir de los santos Padres es el crimen que encierra mayor malignidad. Es mayor pecado que el hurto y el adulterio, dice san Jerónimo ². El ángel de las escuelas santo Tomás de Aquino dejó sentado como cosa indubitable en aquella preciosa *Suma*, que compuso para confusion de los infieles, judíos y herejes, y para ilustracion de la Iglesia católica, que el que blasfema, comete un pecado todavía mas enorme que si ejecutase una muerte la mas horrible que se puedé imaginar ³. San Juan Crisóstomo aseguró que este pecado era el peor de todos ⁴. Lo mismo vino á decir el doctor Máximo, asegurando que es tan horrible, que cualquier otro pecado es leve comparado con la blasfemia ⁵. San Agustin añade, que es peor este pecado que el que cometieron los que crucificaron á Jesucristo ⁶. Y san Bernardino de Sena se adelantó á decir, que ningun otro pecado hay que encierre en sí mayor iniquidad y malicia ⁷. Es tan pésimo este pecado, que es mayor aun que la impiedad, porque si esta no honra á Dios, aquel á las claras le deshonra; si la impiedad no le tributa los debidos obsequios, la blasfemia le irroga grandes insultos: si el impío rehuye rendir sus cultos á la Divinidad, el blasfemo vomita sus desprecios contra ella. Todos los otros pecados que el hombre comete dimanen de la fragilidad ó de la ignorancia; pero la blasfemia pro-

¹ De morib. Manich. lib. II, c. 11. — ² In Isai. XVIII. — ³ 2, 2, q. 13, art. 2 ad 1. — ⁴ Hom. I ad Pop. — ⁵ In Isai. XVIII. — ⁶ Sup. cap. XXVI Matth. — ⁷ Tom. IV, serm. XXXIII.

viene de la propia malicia, y encierra en sí tanta maldad, que el que blasfema comete un crimen de lesa majestad divina, injuriando á Dios cara á cara y en su propia persona, abrigando un sentimiento profundo por la alta soberanía que goza, y por las infinitas perfecciones que le acompañan, odiando su suprema felicidad, y apeteciendo destruirlo en lo que él alcanza. Es verdad que no puede desposeer á Dios de su altísima soberanía con el agregado de todos sus atributos, no alcanza á esto su pobre miseria; pero si alcanzara, visto el modo con que comunmente vilipendia á Dios, si le fuera dable, lo aniquilaria, viniendo á confirmarnos en el parecer de que es un asesino, un deicida que quita la vida á Dios en su corazón, y si de veras no lo realiza, es porque no puede. Por eso dice san Gregorio Nazianceno, que el blasfemo es peor que un gentil ¹. Es tan execrable la malicia de la blasfemia, que nada hay que deje de estremecerse al oirla fuera del que blasfema; y encierra en sí tanta enormidad, que hasta nuestro soberano Redentor calificó este pecado de irremisible ². Y aunque es cierto, hablando absolutamente, que no hay llagas que no se puedan cicatrizar con el bálsamo de la Penitencia, sin embargo esta de la blasfemia está tan podrida y profunda entre todas, que rarísimas veces alcanza la curacion, por mas que se usen con ella de medicamentos los mas exquisitos, y de industrias las mas desusadas. En fin, omitiendo otros muchos testimonios diré por último con san Antonino, que el que adolece del infame vicio de la blasfemia, da muestras evidentes de pertenecer á la clase de los condenados cuyas funciones desempeña ³.

Y á la verdad, fieles míos, maldiciendo á Dios los blasfemos á causa de una mala voluntad y de cierto odio que le tienen concebido, se hacen semejantes á los que yacen condenados en el infierno, los cuales se ocupan principalmente en maldecir en su corazón á la divina justicia que tan severamente los castiga. Hay una completa correspondencia entre las palabras desatentas y sacrílegas de los que blasfeman en este mundo, y las maldiciones de los condenados en el infierno. De suerte que á la manera de una música de dos coros, el un coro está debajo de la tierra, y el otro arriba; y de los acentos blasfemos de aquellos infelices que se hallan sepultados allá bajo, abrasándose en un fuego vivo y que nunca se apaga, aprenden acá arriba estos hombres desgraciados á formar eco y proferir blasfemias á compás. ¡Cuánto fuera de desear, Dios mio, que vuestra honra

¹ Orat. XL. — ² Matth. XII, 32. — ³ Part. II, tit. 7, c. 3.

vilmente ajada les encendiera en su maldito corazon un celo el mas vivo y ardoroso, para que desterraran para siempre sus bocas infernales un lenguaje tan indigno de todo cristiano, precipitándolo á los abismos de donde salió !

Lenguaje tan indigno es el de la blasfemia, que los judíos se tapaban las orejas y rasgaban sus vestidos en demostracion de sentimiento, y en prueba ostensible del horror con que la oian. El primer blasfemo de quien hacen mencion las divinas Letras, fue llevado á la presencia de Moisés, y este consultó con Dios nuestro Señor lo que se habia de hacer con aquel perverso delincuente; y la respuesta del Altísimo fue, el que lo apedrease todo el pueblo, sin permitirle vivir á un infame como él ¹. En este caso fatal reconoce el origen la ley que Dios impuso á su pueblo, de que se le quitase la vida á todo el que en adelante blasfemase, bien fuese del país, bien extranjero. Tambien en el Cristianismo se castigó con la pena de muerte por muchos años. La Iglesia en todo tiempo miró con el horror que se merece este enorme pecado: así es que tanto los Concilios como los Sumos Pontífices impusieron á los blasfemos penas rigurosísimas. Los Reyes juntaron en toda época su autoridad con la de la Iglesia, para impedir que la blasfemia echase raíces en las monarquías que gobernaban. La historia nos demuestra que san Luis rey de Francia ordenó se les marcase en la frente con un hierro hecho aseua, ó que se les cortase la lengua; y si alguno despues de este castigo volvía á blasfemar, mandó que muriera irremisiblemente ajusticiado. Si la pena impuesta en Francia por san Luis parece tan rigurosa, tambien hallamos ley que en nuestra España se ordenó el que á los blasfemos se les cortase la lengua, y se les diesen cien azotes, si el delito se cometiere en la corte, y á ser fuera de ella, el que se les cortase la lengua y se les confiscase la mitad de los bienes ². Es verdad que en el dia se han rebajado notablemente estos castigos, y se les impone á los blasfemos penas inferiores; empero no es porque sea menos grave y detestable este delito, sino porque siendo mas general la relajacion de costumbres, son mas difíciles los castigos humanos, y es preciso reservarlos á la justicia divina.

Si la experiencia no nos lo demostrase, no pudiera uno persuadirse que hubiera en el mundo personas tan desalmadas y perdidas, que tuvieran valor de incurrir en este crimen cometiendo un pecado como este tan detestable, por ser tan deshonoroso á su divina Ma-

¹ Exod. xxiv, 11 seq. — ² Lib. II, tit. 4, lib. VIII Recop.

jestad, que nos colmó de beneficios sin cuento y continúa en dispensarnoslos todos los dias y por todos los instantes. Si nos ideáramos un hombre ya en la edad viril, que apareciendo al presente por la primera vez en la tierra, fuese repentinamente ilustrado con una luz celestial, con la que llegase á comprender á una simple ojeada la multitud, la variedad, la union, la correspondencia, la admirable armonía, la hermosura y grandeza de todas cuantas cosas hay en el universo, ¿sabria jamás en aquel éxtasis de asombro juzgar posible de que se encontrase alguno en el mundo que blasfemase del supremo Autor de una obra tan perfecta? Y si despues oyera decir que no hay uno solo que le blasfeme sino en gran número, y que son precisamente aquellos mismos para cuya utilidad se formó este universo, aquellos en cuyo beneficio por orden del mismo Autor giran ahora los cielos con movimientos tan uniformes y constantes, ¿no le pasmaria esta noticia, avergonzándose de tener comun la naturaleza con tal linaje de hombres? Sin embargo, esto es lo que vemos frecuentemente en este mundo; hombres ingratos, inconsiderados y sumamente perversos, que en vez de agradecer, bendecir y alabar á Dios, tienen abrasadas las entrañas de su alma con un fuego encendido á la violencia de sus vicios, y de una tan grande perversidad, que reventando por su boca infernal, arrojan dicterios horriblos, blasfemias detestables contra el cielo; por cuya razon dice san Bernardino, que semejantes personas son como perros rabiosos, demonios encarnados, almas malditas, basiliscos diabólicos que vuelven sus iras contra su Dios y su Señor, maldiciendo su bondad y soberanía, arrojándole por la boca el veneno mortífero de las injurias que conciben en su pecho maligno y del todo pervertido: *Blasphemi sunt canes rabidi, dæmones incarnati, animæ maledictæ* ¹. Arrebatados estos hombres y llevados con un ímpetu ciego, sin consideracion que los pare, freno que los contenga, ni temor de Dios que los domine, prorrumpen unos tan pronto como les acaece un infortunio en sus personas, haciendas ó animales, y otros sin que nada adverso les suceda, en expresiones injuriosas contra Dios, blasfemando contra él, como si su divina Majestad fuera el causante de las desgracias que les sobrevienen; ó lo contemplaran como si fuera su mayor enemigo, el cual estuviera siempre vigilante para hallar medio de perjudicarles en cualquiera coyuntura. ¿Cómo es posible que un hombre, por mas perdido ó infame que sea, pueda concebir pensamientos de tanta in-

¹ Tom. I, serm. XIV.

famia respecto de Dios, si no fuera porque los ha recibido de lecciones comunicadas por los espíritus infernales? Sí: ni pudiera abrigar tanto encono contra su Criador, ni decidirse á injuriarle tan descaradamente ajando su santísimo nombre y su omnipotente soberanía, si semejante maldad no se la sugiriese el mismo demonio. ¿Quién os parece á vosotros que le sugirió á Judas el infame pensamiento de vender á nuestro dulce Jesús? No: no podía concebir el entendimiento de aquel malogrado discípulo, ni realizar la venta de su Maestro, llegando su malicia á tan horrendo crimen, si el mismo demonio no le hubiera sembrado en su corazón aquella semilla tan sacrílega: *Cum diabolus jam misisset in cor* ¹. Cuando los escribas y fariseos formaban consejo contra la vida de nuestro soberano Redentor, ¿qué os parece que les dijo? Que tales procedimientos los ejecutaban, como hijos del diablo que eran, teniendo una decidida resolución en llevar adelante y cumplir sus sacrílegos deseos: *Vos ex patre diabolo estis: et desideria patris vestri vultis facere* ². ¿Y no podríamos con justa razón decir esto mismo del blasfemo, cuando vemos que se concita contra la suprema Majestad de cielo y tierra, vilipendiando su honor, ajando su nombre y echando á rodar por el suelo toda su soberanía celestial, siendo su maldita lengua, como dice el Serafin de Sena, á la manera de una espada con que traspasa el corazón de Dios ³? Si bien lo contemplamos, con la mayor propiedad le cuadran al que blasfema las mismas palabras que Jesucristo dirigió á los escribas y fariseos; puesto que no cabía en la malicia de estos, ni cabe en la perversidad de aquel, el perseguir al Hacedor de todo lo criado, el aborrecer al Dispensador de todos los dones, ó intentar aniquilar y reducir á la muerte al Dador de la vida. Esta suma maldad es una prueba inconcusa de que el demonio está apoderado del corazón del blasfemo, pues una tan perversa malicia solo puede hallarse en el infierno; pudiéndose decir con toda propiedad de todos los que blasfeman, lo que el Evangelista dijo de la mujer profana, que el compuesto de su cuerpo y de su alma era la estancia en que moraban los demonios y el abrigo de todo espíritu inmundo ⁴.

Siendo esto así, ¿qué quietud puede lograr un blasfemo en su corazón, cuando está dominado, y á sugestión del mayor enemigo de su alma se concita locamente contra Dios, su único y pródigo

¹ Joan. XIII, 2. — ² Joan. VIII, 44. — ³ Tom. IV, serm. XXXIII.

⁴ *Facta est habitatio dæmoniorum, et custodia omnis spiritus immundi.* (Apoc. XVIII, 2).

bienhechor? ¿Cómo no temes (le diré, pues, con palabras de san Efreñ, al que de vosotros se halle inficionado de este maldito vicio); ¿cómo no temes, ó blasfemo, el que baje fuego del cielo y te reduzca á cenizas? ¿Cómo no temes el que se abra la tierra á tus piés y te se trague¹? Entra en reflexion quando menos en algun intervalo que tengas de calma, entra en reflexion, y advierte que el uso de las blasfemias que echas, es una señal demasiado sensible de que te hallas ya con uno de tus piés en el infierno, y que si Dios á quien tienes tan irritado te hubiera quitado la vida, estarias ya con los dos en aquel horroroso lugar, condenado para siempre; pero cuenta que si no te corriges ahora, el fin de tu existencia tiene que llegarte; y si ese te alcanza en esa mala disposicion en que te hallas, ya puedes contemplarte eternamente infeliz, pues no pueden menos de cumplirse las aserciones que hallamos en la sagrada Escritura, que no son otra cosa que oráculos infalibles del Espíritu Santo; y hay uno que dice que los blasfemos todos serán condenados: *Condemnati erunt omnes qui blasphemaverint te*². Y acaecido este lance tan funesto de tu muerte sin corregirte (lo que el Señor no permita), ¿con qué cara te presentarás en la presencia divina? ¿Qué responderás á Dios cuando su tremenda Majestad te haga cargo de este maldito vicio, que no te proporciona en este mundo honor, crédito, reputacion ni utilidad la mas mínima, de este vicio infame y reprehensible que ahora tanto te domina, y te diga con un semblante sumamente airado, y con una fuerte energía en su voz y en su palabra: Ven acá, mal cristiano: ¿Qué mal te hacia yo, qué agravios te ocasioné para despreciarme y ofenderme con injurias y vilipendio, abominándome con tus blasfemias sin respeto ni reverencia? ¿Cómo tuviste atrevimiento para ultrajarme y pisotearme con tu desbocada lengua por las casas, por las calles, por plazas y caminos, quando debias venerarme y colmarme de alabanzas sin cesar? A tí sin duda en el hecho de odiar mi santísimo nombre allá en el mundo, de rebajar mi omnipotencia, y de aborrecer mi santidad, ¿te es abominable mi gloria, eh? Pues bien; los demonios te arrebaten: sórbate el infierno: arde eternamente en sus hornos: no sepas jamás qué cosa es paz, ni conmigo, ni contigo, ni con otro alguno: todos te maldigan, aborrezcan, pisoteen y opriman: vive siempre luchando contra tí propio para acabarte; y nunca te acabes de acabar, ni nunca ceses de penar y de padecer. Esto es lo que al blas-

¹ Ephr. Paren. 2. — ² Tob. XIII, 16.

femo le dirá el Redentor ejerciendo las funciones de juez el mas severo ; y así como en este mundo tan pronto como maldijo á una higuera verde, quedó de repente seca ¹, verificándose en el momento la maldicion, del mismo modo quedarán realizadas las referidas contra el blasfemo.

Si alguno de vosotros, fieles mios, por su desgracia está poseido de semejante vicio, de un vicio como este, digo, tan enorme, tan horrible, detestable, diabólico é infernal, abra con tiempo los ojos de su entendimiento, para advertir el precipicio en que se arroja. Mientras el hombre vive en este mundo, es cierto y verdad de fe que puede alcanzar perdon ó remedio para todos sus pecados, por muy feos, numerosos y abominables que sean. Los blasfemos tambien lo pueden alcanzar ; empero para conseguirlo es preciso hagan una confesion general compungida y dolorosa, pulvericen con ella á una con oraciones, ayunos y disciplinas, esa perversa costumbre que los precipita á injuriar á Dios, á la Virgen santísima ó á los Santos : arrastren la lengua por el suelo por dilatado número de veces por las blasfemias anteriormente proferidas : pongan un candado en sus labios para no abrirlos jamás para semejantes dictérios tan horrosos : prostérnense frecuentemente á los piés de un Crucifijo, y allí repitan con toda la efusion de su corazon estas palabras : *Bendito sea mi Dios : alabado sea Jesucristo*, y otras semejantes. Si la costumbre la tienen muy arraigada, deben esmerarse en arrancarla de raíz y vencerla completamente. Para el efecto, al levantarse por las mañanas, formen resolucion de no blasfemar, rezando á la Virgen santísima una Salve para que les alcance de su santísimo Hijo gracia para cumplir su propósito ; y si algun dia se les escapase alguna palabra injuriosa á Dios, repitan las alabanzas que al pié de un Crucifijo he dicho se dijeran. Recen asimismo una Ave María, besando el suelo con humildad si lo pudieren hacer, para que con estos recuerdos triunfen de ese mal hábito. Permitan y permitamos todos el que nuestro cuerpo sea partido á trozos ó reducido á polvo, antes que pronunciar alguna palabra injuriosa contra Dios, contra la Virgen ó contra alguno de los Santos. Procediendo de este modo, nos haremos acreedores á que el Señor mirádonos con predileccion en fuerza de su infinita é inefable misericordia, nos mantenga siempre en su gracia, y con esta alcancemos la bienaventuranza eterna. Amen.

¹ Matth. xxi, 19.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el dolor que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole todos, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor, manantial fecundo de gracias y fuente perenne de piedades : aquí teneis ante vuestra soberana presencia rendido con el mayor abatimiento á un infeliz y miserable pecador, vaso lleno de inmundicia, y sentina de todo género de vicios. ¿Y cómo me atreveré á dirigiros la palabra, manchada mi lengua, mi entendimiento, mi voluntad y mi corazon con un número infinito de pecados?

¡Ay mi amable Redentor! ; cuánto siento comparecer á vuestra vista tan lleno de fealdades asquerosas! Pero conociendo la gran necesidad que tengo de un eficaz y ejecutivo remedio que sane mis imperfecciones y cure radicalmente las dolencias de mi alma, me llevo á Vos, como el pobre mas infeliz al rico mas poderoso, para impetrar misericordia : como enfermo desahuciado al Médico de la vida ; y como delincuente á la fuente inagotable de vuestra inmensa piedad. No me desechéis, mi Dios. Tended sobre mí una mirada de clemencia, que con solo esto estoy seguro de quedar purificado de mis imperfecciones y limpio de todos mis crímenes. Y si para esto es forzoso que yo deteste antes todos los extravíos é infracciones de vuestra santa y divina ley, lo hago con toda la sinceridad de mi corazon, diciendo con mi alma partida de dolor, que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA DÉCIMANONA DESPUES DE PENTECOSTES.

Los castigos que Dios ha ejecutado con los impuros, y los que justamente pueden temer los dados á la molicie y los adúlteros.

Et vidit ibi hominem non vestitum veste nuptiali. (Matth. xxii, 11).

Y vió allí un hombre que no llevaba el vestido nupcial.

El grande apóstol san Pablo, tan singular en su vocacion, en sus éxtasis, en sus tareas apostólicas, y hasta en sus aflicciones, nos encarga en su carta á los de Éfeso, que la fornicacion y toda clase de inmundicia debe estar tan léjos de nosotros, que ni siquiera debe nombrarse, siendo esto lo mas conforme y conveniente á los que hacemos profesion de santidad ¹, por razon de la ley que hemos abrazado. Ley tan santa y tan pura, que manda la pureza en las obras, en las palabras, en los deseos y hasta en los pensamientos. En fuerza de ella, está obligado todo cristiano á mantener su cuerpo con todos sus sentidos, y su alma con todas sus potencias en santidad y honor, sin dejarse arrastrar hácia la sensualidad como lo hacen los gentiles que no conocen á Dios ². El que no lo hiciere así, léjos de eso contaminare su imaginacion ó su cuerpo con alguna impureza, no es discípulo dócil, ni seguidor fiel de aquel Señor que tanto quiso el que fuésemos castos: no es obedecedor exacto de aquella ley, que requiere en cuantos la profesan una pureza suma en todo. El que la quebranta por ocurrirle un pensamiento impuro y deleitarse en él, por proferir con fin dañado alguna palabra deshonesta, ó ejecutar alguna accion lasciva, sea de tocamientos consigo mismo ó con otro; ó consumando un acto carnal con persona de diferente sexo, bien se halle en estado de solteria, ó bien en el de matrimonio, acarrea á su alma una deformidad tan grande, que siendo ella hasta entonces el objeto mas hermoso y grato á los ojos de Dios, degenera

¹ *Fornicatio autem, et omnis immunditia... nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. (Ephes. v, 3).* — ² *1 Thes. iv, 4, 5.*

por aquel pecado en lo sumo de la fealdad, y por lo tanto en lo que el Señor mayormente aborrece. Resuelta una persona y entregada á la licencia y horror de un pecado deshonesto, mancha á su alma con la asquerosidad de una culpa fea, súcia y abominable, y desde entonces despiden un vapor tan fétido, que no puede sufrir el Santo de los Santos. Constituido el Señor esposo de nuestras almas, es tan celoso, que un pensamiento consentido, una delectacion morosa, una mirada con intencion lasciva, una palabra, una acción impura, hieren sus divinos ojos, y ofenden su corazón. Por este motivo debemos invertir un sumo esfuerzo, aplicándonos á mantener castas nuestras almas, como dice el apóstol san Pedro, por una obediencia que nace de la caridad, adornando el hombre interior que reside en nuestro corazón con una pureza incorruptible, que es una preciosa gala á los ojos de Dios ¹.

Esta es la hermosa vestidura nupcial que debemos llevar, para ser gratos á los ojos del Rey de los siglos, que nos convidó á las bodas del Cordero. Por no hallarse uno de los convidados con esta preciosa gala, con este cándido vestido, lo mandó extraer á la fuerza y con la mayor ignominia de la sala del festin como vemos (hoy) en el Evangelio, y arrojar á las tinieblas exteriores. Suerte desgraciada, que infaliblemente le tiene que caber al que es descuidado en el candor brillante de este vestido. El Señor siempre se ha mostrado riguroso en extremo con los que se han entregado á la suciedad de la impureza, castigando este vicio abominable sin contemplacion alguna. La mano justiciera de Dios no está abreviada; así es que en el día puede castigar á los impuros del mismo modo, y aun con mayor severidad, que lo ha hecho hasta de aquí; y por lo tanto, todos debemos guardarnos muy mucho de cometer un pecado de esta especie, no sea que el Señor despliegue contra el que le cometa todo el lleno de sus iras. Esto es lo que os voy ahora á demostrar, patentizándoos los castigos que Dios ha ejecutado con los impuros, y los que justamente pueden temer los dados á la molice y los adúlteros. Mientras lo hago con el favor divino, estad atentos.

El vicio de la impureza, fieles míos, consiste en un amor desordenado de los deleites carnales. Se comete de muchos modos, que me abstengo aquí de explicar con especificacion, por los gravísimos inconvenientes y daños que pudieran originarse. Sobrados maestros tiene el mundo, que enseñan este vicio tan súcio y abominable, y

¹ I Petr. 1, 22.

en ninguna cosa es mas digna de elogio la ignorancia que en este asunto. Este vicio es de naturaleza tan osada, que ningun otro le aventaja en intrepidez ; y encierra en sí un conjunto de circunstancias tan malas y tan particulares, que yo no soy capaz de explicarlas. Mas digo. No hay lengua humana que sea capaz de describir la suma fealdad que en sí encierra, lo abominable que es ante los ojos de Dios, el sumo horror que le causa, y la irritacion que le motiva.

Él hace guerra á toda clase de personas, siendo de estas muy pocas que puedan librarse de sus envenenados tiros. Este maldito vicio es tan atrevido, que no tiene consideraciones que lo detengan. Él no respeta ni aun al estado mas perfecto. No le detiene ni aun la clausura mas retirada, ni aun le paran los horrores de la soledad mas abstraída : por manera, que aun las almas mas perfectas se acobardan al sentir el estrépito que motiva su venida, y se ponen á temblar cuando les ataca, dirigiéndoles sus crudos embates. Él no respeta estados, edades, clases ni condiciones ; y lo que es mas, ni aun se ahorra con los parientes. Enemigo declarado de la pureza, atiza el fuego de la concupiscencia, y enciende los corazones de los hombres, de las mujeres, de los jóvenes y hasta de los ancianos, siendo lo mas sensible, que con afrenta de la humanidad cuenta muchas y señaladas victorias. Desde el principio del mundo há que viene declarando guerra á todos los vivientes, haciendo sucumbir á infinitos, á los golpes de sus malignas y sagaces astucias. Con sus artificiosos halagos logró cautivar á hombres de un denodado esfuerzo, infatuar á sujetos muy instruidos, hacer injustas á personas que eran antes muy piadosas, engañar á hombres muy grandes, y transformarlos en brutos. Él ha logrado cortar con su afilada hacha cedros altos del Líbano, y echarlos al fuego del infierno : eclipsar á brillantes estrellas, y convertirlas en carbones del abismo. Es una enfermedad que ataca indistintamente á toda clase de personas : un contagio que contamina á ricos y á pobres, y cuya pestilencia viene abrigándose desde el principio del mundo hasta nuestros dias, lo mismo bajo los costosos vestidos de los grandes, que de la andrajosa ropa que llevan los mendigos. En todo tiempo ha sido general su terrible dominacion. Si abrimos las sagradas Letras, verémos en todas sus páginas contaminados los vivientes del mortífero veneno de la impureza ; y como no hay pecado que envilezca mas al hombre que este, llegándolo á degradar y hacerlo igual á las bestias ; como no hay pecado que se oponga mas directamente á la pureza infinita de Dios, tampoco hay ningun otro que mas irrite al Señor, y que lo impulse

á manifestar sus furiosas iras. Si quereis que os presente pruebas inconcusas de esta verdad, la sagrada Escritura me las ofrece en abundancia. Por ningun otro pecado ha enviado castigo tan espantoso, tan extraño y tan universal, como por el de la impureza, llegando á destruir con el diluvio casi todas las hermosas y magníficas obras de sus omnipotentes manos, á causa de que casi todos los habitantes del mundo habian corrompido torpemente sus caminos ¹.

Este gravísimo pecado es el que precisó al Señor á enviar un castigo no menos terrible y espantoso, aunque muy diferente del anterior, contra las ciudades de Sódoma, Gomorra, Adama y Seboim situadas en el ameno valle de Pentápolis. Dios nuestro Señor siempre grande y justiciero, que dispone todas las cosas en número, peso y medida, envió sobre estas ciudades profanas y carnales una lluvia de fuego y piedra azufre: *Igitur Dominus pluit super Sodomam et Gomorrhham sulphur et ignem* ². Unas ciudades tan ricas, tan amenas y hermosas, que parecían, segun la expresion de la divina Escritura, el paraíso de Dios, fueron convertidas en miserables y fétidas cenizas. Convertidos sus moradores en asquerosos y hediondos muladares por sus brutales pasiones, fueron en un momento abrasados con un fuego celestial mezclado de azufre, castigo proporcionado en ardor y fetidez á los pecados de la carne. La lujuria, que habia llegado al sumo horror de pervertir el orden de la naturaleza, fue la causa que precisó al Señor á enviarles un castigo como este tan terrible y espantoso. Onan, por no tener hijos, cometió una accion y perpetró un delito que la sagrada Escritura llama detestable, y el Señor lo castiga con una muerte repentina ³. El pueblo de Israel se mezcla carnalmente con las hijas de Moab, lo que produjo en el Señor tal irritacion, que ordenó á Moisés el que quitase á los caudillos de aquel desorden públicamente la vida, para que así se aplacase su enojo ⁴. Por este infame vicio de la lujuria fue muerto súbitamente Siquem, hijo de Hemor ⁵; la tierra de Benjamin derrotada ⁶; Amnon muerto en el convite de su hermano Absalon ⁷. Los viejos que solicitaron á la casta Susana, y que á motivo de no consentir esta, formularon su acusacion en el tribunal, fueron descubiertos, y manifiesta su malicia fueron apedreados por lascivos ⁸. Otros muchos ejemplos imponentes y terribles os podria alegar que ofrece la sagrada Escritura y la historia de los reinos; pero

¹ Genes. vii. — ² Genes. xix, 24. — ³ Genes. xxxviii, 10. — ⁴ Num. xxv, 4. — ⁵ Genes. xxxiv, 26. — ⁶ Judic. xx. — ⁷ II Reg. xiii, 29. — ⁸ Dan. xiii, 62.

los citados los contemplo suficientes para que recibais el visible desengaño de lo enojoso y abominable que es al Señor este pecado de la lujuria, y con qué dureza, rigor y severidad lo castiga aun en este mundo, como no teniendo paciencia para castigarlo en la otra vida.

Ahora bien, fieles míos : si esto consideraran los jóvenes carnales, aquellos que no piensan mas que en apacentar sus sentidos con los pestíferos olores de la impureza, que sus palabras, sus pensamientos y acciones todas son en su mayor parte llenas de inmundicia ; si esto consideraran tantos y tantas que violando la santidad del matrimonio, y faltando á la fidelidad dada y debida á su consorte, se entregan á la ejecucion de una culpa tan fea, tan trascendental y ofensiva á Dios, manchando el tálamo nupcial, ¿cómo era posible que viéramos tantos jóvenes, que con una descarada licencia se tomaran tantas libertades, como se toman, de manchar frecuentemente su propio cuerpo con la molicie, pecado sumamente detestable, de manchar su alma con unas culpas tan feas y abominables, y otros muchos, tanto hombres como mujeres, que no reparan de cometer adulterios? ¡ Ah! es verdad que esto sucede á cada paso, dando unos y otros una desenfrenada libertad y satisfaccion á sus carnales apetitos, pudiéndose decir de ellos lo que el mismo Dios dijo de la ingrata Jerusalén bajo la figura de una mujer lasciva : *Multiplicasti fornicationem tuam... et nec sic satiata es*¹. Pero tambien lo es, fieles míos, que todos estos infelices no tienen un salvoconducto que Dios les haya concedido para pecar á su gusto y satisfaccion ; y que por lo tanto, deben temer y temblar con todos sus miembros, el que el Señor irritado con los pecados tan feos que cometen, los castigue cuando menos piensen con el mayor rigor, ó con alguna muerte repentina que en cuerpo y alma los arroje á los infiernos.

Vosotros, jóvenes, que me estais oyendo, ¡ cuánto desearia el que os penetrárais del yerro que cometeis cuando os entregais de lleno al uso de canciones deshonestas, de miradas libres, de intervencion en los bailes, y en acciones pecaminosas con vosotros mismos, persuadidos de que así quedan satisfechos vuestros deseos, alimentadas vuestras pasiones, y conseguido el gozo que mas os pueda llenar! Sí, jóvenes, á quienes mucho estimo : alimentada la llama de la lujuria por el vigor de la edad, por el calor del temperamento, por la viveza de la imaginacion, por la curiosidad, por malas com-

¹ Ezech. xvi, 20.

pañías, os lanzais á cometer pecados abominables, creyendo que con su goce alcanzaréis desahogo, quietud, satisfaccion y bienestar; pero debeis temer sobremanera no sea que alguna vez, en lugar de estas utilidades que os prometeis, os halleis con el chasco de que el Señor os castigue con la mayor severidad y sin contemplacion, y vengais así á expiar y á tocar resultados los mas funestos, en vez de los gloriosos que os prometeis. Aquel mismo espíritu engañador que tan embaucados os tiene, y aficionados á esas malditas licencias, sedujo tambien á nuestros primeros padres, haciéndoles creer que encontrarian en la comestion del fruto prohibido la sabiduría y la divinidad: pero en vez de estas dichas que se prometian, hallaron en su pecado su ruina y la muerte. Tambien el hijo pródigo creyó que viviendo sin freno alguno, dando contento á sus pasiones, requebrando á los jóvenes, y cometiendo liviandades, pasaria la vida alegre y bien satisfecho; pero bien pronto experimentó todo lo contrario, y si con tiempo no hubiera llegado á abrir los ojos, hubiera perecido temporal y eternamente.

No son menores las calamidades y castigos que deben temer todos los adúlteros. El adulterio es una injuria irrogada al legítimo lecho; sea propio ó ajeno, á causa de un ilícito acceso. Este es un pecado gravísimo, y de tal forma, que excede su enorme gravedad á cuanto con palabras se puede decir ¹. Este execrable pecado era uno de los tres que el Señor mandó, en la antigua ley, que se castigase por todo el pueblo con muerte de piedras. No ordenó que el marido ofendido castigase por sí solo á su mujer que le habia sido infiel, sino que todo el pueblo fuese ejecutor de la pena de muerte, debida á un pecado que en sí encierra, como dice Job, la mas grave y horrible iniquidad: *Hoc enim nefas est, et iniquitas maxima* ². Algunas veces quemaban vivas á las adúlteras, como vemos por la condenacion de Tamar, y en el campo, para que sus cenizas no infestasen los poblados ³. En la ley de gracia tambien la Iglesia impuso á los adúlteros penas muy severas, privándolos por el decurso de muchos años de la participacion de los Santos sacramentos, é imponiéndoles penitencias públicas muy rigurosas. Bien que dice Tertuliano haber habido un tiempo en los primeros siglos de la Iglesia, en que los cristianos estaban tan distantes de tocar mujer ajena, como lo está el sol de tocar á la luna. ¡Ojalá hubiera continuado esta observancia por todos los siglos siguientes hasta nuestros dias! Pero ¡ah! la

¹ Genes. XXXIX, 8. — ² Job, XXXI, 11. — ³ Genes. XXXVIII, 24.

¡Lástima es que quedando como anticuada y envuelta en aquellos felices-tiempos, no tenemos el gusto de verla en nuestros días en la misma forma: antes por el contrario, la libertad de llegarse y comunicarse con mujeres ajenas se ha hecho ya como corriente, ó por lo menos como una tentativa no muy rara entre cristianos.

Pero ven acá, feligrés mio. Tú que estás casado, y esto no obstante te entregas al desorden de comunicar con mujer ajena, y también enlazada en matrimonio, ven acá, y entra en reflexión á estas ligeras consideraciones que te voy á hacer. Tú, no dado que al cometer este pecado, procurarás ejecutarlo con el mayor disimulo, á fin de que no llegue á noticia de la vecindad, del marido á quien perjudicas, ni del juez del partido, que te pudiera encausar é imponerte el castigo que marca el código penal. Así me persuado que lo harás; y yo te concedo de buen grado el que lo consigas. Pero aunque esto sea así, ¿se le podrás ocultar á Dios nuestro Señor que todo lo ve, y de ello te ha de exigir rigurosa cuenta? Pues ¿qué importa que el juez no te imponga la pena correspondiente marcada por el código, ó que no se venga el marido porque lo ignora, si no le puedes ocultar á Dios tu pecado, por mas cautelas que uses, y él te ha de juzgar con el mayor rigor? ¡Oh! ¿qué poco reparas en esto, y cuán poco temes al que mas debes temer! Por un adulterio que cometió David, le anunció que nunca jamás se apartaría de su casa el acero de su temible y omnipotente espada¹. Este mismo castigo te intima á tí, ó adúltero, pues no gozas en su estimación mas alto concepto, que David, ni disfrutas mayores exenciones: y para que no tuviera el consuelo de quedar en secreto su delito, te aseguró el Señor y lo cumplió, de que lo había de hacer notorio á todo el reino². ¡Oh cuántos y cuántas juzgan que nadie tiene noticia de su adulterio, y es tan notorio á la vecindad que hasta los chicos lo saben y lo claman! Sí: bien puedes librarte del daño que por vía de venganza te pudiera ocasionar el marido perjudicado, y aun de la pena del juez; pero cuenta que de ningún modo podrás librarte de los castigos que Dios infaliblemente te ha de imponer; y á este es al que mayormente debes temer; puesto que es dueño de la vida y de la muerte; y no solo puede acabar con tu cuerpo, sino también perder tu alma para siempre: *Sed potius timeto eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam*³.

Y tú, mujer adúltera, aunque por naturaleza seas, como dice san

¹ II Reg. xii, 10. — ² Ibid. v. 18. — ³ Math. x, 28.

Juan Crisóstomo, incauta, débil y fácil de ser engañada ¹; aunque dotada de un escaso entendimiento, como dice san Epifanio, caigas con facilidad en el error, sin embargo esa tu debilidad no te excusa de culpa ni de pena; antes bien, es mas grave en tí el pecado, pues quebrantas ó rompes mas frenos para caer, y por lo tanto caerá sobre tí un torbellino mas furioso de temibles tempestades que te arrojará el Señor con toda la fuerza de su poder y de su ira. Quiero tambien concederte el que estés certificada de que tu marido nada sepa de tus comunicaciones criminales, y por consiguiente el que no temas el que te castigue severamente por tus infames traiciones; pero tiene que afligirte necesariamente la consideracion de que á Dios le constan esas tus perfidias, porque todo lo sabe, todo lo ve y nada se le oculta, y que forzosamente las ha de castigar en tí con todo el lleno de su ira y de su furor. Un remedio tienes para tu enmienda, que es temer á Dios mas que á tu marido; y así no ofenderás ni á tu marido ni á Dios. Tu marido al saber tu infidelidad para con él, por mucho que te maltratara, nunca podria pasar de ser un castigo contra el cuerpo el que te diera; pero el castigo que el Señor puede imponerte, no solo tiene relacion con el cuerpo, sino tambien con el alma; puede ser corporal y espiritual, temporal y eterno. Esto sí que verdaderamente es para temer. Fija, pues, bien profundamente este temor en tu corazon como otra Susana, que solicitada á cometer un adulterio, que no lo habia de saber la tierra, se negó á ello con la mas firme resolucion, queriendo perder su honra y la vida, antes que ofender á Dios, desprendiéndose de su saludable temor. Ahí tienes, mujer casada, señalado el camino que debes seguir en el matrimonio, para no ser infiel á tu marido, para no ofender á Dios, y para no perderte para siempre. Te he mostrado el agua y el fuego para que extiendas la mano, ó bien al agua de la pureza que te salve, ó al fuego de la lascivia que te abraze y te condene. Dios, que es la misma verdad por esencia, te ilustra para que no te dejes engañar del hombre, y ambos á dos sabed, y nunca olvideis, que los adúlteros no poseerán el reino de los cielos. Asercion dicha por el mismo Dios, y anunciada por boca del apóstol san Pablo ²; y no llegando á poseer el reino celestial, se sigue el que indefectiblemente os habeis de condenar en el infierno, y entre otros atroces é innumerables tormentos, habeis de ser freidos en el fuego por vuestros adulterios, como lo fueron Sedecías y Acab, á causa

¹ Hom. XXI in Matth. — ² I Cor. vi, 9.

de haber adulterado con las mujeres de sus amigos, como leemos en el profeta Jeremías ¹.

En vista de esto, fieles míos, á todos os pido encarecidamente por Dios, el que arrojeis de vosotros este pecado monstruoso de la impureza. Esto pido por Dios á los jóvenes y á los viejos, á los solteros y casados, á hombres y mujeres, bien conocedor y temeroso de los castigos temporales y eternos que os puede enviar por un pecado tan feo, súcio y hediondo; y sobre todo, por no ofender con él á una Majestad como la suya tan soberana y amable. Y ¿quién será de vosotros tan desatento é irreverente, que no se pare en la carrera de sus torpezas, al hacerle la súplica, como se la hago, por medio de la invocacion de su santísimo nombre? Aquel á quien una guardia ó patrulla le dice: *Alto: detente al rey ó á la reina*: si léjos de pararse, continúa en su marcha y se resiste, se le aprehende y se le castiga; pues ¿qué castigos tan severos no puede temer aquel que de vosotros, al nombrarle á Dios en esta ocasion, y pidiéndole que por atencion suya se pare en la ejecucion de sus deshonestos crímenes, no se detenga, sino mas bien prosiga en sus torpezas y en el camino que ha emprendido de sus liviandades? ¡Ah, fieles míos! si esto resultara, daria muestras bien evidentes ese mal cristiano de persuadirse que en Dios no hay justicia, ó no siente sus ofensas; ó que si las siente, no las puede castigar; agravando así mas y mas su mala causa, aumentando de este modo el número de sus pecados, añadiendo á la lujuria la impiedad. De ninguno de vosotros puedo pensar tan mal; puesto que aunque pecadores, y de una naturaleza miserable, creéis sin sombra de duda que, como dice san Pablo, la mayor desgracia que le puede caber á una persona, es el ser el blanco de las penas horribles con que la mano de Dios vivo y justiciero la puede castigar: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis* ².

Temamos, pues, todos, fieles míos, estos castigos severos. Evitemos con la mayor solicitud toda especie de impureza. Esmerémonos en poner un sumo cuidado en evitar toda clase de peligros: por no cautelarse de los riesgos, se contaminaron con este vergonzoso vicio personas distinguidas, y gimieron vencidos hombres muy eminentes en fortaleza entre las garras de esta vergonzosa pasion. Resistamos valerosamente todas las tentaciones que nos sobrevengan sobre este vicio tan infame. Ciertamente es que jamás nos veremos libres

¹ Jerem. xxix, 22, 23. — ² Hebr. x, 31.

de ellas, porque un san Pablo, á pesar de ser tan mortificado, se quejaba de los continuos combates que le daba el ardor de la concupiscencia ¹; pero con la gracia del Señor, que debemos siempre invocar, podremos resistirlas y fácilmente vencerlas. Pero ¿qué resistencia os parece á vosotros que podeis presentarlas? ¿Y cuál es la que yo os aconsejo? La fuga, fieles míos; la misma que nos aconseja el Apóstol. Oiréis que este nos dice que pisemos la avaricia, que enfrenemos la ira, que peleemos á brazo partido con la soberbia, que arrojemos la envidia de nuestro pecho; pero para resistir y vencer la impureza, nos dice que le volvamos la espalda: *Fugite fornicationem* ². Conocía el santo Apóstol que los otros vicios pueden vencerse resistiendo; pero que sola la fuga podía ser nuestro preservativo y remedio en la lascivia. No el combatirla á rostro firme, sino huyendo; esto es separando la atencion, el pensamiento y la vista de los objetos peligrosos; de otro modo infaliblemente seremos víctimas de este fiero enemigo, y quedaremos rendidos á sus pies. Recurrid tambien en todo peligro á la oracion. Mortifiquemos las potencias del alma, las pasiones del cuerpo y de todos los sentidos; que si así lo hacemos, Dios nuestro Señor, en vista de nuestros esfuerzos por mantenernos castos, nos ayudará con los auxilios de su divina gracia, y con ella podremos alcanzar la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios en el curso de nuestra vida, arrojámonos todos contritos y humillados á los pies de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: si es necesario conformar nuestra vida y costumbres á los preceptos que nos disteis, y aun imitaros en cuanto está de nuestra parte, aborreciendo lo que aborreceis, y amando lo que amais, ¿cómo es que he hecho tales desvíos, que ni se ha conformado mi vida con vuestras órdenes, ni he procurado imitaros, si es que por el contrario, léjos de seguirus, he girado con conocimiento y con gusto por las sendas de mi perdicion, tropezando con escollos que no podian proporcionarme mas que una reprobacion eterna?

¡Ah mi amable Redentor! ¡Cuánto no debo á vuestra bondad y clemencia! ¿Dónde estaria yo, vil é infame criatura, si Vos no me

¹ Rom. vii, 23. — ² I Cor. vi, 18.

hubiérais sostenido unas veces para no caer, y otras caído, si no me hubiérais ayudado á levantar? ¿Quién soy yo, para que desde la eternidad me hayais siempre mirado con ojos tan privilegiados? ¿Soy yo por ventura necesario en el cielo? ¿Puedo aumentar acaso algunos grados de vuestra gloria y eterna felicidad? ¡Ah! no es vuestro bien el que os ha impulsado en todas ocasiones á dispensarme con larga mano los favores de vuestra misericordia, sino el mio. ¡Oh misericordia admirable de un Dios siempre benéfico con los pecadores! ¿Quién no se doblegará en vista de ella á mejorar su vida, imitaros en cuanto esté de nuestra parte, renunciando para siempre el pecado, que es lo que mas odiais? Sí, Dios mio: por lo que á mí toca, aquí me teneis dispuesto, postrado, y arrepentido de todas veras. Mi vida y mi alma os presento y rindo con el mayor abatimiento, traspasado mi corazon de una espada de dolor; y en prueba de ser así, digo de todas veras, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA VIGÉSIMA DESPUES DE PENTECOSTES.

Los males que el pecado mortal acarrea á una persona , y cuán urgente le es á esta el salir de estado tan infeliz.

Reliquit eum febris. (Joan. iv, 52).

Le dejó la calentura.

El hombre es débil por naturaleza. Su alma oprimida con el peso de un cuerpo corrompido ¹, se ve inclinada al mal desde su nacimiento ². Así es que para obrar el bien necesita de auxilios sobrenaturales, los que Dios se cuida muy mucho de proporcionarle. Como Padre el mas bondadoso y amantísimo de todos, además de dispensarnos los dones de la fe, de la esperanza y de la caridad nos comunica por su divina gracia un espíritu de luz celestial para conocer las seguras sendas que conducen al cielo; un espíritu de fervor para animarnos en la práctica de obras buenas, con las que le rindamos el servicio mas grato á sus divinos ojos; un espíritu de fortaleza para sostenernos firmes contra los embates de nuestra naturaleza corrompida; y en fin, un espíritu de santidad para que llenemos todas nuestras obligaciones, ora generales en calidad de hombres cristianos, ora particulares segun el estado en que á cada uno se ha servido colocar en este mundo, como conducto para introducirlo en el cielo.

Si, pues, por la gracia de este Dios misericordioso se halla nuestro entendimiento ilustrado, y del todo fortalecido de aquella ingénita debilidad que acompaña á nuestra naturaleza, si en fuerza de sus soberanos auxilios conocemos con exactitud cuál debe ser el objeto de nuestro amor, y las obras que debemos siempre practicar para ser eternamente felices, ¿cómo es que reina entre nosotros por lo comun una suma negligencia hácia lo bueno? Y lo que es todavía mas sensible, ¿cómo es que muchos mirando con indiferencia su mayor bien, que

¹ Sap. ix, 18. — ² Genes. viii, 21.

es la salvacion, desentendiéndose de lo que Dios les ordena y menospreciando sus soberanos auxilios, prostituyen de tal suerte su alma, que llegan á ejecutar precisamente lo que el Señor aborrece sobremanera? ¡Ay fieles míos! ¡qué sentimiento nos debe causar el desvío tan peligroso de estas personas que tanto se separan de la brillante luz que pudiera guiarlas sin tropiezo al goce de una eterna felicidad, que consiste en la posesion del sumo bien! ¡Qué sentimiento tan profundo el verlas que ni reparan, ni nada se les da en alejarse infinitamente de Dios en fuerza de las culpas graves que cometen! Hasta el mismo Señor siente tanto estos desvíos, que excita á los cielos y á la tierra á detestar la ingratitud que tienen con él los hombres y mujeres que pecan mortalmente, despues de haber sido criados por él, redimidos con su preciosísima sangre, alimentados con su santísimo cuerpo, y exaltados hasta hacerlos sus hijos adoptivos¹. Enajenada su mente por la fuerza de la calentura de sus vicios, pues calentura llama san Ambrosio á la avaricia, á la lujuria, á la ambicion, á la ira, y á todo desórden ejecutado contra la ley divina², se abalanzan á pecar mortalmente con la mayor serenidad. Imposible me parece que estas personas estén penetradas de los males que produce una culpa grave. Son de tanta trascendencia, que no hay lengua que sea capaz de explicarlos. Yo procuraré en este dia haceros una enumeracion de ellos, á fin de ver si os puedo inspirar tal horror al pecado que jamás lo llegueis á cometer; y si alguno de vosotros ha tenido la desgracia de incurrir en él, para que lo deteste inmediatamente, quedando libre de un mal tan pernicioso, pudiéndose decir de él lo que en fuerza de un milagro que obró Jesucristo con un enfermo próximo á la muerte, como (hoy) dice el Evangelio: *Reliquit eum febris*: Ya quedó libre de calentura y sano en un todo. Voy, pues, á haceros ver *los males que el pecado mortal acarrea á una persona, y cuán urgente le es á esta el salir de estado tan infeliz*. Mientras lo demuestro con el favor de Dios, estad atentos.

Si el hombre contemplara tan detenidamente como debe el peso de iniquidad que lleva en sí un pecado mortal, acaso no lo cometería jamás. Él es el mayor mal del mundo, y ningun otro se le puede comparar. Todos los otros males de que se ven angustiados los mortales en esta vida, se dirigen directa y crudamente al cuerpo, y cuando mas terminan en la muerte; pero el pecado mortal ataca al alma, la quita la vida de la gracia, y si no lo borra una dolorosa confe-

¹ Isai. 1, 2. — ² Lib. XLI in Luc. circa fin.

sion, sigue aun mas allá de la muerte y arroja al alma en el infierno, donde los tormentos son atroces y eternos. Sí: el pecado mortal es el enemigo cruel que roba al alma aquella gracia que la hacia tan vistosa y agradable á los ojos de Dios; prenda inestimable, y la dádiva mayor de cuantas el Señor puede dar en este mundo á una pura criatura. Verdaderamente que una pérdida como la enunciada monta tanto que no puede llegar á mas; pero á esta lástima teneis que juntar otras muchas; pues el pecador tambien pierde por su culpa la envidiable amistad de Dios, por ser compañera inseparable de la misma gracia: pierde las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, la filiacion adoptiva, el fruto y el mérito de todas las obras buenas de la vida, el derecho al reino de los cielos; quedando la persona que comete el pecado condenada á las penas del infierno, borrada por entonces del libro de la vida, quedando transformada de hija de Dios que era en esclava del mismo demonio. ¡Qué mudanza tan estupenda, fieles mios, la que causa en el hombre este mónstruo tan horrible! cuando de amigo de Dios lo vuelve su enemigo capital; de hijo del Altísimo lo hace cautivo de Satanás, y de heredero del reino de los cielos lo destina condenado al infierno.

Bien podemos pararnos aquí, fieles mios, entregándonos de lleno á la meditacion de estos tan tristes efectos que causa el pecado mortal en la persona que lo comete. Pocos términos se gastan para decir que el pecado mortal mata al alma del que lo ejecuta, y que perdiendo la amistad de Dios, la felicidad que la tenia preparada y todo el mérito de sus buenas obras, la destina á padecer un cúmulo de penas sin cuento en los calabozos del infierno. Muy pronto se dice esto, sí; pero muy grande es su significado. Sí, señores: el alma del que ejecuta un pecado mortal queda efectivamente muerta: no privada de vida natural, porque una vez criada por Dios es inmortal y eterna, sino de la vida sobrenatural que es la gracia, ó sea aquella vida divina que hace al hombre hijo de Dios y con derecho á la obtencion del reino del cielo. Esta vida sobrenatural es la que pierde; por lo que muy bien se dice, que ejecutando un pecado mortal queda muerta, y muy muerta. El cuerpo vive por el alma; esto bien lo sabeis; porque un cuerpo queda muerto tan pronto como el alma se separa de él: pues lo mismo sucede al alma respecto de la gracia que la vivifica. El alma vive por la divina gracia que recibió un cristiano en el sagrado Bautismo, ó que perdida la recuperó despues mediante una dolorosa confesion; pero si este mismo cristiano vuelve á cometer algun otro pecado mortal, hé aquí que su alma queda

tronco y fétido cadáver, á causa de haber perdido la gracia que la daba vida.

Ahora recargad aquí vuestra consideracion. Todos los dias estais viendo cadáveres. El que menos desfigurado queda, os arranca, si no lágrimas, por lo menos un sentimiento triste de verlo en aquel estado, desprovisto de vitalidad. Veis que yace tendido sin respiracion ni movimiento, y sin ofrecer á los ojos de cuantos lo miran mas que palidez, fealdad y un hedor insufrible. Si este cadáver es, pues, de una mujer cuyas prendas personales os eran bien conocidas, por ser bien agestada, por tener hermosa su fisonomía, por aventajarse á otras muchas en finura de expresion, por ser muy expedita en el desempeño de los quehaceres de su casa, en la delicadeza de la aguja, en lo primoroso de su bordado y en otras relevantes cualidades, examinad con detencion si de presente podeis hallar en él estas prendas que tuvo, las gracias que antes le acompañaban y las habilidades que ejecutaba con tanta perfeccion. ¡Ay! con su muerte ocurrida por la separacion de su alma todo desapareció. Lo mismo sucede con los hombres que adquirieron nombradía y se señalaron por su saber, por su valor ó por alguna otra circunstancia de mérito. No encontraréis en ellos ni aun sombra de lo que fueron: la muerte los despojó de su sabiduría, de su fortaleza y de cuantas cualidades les hacian famosos ó respetables en la vida. Postrados en el lecho de la insensibilidad, ya no reconoceréis en ellos otra cosa que un poco de tierra, una masa informe, pábulo de la podre y pasto de gusanos. Pues ved aquí una imágen la mas expresiva y perfecta del alma de aquellos y aquellas que por uno ó mas pecados mortales perdieron la gracia de Dios. Quedan yertos cadáveres despojados de cuantas prendas los adornaban. Si practicaron en algun tiempo obras buenas segun lo ordena el santo Evangelio, si en ellos resplandeció muy visiblemente el esplendor de las virtudes cristianas, si se hallaban ya con un acopio de merecimientos; merecimientos, virtudes, obras buenas, todo lo perdieron por el pecado: este con su malicia les arrebató de sus almas tan preciosas prendas, quitándoles la vida sobrenatural. Allí ya no se vislumbra mas que lastimosa miseria, fetidez insufrible que huele á todos los horrores del infierno. El pecado como un fuego el mas vivo y abrasador les consumió en un instante cuanto bueno tenian. Como una peste la mas maligna causó en ellas un estrago el mas horrendo; y como tirano el mas cruel, las despojó de las hermosas vestiduras de la gracia que tan agradables las ha-

cian á la presencia de Dios, ocasionándoles á la vez una muerte cruel y espantosa.

A esta calamidad se sigue la pérdida de la amistad de Dios ; pues esta anda siempre acompañada de su gracia. Perdiéndola, pues, el pecador, rompe sus comunicaciones familiares con el Señor precisándolo á salir del alma, y viniendo á degenerar por este motivo á ser el objeto de su mayor desprecio, y de que el Señor lo abandone con el mayor enojo. La amistad de Dios era la única que antes formaba el delicioso recreo del hombre ; pero perdiéndola por el pecado queda destituido de ese bien tan dichoso, único que le pudiera consolar en sus penas y trabajos. La amistad de Dios era su amparo ; pero rompiéndola quedó en una completa desolacion. Le producía todo su bien ; pero habiéndola perdido ya no le quedan sino males, desastres, y el mayor de ellos es quedar cautivo bajo la tiranía del demonio. Esta bestia infernal se apodera del infeliz pecador y lo esclaviza bajo una dominacion tan tiránica, conduciéndolo poco á poco al abismo de la infelicidad. Le persuade se mantenga en su pecado, le incita á cometer otros de nuevo, procura llevarlo engañado con sus malignas astucias, para que nunca se desate de sus lazos y de este modo venga á morir, para tener así un dominio tan eterno sobre su alma, que ni el mismo Dios se la pueda arrebatarse jamás. Entre tanto el pecador arrastra sus cadenas, y si con un esfuerzo sobrehumano no se resuelve á romperlas con una buena confesion y una penitencia rigurosa, llegará el fin de su vida y se encontrará en medio de los horrores de un infierno.

¿Qué os parece, fieles míos, de este cúmulo de desdichas? ¿Pueden ser ni mayores ni mas sensibles? Los males del cuerpo por numerosos, grandes y duraderos que sean, todos se pueden tolerar con valor y sufrir sin sentimiento ; pero ¿quién podrá ver á su alma muerta por el pecado, despojada de sus brillantes y hermosos atavíos, enemiga y aborrecida de Dios y esclava del demonio, sin arrojar profundos sollozos y lágrimas incesantes? ¿Qué mayores lástimas pueden ocurrirle á una persona en este mundo? ¿Hay acaso alguna otra cosa fuera del pecado que pueda acarrear desdichas tan trascendentales? No, fieles míos, no : este es el mayor mal que hay en el universo : no hay en todo él cosa que pueda ocasionar daño superior. Ni los hombres de este mundo, ni los condenados del otro, ni los demonios del infierno, ni aun el mismo Dios, nos pueden hacer tanto mal como el que llevo referido y que acarrea una culpa

grave. El que peca mortalmente se proporciona mayor mal, que si le atravesasen el corazón con un estoque: mayor que si cayendo de una altura muy eminente se hiciera cincuenta mil pedazos: mayor que si estando vivo le cortaran é hicieran trozos pequeños los pies, las manos y todo su cuerpo; porque á último resultado todos estos males tendrían fin, y acabarían con un cuerpo que pasando días forzosamente había de morir; pero una culpa grave hace perder la gracia de Dios, mata al alma, y como el hombre muera sin alcanzar su perdón, acarrea en la otra vida una pena que siempre la ha de afligir, que la ha de atormentar continua y cruelmente con indecibles tormentos que nunca se han de acabar, que la priva para siempre de la esperanza de ver á Dios, y la arroja á un fuego lento, vivo, en que se quema y se ha de estar abrasando siempre sin consumirse por los siglos de los siglos.

Aquí me es forzoso detenerme y llamar, fieles míos, muy principalmente la atención de los que de vosotros os halléis actualmente en pecado mortal. Bien podéis entrar dentro de vosotros mismos, y contemplar reflexivamente el yerro que habeis cometido, y los males que por vuestra culpa os habeis acarreado. ¡Ay! qué trabajo tan grande teneis encima! os puedo decir verdaderamente como les decía á los habitantes de la ciudad de Nínive el profeta Nahum: *Pessima est plaga tua* ¹. Os deshicisteis por vuestros pecados de la amistad que os ligaba con Dios; hicisteis pedazos el yugo de su santísima ley; rompisteis los vínculos con que os tenía estrechados íntimamente, ni más ni menos que si fueran duras cadenas, diciéndole con el mayor descaro cada uno de vosotros, si no con las palabras, por lo menos con las obras: *Non serviam* ². Ya estoy fastidiado del servicio que hasta de aquí he prestado á Dios: he militado hasta hoy bajo sus banderas; pero cansado de su obediencia y de su rígida disciplina, me paso al servicio del demonio: militando bajo su bandería, podré hacer en adelante lo que guste: podré llenar mi voluntad haciendo lo que me dé la gana, sin que me reprenda con la amargura con que lo hace Dios, y sin que me amenace con los rigores de aquel: *Recede à nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus* ³. Sus ordenamientos son muy duros, sus preceptos muchos y muy pesados, extremada su delicadeza, pesada su dominación, y gravosa su amistad: por lo tanto allá se las haya: búsquese otros que le sigan, que yo me aparto de su compañía y nada quiero con él.

¹ Nahum, III, 19. — ² *Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (Jerem. II, 20). — ³ Job, XXI, 14.

Estó es puntualmente lo que dice en la práctica todo el que se abalanza á cometer un pecado mortal ; pero ¡ ah infelices ! ¡ qué determinaciones tan necias habeis adoptado y en qué abismo de penas os habeis metido ! Bien puedo deciros con san Ambrosio , que en fuerza del pecado que cometisteis os hallais ya convencidos sin acusador , atormentados sin verdugo , atados sin cadenas , y vendidos sin que nadie os haya puesto en venta ¹. Bien podeis nadar en medio de un golfo de bienes y de riquezas , brillar con todo el esplendor imaginable ; mas que la fortuna os sea próspera en un todo , y mas que estéis envueltos en gustos y deleites , si estais en pecado mortal sois los mas infelices y miserables. Todos los haberes del mundo , todos sus gustos , todas las honras no pueden impedir que seais abominables y objetos del mayor horror á los ojos de Dios ; porque el estado de pecado mortal es el mas infeliz de todos los estados , como que es la desdicha de todas las desdichas . ¡ Y se vive tranquilamente en este estado ! ¡ y hay quien se regocije estando en él ! ¡ y hay quien en él persevere !

Alma pecadora que me oyes , interesado como estoy en todo tu bien , te dirijo las mismas palabras que dirigió el Señor á la familia de su escogido pueblo , deseoso de que enmendara sus malas costumbres y reformara su vida manchada con graves y enormes delitos : *Leva oculos tuos in directum , et vide* ². Levanta tus ojos al cielo , y mira dónde estás postrada por tus desaciertos. Tú eras antes de caer en el pecado la criatura mas rica y dichosa del mundo , á quien Dios habia adoptado por hija y declarado heredera de su gloria ; la más amada del Omnipotente , templo del Espíritu Santo y un santuario donde habitaba la beatísima Trinidad . ¿ Y ahora qué eres ? Ahora no eres mas que objeto el mas odioso de su divina Majestad , como esclava que eres del demonio , puesto que te tiene tiranizada por el pecado que cometiste . ¿ Y no ha de bastar este motivo para que te estimes á romper esas cadenas de la culpa que te aprisionan , y vengas á recobrar tu antigua libertad ? ¿ Has de continuar metida , enfangada en el cieno de tus vicios , sin estimularte á salir de una tan deplorable miseria ? *Numquid... perseverabis in finem* ³ ? Pecador : si te hubiesen cortado un brazo , ó te faltase un ojo , una mano , ó te hubieses inutilizado un pié , ¿ qué darías á quien te restaurase una de estas faltas ó pérdidas ? Y si tú solo pudieras reme-

¹ *Rei sumus sine accusante , sine tortore cruciamur , sine vinculis adstringimur , sine venditore vendimur .* (In Ps. xxxvii , n. 15). — ² Jerem. iii , 2.

— ³ Ibid. 5.

diarte tu mal y restituirte sano y bueno el miembro que te se cortó ó tuvieras inutilizado, ¿qué diligencias no harías para su recobro? Pues mira que estando en pecado tienes muerta tu alma, perdidas las virtudes, inutilizadas tus buenas obras y anulados todos tus anteriores merecimientos; pero puedes reparar todas estas pérdidas, y puedes restituir á tu alma de la muerte del pecado á la vida de la gracia, con el socorro del cielo que no te faltará, si se lo suplicas á Dios de todas veras y con el mayor fervor. Tú puedes romper las cadenas que te oprimen y recobrar tu antigua y estimable libertad: esto lo puedes conseguir arrepiñtiéndote de corazon, confesando dolorosamente todos tus pecados y detestándolos para siempre. Practica, pues, inmediatamente esta pequeña diligencia, que tan importante bien te ha de producir. No lo dilates para mas adelante. No esperes para arrepiñtirte y confesarte á que llegue algun dia festivo muy clásico. Despues de la contricion á que al punto te debes excitar, acude seguidamente al confesionario solicitando cuanto antes el remedio de tu necesidad. No dejes pasar el dia sin aprovecharte de la gracia que te dispensa el Señor. Mira que te expones á peligro de perderlo todo, si desprecias este aviso. El hombre en pecado mortal es un delincuente condenado al último suplicio. Si Dios ha dilatado hasta de aquí la ejecucion, ha sido para darte tiempo, á fin de que solicites la indulgencia proponiendo la enmienda; pero si en vez de solicitarla con un verdadero arrepentimiento, perseveras mas bien con gusto en tu pecado, ¿qué podrá el Señor esperar confiadamente de tí ni qué deberás de extrañar el que el infierno sea tu paradero?

Quis medebitur tui ¹? ¿Qué haré yo, Dios mio, para lograr tu curacion? ¿Cómo me explicaré, para hacerte comprender la urgencia que te corre en confesarte con el mayor dolor y arrepentimiento, sin dilatarlo esto para mas adelante, como lo has hecho hasta de aquí, á fin de que puedas de este modo librarte de los suplicios eternos? Si así piensas aun, eres un desacordado en contar con dias de tiempo, cuando no tienes seguros ni aun los instantes. Esta es una resolucion disparatada en un todo; á la manera que si resolvieras disponer para tus necesidades del dinero que tu enemigo tiene encerrado en sus cofres, sin saber si él como dueño te lo daria: pues lo mismo es el que tú dispongas del tiempo; porque este no es tuyo sino de Dios, y este es al presente tu enemigo por el mal estado del pecado en que te hallas; y que como te ve metido y bien hallado en la cul-

¹ Thren. II, 13.

pa, tú mismo le retiras la mano con que te lo ha de dar. No dilates, pues, tu arrepentimiento para mas adelante, para dentro de unos dias, para el domingo viniente ó para alguna otra fiesta por muy clásica que sea. No debe pasar de hoy. Mas ¿qué digo? Ni aun de hoy lo debes diferir á otra hora, ocasion ó momento, sino en este mismo instante; pues el Espíritu Santo dice, que en un instante, en un abrir y cerrar de ojos se descende á los infiernos: *In puncto ad inferna descendunt* ¹. Luego en este mismo instante de tiempo puedes morir y condenarte: en este mismo instante te has de volver á Dios; antes que yo concluya de predicar esta plática. Esto puedes y debes hacerlo aun en el mismo paraje que ahora te hallas: ahí mismo donde estás, puedes dolerte y formar un arrepentimiento de tus pecados, y á muy luego confesarlos, para que Dios te los perdone mediante la absolucion del sacerdote. En esto no hay embarazo que lo impida; aprovecha este momento para el remedio que te doy; y cuenta que si lo dilatas, tal vez esa tu tardanza sea para tu eterna perdicion. Ya que has imitado á la Magdalena por haber pecado como ella, imítala en el ejemplo que te dió. Esta mujer famosa aunque de muy mala fama, entrando en un verdadero arrepentimiento de sus pecados, fué á arrojarle de seguido á los piés de nuestro dulcísimo Redentor, á la sazón que se hallaba este comiendo en casa de un fariseo que aquel dia le habia convidado á su mesa. No dilató esta operacion para mas adelante, para otro dia, para otra ocasion, ni aun para cuando el Señor desocupado del convite bajara por la escalera ó se presentase en la calle, sino que con la mayor aceleracion, sin miramiento alguno, sin consideracion al *qué dirán*, temerosa solo de que le faltase tiempo entró en la casa, se introdujo en la sala del convite, y á presencia de todos los convidados y sirvientes se arrojó á los piés de Jesucristo, hizo allí mismo confesion pública de sus pecados, y allí alcanzó el perdon cumplido de todos ellos ².

Si, pues, estas mis excitaciones no te hacen mella, ni este ejemplo que te acabo de proponer causa eco en tu corazon, para que sin tardanza detestes tus pecados, muy fundadamente debo creer el que te hallas dormido en órden á tu mayor bien. Pero cuenta que duermes muy inmediato á un horroroso incendio; y así como el que se halla dormido al lado de una grande hoguera, no pudiendo sacarlo de allí ni despertando él á las voces con que de léjos se le llama, no puede tardar mucho en quedar abrasado en ella; así tú, no pudién-

¹ Job, xxi, 13. — ² Luc. vii.

dote sacar ni despertando del sueño del pecado en que yaces á estas mis clamorosas amonestaciones, forzosamente tienes que arder y muy pronto en la hoguera del infierno para siempre. Siquiera, pues, despierta tu corazon al ruido de este gravísimo mal que te anuncio : forma un arrepentimiento verdadero, y mediante una buena confesion recobra la joya divina y adorada de la gracia que perdiste, y reconcilia así la amistad de Dios, que es el único que te puede salvar. Recobrada de nuevo no la vuelvas á perder otra vez ; consévala mientras dure tu existencia, que ella es la única prenda digna de estimacion : ella es la que encierra los tesoros únicos que constituyen las sólidas riquezas : la que comprende las verdaderas delicias : ella la que hace felices á todos en la vida y en la muerte ; porque ella es la prenda de la inmortalidad bienaventurada ; por manera que si tú llegas y llegamos todos á espirar en gracia, Dios nuestro Señor, como sumamente liberal y justo, nos remunerará infaliblemente con el galardón inefable é infinito de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas con que hemos ofendido á Dios, en el curso de nuestra vida, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, partida nuestra alma de dolor :

Dulcísimo Señor : siendo el pecado nuestro mayor enemigo , por manera que nos turba en el reposo, nos aflige en la salud, nos entristece en el gozo, nos inquieta en la tranquilidad y nos destina á una infelicidad eterna, ¿en qué juicio sano cabia el aficionarse á él, y como si fuera el centro de las delicias, andar en su seguimiento y cometerlo, sabiendo que no hay cosa que mas odie vuestra soberana Majestad ?

¡ Ah mi amable Redentor ! ¿ Y quién ha sido esta criatura des-acordada é infame, que mas se haya complacido en ofenderos que en agradaros ? ¡ Ah, no está lejos de Vos quien obró así, de un modo tan inconsiderado, desatento é injurioso ! Sí : yo soy quien os ultrajé infamemente con mis pecados mas hediondos que de bruto. Yo, quien con la mayor desatencion y vilipendio, duro de corazon, obstinado en mis delitos y ciego en la culpa, abusé de vuestra paciencia y desprecié vuestra justicia. Yo fui el que no temí, y aun hice burla de vuestros castigos. Yo os ofendí sin mas causa que mi querer, sin mas fin que mi gusto y sin otro fruto que mi perdicion. ¿ Y será bastante mi confesion pública para desagrararos ? ¡ Ay de mí,

si no mejoro de costumbres! ¡ay de mí, si las pupilas de mis ojos no se deshacen en vivas lágrimas, para llorar día y noche amargamente mis desaciertos! ¿Qué haré yo, Dios mío, para demostraros ahora mi verdadero arrepentimiento? Elevaré mi clamor hasta los cielos para declarar contra mí mismo lo infame de mis procedimientos, diciendo de todas veras y con el corazón partido de dolor, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA VIGÉSIMAPRIMERA DESPUES DE PENTECOSTES.

La satisfaccion, ó sea la penitencia que debe hacerse por los pecados cometidos, ha de ser proporcionada á la gravedad de ellos.

Miseratus autem Dominus servi illius, dimisit eum, et debitum dimisit ei. (Matth. xviii, 27).

Y el Señor, compadecido de aquel criado, le dejó ir, y le perdonó la deuda.

Temible es Dios verdaderamente en su enojo y en su furor. Su terrible justicia ha sido en todos tiempos el pensamiento pavoroso que ha conturbado á los que infringiendo sus leyes soberanas han obrado lo malo, y muchas veces han tenido que sentir bien dolorosamente la dureza de sus rigores; siendo estos de tal naturaleza y de tan diversa variedad, que han sido el objeto de la admiracion y del pavor hasta de las personas que llevaban una vida ejemplar. El santo rey David, atemorizado de los rigores de la justicia divina, se convertia temblando al Señor, y le dirigia la palabra de este modo: Dios mio, una cosa os pido con el mayor fervor y humildad, y es el que no me arguyais en vuestro furor, ni me corrijais en vuestra ira ¹. Hasta el mismo Jeremías, santificado que era en el vientre de su madre, era tal el miedo que abrigaba en su corazon á la ira de Dios, que temia ser aniquilado, con solo que el Señor se propusiese el reprenderlo con enfado ². Estos temores que justamente han abrigado en todos tiempos hasta las almas mas justas, pueden abrigarlos con mayoría de razon los pecadores. Hechos estos enemigos suyos por la culpa, prevaricando de su santísima ley, justamente pueden recelar unos castigos rigurosos y aun su total exterminio. Este desgraciado fin pudieran infaliblemente prometerse, si no se interpusiera á favor suyo la divina misericordia, y templando los rigores de su justicia, les deparase á los delincuentes los medios de apla-

¹ *Domine, ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me. (Psalm. vi, 2; xxxvii, 2).* — ² *Corripe me Domine, verumtamen in iudicio, et non in furore tuo, ne forte ad nihilum redigas me. (Jerem. x, 14).*

car su enojo, mediante la penitencia con la que puedan justificarse y satisfacer la gran deuda que contrajeron con Dios por el pecado ó pecados que cometieron, y la ofensa infinita que con ellos le irrogaron.

Ved aquí soberanamente brillante la bondad de Dios, la que por favorecer al pecador lidia y aun se apodera, por decirlo así, de su rigurosa justicia. Solícita sobremanera la bondad divina á favor del hombre, empeñada con ahinco en su remedio y salvacion eterna, segun pondera el apóstol san Pablo, donde abunda el pecado, y la malicia humana se aumenta con pluralidad de vicios, allí se ve realizar la soberana piedad y sobrepujar la divina misericordia: *Ubi autem abundavit delictum, superabundavit gratia* ¹. Nosotros mismos, todos nosotros somos testigos de esta verdad. Son muchos los pecados que en el discurso de nuestra vida hemos cometido, é infinitas las ofensas con que hemos agraviado á Dios; y siendo así que por ellos merecíamos el que nos arrojase sin detencion á los abismos, nos depara el medio de desenojarle, de adquirir nuestra justificacion y de volver á su antigua amistad, satisfaciendo nuestra culpas con penitencias rigurosas proporcionadas á nuestros delitos. La Iglesia estableció en lo antiguo los Cánones penitenciales que son las reglas, ó como si dijéramos la dacion de la norma que debemos observar en la expiacion de nuestras culpas, sin que con menos se pueda aquietar nuestra conciencia de haber satisfecho á Dios por completo. Estas reglas son las que deben de observar hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, amos y criados, para que puedan conseguir de Dios la extincion completa de la gran deuda contraida con él por las culpas cometidas, así como le perdonó en un principio el rey de que (hoy) habla el Evangelio á uno de sus criados una deuda de dinero muy considerable, en que lo alcanzó. No se satisface á Dios por muchos y enormes pecados con unas penitencias ligeras como algunos presumen, no; sino con grandes rigores. Esta es la verdad de la que quiero os penetreis en este dia, lo que me persuado conseguiréis oyéndome demostrar que *la satisfaccion, ó sea la penitencia que debe hacerse por los pecados cometidos, ha de ser proporcionada á la gravedad de ellos*. Mientras lo hago con el favor de Dios, estad atentos.

Como el pecado mortal es una infraccion meditada de la ley divina en una materia considerable, una desobediencia á la voluntad

¹ Rom. v, 20.

del Omnipotente en un punto importante, una imprudente rebeldía de la criatura contra el Criador, y una separacion ignominiosa que hace de él por solo su gusto, es el ultraje que le hace á Dios de una suma é inmensa gravedad. Segun la moral de Jesucristo le corresponde una pena eterna, y á los pecados veniales la temporal. Por estos no llegamos á perder la amistad de Dios; mas por el mortal incurrimos en su indignacion de tal suerte, que desde aquel mismo instante nos trata como enemigos, destinándonos á ser víctimas de su justicia por toda la eternidad, y esta es la pena eterna.

Por medio del sacramento de la Penitencia ó sea de la confesion, mediante el dolor y arrepentimiento del pecador, queda este reconciliado con Dios: por manera que el Señor deponiendo el odio y la indignacion que por el pecado le profesaba, lo vuelve á recibir en su gracia y amistad perdonándole la culpa, y conmutándole la pena eterna en otra pena temporal, pero correspondiente á la gravedad de su culpa. Pena que debemos satisfacer en esta vida con nuestras austeridades, y en su defecto la hemos de pagar á mayor costa en el purgatorio. Esta pena tan terrible hemos de pagar en aquel lugar, aun despues de perdonadas en este mundo nuestras culpas, si preventivamente no la dejamos satisfecha en esta vida con ejercicios de penitencia. De forma que esa pena temporal en que fue conmutada la pena eterna, se remite en todo ó en parte por la satisfaccion ó penitencia impuesta por el confesor de oraciones, ayunos, limosnas, disciplinas y otras penalidades; ó que el mismo penitente se impone de aumento, hasta la hora de su muerte, conociendo lo mucho que se necesita para satisfacer á Dios; y si llegado el fin de su vida le resta algo que expiar, ora por negligencia, ora por falta de tiempo, tanto de ella como de la correspondiente á las culpas veniales forzosamente tiene que expiarla en el fuego del purgatorio, sin salir de él hasta haber completado enteramente su satisfaccion; pues sabido es que nada manchado puede entrar en el reino de los cielos.

Esta pena temporal no se satisface cumplidamente en este mundo con algunas penitencias ligeras ó leves mortificaciones, como algunos equivocadamente se lo imaginan; antes bien, por mucho que se penitencie y mortifique un pecador, acaso nunca llegue á satisfacer por completo á Dios en este mundo; puesto que es indudable el que ha de haber una cierta proporcion ó equivalencia entre la satisfaccion y el pecado. Guiada de este espíritu la santa Iglesia, estableció antiguamente los Cánones llamados penitenciales. Por ellos

se puede venir en conocimiento de lo mucho que se requiere en el hombre prevaricador para satisfacer á aquel Señor de infinita bondad que tan villanamente ofendió. Si yo tuviera tiempo para referiros menudamente todas las penas establecidas por la Iglesia en aquellos felices tiempos, para cada uno de los pecados que se pueden cometer, con las cuales gradúo la satisfaccion rendida con la ofensa irrogada á Dios, me parece que os quedaríais asombrados; pero penas que no contienen otra amargura que la precisa y necesaria; que inspiran no solamente las reglas de la prudencia humana, sino el espíritu de Dios, con cuya suavísima inspiracion é impulso se dictaron. Sin embargo, si quereis que en cada mandamiento os dé una noción, sacada á la letra de los Cánones penitenciales que recogió y trae san Carlos Borromeo ¹, os la daré ahora. Noción diminuta, porque me veo obligado á suprimir mucho de lo que contienen; la que os presento solo como muestra, siguiendo el orden de los preceptos divinos. Oid.

El que sacrificar al demonio, estará en penitencia diez años. El que con conocimiento jurare en falso, hará penitencia cuarenta dias á pan y agua: permanecerá los siete años que se siguen en penitencia, y nunca estará sin ella en lo restante de su vida; con la circunstancia de que jamás será admitido por testigo: despues de todo esto recibirá la comunión. El que blasfemare, estará en penitencia siete años ². El que hiciere alguna obra servil en dia de domingo, hará penitencia tres dias con pan y agua. El que taviere conversacion en la Iglesia quando se celebran los divinos oficios, estará en penitencia diez dias á pan y agua. El que quebrantare los ayunos que manda la Iglesia, hará penitencia veinte dias con pan y agua. El que maldijere á sus padres, estará en penitencia cuarenta dias á pan y agua. El que los injuriare, estará en penitencia tres años. El que los hiriere, siete años. El que por ira repentina ó riña matare á algun hombre, hará penitencia tres años. Si el homicidio fuera casual cinco años, y si de propósito por solo su querer, siete; y de estos siete, ayunando tres, contento con pan y agua, á fin de que sobreleve con fatiga la vida propia aquel que ha quitado la ajena ³. El que tiene odio á su hermano, y no quiere reconciliarse con él, hará penitencia á pan y agua hasta que se reconcilie. El hombre libre que se mezclare con mujer libre, estará en penitencia tres años, y

¹ Inst. de san Carlos Borromeo á los curas y confesores sobre la administracion del sacramento de la Penitencia. — ² Cap. fin. de *Maled.* — ³ Cap. *Siquis homic. dist. 20.* Entre dos nombres los he extractado del cuerpo del Decretal.

cuanto mas culpas hubiere cometido, tanto mayor será la penitencia. Si algun casado consintiere en la fornicacion de su mujer, estará en penitencia toda la vida al arbitrio de sacerdote sabio. El hombre libre que cometiere adulterio con la mujer de otro, hará penitencia siete años; y la mujer cinco. La mujer libre que cometiere adulterio con el hombre de otra, hará penitencia diez años, y el hombre cinco. El que de noche quebrantare la casa de alguno ó robare algo, restituirá el precio y hará penitencia un año á pan y agua; si no restituye, dos años. Si alguno recibe ó exigiere usuras, hará penitencia tres años, y el uno con pan y agua. El que afirmare como verdadero lo que es falso, hará penitencia como el adúltero y homicida. El que murmurare, hará penitencia á arbitrio del sacerdote segun la gravedad de la culpa. El falsario hará penitencia toda la vida, á pan y agua. El que desea fornicar, si es secular, hará penitencia dos años. El que deseara malamente las cosas ajenas, y el avaro, estarán en penitencia tres años *.

¿Qué os parece, fieles mios, de estas penitencias? ¿Equivalen á ellas las que hoy dia se acostumbran á practicar por los penitentes, que han caido en culpas iguales? ¿Ó seréis vosotros de la opinion errada de aquellos que se persuaden están abolidas por la Iglesia, á causa de ser imposible ó por lo menos como insoportable su observancia? Mucha es verdaderamente la diferencia que media entre las penitencias antiguas y las presentes. Pero lo cierto es que toda especie de pecado encierra hoy dia la misma gravedad que quando se crearon estos géneros de penitencias que vemos en los Cánones penitenciales. ¿Por ventura el perjurio, la blasfemia, el homicidio, el adulterio, las torpezas y todos los demás delitos que se cometen en estos tiempos son de menor gravedad é irrogan un agravio mucho mas infimo á la santidad de Dios? ¿Acaso ha recibido en estos tiempos algun incremento la piedad divina que no tuviera en los principios de la Iglesia? La soberana justicia de Dios ¿ha sufrido alterativas ó experimentado mutaciones, de suerte que fuera muy otra en aquellos primitivos siglos, de lo que es en estos últimos? No, fieles, no: teniendo las culpas que hoy dia se cometen el mismo peso de gravedad y los mismos grados de ofensa contra el Criador, siendo una misma la piedad de este é igual en todos tiempos su justicia, resulta que aunque los confesores en las confesiones que ha-

* Quien deseara una noticia circunstanciada y cumplida de los Cánones penitenciales, la hallará en Lipsin, in suo Catech. Hist.-Theolog.-Dogmat. Tom. II in fine.

gamos no nos impongan por nuestra debilidad y flaqueza las penitencias que marcan los Cánones que habeis oido, habiendo cometido y confesado iguales pecados, no por eso nos debemos contemplar exonerados de su exacto cumplimiento ; quiero decir, que no debemos pararnos en la satisfaccion que se debe á Dios por ellos, rezando tan solo como se acostumbra alguna que otra parte de Rosario, oyendo una ó dos misas, ó ayunando algun viernes, sino que el celo de nuestra propia salvacion nos debe llevar mas adelante, no cesando de mortificarnos por lo menos hasta que prudencialmente conjeturemos que hemos venido á hacer, segun el pecado mortal que por desgracia hayamos cometido y confesado, una penitencia equivalente á la marcada en los Cánones que llevo referidos. No os cause admiracion esta doctrina, ni seais como aquellos discípulos de Jesucristo, que al oirle revelar el sacrosanto misterio de la Eucaristía dijeron : *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire* ¹? Duro es esto para tragarlo é imposible de creer. En esos Cánones están marcados, por decirlo así, los derechos de la justicia divina ofendida por la culpa; manifiesta la gravedad del pecado que no se borra sin amarga y severa penitencia; presentado á las claras el predominio que adquiere el pecado sobre el corazon humano; pues para destruirlo de él, es forzoso ejercitar virtudes opuestas por algun tiempo. Es constante que por derecho natural y divino debe la penitencia ser proporcionada á la gravedad de la culpa; y esto debe convencer á todo hombre prudente, que léjos de ser variable el espíritu de los Cánones penitenciales, ha de vivir lo mismo en estos tiempos que corremos que en los primitivos. Aunque el entendimiento humano ha hecho notables y aun sorprendentes adelantos en las artes y en las ciencias, sin embargo en la ciencia de la moral no ha encontrado ni inventado hasta hoy un remedio eficaz, oculto á las providencias de Nuestro Señor Jesucristo, ignorado de los Apóstoles y santos Padres, y no descubierto en la Iglesia hasta de ahora, para deprimir en un todo la soberbia, para apagar enteramente la avaricia, y enfrenar de tal suerte la concupiscencia, que no vuelvan ya las personas á experimentar y sentir sus estímulos.

Uno es el efecto del Bautismo, y otro el de la Penitencia, dice el santo concilio de Trento. Por aquel revistiéndonos de Cristo, venimos á ser enteramente una nueva criatura, alcanzando una remision omnimoda de todos los pecados, sin pena alguna que satisfacer

¹ Joan. vi, 61.

por ellos ; empero no podemos llegar á esta renovacion é integridad por el sacramento de la Penitencia , sino despues de grandes gemidos y extraordinarios trabajos , exigiéndolo así la divina justicia. De suerte que con justísima razon llamaron los santos Padres á la Penitencia bautismo laborioso ¹. ¿Qué juicio , pues , podríamos formar del Evangelio de Jesucristo , y de los Concilios en que asistieron hombres tan eminentes por su saber , por su virtud y santidad , y cuyas decisiones salieron todas inspiradas por el Espíritu Santo , cuando ni en esos Concilios ni en el santo Evangelio se hallan otras medicinas para sanar de nuestras dolencias , ni otros medios para la curacion de los pecados , que oraciones , ayunos , vigiliass , cilicios , lágrimas , retiros , trabajos y mortificacion de los sentidos ? Así , así se le devuelve á Dios la honra que se le habia quitado por el pecado. Mediante estos ejercicios penales , es como los primitivos fieles que habían tenido la desgracia de caer en alguna culpa grave , procuraban con todo esfuerzo desenojar á Dios , y por medio de estas penalidades volver á su antigua privanza. No se concretaba la penitencia que hacian , como algunos de hoy dia , con rezar cinco Credos y cinco Salves , con besar algunas veces la tierra ; sino ayunando rigurosamente á pan y agua , no por un solo dia , sino por muchos meses y estos continuos : se condenaban á la soledad , ó por lo menos á un retiro enteramente abstraído : á cilicios , cenizas , disciplinas , gran número de peregrinaciones , cantos de salmos , estaciones , y á las veces prestando servicios de muy penosa fatiga trabajando en las fábricas ú obras que se levantaban en honor de Dios. ¿ Y querrémos ahora el que aunque nos hayamos confesado bien de todos los pecados , el que con un ayuno , con un Via-Crucis , con una parte de Rosario ó con oír una misa rezada de rodillas , el que Dios nos vuelva á aquella misma alta y envidiable posicion que gozábamos en su presencia , antes de cometer el primer pecado mortal despues del Bautismo ? ¡ Ay fieles mios , qué equivocacion tan grosera ! ¡ qué error tan pernicioso ! No se borra con esta facilidad de la memoria de Dios un cúmulo de traiciones , de inmundicias y de brutalidades que forman un largo proceso , y que de ordinario se llevan al confesonario. Para alcanzar esta dicha , es del todo indispensable el que declaremos contra nosotros mismos un santo enojo , y nos armemos de una justa venganza , castigando en nosotros mismos el mal que hicimos , y la omision del bien que dejamos de ha-

¹ Conc. Trid. sess. XIV, 2.

cer con oraciones, ayunos, cilicios, disciplinas, retiro, silencio y otros ejercicios penales, purificándonos así mayormente de nuestras culpas, y satisfaciendo al Señor de la pena de que le somos deudores, castigando en nuestro cuerpo los delitos que cometimos contra Dios con severidad y rigor.

No penseis que esta es alguna opinion particular mia. Esta es doctrina comun de los santos Padres; de aquellos hombres insignes en santidad de vida, á quienes el Señor dotó de una viva imaginacion, de un entendimiento el mas elevado, y lo que es mas todavía, de una infusion no pequeña de luz emanada del cielo, ya para tratar las cosas santas con el decoro conveniente, con una fina delicadeza y la mas correcta exactitud, ya tambien para darnos las reglas mas sanas de moral, á fin de modelar nuestras acciones al nivel mas ajustado del Evangelio, guiándonos al cielo por el mejor camino.

« Los pecados cometidos despues del Bautismo, dice el grande Teodoreto obispo de Ciro y doctor de la Iglesia, no se borran del mismo modo que los que antes se habian cometido; de los primeros se consigne el perdon con sola la virtud del Bautismo; pero los otros solamente se perdonan con muchas lágrimas, llantos, gemidos, ayunos, oraciones, y trabajos proporcionados á la gravedad del pecado cometido ¹. Es preciso, decia san Cipriano, que la abundancia de nuestras lágrimas corresponda á la enormidad de nuestras ofensas. Empleemos mucho cuidado y mucho tiempo en curar una llaga profunda, y no sea nuestra penitencia menor que nuestro delito ². » « Para curar una llaga profunda, decia san Ambrosio, se necesita un largo y poderoso remedio, y el delito grande tiene necesidad de una grande satisfaccion para ser expiado ³. »

Bien pudiera añadirlos los testimonios de otros muchos; pero viniendo todos aunque con diferentes palabras á expresarse del mismo modo, reputo por innecesaria su insercion, creyendo por bastante el decirlos que todos, todos juzgan ser tan absolutamente precisos los rigores de la penitencia, que sin ellos nunca llegarán los pecadores á aplacar enteramente á Dios, y á recobrar aquella linea tan elevada de aceptacion divina de la que cayeron por el primer pecado que cometieron. Grabad profundamente en vuestro corazon esta

¹ Hæret. Fabul. lib. V, c. 28. — ² *Quam magna deliquimus, tam granditer defleamus. Alto vulnere diligens, et longa medicina non desit: penitentia crimine minor non sit.* (Lib. de Lapsis). — ³ *Grandi plagæ alta et proliza opus est medicina: grande scelus grandem habet necessariam satisfactionem.* (Ad Virg. laps. 8).

doctrina, bien persuadidos de que las palabras que la contienen encierran el espíritu y la vida: *Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt* ¹. Los ayunos, las lágrimas y mortificaciones son á los ojos de Dios el presente mas digno de su atencion. Por este motivo quando el profeta Samuel quiso reconciliar con el Señor al pueblo rebelde, juntándole en Masfat le hizo convertirse de corazon, reconocer y detestar sus culpas, hacer obras del servicio gustoso de Dios, ayunar, verter lágrimas en su presencia, y que hiriendo sus pechos confesasen sus pecados con gemidos ².

No hay duda, fieles míos, en que si vosotros os portais así, el Señor os elevará á su antigua privanza, y aun os ensalzará hasta el trono de su gloria. A esta altura llegaréis por mas que hayais sido codiciosos, impuros, adúlteros y murmuradores, si haceis verdadera penitencia y proporcionada á vuestros excesos. Empero vosotros mismos podeis sin grandes luces conocer que no bastan para destruir y pulverizar hábitos de soberbia, de avaricia, impureza, enemistades, murmuraciones y vanidades tan radicados en las almas, algunas ligeras oraciones. Para conocer la graduacion aproximada entre las culpas, y la ofensa con cada una de ellas irrogada á Dios, y el modo de satisfacerle, no perdais jamás de vista las reglas ó Cánones penitenciales, no solo para tenerlos presentes en la memoria, sino para practicarlos en su sustancia: *Discite ea, et opere complete* ³. Ellos no son otra cosa que una deduccion de la Escritura y del Evangelio, como afirma san Cipriano escribiendo al clero de Roma ⁴. Ellos fueron establecidos por los hombres mas sábios, piadosos y benignos que ha conocido el mundo, no conteniendo otro rigor que el que aquellos hombres llenos de santidad, de caridad y dulzura juzgaron indispensablemente preciso para el remedio de los pecados y salvacion de las almas. No os persuadais que estos Cánones están hoy dia abolidos por la Iglesia. La ley de satisfacer por las culpas es natural y divina, y por lo tanto no puede sufrir abolicion ni mudanza. La misma ley y la misma necesidad hay de satisfacer á Dios por las culpas cometidas en los tiempos que corremos, que en los de la Iglesia naciente, y la que habrá en todos los siglos venideros, aunque durara el mundo eternamente. En la sustancia no puede mudarse la ley de satisfacer á Dios por las culpas cometidas, debiendo ser siempre á ellas proporcionada y conveniente la satisfaccion. Mientras haya Escritura, Evangelio, pecados y justi-

¹ Joan. vi, 64. — ² I Reg. vii, 6. — ³ Deut. v, 1. — ⁴ Epist. XXIX, XXX et XXXI.

cia divina, ni es, ni será, ni puede ser de otro modo : *Jesus Christus heri et hodie ; ipse et in sæcula* ¹.

Aplicaos, pues, desde ahora en adelante con el mayor esmero á las obras de penitencia, de piedad y de obligacion cristiana, os diré con el Apóstol, como hasta hoy os habeis aplicado á las obras reprehensibles y á las obras de iniquidad ². Hora es ya de que no mireis un punto tan importante como este con indiferencia, antes bien el que procureis penitenciaros de todas veras, en proporcion á los excesos que habeis cometido. Un alivio y muy grande podeis tener en estos rigores, y es el estimularos á ganar cuantas indulgencias podais ; para lo que debeis ser muy solícitos. Obrando así, podréis desenojar á Dios, alcanzar vuestra reconciliacion y gozar de la misma antigua amistad que antes gozábais para con él. Esta expiacion de vuestros crímenes hará el que seais objetos dignos del agrado del Señor, el que os mantengais en gracia, y con esta os proporcioneis la adquisicion bienaventurada de la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida y con las que hemos ofendido á Dios enormemente, arrojámonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si no debemos mirar como verdaderos bienes ó males el gozo ni la afliccion, si es que nos debemos considerar en la tierra como extranjeros, poniendo en el cielo toda la atencion del alma ; si sola una cosa hemos de tener por mal y esta es el pecado, ¿ cómo es que léjos de temer á este por ser lo que mas odiais, me he abalanzado á cometerlo siempre que he querido, como si fuera capaz de hacermé feliz ? ¿ Con este desprecio se injuria á un Dios omnipotente, á una Majestad suprema y á una Bondad infinitamente preciosa ?

¡ Ah mi amable Redentor ! Me admira sobremanera vuestra misericordia sin límites, cuando no ordenásteis descendiese fuego del cielo, como lo hicisteis con los habitantes de Sodoma, y abrasándome me redujese á cenizas. Nada menos merecia un hombre tan ingrato como yo, el mas vil é infame de las criaturas, puesto que me complacia en ofenderos, y en arrojar con vilipendio por el sue-

¹ Hebr. XIII, 8. — ² Rom. VI, 19.

lo vuestra preciosísima sangre, precio de mi redencion, en el hecho de cometer ofensas numerosas y gravísimas. ¡Oh maldad la mas enorme! ¡Oh pecados inauditos, que tanto han agraviado á mi Dios! ¡Quién pudiera ahora pulverizarlos! Pero ¿qué satisfaccion podrá dar un vil gusano de la tierra á la Majestad soberana de los cielos? ¡Oh vileza mia! ¡Oh soberanía celestial! ¿Qué compensacion os daré, no digo que sea equivalente, si es que sirva para aplacar vuestro enojo? Impotente á la retribucion, desprovisto de buenas obras, falto de méritos, apelaré siquiera á la intensidad de mi dolor, para llorar amargamente cuantas culpas he cometido contra Vos, diciendo de lo íntimo de mi corazon, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA -VIGÉSIMASEGUNDA DESPUES DE PENTECOSTES.

La malignidad que encierra la murmuracion, y la odiosidad que le debemos profesar.

Non enim respicis personam hominum.
(Matth. xxii, 16).

No te detienen respetos humanos.

Dios nuestro Señor ordenándonos en su santísima ley un amor mútuo, nos prescribe las respectivas atenciones que con todos hemos de guardar, sin que por nuestra culpa se rompa la union fraternal que debe reinar entre todos. Observando esta ley con puntualidad, practicando sus preceptos con exactitud, y no separándonos en nada de lo que nos prescribe, veríamos brillar entre nosotros con resplandores luminosos la felicidad en este mundo. Veríamos de entre nosotros alejada la envidia que á tantas personas consume y las tiene enemistadas; desterrada la ambicion con la que unos quieren entronizarse sobre otros; fugitiva la avaricia que impele á muchos á sobreponerse por el acrecentamiento de intereses; y desterrada la murmuracion sin haber nadie que hablara mal de los otros, ni publicara sus defectos aunque fuera cierto el que los hubieran cometido, reinando en todos el Evangelio, nadando en el golfo de una paz la mas placentera, y dejándose ver bien visiblemente en todos los admirables frutos de la caridad cristiana. Por el contrario, cuando postergado el santo Evangelio no se ve reinar la caridad, pronto se ve alejado el reposo, turbada la quietud y entronizada la division en las familias. Por eso vemos tan frecuentemente discordias acaloradas entre padres é hijos, entre maridos y mujeres, y tenemos que lamentar tambien la contrariedad y oposicion que se declaran unos vecinos contra otros, motivándose perjuicios y mil pesares que sienten con amargura, y les roban la quietud de su alma. Por desentenderse de la caridad, pasan la vida en disgustos, en

sentimientos y pleitos que les hacen atravesar una vida amarga, y á las veces les ocasionan el aniquilamiento total de su fortuna.

En fin, por no abrigar caridad, vemos en el mundo tan corriente la murmuracion, contribuyendo no poco este perniciosísimo vicio á turbar la calma de las familias, á hacer perder la paciencia de las personas, á inquietar el reposo de los vecinos, y hasta ser causa del trastorno de un pueblo. Sí, señores: estos frutos producen, y estos tristes resultados proporcionan todas aquellas personas extremadamente curiosas, inquietas y murmuradoras, que están al acecho de cuanto pasa, que de todo toman averiguaciones, que se informan al pormenor de cuanto hacen los demás, no para ocuparse en la correccion fraterna, aconsejando á unos, y reprendiendo caritativamente á otros, diciéndoles lo que marca la ley santa que profesamos, sin detenerles consideraciones mundanas ni respetos humanos, como le decian los fariseos á Jesucristo, segun vemos (hoy) en el Evangelio, sino para juzgar temerariamente de los procedimientos de todos. Que no contentas con indagar, fabricar y esparcir novedades, entrando en el secreto de las familias, y en lo mas recóndito de las personas, trinchán y rajan reputaciones ajenas, censurando malignamente su conducta, ajando su reputacion y vilipendiando su fama. Inquietas á causa del prurito de murmurar, unas veces se ocupan en imponer al prójimo un crimen falso, culpa ó defecto que no ha cometido; otras exagerando el delito; ora manifestando el pecado oculto; ora interpretando siniestramente sus procedimientos. Vicio infame contra el que grita todo el mundo, abominándolo en extremo. Vicio el mas contrario á la razon y á la humanidad, el mayor enemigo de la Religion santa que profesamos, y del precepto de la caridad cristiana. Vicio que por provenir de malignidad, no puede cohonestarse con la excusa de la fragilidad humana. Vicio en fin que debe sentirse el verlo tan generalizado entre cristianos, y que no se debia cesar en ver si podia desterrarse del todo de la sociedad por los daños tan perjudiciales que ocasiona. Voy, pues, á ocuparme de él, manifestándoos *la malignidad que encierra la murmuracion, y la odiosidad que le debemos profesar*. Mientras me ocupo en su demostracion con el favor de Dios, estad atentos.

¡Quién pudiera, fieles míos, hacer que renaciesen en nuestros tristes dias los felices tiempos del principio de la Iglesia! ¡Quién pudiera hacer revivir las costumbres de aquellos primitivos cristianos! Si este renacimiento se viese en nuestros dias, nos llenaria de vergüenza como no pudiera menos, y tambien de confusion al co-

tejar nuestra falta de caridad con el lleno de aquellos fieles tan fervorosos! Ellos, en verdad, vivian siempre tan conformes, unidos y hermanados, que parece no tenian mas que un corazon y una alma. La diferencia de edades, la diversidad de patrias, la distincion de nacimientos, de clases, intereses y cargos, no motivaba en ellos la mas mínima discordia. Léjos de abrigar queja unos contra otros, era tal la union que los estrechaba, que entre todos no reinaba mas que una santa y envidiable armonía. Siendo uno su Dios, una su fe, y una su religion, era tambien en todos una la vida comun que profesaban. No se encontraba pobre alguno entre ellos, dice san Lucas¹, porque todo cuanto poseian, tanto en tierras como en casas, lo vendian, y su precio lo llevaban y ponian á la disposicion de los Apóstoles, dividiéndolo despues entre todos, segun la necesidad en que se hallaba cada uno. Al sano se le trataba como á sano: á los ancianos é impedidos se les cuidaba con arreglo á sus muchos años, achaques é impedimentos; y á los que se hallaban postrados por indisposiciones ó enfermedades en la cama, se les asistia con aquel esmero y contemplacion que requieren los enfermos. *Prout cuique opus erat*. Todos vivian contentos, porque todos se amaban mutuamente. En ellos no reinaba la envidia: se complacian unos de las prendas sobresalientes y alabanzas de los otros. El mérito especial que á algunos les acompañaba, lo reputaban todos como propio y general del cuerpo cristiano á que pertenecian. Si en alguno notaban algo de pereza, desidia, ligereza ó fragilidad, como miembros de aquel cuerpo tan santo, sentian como propias aquellas debilidades y flaquezas, procurando su remedio y la excitacion del apagado fervor; pero nunca murmuraban unos de otros, hablando con intencion de infamarse. Estaban todos íntima y estrechamente enlazados con el tierno vínculo de la caridad, y este los mantenía unidos en unos mismos sentimientos y en unos mismos afectos. *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una*².

Empero ¿podrémos decir esto mismo de todos los cristianos de nuestros dias? Aunque es cierto que todos nosotros reconocemos como ellos á Jesucristo nuestro Señor como autor de la santa religion que seguimos, que profesamos la misma fe, y que somos regidos por su doctrina, porque como ellos tenemos la misma ley, sin

¹ *Neque enim quisquam egens erat inter illos. Quotquot enim possessores agrorum aut domorum erant, vendentes afferebant pretia eorum quæ vendebant. Et ponebant ante pedes Apostolorum. Dividebatur autem singulis prout cuique opus erat.* (Act. 1v, 31, 35). — ² *Ibid.* 32.

embargo no vivimos del mismo modo : no quiero decir en cuanto á la comunidad de bienes, sí es que en lo relativo al comporte de nuestras costumbres y procedimientos. Si entonces consultaban unos el esplendor de los otros, ahora podemos decir con el grande san Agustín, que todos procuran oscurecer la gloria de su prójimo : mirar en él, no su virtud, sino sus faltas, para encontrar un medio de deshonrarle y abatirle ¹. Ahora muchos, dominados de la murmuracion, rompen los sagrados vínculos de la caridad, siendo sus palabras como unas saetas envenenadas, tendientes á herir de muerte la reputacion del prójimo, y á salpicar su fama con una nota degradante, callando en el tiempo en que les obliga la caridad á hablar á su favor, y propasándose á hablar cuando la misma caridad les ordena un inalterable silencio. Ahora muchos á pesar de que les consta que todos somos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, redimidos con su preciosísima sangre, miembros de un mismo cuerpo, con destino á una misma felicidad, degeneran á tales términos de bajeza contra sus hermanos, que por medio de la murmuracion asestan contra ellos los tiros de una malignidad inficionada, con el maldito fin de arruinarlos.

Con efecto : hay personas al presente en el Cristianismo, hay hombres y mujeres en el dia muy semejantes á los atenienses, cuando san Pablo llegó á predicar en el Areopago de la gran ciudad de Atenas, de quienes escribe san Lucas en los Hechos apostólicos que eran naturalmente curiosos, y tanto ellos como los extranjeros avendados allí no pasaban el tiempo en otra cosa que en decir ó escuchar novedades ². A imitacion, pues, de estos, hay hombres y mujeres en nuestros dias, tan particulares en sus genios, que no encuentran en su vida otro gusto mas placentero que el que emplean en novelorías. Así es que su principal ocupacion la cifran en andar á caza de noticias, y su principal satisfaccion en publicarlas. No hablo yo de aquellas novedades y anuncios que publican los *periódicos* por medio de la prensa, acerca del estado de las naciones y de los sucesos ocurrentes en el propio país, pues estas publicaciones se dan á luz para que las sepan los ciudadanos ; sí es que hablo de aquellas averiguaciones particulares, ocurrentes á la singularidad de las casas, familias y personas, para despues referirlas á otros y de este modo hacerlas públicas en la vecindad. El prurito de cerciorarse en cuanto ocurre les hace estar en continuo acecho, pregun-

¹ Lib. XI de Genes. ad lit. c. 14. — ² Act. xvii, 21.

tar, inquirir, conjeturar, formar juicios, y reunir en su imaginacion un acopio de especies que á su tiempo germinarán. El deseo ansioso que los inquieta para ir á contar muy luego por medio de murmuraciones, los agita y mueve por saber lo que pasa en las casas, la ruptura si la ha habido entre algunos parientes, las discordias que han ocurrido entre algun marido y mujer, las desavenencias que ha tenido algun padre con sus hijos, las palabras acaloradas é injuriosas que se dijeron dos vecinos, las sospechas que conciben en el trato de una persona con otra, las debilidades y caidas en que han incurrido estos y aquellos; en una palabra, de todo procuran informarse é imponerse circunstanciadamente en todos los pormenores; mas si esto fuera solo para reservárselo en su pecho, viciosa seria esta ocupacion; empero el genio de estas personas no les permite mantener reservadas estas averiguaciones, aumentando su criminalidad en comunicar á otros sujetos los defectos del prójimo, que es en lo que consiste la murmuracion; faltando así unas veces contra caridad, y otras contra justicia. Faltan contra caridad cuando dicen de otra persona algun delito que es público, ó al menos sabido de la persona ó personas á quienes se dice. Faltan contra justicia cuando dicen algun delito oculto á una ó mas personas que lo ignoraban, porque le quitaron la fama, y tienen obligacion de restituírsela.

Si estas personas consideraran reflexivamente, y con aquel interés con que todos estamos obligados á consultar por nuestra salvacion, ¿cómo era posible que no dejaran este maldito vicio para no manchar jamás sus almas con él? ¿Cómo era posible que se desentendieran, con tanto perjuicio suyo, de un tan negro aborrecimiento, como el que Dios nuestro Señor profesa á toda persona murmuradora, como dice el apóstol san Pablo ¹, y de la execrable abominacion que se acarrea entre los hombres, como dice el Sábio en sus Proverbios ²? ¿Cómo tendrán complacencia en manchar la reputacion del prójimo con palabras que lo desacreditan y lo infaman? ¿Cómo no escrupulizarán horrorizadas de la gravedad y malicia de la murmuracion, en oscurecer la buena opinion del prójimo y quitarle la fama, cuando esto supera á la defraudacion que se le pudiera hacer en sus pertenencias ó intereses? Yo vivo íntimamente persuadido de que estos que tan solícitos están por averiguar faltas ajenas, y despues se ocupan en relacionarlas, aunque tuvieran proporcion favorable y segura para entrar en casa de aquel de quien

¹ Eccli. xxi, 31. — ² Rom. i, 30. — ³ Prov. xxiv, 9.

murmuran, y robarle los dineros ó granos que allí tuviera, esto no lo harian de ningun modo, por contemplarlo muy ofensivo á Dios, y notablemente perjudicial á su prójimo. Estoy íntimamente convencido de que por mas que se les ofreciese coyuntura la mas adecuada, no entrarian á un corral propio de aquel contra quien murmuran, para robarle un carnero, ni menos le pegarian fuego á sus mieses cuando las vieran estaban á punto de segarse, reputando por gravísimos estos daños; pero tambien quiero que se persuadan los murmuradores de que la fama y el buen nombre importan mas que la hacienda y los haberes terrenos, como dice el Espíritu Santo en sus sagradas Escrituras ¹. Que es de mayor precio, y goza mas valor la buena opinion de una persona, que todos los intereses temporales que tenga y pueda tener, viniendo de aquí á decir y asegurar los Doctores, que es mayor y mas grave el pecado de la murmuracion que el pecado del hurto, por ser de mayor estimacion la fama que la hacienda: debiendo quedar convencidos que murmurando de una persona le hacen mas daño y le ocasionan mayor perjuicio que si le talasen los frutos; mas que si le arrebatasen la cosecha quemándole las mieses; mas que si le robasen algunas cabezas de ganado; y mas que si entrando en su casa le quitaran ropa, dinero ó ajuares de valor. La reputacion supera á todos los bienes naturales que le pertenecen al hombre; de suerte que sin disputa es el mas sagrado é inviolable. Ni yo me admiro segun esto, ni á vosotros os debe de extrañar el que la murmuracion sea un pecado tan aborrecido de Dios, y tan abominado de los hombres.

Es tan maligna la murmuracion, que de cualquier principio que nazca, sale casi siempre de una fuente envenenada. Si bien se repara, podréis observar que no siempre se habla mal de otros por ligereza ó inconsideracion, antes bien es efecto por lo comun de una pasion violenta: unas veces es efecto de antipatia, otras de vanidad; ora proviene de la envidia, ora de la ambicion. Es tan atrevida, que nada respeta, ni lo sagrado ni lo profano; ni perdona á la virtud ni al mérito. De aquí nace el que cause la murmuracion males de suma trascendencia en la reputacion, en los haberes, en la quietud de los vecinos, en la paz de las familias y en la armonia de las personas. ¡Cuántas veces por la murmuracion queda marchitada la pureza de una doncella, herida lastimosamente la fide-

¹ *Curam habet de bono nomine: hoc enim magis permanebit tibi, quam mille thesauri pretiosi et magni. (Eccl. XLII, 13).*

dad de una casada, rebajada la piedad de una viuda, vilipendiado el honor de un sacerdote, perdida la estimacion de un hombre de bien, turbada la paz de un matrimonio y rota la cordialidad de dos íntimos amigos! Una calumnia, un chisme, un cuento revestido á su modo por los murmuradores, introducen la discordia en las casas, la diferencia en las familias y la division de ánimos entre vecinos y vecinos.

El murmurador con su lengua se introduce y altera no solo las casas de los vivos que permanecen donde él habita, si es que hasta persigue é incomoda á las personas cuya reputacion trata de ajar, aunque estas tengan su residencia á largas distancias, por mas que disten infinitas leguas, y vivan á la otra parte de los mares en un extremo del mundo. Nada importa todo esto, porque él las perseguirá donde quiera que se hallen, pasando si es menester el mar en un ligero brinco. Veréis que la murmuracion abre y se pasea osadamente en los cementerios, sin que la detenga la santidad y silencio de estos locales; sin que la espante el mal plor, ni la horrorice aquel sembrado de huesos humanos. Veréis que temerariamente rompe los nichos, cava las sepulturas y revuelve impiamente los cadáveres y esqueletos de aquellas personas que quiere zaherir y desconceptuar publicando sus flaquezas. Empero no para aquí la ligereza, violencia y malignidad de la murmuracion. Habrá almas que por sus penitencias y santidad de vida estarán ya en el cielo gozando de la vision clara é intuitiva de Dios, y estará aquí en la tierra trabajando con ahinco la murmuracion, vilipendiando su conducta y envileciendo su probado y crecido mérito. Habrá otras que por no haber satisfecho á Dios en este mundo toda la pena temporal que debian por sus pecados veniales, ó por los mortales bien confesados, en que les fue conmutada la pena eterna, estarán expiándola en el purgatorio, y aun no las dejará pasar la lengua murmuradora con su trabajo á aquellas pobrecitas almas, sacando aquí á corro los defectos que tuvieron, acriminando imprudente y calumniosamente su conducta. ¿Qué mas? Habrá almas condenadas por su desgracia en el infierno, padeciendo allí atroces tormentos, y muchas de ellas acaso por un solo pecado mortal estarán rabiando de despecho, de furor y de desesperacion; y como si esto no fuera harto trabajo, aun le estará la lengua murmuradora en este mundo royéndole los huesos, hablando á muchas personas de sus caídas, de sus escándalos, de sus torpezas, de sus blasfemias; en una palabra, de todos sus crímenes, dando noticia de cuanto se ignora~

ha ; publicando pecados ocultos , parafraseándolos á su modo , y agrandándolos en extremo.

¿ Qué os parece , fieles míos ? ¿ puede darse mayor malignidad que la que en sí encierra la murmuracion ? Las personas murmuradoras con un corazon corrompido y con un dañado entendimiento , solícitas con una inquieta curiosidad , pesquisan vidas ajenas , yendo de casa en casa , de puerta en puerta y de hogar en hogar , inquiriendo aquí , y contando allá lo que vieron , y muchas veces lo que se imaginaron , rompiendo amistades por estos cuentos y chismes , moviendo pependencias , introduciendo discordias , ocasionando rompimientos y motivando riñas . No deteniéndoles el temor de ofender á Dios , ni abrigando amor á la paz , antes bien complaciéndose en la desunion del prójimo , en el perjuicio que le puedan ocasionar y en el desconcierto de los vecinos , hacen perder á uno el destino que estaba próximo á conseguir por sus buenas prendas ; á otro le desbaratan el enlace matrimonial que estaba próximo á contraer ; á este le frustran una ganancia que contemplaba como segura ; al otro le arruinan su fortuna ; aquí deshonoran estas familias ; allí marchitan la virtud de ciertas personas . En fin , las lenguas murmuradoras maltratan á sanos y enfermos ; hablan mal de vivos y de difuntos , y pareciéndoles como pequeño campo para espaciarse el de este mundo , se introducen en el otro , incomodando á las almas que hay en el purgatorio ; agravando el mal de las que se hallan en el infierno ; y aun introduciéndose con mal fin en el cielo , rebajando en lo que pueden el mérito , la virtud y santidad de algunas almas felices que allí reinan gloriosamente con el Señor .

Esta indigna , cruel y funesta malignidad que encierra la murmuracion , merece odiarse por todos nosotros con la mayor execracion . Debemos de huir de un pecado como este , por ser la peste de las conversaciones , el mal inquieto de las repúblicas y el enemigo de la caridad . Para hacernos gratos á Dios y á los hombres procuramos siempre hablar bien de todos ; y si en alguna ocasion de tantas como presenta este mundo oyéremos hablar á una persona de otra con intencion dañada , guardémonos muy mucho de manifestar deseo de oirla , ó de dar fomento á su conversacion ; porque si esto hiciéremos , nos haríamos culpables del mismo pecado que comete el que murmura . En tales circunstancias debemos reprender al murmurador , si somos superiores á él en autoridad , ó aunque seamos iguales , si tenemos virtud ó fortaleza bastante para ello . Si estas cualidades no nos acompañan , mudemos la conversacion , ó

manifiestemos con nuestro triste semblante que aquella conversacion nos desagrade, ó abandonemos el sitio, que será lo mejor. En fin, por lo que á nosotros toca, adoptemos y llevemos adelante la regla que nos da san Buenaventura ; á saber, que jamás hablemos conversaciones, y digamos palabras de una persona ausente, que no las pudiéramos decir con caridad en su misma presencia ¹. Para que nunca nos desbordemos en este maldito vicio hablando mal de otras personas, quitándoles la fama, imputándoles crimen que no han cometido, ó exagerándolo mas de lo justo, ó publicando culpas que cometieron ocultamente, complaciéndonos en dar noticia de sus defectos, tengamos muy presente la confusion de que cubrió á los escribas y fariseos nuestro divino Redentor cuando le presentaron á la adúltera. Maestra (le dijeron), esta mujer que ofrecemos á vuestra vista, acaba de ser cogida en adulterio : segun la ley debe matarse á pedradas, sin embargo ¿vuestro parecer cuál es? Prescindiendo ahora de la torcida y dolosa intencion con que hacian la pregunta, la que Jesucristo penetró de lleno, como que siendo Dios profundizaba los senos mas ocultos del corazon humano, ¿qué os parece que les respondió despues que con el dedo habia formado unas letras en el suelo? Señores (les dijo), aquel que poniendo la mano en su pecho, ó consultando escrupulosamente todos sus pensamientos, palabras y obras, se encuentre justificado delante de Dios, como que se halla libre de todo pecado y exento de todo defecto, este empiece á tirarle la primera piedra. No fue menester mas para que dejando libre á aquella mujer, se marchasen de allí todos cubiertos de confusion ². Teniendo siempre bien impresionado en nuestra memoria este suceso, y respuesta dada por nuestro Salvador, nos deben forzosamente retraer de toda murmuracion, contemplando que todos somos hijos de Adán, y por lo tanto cubiertos de fragilidades, incurriendo en faltas de continuo, y que estamos llenos de defectos. Este ejemplo que ofrecerá á nuestra vista la consideracion de lo que somos, bien meditado, es capaz de cerrarnos la boca para no abrirla jamás en perjuicio de persona alguna, ni de tener gusto en oir á otros cuando toman la palabra para zaherir conductas ajenas.

Temamos asimismo la exposicion inminente que corremos de ser castigados con la mayor severidad por la mano de Dios, así como

¹ *Erubescant dicere de absentí, quod cum charitate non possunt dicere coram ipso.* (Specul. discipl. part. III, c. 3 de informat. novit. part. I, c. 23). —

² Joan. VIII.

castigó á los israelitas que murmuraron de Moisés; á la hermana de este que la llenó de lepra, y otros muchos y diferentes castigos que ha ejecutado la divina justicia con otras personas acostumbradas á este maldito vicio : y sobre todo no olvidemos aquella verdad de fe, de que los murmuradores no entrarán en el reino de los cielos, como dice san Pablo¹, á menos que hagan una penitencia rigurosa, satisfaciendo á Dios con oraciones, ayunos y austeridades por sus murmuraciones pasadas; y siendo considerables, retractándose y reparando el agravio irrogado á la reputacion del prójimo.

Entremos, pues, fieles mios, en estas tan saludables consideraciones, y asegurémoslas con firmeza en nuestro corazon. Ellas harán el que en vez de murmurar, animados de la caridad miremos con amor á nuestro prójimo : el que jamás hablemos de sus caidas y defectos, ni permitiremos el que de él hablen mal á nuestra presencia. Procediendo de este modo, y llevando siempre una vida regularizada al exacto nivel del Evangelio, viviremos cristianamente, nos haremos gratos á Dios, y el Señor, que tiene ofrecida una muy particular asistencia al que en todo practique sus órdenes, nos favorecerá de continuo con los auxilios de su divina gracia; y despues nos retribuirá con la recompensa de la feliz y eterna bienaventuranza en la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida, y con las que tan villanamente hemos ofendido á Dios, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si cada uno cuando peca vende su alma al demonio, ¿cuántas veces no la he vendido yo, puesto que he cometido ofensas graves sin número contra una Majestad tan alta como la vuestra?

¡Ah mi amable Redentor! ¿Cómo no he estimado la salvacion de mi alma? ¿Cómo no temblaba al contemplar el rigor de vuestra justicia? ¿Qué? ¿llevando una vida criminal podia esperar el logro de una felicidad eterna? ¡Ah, divino Salvador! Delincuente he sido y todavía lo soy; y esto es lo que ahora me obliga á gemir en vuestros soberanos piés: me veo confundido: mi rostro está

¹ I Cor. vi, 10.

lleno de vergüenza ; y en virtud de este rubor, solicito de Vos volvais sin demora vuestros ojos compasivos hácia mí, para que no sea oprimido con el peso de vuestra justicia. Decid á mi alma *yo soy tu salud*¹ : que con sola esta palabra, quedará limpia y obtendrá su eterna salvacion. ¡ Oh si en mis oídos resonara esta palabra de consuelo, cuánta fuera mi dicha ! Ya no habria tribulaciones para mí, todo seria gozo, bienestar y satisfaccion completa ; puesto que sostenido por vuestro auxilio, no podria ya volver á pecar. Mis pecados, Padre mio amantísimo, son los que mas siento y los que me tienen afligido, y por ser ellos la causa de mi dolor, digo con todas las veras de mi corazon que me pesa el haber pecado ; que me pesa millares de veces el haberos ofendido : misericordia, Señor : misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

¹ *Dic animæ meæ : Salus tua ego sum.* (Psalm. xxxiv, 3).

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA VIGÉSIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTES.

Con sola la fe no nos salvaremos, si no va acompañada de buenas obras.

Fides tua te salvam fecit. (Matth. ix, 22).

Tu fe te ha sanado.

Todos llevamos impresa en nuestros corazones, dice el real Profeta, la luz de la razon, que es una imágen de la razon soberana de Dios ¹. Siendo como es una emanacion del Ser supremo, y siendo todas las criaturas obras de sus manos y efectos de su asombroso poder, quiso difundirla y grabarla en nosotros de tal suerte, que ni aun los salvajes mas feroces que viven como las fieras, sepultados en profundas cavernas, quedasen privados de su resplandor. Ella es una luz sin sombra; un sol que nunca se apaga, y la regla que Dios nos ha concedido para juzgar de las cosas contenidas en el orden natural.

Pero aun hay otra luz mas brillante que la de la razon, de un orden todavía mas superior, y es la de la fe. Ella es, segun san Pablo, el fundamento de las cosas que debemos esperar, y una conviccion de las que no vemos ². Ella es una especie de telescopio espiritual, por cuyo medio llegamos á percibir cosas que nuestra razon jamás podria llegar á conocer. Ella ilumina nuestro débil entendimiento, para que tengamos conocimiento de las verdades reveladas, y nos determinemos á creerlas; puesto que esta revelacion se funda en la veracidad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. Así es que la fe de los cristianos no es una creencia simple, sino una creencia fundada en principios fijos, ciertos é incontestables. Sin la fe es imposible agradar á Dios, como dice san Pablo ³; pero para poder uno salvarse, no es bastante la fe por sí sola; sí es que es necesario tambien la ejecucion de buenas obras. Así es que el mismo

¹ *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine. (Psalm. iv, 7).* — ² *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium. (Hebr. xi, 1).* — ³ *Sine fide autem impossibile est placere Deo. (Ibid. 6).*

Apóstol llama *fe viva* á la que obra con la caridad ; y la tendrá aquel que observe exactamente lo que ordena la ley de Dios. Santiago llama *fe muerta* á la que nada hace, y no se demuestra con las obras. La fe es el culto que debemos dar á Dios con el entendimiento, así como la observancia de los preceptos es el que debemos darle con la voluntad. Las obras sin la fe son muertas ; así como la fe sin las obras. Es necesario creer y vivir bien á la vez. De ningún modo podríamos conseguir la dicha eterna para que hemos sido criados, sin practicar las diligencias necesarias que la misma fe nos prescribe para alcanzarla.

Jairo, príncipe ó jefe de la Sinagoga, de quien (hoy) habla el Evangelio, creía que nuestro divino Redentor podía volver á la vida á su hija que acababa de morir ; pero esto solo no lo contempló bastante, si es que fué en persona á suplicarle á Jesucristo el que la reanitas, como lo hizo. Asimismo la mujer que padecía un molesto y peligroso flujo de sangre hacia doce años, tenía una fe tan firme en el Salvador, de que podía curarla, que ella misma estaba íntimamente penetrada de que con solo tocar la extremidad de su vestido quedaria sana ; pero para lograr esta dicha, no descansó en esta sola creencia, si es que ejecutó lo que le dictaba su fe, y así alcanzó su completa curacion. Así, pues, la fe que los cristianos tenemos la dicha de profesar por un privilegio celestial, debemos procurar que alumbre nuestros pasos, que arregle nuestros pensamientos, que forme nuestros juicios, y santifique nuestros deseos. Este debe ser nuestro comportamiento ; bien persuadidos de que *con sola la fe no nos salvarémos, si no va acompañada de buenas obras*. Esto es lo que os voy á demostrar ahora con el favor de Dios, á fin de que no perezcais eternamente por falta de ilustracion en un punto tan interesante. Estad atentos.

Desde nuestra infancia sabemos, por las lecciones que nos dieron nuestros padres y maestros, de que la fe es una virtud sobrenatural que nos determina á creer todo lo que Dios ha revelado, y la santa Iglesia nos propone. Una virtud que tiene á Dios por objeto, su veracidad por motivo, y su bondad y misericordia por principio. Ella es un don de Dios tan excelente, que con acomodada propiedad podemos aplicar á esta virtud sobrenatural lo que Salomón decia de la sabiduría : á saber¹, de que con ella nos vienen todos los bienes ¹. Es un don celestial, el primero de todos los dones en ór-

¹ Sap. VII, 11.

den de nuestra salvacion y el fundamento de todos ellos. Es una luz sobrenatural que durante nuestra peregrinacion en esta vida nos descubre las cosas sobrenaturales que el Señor ha tenido la bondad de revelarnos. Por la fe somos hijos de Dios, y herederos de su reino : nos hallamos incorporados con Jesucristo, como miembros de un cuerpo á su cabeza ; y por ella tenemos la mejor parte en los tesoros de los méritos de nuestro adorable Redentor, y en sus divinas gracias.

No hay cosa mas justa ni mas razonable, os diré, fieles mios, con el apóstol san Pablo ¹, que esta determinacion resuelta, que esta completa sumision con que nos rendimos á la creencia de cuanto nos dicta la fe, como revelado por Dios ; porque siendo como es tan infinitamente sábio como fiel, no puede equivocarse ni tampoco engañarnos, pues es la misma verdad por esencia. Aunque las verdades que la fe nos propone son incomprensibles á la razon, sin embargo nuestra creencia descansa en el testimonio de Dios, que es el que las ha revelado ; y la razon humana jamás debe ser tan arrogante y presuntuosa, que las quiera avocar á su tribunal para juzgarlas. La fe es un sacrificio de la razon ; porque la humilla precisándola á creer lo que no alcanza, ni aun puede concebir. La misma razon es la que precisa á hacer este sacrificio, puesto que ella misma conoce que Dios es infinitamente sábio, al paso que el hombre está lleno de ignorancias, y que este, por mas que haga y trabaje con su razon, nunca podrá penetrar los arcanos y conocimientos de Dios : debiendo confesar sin vergüenza que Dios puede hacer infinitas cosas que nosotros no podemos entender. Si nuestra razon las penetrara y comprendiera, no tendríamos ningun mérito en creerlas, dice san Gregorio Magno ². El mérito de la fe consiste, segun la doctrina de los santos Padres, en creer lo que no se entiende ³. Yo he llegado á ser fiel, decia san Agustin, creyendo lo que no entiendo, y si sé algo, es conociendo que ignoro lo que no sé ⁴.

Todo entendimiento humano debe someterse ciegamente y con gusto al espiritu increado de Dios, que traspasa y penetra los velos é ilumina las tinieblas. El hombre adquiere un mérito especial en la

¹ Rom. xii, 1. — ² *Fides non habet meritum, ubi humana ratio præbet experimentum.* (Homil. LXXVI in Evang. in princip.). — ³ *Hæc est laus fidei, si quod creditur non videtur: nam quid magnum est, si id creditur, quod videtur?* (Aug. Tract. LXXVIII in Joan.). — ⁴ *Fidelis factus sum, credo quod nescio, et propterea scio, quia me scio, nescire quod nescio.* (Serm. I de Trinit.).

sumision que presta al testimonio del mismo Dios, humillando la soberbia orgullosa que de ordinario acompaña á su razon, venciendo la repugnancia que naturalmente tiene en creer verdades que superan su corta inteligencia, y que están en oposicion con sus pasiones, como son la mayor parte de las que Dios nos ha revelado. Y si es cierto que el hombre puede cerrar voluntariamente los ojos á esta luz sobrenatural, pero que con esta resistencia se acarreará la indignacion divina; tambien lo es que se proporcionará su benevolencia, dando dóciles oídos á la palabra de Dios, y prestándose con gustoso rendimiento á la gracia que á ello nos excita, creyendo los dogmas especulativos que Dios ha revelado, abrigando confianza en sus promesas, y obedeciendo puntualmente sus órdenes. En estas tres disposiciones hace consistir el Apóstol la fe de Abraham y de los Patriarcas ¹; y estas mismas son las que á nosotros nos deben de acompañar para lograr nuestra salvacion. La fe sola no basta para justificar al hombre: necesita además arreglar sus acciones morales al nivel de los preceptos de la ley, que comprende la fe: de lo contrario el profesarla no seria mérito, sino una felicidad: la salvacion seria entonces efecto de la fortuna en unos, y en otros efecto de la desgracia: la casualidad de haber nacido en el paganismo haria infelices para siempre á los que en él viviesen, al paso que haria eternamente bienaventurados á los que al nacer hubieran tenido la suerte de que la santa Iglesia los hubiera cogido con sus manos, para morar hasta la muerte en su seno. Pero no: entre los cristianos es un punto de doctrina generalmente enseñado y recibido, que ningun pagano se condena por no haber recibido la fe, sino por haber pecado contra la ley natural comun á todos los hombres, y por haber resistido las gracias que Dios le enviaba, y que tarde ó temprano le hubieran conducido á la fe, si hubiese sido fiel en corresponder á ella. Como, por el contrario, nadie ha enseñado jamás que era bastante para salvarse el haber nacido en el seno del Cristianismo y creer en él; la santa y divina religion que profesamos nos enseña que para salvarnos tenemos que arreglar nuestra conducta á nuestra fe, evitar el mal y hacer el bien: por manera, que los que contradicen su creencia con sus costumbres, no podrán nunca conseguir su salvacion ².

El designio que tuvo Dios nuestro Señor al concedernos el don de la fe divina, no fue únicamente para iluminarnos con el conocimien-

¹ Hebr. xi. — ² Tit. i, 16.

to y creencia de sus altísimos y adorables misterios, sino tambien para que teniendo noticia de sus preceptos, nos excitáramos á cumplir con las obligaciones que en ellos nos prescribe. El que así no lo ejecutare tiene una fe muerta, dice Santiago : *Fides sine operibus mortua est* ¹. Si la fe nos enseña misterios que imperiosamente nos manda creer, tambien nos prescribe reglas morales que indispensablemente tenemos que ejecutar. La observancia de los puntos de esta moral cristiana no es menos esencial ni menos precisa que la firme creencia de los sacrosantos misterios : por manera que estas dos cosas van tan estrechamente enlazadas, que nadie las puede desunir sin menoscabar el edificio de la fe, y sin peligro de su eterna salvacion. Haced en prueba de ello obras buenas, y no creais los adorables misterios que Dios nos manda creer ; pero tened entendido que cuantas obras de virtud, de piedad ó de penitencia hayais hecho ó hagais, son de ningun valor delante de Dios, de ninguna aceptacion, y no cuentan con ningun grado de mérito ante sus divinos ojos. Por el contrario, creed de lleno y sin la menor sombra de duda ni perplejidad todo lo que el Señor ha revelado y la santa Iglesia nos propone, descansando tranquilamente en esta creencia, y vivid así adormecidos sin practicar obras buenas : vuestra fe en este caso léjos de poder servirnos para vuestra salvacion, es un testimonio infalible de vuestro yerro y eterna ruina. No hay medio, fieles mios, no hay medio entre creer y el bien obrar. Unidas y practicadas estas dos cosas, son las que producen la salvacion. Esto lo significó bien á las claras nuestro divino Redentor, cuando en una ocasion, predicando á sus discípulos les dijo expresamente : Vivid persuadidos de que no todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que llene en un todo la voluntad de mi eterno Padre ². Por manera, que si bien lo reparais, advertiréis en las primeras palabras la insuficiencia de la fe, cuando esta camina sola, para el logro de la salvacion eterna ; y la imprescindible necesidad que hay, para la asecucion de una dicha tan envidiable, de practicar en un todo los preceptos que el Señor nos ha impuesto, llenando con ambas cosas la voluntad de Dios. Ved todavía esta doctrina circunstanciadamente aclarada por el apóstol Santiago, el cual siendo como fue estrecho por la sangre á Jesucristo nuestro Señor, y discípulo suyo, no podemos menos de persuadir-

¹ Jacob. II, 20.

² *Non omnis, qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum cælorum : sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cælis est.* (Matth. VII, 21).

nos que oiria de su santísima boca esta infalible verdad. Él la explica por cierto de un modo tan claro y acomodado á todos los entendimientos por muy estúpidos que sean, que nada deja que apetecer. Oídlo.

Hermanos mios (dice á todos los fieles), **hermanos mios**, ¿de qué servirá á nadie decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura la fe sola podrá salvarle? *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum* ¹? ¿De qué os servirá el creer de todo corazon que hay un Dios, dueño absoluto y soberano señor de todo cuanto vemos y no vemos, un Dios de una majestad infinita, si no le rendís con humildad, prontitud y abatimiento los reverentes servicios que os exige, y tan dignamente merece? ¿De qué os servirá el creer que Jesucristo fue el soberano Redentor del mundo, que vivió entre los hombres, y murió por todos nosotros, si debiendo ajustar vuestra conducta á su modelo, no odiais lo que él aborreció ni estimais lo que él tanto apreció? ¿De qué os servirá el saber y creer que hay una eternidad infeliz y un infierno que temer, si no procurais con el mas vivo interés el evitar aquella eternidad desdichada y el caer en el infierno, si no huís y os absteneis del pecado, que os puede precipitar en la sima borrosa de tales desdichas? ¿De qué os servirá el creer que hay una eternidad dichosa, una gloria inmortal á que sois llamados, si no os estimulais con ahinco el merecerla por el ejercicio de las virtudes? ¿De qué os servirá, en fin, el creer que esta gloria feliz labra la dicha eterna de todo el que la alcanza, porque toda ella está cifrada en la posesion y goce del mismo Dios, si no procurais á todo trance alcanzarla por el desasimiento de los bienes terrenos, por el desprecio de las alegrías mundanas, y por la mortificacion de los sentidos? No: de nada os aprovechará el alto conocimiento y la asegurada creencia de esta mansion bienaventurada, si no os esforzais con un ansioso anhelo á conseguir un asiento en ella; si no amais á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos; si no sois humildes, si no teneis paciencia en las adversidades, si no sois fervorosos en la oracion, si no frecuentais los santos sacramentos de Confesion y Comunión, si mirais con indiferencia el ayuno, si no os sometéis en todo á la voluntad divina, si no renunciáis los vicios, y no modelais ajustadamente vuestras operaciones á las santas máximas de nuestro divino Redentor Jesús. En

¹ Jacob, II, 14.

una palabra, de nada os servirá la fe si no practicais obras buenas : *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat?* ¿Qué os parece, fieles míos, de esta doctrina que acabais de oír? ¿Puede ser ella ni mas explícita ni mas clara? En su vista me persuado que ni vosotros podeis apetecer otra cosa, ni yo debo ocuparme en aduciros razones mas eficaces para prueba del asunto que tratamos; porque por mucho que me fatigara, estoy seguro que no las hallaria ni tan explícitas ni tan convincentes.

Siendo esto así, me permitiréis os pregunte ahora, ¿cuál es vuestra fe y cuáles son vuestras obras? Mucho fuera de desear tocante á lo primero, que todos vosotros estuviérais animados de una fe viva y firme; que vuestro entendimiento fuera iluminado en toda verdad, y vuestro corazon descansara gustoso, complacido y sin vacilar en aquella fe que triunfó del mundo, esclareció todos sus ángulos, disipando todas las sombras del error, desterrando los vicios, morigerando las costumbres; aquella fe tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes, y tan eficaz en milagros. ¿Estais bien penetrados y fijos en aquella fe que nos enseña que Dios sacó con solo su querer todas las cosas de la nada, que está presente igualmente en todas partes, que ve distinta y claramente todo cuanto pasa en el cielo y en la tierra, cuanto los hombres piensan, hablan y obran, por manera que no se le oculta ni aun lo que pasa en lo mas recóndito del corazon? ¿Que es dueño soberano de la vida y de la muerte; que con su poder todo lo puede, con su sabiduría todo lo penetra, y con su providencia todo lo gobierna? ¿Creeis, en una palabra, tan firmemente todos los dogmas que Dios ha revelado, y la Iglesia santa nos propone como las verdades mas evidentes, quiero decir, con tanta seguridad como que ahora vivimos, ó como que el fuego quema? Si he de decir lo que siento, no dudo que estaréis animados de buenos sentimientos acerca de la fe; pero tampoco desconozco que en casi todos vosotros se halla esta antorcha débilmente encendida, medio apagada, y que necesitais avivarla mas y mas, á fin de que llegueis á poseerla en el grado de perfeccion que la debeis poseer; esto es, que no abrigueis acerca de lo que ella contiene desconfianza, incertidumbre, ni la mas mínima sospecha de falsedad: que sea en un todo inalterable, y superior á todo género de pruebas por mas duras y seductoras que sean; superior á los tormentos y á los placeres, á los desprecios y á las grandezas, á los Ángeles y á los hombres, á la vida y á la muerte.

Pasemos á las obras, y veamos si corresponden y andan en ar-

monía con la fe. ¿Creeis que fuisteis criados como todos por Dios, para amarle y servirle en esta vida, y despues gozarle en la otra? ¿Que están contados por el Señor hasta los momentos de la existencia de cada uno; que para ser eternamente felices, llegando á gozar de Dios, que es en lo que consiste la gloria, no hay otro medio que vivir segun las máximas del santo Evangelio; que el pecado es el mayor mal del mundo; que sola la virtud es la que os puede hacer dichosos, y que vuestra salvación es el negocio de mas alta importancia? Esto es lo que se hace profesion de creer con todo lo demás que la Iglesia nos propone. Pero la vida que ordinariamente se lleva, ¿se aviene ó anda de concierto con todo lo que os prescribe la fe? ¡Ay, fieles mios, cuánto hay que lamentar tocante á este punto en un número considerable de cristianos! Se les ve al parecer por una parte rendir su entendimiento á las verdades de fe con la mayor sumision, y por otra se les ve rebelado su corazon contra los preceptos divinos. Se glorian por un lado de profesar la religion santa de Jesucristo, y por otro viven de continuo envueltos en costumbres estragadas. Están persuadidos de la imprescindible necesidad de llevar una vida inocente, ejemplar é irreprochable para conseguir la gloria, y esto no obstante se emplean en cosas que distan infinitamente de una tal norma de vida. Creen que un solo pecado mortal que se cometa es bastante para que el alma de cualquiera baje al punto á los infiernos, para padecer y penar allí atrozmente por toda una eternidad, si la persona que lo cometió muere repentinamente sin arrepentirse de él, ó aunque viva muchos años despues que lo cometió, si al fin viene á acabar sus dias sin confesarlo, ó sin dolerse de él intensamente; y á pesar de esto, se vive pecando mortalmente de continuo, como si no corriera por ello un peligro tan inminente y de tanta trascendencia. ¿Dónde están las obras de estos cristianos, que deben andar en conformidad con la santa fe que profesan? ¡Ay! en vez de conformarse sus obras, palabras y pensamientos con la fe, mas bien están con ella en una abierta contradiccion. ¿Puede darse ceguera mas lamentable? ¿Vivir en el seno de la religion católica, y obrar á lo morisco y á lo pagano? Deplorable es por cierto la suerte de los infieles; pero ¿se la pueden prometer mejor muchos de los cristianos que viven en sus costumbres en un continuo desórden? ¡Ah! ¡cuánto mejor les fuera á todos estos, y á cuantos obran lo malo, el no haber tenido conocimiento de la fe como los infieles! Mas ventajoso les seria, les diré con el apóstol san Pedro, el no conocer el camino del Señor, que una vez conocido abandonarlo: *Melius enim*

erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post agnitionem retrorsum converti ¹. Harto mejor les seria á la hora de la muerte el no haber oido hablar jamás de cuantos dogmas Dios nos ha revelado, que despues de este conocimiento proseguir con una vida inútil, ó por mejor decir opuesta diametralmente á lo que previene la fe; siendo lo mas extraño el que obrando lo malo, muchos viven tan tranquilos, como si todos sus procedimientos fuesen ajustados á la ley: *Sunt impii, qui ita securi sunt, quasi justorum facta habeant* ². Llenos de pecados y cargados de esperanzas, tan afianzados en que al fin conseguirán el cielo, como los cristianos mas perfectos; como aquellos fieles que atentos á su salvacion, arreglan todos sus procedimientos al nivel exacto del Evangelio.

¡ En qué engaño tan manifiesto permaneceis, fieles mios, si siendo del número de estos, pensais que viviendo á vuestras anchuras, dando rienda suelta á vuestros apetitos y pasiones, sin tratar de todas veras en vencer los vicios de jurar y maldecir, sin deponer el odio y la venganza, sin aborrecer la impureza y la defraudacion; en una palabra, sin observar los preceptos divinos os habeis de salvar! Para conseguir este tan dichoso fin, es indispensable que conformeis en un todo vuestras obras á la fe; que odieis y temais al pecado mas que á la muerte; que antepongais el perder la vida al ofender al Criador. Esta resolucion debe tener todo cristiano bien asentada en su pecho, profundamente arraigada en lo íntimo de su corazón, cual la tuvieron aquellos tres jóvenes hebreos de que nos habla el sagrado libro de Daniel, los cuales prefirieron el que el soberbio Nabucodonosor los echase en un horno encendido en vivas llamas, antes que rendir una adoracion sacrílega á la estatua de aquel Monarca ³. Esta resolucion es la que tuvo Eleázaro, anciano de noventa años, el cual quiso primero morir en un suplicio, antes que comer un manjar que estaba prohibido por la ley, y á que lo queria compeler el rey Antíoco ⁴. Esta es la que tuvo la casta Susana, cuando constituida en aquel aprieto de pecar ó morir, prefirió el morir al pecar ⁵. Empero ¿ para qué ocuparme en mas pormenores? Esta resuelta determinacion tuvieron los santos Apóstoles, tantos confesores y mártires ilustres, y lo que todavía causa mas admiracion tantas delicadas doncellas, tantas vírgenes purísimas que consagraron sus tiernos cuerpos, por no cometer un pecado, á las hambrientas fieras en los anfiteatros, á los garfios de hierro en los ecúleos, á las

¹ II Petr. II, 21. — ² Eccles. VIII, 14. — ³ Dan. III, 21.

⁴ II Mach. VI, 31. — ⁵ Dan. XIII, 23.

hogueras encendidas en las plazas, á las ruedas de navajas en las calles, y á otros mil géneros de tormentos, inventados por la ingeniosa crueldad de los tiranos.

Vosotros, fieles míos, os diré por último con palabras del apóstol san Pedro; vosotros que habeis tenido la dicha de que el Señor se haya dignado elegiros, y estableceros con preferencia á otros infinitos en el seno de la religion católica, donde se enseña con pureza la santa fe, y cuantas verdades salieron de la boca del Señor, advertid y agradeced como se merece esta eleccion tan alta y de tanto precio, y esmeraos en poner una solicitud la mas cuidadosa para asegurar este privilegio celestial por medio de obras buenas ¹. No vivais en la errada persuasion de que en fuerza de la sola creencia que profesais podréis salvaros. En el logro de esta empresa no conseguiréis un éxito favorable, sin poner vuestra ayuda, y practicar diligencias de ir obrando bien por toda vuestra vida. Contad sobre vosotros mismos y sobre vuestras buenas obras para salvaros. Ocupaos, pues, en fervorosas é incesantes oraciones, ayunad, mortificaos, dad limosna, y frecuentad los santos Sacramentos, llorando amargamente vuestras culpas, que de este modo inclinareis la bondad de Dios á que os las perdone, á que nuevamente os conceda su divina gracia, y con ella podréis conseguir la gloria. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida, y con las que hemos ofendido á Dios sobremanera, arrojámonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon:

Dulcísimo Señor: Vos nos impusisteis un yugo suave y una carga ligera, al mandarnos creer y bien obrar, prometiéndonos una gloria eterna por la observancia de las dos cosas á la vez. Empero esto no obstante, yo, siervo rebelde, no me he querido someter con gusto á la ligereza y suavidad de vuestro yugo; y como si fuera insostenible, he sacudido su dominacion gozándome en lo que me ténais prohibido.

¡Ah mi amable Redentor! ¿Cómo no os he obedecido siendo Vos un Padre tan bueno? ¡Ah pasiones mías desarregladas, que me hicieron perder la gracia, rebelarme á vuestras órdenes, contrariar

¹ *Satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciat. (II Petr. I, 10).*

vuestros deseos, y precipitarme de lleno en la hediondez de vergonzosos pecados! ¡Oh culpas detestables, que me redujeron á un estado el mas lastimoso! ¡Oh fatales instantes en los que os ofendí sin temor y con el mayor descaro! ¿Cómo repararé ahora, Dios mio, los tristes efectos que han ocasionado en mi alma, y sobre todo el desagrado tan ofensivo que con ellas os he motivado? De dia y de noche debiera llorar mis desórdenes con vivas lágrimas de dolor. Pero ¿dónde se hallan estas, si Vos, por vuestra misericordia, no me las concedéis? Vuestra clemencia es soberana, Jesús mio, y vuestra palabra es un fuego que hierre, consume y abrasa los corazones mas empedernidos. Dadla, pues, viveza, para que hiera y abrasa el mio con el fuego de vuestro divino amor. Rescatad mi vida de la muerte, y coronadla con piedad y misericordia, puesto que abomino todas mis culpas, por ser ofensas contra Vos, diciendo con el corazon rasgado de dolor, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

PLÁTICA

PARA LA DOMINICA VIGÉSIMACUARTA DESPUES DE PENTECOSTES.

El modo tan formidable con que se explica la ira de Dios con los condenados en el infierno.

Erit enim tunc tribulatio magna. (Matth. xxiv, 21).

Será entonces grande la tribulacion.

Asegurando la sagrada Escritura, dice san Juan Crisóstomo, que en el último dia de los tiempos los cielos se derretirán á la presencia del Señor, que se aniquilarán los montes, que las piedras llegarán á deshacerse como humo y que se secarán los mares ¹, ¿á dónde podrá volver sus ojos el pecador que no encuentre en aquel dia oscuro y horroroso ² los instrumentos de la justicia de Dios dispuestos á vengar los ultrajes que con tanta villanía y descaro irrogó al Señor en este mundo? Por cierto que, como asegura nuestro divino Redentor en el Evangelio (de este dia), será esta una tribulacion tan grande, cual no se habrá visto jamás desde que el Omnipotente sacó el mundo de la nada. Por contentos pudieran darse todos los pecadores con presenciar este general trastorno del universo, si aquí terminaran todos sus temores, sustos y padecimientos: pero no; las consecuencias de esta tan grande tribulacion aun son todavía mas sensibles y funestas. Destinado el pecador en fuerza de la resurreccion universal y sentencia fulminada por el supremo Juez de vivos y muertos á padecer en cuerpo y alma en el infierno, sufrirá por toda una eternidad en aquel *lugar de tormentos*, como le llama Jesucristo ³, lo que yo no puedo, ni ningun otro por muy despejado que sea es capaz de explicar.

Todos nosotros sabemos por la fe que en el infierno léjos de haber luz, reinan de continuo unas tinieblas universales y horribles: que léjos de tener los infelices condenados algun pequeño desahogo, están por el contrario sumamente oprimidos. Esclavizados bajo la

¹ Mich. i, 4. — ² Amos, v, 8. — ³ Luc. xvi, 23.

dominacion y servidumbre tiránica de los demonios, tienen que sufrir forzosamente la penosísima variedad de tormentos con que sin cesar los martirizan aquellos espíritus infernales, aunque sin destruirlos. Hecho Dios enemigo de ellos ¹, y ellos de Dios, yacen privados de su vista tan feliz, desconfiados para siempre de gozarle, y por lo tanto entregados á una incesante y rabiosa desesperacion. Por colmo de su desgracia, un fuego vivo y abrasador encendido por el sople del Omnipotente los está quemando de continuo aunque sin consumirlos. En una palabra, si me he de expresar como dice el Evangelio, en el infierno reina el llanto, el cruir de dientes ², las tinieblas, una noche y una tristeza eterna, el fuego y un sempiterno horror ³.

Terrible es, segun esto, la triste imagen del infierno; pero todo cuanto podemos hablar de él y aun concebir, todo es poco, es casi nada, respecto de lo que es en sí real y verdaderamente. Una complicacion y un conjunto de todas las tribulaciones, de todos los dolores y de todos los males en su mayor grado. Aflicciones sin cuento, arrepentimientos sin medida, dolores sin intermision, martirios continuos, tormentos sin limite, fuego sempiterno, duracion sin fin, infinidad eterna de suplicios. Todo esto se halla en el infierno, es verdad; pero todo esto, segun lo concebimos en nuestro corto entendimiento, no alcanza á penetrar lo que allí se padece en todo su rigor. Sin embargo, forzoso es que analicemos estas penas segun nuestra cortedad, á fin de que embargados del miedo que causan y del horror que inspiran, temerosos siempre de la terrible justicia del Señor, que nos ha de castigar con ellas si no abandonamos las culpas, enmendemos nuestras costumbres, practicando siempre los ordenamientos de la ley santísima de Dios. Todo esto os lo haré ver ahora, demostrándoos *el modo tan formidable con que se explica la ira de Dios con los condenados en el infierno*. Os suplico encarecidamente que mientras me ocupo en ello con el favor divino, presteis una suma atencion.

No siempre castiga Dios las maldades en este mundo, á seguida que los hombres las ejecutan; y de aquí nace, dice el Espíritu Santo, el que algunos inconsiderados, orillando el temor de Dios y abusando de su gran misericordia, continúan en ejecutar lo malo, ofendiéndole con desenfrenada libertad y con una descarada y temeraria osadía: *Quia non profertur cito contra malos sententia, absque timore*

¹ Thren. II, 5. — ² Matth. XIII, 30. — ³ Job, X, 21, 22.

ullo filii hominum perpetrant mala ¹. Pero ¿qué consiguen con esto? La piedad de Dios que se ha mostrado benigna para con ellos, una, otra y otra vez, ¿les tiene prometida y asegurada su indulgencia, siempre que á ellos les dé la gana de repetir los pecados? ¡Ay! no por cierto. Antes bien tiene el Señor asegurado, que contra los pecadores que están abismados en sus culpas, abusando de su bondad y sin el pensamiento de enmendar la vida, convertirá su bondad en indignacion, su clemencia en furor, y toda su misericordia en una severa justicia. Sí: muy expuestos están todos los pecadores á que en la hora en que menos piensen su divina Majestad les manifieste los terribles rigores de su justioia, haciendo que perezcan de alguna desgracia, por efecto de alguna calamidad que el cielo les envíe, á impulsos de una muerte impensada y repentina que los sepulte en el abismo, sin darles tiempo ni lugar para evitar el golpe de su indignacion; y aunque el furor de Dios no los castigue de un modo visible y horroroso en este mundo, hora ha de llegar en que si no se arrepienten de sus pecados por ser ofensas de Dios, con la exhalacion del último suspiro han de bajar sus almas á beber en el infierno el cáliz amargo de la terrible ira del Señor. En verdad que no es la ira de Dios para mirarla con la indiferencia con que ordinariamente la miran los pecadores, ó para no temerla; puesto que si una vez llega á desplegarse, causan un horroroso espanto los tristes y afflictivos desastres que produce. ¡Cuántos ejemplares de esta divina indignacion nos presenta la sagrada Escritura, capaces cada uno de por sí para darnos una idea de la extension sin límites del poder de Dios, de la severidad de su divina justicia, del rigor de su ira y del furor con que castiga á los criminales como enemigos que son suyos! Ved aquí una ligera enumeracion:

Cuando se inflamó la ira de Dios por haber llegado á su colmo los pecados de los habitantes del mundo, bien sabido es que los anegó á todos con un diluvio, sin que se salvaran mas que ocho personas que el Señor quiso preservar ². Queriendo el Señor castigar las maldades de los sodomitas, los abrasó con fuego que hizo bajar del cielo mezclado de azufre, con cuyo castigo terrible fueron reducidas á cenizas un millon de personas ³. Cuando quiso castigar á Faraon y á los egipcios, envió sobre ellos lluvias impetuosas de granizo mezclado de fuego abrasador ⁴. ¿Veis qué cosa mas particular y admirable? Bajar fuego en medio de la lluvia y del granizo; y de tal for-

¹ Eccles. viii, 11. — ² Genes. vii. — ³ Genes. xix, 24, 25.

⁴ Exod. ix, 24.

ma, que la misma sagrada Escritura certifica que se sentia mas la actividad del fuego que la humedad del agua ¹. El agua apagaría el fuego arrojada por las manos del hombre ; pero en esta lluvia el agua avivaba el fuego mas y mas. Cuando Faraon y los egipcios que se pudieron libertar del estrago de esta y demás plagas, salieron persiguiendo al pueblo de Israel, irritado el Señor sobremanera hizo el que quedasen anegados en el mar mas de doscientos mil ². Queriendo el Señor castigar á los israelitas en el desierto , á causa de la irritacion que le motivaron por las sacrílegas murmuraciones de aquel pueblo ingrato y rebelde , ¿ cómo os parece que lo hizo ? Envió contra ellos unas serpientes , comunicándoles tal particularidad , que el aliento que arrojaban por sus bocas era envenenado , muy pestífero y ardiente ; de suerte que á cuantos mordieron , que fueron muchos (hasta que Dios les deparó un remedio) , todos quedaron muertos porque sus mordeduras abrasaban como el fuego ³. Cuando en la batalla que dió Josué en defensa de los gabaonitas , contra los cinco reyes que fueron á sitiar la ciudad , quedó todo el campo cubierto de cadáveres al filo de las espadas y de las lanzas , y muchos de los enemigos que terrorizados tomaron la fuga , Dios nuestro Señor les descargó desde el cielo una granizada de piedras grandes tan horrorosa , que todos los que huían perecieron á sus golpes y violencia , sin que ninguno de ellos se salvara ⁴. Cuando el rey David por ostentar su gloria hizo contar y alistar sus vasallos , quedó el Señor tan ofendido de ello , que resolvió hacer en su pueblo un castigo ejemplar. Recibidas las órdenes de Dios el profeta Gad , se le presenta este al rey David , y le dice : Irritado Dios por tu pecado , me manda te diga de su orden que elijas una de estas tres cosas que te voy á proponer ; ó siete años de hambre en todo tu reino , ó tres meses de guerra encarnizada , ó tres dias de peste. Elige sobre el acto lo que mejor te acomode , para que sabida tu eleccion pueda yo comunicarle tu respuesta al Señor , que me ha comisionado para este fin. Adopta David por lo último , y envia Dios una peste tan devastadora , que mueren del pueblo setenta mil personas ⁵. Cuando Sennacherib fué con un ejército de asirios á sitiar á Jerusalem , ejecutó Dios con ellos un castigo tan terrible , que en una sola noche hizo sucumbir y aparecieron muertos por la mañana ciento ochenta y cinco mil soldados de aquel ejército ⁶.

Estos castigos que nos parecen y son efectivamente tan rigurosos,

¹ Sep. xvi, 17. — ² Exod. xiv. — ³ Num. xxi. — ⁴ Josue, x, 11.

⁵ II Reg. xxiv. — ⁶ IV Reg. xix, 35.

demuestran bien á las claras cuán temible es la ira de Dios, y á qué grado no llega su furor una vez inflamado. Bien lo conocia esto el real Profeta, quien asombrado del tenor y vasta extension de la indignacion divina, decia: Señor, ¿quién conoció jamás el alto poder de vuestra ira ni pudo contar sus terribles efectos? *Quis novit potestatem iræ tuæ, et præ timore iram tuam dinumerare* ¹? No: nadie puede llegar á la línea de este conocimiento; mayormente que cuantos rigores ha ejercido su divina Majestad en este mundo, comparados con los que ha ordenado y tiene dispuestos en el infierno, para castigar á todo pecador que en él entre, no han sido otra cosa que una muestra ligera de su poder y de su enfado; no han sido mas que una destilacion de su furor á gotas ²; pero en el infierno desplegará á torrentes todo el lleno de castigos acerbísimos é indecibles; por manera, que dice el Señor que allí pondrá el colmo á su indignacion ³. Sin embargo no nos es posible apeaar ó comprender ni el colmo de esta indignacion divina, ni la intensidad de las penas con que allí serán castigados los infelices condenados. No hay uno que sea capaz de explicar cumplidamente el rigor de todas las penas de este mundo; pues ¿cómo es posible que haya quien pueda declarar y dar á conocer exactamente las del otro, que son incomprensibles é inexplicables? Aunque yo alcanzase á ponderarlas, no seria dable que formárais el cabal concepto que se merecen, mientras no las experimentáseis en la otra vida (lo que Dios no permita), á la manera que por mucho que me esmerase en daros á entender la grande actividad que tiene para quemar la luz de una vela encendida, no llegaríais á penetraros cabalmente de ello, hasta que poniendo la mano ó un solo dedo encima del pábilo ardiendo, experimentáseis su actividad y su rigor intolerable.

Siendo esto así, bien podeis realzar mas y mas lo mucho que oigais decir que se padece en aquel desdichado lugar del infierno, llamado por el santo Job tierra de miseria y de tinieblas ⁴. Esto lo confirmó nuestro soberano Redentor diversas veces, con especialidad en la parábola de aquel rey que celebró las bodas de su hijo, el cual mandó arrojar á las tinieblas exteriores al que se atrevió á entrar mal arreglado en el convite ⁵; y el evangelista san Juan añade en virtud de una ilustracion que recibió del cielo, que sobre una tan negra oscuridad como la que allí reina, hay un humo tan denso y espeso, que como ordinariamente decimos se puede cortar con un

¹ Psalm. LXXXIX, 11, 12. — ² II Paralip. XXXIV, 25. — ³ Ezech. v, 13. — ⁴ Job, x, 22. — ⁵ Matth. XXII, 13.

cuchillo ¹. Ya habréis reparado lo que sucede cuando se principia á encender la leña verde en un horno de cocer pan, de hacer cal, tejas ó ladrillos; cuán denso, espeso y negro es el humo que entonces sale. ¿Habria alguno de vosotros que pudiera aguantar un cuarto de hora con los ojos y la boca abierta, allí mismo por donde sale aquella humareda? ¡Ah! bien pronto fuérais perturbados, sofocados y aun muertos, por no poder resistir en la respiracion aquella densidad. Tenemos noticia por la historia de muchos teatros de comedias, que en varias capitales fueron incendiados por un descuido ó por el desprendimiento casual de una luz en el fervor de las representaciones; sabemos el gran número de personas que perecieron; pero es constante que muchas mas murieron ahogadas del humo que abrasadas del fuego; por manera que cuando este les llegó, ya 'el humo las habia convertido en cadáveres. Si estos efectos, pues, causa el humo de la tierra, ¿qué efectos no causará el humo del infierno? Bien lo calificó David de una demostracion propia de la ira de Dios ². El profeta Isaías de tribulacion no pequeña ³; y san Juan en su Apocalipsis nos dice, que este humo es tan continuo y tan duradero en el infierno, que no se experimenta, ni se experimentará por un dia que otro, por un mes ó por un año, sino siempre, siempre, y por toda una eternidad ⁴.

Pero el infeliz condenado que tenga la desgracia de estar allí, ¿podrá libertarse siquiera por algun momento de esta penosa tribulacion? Nunca podria conseguir esto un condenado, aunque tuviera libres las manos y los piés; porque allí el enojo de Dios contra él tiene que satisfacerse. En aquel local no hay efugio, albergué ni defensivo para preservarse; además de que le es enteramente imposible á todo condenado por la opresion omnimoda en que se halla. ¿Y cómo podré yo, fieles mios, haceros conocer el tormento de una pena como esta que sufren los condenados? Figuraos una persona que estando viva la amortajan, y que encerrada en una caja de tablas, como se usa con los difuntos, la meten en una sepultura ó en un hoyo muy profundo, llenándolo despues todo de tierra, dejando á esta bien apisonada. La lobreuez, tinieblas y agonía que experimentaria entonces esta persona, os parecerá á vosotros la mayor de las tribulaciones; pues sabed que una tribulacion tan grande como esta, comparada con la opresion de un condenado, es un paraíso. Aquella

¹ Apoc. ix, 2. — ² *Ascendit fumus in ira ejus.* (Psalm. xvii, 9).

³ Isai. v, 30. — ⁴ *Et fumus tormentorum eorum ascendet in sæcula sæculorum.* (Apoc. xiv, 11).

persona al fin tendria, si no el consuelo, por lo menos la ocasion de forcejar rabiosamente dentro de la caja, gozaria el alivio de menear algo las manos y los piés, hacer esfuerzos con su cuerpo, ó de irse comiendo sus carnes por via de alimento, para sostener su vida algunas horas, ó por via de desesperacion para concluir luego con su vida; pero ni aun este pequeño desahogo tiene el triste condenado, porque no es caja ni tierra la que lo abruma, sino la pesada opresion de los demonios, y la omnipotencia de todo un Dios, empeñado en no concederle ni un momento de consuelo, de descanso ni de alivio, ni aun por via de desesperacion. Con las lágrimas se desahogan los pesares en este mundo: suspirando recibe algun alivio el corazon atribulado; pero en el infierno no se conoce alivio ni desahogo de ningun género: allí no hay lágrimas, respiraciones, suspiros ni ademanes que consuelen; sino tribulaciones, angustias, pesares y grandes penas.

La mayor de cuantas allí se experimentan, es la pena de daño. Así la llaman los teólogos. Si bien se repara en el nombre con que se denomina, es la mas grave de todas las penas; pues se llama de daño por antonomasia, para significar que entre todas las demás, es la que mas daño causa. Consiste en estar privado un condenado de la vista inefable de Dios nuestro Señor, y por una consecuencia inmediata, de la vision feliz y bienaventurada, del cúmulo infinito de delicias que de ahí proceden: de la vista de nuestro adorable Redentor, de su Madre santísima, de los nueve coros de los Ángeles y de todos los bienaventurados. La privacion de Dios es mal infinito: y así atormenta sin comparacion mas á los condenados el hallarse privados de la vista de Dios y la consideracion de que nunca, nunca han de conseguir el verle, que todos los tormentos del infierno. Esta grandísima pena es la que muy principalmente les hace prorumpir en ayes continuos, en lamentos tristes y en maldiciones furiosas. ¡Oh quién nunca hubiera nacido (dice cada uno de aquellos infelices), naciendo para esta desdicha! ¡Oh deleites terrenos que me habeis privado para siempre de la vista y fruicion de Dios, que constituyera ahora mi eterna felicidad, gozando con su posesion de delicias inefables! ¡Oh placeres engañosos, gustos malditos, cuán velozmente pasásteis; pero cuán duraderos pesares me habeis ocasionado á mí! ¡Oh quién pudiera despedazarse! ¡Cuánto no daria yo, porque dejando de existir llegase á ser aniquilado y reducido á la nada!

¡Ay infeliz condenado! no: no estás tú en posicion de dar mucho ni

aun poco ; sino de recibir ó mas bien de experimentar las demás penas, que la ira enojada de Dios te tiene destinadas. ¿Qué? ¿Aun padecen los condenados otras penas? ¡Ay fieles mios! ¿Nos podremos olvidar de aquel fuego que dice Jesucristo en su Evangelio, que está preparado y vivamente encendido, con el que viven quemándose de continuo los demonios y condenados¹? Sí: este fuego aparejado por Dios para castigo de aquellos y de estos, es un fuego terrible, espantoso, voraz, vengador incesante de las ofensas que á Dios se le irrogaron. Un fuego que sostenido por el Omnipotente, abrasa exterior é interiormente á los condenados; pero con particularidad tan especial, que abrasándolos los consume; consumiéndolos, dice san Bernardo², siempre reserva en ellos que consumir; y atormentándolos sin cesar, siempre renueva en ellos sus tormentos. Esta virtud que tiene de atormentarlos de continuo y de estarlos siempre abrasando sin destruirlos, es en verdad misteriosa y admirable; pero ciertísima y segura, segun la expresion de san Agustin: *Fit miris, sed veris modis*³. Es tal la virtud que el Señor le ha comunicado, que ni se consume él sin necesidad de que le echen leña para su mantenimiento, ni se acaba la víctima á la que de continuo abrasa sin destruirla. Es tal su actividad, que ya habréis oido alguna vez como dicho del Santo que acabo de nombraros muy sabido, aunque sin meditarlo como se debe, que el fuego de este mundo es como pintado respecto de el del infierno. Fieles mios, ¿qué es esto? Fijemos aquí la atencion. ¿El fuego de este mundo es como pintado comparado con el del otro? Si ponemos la mano en un cuadro de san Lorenzo, donde está pintado el fuego debajo de las parrillas en que lo quemaron vivo, ó en el de santa Apolonia, en que aparece ptiada la hoguera en que vino á morir abrasada, y observamos si quema, diremos que ni aun despide calor el mas mínimo: si, pues, todo el fuego del mundo es como el que está pintado en dichos cuadros cotejado con el del infierno, se deduce que las llamas que vemos acá encendidas en los hogares y en los hornos de que tanto nos guardamos y tanto las tememos, diremos que ni queman, ni aun dan calor, comparadas con las que abrasan en el infierno. Terrorizados admiramos la fuerza del rayo que se desprende de las nubes cuando derriba una torre, y la actividad del fuego que en sí lleva cuando derrite las campanas de bronce que en ella habia; pero es todavía mas digno de reparo y admiracion la fuerza y actividad que

¹ Matth. xxv, 41. — ² Lib. Medit. c. 4. — ³ Lib. XI de Civit. c. 18.

en sí encierra el fuego del infierno. No sé si habréis visto los efectos que causa hasta en las piedras clarizas una sola chispa desprendida de estas exhalaciones, que las llegan como á quemar dejándolas rojas ó del color del fuego, no solo por fuera, sino tambien por dentro : y aun se ven piedras de las referidas, socarradas todas ellas exterior é interiormente, y agujereadas de un extremo al otro, por haberlas taladrado una sola chispa que les cayó : de suerte, que es fácil conocer que si por desgracia estando derechos nos cayera en un hombro junto al cuello una chispa de estas, bajaria agujereando todo aquel lado de nuestro cuerpo, y nos vendria á salir por la planta del pié. Pues si esta actividad tiene el fuego de este mundo, ¿qué será el del infierno, siendo aquel como una pintura de este ?

El real Profeta dice, que este fuego tan activo está tambien mezclado de azufre ¹. Ya habréis reparado lo que sucede aquí, cuando encendemos en un brasero ó en un hogar un luquete ó pajuela que tiene en la punta un poco de azufre, que si nos aproximamos algun tanto nos priva hasta de la respiracion. Pues ¿qué será, Dios mio, esparcido allí en aquel fuego el azufre con abundancia ? Tormentos son todos estos, fieles mios, mas para admirados que capaces de ser comprendidos. Todas las penas de este mundo son nada, y aunque todas se juntasen á la vez, no llegarían á componer una pequeñísima parte de las que se padecen en el infierno. Donde quiera que estén los demonios, sabeis que experimentan lo mismo que los condenados estas penas atroces ; pero tal horror deben de causar en aquel triste lugar, que leemos en el Evangelio que al ir nuestro divino Redentor á dejar sano á un espirituado, que estaba poseido de una legion de demonios, presintiendo estos que los iba á precisar á salir de aquel hombre, le rogaron con instancia que no los obligase á bajar al infierno : *Et rogabant illum, ne imperaret illis, ut in abyssum irent* ². Una y muchas veces se le representó á san Juan este lugar horroroso en símbolo de un estanque de fuego y azufre ³. Y por cierto que esto es una significacion bien exacta. Ya habréis visto estanques ó lagunas de agua : pues á este modo ó semejanza figuraos una muy profunda de fuego y tan ancha, que tenga cabida para contener todos los condenados. Adelantad mas la consideracion. Figuraos que esos infelices están metidos dentro de esa laguna ó estanque, sin que nada se vea por fuera, á la manera que cuando acá en el mundo está uno zabullido en el agua. Bien alcanzais que

¹ Psalm. x, 7. — ² Luc. viii, 31. — ³ Apoc. xxi, 8.

todos los extremos de sus cuerpos han de estar bañados de fuego, pero es preciso que añadais que este fuego penetrando por todos sus poros se introduce por todo el interior, así como tenemos dentro del cuerpo derramada la sangre : por manera que el alma y cuerpo de un condenado estarán perpétuamente en aquel local, como el hierro cuando está bien candente ó hecho ascua en una fragua ; que todo él interior y exteriormente está convertido en fuego vivo.

Hundidos los infelices condenados en medio de este estanque de fuego que la ira de Dios les ha preparado por haber hecho burla de él cuando vivían en el mundo, ofendiéndole con sus culpas graves ; fuego que reúne todos los suplicios que pueden atormentar el cuerpo y el alma , sus sentidos y potencias ; inmuebles como las grandes peñas en medio de las llamas, penetrados de fuego como el hierro caldeado en la fragua, como el carbon hecho ascua en un brasero ú hogar, los infelices condenados se abrasan sin consumirse, rabian espantosamente, se desesperan sin aniquilarse ; están siempre padeciendo sin alivio ; y siempre pensando que han de padecer estas penas y tormentos sin fin, por toda una eternidad, por mientras Dios sea Dios, que lo será por los siglos de los siglos.

¿Qué os parece, fieles míos, de este acervo é intensidad de penas que acabo de referiros? No dudo que os parecerán sensibles, atroces y horrorosas ; pero elevadlas en vuestra meditacion á mayor altura del concepto que de ellas hayais formado : puesto que, como os decia antes, yo no soy capaz, ni lo es ningun hombre del mundo, para explicarlas como ellas son verdaderamente en sí ; y siendo esta la herencia de todos los que se condenan por morir en pecado mortal, guardaos siempre en todo tiempo y en todas las ocasiones de cometer una culpa grave, aunque os vaya en ello la vida : puesto que perdiendo la vida por no cometerla, iríais al cielo para gozar allí de Dios para siempre : al paso que cometiendo un pecado mortal por vivir, os exponíais á morir sin tener lugar de confesarlo, de doleros de él, ni de arrepentiros de todas veras ; y muriendo de este modo seria infalible vuestra condenacion, y vuestros padecimientos en el infierno sin fin y por toda una eternidad. Si el tentador os importuna, si las pasiones se irritan, si los deleites os convidan con su placer, recurrid luego á la memoria de las penas que se padecen en el infierno. Si la codicia se apodera de vuestro corazon, comparad los bienes que disfrutais, ó los que esperais alcanzar, con la infelicidad de los condenados. Si la carne os inquieta con el amor y goce de los deleites, contemplad si esos deleites tan cortos y superficial-

les, si esos gustos tan fugaces y transitorios podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando os veais excitados á la cólera, cuando vuestros enemigos os ofendan, cuando los trabajos, las tribulaciones y desgracias os persigan, considerad reflexivamente qué cosa es sufrir, arder, rabiar, desesperarse y ser infelices en el infierno para siempre, por toda una eternidad. Procediendo así me prometo que evitaréis todo pecado; que viviréis y moriréis en gracia, y con esta alcanzaréis la gloria, donde seréis allí felices por los siglos de los siglos. Amen.

Y para manifestar ahora cuán profundo es el pesar que nos acompaña por tantas culpas como hemos cometido en el curso de nuestra vida, y con las que hemos ofendido á Dios sobremanera, arrojémonos todos contritos y humillados á los piés de esta tremenda Majestad, que veneramos en este sagrario, presente á nuestros mas íntimos sentimientos, diciéndole cada uno de nosotros, bien compungido nuestro corazon :

Dulcísimo Señor : si el cristiano, que tiene por su propia porcion á Dios, no debe tener otro cuidado que el de aplicarse á él, y todo cuanto emplea en otra cosa es un robo que hace al servicio y culto que le debe, ¿cómo es que ha sido tal mi inaplicacion, que en vez de dirigirme á Vos, sirviéndoos con un culto y amor enardecido y continuo, lo he empleado en obsequio de las criaturas, en licencias pecaminosas, ofendiéndoos con villanía, desatencion y descaro?

¡Ah mi amable Redentor! ¿Cómo no temblaba al cometer el pecado? ¿Cómo no se estremecía mi alma y mi cuerpo, al contemplar que si por lo pronto por vuestros juicios incomprensibles me disimulábais con paciencia mis iniquidades, podia llegar un dia, una hora, un momento en que airado por ellas, tomando justa venganza me abismárais en lo profundo del infierno? ¡Ay mi Dios y mi Señor! Allí veria lo que era el haber sido ingrato á un Padre tan bueno. Allí pagara mi merecido. Allí con los tormentos tan atroces que experimentara, empleándolos como castigos vuestra soberana omnipotencia por no querer enmendar mi mala vida, conociera cuán justamente me eran merecidas aquellas penas. Allí... Pero, Dios mio, Vos os habeis compadecido de mi miseria. En vez de castigos me ofreéis vuestra bondad. En vez de aquellas penas, me estais convidando ahora con el perdon. ¡Ah! posible es este á vuestro poder omnipotente, decoroso á vuestra divina majestad, y muy propio de vuestra soberana clemencia. ¿Y dejaré pasar un momento como este de tanto aprecio para mí, del cual depende nada menos

que mi eterna salvacion? No, Jesús clementísimo, amoroso y siempre benigno. Me acojo desde luego al sagrado de vuestra divina palabra empeñada en perdonarme; y para manifestar cuánto siento todas mis culpas por ser ofensas contra Vos, digo con todas las veras de mi corazon, que me pesa el haber pecado; que me pesa millares de veces el haberos ofendido: misericordia, Señor: misericordia y gracia, para poder conseguir con ella las dulzuras inefables de vuestra gloria. Así sea.

FIN DEL TOMO SEXTO.

ÍNDICE

DE LAS PLÁTICAS CONTENIDAS EN ESTE SEXTO TOMO.

	PÁG.
Plática para la dominica primera de Adviento.—El juicio universal. . .	13
Plática para la dominica segunda de Adviento.—Es grande la miseri- cordia de Dios, en esperar, y perdonar al pecador, tan pronto como de veras se convierte.	24
Plática para la dominica tercera de Adviento.—Cuáles son los deberes de un cristiano.	34
Plática para la dominica cuarta de Adviento.—Cuán necesaria nos es la virtud de la penitencia.	45
Plática para la dominica infraoctava de Natividad.—Lo fácil y dulce que es la observancia de la ley de Dios.	54
Plática para la dominica primera despues de Epifanía.—La santifica- cion de los dias festivos consiste en oir misa entera, y en no trabajar en ellos.	64
Plática para la dominica segunda despues de Epifanía.—Las disposicio- nes con que debe recibirse el matrimonio, y cómo deben vivir los que lo hayan recibido.	74
Plática para la dominica tercera despues de Epifanía.—Las condiciones ó circunstancias que deben acompañar al santo sacramento de la Pe- nitencia, son cinco segun el Catecismo, á saber: exámen, dolor, pro- pósito, confesion y satisfaccion.	84
Plática para la dominica cuarta despues de Epifanía.—El uso que debe hacerse de las tribulaciones.	95
Plática para la dominica quinta despues de Epifanía.—La gravedad del escándalo, y los castigos de los escandalosos.	104
Plática para la dominica sexta despues de Epifanía.—La excelencia de la gracia, y la infelicidad que se acarrea el que la pierde.	114
Plática para la dominica de Septuagésima.—La obligacion que tiene todo pecador de corresponder á los llamamientos de Dios.	124
Plática para la dominica de Sexagésima.—La excelencia de la divina pa- labra, el modo con que se debe oir, y la obligacion que tenemos todos de practicarla.	134
Plática para la dominica de Quincuagésima.—Las diversiones que se practicaban en el Carnaval son pecaminosas, y por lo tanto indignas de un cristiano.	145
Plática para la dominica primera de Cuaresma.—La vigilancia suma	

que nos debe de acompañar en cuantas tentaciones nos sugiera el enemigo.	155
Plática para la dominica segunda de Cuaresma.—El mundo no puede dar verdadera felicidad, porque esta solo se halla en el cielo. . . .	166
Plática para la dominica tercera de Cuaresma.—El reincidente provoca de tal suerte la ira de Dios, que se expone á que lo castigue y pierda para siempre.	175
Plática para la dominica cuarta de Cuaresma.—Los padres deben sustentar y educar política y cristianamente á sus hijos.	185
Plática para la dominica de Pasion.—La obligacion tan interesante del cumplimiento pascual.	196
Plática para el domingo de Ramos.—El que desprecia los auxilios divinos, sella su eterna condenacion.	207
Plática para la dominica de Resurreccion.—Todos hemos de resucitar, ó para reinar siempre en la gloria, ó para penar eternamente en el infierno.	218
Plática para la dominica primera despues de Pascua.—El peligro que hay en las ocasiones, y el sumo cuidado que debemos poner en evitarlas.	229
Plática para la dominica segunda despues de Pascua.—Nada debe retraerle al hombre de servir á Dios: el que le sirva se hará grato á su divina Majestad, y odioso el que no lo haga, pudiéndose contemplar perdido para siempre.	240
Plática para la dominica tercera despues de Pascua.—Las dolencias que experimenta un buen cristiano en su última enfermedad ó indisposicion, léjos de contristarle, le producen alegría.	251
Plática para la dominica cuarta despues de Pascua.—Cuán deplorable y funesta es la ceguedad del pecador.	262
Plática para la dominica quinta despues de Pascua.—La necesidad que tenemos de orar, y cómo lo debemos hacer.	272
Plática para la dominica infraoctava de la Ascension.—El esfuerzo con que debemos trabajar para adquirir la salvacion.	283
Plática para la dominica de Pentecostes.—Predicacion evangélica hecha por los Apóstoles, y de la conversion del mundo todo.	294
Plática para la dominica de la santísima Trinidad.—El significado que tienen las renunciaciones y promesas del Bautismo, y obligaciones que nos inducen.	305
Plática para la dominica segunda despues de Pentecostes, infraoctava del Corpus.—Los afectuosos sentimientos con que debemos recibir á Jesucristo en la Eucaristía.	315
Plática para la dominica tercera despues de Pentecostes.—Las cualidades tan elevadas de nuestra alma, y la estimacion que debemos hacer de ella.	326
Plática para la dominica cuarta despues de Pentecostes.—El trabajo debe referirse á Dios, para que sea meritorio para el cielo.	337
Plática para la dominica quinta despues de Pentecostes.—Cuán nece-	

saria y saludable es la reconciliacion, entre las personas que se con- templian ofendidas.	347
Plática para la dominica sexta despues de Pentecostes.—La obligacion que hay de dar limosna, y las ventajosas utilidades que produce. . .	357
Plática para la dominica séptima despues de Pentecostes.—Las obras buenas son absolutamente precisas para la santificacion y adquisicion del cielo.	367
Plática para la dominica octava despues de Pentecostes.—Lo formida- ble que es el juicio particular para el pecador.	377
Plática para la dominica nona despues de Pentecostes.—De qué modo hemos de venir al templo y permanecer en él.	388
Plática para la dominica décima despues de Pentecostes.—La precision que le corre á todo pecador de convertirse.	399
Plática para la dominica undécima despues de Pentecostes.—La impie- dad que comete el que jura en falso.	411
Plática para la dominica duodécima despues de Pentecostes.—Las ex- celencias de la santa misa y los admirables frutos que reportarán los que frecuentemente la oigan	422
Plática para la dominica décimatercia despues de Pentecostes.—Cuán elevada es la dignidad sacerdotal y cuán digna de nuestro mayor res- peto.	432
Plática para la dominica décimacuarta despues de Pentecostes.—No de- ben buscarse afanadamente los bienes de la tierra, sino el reino de Dios.	443
Plática para la dominica décimaquinta despues de Pentecostes.—Es tan saludable el pensamiento de la muerte, que hace reformar la vida. .	454
Plática para la dominica décimasexta despues de Pentecostes.—La Con- fesion y Comunión deben recibirse con frecuencia.	465
Plática para la dominica décimaséptima despues de Pentecostes.— Cuán acreedor es Dios nuestro Señor á que le amemos sobre todas las cosas.	476
Plática para la dominica décimoctava despues de Pentecostes.—La blas- femia es un pecado enorme y diabólico.	487
Plática para la dominica décimanona despues de Pentecostes.—Los cas- tigos que Dios ha ejecutado con los impuros y los que justamente pue- den tener los dados á la molicie y los adúlteros.	497
Plática para la dominica vigésima despues de Pentecostes.—Los males que el pecado mortal acarrea á una persona, y cuán urgente le es á esta el salir de estado tan infeliz.	508
Plática para la dominica vigésimaprimerá despues de Pentecostes.—La satisfaccion, ó sea la penitencia que debe hacerse por los pecados co- metidos, ha de ser proporcionada á la gravedad de ellos.	519
Plática para la dominica vigésimasegunda despues de Pentecostes.—La malignidad que encierra la murmuracion, y la odiosidad que le debe- mos confesar.	530

Plática para la dominica vigésimatercia despues de Pentecostes.—Con sola la fe no nos salvarémos, si no va acompañada de buenas obras.	541
Plática para la dominica vigésimacuarta despues de Pentecostes.—El modo tan formidable con que se explica la ira de Dios con los conde- nados en el infierno.	552

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEXTO.